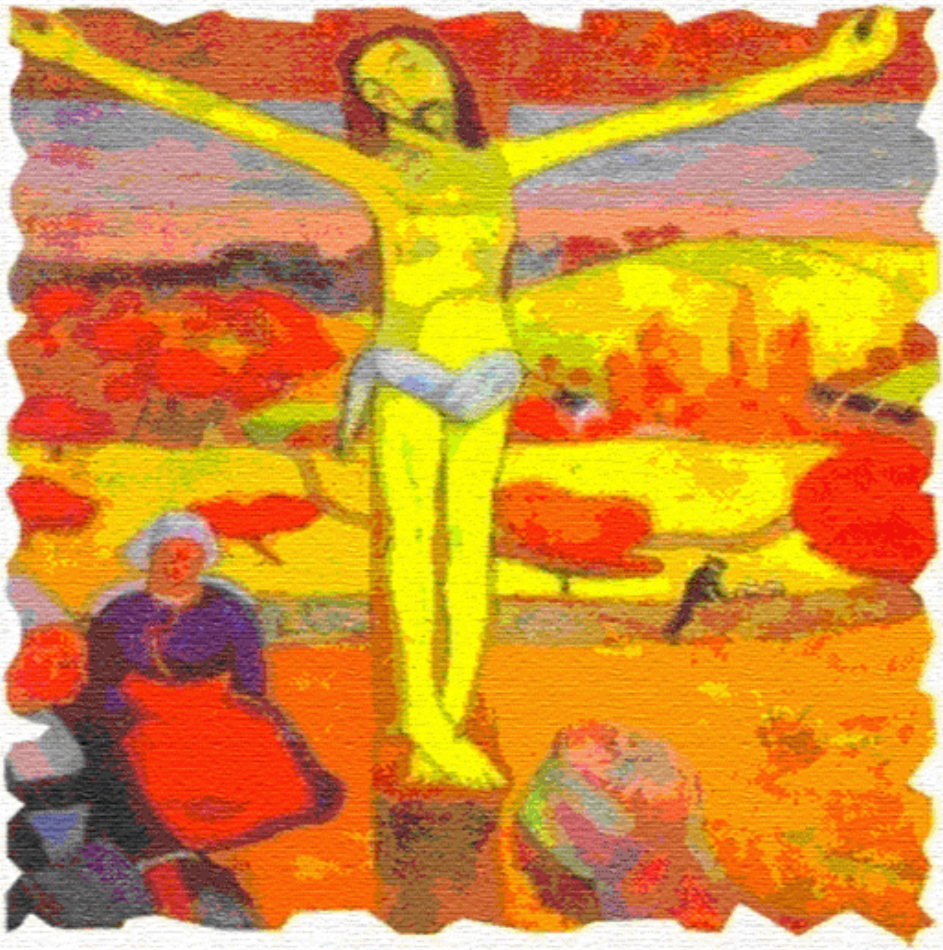
LA ÚLTIMA TENTACIÓN
NIKOS KAZANTZAKIS

Nikos Kazantzakis

LA ÚLTIMA TENTACIÓN



DEBATE
bolsillo

LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prefacio

La doble sustancia de Cristo siempre fue para mí un misterio profundo e impenetrable: el deseo apasionado de los hombres, tan humano, tan sobrehumano, de llegar hasta Dios o, más exactamente, de retornar a Dios para identificarse con él. Esta nostalgia, a la vez tan misteriosa y tan real, ha abierto en mí hondas heridas y también fluyentes y profundos manantiales.

Desde mi juventud, mi angustia primera, la fuente de todas mis alegrías y amarguras ha sido ésta: la lucha incesante e implacable entre la carne y el espíritu.

Llevo en mí las fuerzas tenebrosas del Maligno, antiguas, tan viejas como el hombre y aun más viejas que éste; llevo en mí las fuerzas luminosas de Dios, antiguas, tan viejas como el hombre y más viejas que éste. Y mi alma es el campo de batalla donde se enfrentaban ambos ejércitos.

La angustia ha sido abrumadora. Amaba mi cuerpo y no deseaba que se perdiera; amaba mi alma y no quería verla envilecida. He luchado para reconciliar estas dos fuerzas cósmicas antagónicas, para hacerles comprender que no son enemigas sino que, por el contrario, están asociadas, de manera que pueden reconciliarse de forma armoniosa, y de este modo yo podré, reconciliarme con ellas.

Todo hombre participa de la divina naturaleza, tanto en su carne como en su espíritu. Por ello el misterio de Cristo no es sólo el misterio de un culto particular, sino que alcanza a todos los hombres. En cada hombre estalla la lucha entre Dios y el hombre, inseparable del deseo de reconciliación. Casi siempre esta lucha es inconsciente y dura poco, pues un alma débil carece de fuerzas para resistir por largo tiempo a la carne; el alma pierde entonces levedad, acaba por transformarse en carne y la lucha toca a su fin. Pero en los hombres responsables, que mantienen día y noche los ojos fijos en el Deber supremo, tal lucha entre la carne y el espíritu estalla sin misericordia y puede perdurar hasta la muerte.

Cuanto más potentes son el alma y la carne, más fecunda es la lucha y más rica la armonía final. Dios no ama las almas débiles ni los cuerpos sin consistencia. El espíritu ansia luchar con una carne potente, llena de resistencia. Es un ave carnívora que nunca deja de tener hambre, que devora la carne y la hace desaparecer asimilándosela.

Lucha entre la carne y el espíritu, rebelión y resistencia, reconciliación y sumisión, y, en suma, lo que constituye el fin supremo de la lucha, es decir, la unión con Dios; tal es la ascensión seguida por Cristo, el cual nos invita a seguirle marchando tras las huellas sangrientas de sus pasos.

Este es el Deber supremo del hombre que lucha: alcanzar el elevado pináculo que Cristo, el primogénito de la salvación, coronó. ¿Cómo podemos iniciar el ascenso?.

Para poder seguirle es preciso que poseamos un conocimiento profundo de su lucha, que vivamos su angustia, que sepamos cómo venció las celadas floridas de la tierra, cómo sacrificó las pequeñas y las grandes alegrías del hombre y cómo ascendió, de sacrificio en sacrificio, de hazaña en hazaña, hasta la cima de su martirio: la Cruz.

Jamás seguí con tanto terror su marcha sangrienta hacia el Gólgota, jamás viví con tanta intensidad, con tanta comprensión y amor, la Vida y la Pasión de Cristo como durante los días y las noches en que escribí *La última tentación.* Mientras escribía esta confesión de la angustia y de la gran esperanza de la humanidad, estaba tan emocionado que mis ojos se arrasaban de lágrimas. Jamás había sentido caer gota a gota la sangre de Cristo en mi corazón con tanta dulzura, con tanto dolor.

Porque para ascender a la cima del sacrificio, a la Cruz, a la cima de la inmaterialidad, a Dios, Cristo pasó por todas las pruebas que debe pasar el hombre que lucha. Esta es la razón por la cual su sufrimiento nos resulta tan familiar, y por la que su victoria final se nos antoja nuestra propia victoria futura. Esta parte de la naturaleza de Cristo, tan profundamente humana, nos ayuda a comprenderlo, a amarlo y a seguir su Pasión como si se tratara de nuestra propia pasión. Si no poseyera dentro de él el calor de este elemento humano, jamás podría conmover nuestro corazón con tanta seguridad y ternura, jamás podría convertirse en un modelo para nuestra vida. Luchamos, lo vemos luchar como nosotros y cobramos valor. Vemos que nos encontramos solos en el mundo y que él, sea como fuere, lucha a nuestro lado.

Cada instante de la vida de Cristo es una lucha y una victoria. Triunfó del irresistible encanto de las sencillas alegrías humanas, triunfó de la tentación; transformó incesantemente la carne en espíritu y continuó su ascensión; llegó a la cima del Gólgota, subió a la Cruz.

Pero ni siquiera aquí acabó su combate. En la Cruz le esperaba otra tentación, la última tentación. Como en un relámpago, el espíritu del Maligno desplegó ante los ojos desfallecientes del Crucificado la engañosa visión de una vida apacible y dichosa: había seguido —así creyó— el sendero suave y fácil del hombre; se había casado, había tenido hijos, los hombres lo amaban y respetaban; y ahora, ya viejo, estaba sentado a la puerta de su casa, recordaba las pasiones de su juventud y sonreía satisfecho. ¡Qué bien había procedido! ¡Qué sabiduría haber seguido el sendero del hombre y qué insensatez era querer salvar el mundo! ¡Qué alegría haber escapado a las tribulaciones, al martirio y a la Cruz!

Esta fue la última tentación que durante los segundos de un relámpago turbó los instantes finales del Salvador. Pero bruscamente Jesús sacudió la cabeza, abrió los ojos. Vio: no, no era un traidor, ¡alabado sea Dios!, no había desertado, había cumplido la misión que Dios le había confiado. No se había casado, no había vivido dichoso, había llegado a la cima del sacrificio: estaba clavado en la Cruz.

Cerró los ojos, satisfecho. Entonces se oyó el grito triunfal: ¡Todo se ha consumado! Es decir, terminé mi misión, fui crucificado, no sucumbí a la tentación.

Escribí este libro para ofrecer un ejemplo supremo al hombre que lucha, para mostrarle que no debe temer el sufrimiento, la tentación ni la muerte, porque todo ello puede ser vencido y ya ha sido vencido. Cristo sufrió, y desde entonces el sufrimiento quedó santificado; la Tentación luchó hasta el último instante para extraviarlo, y la Tentación fue vencida. Cristo murió en la Cruz, y en ese mismo instante la muerte fue por siempre vencida.

Cada obstáculo interpuesto en su marcha se transformaba en hito y ocasión de futura victoria. Ante nosotros tenemos ahora un ejemplo que nos abre el camino y nos infunde valor.

Este libro no es una biografía, sino la confesión de todos los hombres que luchan. Al escribirlo, cumplí con mi deber. El deber de un hombre que luchó mucho, que se ha sentido muy atormentado en su vida y que ha esperado mucho.

Estoy seguro de que todo hombre libre que lea este libro rebosante de amor amará más que nunca, más intensamente que nunca, a Cristo.

N. KAZANTZAKIS

I

Una fresca brisa celestial le poseyó.

Por encima de su cabeza los cielos florecidos se habían abierto en una espesa maraña de estrellas; abajo, en la tierra, las piedras despedían humo, todavía abrasadas por el fuego del día. Cielos y tierra desprendían paz y tranquilidad, rebosantes de un silencio profundo, hecho de las voces eternas de la noche, más silenciosas aún que el silencio. Reinaban las tinieblas; debía ser medianoche. Dios había cerrado sus ojos, el sol y la luna, y dormía. El joven, cuya mente acariciaba la suave brisa, meditaba feliz. Pero mientras pensaba: «¡Qué soledad!, ¡qué paraíso!», de pronto el aire se alteró, se tornó pesado. Ya no era una fresca brisa celestial, sino un aliento espeso y hediondo, como si, oprimido y esforzándose en vano por dormirse, hubiera allá abajo, entre paisajes lujuriantes y tierras espesas y húmedas, un animal o un villorrio. El aire se había adensado, se había vuelto inquietante; ascendían tufaradas tibias de animales, de hombres y de duendes, así como un olor acre a pan recién sacado del horno, a amargo sudor humano y al aceite de laurel con que las mujeres se untan la cabellera.

Se olía, se sentía, se adivinaba, pero nada se veía. Poco a poco los ojos se habituaban a la oscuridad; distinguíanse ahora datileras que ascendían como chorros de agua, un ciprés de tronco recto y austero, más oscuro que la noche, olivos de follaje ralo que el viento agitaba y que centelleaban como plata en la oscuridad; y sobre una loma verdeante, ya formando grupos, ya aisladas, veíanse miserables casuchas cuadradas, hechas de noche, de barro y de ladrillos, y completamente encaladas. A causa del olor a piel mugrienta, adivinábase que en las terrazas dormían cuerpos humanos, cubiertos con sábanas o descubiertos.

El silencio había desaparecido. La feliz noche, solitaria, se llenó de angustia. Enredábanse pies y manos de hombres que no hallaban reposo, los pechos suspiraban, gritos aislados de mil gargantas luchaban por reunirse, desesperados, obstinados, en el abismo mudo habitado por Dios. Esforzábanse por saber qué ansiaban gritar y se separaban para perderse en delirios incoherentes.

Pero de pronto y desde el mismo centro de la aldea, desde la terraza más alta, partió un alarido agudo, punzante, como de entrañas que se desgarran: «Dios de Israel, Dios de Israel, Adonay, ¿hasta cuándo?» No era un hombre; era toda una aldea que soñaba y gritaba. Era toda la tierra de Israel, con los huesos de los muertos y las raíces de los árboles. La tierra de Israel, que sufría dolores de parto, que no podía dar a luz y gritaba.

Tras un prolongado silencio, volvió a oírse el grito que desgarraba el aire desde la tierra hasta el cielo, esta vez aún más quejumbroso y angustiado: «¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo?» Los perros de las aldeas se despertaron y se pusieron a ladrar, y en las terrazas, las despavoridas mujeres se refugiaron entre los brazos de sus esposos.

El joven que dormía oyó en sueños el alarido; se agitó y el sueño se asustó y comenzó a huir. La montaña se enrarecía y aparecían sus entrañas; ya no estaba hecha de piedra, sino de sueño y vértigo. Y la turba de colosos que la escalaban salvajemente, a pasos de gigante, y que no eran más que bigotes, barbas, cejas y enormes brazos, perdió también consistencia; los colosos se alejaban, caían,

adquirían otras formas y se deshilachaban uno por uno como nubes dispersadas por un viento poderoso; pronto desaparecían entre las dos sienes del joven dormido.

Pero su espíritu volvió a embotarse, el joven se sumergió de nuevo en el sueño: la montaña volvió a hacerse compacta, pétrea; las nubes se adensaron para transformarse en carne y en huesos, y se oyeron respiraciones entrecortadas. Oyó andar a alguien, luego correr: el pelirrojo reapareció en la cima de la montaña, con el pecho y los pies desnudos, inflamado; le seguía, hundida en los peñascos abruptos, la turba jadeante de mil cabezas.

Arriba, la bóveda del cielo había vuelto a formar un techo bien construido con una sola estrella suspendida en oriente, como un grano de fuego. Levantaba el día.

El joven, echado sobre las virutas, respiraba profundamente. El trabajo había sido penoso y descansaba. Durante un instante se movieron sus párpados, como si el Lucero Matutino los hubiera herido con sus rayos, pero no se despertó. El sueño había vuelto a envolverle hábilmente; soñaba. El pelirrojo se había detenido y el sudor chorreaba por su frente estrecha de profundas arrugas, por sus sobacos, por sus piernas. Lo poseían la cólera y la fatiga. Iba a proferir una blasfemia, pero se contuvo. Se limitó a murmurar con angustia: «¿Hasta cuándo, Adonay, hasta cuándo?» Se había tragado la blasfemia, pero su rabia aún fermentaba. Se volvió: el largo camino se desplegó ante él como iluminado por un rayo, las montañas descendieron, el sueño se desvaneció, los hombres desaparecieron y el durmiente vio, por encima de su cabeza, sobre el techo bajo de paja trenzada, la tierra de Canaán, multicolor, adornada como un bordado hecho en el aire, como una luz vacilante. Hacia el sur se estremecía y ondulaba el desierto de Idumea como el lomo de un leopardo; más lejos, el Mar Muerto, compacto, ponzoñoso, ahogaba, absorbía la luz; y más lejos aún, rodeada por el foso de los mandamientos de Jehová, la inhumana Jerusalén: por sus calles corría la sangre de las víctimas de Dios, corderos y profetas; más lejos, Samaría la impura, la idólatra, en cuyo centro veíase un pozo y una mujer con afeites que sacaba agua; más lejos, en el extremo norte, soleada, modesta, verdeante, Galilea. De una punta a otra del sueño veíase el Jordán, la arteria real de Dios que se desliza regando indiferentemente las arenas estériles y los ricos huertos, que dan de beber a Juan Bautista y a los heréticos de Samaría,, a las prostitutas y a los pescadores de Genezaret.

El joven se sintió embriagado al ver en su sueño las tierras santas, las aguas sagradas, y extendió la mano para tocarlas. Pero repentinamente, en medio de la oscuridad aterciopelada, de la luz rosada de la aurora, la Tierra Prometida, hecha de frescura, de viento y de antiguo deseo humano, tembló y se esfumó. Y en el momento en que se extinguía, el durmiente oyó voces rugientes, blasfemias, y vio surgir de nuevo entre los peñascos abruptos y las higueras, metamorfoseada, irreconocible, la turba de mil cabezas. ¡Los colosos se habían ajado y encogido, se habían achaparrado y sus barbas se arrastraban por tierra! Eran enanos, arrapiezos, seres diminutos, jadeantes y ya sin aliento. Cada uno de ellos llevaba extraños instrumentos de tortura; unos, correas ensangrentadas con puntas de hierro; otros, cuchillos y aguijones; otros, enormes clavos de cabeza plana; tres enanos de piernas cortas portaban una Cruz de un peso abrumador, y el último, el más desgraciado, el bizco, una corona de espinas.

El pelirrojo se inclinó, los miró y sacudió con desprecio su gran cabeza huesuda. El durmiente le oyó pensar: «No tienen fe, y por eso se han achicado; no tienen fe, y por eso me llevan al suplicio…» Adelantó su gruesa mano velluda:

—¡Mirad! —dijo, señalándoles la llanura que se extendía debajo de ellos, ahogada aún en la bruma matinal.

—No vemos nada, capitán. Está oscuro.

—¿No veis nada? ¿Por qué entonces no tenéis fe?

—La tenemos, capitán, la tenemos, y por eso te seguimos, pero no vemos nada.

—¡Mirad otra vez!

Blandiendo su brazo como una espada, rasgó la bruma y apareció la llanura. Brillaba y sonreía un lago azul. Desaparecía la sábana de bruma. En medio de los campos, bajo las datileras, a lo largo de las orillas pedregosas del lago, las aldeas y los villorrios, semejantes a grandes nidos llenos de huevos, resplandecían de blancura.

—¡Allí está! —exclamó el cabecilla señalando una gran aldea situada en medio de la verde vegetación. Tres molinos de viento, que la coronaban, habían abierto con la primera luz sus alas y giraban.

En el rostro dorado, adormecido, del joven, estalló de repente el terror. Hizo un ademán con la mano para ahuyentar el sueño que se había posado sobre sus párpados y los mantenía cerrados. Reunió todas sus fuerzas para despertarse; pensó que se trataba de un sueño y que debía despertar, liberarse de él. Pero los enanos lo rodeaban obstinadamente y se negaban a irse; el pelirrojo de mirada salvaje señalaba ahora amenazadoramente con el dedo la gran aldea de la llanura y les hablaba.

—¡Allí está! Allí vive, allí se esconde. Viste andrajos, va descalzo, trabaja de carpintero, aparenta no ser el que es para escapar a su merecido, pero ¿a dónde nos llevará? El ojo de Dios lo ha visto. ¡Caed sobre él, compañeros!

Levantó el pie para tomar impulso, pero los enanos se colgaron de sus piernas y de sus brazos; posó de nuevo el pie en tierra.

—Son muchos los andrajosos y los que van descalzos, capitán, son muchos los carpinteros. Necesitamos una señal que nos indique quién es, cómo es, dónde está, para que lo reconozcamos. De lo contrario, no nos moveremos de aquí. Sépalo, capitán, no nos moveremos de aquí; estamos cansados.

—Lo estrecharé entre mis brazos y lo besaré; ésa será la señal. Adelante ahora, en marcha. Y no hagáis ruido, no gritéis. En este momento duerme. Sería una lástima que despertara y se nos escapara. ¡En nombre del Cielo, caed sobre él, compañeros!

—¡Caigamos sobre él, capitán! —exclamaron a una sola voz los enanos, y alzaron sus grandes pies para iniciar la marcha.

Pero uno de ellos, el diminuto bizco jorobado que portaba la corona de espinas, se agarró a un arbusto y se enfrentó con el cabecilla.

—¡Yo no voy a ninguna parte! —gritó—. Estoy harto. ¿Cuántas noches hace que lo buscamos? ¿Cuántos países y aldeas hemos recorrido? Contad: inspeccionamos uno por uno los monasterios de los esenios, en el desierto de Idumea; pasamos a Betania, donde aporreamos gratuitamente a ese pobre

Lázaro; llegamos al Jordán, pero el Bautista nos arrojó de allí; al parecer, no es Aquél que buscamos. Partimos, entramos en Jerusalén, registramos el Templo, los palacios de Anas, de Caífas, las casas de los escribas y de los fariseos: ¡no lo hallamos! Sólo hallamos pillos, prostitutas, embusteros, ladrones, asesinos y tuvimos que partir. Cruzamos al galope Samaría la excomulgada, llegamos a Galilea, registramos minuciosamente Magdala, Canaá, Cafarnaum, Betsaida. Registramos cabaña por cabaña, barca por barca y cuando hallábamos al más virtuoso, al más viejo, le gritábamos: «Eres tú. ¿Por qué te ocultas? ¡Levántate y salva a Israel!» Y al ver los instrumentos que llevábamos, lo poseía el terror, se agitaba y se ponía a gritar: «¡No soy yo! ¡No soy yo!" Y se daba al vino, a los naipes, a las mujeres, se emborrachaba, blasfemaba, se prostituía para que viéramos que era pecador, que no era Aquél que buscábamos, para escapar al castigo... Perdóname, capitán, pero lo mismo nos ha de ocurrir aquí. Es inútil que lo busquemos. No lo encontraremos porque aún no ha nacido.

—¡Incrédulo Tomás! —dijo el pelirrojo, al tiempo que lo tomaba por la nuca y, riéndose, lo mantenía durante un buen rato suspendido en el aire—. ¡Incrédulo Tomás, me diviertes!

Se volvió hacia sus compañeros:

—El es la aguijada y nosotros somos los bueyes de labranza. ¡Dejad que nos aguije para que nunca tengamos paz!

El calvo Tomás lanzó un estridente grito de dolor. El pelirrojo lo dejó en tierra, se echó a reír y paseó su mirada por la heterogénea compañía.

—¿Cuántos somos? —preguntó—. Doce, uno por cada tribu de Israel. ¡Diablos, ángeles, enanos, arrapiezos, todas las criaturas y los abortos de Dios! ¡Elegid!

Estaba de buen humor; sus ojos redondos de gavilán centelleaban. Adelantó la mano y los tomó por los hombros, uno tras otro, con cólera, con ternura. Los calificaba mientras los mantenía suspendidos en el aire, reía. En cuanto dejaba a uno, levantaba a otro:

—¡Aquí estás tú, avaro, lengua de víbora, ladrón, inmortal hijo de Abraham! ¡Y tú, matasiete orgulloso de tus músculos, glotón! Y tú, devoto, timorato; no robas, no te acuestas con la mujer del prójimo, no matas porque tienes miedo; todas tus virtudes son hijas del miedo. Y tú, asno cándido que soportas los palos; soportas el hambre, la sed, el frío, los azotes, bestia de carga sin amor propio, lamedor de los restos que dejan los demás; todas sus virtudes son hijas de la miseria. Y tú, viejo zorro que te quedas a la entrada de la gruta del león, de Jehová, y no entras en ella. Y tú, carnero ingenuo que sigues lanzando balidos al Dios que te devorará. Y tú, charlatán, hijo de Levi, mercader de Dios que vendes a Dios a tanto la onza; explotador de Dios que sirves a Dios en las copas de los hombres, quienes se emborrachan con él y te abren su bolsa y su corazón. Y tú, malvado, fanático, asceta, terco, que miras tu propia figura y te fabricas un Dios malvado, fanático, terco, y caes de rodillas ante él y le adoras porque se te parece. Y tú, que tu alma es la tienda de un cambista; estás sentado en el umbral, hundes la mano en una talega, das limosna al pobre, prestas a Dios, llevas un registro y escribes: di tantos céntimos de limosna a fulano, tal día a tal hora; y ordenas que pongan el registro en tu tumba para poder abrirlo ante Dios, arreglar sus cuentas con él y cobrar los millones de la eternidad. Y tú, reverendo embustero que pisoteas todos los mandamientos de Dios, robas, te acuestas con

la mujer del prójimo, asesinas y luego te deshaces en lágrimas, te golpeas el pecho, descuelgas la guitarra y conviertes tu pecado en una canción; sabes, viejo astuto, que Dios se lo perdona todo al cantor porque a él le apasionan las canciones. Y tú, que eres como un puntiagudo aguijón hundido en nuestras nalgas, Tomás y yo, yo, pobre insensato, ¡que sentí la aguijada dentro de mí y abandoné a mi mujer y mis hijos para buscar al Mesías!

Se echó a reír, escupió en sus manos y adelantó los enormes pies:

—¡Caed sobre él, compañeros! —gritó una vez más y se lanzó corriendo por el camino que llevaba a Nazaret.

Los hombres y las montañas se convirtieron en humo y desaparecieron. Los párpados adormecidos se poblaron de una oscuridad sin ensueños. Ahora, por fin, en el sueño infinito sólo se oían dos pies descalzos, inmensos y pesados, que golpeaban el suelo de la montaña y descendían.

El corazón del joven que dormía latía violentamente: «¡Ya llegan! ¡Ya llegan!» —oyó un grito desgarrador en su carné—. «¡Ya llegan!» Se incorporó de un salto —así le pareció en su sueño—, arrimó contra la puerta el banco en que trabajaba y sobre él amontonó todas sus herramientas —cepillos, garlopas, sierras, mazas, martillos, destornilladores— así como una cruz pesada que estaba construyendo. Luego volvió a echarse sobre las virutas y el serrín, y esperó.

Reinaba una calma extraña, inquietante, ahogada, espesa. No podía oírse la respiración de la aldea ni tampoco la de Dios. Todo el universo —hasta el demonio, que jamás duerme— se había hundido en un foso profundo y negro: ¿era el sueño, la muerte, la inmortalidad, Dios? El terror poseyó al joven; vio el peligro, reunió sus fuerzas, extendió las manos para cogerse la cabeza, que se extraviaba, y se despertó.

Estaba bañado en sudor. De su sueño sólo recordaba esto: que alguien lo perseguía. ¿Quién? ¿Uno? ¿Una multitud? ¿Hombres? ¿Demonios? Ya no recordaba. Aguzó el oído, escuchó. Oíase ahora la respiración múltiple de las almas y de los cuerpos en el silencio de la noche; de cuando en cuando percibíase una leve agitación de las hojas de los árboles, el gemido lúgubre de un perro, se oía a una madre que arrullaba lenta, mecánicamente a su bebé... Poblaban la noche murmullos *y* suspiros familiares y queridos, la tierra hablaba, Dios hablaba, y el joven se apaciguó. Durante un instante había tenido miedo, se había creído completamente solo en el mundo.

Al lado, en la casita donde dormían sus padres, oyó la respiración jadeante de su anciano padre. El desdichado no podía dormir; contorsionaba la boca, trabajosamente abría y cerraba sus labios intentando hablar. Hacía ya muchos años que se atormentaba tratando de pronunciar una palabra humana, pero permanecía sentado en la cama, paralítico, sin poder mover la lengua. Sudaba, sufría, su saliva fluía y de vez en cuando, después de un combate terrible, lograba articular desesperadamente, sílaba tras sílaba, una palabra, una sola, siempre la misma: A-d-o-n-a-y, Adonay. Cuando pronunciaba toda la palabra, se calmaba durante una o dos horas. Luego, volvía a invadirle la congoja y se ponía de nuevo a abrir y cerrar la boca.

—Yo tengo la culpa... yo tengo la culpa... —murmuraba el joven, y sus ojos se arrasaban de lágrimas—. Yo tengo la culpa...

El hijo oía en la noche tranquila la lucha angustiada de su padre, y la angustia hizo presa en él a su vez. Involuntariamente comenzó a abrir y cerrar la

boca y a sudar. Cerró los ojos; escuchó atentamente para imitar a su anciano padre. Suspiraba, emitía junto con él gritos desesperados e inarticulados... hasta que el sueño lo venció.

En el momento en que se dormía, la casa se conmovió, el banco cayó al suelo, las herramientas rodaron por tierra, la puerta se abrió y vio erguido en el umbral, inmenso, con los brazos abiertos y lanzando risotadas, al Pelirrojo.

El joven gritó y se despertó.

II

Se incorporó, se sentó sobre las virutas y apoyó la espalda contra la pared. Por encima de su cabeza pendía una correa con dos hileras de clavos puntiagudos; todas las noches, antes de dormirse, flagelaba su cuerpo hasta arrancarle sangre para que lo dejara tranquilo durante la noche y no se rebelara. Un leve temblor se había apoderado de él. No recordaba qué tentaciones lo habían asaltado durante el sueño, pero sentía que había escapado a un gran peligro.

—No aguanto más, estoy exhausto... —murmuró, y elevó los ojos al cielo lanzando un suspiro. Las primeras luces del día, aún inciertas y pálidas, se deslizaron por las rendijas de la puerta; las cañas amarillentas del techo reflejaron una dulzura extraña, brillante, delicada como el marfil.

—No aguanto más, estoy exhausto... —volvió a murmurar. Exasperado, apretó los dientes. Fijó la mirada en el vacío y toda su vida desfiló ante sus ojos: el bastón de su padre que había florecido el día de los esponsales con su madre, luego el rayo que había abatido y dejado paralítico al novio. Más adelante, su madre que lo miraba, que lo miraba incesantemente sin decir nada; pero él oía su queja muda, sabía que su madre tenía razón, que las faltas que él cometía día y noche eran otros tantos puñales que atravesaban su corazón. Aquellos últimos años había luchado en vano por vencer el Miedo. Sólo éste quedaba, pues había vencido a todos los otros demonios: la pobreza, el deseo carnal, la felicidad del hogar, las alegrías de la juventud. Sólo quedaba el Miedo; debía ser capaz de vencerlo... Era un hombre. Había llegado la hora.

—Yo tengo la culpa de que mi padre se haya quedado paralítico... Yo tengo la culpa de que Magdalena se haya hecho prostituta... Yo tengo la culpa de que Israel gima aún bajo el yugo... —murmuró.

Un gallo, sin duda en la casa vecina de su tío, el rabino, batió las alas en el tejado y cantó con voz fuerte, con cólera. Seguramente estaba ya cansado de la noche, que había durado demasiado, y llamaba al sol para que apareciese por fin.

Apoyado contra la pared, el joven lo escuchaba. La luz iba a dar contra las casas y las puertas se abrían; las calles se animaban y de la tierra, de los árboles, de las rendijas de las casas ascendían suavemente los murmullos de la mañana: Nazaret se despertaba. Desde la casita vecina partió un profundo suspiro, seguido por el grito salvaje del rabino, que despertaba a Dios y le recordaba la promesa hecha a Israel: «Dios de Israel —le gritaba—, Dios de Israel, ¿hasta cuándo?, y el joven oía el ruido seco y precipitado de sus rodillas al chocar contra la tablas del piso.

El joven meneó la cabeza.

—Ruega —murmuró—, se prosterna, llama a Dios y ahora va a dar unos golpes en la pared para que yo también me eche de hinojos. —La cólera le hizo fruncir las cejas.— ¡Por si no tuviera suficiente con Dios, he de atender también a las exigencias de los hombres! —dijo, descargando violentamente el puño en la pared medianera para demostrarle al furioso rabino que estaba levantado y oraba.

Se irguió de pronto; por el movimiento brusco, su túnica, muchas veces remendada, se deslizo de sus hombros, dejando al descubierto su cuerpo flaco,

curtido, lleno de marcas rojas y azules. Avergonzado, recogió rápidamente la prenda y recubrió con ella su carne desnuda.

La pálida claridad matinal penetró por el tragaluz, cayó sobre él e iluminó delicadamente su rostro; todo obstinación, sufrimiento, orgullo. El vello de sus mejillas se había transformado en una barba rizada, negra; la nariz era ganchuda y los labios gruesos y entreabiertos dejaban ver dientes brillantes. Aquel rostro no era hermoso, pero poseía una seducción secreta e inquietante. ¿Debíase ello a las pestañas tupidas y muy largas que arrojaban una extraña sombra azul sobre toda la faz? ¿O a los ojos grandes, negros como el azabache, radiantes, poblados por la noche, ojos en los que sólo había intimidación y dulzura? Centelleaban como los de la serpiente, y cuando miraban a través de las largas pestañas, uno se sentía poseído por el vértigo.

Hizo caer las virutas que se habían pegado a sus sobacos y a su barba; pronto sus oídos escucharon pasos lentos y pesados que se acercaban; los reconoció.

—Vuelve; vuelve una vez más, ¿qué quieres de mí? —gritó, abrumado de fatiga, y luego se deslizó hacia la puerta para oír mejor.

Pero repentinamente se detuvo, espantado. ¿Quién había colocado el banco junto a la puerta? ¿Quién había amontonado sobre él la Cruz y las herramientas? ¿Quién? ¿Cuándo? La noche está poblada de espíritus malignos, de sueños; mientras dormimos, los espíritus encuentran las puertas abiertas, entran y salen y revuelven nuestra casa y nuestro cerebro.

—Alguien ha venido esta noche mientras dormía —murmuró en voz baja, como si temiera que el intruso estuviese todavía allí y le pudiese escuchar—, alguien ha venido. Seguramente fue Dios, Dios o el demonio. ¿Quién puede distinguirlos? Intercambian sus rostros, Dios se transforma en tinieblas, el demonio en luz, de tal forma que el espíritu del hombre se confunde. —Se estremeció. Ante él tenía dos caminos, ¿por cuál iría?, ¿cuál escogería?

Los pasos pesados continuaban acercándose; el joven lanzó en torno una mirada angustiada como si buscara un rincón donde esconderse. Temía a aquel hombre y no quería verle, porque abría en el fondo de su ser una antigua herida que nunca cicatrizaba. Cuando niños, jugaban juntos en cierta ocasión y el otro, que tenía tres años más que él, lo había arrojado en tierra y le había pegado; el niño se había levantado sin decir nada pero jamás había vuelto a jugar con los otros niños; desde entonces tuvo vergüenza y miedo de hacerlo. Encogido en el patio de su casa y completamente solo, tramaba la forma de lavar un día su vergüenza, para mostrarles que era más fuerte que todos ellos, para vencerlos a todos. Después de tantos años la herida aún estaba abierta, aún no había dejado de sangrar.

—¿Todavía me persigue, todavía? —murmuró—. ¿Qué quiere de mí? No le abriré.

Un puntapié hizo temblar la puerta. El joven dio un salto y apelando a todas sus fuerzas corrió el banco y abrió.

En el umbral se erguía, descalzo, un coloso de barba roja y rizada, con el pecho al aire y sudoroso. Empuñaba una mazorca asada que estaba comiendo. Sus ojos registraron el taller, vio la cruz apoyada contra la pared y su rostro se ensombreció; avanzó un paso y entró.

Sé sentó en cuclillas en un rincón, sin dejar de morder frenéticamente la mazorca, sin pronunciar palabra. El joven, de pie, desviaba los ojos y miraba afuera, por la puerta abierta, la calleja estrecha que acababa de despertar. Aún no se había levantado el polvo y percibíase un olor a tierra mojada. La luz y la frescura de la noche se habían colgado de las hojas del olivo de enfrente, y todo el árbol sonreía. El joven aspiraba el mundo matinal.

Pero el pelirrojo se volvió hacia él y gritó:

—¡Cierra la puerta! Tengo que hablar contigo.

El joven se sobresaltó al oír la salvaje voz; cerró la puerta, se sentó en el borde del banco y esperó.

—Heme aquí —dijo el pelirrojo—. Heme aquí, todo está dispuesto.

Calló, arrojó la mazorca, alzó sus ojos azules y duros para fijarlos en el joven. Estiró su cuello macizo y surcado de arrugas.

—Y tú, ¿estás dispuesto?

La luz era más intensa y se distinguía netamente el rostro del pelirrojo, tosco e inestable. No era un rostro único, sino dos; cuando una mitad reía, la otra mostraba terror; cuando una expresaba dolor, la otra permanecía inmóvil, petrificada; y cuando las dos se reconciliaban durante un instante, sentíase, por debajo de tal concordia, a Dios y al demonio que luchaban irreconciliables.

El joven no respondió. El pelirrojo le clavó la mirada, con rabia. Volvió a preguntar:

—Y tú, ¿estás dispuesto? —Ya se levantaba para cogerle por el brazo, para sacudirlo, despertarlo, obligarle a responder, pero no tuvo tiempo, se oyó el sonido de una trompeta; un grupo de jinetes invadió la calleja y, tras ellos, oyéronse pesados, rítmicos, los pasos de los soldados romanos que hacían retumbar la tierra. El pelirrojo apretó el puño y lo dirigió hacia el techo. Rugía:

—¡Dios de Israel, ha sonado la hora! ¡Hoy, no mañana, hoy!

Se volvió hacia el joven:

—¿Estás dispuesto? —volvió a preguntar y, sin esperar la respuesta, añadió:

—¡No y no! ¡No les entregarás la cruz, te lo juro! El pueblo se ha reunido, el propio Barrabás bajó de la montaña con sus hombres, destruiremos la prisión, liberaremos al zelote y entonces el milagro —¡no sacudas la cabeza!—, el milagro se producirá. Pregunta a tu tío, el rabino. Nos reunió ayer en la sinagoga. ¿Por qué no te dignaste venir? Se levantó y nos habló: «El Mesías no vendrá —vociferaba—, no vendrá mientras permanezcamos con los brazos cruzados. ¡Para que venga el Mesías es necesario que Dios y el pueblo combatan juntos!» Esto es lo que nos dijo, si quieres saberlo. Dios no basta, el pueblo no basta, y han de luchar los dos juntos. ¿Entiendes?

Lo tomó por el brazo y se puso a sacudirlo.

—¿Entiendes? ¿En qué piensas? ¡Hubieras debido estar allí y oír a tu tío para recobrar el valor, desdichado! Dijo que el zelote que los infieles romanos quieren crucificar hoy, quizá sea Aquél que esperamos desde hace muchas generaciones. Si no le socorremos, si no acudimos a salvarle, entérate, morirá sin revelar quién es. Pero si nos precipitamos para salvarle, se producirá el milagro. ¿Qué milagro? Arrojará sus harapos y la corona real de David brillará en su cabeza. Todos nos deshicimos en lágrimas. El viejo rabino levantó los brazos al

cielo y gritó: «¡Dios de Israel, hoy, no mañana, hoy!» Entonces todos levantamos los brazos, miramos el cielo, gritamos, amenazamos, lloramos: «¡Hoy, no mañana, hoy!» ¿Me oyes, hijo del carpintero, o estoy hablando con una pared?

Con los ojos entrecerrados y la mirada clavada en la pared de que pendía la correa con clavos puntiagudos, el joven aguzaba el oído. Ahogados por la voz áspera y amenazadora del pelirrojo, oíanse en la habitación contigua los sonidos entrecortados y roncos del combate que libraba su anciano padre, quien continuaba moviendo incesantemente los labios, esforzándose en vano por hablar... Las dos voces se mezclaban en el corazón del joven y repentinamente comprendió que toda la lucha de los hombres no era más que una gran parodia.

El pelirrojo lo tomó entonces por un hombro y lo sacudió:

—¿Con qué sueñas, iluminado? ¿Te has enterado de lo que dijo el hermano de tu padre, el viejo Simeón?

—El Mesías no viene de ese modo... —murmuró el joven; había fijado los ojos en la cruz que acababa de construir y sobre la cual caía, rosada y tierna, la luz de la aurora—. No, el Mesías no viene de ese modo; no reniega jamás de sus harapos, no lleva una corona real y el pueblo no se precipita para salvarlo. Dios tampoco. No lo salvan. Muere con sus harapos y todos, aun los más fieles, lo abandonan; muere completamente solo en la cima de una montaña solitaria y lleva en la cabeza una corona de espinas.

El pelirrojo se volvió y lo miró azorado. La mitad de su rostro brillaba y la otra mitad estaba envuelta en sombras.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo dijo?

Pero el joven no respondió. Se puso en pie de un salto. Ya era completamente de día. Recogió el martillo y un puñado de clavos y se acercó a la cruz. Pero el pelirrojo fue más ligero. De una zancada llegó a la cruz y comenzó a asestarle rabiosamente puñetazos y a escupirla, como si fuera un hombre. Se volvió y sus bigotes, su barba, sus cejas rozaron el rostro del joven:

—¿No tienes vergüenza? —gritó—. Todos los carpinteros de Nazaret, de Cana, de Cafarnaum, se negaron a construir una cruz para el zelote, y en cambio tú... ¿No tienes vergüenza? ¿No tienes miedo? ¿Y si el Mesías llegara y te sorprendiera construyendo su cruz? ¿Y si ése, el zelote, a quien crucifican hoy, fuera el Mesías? ¿Por qué no tuviste, como los demás, el valor de responder al centurión: «No construyo cruces para los héroes de Israel»?

Zarandeó por el hombro al carpintero, que permanecía absorto.

—¿Por qué no respondes? ¿Adónde miras?

Le dio un golpe, lo arrastró hasta la pared:

—Eres un cobarde —le dijo con desprecio—, un cobarde, un cobarde, ¡eso es lo que eres! Nunca servirás para nada en la vida.

Una voz aguda rasgó el aire. El pelirrojo soltó al joven, volvió la cabeza hacia la puerta y prestó atención. Oyóse un tumulto; avanzaban hombres, mujeres, una gran multitud, y oíanse gritos: «¡El pregonero! ¡El pregonero!» La voz aguda volvió a elevarse:

«¡Hijos e hijas de Abraham, de Isaac y de Jacob! Por orden imperial, prestad atención y escuchad: ¡Cerrad las tiendas y las tabernas, no vayáis a trabajar a los campos; madres, llevad a vuestros hijos, y vosotros, ancianos, tomad vuestros

bastones e id todos, los cojos, los sordos, los paralíticos, id todos a ver! Id a ver la tortura que sufren quienes levantan las manos contra nuestro amo el emperador... ¡que los dioses le concedan larga vida! Id a ver la muerte del zelote rebelde y trasgresor de las leyes.»

El pelirrojo abrió la puerta, vio la multitud callada, agitada, vio al pregonero subido a una piedra, delgado, vio su largo cuello y su cabeza descubierta. Escupió. «Maldito seas, traidor», gruñó mientras cerraba con rabia la puerta. Se volvió hacia el joven. La hiel le había subido hasta los ojos.

—¡Puedes estar orgulloso de tu hermano, Simón, el traidor! —vociferó.

—La culpa no es suya sino mía —dijo el joven con remordimiento—. Fui yo quien...

Se detuvo un momento y después:

—Por mí, mí madre lo arrojó de casa, por mí... Y él ahora...

La mitad del rostro del pelirrojo, iluminada durante un instante por la compasión, se suavizó.

—¿Cómo pagarás todos tus pecados, desgraciado?

El joven permaneció en silencio durante un largo rato. Sus labios se movían pero su lengua estaba paralizada. Por último logró decir:

—Con mi vida, Judas, hermano mío, con mi vida... No tengo otra cosa.

El pelirrojo se sobresaltó. La luz entraba ahora en el taller por las rendijas de la puerta y, desde lo alto, por el tragaluz; los ojos del joven brillaban, grandes, completamente negros, y su voz rebosaba amargura y terror.

—¿Con tu vida? —dijo el pelirrojo y asió la barbilla del joven—. No apartes el rostro, eres un hombre, ¿no es cierto?. Mírame a los ojos. ¿Con tu vida? ¿Qué quieres decir?

—Nada. —Bajó la cabeza silenciosamente. Luego gritó de pronto—: ¡No me preguntes nada, no me preguntes nada, Judas, hermano mío!

Judas tomó entre sus manos el rostro del joven, lo levantó y lo miró durante largo tiempo, sin hablar. Luego, tranquilamente; lo soltó. Se dirigió hacia la puerta. Su corazón se había despertado.

Afuera los rumores se hacían más densos. Oíase ascender el zumbido de los pies descalzos y de los zuecos arrastrados y en el aire resonaba el tintineo de los brazaletes de bronce de las mujeres y de las gruesas pulseras que lucían en los tobillos. De pie en el umbral, el pelirrojo contemplaba la multitud que desembocaba incesantemente de las callejas, cada vez más compacta. Ascendía hacia la colina maldita donde debía tener lugar el suplicio. Los hombres no hablaban, juraban entre dientes, golpeaban el suelo con los bastones; otros escondían, apretándolo contra el pecho, un puñal; las mujeres gritaban. Muchas de ellas se habían quitado ya los pañuelos, se habían soltado los cabellos y entonaban el canto fúnebre.

Delante, carnero conductor del rebaño, marchaba Simeón, el viejo rabino de Nazaret. Pequeño, encorvado por los años, encogido por una tisis maligna, no era más que una osamenta seca mantenida en pie por un alma invulnerable; sus manos eran las de un esqueleto, y los dedos, inmensas garras de ave de presa que apretaban y golpeaban contra las piedras el cayado sacerdotal, cuya parte superior estaba adornada con dos serpientes entrelazadas. Aquel muerto viviente

despedía el olor de una ciudad que se incendia. Sentíase al verle los ojos llameantes que sus ojos, su carne, sus cabellos, todo aquel viejo esqueleto estaba abrasado en fuego. Y cuando abría la boca para gritar: «Dios de Israel», una columna de humo ascendía de su cabeza. Tras él marchaban en fila los ancianos, inclinados sobre sus bastones, con las cejas espesas, la barba ahorquillada y los cuerpos *sólidos;* tras éstos, seguían los hombres y, tras éstos, las mujeres; cerraban la marcha los niños, cada uno con una piedra en la mano, y algunos con una honda colgada del hombro. Avanzaban todos juntos con un rugido débil y sordo, como el del mar.

Apoyado en el marco de la puerta, Judas miraba a los hombres y las mujeres y su corazón se desbordaba de esperanza. «Son éstos —pensaba, y la sangre le subía a la cabeza—, son éstos quienes, con Dios, harán el milagro. Hoy, no mañana, hoy.»

Una inmensa mujer, hombruna y de altas caderas, se separó de la multitud. Feroz y terrible, los hombros se le salían de sus vestimentas. Curvando todo su cuerpo, se inclinó, cogió una piedra y la lanzó con fuerza contra la puerta del carpintero, gritando:

—¡Maldito seas, crucificador!

En un santiamén y de una punta a otra de la calle, estallaron los gritos y las blasfemias, y los niños descolgaron las hondas del hombro. El pelirrojo cerró de un golpe la puerta.

—¡Crucificador! ¡Crucificador! —los gritos surgían de todas partes y en la puerta resonaban las pedradas.

El joven, arrodillado ante la cruz, le ponía clavos, descargaba martillazos redoblados, violentamente, como si quisiera acallar los gritos y las blasfemias procedentes de la calle. Ardía su pecho y de entre sus pestañas brotaban relámpagos. Martilleaba frenéticamente y el sudor bañaba su frente.

El pelirrojo se arrodilló, lo tomó por el brazo y le arrancó con rabia el martillo de las manos. Dio un puntapié a la cruz, que cayó al suelo.

—¿Vas a llevarla?

—Sí.

—¿No tienes vergüenza?

—No.

—No permitiré que lo hagas. La haré pedazos.

Miró en torno y alargó la mano para tomar una maza.

—Judas, Judas, hermano mío —dijo el joven lentamente, como en un ruego—, no te interpongas en mi camino. Su voz se había vuelto de pronto sombría, profunda, irreconocible. El pelirrojo se sintió turbado y preguntó con suavidad:

—¿Qué camino? —Esperó. Miraba al joven con emoción. Toda la luz caía ahora sobre su rostro y su torso delgado, de huesos finos. Los labios continuaban apretados, como si se esforzaran por contener un gran grito.

El pelirrojo lo vio frágil y pálido y su corazón violento se encogió. Día tras día sus mejillas se hundían, se consumían. ¿Cuánto hacía que no le veía? Sólo unos pocos días. Había partido para realizar su gira habitual por las aldeas que rodean a Genezaret; era herrero, construía palas, rejas de arados, hoces, herraba los

caballos, y se había apresurado a volver a Nazaret porque se enteró de la noticia: iban a crucificar al zelote. ¡En qué estado había dejado a su viejo amigo y en qué estado lo encontraba! ¡Cómo se habían agrandado sus ojos, cómo se habían; sumido sus sienes! ¿Y qué era esa terrible amargura que aparecía en las comisuras de su boca?

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué te consumes? ¿Quién te atormenta?

El joven sonrió débilmente. Iba a responder: «Dios», pero se contuvo. Ese era el gran grito que guardaba en sí, y no quería dejarlo escapar.

—Lucho —respondió.

—¿Con quién?

—No sé; lucho.

El pelirrojo hundió su mirada en los ojos del joven; los interrogaba, les suplicaba, los amenazaba, pero aquellos ojos de azabache, inconsolables, desbordantes de terror, no respondían.

De repente el espíritu de Judas vaciló. Mientras se inclinaba sobre los ojos *sombríos y* mudos le pareció ver árboles en flor, aguas azuladas, una multitud de hombres y, en el medio, tras los árboles en flor, las aguas y los hombres, abarcando todo el iris, una gran cruz negra.

Abrió desmesuradamente los ojos, se irguió con brusquedad y quiso hablar, preguntar: «¿No serás tú... tú...?» Pero sus labios no se movían. Quiso estrechar al joven, besarlo, pero sus brazos se habían petrificado en el aire.

Y entonces, cuando el joven lo vio con los brazos abiertos, con los cabellos rojos de punta, con los ojos desmesuradamente abiertos, lanzó un grito. El sueño aterrador de la noche surgió desde el fondo de su espíritu. Aquella turba, aquellos enanos, aquellas herramientas de crucifixión, los gritos: «¡Caed sobre él, compañeros!», surgieron desde el fondo de su espíritu y ahora reconocía al jefe de la banda, al pelirrojo: era el herrero Judas, que se arrojaba sobre él lanzando risotadas.

Los labios del pelirrojo se movieron. Balbuceó:

—¿No serás tú... tú...?

—¿Yo? ¿Quién?

El pelirrojo no respondió. Se mordía los bigotes y lo miraba. Una mitad de su rostro estaba de nuevo radiante y la otra hundida en las tinieblas. Veía ante él los signos y los prodigios que rodearon al joven desde su nacimiento, y aun desde antes... El bastón de José, el único bastón de futuros esposos que había florecido. El rabino le había dado a la más hermosa entre las hermosas, a María, que estaba consagrada a Dios. Más tarde, el rayo que había caído la noche de bodas y que había dejado paralítico al recién casado antes de que tocara a. su mujer. Y más tarde, según se decía, la casada había aspirado el perfume de una azucena blanca y su vientre había concebido un hijo. Y el sueño que, al parecer, había tenido la noche en que dio a luz; había visto abrirse los cielos, descender de ellos a los ángeles para colocarse en fila, como aves, en los bordes del humilde techo de su casa, para hacer allí su nido y cantar mientras unos guardaban el umbral de la morada, otros entraban, encendían fuego, ponían agua a calentar para lavar al niño que iba a nacer, y otros preparaban caldo para dar a la parturienta...

El pelirrojo se acercó lenta y vacilantemente al joven y se inclinó sobre él. Su voz desbordaba ahora de emoción, de ruego y de miedo:

—¿No serás tú... tú...? —volvió a preguntar sin atreverse a acabar la frase.

El joven se sobresaltó, enfurecido.

—¿Yo? ¿Yo? —dijo lanzando una risa breve y sarcástica—. Pero, ¿acaso no me ves? No soy capaz de hablar, no tengo valor para ir a la sinagoga, apenas veo gente desaparezco, pisoteo sin pudor los mandamientos de Dios... Trabajo el sábado.

Recogió la cruz que había caído, la enderezó y tomó un ¡martillo.

—¡Y ahora, mira, construyo cruces y crucifico! —dijo, y se esforzó una vez más por reír.

El pelirrojo no dijo nada. Lo poseía la cólera y abrió la puerta. Una nueva multitud avanzaba como una ola desde el fondo de la calle; viejas desgreñadas, ancianos inválidos, cojos, ciegos, leprosos, toda la hez de Nazaret se arrastraba sin aliento hacia la colina de la crucifixión. Se acercaba la hora fijada. «Ya es tiempo de que me ponga en camino —pensó el pelirrojo—, de que me mezcle con el pueblo, de que ataquemos todos juntos la prisión para liberar al zelote. Entonces veremos si es o no el Redentor.» Pero titubeaba. De repente un frío viento pasó sobre pi. Ño, el crucificado de hoy no sería tampoco Aquél que la raza de los hebreos esperaba desde hacía tantos siglos. «¡Mañana! ¡Mañana! ¡Mañana! ¿Cuánto hace que nos lo prometes, Dios de Abraham? ¡Mañana! ¡Mañana! ¡Mañana! Pero, ¿cuándo será? ¡Somos hombres y ya estamos cansados!»

Estaba gritando. Miró con cólera al joven que ponía clavos, llegado a la cruz: «¿Será éste, después de todo? —pensó al tiempo que lo recorría un estremecimiento—. ¿Será éste, el crucificador? Los caminos de Dios son tortuosos y oscuros. ¿Será éste?»

Tras las viejas y los enfermos avanzaban, indiferentes, silenciosos, los soldados de la patrulla romana, con sus escudos, lanzas y cascos de bronce. Empujaban al rebaño humano y miraban de arriba abajo a los hebreos, con manifiesto desprecio.

El pelirrojo los miró salvajemente y su sangre se inflamó. Se volvió hacia el joven. No quería volverle a ver: parecía que todo ocurría por su culpa. Apretando los puños, le gritó:

—Me voy. Haz lo que quieras, crucificador. ¡Eres un cobarde, un inútil, un traidor, lo mismo que tu hermano el pregonero! Pero Dios lanzará el rayo sobre ti como lo lanzó sobre tu padre y te quemará. Recuerda estas palabras que acabo de decirte.

III

El joven quedó solo. Se apoyó contra la cruz y se *secó* el sudor de la frente. Respiraba entrecortadamente; durante unos instantes todo giró a su alrededor. Oyó luego a su madre encender fuego; comenzaba temprano a trabajar en la cocina para tener tiempo de ir a ver la crucifixión. Todas sus vecinas ya habían partido. Su padre continuaba gruñendo y se esforzaba por mover la lengua, pero sólo su garganta estaba viva y no emitía más que sonidos confusos. Afuera, la calle había quedado de nuevo desierta.

Mientras permanecía de pie, apoyado en la cruz, con los ojos cerrados y sin pensar en nada, oyendo sólo los latidos de su corazón, se sobresaltó bruscamente, herido por el dolor: sentía de nuevo que el ave de presa invisible hundía profundamente las garras en su coronilla. Murmuró: «Ha vuelto... Ha vuelto...», y Comenzó a temblar. Sentía que las garras abrían agujeros profundos, rompían sus huesos y llegaban al cerebro. Apretó los dientes para no gritar: su madre se habría asustado una vez más. Se tomó la cabeza con las dos manos, apretándosela como si «temiera enloquecer. Murmuró: «Ha vuelto... Ha vuelto...» Temblaba.

La primera vez sólo tenía doce años; estaba sentado entre los ancianos, en la sinagoga, y los escuchaba; explicaban, sudando y resoplando, la palabra de Dios. Sintió entonces en su coronilla un hormigueo lento, leve, muy tierno, semejante a una caricia. Cerró los ojos. ¡Qué dulzura desconocida! ¡El Paraíso debía ser así, alas aterciopeladas lo habían transportado y lo habían elevado al séptimo cielo! De sus párpados cerrados, de sus labios entreabiertos brotó una sonrisa infinita, profunda, que lamió con ardiente deseo su carne hasta hacer desaparecer su rostro. Y los ancianos, que habían visto aquella sonrisa mística por la cual el niño había sido devorado, adivinaron que Dios había clavado en él sus garras. Se habían llevado el dedo a los labios y habían guardado silencio.

Los años transcurrieron. Esperaba, esperaba, pero no volvió a sentir aquella caricia. Y he aquí que un día, el día de Pascua, un día de maravillosa primavera, había ido a la aldea de su madre, a Cana, para elegir mujer. Su madre lo importunaba incesantemente instándolo a que se casara. Tenía veinte años, sus mejillas aparecían cubiertas de un vello tupido y rizado, su sangre ardía hasta el punto de que ya no podía dormir por las noches. Su madre había aprovechado la fiebre de su juventud y había logrado llevarle a Cana, su aldea, para que eligiera mujer.

Llevaba una rosa roja en la mano y miraba a las muchachas de la aldea, que bailaban bajo un gran álamo de hojas nuevas. Y mientras miraba, mientras sopesaba las ventajas y las desventajas de cada una de ellas, mientras las deseaba a todas sin atreverse a elegir, oyó de pronto a sus espaldas una risa cantarina como un agua fresca surgida de las entrañas de la tierra. Se volvió y vio avanzar hacia él, con todos sus adornos, con anillos de bronce en los tobillos, brazaletes, pendientes y sandalias rojas, con los cabellos sueltos, hermosa como una fragata impulsada por el viento, a Magdalena, la hija única del rabino, del hermano de su padre. El espíritu del joven se conmovió. «¡Ella es la que quiero!», gritó. «¡Ella es la que quiero!», y alargó la mano para ofrecerle la rosa. Pero al tiempo que alargaba la mano, diez garras se clavaron en su cabeza y dos alas frenéticas batieron por encima de él y aprisionaron estrechamente sus sienes.

Lanzó un alarido estridente y cayó de bruces en tierra, lanzando espuma por la boca. Entonces la pobre madre le puso su pañoleta sobre el rostro, le alzó en sus brazos, abrumada de vergüenza, y se lo llevó.

Desde aquel día se sintió perdido. Las noches de luna llena en que vagaba por los campos, o bien en el silencio nocturno, mientras dormía, aunque con más frecuencia en primavera, cuando todo está en flor, cuando todo huele a perfumes, cada vez que iba a ser feliz, que iba a saborear las más sencillas alegrías humanas como comer, dormir, reunirse con amigos, reír, encontrar a una muchacha en la calle y pensar «me gusta», inmediatamente las diez garras se clavaban en él y su deseo se desvanecía.

No obstante, hasta entonces aquellas garras no se habían abatido sobre él con tanta ferocidad como aquella mañana. Se colocó debajo del banco, hecho un ovillo, con la cabeza metida entre los hombros. Permaneció largo tiempo así. El mundo se desmoronaba. Sólo oía un rumor dentro de sí mismo y, por Encima de él, un furioso batir de alas:

Poco a poco las garras fueron aflojándose para soltar lentamente primero el cerebro, luego el cráneo y luego la piel del lastro, hasta que el joven sintió un gran alivio y una gran fatiga. Se deslizó fuera de su agujero y se llevó la mano a la cabeza, rascaba febrilmente, a través de los cabellos, la coronilla. Le parecía que estaba agujereada, aunque sus dedos no encontraron Haga alguna. Se apaciguó. Pero al retirar la mano la vio llena de luz y se estremeció: de sus dedos caían gotas de sangre.

—Dios se ha enfurecido —murmuró—, se ha enfurecido... La sangre comienza a correr.

Alzó los ojos, miró, pero no había nadie. Sin embargo sentía en el aire un olor acre de animal de presa. «Ha vuelto... Está a mi lado, bajo mis pies, sobre mi cabeza...», pensó con terror. Bajó la cabeza y esperó. El aire estaba mudo, inmóvil, y la luz pandaba, apacible e inocente, en apariencia, la pared de enfrente y el techo de cañas. «No abriré la boca, no diré ni una palabra decidió en su interior. Acaso se apiade de mí y se vaya...»

Pero apenas hubo tomado esta decisión, abrió la boca y habló; su voz era quejumbrosa:

—¿Por qué me hieres? ¿Por qué te ensañas conmigo? ¿Hasta cuándo me perseguirás?

Calló. Con la boca abierta, los pelos de punta y los ojos desbordantes de terror, escuchaba, encorvado.

Al principio, nada. El aire estaba inmóvil, mudo. De pronto alguien se puso a hablar por encima de él; aguzó el oído, escuchó. Escuchaba y no dejaba de sacudir violentamente la cabeza como para decir: «¡No! ¡No! ¡No!»

Acabó por abrir la boca; su voz ya no temblaba:

—¡No puedo! Soy ignorante, holgazán, miedoso, me gusta comer bien, beber, reírme, quiero casarme, tener hijos... ¡déjame tranquilo!

Calló para prestar atención:

—¿Qué dices? ¡No entiendo!

Se colocó las manos sobre los oídos para amortiguar la voz feroz que hablaba por encima de él. Con el rostro contraído y conteniendo la respiración, escuchaba y respondía:

—Sí, sí, tengo miedo... ¿Qué me levante para hablar? ¿Qué puedo decir y cómo? ¡Soy ignorante, te aseguro que no puedo! ¿Qué? ¿El reino de los cielos? Yo me burlo del reino de los cielos. Me gusta la tierra, y te repito que quiero casarme, casarme con Magdalena... no importa que sea una puta, yo tengo la culpa de que haya llegado a serlo y la salvaré... No, la tierra no, la tierra no, a quien quiero salvar es a Magdalena. ¡Ella me basta!... ¡Habla más suavemente para que te entienda!

Con la mano formó una visera pues la suave claridad que penetraba por el tragaluz lo cegaba. Tenía los ojos fijos en el aire, en el techo, y esperaba. Contenía el aliento y aguzaba el oído. A medida que escuchaba, su rostro brillaba, astuto, satisfecho, y la luz acariciaba sus labios húmedos, que relucían. De pronto se echó a reír a carcajadas.

—Sí, sí —murmuró—, has comprendido bien. ¡Sí, lo hago expresamente para que me detestes y busques a otro, para liberarme de ti!

Tomó confianza y añadió:

—¡Sí, sí, lo hago intencionadamente! ¡Y fabricaré cruces durante toda mi vida para que crucifiquen en ellas a los Mesías que tú elijas!

Después de decir esto, descolgó de la pared la correa con clavos y se la ciñó. Miró el tragaluz. El sol ya estaba alto y el cielo resplandecía, azul y duro como el acero. Debía apresurarse pues la crucifixión debía tener lugar a mediodía, a la hora de calor más intenso.

Se arrodilló, pasó el hombro bajo la cruz y la tomó en sus brazos. Levantó una rodilla, buscó un punto de apoyo; la cruz le pareció muy pesada, tanto que creyó imposible alzarla. Se arrastró hacia la puerta tambaleando. Avanzó dos, tres pasos entre jadeos, y ya estaba por llegar cuando de pronto sus rodillas se doblaron, todo giró a su alrededor y cayó de bruces en el suelo, abrumado por el peso de la cruz.

La casita se conmovió. Oyóse un penetrante grito de mujer; Ja puerta interior se abrió y apareció su madre. Era una mujer esbelta, de piel dorada por el sol y ojos grandes. Ya había pasado su primera juventud y entraba en la amargura difícil y dulzona del otoño. Dos círculos azules rodeaban sus ojos, su boca era firme *y* bien modelada como la de su hijo, aunque el mentón parecía más robusto y enérgico. Llevaba una pañoleta de lino violáceo; dos largos pendientes de plata, sus únicas joyas, tintineaban en sus oídos.

Al abrir la puerta, apareció tras ella el padre, sentado en la cama, con el torso desnudo, lívido, hinchado, con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos. Su mujer acababa de darle de comer aún masticaba penosamente el pan, las aceitunas, las cebollas. Los pelos blancos y rizados del pecho estaban cubiertos de saliva y migas. Junto a él veíase el bastón, célebre, fatídico, que había florecido el día de sus esponsales; ahora era sólo un trozo de madera muerta.

La madre entró, vio a su hijo caído en tierra bajo la cruz, se Clavó las uñas en las mejillas y se quedó mirándolo sin correr a ¡levantarlo. ¡Tantas veces lo habían llevado desvanecido a su casa! ¡Tantas veces lo había visto vagar por los campos, por los rincones solitarios, pasar días sin comer, negarse a trabajar y

permanecer horas con los ojos fijos en el vacío, *como* hechizado e inerte! Sólo cuando le ordenaban una cruz para crucificar a un hombre se ponía a trabajar con la cabeza baja, día y noche como tan poseso. Ya no iba a la sinagoga, no quería volver a Cana ni a ninguna fiesta, y las noches de luna llena su espíritu vacilaba y la pobre madre lo oía delirar y gritar, como si luchara con un demonio.

¡Cuántas veces había ido a arrojarse a los pies del viejo rabino, el hermano de su marido, que tenía el poder de exorcizar a los demonios. Los poseídos llegaban desde los confines del mundo y él los curaba. La antevíspera se había echado una vez más a sus pies, quejumbrosa: «¿Curas a los extranjeros y no quieres curar a mi hijo?» El rabino meneó la cabeza:

—María —respondió—, no es un demonio quien tortura a tu hijo, no es demonio; es Dios. ¿Qué puedo hacer yo?

—¿No hay entonces remedio? —preguntó la desdichada mujer.

—Te digo que es Dios; no hay remedio.

—¿Por qué lo atormenta?

El viejo exorcista suspiró sin responder.

—¿Por qué lo atormenta? —volvió a preguntar la madre.

—Porque lo ama, María —respondió al fin el viejo rabino. La madre lo miró, despavorida; abrió la boca para interrogar, pero el rabino la detuvo—: Tal es la ley de Dios, no preguntes —añadió frunciendo el entrecejo e indicándole con una señal que se fuera.

Hacía años que duraba el mal. María estaba ya al borde de sus fuerzas y, ahora que lo veía caído en el umbral, con un hilillo de sangre en la frente, permaneció inmóvil. Se limitó a gemir desde lo más profundo de su corazón. No gimió por su hijo sino por su propio destino. Había sido muy desdichada en la vida, desdichada con su marido y desdichada con su hijo. Viuda antes de estar casada, era madre sin tener un hijo. Envejecía, sus cabellos blancos aumentaban día tras día, envejecía sin haber conocido la juventud, el calor de un hombre, la dulzura y el orgullo de la mujer casada, la dulzura y el orgullo de la madre. A fuerza de llorar, sus ojos habían acabado por secarse pues había vertido todas las lágrimas que Dios le había otorgado, y ahora se limitaba a mirar a su marido y a su hijo con los ojos secos. *Si* aún lloraba a veces, lo hacía cuando estaba sola, cuando miraba, en un día de primavera, los campos, y llegaban hasta ella los perfumes de los árboles en flor; pero en tales momentos no lloraba por su marido ni por su hijo sino por su yerma vida.

Él joven se había levantado y se enjugaba la sangre con el borde de su vestido. Se volvió, vio a su madre que lo miraba Severamente, y se irritó. Conocía de sobra aquella mirada que no le perdonaba nada, aquellos labios apretados, amargos. Pero ya no podía soportarlos, también él estaba harto de aquella casa con tus ancianos paralíticos, sus madres inconsolables y sus serviles consejos cotidianos: ¡come, trabaja, cásate! ¡Come, trabaja, cásate! La madre abrió los labios apretados: —Jesús —le dijo en tono de reproche—, ¿con quién has suelto a pelearte tan temprano?

El hijo se mordió los labios, temiendo que se le escapara una palabra dura. Abrió la puerta y entró el sol; junto con él, se introdujo un viento cargado de polvo, ardiente, procedente del desierto. Se secó el sudor y la sangre de su frente,

volvió a colocar el hombro bajo la cruz y la levantó sin pronunciar palabra alguna.

La madre se cogió los cabellos, que se le habían soltado y le ponían sobre los hombros, volvió a meterlos bajo el pañuelo y avanzó unos pasos hacia su hijo. Pero cuando lo vio bañado por la luz, sintió un estremecimiento: ¡cómo cambiaba su rostro a cada instante, como el agua de un río! Cada día le parecía verlo por primera vez, cada día descubría en sus ojos, en su frente, en su boca, una luz desconocida, una sonrisa, ya alegre, ya llena de angustia, un resplandor voraz que le lamía la frente, el mentón, el cuello y lo corroía. Y aquel día ardían en sus ojos grandes llamas negras.

Por un momento estuvo a punto de gritarle, espantada: «¿Quién eres?», pero se contuvo.

—¡Hijo mío! —dijo. Sus labios temblaban; permaneció callada y esperó ansiosa por comprobar si aquel hombre era en verdad su hijo. ¿Se volvería para verla, para hablarle? Sin embargo, no se volvió; realizó un movimiento brusco para sujetar la cruz pobre el hombro y traspuso el umbral sin tambalearse.

Apoyada en el marco de la puerta, la madre lo miraba avanzar por la calle con paso ligero y subir la loma. ¡Dios mío!, ¿de dónde había sacado tanta fuerza? Ya no cargaba una cruz sino que era transportado por dos alas.

—Señor, Dios mío —murmuró la madre conturbada—, ¿quién es? ¿De quién es hijo? No se parece a su padre, no se parece a nadie, cambia todos los días. No es una sola persona, sino varias personas... Me mareo.

Se acordó de una noche en que lo tenía apretado contra ella, en el pequeño patio, junto al pozo. Era verano y la parra estaba cargada de racimos. Le daba el pecho y de pronto se quedó dormida. Durante unos instantes vio un sueño infinito. Le pareció que en el cielo había un ángel que llevaba colgada de la mano una estrella, como si fuera un farol. Avanzaba e iluminaba la tierra. Y se había abierto un camino en la oscuridad, con muchas curvas, que brillaba incandescente, como un foco de luz. Se deslizaba hacia ella y comenzaba a extinguirse a sus pies... Y cuando miraba fascinada aquel espectáculo, preguntándose de dónde podría arrancar aquel camino y por qué iba a acabar a sus pies, levantó los ojos y he aquí lo que vio: la estrella se había detenido sobre su cabeza y, en el extremo del camino iluminado por ella, aparecieron tres jinetes en cuyas cabezas resplandecían tres coronas de oro. Se detuvieron un instante, miraron el cielo y, al ver que la estrella se detenía, espolearon sus caballos y galoparon hacia ella. La madre distinguía ahora con claridad sus rostros. El jinete que iba en el medio era como un rosal blanco, un adolescente imberbe de cabellos rubios; a su derecha marchaba un hombre de tez amarilla que lucía una barga negra y puntiaguda y tenía ojos rasgados; a su izquierda iba un negro de cabellos completamente blancos y rizados, con anillos de bronce en las orejas y dientes resplandecientes. Antes de que la madre tuviera tiempo de distinguirlos y cubrir los ojos de su hijo para que no los deslumbrara la luz enceguecedora, los tres caballeros ya estaban junto a ella, ya habían saltado a tierra, se habían arrodillado ante ella y el niño había soltado el pecho manteniéndose en pie sobre las rodillas de su madre.

El primero que se acercó fue el principito blanco; se quitó la corona de la cabeza y la colocó humildemente a los pies del bebé; luego el negro se arrastró de rodillas, sacó del pecho un puñado de rubíes y de esmeraldas y los derramó con

gran ternura sobre la cabeza del niño; luego el de tez amarilla alargó la mano y depositó a los pies del bebé una brazada de grandes plumas de pavo real para que jugara con ellas... Y el bebé miraba a los tres, les sonreía pero no alargaba sus manitas para tomar los regalos. De pronto los tres desaparecieron y se adelantó un pastor vestido con pieles de cordero; llevaba en las dos manos un cuenco de leche caliente. Cuando el bebé lo vio, se puso a bailar sobre las rodillas de su madre, inclinó la cabeza sobre el cuenco y comenzó a beber la leche, dichoso e insaciable...

Apoyada en el marco de la puerta, la madre recordaba el sueño infinito. Suspiró. ¡Cuántas esperanzas había hecho nacer en ella aquel hijo único, cuántas predicciones habían formulado las adivinadoras, cómo lo miraba el propio rabino, cómo abría el Anciano las Escrituras y leía a los profetas sobre la cabeza del bebé, cómo buscaba en su pecho, en sus ojos, en sus pies el signo revelador! Pero a medida que el tiempo pasaba, sus esperanzas se desvanecían; su hijo tomaba el mal camino, un camino que lo alejaba cada vez más de los caminos de los hombres...

Se anudó el pañuelo, echó el cerrojo de la puerta y también pe dirigió hacia la colina, para ver la crucifixión, para pasar el tiempo...

IV

La madre caminaba, caminaba, tenía prisa por sumergirse, por perderse en la multitud. Delante de ella, oía ajas mujeres que gritaban; tras éstas avanzaban los hombres furiosos, que llevaban puñales ocultos en las camisas, sucios, desgreñados, con los pies descalzos, jadeantes, y tras éstos iban ancianos; cerraban la marcha los cojos, los ciegos, los enfermos. La tierra retumbaba bajo las pisadas de los hombres, se alzaban nubes de polvo, el aire apestaba y el sol comenzaba a quemar.

Una vieja se volvió, vio a María y soltó una blasfemia; dos vecinas apartaron la cabeza y escupieron para conjurar la mala suerte y una joven casada se recogió estremeciéndose el vestido para que no lo tocara la madre del crucificador. María suspiró y se cubrió casi todo el rostro con el pañuelo violeta; veíanse sólo su boca cerrada, *amarga, y sus* ojos almendrados desbordantes de angustia. Avanzaba sola, tropezando contra las piedras; tenía prisa por esconderse, por perderse entre la multitud. A su alrededor elevábanse los cuchicheos, pero María endurecía su corazón y continuaba avanzando. «Mi hijo, mi hijo querido —pensaba—, mi hijo querido, ¡adonde ha llegado!» Mordía el borde del pañuelo para no estallar en sollozos.

Llegó adonde estaba reunido el grueso de la multitud, dejó atrás a los hombres y fue a refugiarse entre las mujeres. Se había puesto la mano sobre la boca de modo que sólo se veían sus ojos; ninguna vecina me reconocerá, se dijo a sí misma, y se tranquilizó.

De pronto un rumor ascendió, a sus espaldas. Los hombres avanzaban precipitadamente, apartaban a las mujeres para abrirse paso, se acercaban al cuartel donde el zelote estaba prisionero, tenían prisa por echar abajo la puerta y liberarlo. María se apartó, se ocultó bajo el umbral de una puerta y miró.

En medio de las largas barbas untadas con aceite, de los largos cabellos grasientos, de las bocas que despedían espuma, el viejo rabino, encaramado en los hombros de un coloso de aspecto feroz, agitaba los brazos hacia el cielo y gritaba. ¿Qué gritaba? María aguzó el oído y escuchó:

—Tened confianza en el pueblo de Israel, hijos míos, avanzad todos juntos. No tengáis miedo. Roma no es más que humo. !Dios va a soplar y se disipará! ¡Acordaos de los macabeos, recordad cómo arrojaron a los griegos, amos del universo, y se mofaron de ellos! ¡Del mismo modo arrojaremos nosotros a los romanos y nos mofaremos de ellos! ¡No hay *más* que un Señor de los Reinos, y es nuestro Dios!

Poseído por Dios, el viejo rabino brincaba y danzaba sobre pos anchos hombros del coloso, ya no tenía fuerzas para correr, había envejecido, lo habían minado los ayunos, las prosternacion*es* y las grandes esperanzas. El gigantesco montañés lo había tomado sobre sí y lo llevaba corriendo ante el pueblo. Lo agitaba ¡en el aire como una bandera.

—¡Eh, Barrabás! —gritaba el pueblo—. ¡Se te caerá! Pero Barrabás, despreocupado, sacudía y zarandeaba al viejo sobre sus hombros y continuaba su camino.

Llamaban a Dios a gritos. Por encima de sus cabezas, el aire le abrasó, surgieron llamas que confundieron el cielo con la tierra y los cerebros de los

hombres vacilaron. Aquel mundo hecho de piedras, de hierbas y de carne se enrareció, se hizo transparente y, tras él, apareció el otro mundo, compuesto de llamas y de ángeles.

Judas, todo fuego, alargó los brazos, arrancó al viejo rabino de los hombros de Barrabás, lo puso a horcajadas sobre sus propios hombros y comenzó a bramar: «¡Hoy, no mañana, hoy!» El rabino también se inflamó y comenzó a cantar con su voz gastada y expirante el salmo victorioso. Todo el pueblo coreó el himno:

«Las naciones me sitiaron. ¡Pero el nombre de Dios las dispersó! Las naciones me cercaron. ¡Pero el nombre de Dios las dispersó! Me envolvieron como un enjambre de avispas. ¡Pero el nombre de Dios las dispersó!»

Pero mientras cantaban y dispersaban con su espíritu a las naciones, vieron alzarse ante ellos, en el corazón de Nazaret, el macizo edificio cuadrado con sus cuatro ángulos, sus cuatro torres, sus cuatro águilas gigantescas de bronce: era la fortaleza del enemigo, el cuartel.

En cada uno de sus rincones habitaba el demonio. En lo alto de las torres ondeaban las enseñas amarillas y negras de Roma, con sus águilas; más abajo estaba el centurión sangriento de Nazaret, Rufo, con sus ejércitos; más abajo aún estaban los caballos, los perros, los camellos, los esclavos; más abajo aún, sepultado en el fondo de un foso profundo, con los cabellos crecidos, privado de vino, de mujer, estaba el zelote, el rebelde. Bastaba que éste sacudiera la cabeza para que todo el edificio maldito, los hombres, los caballos, los esclavos, las torres, todo se desmoronara. De tal modo Dios esconde siempre en el fondo de los cimientos del mal la voz débil y menospreciada de la justicia.

Aquel zelote era el último descendiente de la ilustre raza de los macabeos; el Dios de Israel había extendido la mano sobre él y no dejaba perecer aquella cepa sagrada. El viejo rey Herodes, el perverso y condenable traidor, había untado con pez a cuarenta jóvenes y los había hecho arder como antorchas en la noche porque habían demolido el águila de oro que aquel rey de Judea había plantado en el frontón, jamás mancillado hasta entonces, del Templo. Los conjurados eran cuarenta y uno. Sólo cuarenta habían sido apresados, y su jefe había escapado. El Dios de Israel lo había tomado por la cabellera y lo había salvado; era aún adolescente imberbe aquel zelote, el bisnieto de los macabeos.

Desde entonces y durante años había vagado por las montañas, batiéndose para liberar a la santa tierra que Dios había dado a Israel. «Nuestro único amo es Adonay —proclamaba—. No paguéis los impuestos a los príncipes de este mundo, no permitíais que sus Ídolos, sus águilas, mancillen el Templo de Dios, no ¡degolléis bueyes ni carneros en sacrificio al tirano, al emperador. no hay más que un Dios, que es nuestro Dios; que un pueblo, que es el pueblo de Israel; que un fruto en todo el árbol de la Tierra, que es el Mesías.»

Pero de pronto, el Dios de Israel había retirado la mano que hasta entonces le protegía y Rufo, centurión de Nazaret, lo había Capturado. Los campesinos, los artesanos, los burgueses habían acudido desde todos los villorrios, hasta los pescadores del lago de Genezaret. Durante días y más días, de casa en casa y de barca en barca había circulado, sorprendiendo también a los transeúntes en las rutas, una noticia sorda, oscura, ambigua: «¡Crucifican al zelote! ¡Uno más que desaparece! ¡Está perdido!», pregonaba aquella noticia unas veces, y otras, por el

contrario: «¡Salve, hermanos, ha llegado el Redentor! ¡Tomad grandes palmas e id todos juntos a Nazaret a desearle la bienvenida!»

El anciano rabino se irguió de rodillas sobre los hombros del pelirrojo, extendió los brazos hacia el cuartel y se puso a gritar:

—¡Está allí! ¡Está allí! El Mesías está de pie en el fondo y espera. ¿Qué espera? ¡A nosotros, al pueblo de Israel! ¡Adelante derribad la puerta, liberad al Salvador para que él nos libere!

—¡En nombre del Dios de Israel! —Barrabás lanzó un alarido salvaje y blandió su hacha.

El pueblo bramó, los hombres acariciaron los puñales que escondían bajo la camisa, la muchedumbre de niños preparó sus hondas y todos se lanzaron, con Barrabás a la cabeza, sobre la puerta de hierro. La gran luz de Dios cegaba todos los ojos, y por esto no vieron que se entreabría una puertecita y que por ella Salía Magdalena enjugándose los ojos arrasados de lágrimas, lívida. Su corazón se había apiadado del que iba a morir y había bajado aquella noche al foso para proporcionarle la última alegría, la más dulce que puede dar este mundo. Pero el condenado pertenece a la tribu salvaje de los zelotes y había jurado no cortarse el pelo, no beber una gota de vino ni dormir con una mujer mientras Israel no fuera liberada. Toda la noche Magdalena permaneció sentada frente a él, mirándole; pero el zelote, más allá de los cabellos negros de la mujer, a lo lejos, miraba a Jerusalén, pero no a la Jerusalén presente, sometida, prostituida, sino a la Jerusalén futura, la Santa, con sus siete puertas triunfales de fortaleza, sus siete ángeles guardianes y los setenta y siete pueblos de la tierra postrados, con el rostro en el polvo, a sus pies. El condenado acariciaba el cuello fresco de la Jerusalén futura y la muerte desaparecía, el mundo se suavizaba, se aplastaba, cabía en el hueco de su mano. Cerraba los ojos, mantenía el cuello de Jerusalén en el hueco de su mano y no pensaba más que en una sola cosa: en el Dios con la barba crecida, privado de vino y de mujer, en el Dios de Israel. Durante toda la noche el zelote, con Jerusalén sentada en sus rodillas, edificaba en sus propias entrañas tal como lo deseaba, no hecho de ángeles y de nubes sino de hombres y de tierra, tibio en invierno y fresco en verano, el reino de los cielos.

El viejo rabino vio alejarse del cuartel a su hija envilecida. Apartó el rostro. Aquélla era la gran vergüenza de su vida: ¿cómo había podido salir de las entrañas del rabino, que era puro y que temía a Dios, aquella puta? ¿Qué demonio o qué pena incurable la habían fulminado y la habían arrojado al camino de la vergüenza?

Un día volvió de una fiesta en Cana y se echó a sollozar; quería matarse y luego comenzó a reír a carcajadas. Se pintaba, se cargaba de joyas, se paseaba por las calles. Luego abandonó la casa y partió para alzar su tienda en Magdala, en la encrucijada por donde pasan las caravanas.

Llevaba aún el pecho descubierto y avanzaba sin avergonzarse en medio de la muchedumbre; sus labios habían perdido el afeite, sus mejillas estaban hundidas y sus ojos turbios, pues se había pasado toda la noche mirando a aquel hombre y llorando. Vio a su padre desviar la mirada avergonzado, y en su rostro se dibujó una sonrisa amarga. Ella estaba más allá de la vergüenza, del temor de Dios, del amor por su padre y de las opiniones de los hombres. La acusaban de llevar en su cuerpo siete demonios: no llevaba siete demonios sino que tenía siete cuchillos clavados en medio del corazón.

El viejo rabino comenzó de nuevo a lanzar gritos para que todas las miradas se fijaran en él y nadie viera a su hija. Bastaba con que Dios la hubiese visto, pues El sería el juez.

Se irguió con todas sus fuerzas en los hombros del pelirrojo y gritó a la muchedumbre.

—Abrid los ojos del alma, mirad el cielo. Dios está encima de nosotros, el cielo se ha rasgado, los ejércitos de los ángeles avanzan, el aire se puebla de alas rojas y azules.

El cielo se abrasó, el pueblo alzó los ojos y vio allá arriba al ¿Dios guerrero que descendía. Barrabás levantó el hacha y gritó:

—¡Hoy, no mañana, hoy!

El pueblo corrió al asalto del cuartel y cayó sobre la puerta de hierro. Los judíos colocaron contra la puerta barras de hierro y llevaron escalas y antorchas. De pronto se abrió la puerta y aparecieron dos jinetes de bronce, armados de pies a cabeza, con la mirada fija, tostados por el sol, bien alimentados, seguros de sí mismos. Clavaron las espuelas en los caballos, alzaron las lanzas y súbitamente las calles se llenaron de piernas y de espaldas que huían gritando hacia la colina de la crucifixión.

Aquella colina maldita estaba pelada, completamente cubierta de sílice y espinos. Bajo todas las piedras hallábanse gotas de sangre coagulada. Cada vez que los hebreos se rebelaban y reclamaban libertad, aquella colina se cubría de cruces y en aquellas cruces se retorcían y gemían los rebeldes. Por la noche aparecían los chacales, que les comían los pies, y la mañana siguiente los cuervos, que les comían los ojos.

El pueblo se detuvo sin aliento al pie de la colina. Otros jinetes de bronce se abatieron sobre ellos, los rodearon, rechazaron a la judiada para quedar luego inmóviles como una barrera. No faltaba mucho para el mediodía y sin embargo la cruz aún no había llegado. En la cima de la colina, dos herreros gitanos tenían en las manos clavos y martillos y esperaban. Iban llegando los perros de la aldea, hambrientos. Vueltos hacia la colina bajo el cielo abrasador, ardían los rostros: ojos de azabache, narices ganchudas, mejillas curtidas, sienes mugrientas. Y las gruesas mujeres, con los sobacos mojados, los cabellos untados con sebo, se derretían bajo el sol y hedían.

Un grupo de pescadores, con el rostro, el pecho y los brazos devorados por el sol y el viento, con grandes ojos de niños maravillados, habían ido también desde el lago de Genezaret para ver el milagro: en el momento en que los incrédulos condujeran al zelote a la cruz, éste arrojaría sus harapos y de ellos surgiría un ángel blandiendo una espada. Habían llegado la noche anterior con sus cestos llenos de pescados, vendiéndolos a buen precio; luego habían ido a una taberna, a beber, a emborracharse, a olvidar la razón por la cual se habían trasladado a Nazaret; se acordaron de las mujeres y cantaron en su honor, luego habían comenzado a pelearse entre ellos para reconciliarse más tarde. Al amanecer volvieron a sentir en su espíritu al Dios de Israel, se lavaron y, medio dormidos, se pusieron en camino para asistir al milagro.

Esperaron y esperaron, pero se habían cansado de esperar. Un golpe de lanza en la espalda era lo que necesitaban para arrepentirse de haber ido.

—Yo digo que volvamos a nuestras barcas, compañeros —dijo un pescador vigoroso de barba gris y ensortijada y cuya frente semejaba una concha de ostra—. Recordad lo que os digo: también crucificarán a *éste y* el cielo no se abrirá. La cólera del cielo no acaba jamás, así como no acaba la injusticia de los hombres. ¿Qué dices tú, hijo de Zebedeo?

—Lo que tampoco tiene fin es la insensatez de Pedro —respondió uno de sus compañeros, un pescador de barba enmarañada y mirada salvaje, y se echó a reír—. No te enfades, Pedro, pero ya tienes pelos blancos y aún no has adquirido juicio. En un segundo te inflamas y te extingues como paja. ¿No fuiste tú, acaso, el que fue a buscarnos, el que corría como un loco de un caique a otro gritando: «¡Vamos, hermanos! ¡No todos los días se ven milagros! ¡Vayamos a Nazaret para verlo!»? Y ahora que has recibido un par de palos en las costillas, cambias de cantilena y dices: «¡Vámonos, compañeros, vámonos!» ¡No en balde te llaman Veleta!

Dos o tres pescadores que lo oían se echaron a reír. Un pastor, que olía a chivo, alzó el cayado y dijo:

—No le molestéis, Santiago, aunque sea una veleta. Es el mejor de todos nosotros; tiene un corazón de oro.

—Un corazón de oro, tienes razón, Felipe —dijeron todos— para halagar y calmar a Pedro. Este, furioso, resoplaba. Aguantaba todo, pero no quería que le llamaran Veleta. Quizá lo fuera, pues el menor soplo de viento le hacía cambiar de dirección, pero no lo hacía por miedo, lo hacía porque tenía buen corazón. Santiago vio el rostro ceñudo de Pedro y se apenó. Lamentó haber hablado con ligereza a su amigo, mayor que él, y dijo, para desviar la conversación:

—Dime, Pedro, ¿qué es de tu hermano Andrés? ¿Está siempre en el desierto del Jordán?

—Siempre, siempre —respondió Pedro y suspiró—. Parece que ya se hizo bautizar y que también él come langostas y miel silvestre, como su maestro. Que Dios me trate de embustero si no lo vemos dentro de poco recorriendo las aldeas y gritando: «¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos! ¡El reino de los cielos está próximo!» como los otros. ¿Qué reino de los cielos? ¡No tenemos vergüenza!

Santiago sacudió la cabeza, frunció el poblado entrecejo y dijo: —Creo que lo mismo le ocurre a mi hermano Juan. También él fue al Monasterio del desierto de Genezaret para hacerse monje. Al parecer, no nació para ser pescador y me ha dejado completamente solo con dos ancianos y cinco barcas. Es para desesperarse.

—Veamos, ¿acaso le faltaba algo a aquel insensato? Poseía todos los bienes que puede conceder el cielo. ¿Qué le picó en la flor de la juventud? —preguntó el pastor Felipe, al tiempo que se regocijaba secretamente al ver que los ricos también tienen un gusano que les corroe.

—De pronto comenzó a ponerse nervioso —respondió Santiago—. Se revolvía toda la noche en la cama como los adolescentes que necesitan una mujer.

—¡Pues bien! ¡Que se casara! Nunca faltan muchachas hermosas.

—Decía que no deseaba a ninguna mujer.

—Entonces, ¿de qué se trataba?

—Deseaba, como Andrés, el reino de los cielos.

Los pescadores estallaron en carcajadas.

—Y vivir feliz y comer perdices —dijo un viejo pescador y se restregó las manos callosas con una sonrisa maligna.

Cuando Pedro abría la boca para hablar, oyéronse gritos roncos: «¡El crucificador! ¡El crucificador! ¡Ahí viene!»

Los rostros se volvieron, turbados. Allá a lo lejos en el camino apareció el hijo del carpintero, que trepaba la colina cargado con la cruz, tambaleándose y jadeante.

—¡El crucificador! ¡El crucificador! ¡El traidor! —rugió el pueblo.

Los dos gitanos observaron desde la cima de la colina la cruz que llegaba y se pusieron en pie de un salto, gozosos. El sol los había quemado. Escupieron en sus manos, tomaron las azadas y comenzaron a cavar un foso. Habían colocado junto a ellos, sobre una piedra, los clavos macizos de ancha cabeza. Les habían ordenado tres, pero ellos habían forjado cinco.

Los hombres y las mujeres habían formado una cadena asiéndose de las manos para impedir el paso del crucificador. Magdalena se separó de la muchedumbre y clavó la mirada en el hijo de María, que subía. Su *corazón* se henchía de pena. Se acordaba de sus juegos, cuando ambos eran aún niños. El tenía tres años y ella cuatro. ¡Qué *goces* profundos, inconfesables, qué dulzura indecible habían saboreado! Ambos sentían por primera vez, de un modo muy profundo y muy oscuro, que uno de ellos era un hombre y la otra una mujer, que formaban, diríase, dos cuerpos que antes habían sido uno solo. Un Dios despiadado los había separado y ahora las dos partes habían vuelto a encontrarse y ansiaban reunirse, volver a formar un solo cuerpo. A medida que crecían, sentían cada vez con mayor claridad aquella maravilla de que uno de ellos fuera hombre y el otro mujer, y se miraban con mudo terror. Como dos fieras, esperaban que su hambre fuera absoluta, que sonara la hora de lanzarse el uno sobre el otro para volver a unir por sí mismos lo que Dios había separado. En Cana, una noche de fiesta, en el momento en que el amado alargaba la mano para ofrecerle la prenda de los esponsales, la rosa, el Dios despiadado se había abatido sobre ellos y los había separado nuevamente; y luego…

Los ojos de Magdalena se llenaron de lágrimas. Avanzó unos pasos; el portador de la cruz pasaba frente a ella.

Se inclinó sobre él y su cabellera perfumada rozó los hombros desnudos y ensangrentados del hombre.

—¡Crucificador! —gritó con voz estrangulada, ronca. Temblaba.

El joven se volvió. Durante un instante clavó en ella sus grandes ojos afligidos. Un temblor convulsivo se agitaba en torno de sus labios y su boca se contrajo. Pero bajó enseguida la cabeza y Magdalena no pudo saber si aquel rostro reflejaba sufrimiento, pavor o una sonrisa. Aún inclinada sobre él y respirando apenas, Magdalena le dijo:

—¿No tienes vergüenza? ¿No te acuerdas? ¿Cómo has caído tan bajo?

Poco después, como si hubiese oído su voz contestándole, le gritó:

—No, no; no es Dios, desgraciado; no es Dios, es el demonio.

Entretanto, el pueblo se había adelantado para interceptarle el paso. Un anciano alzó su bastón y lo descargó sobre él; dos boyeros, que habían bajado del

monte Tabor para presenciar el milagro, le clavaron sus aguijadas en las nalgas. Barrabás sentía que el hacha se agitaba en su mano. El viejo rabino vio a su sobrino en peligro, se dejó caer de los hombros del pelirrojo y corrió a protegerle.

—¡Deteneos, hijos míos! —gritó—. ¡No obstruyáis el camino de Dios! ¡Es una gran falta! ¡No impidáis que se consuma lo que está escrito! La cruz ha de pasar porque la envía Dios. Que los gitanos preparen los clavos, que el enviado de Adonay suba a la cruz, no tengáis miedo, tened confianza. Tal es la ley de Dios: es preciso que el puñal entre en la carne hasta el hueso. ¡De lo contrario, el milagro no puede producirse! Escuchad a vuestro anciano rabino. Hijos míos, os digo la verdad: si el hombre no llega al borde del precipicio, no le crecen alas en los hombros.

Los boyeros retiraron sus aguijadas, las piedras cayeron de los puños cerrados y el pueblo se apartó para despejar el camino de Dios. El hijo de María pasó cargado con la cruz y tambaleándose. A lo lejos, en los olivares, se oyó el chirrido de las cigarras, que parecía aserrar el viento. Un perro hambriento por carnicero ladró de alegría en la cima de la colina, y más lejos, en medio de la muchedumbre, una mujer cuya *cabeza* estaba envuelta en un pañuelo violeta lanzó un grito y se desvaneció.

Pedro estaba ahora de pie, con la boca abierta y los ojos agrandados; miraba al hijo de María. Lo conocía. La casa paterna de María, en Cana, quedaba enfrente de la casa paterna de Pedro; y sus ancianos padres, Joaquín y Ana, eran amigos de infancia de los padres de aquél. Eran santos, los ángeles frecuentaban regularmente su pobre morada, y en cierta ocasión los vecinos vieron al propio Dios, disfrazado de mendigo, que traspasaba de noche el umbral de la casa; habían comprendido que era Dios porque la casa de Joaquín y de Ana se puso a vibrar como si hubiera entrado en ella un temblor de tierra. Nueve meses más tarde tuvo lugar el milagro: a los sesenta años la vieja Ana dio a luz a María. Pedro no debía tener aún cinco años pero recordaba la alegría que había estallado y que toda la aldea se había puesto en movimiento y había corrido a felicitarla. Todo el mundo llevaba algo: leche, harina, dátiles, miel, ropitas para la niña. Y la madre de Pedro, que había sido la partera, ponía agua a calentar, echaba sal en ella y lavaba a la recién nacida, que lloraba... Y ahora, he aquí que el hijo de María pasa ante él cargado con la cruz y todos le lanzan escupitajos y piedras... Lo miraba, lo miraba y su corazón se afligía. ¡Qué desgraciado destino el de aquel hombre! El Dios de Israel, despiadado, eligió al hijo de María para fabricar cruces en las que fuesen crucificados los profetas. «Es todopoderoso —pensaba Pedro estremeciéndose—, es todopoderoso; habría podido elegirme a mí, pero tuve suerte. Eligió al hijo de María.» Súbitamente el corazón conturbado de Pedro se apaciguó. Sintió de pronto una profunda gratitud por el hijo de María, que había asumido el pecado y lo había cargado sobre sus débiles hombros.

Y mientras aquellas ideas se agitaban en el cerebro de Pedro, el hijo de María se detuvo, sin aliento.

—Estoy cansado —murmuró—, estoy cansado —y buscó a su alrededor una piedra para apoyarse en ella, un ser humano; pero sólo vio miles de ojos que lo miraban con odio y puños alzados; le parecía oír en el cielo un batir de alas; su corazón se abrió; quizá Dios se apiadara de él en el último momento y le enviara a sus ángeles; alzó los ojos: no eran ángeles sino cuervos. Montó en cólera; lo poseyó la obstinación, adelantó resueltamente la pierna para marchar, para ascender la colina, pero las piedras se desplomaban bajo sus pies; tropezó y

resbaló hacia adelante. Pedro tuvo tiempo de correr y cogerlo por el brazo; le tomó la cruz y la cargó sobre sus hombros.

—Espera; te ayudaré, estás fatigado —le dijo.

El hijo de María se volvió, lo miró, pero no lo reconoció. Toda aquella marcha le parecía un sueño, sus hombros habían quedado de pronto aliviados y ahora volaba por los aires, como se vuela en los ensueños. «No debía ser una cruz —pensó—, no debía ser una cruz; debía ser un par de alas.» Se enjugó el sudor y la sangre de su rostro y, con andar firme, ajustó su paso al de Pedro.

El aire era como fuego que lamía las piedras; los vigorosos perros de pastor que los gitanos llevaban consigo para beber a lengüetadas la sangre se habían acostado al pie de un peñasco, alrededor del foso que sus amos habían cavado; resoplaban y de su lengua colgante caía baba. En aquel brasero se oían crujir las cabezas y bullir los cerebros; en semejante horno todas las fronteras entre las cosas se movían, se desplazaban: sabiduría y locura, cruz y alas, Dios y hombre.

Algunas mujeres compasivas reanimaron a María; ésta abrió los ojos, vio a su hijo con los pies descalzos, esquelético; estaba a punto de llegar a la cima y delante de él marchaba un hombre cargado con la cruz. Suspiró y miró a su alrededor como para buscar socorro; vio a los hombres de su aldea, los pescadores; iba a acercarse, iba a apoyarse en ellos, pero no tuvo tiempo de hacerlo pues la trompeta sonó allá lejos, en el cuartel; aparecieron nuevos jinetes, se levantó una polvareda, el pueblo se apartó y antes de que María tuviera tiempo de subirse a una piedra para ver, los jinetes habían invadido el lugar con sus cascos de bronce, sus mantos rojos y sus soberbios caballos que pisoteaban al pueblo.

El zelote rebelde avanzaba mirando fijamente hacia adelante, con las manos atadas a la espalda, las vestiduras rasgadas y manchadas de sangre, una gran barba gris y enmarañada y largos cabellos pegados a la espalda por el sudor y la sangre.

Al verlo, el pueblo se sintió poseído por el terror. ¿Era un hombre o aquellos harapos ocultaban a un ángel o a un demonio que guardaba en sus labios apretados un secreto terrible e inconfesable? El viejo rabino y el pueblo se habían puesto de acuerdo para entonar todos al unísono, con voz fuerte, el salmo guerrero apenas apareciera el zelote: «¡Que mis enemigos sean dispersados!», con el fin de infundir valor al rebelde. Pero ahora había un nudo en todas las gargantas. Sentían que aquel hombre no necesitaba valor, que estaba por encima del valor, inconmovible, invulnerable, y tenía en sus manos atadas la libertad. Lo miraban aterrorizados y callaban.

Con la piel curtida por el sol de oriente, el centurión marchaba delante; arrastraba tras él al rebelde mediante una cuerda atada a la silla de montar. Estaba asqueado de los hebreos. Hacía diez años que levantaba cruces y crucificaba, diez años que les cerraba la boca con tierra y piedras para impedirles gritar... ¡pero todo era en vano! Crucificaba a uno, pero había millares de hebreos que formaban cola esperando febrilmente su turno y cantando salmos desvergonzados de uno de sus sucios reyes. Aquellos hebreos no temían a la muerte. Tenían un Dios sanguinario, que se bebía la sangre de sus primogénitos. Poseían una ley propia, que era como una bestia de diez cuernos, devoradora de hombres. ¿Por dónde golpearlos? ¿Cómo subyugarlos? No temían a la muerte. Y

quien no teme a la muerte —el centurión había reflexionado sobre esto a menudo, allí en Oriente—, quien no teme a la muerte es inmortal.

Tiró de las riendas y el caballo se detuvo. Paseó la mirada a su alrededor; lo rodeaba la judiada; rostros corroídos, ojos astutos y ardientes, barbas untadas con aceite, cabellos desgreñados y mugrientos... Escupió con asco. ¿Cuándo volvería a Roma, a Roma con sus baños, sus teatros, sus circos y sus mujeres que se lavaban? Le dio asco Oriente, aquellos olores, aquella suciedad, los hebreos.

La cruz ya estaba clavada en la cima de la colina; el sudor de los gitanos caía sobre las piedras. El hijo de María se había sentado en un peñasco y miraba a los gitanos, la cruz, el pueblo y al centurión que se apeaba del caballo ante él; miraba, miraba pero no veía más que una marea de cráneos y, arriba, el cielo abrasado. Pedro se acercó a él, se inclinó para hablarle y le habló, pero en los oídos del hijo de María resonaba un mar espumoso y no oyó.

El centurión hizo una señal con la cabeza y desataron al zelote. Este se apartó a un lado para desentumecerse y comenzó a desvestirse. Magdalena se deslizó entre las patas de los caballos, abrió los brazos y ya iba a acercarse al zelote cuando éste la rechazó con un ademán. Una anciana mujer, muy erguida y silenciosa, se abrió camino entre la multitud, y fue a abrazarlo. El zelote le besó las dos manos por largo tiempo y la mantuvo estrechada contra su cuerpo, para apartar luego la cabeza. La vieja permaneció allí un momento sin hablar, sin llorar. Miraba.

—Te bendigo —murmuró, y fue a apoyarse en el peñasco de enfrente, junto a los perros de los gitanos que resoplaban, echados a la sombra.

El centurión tomó impulso y volvió a montar a caballo, para que todo el mundo le viera y oyera. Levantó el látigo sobre la muchedumbre para acallar los gritos y dijo:

—¡Hebreos, escuchad mis palabras! ¡Habla Roma! ¡Silencio!

Señaló con el dedo al zelote, que se había despojado de sus harapos y se mantenía de pie bajo el sol, esperando.

—Este hombre que ahora está de pie y desnudo ante el Imperio Romano se ha atrevido a desafiar a Roma. Abatió en su juventud las águilas imperiales, huyó a la montaña, invitó al pueblo a huir también a la montaña y a rebelarse... ¡al parecer ha llegado la hora de que de vuestras entrañas salga el Mesías que debe destruir Roma! Callad, no gritéis. Es culpable de rebeldía, de asesinato y de traición. Y ahora, hebreos, escuchad. Juzgad vosotros mismos: ¿qué suplicio merece?

Calló; paseó la mirada por la multitud extendida debajo de él y esperó. El pueblo, agitado, rugía. Los hebreos se empujaban unos a otros, cambiaban de lugar, se precipitaban hacia el centurión, llegaban hasta las patas de su caballo para volver a retroceder aterrorizados y tornar de nuevo a avanzar, al modo de una marea.

El centurión se enfureció. Clavó las espuelas en el caballo y avanzó, abriéndose paso entre la multitud.

—Pregunto —bramó—. Es rebelde, asesino y traidor. ¿Qué suplicio merece?

El pelirrojo dio un salto, poseído por la cólera. No podía contenerse. Quería gritar: «¡Viva la libertad!» Ya estaba a punto de hacerlo cuando su camarada Barrabás le tapó la boca con la mano.

Durante un largo rato no se escuchó más que un rumor, semejante al del mar. Nadie se atrevía a hablar, pero todo el mundo gemía sordamente, jadeaba, suspiraba. Y de repente, por encima de aquel rumor confuso, oyóse una voz cascada, llena de valor. Todos se volvieron, llenos de alegría y de terror. El anciano rabino había vuelto a encaramarse en los hombros del pelirrojo y alzaba sus manos esqueléticas como si orara o maldijera. Gritaba:

—¿Qué suplicio? ¡La corona real!

El pueblo rugió para cubrir su voz. Les inspiraba lástima el rabino. Sin embargo, el centurión no había oído; con la mano formó una cornetilla junto a su oído:

—¿Qué dijiste, viejo rabino? —gritó. Clavó las espuelas al caballo.

—¡La corona real! —repitió el rabino con todas sus fuerzas. Su rostro irradiaba luces; toda su persona ardía, se agitaba sobre los hombros del herrero, saltaba, bailaba y hasta hubiérase dicho que quería echarse a volar.

—¡La corona real! —volvió a gritar una vez más, feliz de encarnar la voz de su pueblo y de su Dios. Extendió los brazos, como si lo crucificaran en el aire.

El centurión se encolerizó. Se apeó de un salto del caballo, quitó el látigo del arzón y avanzó hacia la muchedumbre. Marchaba pesadamente, apartando las piedras a puntapiés, avanzaba en silencio como un enorme animal, como un búfalo o un jabalí. El pueblo permaneció inmóvil y contuvo la respiración. Volvían a oírse las cigarras a lo lejos, en los olivares, y los cuervos impacientes.

Avanzó dos pasos, luego otro y se detuvo. El hedor de las bocas abiertas y de los cuerpos sucios que sudaban —el olor judío— le dio de lleno en el rostro. Continuó avanzando hasta llegar ante el anciano rabino. Este, encaramado en los hombros del herrero, miraba desde arriba al centurión y todo su rostro irradiaba felicidad. El instante que había deseado apasionadamente toda su vida había llegado: morir como los profetas.

El centurión entrecerró los ojos y le clavó la mirada. Realizando un gran esfuerzo, se dominó y bajó el brazo que había alzado para asestar un puñetazo en aquel viejo rostro rebelde. Puso freno a su cólera porque Roma no tenía interés alguno en que él matara a aquel anciano. Aquel pueblo maldito e irreductible se alzaría y volvería a la guerra de guerrillas, y Roma no deseaba meter de nuevo la mano en aquel avispero que eran los hebreos. Se dominó, pues, arrolló el látigo en el brazo y se volvió hacia el rabino. Su voz se había enronquecido:

—Tu persona, anciano —dijo—, es respetable sólo porque yo la respeto. Yo, Roma, decido otorgarle un valor. Por sí misma, no lo posee. Sólo por eso no alzaré el látigo. Te oí; has pronunciado tu sentencia y yo ahora pronunciaré la mía.

Se volvió hacia los dos gitanos, que esperaban uno a cada lado de la cruz.

—¡Crucificadlo! —gritó.

—Yo pronuncié mi sentencia —dijo el rabino con voz calma—, y tú pronunciaste la tuya, centurión. Pero aún debe pronunciar la suya alguien que es más grande que nosotros.

—¿El emperador?

—No. Dios.

El centurión se echó a reír.

—Yo soy en Nazaret la voz del emperador. El emperador es en toda la tierra la voz de Dios. Dios, el emperador y Rufo pronunciaron su sentencia.

Después de decir esto, desenrolló el látigo y ganó la cima de la colina descargándolo como un poseso sobre las piedras y las zarzas.

—¡Dios se ha de vengar de ti, maldito, en tus hijos y en los hijos de tus hijos! —murmuró un anciano, levantando los brazos al cielo.

Los jinetes de bronce ya habían rodeado la cruz; en la ladera de la colina la multitud bramaba nerviosa, se alzaba sobre la punta de los pies para ver y temblaba de angustia. ¿Se produciría el milagro? Muchos escrutaban el cielo, esperando que se abriera. Las mujeres ya habían distinguido en el aire alas multicolores. El rabino, de rodillas sobre los anchos hombros del herrero, se esforzaba por ver, entre las patas de los caballos y los mantos rojos de los jinetes, qué ocurría allá arriba, en torno a la cruz. Miraba la cima de la esperanza, la cima de la desesperación, miraba pero no hablaba. Esperaba. Aquel anciano rabino conocía de sobra al Dios de Israel. Era un Dios despiadado que se regía por sus propias leyes, por su propio decálogo; empeñaba su palabra, es cierto, y cumplía lo prometido, pero no se apresuraba. Poseía una medida propia y con ella medía el tiempo, mientras pasaban las generaciones y las generaciones; su palabra permanecía suspendida en el aire y no bajaba a la tierra y, cuando acababa por descender, ¡desgraciado, tres veces desgraciado el hombre elegido a quien se la confiaba! ¡Cuántas veces los elegidos de Dios, según se veía a lo largo de las Santas Escrituras, eran matados sin que Dios alzara la mano para salvarlos! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿No hacían acaso su voluntad? ¿O bien era su voluntad el que murieran todos sus elegidos? El rabino se interrogaba de esta suerte pero no osaba ir más allá en sus pensamientos. Dios es un abismo, pensaba, un abismo... ¡Y yo no quiero acercarme a él!

El hijo de María estaba aún sentado en una piedra, apartado de todos. Sus manos asían fuertemente sus rodillas, que temblaban, y miraba. Los dos gitanos habían cogido al zelote; algunos soldados romanos se habían acercado, lo zarandeaban riendo y blasfemando y procuraban ponerlo en la cruz. Los perros de pastor vieron la lucha, comprendieron y se levantaron de un salto.

La anciana mujer silenciosa abandonó el peñasco en que estaba apoyada y avanzó.

—¡Valor, hijo mío! —gritó—. ¡No te quejes, no te cubras de vergüenza!

—Es la madre del zelote —murmuró el viejo rabino—. Pertenece a la noble familia de los macabeos.

Ya habían pasado una gruesa soga bajo los brazos del zelote; luego apoyaron dos escalas en los brazos de la cruz y comenzaron a subirlo lentamente. Era macizo, pesado, y la cruz se balanceó por unos instantes como si fuera a caer. El centurión dio un puntapié al hijo de María, quien se levantó, tomó la maza, y con paso vacilante, fue a afirmar la cruz entre las piedras.

Su madre María no resistió aquello. Le avergonzó ver a su hijo, su hijo querido, confundido con los crucificadores. Endureció su corazón y se abrió paso a codazos; los pescadores de Genezaret se apiadaron de ella y aparentaron no

verla. Avanzó precipitadamente hasta el lugar donde estaban los caballos para arrancar de allí a su hijo y llevárselo consigo.

Una vieja vecina se compadeció de ella y la tomó del brazo.

—María —le dijo—, no hagas eso. ¿Dónde vas? ¡Te matarán!

—Voy a sacar a mi hijo de allí —respondió María y estalló en sollozos.

—No llores, María —continuó la vieja—. Mira a la otra madre, que está allí inmóvil y ve cómo crucifican a su hijo. Mírala y ten valor.

—No lloro sólo por mi hijo, vecina; lloro también por aquella madre.

Pero la vieja, que debía haber sufrido mucho en su vida, sacudió la cabeza casi sin cabellos.

—Más vale ser la madre del crucificador —murmuró— que la del crucificado.

María no oyó, pues ya la había dejado atrás. Subió la cuesta; sus ojos arrasados de lágrimas buscaban a su hijo. Pero el mundo que la rodeaba parecía haber perdido nitidez, se había vuelto turbio, y la madre distinguía, en medio de una bruma densa, caballos, armaduras de bronce y, enorme, subiendo de la tierra hasta el cielo, una cruz recién tallada.

Un jinete se volvió, la vio, levantó la lanza y le hizo señas de que se alejara. La madre se detuvo, se encorvó y vio, por debajo del vientre de los caballos, a su hijo arrodillado que, descargando golpes redoblados con la maza, afirmaba la cruz entre las piedras.

—¡Hijo mío! —gritó—. ¡Jesús!

El grito de la madre era tan desgarrador que cubrió el tumulto producido por los hombres, los caballos y los perros que ladraban, hambrientos. El hijo se volvió, vio a su madre, su rostro se ensombreció y continuó golpeando con más furor que antes.

Subidos a las escalas de soga, los gitanos habían logrado colocar el cuerpo del zelote en la cruz y lo habían atado a ella con cuerdas para que no resbalara. Cogieron entonces los clavos para clavarle las manos. Gruesas gotas de sangre, calientes, fueron a salpicar el rostro del hijo de María, quien se sintió poseído por el terror, soltó la maza y fue a colocarse tras los caballos. Estaba ahora junto a la madre del condenado. Temblaba, percibía el ruido de carnes que se desgarran. Toda su sangre se agolpó en los huecos de sus manos, sus venas se hinchaban, latían violentamente como si quisieran estallar. Sentía en cada palma una gota, redonda como la cabeza de un clavo que le provocaba dolor. Volvió a oírse el grito de la madre:

—¡Hijo mío! ¡Jesús!

Un gemido profundo y sordo estalló sobre la cruz, y una voz salvaje que parecía surgida de las entrañas de la tierra, y no de las entrañas del hombre, gritó:

—¡Adonay!

El pueblo oyó aquello y su corazón se desgarró. ¿Era Adonay quien había gritado? ¿O la tierra? ¿O el crucificado cuando le clavaban el primer clavo? Todo era uno: crucificaban a todos, al pueblo, la tierra, el zelote, y el pueblo, la tierra y el zelote rugían. Manó sangre, salpicó a los caballos y una gruesa gota cayó sobre los labios del hijo de María, caliente, salada; el crucificador vaciló sobre sus pies, pero su madre tuvo tiempo de cogerlo en sus brazos y no cayó.

—¡Hijo mío! —murmuró otra vez—. ¡Jesús!

Pero el hombre joven mantenía los ojos cerrados y sentía en sus manos, en sus pies, en su corazón, dolores insoportables.

La anciana madre, inmóvil, miraba cómo su hijo se retorcía sobre los dos trozos de madera en forma de cruz, se mordía los labios y callaba; pero al oír a sus espaldas al hijo del carpintero y a la madre de éste, ascendió en ella la cólera y se volvió. Ahí estaba el judío apóstata que había construido la cruz para su hijo, ahí estaba la madre que lo había parido. Se sintió invadida por la angustia y pensó que era injusto que semejantes hijos, que semejantes traidores vivieran mientras su hijo se debatía y gritaba en la cruz. Extendió las dos manos hacia el hijo del carpintero, se acercó y se detuvo frente a él. Esté alzó los ojos y la vio: lívida, salvaje, implacable. La vio y bajó la cabeza. Los labios de la mujer se movieron:

—¡Te maldigo —dijo con voz salvaje y ronca—, te maldigo, hijo del carpintero! ¡Como tú has crucificado, te deseo que seas crucificado un día!

Se volvió hacia la madre:

—¡Te deseo que sientas, María, el dolor que yo siento!

Luego apartó el rostro y volvió a fijar la mirada en su hijo.

Magdalena abrazaba el pie de la cruz, tocaba los pies del zelote y lo compadecía. Sus cabellos y sus brazos estaban cubiertos de sangre.

Los gitanos rasgaban ahora con los puñales las ropas del crucificado para repartírselas. Echaron a suertes y se distribuyeron los harapos. Quedaba el pañuelo con que el zelote llevara envuelta la cabeza, manchado con gruesas gotas de sangre.

—Se lo daremos al hijo del carpintero —dijeron—. El pobre ha realizado una buena faena.

Lo hallaron sentado al sol y temblando convulsivamente. Le arrojaron aquel trapo ensangrentado.

—Es tu parte, artesano —dijo uno de ellos—. ¡Hasta la próxima!

El otro gitano rió:

—¡Hasta tu propia crucifixión, artesano! —dijo, golpeándole amistosamente la espalda.

V

—¡Venid conmigo, hijos míos! —gritaba el anciano rabino, abriendo los brazos para reunir al rebaño de hombres y mujeres, consternado y desesperado— . ¡Seguidme! ¡Tened valor! ¡He de revelaros un gran secreto!

Se echaron a correr por las estrechas callejuelas. Los jinetes los perseguían. La sangre iba a correr de nuevo. Las mujeres lanzaban aullidos y atrancaban las puertas. El anciano rabino cayó dos veces en la carrera y volvió a toser y a escupir sangre. Judas y Barrabás lo cogieron en sus brazos. Llegaron jadeantes como una jauría y se refugiaron en la sinagoga. Se amontonaron en el interior, llenaron también el patio y echaron el cerrojo de la puerta de la calle.

Esperaban, suspendidos de los labios del rabino. ¿Qué secreto podía revelarles el anciano, entre tantos sinsabores, para apaciguar sus corazones? Hacía años que iban de desgracia en desgracia, de crucifixión en crucifixión. Los enviados de Dios no cesaban de surgir en Jerusalén, en el Jordán, en el desierto, o de bajar de las montañas vestidos con harapos, encadenados y lanzando espuma por la boca... pero todos eran crucificados.

Alzóse un murmullo de cólera; las palmas que ornaban los muros, las estrellas de cinco puntas y los manuscritos sagrados colocados sobre el pupitre con sus palabras escritas en gruesas letras —Pueblo Elegido, Tierra Prometida, Reino de los Cielos, Mesías— ya no les consolaban. La esperanza había durado demasiado y comenzaba a transformarse en desesperación. Dios no tiene prisa, pero el hombre sí, y ya no podían esperar más. Las imágenes de sus esperanzas, que cubrían las dos paredes de la sinagoga, ya no podían siquiera infundirles ánimo. Un día, el rabino, leyendo a Ezequiel, había entrado en éxtasis divino; se había puesto a gritar, a llorar, a bailar pero sin que ello lo calmara. Las palabras del profeta se habían convertido en carne de su carne; tomó entonces pinceles y colores y, encerrado en la sinagoga y poseído por una cólera santa, comenzó a desplegar sus visiones en la pared, para calmarse: un desierto sin fin, cráneos y esqueletos, montañas de esqueletos humanos bajo el cielo escarlata como hierro candente; una mano gigantesca salía del centro del cielo, tomaba al profeta Ezequiel por la nuca y lo mantenía suspendido en el aire. Pero la visión desbordaba aquella pared y cubría también la otra: Ezequiel estaba ahora de pie, hundido hasta las rodillas en los esqueletos, y de su boca verdosa, de sus labios entreabiertos salía una cinta que llevaba esta inscripción en letras de color púrpura: «¡Pueblo de Israel, pueblo de Israel, el Mesías ha llegado!» Los esqueletos se alineaban, los cráneos se alzaban, con dientes y cubiertos de fango, y la mano terrible salía del cielo para mostrar en su palma, completamente nueva, resplandeciente y hecha por entero de esmeraldas y de rubíes, la Nueva Jerusalén.

El pueblo miraba las pinturas, meneaba la cabeza y murmuraba. El viejo rabino montó en cólera:

—¿Por qué murmuráis? —les gritó—. ¿No creéis en el Dios de nuestros padres? Otro de los nuestros ha sido crucificado. El Redentor se ha acercado un paso más. Esto es lo que significa la crucifixión de hoy, hombres de poca fe.

Tomó un manuscrito del pupitre y lo desenrolló con ademán febril. El sol penetraba por la ventana abierta y una cigüeña descendió del cielo y fue a

posarse en el tejado de la casa de enfrente, como si también ella deseara oír. Gozosa, triunfal, la voz surgió de aquel pecho devastado:

—¡Haced resonar en Sión la trompeta de la victoria! ¡Proclamad en Jerusalén el mensaje de alegría! Gritad: Jehová ha llegado al seno de su pueblo! ¡Álzate, Jerusalén, arriba los corazones! Mira: ¡del oriente al poniente el Señor aguijonea a sus hijos! Las montañas se han aplanado, las colinas han desaparecido y todos los árboles están cargados de aromas. Jerusalén, ponte tus ornamentos de gloria! ¡Felicidad al pueblo de Israel por los siglos de los siglos!

—¿Cuándo? ¿Cuándo? —dijo una voz. Todo el mundo se volvió. Un viejecillo arrugado, semejante a un higo seco, se levantaba sobre la punta de sus pies y gritaba—: ¿Cuándo, cuándo, anciano?

El rabino enrolló las profecías con cólera.

—Eres impaciente, Manases —dijo—. ¿Tienes prisa?

—Sí, tengo prisa —respondió el viejecito; las lágrimas bañaban sus mejillas—. Ya no me queda tiempo; voy a morir.

El rabino extendió el brazo para mostrarle a Ezequiel hundido en los esqueletos.

—¡Resucitarás, Manases! ¡Mira!

—Te digo que soy viejo, que estoy ciego y ya no veo.

Intervino Pedro. El día comenzaba a declinar y tenía prisa porque esa noche debía pescar en el lago de Genezaret.

—Anciano, prometiste revelarnos un secreto que habría de consolar nuestros corazones. ¿Cuál es?

Todos retuvieron la respiración. Se agolparon en torno del rabino y los que estaban en el patio intentaron entrar, aunque muy pocos lo lograron; reinaba un calor sofocante y flotaba un fuerte olor humano. El sacristán vertió algunos granos de resina de cedro en el incensario para purificar el aire.

El viejo rabino se subió a una silla del coro para no asfixiarse.

—Hijos míos —dijo al tiempo que se enjugaba el sudor—, nuestro corazón está lleno de cruces. De negra, mi barba se transformó en gris, y de gris se transformó en blanca; mis dientes cayeron y yo mismo grité durante años lo que acaba de gritar el viejo Manases: ¿Hasta cuándo, Señor, Señor, hasta cuándo? ¿Moriré, pues, sin ver al Mesías? Interrogaba, interrogaba y una noche se produjo el milagro: Dios me contestó. No, no es ése el milagro, pues cada vez que interrogamos Dios nos responde; pero la carne está embotada, somos sordos y no oímos. No obstante, aquella noche oí... y ése es el milagro.

—¿Qué oíste? ¡Dínoslo todo, anciano! —volvió a gritar Pedro, quien se abrió paso con los codos y fue a colocarse frente al rabino. Este se inclinó, miró a Pedro y sonrió:

—Dios es pescador, Pedro, como tú. También sale de noche a pescar, cuando la luna está llena o casi llena. Y aquella noche, la luna, completamente redonda, bogaba en el cielo, blanca como la leche, tan extraordinariamente misericordiosa y benevolente que no podía cerrar los ojos; no cabía en la casa y salí a las calles. Abandoné Nazaret, trepé muy alto, me subí a una piedra y miré hacia el sur, hacia la santa Jerusalén. La luna se inclinaba y me miraba como un ser humano; me sonreía. Yo también la miraba, contemplaba su boca, sus mejillas, las

cavidades de sus ojos, y suspiraba porque sentía que me hablaba, que me hablaba en el silencio de la noche. Pero no podía oírla... Abajo, en la tierra, no se movía ni una hoja, la llanura donde los trigales aún no habían sido segados despedía un olor a pan y de las montañas que me rodeaban —el monte Tabor y el monte Carmelo— parecía chorrear leche. Pensaba: «He aquí la noche de Dios; esta luna llena debe ser el rostro nocturno de Dios. Así serán las noches en la futura Jerusalén...» Apenas pensé esto, mis ojos se anegaron de lágrimas. Me invadieron la angustia y el miedo. «He envejecido —grité—. ¿Moriré sin que mis ojos hayan contemplado al Mesías?» Me erguí; el furor divino había vuelto a apoderarse de mí. Me quité el ceñidor, me desnudé y permanecí ante el ojo de Dios tal como mi madre me parió. Para que él viera que había envejecido, que me había secado, arrugado como la hoja de la higuera en otoño, como un racimo de uvas picoteado por los pájaros que se balancea en el aire. ¡Para que me viera, se apiadara de mí *y* se apresurara! Y mientras permanecía en pie y desnudo delante del Señor, sentía que la luz de la luna atravesaba mi carne. Me había transformado en puro espíritu. Me había unido a Dios y entonces oí la voz de éste, aunque no fuera de mí ni por encima de mí, sino dentro de mí mismo. Dentro de uno *mismo:* ahí es donde resuena la verdadera voz de Dios. Oí: «¡Simeón, Simeón, no te dejaré morir sin que hayas visto, oído y tocado ron tus manos al Mesías!» «¡Repítelo, Señor!» «¡Simeón, no te dejaré morir sin que hayas visto, oído y tocado con tus manos al Mesías!» Mi espíritu se echó a bailar de alegría; comencé a dar palmas, a golpear con los pies, a bailar desnudo bajo la luna. ¿Cuánto duró aquella danza? ¿Un segundo? ¿Mil años? Estaba saciado, aliviado. Me vestí, me ajusté el ceñidor y bajé a Nazaret. Al verme, los gallos posados en los tejados de las casas se echaron a cantar, el cielo reía, las aves se despertaban, las puertas se abrían, los vecinos me saludaban y mi pobre casa resplandecía como si estuviera enteramente cubierta de rubíes. El bosque, las piedras, los hombres, las aves aspiraban a mi alrededor el olor de Dios. Hasta el centurión, el bebedor de sangre humana, se detuvo, estupefacto, para preguntarme: «¿Qué te ocurre, anciano rabino? Pareces una antorcha inflamada. ¡Ten cuidado, no vayas a prender fuego a Nazaret!» Pero no le respondí, temeroso de que él mancillara mi aliento. Hace muchos años que guardo en el fondo de mi corazón este secreto. Era mi alegría; lo saboreaba celosamente, con orgullo, reservándolo para mí solo y esperaba. Sin embargo, hoy, en este día de duelo en que una nueva cruz ha sido plantada en nuestro corazón, ya no resisto más y me apiado de mi pueblo. Revelo la nueva feliz: el Mesías llega, no está lejos, seguramente ha debido detenerse en algún pozo cercano para beber agua, en algún horno de donde se saca pan, para comer un bocado, pero no tardará en aparecer. Porque Dios lo dijo, y no reniega de lo que dice: «¡Anciano Simeón, no morirás antes de que hayas visto, oído y tocado con tus manos al Mesías!» Día a día siento que mis fuerzas me van abandonando y cuando más débil me siento, más se acerca el Mesías. ¡Tengo ochenta y cinco años y no puede tardar!

Un hombre bisojo y calvo, de pequeña nariz delgada y puntiaguda, se irguió:

—¿Y si vives mil años, anciano? ¿Y si no mueres nunca? Eso ya ha ocurrido, porque Enoc y Elías aún viven. —Sus ojillos bizcos danzaban malévolamente.

El rabino aparentó no haber oído. Sin embargo, las palabras siseantes del bisojo eran otros tantos puñales que se clavaban en su corazón. Alzó la mano con aire imperioso.

—¡Quiero quedarme solo con Dios! —dijo—. ¡Marchaos!

La sinagoga se vació, el pueblo se dispersó y el viejo rabino quedó solo. Echó el cerrojo de la puerta de la calle, se apoyó en la pared, en el sitio donde el profeta Ezequiel estaba suspendido en el aire, y se abismó en sus reflexiones: «Es Dios —pensaba—, es todopoderoso, hace lo que quiere. ¿Y si ese viejo astuto, si Tomás tuviera razón? ¡Qué desgracia si Dios decide que viva mil años! ¿O si decide que no muera? ¿Qué sería entonces del Mesías? ¿Será, pues, vana la esperanza de la raza de Israel? Desde hace miles de años lleva el Verbo de Dios en su seno y lo alimenta como una madre alimenta el germen de la vida. Nos ha roído hasta la médula de los huesos, nos hemos consumido, sólo vivimos para Aquel hijo, y la simiente de Abraham ya siente los dolores del parto y grita: ¡Hazlo nacer de una vez, Señor! Tú eres Dios y resistes, pero nosotros ya no podemos resistir. ¡Ten piedad de nosotros!»

Marchaba de un lado a otro de la sinagoga. El día declinaba, las pinturas se esfumaban y las sombras ya habían devorado a Ezequiel. El anciano rabino miraba descender las sombras a su alrededor, pasando revista a cuanto había visto, a cuanto le había ocurrido en su vida. ¡Cuántas veces y con qué ardor febril había corrido desde Galilea a Jerusalén y desde Jerusalén al desierto en persecución del Mesías! Pero siempre una cruz ponía fin a sus esperanzas y retornaba a Nazaret avergonzado. No obstante hoy...

Se tomó la cabeza entre las manos:

—¡No, no! —murmuró con terror—. ¡No, no, no es posible!

Hace varios días y varias noches que su cerebro está a punto de estallar. En el viejo rabino penetró una nueva esperanza, más grande que su cerebro; es una locura, un demonio que lo corroe. Desde muchos años atrás, aquella locura clavaba sus garras en el cerebro del rabino. Este la arrojaba fuera de sí, pero ella volvía. De día no se atrevía a acercársele, y sólo lo hacía de noche, en medio de las tinieblas, o bien sólo se le presentaba en sueños. No obstante, hoy, al mediodía... ¿Y si fuera él?

Se apoyó en la pared y cerró los ojos. Helo aquí que pasa de nuevo ante él, jadeante, cargado con la cruz; el aire vibra en torno de su faz... Del mismo modo debía vibrar en torno de los arcángeles... El joven alza los ojos y el anciano rabino jamás ha visto tanto cielo en los ojos de un hombre. ¿Será él? «Señor, Señor, ¿por qué me torturas? ¿Por qué no respondes?»

Las profecías rasgaban como relámpagos la oscuridad de su espíritu, y tan pronto su viejo cerebro se poblaba de luz como se hundía, desesperado, en las tinieblas. Abríase su vientre y de él salían los patriarcas. Su raza, aquella raza terca que exhibía mil llagas abiertas, reanudaba con él su marcha interminable, guiada por Moisés, el carnero conductor de cuernos vueltos hacia atrás. Había ido desde la tierra de la servidumbre hasta la Tierra de Canaán y ahora iba desde la Tierra de Canaán hasta la Jerusalén futura. Y en este nuevo viaje no abría ya la marcha el patriarca Moisés sino otra figura. El cerebro del rabino estallaba: otra figura conducía el rebaño con una cruz al hombro.

De una zancada alcanzó la puerta de la calle y la abrió. El aire lo fustigó y retomó aliento. El sol se había puesto y las aves se recogían para dormir. Las callejuelas se poblaban de sombras y la tierra se refrescaba. Cerró la puerta, colgó del ceñidor la pesada llave, vaciló un instante pero enseguida se decidió y se encaminó, completamente encorvado, a la casa de María.

María estaba en el pequeño patio de su casa, sentada en un escabel; hilaba. Aún había luz; era verano y la claridad se retiraba lentamente de la superficie de la tierra; diríase que no quería irse. Los hombres y las bestias de carga volvían de los trabajos del campo, las mujeres encendían el fuego para preparar la comida de la noche, y el crepúsculo embalsamaba el bosque abrasado por el calor del día. María hilaba y su espíritu daba vueltas a un lado y a otro junto con el huso; los recuerdos se confundían con los ensueños, su vida estaba hecha a medias de verdades y a medias de leyenda, las humildes tareas cotidianas se repetían durante años y de pronto, como un pavo real tornasolado que nadie esperaba, llegaba el milagro para cubrir su vida de miseria con largas alas de oro.

—Condúceme adonde tú quieras, Señor, haz de mí lo que quieras. Tú has elegido a mi marido, me concediste un hijo, tú me has dado una vida de sufrimiento. Me dices: grita, y yo grito; me dices: cállate, y me callo. ¿Qué soy yo? Un puñado de arcilla al que tus manos dan forma. Haz de mí lo que quieras pero sólo te pido una súplica: ¡Señor, ten piedad de mi hijo!

Una paloma completamente blanca se echó a volar desde el tejado contiguo, batió las alas durante unos momentos por encima de la cabeza de María para ir a posarse luego, después de trazar círculos concéntricos, en los guijarros del patio. Después se puso a andar y a girar en redondo a los pies de María. Desplegaba la cola, echaba el cuello hacia atrás, inclinaba la cabeza, miraba a María y sus ojos redondos chispeaban en la luz del crepúsculo como dos rubíes. La paloma la miraba, le hablaba, debía querer revelarle un secreto. ¡Ah, si pudiera venir el anciano rabino! Conocía el lenguaje de las aves y le explicaría... María miró la paloma y se apiadó de ella. Detuvo el huso, la llamó con mucha ternura, y el ave, feliz, alzó el vuelo y fue a posarse en las rodillas de la mujer. Y allí, como si fueran aquellas rodillas el objeto de su deseo, como si allí residiera todo el secreto, se acurrucó, plegó las alas y permaneció inmóvil.

María sintió su peso delicado y sonrió. «Ah, si Dios pudiera descender siempre tan delicadamente sobre el hombre», pensó. Y al pensar esto, se acordó de la mañana en que había subido junto con José, cuando aún eran novios, a la cima habitada por el profeta Elías, al monte Carmelo, la montaña acariciada por las nubes, para rogar al ardiente profeta que intercediera ante Dios a fin de que éste les concediera un hijo, que le consagrarían. Debían casarse aquella misma noche y habían partido antes de despuntar el día para recibir la bendición del profeta inflamado que halla alegría en el rayo. El cielo estaba perfectamente puro, el otoño se presentaba muy suave, el hormiguero humano había recogido los frutos, el mosto fermentaba en las vasijas y los higos se secaban formando rosarios, suspendidos de las vigas; María tenía quince años y el novio ya tenía la barba gris pero empuñaba entre sus dedos robustos el fatídico bastón que iba a florecer.

Al mediodía alcanzaron la cima santa; se echaron de hinojos y tocaron con la punta de los dedos el granito puntiagudo y manchado de sangre. Temblaban. Una chispa surgió riel granito y quemó el dedo de María. José abrió la boca para gritar, para invocar al amo salvaje de aquella cima, pero no tuvo tiempo de hacerlo. Procedentes de los cimientos del cielo, las nubes se abalanzaron, cargadas de cólera y de granizo, y giraron impetuosamente como una tromba rugiente sobre el peñasco. Y cuando José se precipitaba para coger a su novia, para ir a refugiarse con ella en alguna gruta, Dios lanzó un rayo terrible; el cielo y la tierra se confundieron y María cayó de espaldas y se desvaneció. Cuando volvió

en sí, cuando abrió los ojos y miró a su alrededor, vio a José echado de bruces sobre el negro granito, inmóvil.

María adelantó la mano y acarició delicadamente a la paloma posada sobre sus rodillas. «Aquel día Dios se abatió salvajemente —murmuró—, me habló salvajemente... ¿Qué me dijo?»

El rabino la había interrogado a menudo sobre el particular, turbado por los prodigios continuos que la rodeaban.

—Intenta acordarte, María. A veces Dios habla a los hombres por medio del rayo. Esfuérzate por recordar y acaso entonces podamos descubrir el destino de tu hijo.

—Era un trueno, anciano, que bajaba rodando desde lo alto del cielo como un carro tirado por bueyes.

—¿Y tras el trueno, María?

—Sí, tienes razón, anciano; tras el trueno hablaba Dios, pero no pude distinguir ni una palabra clara... Perdóname.

Acariciaba a la paloma y se esforzaba, después de treinta años, por recordar aquel rayo y por entender las palabras confusas...

Cerró los ojos. En el hueco de su mano sentía el cuerpecito caliente de la paloma y los latidos de su corazón. Y de repente, sin saber cómo, sin comprender por qué, tuvo la certeza de que el rayo y la paloma eran una misma cosa, de que el latido de aquel corazón y el trueno eran un solo ser: Dios. María lanzó un grito y se irguió precipitadamente llena de espanto. Por primera vez oía ahora claramente las palabras ocultas en el trueno, en el zureo de la paloma: «Te saludo, María... Te saludo, María...» Con seguridad Dios había debido gritarle aquello: «Te saludo, María...»

Se volvió y vio a su marido apoyado contra la pared; continuaba abriendo y cerrando la boca. Había caído la noche y aún luchaba y sudaba. María pasó frente a él sin dirigirle la palabra y se detuvo en el umbral de la puerta de la calle, para ver si llegaba su hijo. Este se había envuelto la cabeza en el pañuelo ensangrentado del crucificado y había partido hacia la llanura... ¿Adonde? ¿Por qué se retrasaba? ¿Pasaría de nuevo la noche en el campo?

La madre permaneció de pie en el umbral. Vio acercarse al anciano rabino, que avanzaba sin aliento y apoyándose pesadamente en el cayado sacerdotal. A cada lado de sus sienes flotaban mechas blancas, agitadas suavemente por la brisa nocturna que comenzaba a descender desde el Carmelo.

María se hizo a un lado respetuosamente. Entró el rabino, tomó la mano de su hermano y la acarició, sin hablarle. ¿Qué hubiera podido decirle? Su espíritu estaba sumergido en aguas oscuras. El rabino se volvió hacia María y dijo:

—Tus ojos brillan, María, ¿qué te ocurre? ¿Te ha visitado de nuevo el Señor? —Padre, lo recuerdo... —contestó María, incapaz de contenerse.

—¿Lo recuerdas? ¿Qué recuerdas, en nombre de Dios?

—Lo que decía el rayo.

El rabino se sobresaltó y exclamó, alzando los brazos al cielo:

—¡El Dios de Israel es grande! Precisamente he venido para eso, María, para interrogarte otra vez... Porque hoy crucificaron a una de nuestras esperanzas y mi corazón...

—Lo sé, anciano —repitió María—. Esta misma noche, mientras hilaba, volví a ver el rayo; sentí entonces que por primera vez el trueno se apaciguaba en mí y pude oír, tras el trueno, una voz serena, límpida, la voz de Dios: «¡Te saludo, María!»

El rabino se desplomó en un escabel, se llevó las manos a las sienes y se abismó en sus reflexiones. Al cabo de un rato, alzó la cabeza.

—¿Nada más, María? Inclínate bien sobre el fondo de ti misma e intenta oír. De las palabras que hayan de salir de tus labios puede depender el destino de Israel.

María se espantó al escuchar al rabino. Su espíritu volvió a aferrarse al trueno y su pecho tembló.

—No —murmuró al fin, agotada—. No, padre... Dijo otras cosas, muchas otras cosas, pero no puedo, lo intento, pero no puedo oírlas.

El rabino posó la mano en la cabeza de la mujer, sobre sus grandes ojos.

—Ayuna y ora, María —dijo—. No disperses tu espíritu en las cosas cotidianas. A veces un halo incandescente, tan brillante como el rayo, se mueve alrededor de tu cara. Es cierta esa luz. No se... Ayuna, ora y oirás... «Te saludo, María», el mensaje de Dios comienza bondadosamente; esfuérzate por oír lo que sigue.

Para ocultar su turbación, María se acercó al aparador donde se guardaban los cántaros; descolgó una copa de bronce, la llenó de agua fresca, tomó un puñado de dátiles y se inclinó para alcanzárselos al anciano.

—No tengo hambre ni sed, María; te lo agradezco. Siéntate, que debo hablarte.

María tomó el escabel más bajo, se sentó a los pies del rabino, volvió la cabeza y esperó.

El viejo sopesaba una a una las palabras en su mente. Lo que quería decir era difícil, pues se trataba de una esperanza tan intangible y tenue como una tela de araña, y no lograba hallar palabras tan intangibles y tenues que no dieran demasiado peso a la esperanza y la convirtieran en certeza. Tampoco quería asustar a la madre.

—María —acabó por decir—, aquí en esta casa, ronda, como un león del desierto, un misterio... María, tú no eres como las otras mujeres... ¿no lo sientes acaso?

—No, no lo siento —murmuró María—. Soy como las otras mujeres: me agradan todos los trabajos y las alegrías de las mujeres; me gusta lavar, cocinar, ir a la fuente, charlar cordialmente con mis vecinas y sentarme de noche en el umbral de la puerta para ver pasar a los transeúntes. Y mi corazón, como el de todas las mujeres, rebosa de pena, padre.

—No eres como las otras mujeres, María —repitió el rabino con voz solemne, al tiempo que alzaba la mano, como para impedir toda réplica—. Y tu hijo...

El rabino se detuvo. Había llegado al punto más difícil y no hallaba las palabras adecuadas. Alzó la vista para mirar el cielo y aguzó el oído. Algunas aves se reunían en los árboles para dormir al paso que otras se despertaban, la rueda giraba y el día se hundía bajo los pies de los hombres.

El rabino suspiró. ¡Cómo desaparecían los días uno tras otro, con qué cólera un día empujaba a otro! El día nace, la noche cae, el sol y la luna siguen su curso, los niños se transforman en hombres, los cabellos negros se blanquean, el mar corroe la tierra, las montañas se desmoronan... ¡y Aquél, el Esperado, no aparece!

—¿Mi hijo? —dijo María con un temblor en la voz—, ¿mi hijo, padre?

—No es como los otros hijos, María —respondió resueltamente el rabino.

Sopesó de nuevo sus palabras, y añadió:

—A veces, de noche, cuando está solo y cree que nadie le ve, se percibe un resplandor en torno de su rostro, en medio de la oscuridad. Yo, y que Dios me perdone, abrí un pequeño agujero en lo alto de la pared; me encaramó allí para verle, para acechar lo que hace. ¿Por qué? Porque, te confieso, estoy completamente confuso; mi sabiduría de nada sirve, abro y cierro las Escrituras y no puedo comprender qué es tu hijo, quién es... Lo espío a escondidas y distingo en la oscuridad una luz, María, que le chupa, le devora el rostro. Esa es la razón por la cual día tras día palidece y se consume. Esto no se debe a ninguna enfermedad, a la oración ni al ayuno, no... Lo que lo corroe es esa luz...

María lanzó un suspiro: «Desgraciada la madre cuyo hijo no sea como los otros...», pensó, aunque nada dijo.

El anciano se inclinó entonces sobre María y bajó la voz; los labios le ardían:

—Te saludo, María —le dijo—, Dios es todopoderoso; sus designios son impenetrables y quizá tu hijo...

Pero la pobre madre lanzó un grito:

—¡Apiádate de mí, padre! ¿Un profeta? ¡No, no! ¡Si Dios ha escrito eso, suplico que lo borre! Quiero que sea un hombre como los demás, que no esté ni por encima ni por debajo de los otros, quiero que sea como los demás. Quiero que también él fabrique, como antes su padre, amasaderas, cunas, carretas, utensilios para las casas y no, como ahora, cruces para crucificar a los hombres. Deseo que se case con una buena mujer, de familia honorable y poseedora de una dote, que le agrade mantener su casa, que tenga hijos, que salgamos todos juntos a pasear los sábados, la abuela, los hijos, los nietos, y que en la calle la gente nos salude.

El rabino se apoyó realizando un esfuerzo en el cayado sacerdotal y se levantó.

—María —dijo severamente—, si Dios escuchara a las madres, envejeceríamos en un pantano de bienestar y seguridad. Cuando estés sola, piensa en lo que hemos hablado.

Se volvió hacia su hermano para saludarlo. Este, con la lengua colgante y los ojos azules, ahora serenos, clavaba la mirada en el vacío e intentaba hablar. María sacudió la cabeza:

—Lucha desde esta mañana —dijo—, y aún no se ha liberado. —Se acercó a él y enjugó la saliva que salía de su boca contraída.

En el momento en que el rabino tendía la mano para saludar a María, la puerta se abrió furtivamente y el hijo apareció en el umbral. Su rostro resplandecía en la oscuridad y el pañuelo ensangrentado se le había pegado a los

cabellos. Había caído la noche y no se veían sus pies, cubiertos de polvo y de arañazos, ni las gruesas lágrimas que marcaban aún surcos en sus mejillas.

Traspuso el umbral y echó una mirada distraída a su alrededor; vio al rabino y a su madre y, en la penumbra, cerca del muro, los ojos vidriosos de su padre.

María hizo ademán de encender la lámpara, pero el rabino la detuvo.

—Espera —murmuró—. Le hablaré. Dándose ánimos se acercó al joven.

—Jesús —dijo tiernamente en voz baja para que la madre no oyera—, Jesús, hijo mío, ¿hasta cuándo vas a resistirte a Él? Oyóse entonces un grito salvaje y la casita se conmovió. —¡Hasta que muera!

Y súbitamente, como si se hubiera agotado toda su fuerza, se desplomó en tierra. Junto a la pared jadeaba, sin aliento. El anciano rabino iba a seguir hablándole y se inclinó sobre él, pero de pronto dio un salto atrás. Como si se hubiera acercado a una gran hoguera, acababa de quemarse el rostro. «Dios lo rodea —pensó—; Dios no permite que nadie se le acerque. ¡Debo partir!»

El rabino se fue pensativo. La puerta se cerró y, cual si acechara una fiera en la oscuridad, María no se atrevía a encender la luz. Permanecía en pie en medio de la casa y escuchaba a su marido que emitía sonidos guturales, y a su hijo, caído en tierra, que respiraba penosamente, con terror, como si se asfixiara, como si lo asfixiaran. ¿Quién? La pobre madre, con las uñas clavadas en las mejillas, preguntaba a Dios una y otra vez, quejándose, gritando: «Soy madre, ¿no te apiadas de mí?» Pero nadie respondía.

Y mientras, inmóvil y silenciosa, María escuchaba la vibración de todas las venas de su cuerpo, se oyó un grito salvaje y triunfal: la lengua del paralítico se había soltado y, sílaba por sílaba, la palabra entera acabó por salir de la boca contraída, resonando en toda la casa: *¡A-do-nay!* Apenas la hubo pronunciado, el viejo cayó dormido como una masa de plomo.

María cobró valor y encendió la lámpara. Se acercó a la chimenea, se puso de rodillas y levantó la tapa de la marmita de barro cocido que hervía, para ver si debía añadirle agua o quizá una pizca de sal...

VI

El cielo lucía un resplandor lechoso. Nazaret dormía aún y soñaba. El Lucero Matutino repiqueteaba como una campana; los limoneros y las palmeras hallábanse aún envueltos en un velo azulado. Reinaba un silencio profundo; ni siquiera había cantado el gallo negro. El hijo de María abrió la puerta; dos círculos azulosos rodeaban sus ojos, pero su mano no temblaba; abrió la puerta y, sin mirar atrás, sin volverse a mirar a su madre ni a su padre, sin cerrar tras de sí la puerta, abandonó para siempre la casa paterna. Avanzó dos pasos, tres, y se detuvo: creyó oír unos pies pesados que se movían junto a él, y se volvió, pero no vio a nadie. Se ajustó el ceñidor de cuero con clavos, anudó en su cabeza el pañuelo con manchas rojas y se internó por las callejuelas estrechas y tortuosas. Un perro ladró quejumbrosamente a sus espaldas y una lechuza sintió que se acercaba el día y revoloteó asustada por encima de su cabeza. Pasó presurosamente ante las puertas cerradas y llegó a los vergeles y huertos. Las primeras aves ya comenzaban a piar y, en una huerta, un viejo giraba empujando la vara de un pozo. Nacía el día.

No llevaba alforja, ni bastón, ni sandalias. El camino era largo. Debía atravesar Cana, Tiberíades, Magdala, Cafarnaum, bordear el lago de Genezaret y entrar en el desierto... Había oído hablar de un monasterio que se alzaba allí, habitado por varones sencillos y virtuosos vestidos de blanco. No comían carne, ni bebían vino, ni mantenían relaciones con mujeres. Se limitaban a rezar a Dios, eran expertos en hierbas y curaban las enfermedades del cuerpo, sabían encantamientos místicos y arrojaban los demonios del alma. ¡Cuántas veces su tío, el rabino, le había hablado entre suspiros de aquel santo monasterio! Durante once años había vivido en él, alabando a Dios y curando a los hombres. Pero, ¡ay!, un día la tentación le había vencido —ella también es todopoderosa—; había visto a una mujer y había renunciado a la vida casta y abandonado la sotana blanca. Se había casado y había engendrado —lo tenía merecido— a Magdalena; Dios había castigado al apóstata como merecía.

—Allí iré —murmuró el hijo de María al tiempo que apuraba el paso—. Dentro del monasterio me refugiaré bajo sus alas...

¡Qué alegría! ¡Cuánto lo había anhelado desde los doce años de edad! ¡Abandonar su casa y a sus padres, derribar los puentes tras él, acabar con los consejos de su madre, los gruñidos de su padre y las tontas preocupaciones cotidianas que enmohecen el alma! ¡Sacudir de sus pies el polvo de los hombres y partir para refugiarse en el desierto! ¡Y al fin hoy había sacudido su cuerpo, había abandonado cuanto dejaba a sus espaldas, había salido del camino de los hombres para internarse resueltamente en el camino de Dios, hoy al fin se había liberado! El rostro macilento y doliente resplandeció durante algunos instantes. Acaso las garras de Dios sólo habían hecho presa en él durante tantos años para conducirle adonde ahora se dirigía por su propia y libre voluntad. ¿No es éste quizás el más grande, el más difícil deber del hombre? ¿No es esto la felicidad?

Sintió que su corazón se aliviaba.

No habría más garras, luchas ni gritos. Dios se había presentado al despuntar el día con una gran compasión, como un leve soplo de aire fresco, y le había dicho: ¡Partamos! Había abierto la puerta, y ahora, ¡qué delicioso sentimiento de reconciliación, qué felicidad! «Es demasiado para mí —dijo—;

alzaré la cabeza y cantaré el salmo de la liberación: Tú, mi amparo y mi refugio, Señor...» Su corazón no era suficientemente grande para contener su alegría desbordante. Avanzaba en la luz delicada de la aurora, en medio de las gracias de Dios —los olivos, las viñas, los trigales—; el salmo de la alegría surgía desde el fondo de sí mismo y quería ascender hasta el cielo. Alzó la cabeza y abrió la boca, pero de pronto sintió que se le cortaba el aliento: acababa de oír netamente dos pies descalzos que corrían tras él. Las pisadas se acercaban y el joven aminoró la marcha y aguzó el oído. Los dos pies descalzos aminoraron también la marcha. Le flaqueaban las rodillas y se detuvo; las pisadas se detuvieron.

—Sé quién es —murmuró y comenzó a temblar—. Sé...

Pero se dio ánimos a sí mismo y se volvió bruscamente para tener tiempo de verla antes de que desapareciera... ¡Nadie!

Del lado del sol el cielo había cobrado un tinte violáceo; no hacía ni un soplo de viento, las espigas estaban maduras e inclinaban la cabeza a la espera de la hoz. No había nadie, ni un hombre ni un animal. Veíase toda la llanura y a sus espaldas, allá a lo lejos, en Nazaret, el humo comenzaba a subir de una o dos casas; las mujeres se despertaban.

Se tranquilizó un tanto: «No he de perder tiempo —pensó—. Debo echar a correr a toda prisa para bordear aquella colina y escapar a su vista...» Y se echó a correr.

A ambos lados, los trigales se alzaban a la altura de un hombre. Allí, en aquella llanura de Galilea, crecían trigales y viñedos y algunas cepas silvestres se arrastraban aún en los blancos de los collados. Oyóse chirriar a lo lejos una carreta de bueyes. Los asnos se alzaban sobre sus patas, olfateaban el aire, movían la cola y se ponían a rebuznar. Aparecieron las primeras segadoras, entre estallidos de risa y parloteos, con las hoces afiladas y resplandecientes. El sol vio a las mujeres y se lanzó sobre sus brazos, sus nucas y sus piernas.

Vieron de lejos al hijo de María, que corría, y se echaron a reír.

—¡Eh! ¿Tras quién corres? —le gritaron—. ¿Quién te persigue?

Pero cuando se acercó y lo vieron de cerca, lo reconocieron. Todas callaron y se apretaron unas contra otras.

—El crucificador —murmuraron—. ¡El crucificador, maldito sea! Ayer lo vi que crucificaba...

—¡Mirad el pañuelo que lleva en la cabeza! Está manchado de sangre.

—Es la parte que le tocó de las ropas del crucificado. ¡Que la sangre del inocente caiga sobre su cabeza!

Las segadoras continuaron su camino, pero tenían un nudo en la garganta. Ya no reían.

El hijo de María prosiguió avanzando; dejó tras sí a las segadoras y los trigales y llegó a los viñedos que se alzaban en el flanco de la colina. Vio una higuera y quiso detenerse para cortar una hoja y aspirar su olor, que le gustaba y le recordaba el olor de la axila de un ser humano. Cuando era niño cerraba los ojos, aspiraba aquel olor y le parecía que volvía a hallarse acurrucado contra el seno de su madre y que mamaba. Pero apenas se detuvo y alargó la mano para coger una hoja, lo bañó un sudor frío: los dos pies descalzos que corrían tras él también se habían detenido súbitamente. Se aterrorizó. Con el brazo aún en alto,

paseó la mirada a su alrededor: no había más que soledad y sólo existían Dios, la tierra mojada y las gotas de agua que brillaban sobre las hojas. Una mariposa que se hallaba en el hueco de una piedra se esforzaba por abrir las alas mojadas para echarse a volar.

—Gritaré —decidió—; gritaré para calmarme.

Cuando se quedaba solo al mediodía en la montaña o en la llanura desierta, ¿qué sentimiento le embargaba con tanta fuerza: alegría, angustia o más bien miedo? Sentía que Dios lo asediaba por todas partes y entonces lanzaba un grito salvaje, como si quisiera dar un salto desesperado para escapar de aquel acosamiento. A veces lanzaba un grito agudo como el del gallo, a veces rugía como un chacal hambriento, y a veces, también, como un perro al que apalean. No obstante, en el momento en que abría la boca para gritar, vio a la mariposa que trataba de desplegar las alas. Se inclinó, la tomó delicadamente y la colocó en una alta hoja de la higuera que el sol comenzaba a acariciar.

Hermana mía —murmuró—, hermana mía... —y la miró compasivamente.

Dejó a sus espaldas la mariposa, que ahora se calentaba al sol, y reanudó la marcha. En seguida escuchó el ruido amortiguado de los pies descalzos sobre la tierra húmeda.

Al principio, cuando partió de Nazaret, el ruido de las pisadas parecía proceder de muy lejos y resultaba apenas perceptible. Pero poco a poco fueron acercándose aquellos pies descalzos, y pronto, según pensaba el hijo de María estremeciéndose, pronto lo alcanzarían. «Dios mío, Dios mío —murmuró—, haz que llegue rápido al monasterio, antes de que ella tenga tiempo de lanzarse sobre mí.»

El sol dominaba ahora la planicie, acariciaba a los pájaros, los animales, los hombres. Un rumor confuso ascendió de la tierra; las cabras y los carneros se desparramaron por el collado, el pastorcillo se puso a tocar el caramillo y el mundo se apaciguó. Pronto, cuando llegara al gran álamo que se alzaba a su izquierda, vería la alegre aldea que amaba: Canaán. Cuando aún era un adolescente imberbe y Dios no había clavado todavía las zarpas en él, ¡cuántas veces había ido a Cana con su madre para participar en fiestas bulliciosas! ¡Cuántas veces había admirado a las muchachas de los villorrios de los alrededores, que bailaban bajo aquel álamo de espeso follaje y golpeaban alegremente la tierra con los pies! Pero cuando tenía veinte años, un día en que estaba de pie, angustiado, bajo el álamo, con una rosa en la mano...

Se estremeció. De pronto la vio, la de los miles de besos secretos de nuevo ante él. Escondidos en su pecho el sol y la luna, a derecha e izquierda; y el día y la noche ascendían y descendían tras el corpiño transparente de su vestido...

—¡Déjame! ¡Déjame! Estoy consagrado a Dios y voy a hablar con él en el desierto —gritó. Echó a correr. Dejó atrás el álamo, y Cana se extendió ante él con sus casas bajas enjalbegadas y sus terrazas cuadradas doradas por las espigas de maíz y las gruesas calabazas que se secaban al sol. Sentadas en el reborde de las terrazas con las piernas colgantes, las niñitas atravesaban con hilos de algodón pimientos escarlata, haciendo guirnaldas para decorar las casas.

Pasó con los ojos bajos ante aquella celada de Satán y apuró el paso para no ver a nadie, para que nadie le viera. Los pies descalzos golpeaban ahora violentamente la tierra y también ellos aceleraban la marcha.

El sol había ascendido y cubría ya el mundo. Las segadoras balanceaban las hoces, cantaban y segaban. Los puñados de espigas se transformaban pronto en brazadas, en gavillas, en almiares que se alzaban como torres en las eras. «¡Buena cosecha!», deseaba presurosamente el hijo de María a los amos y proseguía su camino. Cana había desaparecido tras los olivos y las sombras se recogían al pie de los árboles; era cerca de mediodía. Y mientras el hijo de María gustaba la alegría de ver el mundo y mantenía su espíritu fijo en Dios, un olor sabroso de pan recién sacado del horno llegó a sus fosas nasales; sintió repentinamente que tenía hambre y todo su cuerpo se estremeció de alegría. ¡Cuántos años hacía que tenía hambre sin haber experimentado nunca la santa apetencia del pan! Pero ahora...

Sus narices olfateaban el aire con avidez; siguiendo aquel olor, saltó un foso, franqueó un vallado, entró en un viñedo y distinguió bajo un olivo achaparrado de tronco hueco una pequeña cabaña. El humo subía y formaba volutas por encima del techo de paja. Una vieja de movimientos vivos y nariz puntiaguda estaba ocupada en los quehaceres domésticos. Junto a ella, un perro negro con manchas amarillas había posado las patas delanteras en el horno y abría sus anchas fauces, hambrientas, llenas de dientes. Oyó pasos en el viñedo y se abalanzó ladrando sobre el intruso. La vieja se volvió sorprendida y vio al joven. Sus ojillos sin pestañas brillaron. Le regocijaba ver aparecer un hombre en su soledad. Se detuvo con la pala en la mano.

—Llegas en buen momento —le dijo—. ¿Tienes hambre? ¿De dónde vienes?

—De Nazaret.

—¿Tienes hambre? —volvió a preguntar la vieja, y se echó a reír—. Tus narices se agitan como las de un perro de presa.

—Tengo hambre, abuela; perdóname.

La vieja era dura de oído y no oyó.

—¿Cómo? —dijo—. Habla más fuerte.

—Tengo hambre; perdóname, abuela:

—...¿Que te perdone? ¿Por qué? No es vergonzoso sentir hambre, muchacho, del mismo modo que no lo es sentir sed o amor. Dios nos da todo eso. Vaya, acércate; no tengas vergüenza.

Se echó a reír, descubriendo su precioso y único diente.

—Aquí —dijo— encontrarás pan y agua. El amor, más lejos: en Magdala.

Cogió una hogaza que había colocado, junto con otras, en una mesita cercana al horno.

—Toma, éste es el pan que apartamos de cada hornada. Lo llamamos el pan de la cigarra y lo reservamos para los viajeros. No es mío, es tuyo. Córtalo y come.

El hijo de María se sentó al pie del viejo olivo y comenzó a comer, calmado. ¡Qué sabroso era aquel pan, qué deliciosa era el agua fresca y qué tiernas eran las dos aceitunas, con huesos pequeñitos, carnosas como manzanas, que la vieja le había ofrecido para comer con el pan! Masticaba tranquilamente, comía, sentía que en él el cuerpo y el alma se confundían para transformarse en una sola cosa y para recibir al mismo tiempo el pan, las aceitunas y el agua. Tanto el cuerpo como el alma se sentían felices y se alimentaban. Apoyada en el horno, la vieja lo contemplaba.

—Tenías hambre —le dijo riendo—. Come, eres joven. Tienes aún por delante un largo camino. Come para recobrar las fuerzas, para poder resistir.

Le cortó otro trozo de pan y le dio otras dos aceitunas. La vieja volvió a anudarse presurosamente el pañuelo, que se le había caído de la cabeza y dejaba ver su cráneo calvo.

—¿Adonde te diriges, hijo mío? —preguntó.

—Al desierto.

—¿Dónde? ¡Habla fuerte!

—Al desierto.

La vieja contrajo su boca desdentada y su mirada se volvió agresiva.

—¿Al monasterio? —gritó con inesperada cólera—. ¿Por qué? ¿Qué vas a buscar allí? ¿No tienes piedad de tu juventud?

El hombre joven permaneció en silencio. La vieja sacudió la cabeza y silbó como una serpiente.

—¿Vas en busca de Dios? —preguntó en tono sarcástico.

La voz del hombre joven se dejó oír muy débil...

—Sí.

La vieja dio un puntapié al perro que se le había metido entre las piernas y se acercó al joven.

—¡Ah, desgraciado! —gritó—. ¿No sabes que Dios no está en los monasterios, sino en las casas de los hombres? Dios está presente allí donde hay un hombre y una mujer, donde hay niños, preocupaciones, una cocina, disputas, reconciliaciones. No escuches lo que dicen los eunucos, pues para ellos las uvas están demasiado verdes, tenlo por seguro... El verdadero Dios es el Dios de que te hablo, el de las casas y no el de los monasterios. A ése hay que adorar. ¡El otro es para los eunucos y los perezosos!

La vieja continuó hablando, y cuanto más hablaba más se acaloraba. Hablaba, chillaba, hasta que, una vez que hubo descargado la bilis, se calmó. Puso la mano en el hombro del hijo de María:

—Perdóname, muchacho —dijo—, pero yo tenía un hijo, robusto como tú... Un buen día su cerebro se perturbó; abrió la puerta y partió. Fue al Monasterio del desierto, al Monasterio de los Curadores... ¡Malditos sean, ojalá no se curen en su vida! Y lo perdí. Ahora meto la masa en el horno y saco el pan, pero no tengo a quién dar de comer. No tengo hijos ni nietos. Soy como un árbol muerto.

Se calló por unos instantes, se enjugó los ojos y prosiguió:

—Durante años supliqué a Dios. Gritaba: ¿Por qué he nacido? Tenía un hijo, ¿por qué me lo has quitado? ¡Gritaba y gritaba, pero El no se dignaba oírme! Una sola vez, en el monte del profeta Elías, vi a medianoche abrirse el cielo y oí una voz retumbante que decía: «¡Grita hasta quedarte ronca si así lo deseas!» Luego el cielo se cerró y desde entonces no volví a gritar.

El hijo de María se levantó. Alargó la mano para despedirse de la vieja, pero ésta retiró la suya. Comenzó a silbar de nuevo como una serpiente.

—Así que es el desierto, ¿no? A ti también te gusta la arena, ¿eh? ¿Pero no tienes ojos, hijo mío? ¿No ves el sol, las viñas, las mujeres? Te aconsejo que vayas a Magdala... ¡Allí encontrarás lo que necesitas! ¿No leíste nunca las Escrituras?

Yo no quiero, dice Dios, no quiero oraciones ni ayunos. ¡Quiero carne! Eso significa: ¡quiero que me deis hijos!

—Adiós, abuela —dijo el hombre joven—. Que Dios te bendiga por el pan que me diste.

—Que Dios te bendiga a ti también, muchacho —dijo la vieja, enternecida—, que Dios te bendiga a ti también por el bien que me hiciste. Hacía mucho que no se acercaba ningún hombre a esta cabaña. Y si acertaba a pasar alguno, era un viejo...

Cruzó el viñedo, saltó el vallado y volvió a encontrarse en el camino principal.

—No quiero ver a nadie —murmuró—, no quiero ver a nadie. Hasta el pan que me dan me sabe a hiel. No hay más que un camino que lleve hacia Dios, y es el que hoy he tomado. Pasa entre los hombres sin tocarlos y desemboca en el desierto. ¡Ah, tengo prisa por llegar!

No acababa de pronunciar esas palabras cuando una risa estalló a sus espaldas. Se estremeció y se volvió. Una risa que no había partido de boca alguna agitaba el aire, sibilante, rencorosa, agresiva.

—¡Adonay! —el grito salió de su garganta apretada—. ¡Adonay! —con los pelos de punta miraba el aire que reía burlonamente. Enloquecido, echó a correr y enseguida escuchó los pies descalzos que corrían tras él.

—No tardarán en alcanzarme... No tardarán en alcanzarme... —murmuraba mientras corría.

Las mujeres segaban aún, los hombres llevaban las gavillas a la era y, más lejos, otros aventaban. Soplaba una brisa cálida que se llevaba la paja del trigo y salpicaba la tierra con un polvillo dorado mientras los pesados granos se amontonaban en la era. Los caminantes tomaban un puñado de trigo, lo llevaban a los labios y deseaban a los amos: «¡Que el año próximo la cosecha sea tan buena como éste!»

Entre dos colinas apareció a lo lejos Tiberíades, la ciudad gloriosa recientemente construida, idólatra, llena de estatuas, de teatros y de mujeres cubiertas de afeites. Al verla, el hijo de María sintió miedo. Cuando niño, una vez había ido allí con su tío el rabino, a quien llamaran para arrojar los demonios del cuerpo de una patricia romana. La poseía el demonio del baño; salía a las calles completamente desnuda y corría tras los transeúntes. Cuando entraron en su palacio, la patricia sufría un ataque y corría, desnuda como la mano, hacia la puerta de la calle. Los esclavos la perseguían. El rabino había adelantado su cayado y la había detenido, pero la mujer, al ver al muchacho, se había precipitado sobre él. El hijo de María lanzó un grito y se desvaneció. Desde entonces, sólo recordar el nombre de aquella ciudad impúdica le helaba la sangre.

—Es una ciudad maldita, hijo mío —le decía el rabino—. Cuando debas pasar por ella, hazlo rápido, mirando el suelo y pensando en la muerte; o bien mira el cielo y piensa en Dios. Y hazme caso: cuando hayas de ir a Cafarnaum, oblígate a dar un rodeo.

La ciudad impúdica reía bajo el sol. La gente, peatones y jinetes, entraba y salía por sus puertas. En sus torres ondeaban enseñas con águilas de dos cabezas y centelleaban armaduras de bronce. Un día el hijo de María había visto,

fuera de las puertas de Nazaret, echada en un lecho de limo verde, la carroña hinchada de una yegua; en su vientre, abierto, lleno de tripas y de inmundicias, se paseaban batallones de escarabajos, y sobre él zumbaba una nube de moscas verdes y doradas; dos cuervos habían clavado el pico puntiagudo en los grandes ojos de largas pestañas y bebían... La carroña relucía, resucitada, habitada por toda una población, y daba la impresión de que se revolcaba en la hierba nueva, enloquecida, ebria de alegría, con las cuatro patas herradas tendidas hacia el cielo.

—Como la carroña de la yegua es Tiberíades —murmuró el hijo de María, sin poder apartar la mirada de la ciudad—. Así eran Sodoma y Gomorra, y así es también el alma pecadora del hombre...

Pasó un anciano robusto a horcajadas en un asno. Vio al hijo de María y se detuvo:

—¿Por qué te quedas con la boca abierta, muchacho? —dijo—. ¿No la conoces? Es nuestra nueva princesa, Tiberíades la puta. Los griegos, los romanos, los beduinos, los caldeos, los gitanos, los hebreos la montan, pero siempre desea más. Puedes creer lo que te digo: siempre desea más. ¡Dos y dos son cuatro!

Sacó de la alforja un puñado de nueces y se las ofreció:

—Pareces un hombre honrado y pobre —dijo—. Tómalas para distraer el hambre en el camino y haz votos por el viejo Zebedeo de Cafarnaum.

Lucía una barba ahorquillada completamente blanca, tenía gruesos labios sensuales, cuello corto y ancho de toro y ojos vivaces y negros de ave de rapiña. ¡Aquel cuerpo rechoncho debió haber comido mucho en la vida, bebido mucho, amado mucho, y estaba lejos de sentirse saciado!

Un coloso con el pecho y las rodillas descubiertos y todo velludo pasó frente a ellos empuñando un cayado corvo; se detuvo y, enfurecido, sin saludar al anciano, se volvió hacia el hijo de María:

—¿No eres tú el hijo del carpintero de Nazaret? ¿No eres tú el que fabrica cruces para crucificarnos?

Dos viejas segadoras lo oyeron desde el campo vecino y se acercaron.

—Yo —dijo el hijo de María—, yo... —e hizo ademán de irse.

—¿Adonde vas? —le dijo el otro tomándole del brazo—. ¡No escaparás tan fácilmente! ¡Crucificador, traidor, te aplastaré las narices!

Pero el robusto anciano arrebató el cayado al pastor.

—Felipe —dijo—, espera; escúchame, escúchame, compañero. Dime: ¿acaso ocurre algo en el mundo que no sea voluntad de Dios?

—No, viejo Zebedeo, nada.

—Pues bien, es plena voluntad de Dios que éste fabrique cruces.

Déjalo tranquilo. Te daré un buen consejo: no nos mezclemos en los asuntos de Dios. Dos y dos son cuatro.

Entretanto, el hijo de María se había liberado de las manos del pastor, que lo apretaban como un torno, y había echado a correr. Las dos viejas le gritaban y blandían coléricas las hoces.

—Anciano Zebedeo —dijo el coloso—, vayamos los dos a lavarnos las manos que tocaron al crucificador; vayamos a lavar nuestros labios que le hablaron.

—No te compliques la vida —dijo el viejo—. Ven conmigo, acompáñame, que llevo prisa. Ninguno de mis dos hijos está en casa; al parecer, uno ha ido a Nazaret para ver la crucifixión, y el otro se fue al desierto para convertirse en santo. Lo cierto es que quedé solo con sus barcas de pesca. Ven a sacar las redes conmigo, que ya deben estar llenas de peces. Te daré algunos para que hagas una buena fritura.

Se pusieron en marcha. El anciano estaba de buen humor y se echó a reír:

—¡Ah! Hay que ver por lo que el pobre Dios tiene que pasar. En buen berenjenal se metió cuando creó el mundo. Los peces gritan: ¡No nos confundas, Señor; no permitas que caigamos en las redes! Los pescadores gritan: ¡Confunde a los peces, Señor, para que caigan en las redes! *¿A* quién debe escuchar? Unas veces escucha a los peces y otras a los pescadores... ¡Y así marcha el mundo!

Por su parte, el hijo de María había tomado por el sendero de cabras para no mancillarse pasando por la aldea maldita de Magdala. La aldea se extendía, graciosa, serena, rodeada de palmeras, en la encrucijada por donde pasaban día y noche las caravanas que se dirigían desde el Eufrates y el desierto de Arabia hacia el mar, y desde Damasco y Fenicia hacia el valle verdeante del Nilo. A la entrada de la aldea había un pozo de agua fresca en cuyo brocal estaba sentada una mujer con los pechos descubiertos, llena de afeites, que sonreía a los mercaderes... ¡Oh, alejarse, cambiar de ruta, enfilar en línea recta hacia el lago y entrar en el desierto! Allí Dios está sentado cerca de una fuente cegada, y esperándole.

Se acordó de Dios y su pecho se dilató. Apuró el paso. El sol se apiadó al fin de las muchachas que segaban y descendió al poniente, suavizando sus rayos. Las segadoras se echaron de espaldas sobre los almiares para recobrar aliento, para soltar alguna broma picara, para descansar. Las muchachas habían pasado todo el día bajo el sol, junto a los hombres que también sudaban, se habían acalorado y ahora descansaban entre bromas y risas.

El hijo de María oía sus risas y sus bromas, se ruborizaba y ansiaba alejarse de los seres humanos. Intentaba alejar sus pensamientos y le venían a la mente las palabras de Felipe, el pastor fanfarrón.

—No saben lo que sufro —murmuró—; no saben por qué fabrico cruces, ni con quién lucho...

Frente a una cabaña, dos campesinos sacudían de sus barbas y sus cabellos las pajas de trigo y se lavaban. Debían ser dos hermanos, y su anciana madre disponía en una mesita la comida de los pobres y hacía asar mazorcas en las brasas. En el aire flotaba un buen olor.

Los dos campesinos vieron al hijo de María agotado y cubierto de polvo; se apiadaron de él.

—¡Eh, tú! ¿Adonde vas tan deprisa? —gritaron—. Pareces venir de lejos y, sin embargo, no llevas alforja. Detente para comer un trozo de pan con nosotros.

—Y una mazorca —dijo la madre.

—Y para beber un sorbo de vino. ¡Te coloreará esas mejillas pálidas!

—No tengo hambre, no quiero... ¡Gracias! —respondió, dejándolos atrás.

«Si supieran quién soy —pensó—, se avergonzarían de haberme hablado.»

—Como quieras —le gritó uno de los hermanos—. Sin duda, no somos dignos de ti.

«¡Soy el crucificador!», iba a responder, pero no se atrevió; bajó la cabeza y continuó huyendo.

La noche se abatió como una espada: las colinas no tuvieron tiempo de ponerse rosadas, y la tierra se volvió violeta y en seguida negra. La luz, que había trepado a las copas de los árboles, saltó hacia el cielo y desapareció. La noche sorprendió al hijo de María en la cima de la colina. Un viejo cedro había echado raíces allá en lo alto, donde lo batían los vientos, pero era vigoroso y sus raíces devoraban las piedras. De la llanura ascendía un olor a trigo y a madera quemada. De las cabañas diseminadas aquí y allá subía el humo de la comida de la noche.

El hijo de María tenía hambre y sed y durante unos segundos envidió a los jornaleros que habían acabado su trabaja, volvían a sus casas muertos de fatiga y hambrientos y veían desde lejos el fuego encendido, el humo por encima del techo de la casa y a su mujer que preparaba la comida.

Sintió, de pronto, que estaba más abandonado que los zorros y las lechuzas, los cuales poseen, después de todo, una madriguera o un nido donde los esperan seres cálidos y amados. Pero él no tenía a nadie, ni siquiera a su madre. Se sentó al pie del cedro y se hizo un ovillo: le castañeteaban los dientes.

—Señor, gracias por todo esto —murmuró—: la soledad, el hambre y el frío. Ya no me falta nada.

Apenas pronunció estas palabras debió sentir la injusticia de cuanto padecía. Giró la mirada en torno como una fiera caída en una trampa; sus sienes zumbaban de cólera y de miedo. Se arrodilló, fijó los ojos en el sendero oscuro donde aún se oían los pies descalzos, los cuales subían haciendo a un lado las piedras. Ahora llegaban a la cima. Un sonido ronco brotó de su garganta a pesar suyo. Al oírlo, él mismo se sintió poseído por el terror:

—¡Acércate, mi señora, no te ocultes! ¡Ya es de noche, nadie te mira, aparece!

Contuvo la respiración y esperó.

Nadie respondió. Las únicas voces de la noche ascendían serenas, dulces, eternas: los grillos, los saltamontes, los pájaros nocturnos con sus gemidos plañideros y, a lo lejos, allá a los lejos, los perros que distinguían en la oscuridad lo que los hombres no pueden ver, y ladraban... Alargó el cuello; estaba seguro de que había alguien bajo el cedro, frente a él. Murmuró entonces en voz baja, como orando: «Mi señora..., mi señora...», para tentar al ser invisible, y esperó.

Ya no tiritaba; su frente y sus axilas estaban bañadas en sudor.

Miraba, miraba y escuchaba. Tan pronto le parecía oír una risotada burlona en la oscuridad como creía que el aire giraba sobre sí mismo y se volvía compacto, que tomaba la forma de un cuerpo para borrarse inmediatamente y desvanecerse...

El hijo de María se consumía y se esforzaba por dar consistencia al aire nocturno. Ya no gritaba ni suplicaba; sólo se consumía. De rodillas bajo el cedro, esperaba con el cuello alargado.

El contacto con las piedras había desollado sus rodillas. Se apoyó en el tronco del cedro y cerró los ojos. Entonces, con gran calma y sin lanzar grito alguno, la vio con sus ojos interiores. No se había presentado tal como él la esperaba. Esperaba a la madre trágica que levantara las dos manos sobre su cabeza y lo maldijera. ¡Pero no!

Suavemente y temblando abrió los ojos: un cuerpo salvaje de mujer resplandecía ante él, revestido de pies a cabeza de una rara armadura de gruesas escamas de bronce. Pero su cabeza no era humana, sino de águila con ojos amarillos y pico corvo, en el que llevaba un trozo de carne. Miraba imperturbable, implacablemente, al hijo de María.

No te has presentado tal como te esperaba —murmuró—. No eres la Madre... Por piedad, dime quién eres.

Interrogaba, esperaba, volvía a interrogar. Únicamente los ojos amarillos y redondos brillaban en la oscuridad.

Y repentinamente el hijo de María comprendió:

—¡La Maldición! —gritó, y cayó de bruces en tierra.

VII

El cielo refulgía por encima de su cabeza y la tierra lo hería con sus piedras y zarzas. Había extendido los brazos y se debatía como si la tierra entera fuera una cruz y él lanzara alaridos tendido sobre ella, crucificado.

La oscuridad avanzaba en el cielo con su gran cortejo y su pequeño cortejo: las estrellas y las aves nocturnas. Por doquiera los perros, esclavizados por los hombres, ladraban en las eras y guardaban la hacienda de los amos. Hacía frío y tiritaba. A veces el sueño lo vencía durante unos instantes, lo paseaba por los aires, entre paisajes cálidos y lejanos, pero enseguida volvía a arrojarlo a tierra, sobre las piedras.

Hacia medianoche oyó alegres cascabeles que resonaban en la colina y, tras los cascabeles, la canción quejumbrosa de un camellero. Oyó conversaciones, alguien lanzó un suspiro y ascendió una voz de mujer clara y fresca en la noche, pero pronto volvió a reinar el silencio en la ruta. Montada en un camello de silla de oro, con el rostro devastado por las lágrimas, con los afeites descompuestos en las mejillas, transformados en una especie de barro, Magdalena viajaba a medianoche.

Ricos mercaderes habían acudido desde los cuatro puntos cardinales y no la habían hallado ni en el pozo ni en su casa. Habían enviado en su busca a su camellero con un camello enjaezado de oro para traerla rápidamente. Su camino había sido muy largo y poblado de peligros, pero llevaban grabado en su mente un cuerpo que estaba en Magdala y se sentían valerosos. No la habían encontrado, así que habían enviado a su camellero y ahora estaban sentados en fila en el patio de Magdalena. Esperaban con los ojos cerrados.

Poco a poco los cascabeles desaparecían en la noche, se suavizaban; el hijo de María los oía ahora como si fueran una risa delicada, un chorro de agua en un jardín profundo que lo llamaba tiernamente por su nombre. Y así, suave, voluptuosamente, arrullado por el cascabel que tintineaba, el hijo de María volvió a quedarse dormido.

Tuvo un sueño: el mundo se le apareció como una pradera verde y florecida, y Dios como un pastorcillo moreno con dos cuernos vueltos hacia atrás, tiernos, nuevos. Estaba sentado junto a una fuente y tocaba el caramillo. El hijo de María no había oído jamás una música tan dulce, tan fascinante. Dios, el pastorcillo, tocaba, y terrón a terrón, la tierra se estremecía, se agitaba, ondulaba, cobraba vida y de pronto la pradera se pobló de gacelas graciosas adornadas con sus cornamentas. Dios se inclinó, miró el agua, y la fuente se llenó de peces. Alzó los ojos, miró los árboles, y las hojas de éstos se arrollaron sobre sí mismas, se transformaron en aves que se echaron a cantar. El sonido del caramillo se hizo más violento, y dos insectos, del tamaño de hombres, surgieron de la tierra y comenzaron al punto a abrazarse sobre la hierba nueva. Rodaban de una punta a otra de la pradera, se acoplaban, se separaban, volvían a acoplarse, reían impúdicamente, se mofaban del pastor y silbaban. El pastor apartó el caramillo de sus labios y miró a la pareja insolente y obscena. De pronto fue incapaz de continuar resistiendo y, con un ademán seco, rompió el caramillo aplastándolo con el pie al tiempo que las gacelas, las aves, los árboles, el agua y la pareja unida desaparecían...

El hijo de María lanzó un grito y se despertó. Pero en el instante mismo en que se despertaba tuvo tiempo de percibir dos cuerpos enlazados, el de un hombre y el de una mujer, hundidos en un rincón oscuro del fondo de sí mismo. Se incorporó aterrorizado:

—¡Cuánto fango hay en mí, cuánta suciedad!

Se quitó el ceñidor de cuero con clavos, se bajó las vestiduras y se puso a flagelar despiadadamente, sin pronunciar palabra, sus muslos, su espalda y su rostro. Sintió que la sangre manaba y le salpicaba, y esto le alivió.

Nacía el día; las estrellas se apagaban y el aire frío de la mañana lo traspasaba hasta los huesos. Por encima de él el cedro se pobló de alas y gorgojeos. Paseó la mirada a su alrededor: el aire estaba vacío, la maldición de bronce con cabeza de águila era de nuevo, a la luz del día, invisible.

—Debo partir, debo huir —pensó—. No debo entrar en Magdala... ¡maldita sea! Debo encaminarme en línea recta al desierto y sepultarme en el monasterio. Allí mataré la carne y la transformaré en espíritu.

Alargó la mano, acarició el viejo tronco del cedro y sintió que el alma del árbol ascendía desde las raíces para difundirse hasta por las ramas más altas y tenues.

—Adiós, hermano —murmuró—. Esta noche me cubrí de vergüenza a tus pies. Perdóname.

Luego, extenuado y con lúgubres presentimientos, echó a andar sendero abajo.

Llegó al camino principal. La llanura se despertaba, los primeros rayos del sol comenzaban a caer *y* cubrían de oro las eras sobrecargadas. «No debo pasar por Magdala —volvió a murmurar—. Tengo miedo...» Se detuvo para elegir el lugar por donde le convendría acortar camino para llegar hasta el lago. Tomó el primer sendero que encontró a su derecha. Como sabía que Magdala quedaba a la izquierda y el lago a la derecha, avanzaba confiadamente.

Caminaba, caminaba, y su espíritu se echaba a volar desde Magdalena la puta hasta Dios, desde la cruz hasta el Paraíso, desde su madre y su padre hasta los remotos océanos, las tierras lejanas, los millares de rostros de hombres blancos, amarillos y negros.

Jamás había salido de las fronteras de Israel, pero desde su infancia cerraba los ojos y su espíritu se lanzaba a un vuelo raudo, como el gavilán adiestrado para la caza con sus cascabeles, de ciudad en ciudad, de mar en mar, y gritaba de alegría. Pero él no cazaba; su cuerpo jugaba, se desprendía de la carne y subía al cielo; no deseaba otra cosa.

Caminaba, caminaba, el sendero daba rodeos, giraba y volvía a girar entre los viñedos, llegaba a los olivos para ascender nuevamente. El hijo de María lo seguía del mismo modo que se sigue una corriente de agua o la canción triste y monótona de un camellero. Aquel viaje le parecía un sueño; apenas tocaba la tierra y su pie apenas dejaba una leve impronta humana en el suelo. Los olivos agitaban sus ramas cargadas de frutos y le daban la bienvenida, los racimos de uvas colgaban, reposaban sobre la tierra, sus granos habían comenzado a brillar. Las muchachas que pasaban con su pañuelo blanco y sus pantorrillas firmes, quemadas por el sol, le saludaban cordialmente.

A veces, cuando no se veía a nadie en el sendero, oía nuevamente a sus espaldas el ruido de los pies descalzos, al tiempo que brillaba y se extinguía en el aire un reflejo de bronce y estallaba por encima de su cabeza una risa malévola. Pero el hijo de María no se impacientaba, pues ya se acercaba a su liberación y pronto se desplegaría ante él el lago y, más allá de sus aguas azules, entre rojos peñascos, encaramado como un nido de águilas, el Monasterio...

Mientras avanzaba por el sendero y su espíritu se lanzaba a un raudo vuelo, se detuvo de pronto, asustado: frente a él, bajo las palmeras, en un lugar abrigado, se extendía Magdala. Su espíritu oponía resistencia, pero sus piernas lo llevaban hacia aquella ciudad maldita, embalsamada de perfumes, llena de Magdalena.

—¡No quiero! ¡No quiero! —murmuró, espantado, e hizo ademán de volverse sobre sus pasos, pero su cuerpo se resistía. Permaneció inmóvil como un perro de presa y olfateó el aire.

«Debo partir —decidió en su fuero interior, pero permaneció clavado en el sitio. Miraba el viejo pozo con su brocal de mármol, las casitas limpias y enjalbegadas; los perros ladraban, las gallinas cacareaban, las mujeres reían, los camellos cargados, arrodillados en torno del pozo, rumiaban. —Debo verla, debo verla. —Oyó en el fondo de sí mismo una débil voz—. Debo verla.

Dios conducía mis pasos, los conducía Dios y no mi espíritu, para que la vea, para que caiga a sus pies y le pida perdón... ¡Toda la culpa es mía! Antes de entrar en el Monasterio y de revestir la sotana blanca, debo pedirle perdón. De otro modo, no podré salvarme... ¡Señor, te agradezco que me hayas conducido hasta aquí contra mi voluntad!.

Se regocijó, se ajustó el ceñidor y echó a andar camino abajo hacia Magdala.

Alrededor del pozo y echados en tierra, los camellos de una caravana, que acababan de comer, rumiaban lenta, pacientemente. Aún estaban cargados y debían proceder de países remotos, embalsamados de perfumes, pues en el aire flotaba el olor de las especias.

Se detuvo frente al pozo. Una vieja que sacaba agua le alargó el cántaro y el joven bebió. Iba a preguntarle si María estaba en su casa, pero sintió vergüenza. «Dios me lleva hacia su casa, y tengo confianza. Debe de estar allí», pensó. Tomó por el sendero sombreado. Había numerosos extranjeros, unos vestidos con chilabas blancas como los beduinos, y otros con preciosos tejidos indios. Abrióse una puerta y una mujer de trasero prominente y bigotes negros apareció en el vano, le vio y se echó a reír.

—¡Eh, carpintero!, ¡bienvenido! ¿Vas tú también a adorar el santuario? —gritó. Cerró la puerta lanzando una carcajada.

El hijo de María se ruborizó. «¡Es preciso, es preciso —pensó— que caiga a sus pies, que le pida perdón...»

Apuró el paso; la casa se hallaba en el otro extremo de la aldea, en medio de un huerto de granados. La recordaba bien: una puerta verde de un solo batiente donde uno de sus amantes, un beduino, había pintado dos serpientes entrelazadas, una blanca y una negra y, sobre la puerta, un lagarto amarillo crucificado.

Se extravió, dio vueltas y más vueltas y no se atrevía a preguntar. Era casi mediodía y se detuvo a la sombra de un olivo para recobrar aliento. Acertó a

pasar por allí un rico mercader, de barba negra y ensortijada, de ojos negros en forma de avellana, con los dedos cargados de anillos y que olía a almizcle. El hijo de María lo siguió.

«Debe ser un ángel de Dios —pensó mientras lo seguía y admiraba la línea esbelta de su cuerpo y el manto precioso, bordado con flores y aves tornasoladas, que le cubría los hombros—; debe ser un ángel de Dios... Bajó del cielo para señalarme el camino.»

El joven extranjero recorría con seguridad las callejas tortuosas hasta que de pronto la puerta verde apareció con sus dos serpientes entrelazadas. Una viejecita estaba sentada frente a ella en un escabel. Tenía un braserillo encendido y en él cocía cangrejos; al lado, y en una gran bandeja, ofrecía a la venta tortas calientes de garbanzos, bien condimentadas, y semillas de calabazas asadas.

El joven noble se inclinó, dio una moneda de plata a la vieja y entró. El hijo de María entró tras él.

En el patio y en fila uno tras otro, cuatro mercaderes estaban sentados en el suelo al modo oriental: dos viejos con las uñas y las cejas teñidas y dos jóvenes con barbas y bigotes de ébano. Los cuatro tenían la mirada clavada en la pequeña puerta cerrada del cuarto de María. De allí partía de vez en cuando un susurro, una risa, un chirrido de las tablas del piso... y los adoradores interrumpían la conversación que habían entablado en voz baja y cambiaban nerviosamente de posición. El beduino se demoraba una eternidad. Hacía mucho que había entrado y, en el patio, todos, jóvenes y viejos, estaban ansiosos. El joven señor indio se sentó en el sitio que le correspondía y, tras él, lo hizo el hijo de María.

Un inmenso granado cargado de frutos se alzaba en el centro del patio y a ambos lados de la puerta erguíanse dos sólidos cipreses, uno macho y recto como una espada, y el otro hembra con sus ramas extendidas y desplegadas. Del granado colgaba una jaula de mimbre con una perdiz pardilla, que revoloteaba a derecha e izquierda, picoteaba, golpeaba los barrotes y chillaba.

Los adoradores sacaban de los ceñidores dátiles que se llevaban a la boca, mordían nueces moscadas para perfumar el aliento y hablaban entre sí para entretenerse. Se volvieron, saludaron al joven señor y miraron luego con menosprecio al hijo de María, pobremente vestido. El primer anciano suspiró y dijo:

—No hay martirio más grande que el mío: estoy frente al Paraíso y la puerta está cerrada.

Un hombre joven que lucía aros de oro en los tobillos, se echó a reír:

—Transporto especias desde el Eufrates hasta la orilla del mar. ¿Veis aquella perdiz de patas rojas? Pues bien, daría un cargamento de canela y pimienta para comprar a María; la metería en una jaula de oro y me la llevaría. ¡Haced pronto lo que tengáis que hacer, alegres compañeros, porque ésta será la última vez que la veáis!

—Te lo agradezco, muchacho —dijo entonces otro viejo de barba perfumada, de manos finas con dedos alargados—, te lo agradezco porque lo que acabas de decir realzará el sabor de sus besos.

El joven señor había bajado los ojos de tupidas pestañas; balanceó luego lentamente el torso al tiempo que sus labios se movían, como si orara. Antes de

entrar en el Paraíso, se había sumergido en la beatitud eterna. Oía los chillidos de la perdiz, las respiraciones entrecortadas y los crujidos del otro lado de la puerta, así como a la vieja que, en la puerta, colocaba en el braserillo los cangrejos vivos, que saltaban…

«He aquí el Paraíso —pensó, agitado—, he aquí el sueño espeso que llamamos vida y que soñamos como el Paraíso. No hay otro Paraíso. Ahora puedo levantarme y partir; ya no necesito ninguna otra alegría…»

Un hombre de talla gigantesca y turbante verde, que estaba delante de él, le tocó la rodilla y se echó a reír.

—Príncipe indio —le dijo—, ¿qué dice tu Dios de todo esto?

El joven señor abrió los ojos:

—¿De qué?

—De lo qué tienes ante ti, de los hombres, las mujeres, los cangrejos, el amor…

—Que todo es un sueño, hermano.

—Entonces, hay que andar con cuidado, compañeros —dijo el viejo de barba blanca, que ahora desgranaba un gran rosario de cuentas de ámbar—, ¡no sea cosa que nos despertemos!

La puerta se abrió y el beduino salió de la habitación andando con paso lento. Tenía los ojos abotagados y se relamía. El viejo a quien le correspondía pasar se puso en pie de un salto, ágil como un joven de veinte años.

—¡Anda, anciano y apresúrate! ¡Apiádate de nosotros! —gritaron los otros tres.

El viejo ya avanzaba quitándose el ceñidor… ¡no era aquel momento para hablar! Cerró bruscamente la puerta tras él.

Todos miraban al beduino con envidia y nadie osaba hablar. Sentían que navegaba muy lejos, en aguas profundas y, en efecto, no se volvió ni siquiera para mirarles. Marchaba por el patio con paso vacilante. Llegó a la puerta de la calle donde estuvo a puntó de tropezar con el braserillo; luego se perdió en las callejuelas tortuosas. Entonces, para alejar la fijación de su mente, el hombre grueso con el turbante verde se puso a hablar, sin ton ni son, dé leones, de mares cálidos y de islas remotas hechas de coral…

Transcurrió el tiempo; cada poco oíase el murmullo producido por las cuentas de ámbar del rosario al chocar unas con otras suave, delicadamente. Los ojos habían vuelto a clavarse en la puerta. El viejo tardaba, tardaba mucho en salir…

El joven indio se levantó, feliz. Todos se volvieron sorprendidos. ¿Por qué se había levantado? ¿No iba a estrecharla entre sus brazos? ¿Partía? Su rostro resplandecía y sus mejillas se habían hundido ligeramente. Se ajustó el manto, se llevó la mano al corazón y luego a los labios, saludó y su sombra traspuso tranquilamente el umbral…

—Se despertó… —dijo el joven que llevaba anillos de oro en los tobillos. Estaba por echarse a reír, aunque todos se sintieron repentinamente invadidos por un pavor extraño y se pusieron precipitadamente a hablar de los mercados de esclavos de Alejandría y Damasco, de pérdidas y de ganancias… Pero pronto

volvieron a sus chistes impúdicos sobre mujeres y adolescentes. Sacaban la lengua y se relamían.

—¡Señor! ¡Señor! —murmuró el hijo de María—. ¿Dónde me has hecho caer? ¿En qué patio? ¡Me obligas a formar fila detrás de estos hombres! ¡Esta es la vergüenza mayor, Señor! ¡Dame fuerzas para soportarla!

El hambre se apoderó de los adoradores; uno de ellos llamó a la vieja, la cual distribuyó entre los cuatro hombres pan, cangrejos y tortas de garbanzos; también llevó un gran cántaro de vino de dátiles. Se sentaron al modo oriental en torno de los alimentos y comenzaron a mover las mandíbulas. Uno de ellos sintió deseos de bromear y arrojó un grueso caparazón de cangrejo contra la puerta, gritando:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Apresúrate, anciano! ¡Acaba de una vez!

Todos se echaron a reír.

—¡Señor! ¡Señor! —volvió a murmurar el hijo de María—. ¡Dame fuerzas para soportar esto hasta que llegue mi turno!

El viejo de barba perfumada se volvió y se apiadó de él:

—¡Eh, muchacho! ¿no tienes hambre ni sed? Acércate; come un bocado con nosotros para cobrar fuerzas.

—Sí, para cobrar fuerzas, desdichado —dijo riendo el gigante de turbante verde—, y para que cuando llegue tu turno no hagas quedar mal a los hombres.

El hijo de María enrojeció hasta la raíz del cabello, bajó la cabeza y calló.

—Este es otro que sueña —dijo el viejo sacudiendo la barba que se había llenado de migas de pan y de trozos de cangrejos—. Os juro que sueña, por san Belcebú. Acordaos de lo que os digo: ¡se va a levantar como el otro y se va a ir!

El hijo de María se sintió invadido por el terror y miró a su alrededor. ¿Tendría razón el indio y todo aquello, los patios, los granados, los braserillos, las perdices, los hombres, no serían más que un sueño? ¿No es aria soñando aún al pie del cedro?

Se volvió como si buscara socorro y entonces vio en la puerta de la calle de pie junto al ciprés macho, vestida con la armadura de bronce, inmóvil, a su compañera de cabeza de águila y, al mirarla, se sintió por primera vez aliviado y tranquilo.

El viejo salió jadeando del cuarto de Magdalena y el hombre del turbante verde entró. Transcurrieron algunas horas y luego le tocó el turno al joven de aros de oro y, por último, al viejo, del rosario de ámbar. El hijo de María permaneció solo esperando en el patio.

El sol declinaba y dos nubes que navegaban por el alto cielo se detuvieron, cargadas de oro. Una leve bruma dorada cayó sobre los árboles, sobre los rostros de los hombres y sobre la tierra.

El viejo del rosario de ámbar salió, se detuvo un instante en el umbral, se enjugó los ojos, las narices y los labios y se arrastró, encorvado, hacia la puerta.

El hijo de María se levantó. Se volvió hacia el ciprés y su compañera adelantó también la pierna para seguirle. Estaba por hablarle, por suplicarle; espérame afuera, quiero estar solo, no me escaparé... pero sabía que era una vana súplica y guardó silencio. Ajustó la correa a su cintura, alzó los ojos, vio el cielo, vaciló, pero entonces oyó una voz ronca, irritada, procedente de la

habitación: «¿Hay alguien ahí? ¡Que entre!» Era Magdalena, que llamaba. Reunió todas sus fuerzas y avanzó. La puerta estaba entornada y entró temblando.

Magdalena estaba echada en la cama, enteramente desnuda y bañada en sudor; sus cabellos de ébano aparecían diseminados por la almohada, sus brazos replegados en la nuca, el rostro vuelto hacia la pared. Bostezaba. Estaba fatigada: había luchado con los hombres desde el alba; todo su cuerpo, sus cabellos y sus uñas estaban impregnados de los perfumes de todos los países; sus brazos, su cuello y sus senos aparecían cubiertos de mordiscos.

El hijo de María bajó los ojos; permanecía en pie en el centro de la habitación y no podía avanzar. Magdalena esperaba con el rostro vuelto hacia la pared, inmóvil. Pero no oía cerca de ella ningún gruñido de macho, ningún ruido de hombre que se desviste, ninguna respiración jadeante. Sintió miedo y volvió bruscamente la cabeza. Al ver al hijo de María, lanzó un grito, cogió la sábana y se tapó con ella.

—¡Tú! ¡Tú! —gritó y se cubrió con las manos los ojos y los labios.

—María, perdóname.

Ronca, desgarradora como si quebrara parte de su garganta, estalló la risa de Magdalena.

—María, perdóname —repitió.

Entonces ella se puso de rodillas, se arrodilló en las sábanas y alzó el puño:

—¿Para decirme esto te mezclaste con ellos? ¿Te has metido aquí, donde nadie te llamaba, para meter en la habitación al coco de tu Dios? Llegas tarde, demasiado tarde muchacho. ¡No quiero saber nada de tu Dios! ¡Me ha partido el corazón! Hablaba, gemía, su pecho irritado se henchía la sábana.

—¡Me ha partido el corazón!... Me ha partido el corazón... —volvió a gemir; de sus ojos brotaron dos lágrimas que quedaron suspendidas de las pestañas.

—No blasfemes, María. Toda la culpa no fue de Dios. Por eso vine a pedirte perdón.

Magdalena estalló:

—Tu Dios tiene tu sucio rostro, tú y él se confunden y yo no los distingo. Cuando, de noche, me da por pensar en ti pienso en él —¡maldita sea esa hora!—, mira, ¡se me aparece en la oscuridad con tu rostro! Y cuando —¡maldita sea la hora!— te encuentro por la calle, me parece que veo a Dios lanzándote sobre mí.

Agitó el puño.

—¡No me hables de Dios! —gritó—. Vete, no quiero volver a verte. ¡No me queda más que un solo refugio, que un solo consuelo... el fango! No me queda más que una sinagoga donde entro para orar y purificarme: ¡el fango!

—María, escúchame, déjame hablarte. No te desesperes. Para eso vine, hermana, para sacarte del fango. Son muchas mis faltas y voy al desierto para expiarlas. Son muchas mis faltas, pero la más grave es haber ocasionado tu desdicha, María.

Magdalena alargó con rabia sus uñas puntiagudas hacia el visitante inesperado, como si quisiera desgarrarle las mejillas.

—¿Qué desdicha? —gritó—. ¡Mi vida es feliz, muy feliz, y no necesito que Su Santidad me compadezca! Lucho sola, completamente sola, y no llamo en mi

auxilio ni a los hombres ni a los demonios, ni a los dioses. ¡Lucho para liberarme y me liberaré!

—¿Liberarte de qué, de quién?

—No del fango, como tú crees. ¡Bendito sea el fango! En él deposito todas mis esperanzas; es mi camino de liberación.

—¿El fango?

—¡El fango! ¡La vergüenza, la suciedad, este lecho, este cuerpo mordido, mancillado por todas las salivas, todos los sudores, todas las mugres del mundo! ¡No me mires de ese modo, con ojos de ternero hambriento, no te acerques, cobarde! No me gustas, me repugnas; no me toques. Para olvidar a un hombre, para liberarme de su recuerdo, me entregué a todos los hombres.

El hijo de María bajó la cabeza:

—La culpa es mía —repitió con voz ahogada; cogió la correa que le servía de ceñidor, aún salpicada de gotas de sangre—. La culpa es mía; perdóname, hermana. Pero pagaré mi deuda.

Una risa salvaje desgarró de nuevo la garganta de la mujer:

—La culpa es mía... la culpa es mía, hermana... Yo te salvaré... Lanzas estos balidos lastimosos en lugar de alzar la cabeza como un hombre y de confesar la verdad. Tú codicias mi cuerpo, pero no te atreves a decirlo y la tomas con mi alma. ¡Quieres salvarla, dices! ¿Qué alma, soñador? El alma de una mujer es su carne, y tú lo sabes, lo sabes de sobra, pero no te atreves a tomarla en tus manos como un hombre, no te atreves a abrazarla. ¡Abrazarla para salvarla! ¡Me das lástima y me asqueas!

—¡Te poseen siete demonios, puta! —gritó entonces el joven; la vergüenza lo había hecho enrojecer hasta la raíz de los cabellos—. Tu pobre padre estaba en lo cierto.

Magdalena se sobresaltó, recogió sus cabellos con cólera, los enrolló y los ató con una cinta de seda roja. Permaneció en silencio durante un tiempo. Al fin, sus labios se movieron.

—No son siete demonios, hijo de María, no son siete demonios sino siete llagas. Debes aprender que una mujer es una cierva herida, y la desdichada no tiene otra alegría que lamer sus heridas...

Sus ojos se arrasaron de lágrimas. Con ademán brusco, las enjugó con la palma de la mano. Se encolerizó:

—¿Por qué has venido aquí? ¿Por qué permaneces parado frente a mi lecho? ¿Qué quieres de mi?

El hijo de María avanzó un paso:

—María, acuérdate de cuando éramos niños.

—¡No me acuerdo! ¿Qué clase de hombre eres no sigues babeando? ¿No tienes vergüenza? Jamás tuviste el valor de mantenerte erguido como un hombre, solo, sin valerte de nadie. ¡Tan pronto te cuelgas de las faldas de *tu madre como* de las mías o de las de Dios! No puedes valerte por ti mismo porque tienes miedo. No osas mirar de frente mi cara, a mi cuerpo, qué para el caso es lo mismo, porque tienes miedo. ¡Y vas a sepultarte en el desierto, a hundir tu rostro en el desierto porque tienes miedo! ¡Tienes miedo, tienes miedo! Me repugnas, me das lástima y, cuando pienso en ti se me parte el corazón.

Magdalena ya no podía resistir y estallé en sollozos. Se enjugó los ojos con rabia; sus afeites se disolvían con las lágrimas y ensuciaban las sábanas.

El corazón del joven se estremeció. ¡Ah, si no temiera a Dios, la estrecharía entre sus brazos, le enjugaría las lágrimas, le acariciaría los cabellos para calmarla, partiría con ella!

Si fuese un verdadero hombre, eso es lo que debería hacer para salvarla en lugar de entregarse a oraciones y ayunos en el monasterio. ¿Qué le importaban a ella las oraciones y los ayunos? ¿Acaso podía salvar a una mujer con oraciones y ayunos? El camino de la salvación consistía en que la arrancara de ese lecho, en que partiera con ella e instalara un taller en una aldea alejada, en que vivieran como marido y mujer, en que tuvieran hijos, sufrieran, fueran felices, como seres humanos. Ese era el único camino de salvación para la mujer, y el camino en el cual él se podía salvar con ella. ¡El único camino!

Caía la noche. A lo lejos se oyeron truenos. El resplandor de un rayo penetró por la rendija de la puerta e iluminó por un segundo el rostro lívido de María. Volvió a oírse un trueno más cercano. El cielo había descendido hacia la tierra, cargado de angustia.

El joven sintió de pronto una gran fatiga; las rodillas se le doblaban y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Un olor pestilente le dio en pleno rostro, un olor a almizcle, a sudor, a chivo, y se apretó la garganta con la mano para no vomitar.

Oyó la voz de María en la oscuridad:

—Vuelve la cabeza; voy a encender la lámpara y estoy desnuda.

—Me iré —dijo el joven en voz baja. Reunió todas sus fuerzas y se puso de pie.

Pero Marta simuló no haber oído:

—Mira si aún hay alguien en el patio; si es así, dile que se vaya.

El joven abrió la puerta y asomó la cabeza. El aire se había oscurecido y gruesas gotas de lluvia, espaciadas, daban contra las hojas del granado. El cielo pendía sobre la tierra, pronto a caer sobre ella. La vieja con su braserillo encendido se había metido en el patio para refugiarse bajo el ciprés. La lluvia comenzaba a arreciar.

—No hay nadie —dijo el joven. Cerró rápidamente la puerta. Ya había estallado la tormenta.

Entretanto, Magdalena había saltado del lecho. Se cubrió con una tibia pañoleta de lana que llevaba bordados leones y gacelas y que le había regalado aquella misma mañana uno de sus amantes, un árabe. Sus hombros y sus caderas acogieron con un estremecimiento de placer el dulce calor del vestido. Se puso de puntillas y descolgó la lámpara que pendía de la pared.

—No hay nadie —repitió el joven; su voz se había suavizado.

—¿Y la vieja?

—Está bajo el ciprés. Estalló la tormenta.

María salió al patio, vio el braserillo encendido y se acercó a él.

—Anciana Noemí —dijo alargando la mano hacia el cerrojo de la puerta—, toma tu braserillo y tus cangrejos y vete. Echaré el cerrojo. ¡Esta noche no recibiré a nadie!

—¿Tienes a tu amante en el cuarto? —silbó la vieja, furiosa porque perdía los clientes de la noche.

—Sí —respondió María—, está adentro... ¡Vete!

La vieja se levantó, murmurando, y decidió recoger sus utensilios.

—¡Vaya con el amante que te has echado! Es un andrajoso refunfuñó por lo bajo; pero María la empujó sin más y luego atrancó la puerta de la calle. El cielo se había abierto y todo él se derramaba en el patio. Magdalena lanzó un gritito de alegría, como hada cuando era niña y miraba las primeras lluvias. Cuando volvió al cuarto, la pañoleta estaba mojada.

El joven se detuvo, en el centro de la habitación. ¿Debía partir? ¿Debía quedarse? ¿Cuál era la voluntad de Dios? Se sentía cómodo allí, en aquel ambiente cálido, y ya se había habituado al olor repulsivo. Fuera le esperaban la lluvia, el viento, el frío. No conocía a nadie en Magdala y Cafarnaum estaba lejos. ¿Debía partir? ¿Debía quedarse? Su espíritu no se decidía...

—Jesús, llueve a cántaros. Seguramente no has comido en todo el día. Ayúdame a encender el fuego y cocinaremos...

Su voz era tierna, solícita como la de un ángel.

—Me iré —dijo el joven y se volvió hacia la puerta.

—Quédate a comer conmigo —dijo Magdalena como si le impartiera una orden—. ¿Te repugna? ¿Tienes miedo de ensuciarte si comes con una puta?

El joven se inclinó sobre el hogar, ante los dos morillos; tomó un haz de leña y encendió el fuego.

Magdalena sonreía; se había calmado. Puso agua en la marmita, que colocó sobre los morillos; tomó de un saco colgado de la pared dos puñados de habas y las arrojó al agua. Se sentó en el suelo, ante el fuego encendido, y aguzó el oído; afuera, el cielo había abierto sus esclusas.

—Jesús —dijo en voz baja—, me preguntaste si me acordaba de cuando éramos niños y jugábamos.

El joven, sentado también ante el hogar, miraba el fuego y su espíritu volaba por zonas lejanas. Como si ya hubiera llegado al Monasterio del desierto y revistiera la sotana inmaculada, se paseaba por espacios solitarios, y su corazón, semejante a un pececillo de oro radiante, nadaba en las aguas calmas y profundas de Dios. Afuera, llegaba el fin del mundo; y dentro reinaba la paz, la ternura, la seguridad.

—Jesús —oyó de nuevo la voz de Magdalena junto a él—, me preguntaste si me acordaba de cuando éramos niños y jugábamos...

El rostro de Magdalena brillaba a la luz de las llamas como hierro candente. Pero el joven no oyó, pues aún estaba sumergido en el abismo del desierto.

—Jesús —repitió la mujer—, tú tenías tres años y yo cuatro. Ante la puerta de mi casa había tres peldaños; yo solía sentarme en el más alto y desde allí miraba cómo te esforzabas, durante horas, por trepar al primer peldaño, cómo caías y te levantabas una y otra vez. Yo ni siquiera te tendía la mano para

ayudarte; quería que llegaras hasta mí, pero que antes sufrieras mucho... ¿Lo recuerdas?

Un demonio, uno de sus siete demonios, la aguijoneaba para hacerla hablar y tentar al hombre.

—Después de horas de esfuerzos, llegabas a subirte al primer peldaño, y entonces debías intentar encaramarte al segundo... Y luego, para llegar al tercero, donde yo estaba sentada, inmóvil, esperándote. Después...

El joven se sobresaltó; adelantó la mano y gritó:

—¡Cállate! ¡No continúes!

El rostro de la mujer brillaba y se oscurecía; las llamas lamían sus cejas, sus labios, su barbilla, su cuello desnudo. Tomó un puñado de hojas de laurel, que arrojó al fuego lanzando un suspiro, y añadió:

—Después, me cogías la mano, me cogías la mano, Jesús. Entrábamos e íbamos a echarnos sobre las piedras del patio. Juntábamos las plantas de nuestros pies desnudos, sentíamos que el calor de nuestros dos cuerpos se mezclaba, que subía desde nuestros pies hasta nuestros muslos, desde allí hasta nuestras caderas, y cerrábamos los ojos...

—¡Cállate! —volvió a gritar el joven; alargó la mano para cerrarle la boca, pero se contuvo pues tuvo miedo de tocarle los labios.

La mujer bajó la voz, suspiró y dijo:

—Jamás conocí en mi vida dulzura mayor. —Después de unos instantes de silencio añadió—: Desde entonces busco en los hombres aquella dulzura, aquella dulzura, Jesús, y no la encuentro...

El joven hundió el rostro en sus rodillas.

«¡Adonay —murmuró—, Adonay, acude en mi auxilio!»

En la habitación tranquila y silenciosa sólo se ola,el susurro del fuego, que devoraba los leños y silbaba, así cómo el del guisado que se cocía lentamente y despedía un agradable olor. Afuera, el chaparrón, como un macho, se derramaba desde el cielo con estrépito y la tierra abría su seno y zureaba como una paloma.

—Jesús, ¿en qué piensas? —dijo Magdalena, ya no se atrevía a mirar al joven a la cara.

—En Dios —respondió con voz ahogada—, en Dios, en Adonay...

Apenas dijo esto, se arrepintió de haber pronunciado su santo nombre en aquella casa.

Magdalena se puso en pie de un salto y echó a andar entre el hogar y la puerta. Estaba excitada.

«Ese es —pensaba—, ése es el gran enemigo, ése es quien se interpone siempre entre nosotros; es malévolo, celoso, no quiere que seamos felices.» Se detuvo tras la puerta y aguzó el oído; el cielo rugía, el huracán hacía estragos y las granadas se golpeaban unas con otras en el patio hasta casi reventar.

—Cede la lluvia —dijo Magdalena.

—Partiré —dijo el joven y se levantó.

—Gime primero para recobrar fuerzas. ¿Dónde irás a estas horas? La noche es muy oscura y aún llueve.

Descolgó de la pared una estera redonda y la colocó en el suelo. Apartó del fuego la marmita, abrió una alacena excavada en el muro y sacó un trozo de pan de centeno asado y dos platos de barro cocido.

—Esta es la comida de la puta —dijo—. Si no te asquea, hombre piadoso, cómela.

El joven tenía hambre y alargó presurosamente la mano. La mujer reventó de risa:

—¿Es ésa la forma que tienes de comer? ¿Sin orar primero? ¿No sería mejor que le agradecieras a Dios el envío al hombre del pan, las habas y las putas?

El bocado se atascó en la garganta del joven.

—María —dijo—, ¿por qué me odias? ¿Por qué me provocas? Mira, comparto esta noche la comida contigo y nos hemos reconciliado. Lo pasado, pasado está. Perdóname. Para eso he venido.

—Come en lugar de lloriquear. Si no te otorgan el perdón, tómalo por la fuerza. Eres un hombre.

Magdalena cogió el pan y lo partió. Rió:

—Bendito sea el nombre de Aquél que da al mundo el pan, las habas y las putas. ¡Y también los píos visitantes!

Sentados uno frente al otro bajo la luz de la lámpara, no volvieron a cambiar palabra alguna. Ambos tenían hambre pues habían luchado durante el día y ahora comían para recobrar las fuerzas.

Afuera, la lluvia comenzaba a calmarse. El cielo se separó del abrazo con la tierra y ésta quedó saciada. Sólo se oía el chapoteo de los arroyos que se deslizaban alegremente por las calles de la aldea.

Terminaron la comida. Quedaba aún en la alacena un resto de vino y lo bebieron. También había algunos dátiles maduros, y los comieron como postre. Permanecieron un tiempo prolongado sin hablar, mirando el fuego que se iba extinguiendo. El espíritu de ambos se movía con libertad, danzaba al ritmo de las últimas pavesas.

El joven se levantó y echó otros leños en el hogar pues hacía frío. Magdalena tomó otro puñado de hojas de laurel y lo arrojó al fuego.

La habitación pareció embalsamarse. El joven se encaminó hacia la puerta y la abrió. Se había levantado viento y las nubes ya se habían dispersado; sobre el patio de María resplandecían ahora dos grandes estrellas, límpidas.

—¿Continúa lloviendo? —preguntó el joven; estaba de nuevo de pie en el centro de la habitación, indeciso.

Magdalena no respondió. Desenrolló una estera, sacó del baúl gruesos cobertores de lana y sábanas, regalo de sus amantes, y tendió una cama frente al fuego.

—Dormirás aquí —dijo—. Hace frío y se levantó viento. Es cerca de medianoche. ¿Adonde ibas a ir? Te helarías. Dormirás aquí, junto al fuego.

El joven se estremeció.

—¿Aquí? —preguntó.

—¿Acaso te da miedo? No temas, cándida paloma. No me burlaré de ti. No te tentaré, no atentaré contra tu virginidad.

Echó más leña al fuego y bajó la mecha de la lámpara.

—Duerme tranquilo —añadió—; mañana los dos tenemos mucho que hacer; tú te pondrás en camino para ir en busca de tu liberación, y yo tomaré otro camino, el mío propio, para buscar mi propia liberación. Cada cual seguirá su camino, y nunca volveremos a encontrarnos. ¡Buenas noches!

Magdalena se echó en su cama y hundió el rostro en la almohada. Durante toda la noche mordió las sábanas para no gritar y llorar, temerosa de que la oyera el hombre que dormía junto al fuego, de que se asustara y se fuera. Magdalena escuchó toda la noche la respiración apacible del joven, semejante a la de una criatura que ha mamado hasta saciarse. Permaneció despierta, lanzando por lo bajo prolongados y tiernos sollozos que ascendían desde el fondo de su ser. Diríase que velaba su sueño como una madre.

Al despuntar el día vio a través de sus párpados entreabiertos que el joven se levantaba, se ajustaba el ceñidor de cuero y abría la puerta. Entonces el hijo de María se detuvo. Quería y no quería partir al mismo tiempo. Se volvió, miró el lecho, avanzó un paso con indecisión, se acercó y se inclinó. Aún no había mucha claridad en la habitación. Se inclinó como si quisiera ver a la mujer, tocarla. Llevaba la mano izquierda dentro del ceñidor y la derecha en la barbilla.

La mujer acostada, inmóvil, con el pecho desnudo cubierto por sus cabellos, lo miraba a través de sus pestañas y todo su cuerpo temblaba.

Los labios del joven se movieron levemente:

—María…

Pero al oír su propia voz, se aterrorizó. Llegó de un salto al umbral, cruzó presurosamente el patio, descorrió el cerrojo de la puerta…

Entonces María Magdalena se incorporó bruscamente en el lecho, arrojó las sábanas y se echó a llorar.

VIII

El Monasterio estaba del otro lado del lago de Genezaret, enclavado en medio de rocas rojas y cenicientas, construido con piedras rojas y cenicientas y encaramado en el desierto, como un nido de águilas. Era medianoche. Las aguas caían del cielo no en gotas sino en ríos. Las hienas, los lobos, los chacales y, más lejos, una pareja de leones, rugían, aterrorizados por los truenos ininterrumpidos. El Monasterio, sepultado en una oscuridad impenetrable, parecía parcialmente iluminado de vez en cuando por los relámpagos. Hubiérase dicho que el Dios del monte Sinaí lo azotaba. Los monjes, prosternados con el rostro en tierra en sus celdas, rogaban a Adonay que no inundara la tierra por segunda vez. ¿No había acaso empeñado su palabra al patriarca Noé? ¿No había acaso tendido el arco iris desde la tierra hasta el cielo en signo de reconciliación? En la celda del higúmeno[1] brillaba el candelabro de siete brazos. Joaquín, el higúmeno, estaba sentado en la alta silla de ciprés del coro, delgado, jadeante, con los brazos en cruz y los ojos cerrados; su barba blanca caía majestuosamente y el anciano escuchaba. Escuchaba a Juan, joven novicio que, en pie frente a él y ante un facistol, le leía al profeta Daniel.

«Contemplaba yo en mi visión durante la noche lo siguiente: los cuatro vientos del cielo agitaron el mar grande, y cuatro bestias enormes, diferentes todas entre sí, salieron del mar. La primera era como un león con alas de águila. Mientras yo la miraba, le fueron arrancadas las alas, fue levantada de la tierra, se incorporó sobre sus patas como un hombre, y se le dio un corazón de hombre. A continuación, otra segunda bestia, semejante a un oso, levantada de un costado, con tres costillas en las fauces, entre los dientes. Y se le decía: "Levántate, devora mucha carne." Después, yo seguía mirando y vi otra bestia como un leopardo con cuatro alas de ave en su dorso; la bestia tenía cuatro cabezas, y se le dio el dominio...

El novicio se detuvo, se volvió inquieto y miró al higúmeno. Ya no lo oía suspirar ni clavar las uñas con angustia en la madera de la silla; ni siquiera oía su respiración. ¿Estaba muerto? Hacía muchos días que se negaba a probar todo alimento: estaba encolerizado contra Dios y ansiaba morir; ansiaba morir, según declaró a los monjes, para que su alma, descargada del peso del cuerpo, pudiera ascender al cielo en busca de Dios. El higúmeno Joaquín tenía motivos de queja contra Dios. Era preciso que le viera, que le hablara. Pero el cuerpo es de plomo y le impedía ascender; por eso había decidido deshacerse de él, abandonarlo aquí abajo, en la tierra, para que él, el verdadero Joaquín, pudiera subir al cielo y presentar sus quejas a Dios. Dios tenía una deuda con él. ¿No era él uno de los Padres de Israel? El pueblo poseía, es verdad, una boca, pero no poseía voz, y por ello no podía alzarse ante Dios para contarle su pena. Pero él, Joaquín, podía y debía hacerlo.

El novicio lo miró. A la luz del candelabro, la cabeza del higúmeno, estragada como una madera vieja roída por los gusanos, curtida por el sol y los ayunos, se asemejaba a los cráneos de las fieras, lavados por las lluvias, que las caravanas suelen encontrar en el desierto. ¡Cuántas visiones había tenido aquel cerebro,

[1] Equivalente a abad de un monasterio en la Iglesia ortodoxa. (NT)

cuántas veces los cielos se habían abierto ante él y cuántas se habían abierto los abismos del Infierno! Su cerebro era una escala de Jacob por la que ascendían y descendían todas las angustias y esperanzas de Israel.

El higúmeno abrió los ojos. Vio al novicio frente a él, lívido. A la luz de la lámpara, el rubio terciopelo de sus mejillas cobraba un reflejo pálido, virginal; sus grandes ojos se desbordaban de turbación, de angustia.

El rostro austero del higúmeno se suavizó. Amaba mucho a aquel joven espigado. Se lo había arrancado a su padre, el viejo Zebedeo, para llevarlo al Monasterio y entregarlo a Dios. Amaba la sumisión de aquel rebelde, sus labios que callaban y sus ojos insaciables, su dulzura y su ardor. «Un día será él —pensaba— quien hable con Dios. Él logrará lo que yo no pude y transformará en alas las dos llagas que llevo en los hombros. Yo no he podido subir vivo a los cielos, pero él lo logrará.»

Un día Juan había ido con sus padres al Monasterio para festejar la fiesta de Pascua. El higúmeno era un pariente lejano de Zebedeo y recibió a los visitantes alegremente, sentándolos a su mesa. Mientras comían, Juan, que apenas tenia dieciséis años, sintió, cuando estaba inclinado, que la mirada del higúmeno caía sobre su coronilla, separaba los huesos y penetraba en su cerebro por las coyunturas del cráneo. Se aterrorizó y alzó los ojos; las dos miradas se encontraron por encima de la mesa pascual... Desde aquel día su barca de pesca y hasta el lago de Genezaret le habían resultado demasiado pequeños y suspiraba y se consumía. Un día el viejo Zebedeo se impacientó y acabó por decirle: «No tienes la cabeza puesta en la pesca. Piensas en Dios. Ve, pues, al Monasterio. Tenía dos hijos y Dios quiso repartírselos conmigo. Pues bien, ¡repartámoslos!... ¡Perdonémosle sus caprichos!»

El higúmeno veía ahora al joven, enmudecido ante él; quería regañarle pero, al mirar su rostro, se suavizó.

—¿Por qué te detuviste, hijo mío? —le preguntó—. Abandonaste la visión por la mitad. No hay que hacer eso, pues es un profeta y le debemos respeto.

El joven se ruborizó, desplegó el manuscrito de cuero sobre el facistol y reanudó la lectura con voz monótona y salmodiando:

«Después seguí mirando, en mis visiones nocturnas, y vi una cuarta bestia, terrible, espantosa, extraordinariamente fuerte; tenía enormes dientes de hierro; comía, trituraba, y lo sobrante lo pisoteaba con sus patas. Era diferente de las bestias anteriores y tenía diez cuernos...»

—¡Detente, es suficiente! —gritó el higúmeno.

El joven se espantó al oír aquella voz. El texto sagrado rodó por las baldosas del piso. Lo recogió, posó en él los labios y fue a colocarse en un rincón, con los ojos fijos en el anciano. Este, con las uñas clavadas en la madera de la silla, gritaba:

—Todo lo que profetizó Daniel ha ocurrido. Las cuatro bestias pasaron por encima de nosotros. El león con alas de águila pasó sobre nosotros y nos desgarró. El oso que se alimenta con la carne de los hebreos pasó sobre nosotros y nos devoró. El leopardo de cuatro cabezas pasó sobre nosotros y nos mordió en el este y en el oeste, en el norte y en el sur de nuestras tierras. La bestia infame de dientes de hierro y diez cuernos está al acecho sobre nosotros; aún no pasó y ni siquiera se puso en movimiento. Nos enviaste, Señor, todas las ignominias y

todos los espantos que nos habías prometido en tus profecías... ¡y es justo que así sea! Pero también nos profetizaste el bien, ¿por qué no lo envías? ¿Por qué eres tan avaro? Nos has dado las desgracias con munificencia. ¡Danos también tus gracias! ¿Dónde está, Señor de las Naciones, el Hijo del hombre que nos prometiste? ¡Lee, Juan!

El joven abandonó el rincón en que estaba con el manuscrito sobre el pecho, se acercó al facistol y reanudó la lectura. Pero ahora su voz se había vuelto salvaje, como la del anciano:

«Yo seguía contemplando en las visiones de la noche: y he aquí que en las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia. A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás.»

El higúmeno no podía contenerse. Abandonó la silla, avanzó un paso y luego otro hasta llegar al facistol; tropezó y estaba a punto de caer cuando pudo apoyar pesadamente la mano en el manuscrito sagrado, manteniendo así el equilibrio.

—¿Dónde está el Hijo del hombre que nos prometiste? Lo dijiste ¿sí o no? No puedes negarlo. ¡Está escrito aquí!

—Golpeaba con cólera y júbilo las profecías—: ¡Está escrito aquí! ¡Relee el pasaje, Juan!

Pero el novicio no tuvo tiempo de hacerlo. El higúmeno tenía prisa; le arrancó el texto de las manos, lo alzó para ponerlo bajo la luz y comenzó, sin mirarlo, a gritar con voz triunfal:

«A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás.»

Dejó el manuscrito abierto sobre el facistol. Se acercó a la ventana para contemplar la noche.

—¿Dónde está el Hijo del hombre? —miraba la noche y gritaba—. ¡Ya no te pertenece, es nuestro, puesto que nos lo prometiste! ¿Dónde está para que le otorgues el poder, la realeza y la gloria, para que tu pueblo, el pueblo de Israel, gobierne el universo? Nuestras nucas se hallan entumecidas a fuerza de mirar el cielo y de esperar que se abra. ¿Cuándo? ¿Cuándo? Sí, ¿por qué nos dices siempre lo mismo? Ya lo sabemos: un instante para ti equivale a mil años del hombre. Sí, pero si eres justo, Señor, mide el tiempo con la medida humana y no con tu propia medida. ¡Eso sería lo justo!

Acercóse aún más a la ventana, pero las rodillas se le doblaban. Se detuvo y extendió los brazos hacia adelante, como si quisiera apoyarse en el aire. El joven corrió a sostenerlo, pero el higúmeno se encolerizó y le indicó con una señal que no lo tocara. Reunió todas sus fuerzas, llegó hasta la ventana y se apoyó en ella. Alargó el cuello y miró. Las tinieblas y los relámpagos iban desapareciendo poco a poco, pero la lluvia continuaba cayendo en los peñascos que flanqueaban el Monasterio produciendo un estrépito ensordecedor. Cada vez que el resplandor de un relámpago las iluminaba, las higueras parecían retorcerse y metamorfosearse en un ejército de lisiados que alzaban hacia el cielo sus muñones leprosos.

El higúmeno se concentró y escuchó. Volvió a oír a lo lejos los rugidos de las fieras del desierto. No tenían hambre sino miedo. Por encima de ellas había un animal que lanzaba aullidos y se acercaba en la oscuridad envuelto en un torbellino de fuego y de viento... Y mientras el higúmeno escuchaba los ruidos del desierto, se sobresaltó. Se volvió y miró: ¡algún ser invisible acababa de entrar en su celda! Las siete llamas del candelabro vacilaron y estuvieron a punto de apagarse, y las nueve cuerdas del arpa, que reposaba en un rincón, vibraron como si una mano invisible, frenética, las hubiera asido para romperlas. El higúmeno se puso a temblar.

—¡Juan! —dijo en voz baja al tiempo que miraba a su alrededor—. Juan, ven a mi lado.

El joven salió precipitadamente de su rincón y se acercó al higúmeno.

—Ordena, padre —dijo, y puso una rodilla en tierra para prosternarse.

—Ve a llamar a los monjes, Juan. Debo hablarles antes de partir.

—¿Antes de partir, padre? —dijo el joven estremeciéndose; tras el anciano percibió dos grandes alas negras que batían.

—Parto —dijo el higúmeno y súbitamente su voz pareció proceder del más allá—, ¡parto! ¿Has visto cómo vacilaban las siete llamas, prontas a evadirse de las mechas? ¿Has oído cómo vibraban las nueve cuerdas del arpa, prontas a romperse? Parto, Juan. Ve a llamar a los monjes, pues quiero hablarles.

El joven bajó la cabeza y desapareció. El higúmeno permaneció de pie en el centro de la celda, bajo el candelabro de siete brazos. Ahora se hallaba solo con Dios. Podía hablarle libremente pues ningún ser humano le oiría. Alzó tranquilamente la cabeza: sabía que Dios estaba frente a él.

—Voy —le dijo—, voy. ¿Por qué entras en mi celda e intentas apagar la luz, romper el arpa y llevarme contigo? Voy, y no sólo por tu voluntad sino también por la mía. Voy y llevo en las manos las tablas donde están escritos los reproches del pueblo. Quiero verte y hablar contigo. Ya lo sé, tú no oyes, simulas no oír; pero yo golpearé a tu puerta hasta que me abras. Y si tú no me abres, y ahora te hablaré con libertad puesto que aquí no hay nadie que pueda oírme, si tú no me abres, ¡echaré abajo tu puerta! Eres feroz y amas a los seres feroces. Sólo a los seres feroces llamas hijos tuyos. Hasta ahora nos prosternábamos, llorábamos, decíamos: ¡hágase tu voluntad! Pero ya no resistimos más, Señor. ¿Hasta cuándo hemos de esperar? Eres feroz, amas a los seres feroces y nos convertiremos en seres feroces. ¡Que se haga por una vez nuestra voluntad!

El higúmeno hablaba y aguzaba el oído; alargaba el cuello en el vacío, para oír. Pero la lluvia se había calmado y los truenos se alejaban; estallaban ensordecidos a los lejos, por el lado del desierto. Encima de la cabeza blanca del anciano ardían las siete llamas, inmóviles.

El "higúmeno calló y esperó. Esperó durante largo rato que las llamas volvieran a moverse y el arpa a estremecerse. Pero nada ocurría. El anciano sacudió la cabeza:

—Maldito sea el cuerpo del hombre —murmuró—. Se interpone y no deja que el alma vea y oiga al Invisible. ¡Hazme morir, Señor, para que pueda presentarme ante ti desembarazado del tabique de la carne, para que te oiga cuando tú me hables!

Durante aquel tiempo la puerta de la celda se había abierto sin ruido. Los monjes entraban en fila. Iban vestidos de blanco, como fantasmas, y el sueño aún pesaba sobre sus párpados. Se colocaron de espaldas al muro y esperaron. Habían oído las últimas palabras del higúmeno y se les había helado la sangre en las venas: «¡Habla con Dios, le hace reproches a Dios! ¡Ahora caerá el rayo sobre nosotros!», Pensaban. Esperaban, temblorosos.

El higúmeno miraba, pero sus ojos no veían; estaban fijos en otra parte. El novicio se acercó a él y se prosternó.

—Padre —le dijo en voz baja para no irritarle—, padre, aquí están.

El higúmeno oyó la voz de su discípulo, se volvió y los vio. Dejó el centro de la celda, marchando lentamente y manteniendo tan derecho como podía su cuerpo moribundo. Llegó a la silla, subió al peldaño bajo y se detuvo. De su brazo se soltó el amuleto que llevaba inscriptas las palabras sagradas. El novicio corrió para impedir que se mancillara tocando el suelo. Con un lento ademán, el higúmeno tomó el cayado sacerdotal de empuñadura de marfil, que estaba junto a la silla. Parecía haber recobrado las fuerzas; alzó nerviosamente la cabeza y paseó la mirada por los monjes alineados contra la pared.

—Monjes —dijo—, debo hablaros. Esta será la última vez que os dirijo la palabra. ¡Abrid vuestros oídos y que se vaya el que tenga sueño! Lo que diré es difícil de comprender, y es preciso que todas vuestras esperanzas y todos vuestros temores se despierten, agucen el oído y respondan.

—Escuchamos, santo higúmeno —dijo el más viejo del grupo, el padre Habacuc, llevándose la mano al corazón.

—He aquí mis últimas palabras, monjes. Tenéis la cabeza dura y os hablaré valiéndome de parábolas.

—Escuchamos, santo higúmeno —repitió el padre Habacuc.

El higúmeno inclinó la cabeza y comenzó a hablar más bajo:

—¡Primero batieron las alas y enseguida se presentó el ángel! —dijo. Hizo una pausa, miró entre los párpados, uno a uno, a los monjes y sacudió la cabeza.

—¿Por qué me miráis con la boca abierta, monjes? Has alzado la cabeza, tus labios se movieron. ¿Tienes que hacer alguna objeción, padre Habacuc?

El monje se llevó la mano al corazón y dijo:

—Dijiste: «Primero batieron las alas y enseguida se presentó el ángel.» Jamás hemos visto esta frase en las Escrituras, santo higúmeno.

—¿Cómo habría de verla, padre Habacuc? ¡Ay, vuestro cerebro es torpe! Abrís los libros de los profetas y vuestros ojos no pueden leer más que letras. Pero, ¿qué pueden decir las letras? Son las negras rejas de la prisión donde el espíritu se asfixia y clama. Entre las letras y las líneas y alrededor de los blancos márgenes, circula libremente el espíritu. Yo vuelo con él y os traigo la gran nueva: ¡monjes, primero batieron las alas y enseguida se presentó el ángel!

El padre Habacuc dijo entonces:

—Nuestro espíritu es una lámpara apagada, santo higúmeno.

¡Enciéndela, haznos comprender la parábola, ábrenos los ojos!

—En el comienzo, padre Habacuc, fue la pasión de la libertad; la libertad no existía pero de pronto, desde el fondo de la servidumbre, un hombre agitó los

brazos cargados de cadenas, nerviosa, violentamente, como si fueran alas. Luego otro hizo lo propio, y luego otro hasta que todo el pueblo lo imitó.

Oyéronse voces alegres que preguntaban:

—¿El pueblo de Israel?

—¡El pueblo de Israel, monjes! Y he aquí el grande, el terrible momento que vivimos: ¡la pasión de la libertad se desencadenó y las alas se echaron a batir frenéticamente! ¡El liberador llega! ¡El liberador llega, monjes! Pues, ¿de qué creéis que esté hecho ese ángel de la libertad? ¿De la condescendencia y de la misericordia de Dios? ¿De su amor? ¿De su justicia? ¡No! ¡Está hecho de la paciencia, de la obstinación y de la lucha del hombre!

—Confías al hombre, santo higúmeno —intentó replicar el padre Habacuc—, una abrumadora responsabilidad, un peso insoportable. ¿Tienes tanta confianza en él?

Pero el higúmeno ignoró la observación de Habacuc; su espíritu continuaba concentrado en el Mesías.

—Es uno de nuestros hijos —gritó—. ¡Por eso las Escrituras le llaman Hijo del hombre! ¿Por qué, según vosotros, durante generaciones y generaciones se unieron millares de hombres y mujeres de Israel? ¿Para dar satisfacción a sus muslos, para regocijar su vientre? No. ¡Esos millares y millares de hombres copulan para que nazca el Mesías!

El higúmeno golpeó viva y violentamente el suelo con el cayado.

—¡Permaneced vigilantes, monjes! Puede llegar a mediodía, puede llegar en medio de la noche. Estad siempre prontos, lavados, en ayunas, despiertos. ¡Desgraciado de aquél a quien encuentre sucio, dormido o saciado!

Los monjes se apretaron unos contra otros; no se atrevían a mirar a la cara del higúmeno, pues sentían que su cabeza despedía llamas salvajes.

El moribundo descendió de la silla y, avanzando con paso firme, se acercó al rebaño de padres aterrorizados y los tocó uno por uno con el cayado sacerdotal.

—¡Permaneced vigilantes, monjes! —gritó—. ¡Si la pasión cede, aunque sea por un instante, las alas se transforman en cadenas! ¡Velad, luchad, mantened día y noche la antorcha de vuestra alma encendida! ¡Batid el aire con vuestras alas, martilladlo! Yo llevo prisa y me voy, voy a hablar con Dios. Me voy, y estas son mis últimas palabras: ¡batid el aire con vuestras alas, martilladlo!

Súbitamente se le cortó el aliento. El cayado resbaló de sus manos y suave, delicadamente, el anciano cayó de rodillas y rodó sin hacer ruido por las baldosas. El novicio lanzó un grito y corrió en auxilio del higúmeno. Los monjes se agitaron, se inclinaron y lo tendieron sobre las baldosas; bajaron el candelabro de siete brazos y lo colocaron junto al rostro lívido e inmóvil. Su barba resplandecía y la túnica blanca se abrió y dejó ver la sotana áspera provista de ganchos de hierro puntiagudos, que envolvía el pecho y los lomos ensangrentados del anciano.

El padre Habacuc colocó la mano sobre el corazón del higúmeno y dijo:

—Está muerto.

—Se ha liberado —dijo otro.

—Las dos amigas se separaron para volver cada cual a su dominio: la carne a la tierra, el alma a Dios —dijo otro.

Y mientras hablaban y se disponían a calentar agua para lavarle, abrió los ojos. Los monjes retrocedieron despavoridos y lo miraron. Su rostro refulgía, sus manos alargadas y finas se movieron y sus ojos se clavaron extasiados en el vacío.

El padre Habacuc se arrodilló y volvió a colocar la mano sobre el corazón del higúmeno.

—Late —murmuró—. No está muerto.

Se volvió hacia el novicio, que había caído a los pies del anciano y los besaba.

—Levántate, Juan —dijo—. Monta el camello más rápido y corre a Nazaret en busca del anciano Simeón, el rabino. El le curará. ¡Corre, que ya nace el día!

El día nacía, en efecto. Las nubes se habían dispersado, la tierra brillaba, recién lavada, saciada y miraba al cielo con gratitud. Dos gavilanes remontaron el vuelo y comenzaron a formar círculos sobre el Monasterio para secarse las alas.

El novicio se enjugó los ojos, eligió en la cuadra el camello más rápido, un camello joven y delgado que lucía una estrella blanca en la frente, lo hizo arrodillar, lo montó y lanzó un grito modulado: el camello se levantó y se echó a correr velozmente hacia Nazaret.

La mañana brillaba sobre el lago de Genezaret, cuyas aguas centelleaban bajo el sol matinal, fangosas en las orillas a causa de las tierras arrastradas por la lluvia de la noche; más allá verdeazuladas y más lejos aún blancas como la leche. Las barcas habían desplegado las velas mojadas para que se secaran. Otras ya se habían alejado de la costa. Algunas aves marinas blancas y rosadas se mecían voluptuosamente sobre las aguas estremecidas y algunos cormoranes negros posados en los peñascos clavaban la mirada, serena en el agua a la espera de que un pez saltara de alegría para jugar con la espuma. En la orilla, Cafarnaum se despertaba, húmeda. Los gallos batían las alas, oíase rebuznar a los asnos y los terneritos mugían tiernamente. Entre aquellas voces dispares, las palabras uniformes de los hombres daban a la atmósfera una nota de seguridad y dulzura.

En una ensenada aislada, una decena de pescadores, con los pies firmemente asentados en los guijarros, canturreaban al tiempo que recogían lenta, concienzudamente, las redes. Vigilaba aquel trabajo el viejo Zebedeo, el patrón, hombre hablador y astuto. Simulaba amarlos a todos como a hijos y compadecerlos, pero en realidad no les permitía siquiera tomar aliento. Trabajaban para él por días y el codicioso anciano no permitía que sus brazos descansaran un solo instante.

Oyóse el tintineo de una esquila y pronto el rebaño de cabras y de carneros descendió hacia la orilla del lago. Los perros ladraron y alguien silbó. Los pescadores se volvieron, pero el viejo Zebedeo intervino:

—¡Es Felipe, muchachos! ¡Vendrá con sus cuentos de siempre! —dijo irritado—. ¡Nosotros, ocupémonos de nuestros asuntos!

El mismo tomó la soga para simular que ayudaba.

Los pescadores salían ininterrumpidamente de la aldea con las redes a la espalda. Tras ellos, las mujeres llevaban en equilibrio sobre las cabezas las provisiones del día. Los muchachos, quemados por el sol, ya habían cogido los remos y mordisqueaban, cada dos o tres golpes de remo, el pan seco. Felipe

apareció sobre una roca y silbó. Tenía deseos de hablar, pero el viejo Zebedeo se enfadó y poniéndose las manos en la boca a modo de corneta, gritó:

—¡Estamos trabajando, Felipe! ¡Sé amable y vete! —y le volvió la espalda—. Allá, algo más lejos, está Jonás, que echa sus redes. Que vaya a charlar con él. ¡Nosotros, muchachos, dediquémonos a nuestro trabajo! —Tomó un nudo de la soga para tirar de ella.

Los pescadores volvieron a entonar el canto triste y monótono de su oficio. Todos tenían los ojos clavados en las calabazas rojas que servían de boyas y que iban acercándose gradualmente. Pero en el momento en que iban a sacar a la orilla la bolsa de la red, llena de peces, oyóse a lo lejos un prolongado rumor que ascendía desde todas partes de la llanura. Eran voces penetrantes que parecían entonar un canto fúnebre. El viejo Zebedeo aguzó, raudo, el oído. Los pescadores aprovecharon la ocasión y se detuvieron.

—¿Qué ocurre, muchachos? Es una lamentación. Las mujeres entonan un canto fúnebre —dijo Zebedeo.

—Algún poderoso habrá muerto. Que Dios te conserve la vida, patrón —le respondió un viejo pescador.

Pero el viejo Zebedeo ya había trepado a una roca y sus ojos de ave de rapiña recorrieron la llanura. Vio a hombres y mujeres que corrían por los campos, que caían, se levantaban y se lamentaban. La aldea comenzó a alborotarse; pasaban mujeres que se arrancaban los cabellos y, tras ellas, desfilaban hombres silenciosos y con la cabeza gacha.

—¿Qué ocurre, muchachos? —gritó el viejo Zebedeo—. ¿Adónde vais? ¿Por qué lloran las mujeres?

Pero los otros continuaban su camino y ganaban presurosamente las eras, sin responderle.

—¿Adónde vais? ¿Quién murió? —gritó Zebedeo, agitando los brazos—. ¿Quién murió?

Un hombrecillo rechoncho se detuvo, sofocado, y respondió:

—¡El trigo!

—¡No digas necedades! Soy el viejo Zebedeo y no me gustan las bromas. ¿Quién murió?

—¡El trigo, el centeno, el pan! —le respondieron gritos desde todas partes.

El viejo Zebedeo se quedó con la boca abierta. De pronto descargó un golpe sobre el muslo: había comprendido.

—¡El diluvio arrastró la cosecha que estaba en las eras! —murmuró—. ¡A los pobres sólo les quedan los ojos para llorar!

Los gritos cubrían ahora toda la llanura. Los habitantes de la aldea salían de las casas, las mujeres se arrojaban al suelo en las eras, rodaban por el fango y se afanaban por recoger en los charcos y en los arroyuelos el poco trigo y centeno que se había depositado en ellos. Los pescadores sentían calambres en los brazos y les faltaban energías para recoger las redes. El viejo Zebedeo se enfureció al ver que también ellos miraban hacia la llanura con los brazos caídos.

—¡Ocupémonos de nuestro trabajo, muchachos! —gritó al tiempo que bajaba del peñasco—. ¡Arriba! —Volvió a coger la soga y aparentó tirar de ella—.

Nosotros somos pescadores, gracias a Dios, y no labradores. ¡Aunque venga otro diluvio, los peces saben nadar y no se ahogarán! ¡Dos y dos son cuatro!

Felipe abandonó su rebaño y avanzó saltando de roca en roca. Tenía deseos de charlar.

—¡Es un nuevo diluvio, muchachos! —gritó—. Deteneos, en nombre del cielo, para que podamos hablar. ¡Esto es el fin del mundo! Contad las catástrofes: anteayer crucificaron al zelote, que era nuestra gran esperanza; ayer Dios abrió las esclusas del cielo, justamente en el momento en que las eras estaban llenas, y nos hemos quedado sin pan; y no hace mucho tiempo una de mis ovejas parió un cordero con dos cabezas... Esto es el fin del mundo, os lo digo. ¡Dejad vuestro trabajo, por amor de Dios, para que podamos charlar un momento!

El viejo Zebedeo se puso frenético y la sangre afluyó a su rostro:

—¿Nos dejarás tranquilo, Felipe? —gritó—. ¿No ves que estamos trabajando? Nosotros somos pescadores y tú eres pastor. Que lloren los labradores. ¡Al trabajo, muchachos!

—¿Y no te apiadas, viejo Zebedeo, de los campesinos que van a morir de hambre? —respondió el pastor—. También ellos son israelitas, ¿no es cierto? Son nuestros hermanos y todos no formamos más que un solo árbol, del cual, créeme, los labradores son las raíces. Si éstas se secan, todos nos secaremos... Mira, además hay un problema, viejo Zebedeo: si el Mesías llega y nos encuentra a todos muertos, ¿a quien ha de salvar?, dímelo.

El viejo Zebedeo resoplaba de rabia. Si le hubieran apretado las narices, habría estallado.

—Vaya, si tú crees en Dios sigue con tus cuentos, pero yo ya estoy harto de oír hablar de mesías. Llega uno y lo crucifican, llega otro y también lo crucifican. ¿Sabes lo que Andrés le ha dicho a su padre Jonás? Que dondequiera que uno vaya, dondequiera que uno se detenga, hay una cruz, y que los calabozos están llenos de mesías... Eh, ya estamos hartos de esas historias, y no necesitamos para nada tantos mesías; nos fastidian. Ve a traerme un queso y yo te daré algunos peces. Toma y daca... ¡eso es para mí el Mesías!

Se echo a reír y se volvió hacia sus hombres:

—¡Apresurémonos, muchachos! ¡Encended el fuego para poner a cocer la sopa de pescado! El sol ha subido un metro y ya es hora de comer.

Pero cuando Felipe se disponía a ir a reunirse con su rebaño, vio aparecer en el sendero estrecho que abrazaba el lago, bordeando la orilla, un asno muy cargado y, tras él, un hombre de talla gigantesca; iba con los pies descalzos y el pecho descubierto y era pelirrojo. Empuñaba un cayado ahorquillado y aguijaba a la bestia. Tenía prisa.

—¡Creo que es Judas Iscariote, el mismísimo diablo! —dijo el pastor—. Vuelve a realizar sus giras habituales por las aldeas para fabricar azadas y herrar mulos. Veamos qué noticias trae.

—¡Maldito sea! —murmuró el viejo Zebedeo—. No me gusta. Al parecer, su ancestro Caín tenía una barba parecida a la suya.

—El pobre nació en el desierto de Idumea, donde aún rondan los leones. No hay que tenerle ojeriza —dijo Felipe. Se llevó dos dedos a la boca y comenzó a silbar al herrero.

—¡Bienvenido, Judas! —gritó—. ¡Ven aquí que podamos echarte el ojo encima!

El pelirrojo escupió y soltó una blasfemia. No le resultaba más simpático Felipe, el pastor, que Zebedeo, el holgazán y explotador. Pero como eirá herrero y necesitaba trabajar para vivir, se acercó.

—¿Qué nuevas nos traes de las aldeas por donde has pasado? ¿Que ocurre en la llanura?

El pelirrojo cogió al asno por la cola y lo obligó a detenerse.

—¡Todo marcha a las mil maravillas! El Señor desborda de misericordia, ama a su pueblo... ¡alabado sea! —respondió con una risa seca—. En Nazaret, crucifica a los profetas, y envía el diluvio a la llanura arrebatando el pan a su pueblo. ¿No oís el lamento fúnebre que se eleva? Las mujeres lloran la pérdida del trigo como si fuera la de un hijo.

—Lo que Dios hace está bien hecho —replicó el viejo Zebedeo, furioso al ver que aquella charla interrumpía el trabajo de sus hombres—. Haga Dios lo que hiciere, yo tengo confianza en él. Dios me protege cuando todo el mundo se ahoga y yo soy el único que se salva. Dios también me protege cuando todo el mundo se salva y yo soy el único que se ahoga. Os digo que tengo confianza en él. Dos y dos son cuatro.

Al oír aquellas palabras, el pelirrojo olvidó que debía trabajar para vivir, que no todos los días comía y que necesitaba a aquellos hombres. Poseído por el furor, no midió sus palabras:

—Tú tienes confianza, viejo Zebedeo, porque el Todopoderoso soluciona tus problemitas. Claro que posees cinco barcas, tienes cincuenta pescadores que te sirven como esclavos, les das de comer sólo lo necesario para que no mueran de hambre y tengan energías para trabajar para ti, al tiempo que vas llenando día a día tus cofres, tu vientre y tu despensa. Entonces alzas tus brazos al cielo y dices: «¡Dios es justo y yo tengo confianza en él! ¡El mundo está bien hecho, espero que nunca cambie!» ¡Pero pregunta al zelote crucificado anteayer por qué luchaba para liberarnos, pregunta a los campesinos a quienes Dios ha arrebatado en una sola noche el trigo de todo el año, que se revuelcan por el fango, que lo recogen grano a grano y que lloran, pregúntame a mí, que recorro las aldeas, que veo y oigo el sufrimiento de Israel! ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Jamás te preguntaste esto en tu vida, viejo Zebedeo?

—Para serte franco, en quien no tengo confianza es en los pelirrojos. Tú eres de la raza de Caín, que mató a su hermano. ¡Y ahora vete! ¡No tengo deseos de discutir contigo! —le respondió el viejo Zebedeo y le volvió la espalda.

El pelirrojo descargó un bastonazo en el anca del asno, que se encabritó y partió al galope.

—No te preocupes —murmuró—, viejo parásito. Vendrá el Mesías y te arreglará las cuentas.

Una vez que hubo bordeado los peñascos, se volvió para gritar:

—Ya volveremos a hablar, viejo Zebedeo. El Mesías vendrá un día, ¿no es cierto? Vendrá. Y entonces pondrá a todos los pillos en su lugar. Tú no eres el único que tiene confianza. ¡Hasta la vista, patrón, hasta el día del juicio!

—¡Que el diablo te acompañe, pelirrojo! —le respondió Zebedeo. Acababa al fin de aparecer la bolsa de la red, repleta de doradas y de pajeles.

Felipe estaba aún entre ambos, indeciso. Las palabras de Judas eran justas, valerosas. Con frecuencia él también sentía deseos de lanzárselas a la cara, de cantarle cuatro verdades a aquel viejo codicioso, pero siempre le faltaba valor. Aquel incrédulo era un gran propietario, poderoso tanto en la tierra como en el agua, y todas las praderas adonde Felipe llevaba a pacer sus carneros y cabras le pertenecían. ¿Cómo enemistarse con él?

Hubiera sido preciso ser un loco o un héroe, y Felipe no era una cosa ni otra; era hablador y fanfarrón pero prudente.

Había callado, pues, mientras los otros dos disputaban, estaba aún avergonzado e indeciso. Los pescadores ya habían recogido las redes y se inclinó con ellos para ayudarles a llenar los cestos. El viejo Zebedeo se metía también en el agua hasta la cintura; reinaba sobre los peces y sobre los hombres.

Pero mientras todos se extasiaban ante los cestos desbordantes, la poderosa voz ronca del pelirrojo resonó repentinamente desde el peñasco de enfrente:

—¡Eh, viejo Zebedeo!...

Zebedeo aparentó no oír. La voz rugió de nuevo:

—¡Eh, viejo Zebedeo! ¡Un buen consejo: ve a buscar a tu hijo Santiago!

:—¡Santiago! —gritó el viejo, turbado; lo de Juan, su hijo menor no tenía remedio, y lo había perdido. Ahora no quería perder al otro. No tenía más hijos y los necesitaba para su trabajo—. ¡Santiago! —repitió, inquieto—. ¿Qué sabes de Santiago, maldito pelirrojo?

—¡Lo vi en el camino charlando y conspirando con el crucificador!

—¿Qué crucificador, maldito? Habla claramente.

—El hijo del carpintero, el que fabrica cruces en Nazaret para crucificar a los profetas... Pobre Zebedeo, la cosa está clara, has perdido también a tu otro hijo. ¡Tenías dos hijos: uno te lo quitó Dios y el otro el diablo!

El viejo Zebedeo se quedó con la boca abierta. Un pez volador saltó fuera del agua y revoloteó sobre su cabeza para volver a sumergirse en el lago.

—¡Mal presagio! ¡Mal presagio! —murmuró el viejo poseído del terror—. ¿También desaparecerá mi hijo como ese pez volador que se perdió en las aguas profundas?

Se volvió hacia Felipe:

—¿Viste el pez volador? —preguntó—. Nada de lo que ocurre en el mundo deja de tener su significado. ¿Qué sentido crees que tiene esta señal? Vosotros los pastores...

—Si se hubiera tratado de un lomo de cordero, te diría el sentido de la señal, viejo Zebedeo, pero los peces no son mi especialidad —respondió Felipe con aspereza. Estaba furioso porque no tenía el valor de hablarle como un hombre, como había hecho Judas—. Voy a buscar mis animales —dijo. Colgó el cayado del hombro y corrió, saltando de roca en roca, para alcanzar a Judas.

—¡Espera, hermano! —gritó—. Quiero hablar contigo.

—Vete, cobarde —le respondió el pelirrojo, sin volverse—, vete con tus cabras y tus carneros y no vengas a mezclarte con los hombres. ¡Y no me llames hermano porque no soy tu hermano!

—¡Te digo que esperes! Debo hablarte; no te enfades.

Judas se detuvo y le miró con desprecio:

—¿Por qué no abriste la boca cuando le canté las cuatro verdades a Zebedeo? ¿Por qué le temes? ¿Siempre tendrás miedo? ¿Aún no te has dado cuenta de lo que está ocurriendo, no comprendes quién llega, no entiendes adonde vamos? ¡Se acerca el. momento, desgraciado, en que el rey de los hebreos ha de venir con toda su gloria! ¡Desgraciados los cobardes!

—Judas —dijo Felipe en tono de súplica—, continúa injuriándome, alza tu bastón y descárgalo sobre mi cuerpo. Quizás así me devuelvas el amor propio, yo también estoy harto de sentir miedo.

Judas se acercó a él lentamente y lo tomó del brazo:

—¿Tus palabras brotan del fondo de tu corazón, Felipe, o no son más que palabras vanas que se esfuman en el aire?

—Estoy harto, te lo repito. Hoy mi corazón me ha asqueado. Marcha delante y muéstrame el camino, Judas. Estoy dispuesto a seguirte.

El pelirrojo miró a su alrededor y bajó la voz:

—¿Eres capaz de matar, Felipe?

—¿A un hombre?

—A un hombre, desde luego. ¿Qué creías, que se trataba de matar carneros?

—No maté a ningún hombre, pero me parece que debo ser capaz de hacerlo. En la ultima luna derribé a un toro y lo maté sin ayuda de nadie.

—Matar a un hombre es más fácil. Únete a nosotros. „ Felipe se estremeció, comprendía.

—¿Tú eres de ésos, de los zelotes? —preguntó. El pánico invadió su rostro.

Había oído hablar con frecuencia de aquella cofradía terrible de los «Santos Asesinos», según se hacían llamar, que sembraba el terror desde el monte Hermón hasta el Mar Muerto, y aun más abajo, hasta el desierto de Idumea. Rondaban armados de barras de hierro, de sogas, de cuchillos y proclamaban: «No paguéis impuestos a los infieles; no tenemos más que un Señor, que es Adonay; matad a todo hebreo que pisotee la Ley Santa, que ría, hable o trabaje con los enemigos de nuestro Dios, los romanos. ¡Golpead, matad, abrid el camino por el que ha de marchar el Mesías! ¡Purificad el mundo, preparad los caminos, pues llega el Mesías!

Entraban en pleno día en las aldeas y en las ciudades; ellos mismos dictaban la sentencia y mataban a un traidor saduceo o a un sanguinario romano. Los propietarios, los sacerdotes, el alto clero temblaban ante ellos y los maldecían. Eran ellos quienes provocaban la rebelión que atraía a las tropas romanas, haciendo que a cada instante recomenzara la carnicería y corriera como un torrente la sangre de los hebreos.

—¿Tú eres de ésos, de los zelotes? —volvió a preguntar Felipe en voz baja.

—¿Te espanta, compañero? —dijo el pelirrojo con una risa despectiva—. No somos asesinos, no te atemorices. Luchamos por la libertad, para que nuestro

Dios salga de la esclavitud, para que nuestra alma salga de la esclavitud. En pie, Felipe; ha llegado la hora de demostrar si eres un hombre. Únete a nosotros. Pero Felipe permanecía con la cabeza baja. Se arrepentía de haber cedido al impulso de hablar de estas cosas con Judas. Las fanfarronadas estaban bien cuando uno las pronuncia comiendo y bebiendo sentado a una mesa con un amigo; estaba bien lanzarse a grandes discusiones, decir «haré esto y les demostraré aquello», pero cuidado, no convenía ir más lejos porque de lo contrario las cosas tomarían un mal cariz.

Judas se inclinaba ahora sobre él y le hablaba. ¡Cómo se había transformado su voz, con cuánta ternura su pesada mano acariciaba el hombro de Felipe!

—¿Qué es la vida de un hombre, Felipe? —le decía—. ¿Qué vale? No vale nada si no es libre. Te digo que luchamos por la libertad. Únete a nosotros.

Felipe callaba. ¡Si hubiera podido escaparse! Pero Judas lo tenía cogido por el hombro.

—Únete a nosotros; eres un hombre. Decídete. ¿Tienes un puñal?

—Sí.

—Consérvalo permanentemente en tu pecho, pues podrás necesitarlo en cualquier instante. Vivimos días difíciles, hermano. ¿No oyes que se acercan pisadas ligeras? Es el Mesías, y no ha de encontrar obstáculos en su camino. ¡El puñal es más útil que el pan! ¡Mírame!

Entreabrió el vestido. En el pecho negro, contra la piel, brillaba la hoja desnuda de un puñal beduino armado de doble filo.

—¡Hoy no lo he hundido en el corazón de un traidor por culpa de ese atolondrado de Santiago, hijo de Zebedeo! Ayer, antes de que yo partiera de Nazaret, la cofradía lo condenó a muerte...

—¿A quién?

—...y la suerte me eligió a mí para matarlo.

—¿A quién? —repitió Felipe, que había palidecido.

—Eso es cosa mía —respondió bruscamente el pelirrojo—. No te mezcles en nuestros asuntos.

—¿No confías en mí?

El pelirrojo paseó la mirada alrededor, bajó la cabeza y cogió a Felipe por el brazo:

—Escucha bien lo que te diré, Felipe. No digas de esto ni una palabra porque de lo contrario estarás perdido. Ahora me dirijo al Monasterio del desierto. Los monjes me llamaron para reparar sus herramientas. Dentro de algunos días, tres o cuatro, volveré a pasar por tu choza. Medita bien lo que hemos hablado, no digas nada, no reveles el secreto a nadie, decide tú solo. Y si eres hombre, si tomas la decisión que debes tomar, te diré a quién debemos matar.

—¿A quién? ¿Lo conozco?

—No te apresures tanto. Aún no eres de los nuestros.

Le tendió su manaza:

—Adiós, Felipe —dijo—. Hasta ahora tú no contabas absolutamente para nada y el mundo no sabía si vivías o no. Yo era así, un ser del todo insignificante,

hasta el día en que entré en la cofradía. Desde aquel día me convertí en otro hombre, me convertí en hombre. Ya no soy Judas el pelirrojo, el herrero, que trabaja como una bestia de carga y que no tiene más que una idea: cómo alimentar estos pies enormes, este vientre y esta bocaza sucia. Trabajo por una gran causa, ¿entiendes? Por una gran causa. Y el que trabaja por una gran causa, por miserable que sea, se hace grande también él. ¿Comprendes? No te digo más. ¡Adiós!

Arreó al asno y tomó a paso vivo el camino del desierto.

Felipe quedó solo. Apoyó la barbilla en el cayado y siguió con la mirada a Judas hasta que éste desapareció tras los peñascos.

«Lo que dice el pelirrojo es justo —pensó—. Justo y santo. Pronunció palabras graves, desde luego, pero, ¿qué importa eso? Mientras uno se queda en las palabras, todo va bien, lo malo es cuando se pasa a la acción. Ten cuidado, pobre Felipe, piensa también en tus carneritos. Este asunto requiere reflexión. Olvidémoslo por ahora y ya veremos qué se hace cuando llegue el momento.

Colgó el cayado del hombro; había oído las esquilas de su rebaño y se echó a correr al tiempo que silbaba.

Entretanto, los hombres de Zebedeo habían encendido el fuego y cocinaban la sopa de pescado. El agua hervía y arrojaron en la olla erizos de mar, besugos y doradas así como una piedra cubierta de algas verdes para dar a la sopa sabor a mar. Todos los pescadores, en cuclillas en torno del fuego, con los ojos agrandados por el hambre canina, hablaban entre sí en voz baja. El viejo pescador se inclinó y dijo quedamente a su vecino:

—El herrero habló sin pelos en la lengua. Paciencia, llegará un día en que los pobres estén arriba y los ricos bajen al último peldaño. Eso es la justicia.

—¿Crees que eso puede suceder? —respondió el otro, que tenía hambre desde la infancia—. ¿Crees que eso pueda suceder en este mundo?

—¿Existe Dios? —respondió el viejo—. Existe. ¿Es justo? ¿Acaso puede Dios no ser justo? Lo es. Pues bien, entonces eso sucederá. Sólo es preciso tener paciencia, muchacho, paciencia.

—¡Eh! ¿Qué andáis murmurando? —dijo el viejo Zebedeo que había oído algo y se mosqueó—. Pensad en vuestro trabajo y dejad tranquilo a Dios, que él sabe lo que se hace. ¡Dios mío, lo que hay que oír!

Todos callaron súbitamente. El viejo se levantó, tomó la cuchara de madera y revolvió la sopa.

IX

Mientras los hombres de Zebedeo recogían las redes, y la mañana, virgen como si acabara de salir de las manos de Dios, caía sobre el lago, el hijo de María caminaba junto a Santiago, hijo mayor de Zebedeo. Habían dejado atrás Magdala. De cuando en cuando se detenían para consolar a las mujeres que se lamentaban por la pérdida del trigo y luego reanudaban el camino. Santiago también había pasado la noche en Magdala. Le había sorprendido allí la tormenta y había dormido en casa de un amigo. Se había levantado antes del alba para ponerse enseguida en camino.

Andaba chapoteando el barro en la incierta luz azulada y se apresuraba para llegar cuanto antes al lago de Genezaret. La amargura que le había provocado cuanto había visto en Nazaret comenzaba a depositarse, suavizada, en el fondo de su ser, y el zelote crucificado se había transformado ya en un recuerdo remoto. Las barcas de pesca, los hombres y los cuidados cotidianos reinaban de nuevo en su espíritu. Saltaba sobre los surcos abiertos por la lluvia, el cielo reía, los árboles goteaban, las aves se despertaban y todo desbordaba alegría. Pero cuando comenzó a aclarar, Santiago percibió las eras saqueadas por el diluvio y la cosecha de trigo y centeno arrastrada por las aguas. Los campesinos habían corrido con sus mujeres a los campos y habían entonado lamentaciones. De pronto, inclinado junto a dos viejecitas, vio en una era devastada al hijo de María.

Crispó la mano que empuñaba el bastón y lanzó una blasfemia. La cruz, el crucificado, Nazaret volvieron a surgir en su espíritu. ¡Y ahora veía al crucificador llorando la pérdida del trigo con las mujeres! El alma de Santiago era ruda y obstinada y había heredado todas las características de su padre. Era hablador y ávido y no conocía la piedad. No se parecía a su madre Salomé, que era una santa mujer, ni a su hermano Juan, tan lleno de ternura. Apretó con fuerza el bastón, y furioso fue hacia la era.

En aquel instante el hijo de María se levantaba para reanudar la marcha. Las lágrimas aún se deslizaban por sus mejillas. Las dos ancianas le cogían las manos, las besaban y no le dejaban partir. ¿Quién hallaría, como aquel caminante desconocido, las palabras adecuadas para consolarlas?

—No lloréis, mujeres, no lloréis —les decía—. Volveré... —y liberaba suavemente sus manos de las manos arrugadas de las viejas.

Santiago sintió que su impulso lo abandonaba y se detuvo, estupefacto: los ojos del crucificador brillaban arrasados de lágrimas y tan pronto miraban hacia lo alto, hacia el cielo rosado y alegre, como hacia la tierra y hacia los hombres que se inclinaban, revolviendo el quejumbroso barro.

«¿Es ése el crucificador, es ése? Su rostro resplandece como el del profeta Elías», murmuró Santiago. Se apartó, turbado. El hijo de María acababa de salir de la era y vio a Santiago. Lo reconoció, se llevó la mano al corazón y le saludó.

—¿Adónde vas, hijo de María? —dijo el hijo de Zebedeo suavizando la voz. Y sin esperar respuesta, añadió—: Vayamos juntos pues el camino es largo y nos hará bien la compañía.

«El camino es largo y no necesito compañía», pensó en su interior el hijo de María, pero no dejó traslucir su pensamiento.

—Vayamos juntos —dijo. Ambos tomaron por el camino empedrado que conducía a Cafarnaum.

Permanecieron durante algún tiempo sin hablar. De cada era ascendían los gritos de las mujeres. Los viejos, apoyados en el bastón, miraban cómo las aguas arrastraban el trigo, y los hombres, con el rostro ensombrecido, permanecían inmóviles en medio de sus campos segados y devastados. Algunos callaban y otros blasfemaban. El hijo de María lanzó un suspiro.

—¡Ah! —murmuró—. ¡Si un hombre pudiera morir de hambre para que el pueblo no muriera de hambre!

Santiago clavó una mirada burlona en el rostro del hijo de María y dijo:

—Si pudieras transformarte en trigo para que el pueblo te comiera, y así no muriera de hambre, ¿lo harías?

—¿Quién no lo haría? —dijo el hijo de María.

Los ojos de gavilán de Santiago pestañearon y sus gruesos labios se movieron para decir:

—Yo.

El hijo de María calló. El otro se sintió molesto.

—¿Por qué habría de morir? —rugió—. Dios envió el diluvio; la culpa no es mía.

Lanzó una mirada feroz hacia el cielo:

—¿Por qué Dios lo hizo? ¿Qué mal le había hecho el pueblo? No comprendo. ¿Comprendes tú, acaso, hijo de María?

—No hagas preguntas, hermano; es pecado. Yo también hacía preguntas hasta anteayer, pero ahora comprendo. La curiosidad es la serpiente que sedujo a las primeras criaturas y por ella Dios nos arrojó del Paraíso.

—No lo entiendo —dijo el hijo de Zebedeo, y apuró el paso.

La compañía del crucificador ya no le agradaba. Sus palabras le abrumaban y su silencio le resultaba aún más insoportable.

Llegaron a una loma, desde donde vieron centellear a lo lejos las aguas del lago de Genezaret. Las barcas ya se habían alejado de la costa y comenzaba la pesca. El sol ascendía, completamente rojo, sobre el desierto. En la orilla, una hermosa aldea estallaba de blancura en medio de la luz del día.

Santiago vio sus barcas y no pensó más que en los peces. Se volvió hacia su molesto compañero y le preguntó:

—¿Adónde vas, hijo de María? Allá está Cafarnaum.

El otro inclinó la cabeza sin responder. Le avergonzaba decir que se encaminaba al Monasterio para santificarse.

Santiago alzó bruscamente la cabeza. Repentinamente se le había ocurrido un mal pensamiento.

—¿No quieres decirlo? —rugió—. ¿Es un secreto?

Lo cogió por la barbilla y le alzó la cabeza.

—Mírame a la cara. Responde: ¿quién te envía?

El hijo de María suspiró y murmuró:

—No lo sé, no lo sé. Quizá sea Dios, quizá…

Se detuvo, pues el miedo había anudado su garganta. ¿Y si fuera el demonio quien lo enviaba?

Santiago estalló en una risa seca, llena de desprecio. Lo tenía cogido por el brazo y lo sacudía.

—¿El centurión? —gruñó en voz baja—. ¿Tu amigo el centurión? ¿Te envía él?

Sí, seguramente lo enviaba el centurión para espiar. Nuevos zelotes habían aparecido en la montaña y en el desierto. Bajaban a las aldeas y hablaban furtivamente con el pueblo de venganza y libertad. El centurión sanguinario de Nazaret tenía en todas las aldeas hebreos vendidos que espiaban. Y el crucificador era sin duda uno de ellos.

Frunció el entrecejo, bajó la voz y lo arrojó lejos de sí brutalmente.

—Escucha lo que te diré, hijo del carpintero: aquí se separan nuestros caminos. Tú no sabes adonde vas, pero yo sí lo sé. Vete ahora; ya volveremos a hablar. Dondequiera que vayas, te seguiré, desdichado, y ten cuidado. Esto es todo cuanto te digo, pero recuérdalo bien: ¡no saldrás vivo del camino que has tomado!

Y sin tenderle la mano, echó a correr camino abajo.

Los pescadores habían apartado del fuego la olla de cobre. Se sentaron formando círculo; Zebedeo fue el primero que adelantó la cuchara de madera, eligió la dorada más hermosa y comenzó a comer.

El más viejo de los presentes alargó el brazo para detenerlo.

—Patrón —dijo—, hemos olvidado la oración.

Con la boca llena, el viejo Zebedeo alzó la cuchara de madera y comenzó, sin dejar de masticar, a dar gracias al Dios de Israel: «Gloria a Ti, Señor, que proporcionas los peces, el trigo, el vino y el aceite con que se sustentan las generaciones de hebreos. Gloria a Ti, que así nos haces resistir hasta que llegue Tu día, en que serán dispersados nuestros enemigos y en que todas las naciones caerán a los pies de Israel, adorándola, y todos los dioses caerán a los pies de Adonay, adorándolo. Por eso, Señor, comemos, por eso nos casamos y tenemos hijos, por eso vivimos… ¡por amor a Ti!”

Tras lo cual se tragó la dorada casi entera.

Y mientras el patrón y sus hombres gozaban del fruto de su trabajo y comían, con los ojos clavados en el agua, la madre que los alimentaba, de pronto apareció Santiago, cubierto de fango y sin aliento. Los pescadores se estrecharon para hacerle sitio y el viejo Zebedeo le gritó de buen humor:

—¡Sea bien venido el hijo primogénito! Tienes suerte, siéntate y come. ¿Qué noticias traes?

El hijo no respondió; se sentó junto a su padre pero no adelantó la mano hacia la olla humeante que despedía un agradable olor.

El viejo Zebedeo volvió tímidamente la cabeza y lo miró. Conocía de sobra a aquel hijo suyo receloso y taciturno, y le temía.

—¿No tienes hambre? —preguntó—. ¡Qué cara traes! ¿En qué piensas?

—En Dios, en los demonios, en los hombres —respondió el otro, furioso—. No tengo hambre.

«Vaya, vaya —pensó el viejo Zebedeo—, ha venido a aguarnos la sopa de pescado...», pero intentó mostrarse jovial para desviar la conversación. Palmeó afectuosamente la rodilla de su hijo.

—¡Eh, pícaro! —dijo guiñando el ojo—, ¿con quién hablabas en el camino?

Santiago se estremeció y dijo:

—¿Así que ahora me espías? ¿Quién te lo dijo? ¡No hablaba con nadie! Se levantó, entró en el agua hasta las rodillas y se lavó. Volvió adonde estaban los hombres y, al verlos comer y reír beatíficamente, no pudo contenerse:

—¡Coméis y bebéis y entretanto otros se hacen crucificar por vosotros en Nazaret!

No podía ya soportar verlos y se encaminó hacia la aldea, refunfuñando.

El viejo Zebedeo lo siguió con la mirada, sacudió su gruesa cabeza y dijo:

—Mis hijos son un problema. Uno salió demasiado dulce y demasiado piadoso, y el otro, demasiado testarudo: dondequiera que va organiza una bronca. Son un problema... Ninguno de los dos se ha convertido en verdadero hombre: a veces suave, a veces firme, a veces amable, a veces airado; mitad diablo, mitad ángel; es decir, un hombre.

Suspiró y cogió una dorada para olvidar las penas.

—Gracias a Dios existen las doradas —dijo—, el lago que crea las doradas y Dios que crea los lagos.

—¿Qué debería decir entonces el viejo Jonás, patrón? —dijo el más anciano de los pescadores—. El desdichado se sienta todos los atardeceres en un peñasco, mira hacia Jerusalén y llora por su hijo Andrés. El también es un iluminado. Al parecer, encontró un profeta y viaja con él, come miel silvestre y langostas, coge a los hombres por el pescuezo y los sumerge en el Jordán para lavarles, según dice, sus faltas.

—¡Y luego dicen que tengas hijos para que te ayuden en la vejez! —dijo Zebedeo—. Traedme la bota, muchachos, que aún queda vino. ¡Tengo que levantar la moral!

En los guijarros se oyeron pasos lentos y pesados. Por aquellos movimientos lentos, hubiérase dicho que se acercaba un animal temible. Zebedeo se volvió y se levantó para recibir al visitante.

—¡Bienvenido sea Jonás, el hombre justo! —gritó secándose la barba salpicada de vino—. Acabo de arreglar cuentas con mis hijos y con las doradas. ¡Ven tú también a arreglar cuentas con las doradas y dinos qué es de tu santo hijo Andrés!

Avanzó hacia ellos un viejo pescador rechoncho, con los pies descalzos, curtido por el sol y con una inmensa cabeza cubierta de pelos blancos y rizados. Su piel era escamosa como la de los peces y sus ojos turbios y grises. Se inclinó y los miró uno por uno. Buscaba a alguien.

—¿A quién buscas, viejo Jonás? —dijo Zebedeo—. ¿Te fatiga hablar?

Veía sus pies, su barba, sus cabellos donde se enredaban espinas de pescado y algas; sus gruesos labios agrietados se movían como los de los peces,

aunque no pronunciaban palabra alguna. El viejo Zebedeo estaba a punto de echarse a reír, pero repentinamente se sintió poseído por el terror. Una sospecha delirante cruzó su espíritu, y alargó ambas manos como si quisiera impedir que el viejo Jonás se acercara.

—¡Ay! ¿Eres, por ventura, el profeta Jonás? —gritó. Se puso en pie de un salto—. ¿Has estado tanto tiempo entre nosotros ocultándonoslo? ¡Te conjuro en nombre de Adonay a que hables! Un día oí hablar al santo higúmeno del Monasterio de la ballena que había devorado al profeta Jonás; más tarde lo vomitó y el profeta salió del vientre del pez tan hombre como antes. Sí, a fe mía, el higúmeno nos lo describió tal como tú. Parece que tenía algas enredadas en los cabellos y en el pecho, y que su barba estaba llena de cangrejitos recién nacidos. Apuesto, y lo digo sin querer ofenderte, viejo Jonás, que si registro en tu barba encuentro cangrejitos.

Los pescadores estallaron en carcajadas. Los ojos del viejo Zebedeo miraban con terror a su viejo amigo.

—Habla, varón de Dios —le decía una y otra vez—. ¿Eres, por ventura, el profeta Jonás?

El viejo Jonás sacudió la cabeza. No recordaba que lo hubiera tragado ningún pez, si bien era posible. Hacía tantos años que luchaba con los peces, que... ¿cómo recordar nada con precisión?

—Es él, es él —murmuró el viejo Zebedeo; sus ojos parecían salírsele de las órbitas. Sabía de sobra que los profetas eran seres originales y que no había que confiar en ellos. Desaparecían en el fuego, en el mar, en el aire, y luego un buen día, sin previo aviso..., ¡volvían a presentarse delante de uno! ¿Acaso Elías no había subido al cielo montado en un carro de fuego? Sin embargo, aún continúa viviendo y en cualquier montaña que uno escale lo puede encontrar. Lo mismo ocurre con Enoc, que es inmortal. Y ahora, he aquí que el profeta Jonás se burla de nosotros, que pretende ser pescador y padre de Pedro y de Andrés. Hay que tratarlo con miramientos, porque estos profetas tienen mal genio y pueden acarrearle a uno disgustos. Suavizó la voz:

—Viejo Jonás, estimado vecino, ¿buscas a alguien, a Santiago? Ya volvió de Nazaret, pero parece que está fatigado y se fue a la aldea. Si quieres noticias de tu hijo Pedro, te manda decir que está bien, muy bien, que no te preocupes, que está a punto de llegar. Te envía un saludo cordial... ¿Me oyes, viejo Jonás? Hazme una señal.

Le hablaba suavemente y le acariciaba el cuero rugoso de sus hombros. Nunca se sabe, todo puede ocurrir, ¡y aquel ser mitad bestia de carga y mitad pez bien podía ser el profeta Jonás!

El viejo Jonás se inclinó, tomó de la olla un pequeño erizo de mar, se lo metió entero en la boca y comenzó a masticado.

—Me voy —murmuró, y les volvió la espalda. Volvió a oírse el crujido de los guijarros. Una gaviota rozó al pasar la cabeza de Jonás, se detuvo un instante batiendo las alas como si hubiera visto un cangrejillo en los cabellos del viejo pescador, pero acabó por lanzar un grito ronco, como si algo la hubiera enfurecido, y se fue.

—¡Atención, muchachos! —dijo el viejo Zebedeo—. ¡Apuesto la cabeza a que es el profeta Jonás! Id dos de vosotros a ayudarle, ahora que Pedro está ausente; si no, cualquiera sabe lo que nos puede ocurrir.

Dos colosos se levantaron, medio risueños y medio asustados.

—Zebedeo —dijeron—, tú serás el responsable de lo que ocurra. ¡Los profetas son animales feroces y sin venir a cuento abren sus fauces y te trituran hasta el más pequeño hueso! ¡De acuerdo! ¡Adiós!

El viejo Zebedeo se estiró y bostezó, satisfecho. Había resuelto bien la situación creada por el profeta. Luego se volvió hacia los otros hombres y les gritó:

—¡Vaya, muchachos, apresurémonos! ¡Colocad los pescados en los cestos y recorred las aldeas! Y prestad mucha atención, porque los campesinos son astutos; no son como nosotros, los pescadores, que somos hijos de Dios. Dadles la menor cantidad posible de pescado y tomad la mayor cantidad posible de trigo —aun cuando sea del año pasado—, de aceite, de vino, de pollos, de conejos... ¿Comprendisteis? Dos y dos son cuatro.

Los pescadores se levantaron y comenzaron a llenar los cestos.

A lo lejos, tras los peñascos, apareció un jinete montado en un camello que avanzaba velozmente. El viejo Zebedeo formó una visera con la mano y miró.

—¡Eh, muchachos! Mirad también vosotros. ¿No es mi hijo Juan? —gritó.

El jinete marchaba ahora por la arena fina y se acercaba.

—¡Es él! ¡Es él! —gritaron los pescadores—. ¡Bienvenido sea tu hijo, patrón!

El jinete pasaba ahora frente a ellos. Agitó la mano para saludar.

—Juan! —gritó el anciano padre—, ¿por qué llevas tanta prisa? ¿Adónde vas? ¡Detente un momento!

—El higúmeno agoniza. ¡No puedo detenerme!

—¿Qué tiene?

—No quiere comer. Quiere morirse.

—¿Por qué? ¿Por qué?

Pero la respuesta del jinete se perdió en el aire.

El viejo Zebedeo tosió, reflexionó un instante, meneó la maciza cabeza y murmuró:

—Dios nos guarde de la santidad.

El hijo de María seguía con la mirada a Santiago, que descendía a zancadas furiosas hacia Cafarnaum. Se sentó en tierra con las piernas cruzadas; su corazón desbordaba de pena. ¿Por qué despertaba tanto odio en el corazón de los hombres, él, que deseaba con tanta pasión amar y ser amado? La culpa era suya; no era de Dios ni de los hombres, sino sólo suya. ¿Por qué obraba tan cobardemente, por qué se internaba por un camino y no tenía suficiente valor para recorrerlo hasta el fin? Era un mezquino, un poco cobarde. ¿Por qué no se atrevió a casarse con Magdalena para salvarla de la vergüenza y la muerte? Y cuando Dios clavaba sus garras en él y le ordenaba: «¡Levántate!», ¿por qué se pegaba al suelo y no quería levantarse? Y ahora ¿por qué lo llevaba el miedo a sepultarse en el desierto? ¿Acaso pensaba que Dios no lo encontraría allí?

El sol estaba casi sobre él; los lamentos por la pérdida del trigo se habían calmado y aquellos seres flagelados y medio muertos estaban resignados frente a la catástrofe. Recordaron que los lamentos jamás aportaron cura alguna y callaron. Hacía miles de años que los perseguían, que sentían hambre, que las fuerzas visibles e invisibles les empujaban de un lado a otro y, no obstante, lograban arreglárselas para seguir viviendo. Habían aprendido a tener paciencia.

Un lagarto verde apareció en un matorral espinoso para calentarse al sol. Vio al hombre, semejante a una fiera terrible, y sintió miedo. Sus venas comenzaron a batir violentamente en el cuello, pero se animó, se pegó a una piedra caliente, giró la mirada de sus ojos redondos y negros y la posó con confianza en el hijo de María, como para darle la bienvenida, como para decirle: vi que estabas solo y he venido a hacerte compañía. El hijo de María se regocijó; contuvo el aliento para no asustarlo. Y mientras lo miraba y sentía que su corazón latía como el del lagarto, dos mariposas comenzaron a revolotear entre ellos, yendo de uno a otro. Eran mariposas negras, aterciopeladas, con manchas rojas. Volaban alegremente, jugaban bajo el sol hasta que fueron a posarse en el pañuelo ensangrentado que el hombre llevaba a la cabeza, con la trompa en las manchas rojas, como si quisieran chupar la sangre. Sentía su caricia en la coronilla y se acordó de las garras de Dios. Le pareció entonces que las alas de las mariposas y las alas de Dios le llevaban el mismo mensaje. «¡Ah —pensó—, si Dios pudiera descender siempre así sobre los hombres y no como un águila de garras afiladas, no como el rayo!...*

Mientras mezclaba en su espíritu a Dios y las mariposas, sintió un escozor en las plantas de los pies, inclinó la cabeza y vio una hilera de hormigas rojas y negras, preocupadas, presurosas, que transportaban entre dos o tres un grano de trigo en sus gruesas mandíbulas. Los habían robado en la llanura, los habían arrebatado de la misma boca de los hombres y los arrastraban a su hormiguero, agradeciendo a Dios, la Gran Hormiga, que cuidara de su pueblo elegido, las hormigas, y que enviara el diluvio a la llanura justamente en el momento preciso, cuando el trigo estaba amontonado en las eras.

El hijo de María suspiró. «Son también criaturas de Dios —pensó—, ni más ni menos que los hombres, los lagartos, las cigarras que oigo cantar en los olivos, los chacales que rugen de noche, los diluvios, el hambre...»

Oyó un jadeo a sus espaldas y sintió miedo. La había olvidado durante todo aquel tiempo, pero ella no le olvidaba. Ahora la sentía sentada con las piernas cruzadas, detrás de él, y oía su respiración.

«La Maldición es también una criatura de Dios», murmuró.

Sentase envuelto por todas partes por el soplo de Dios. Este pasaba sobre él ya tibio y bondadoso, ya salvaje y despiadado. El lagarto, las mariposas, las hormigas, la Maldición, todo aquello era Dios.

Oyó en el camino un sonido de campanillas y se volvió. Pasaba una larga caravana de camellos cargados de mercancías preciosas; abría la marcha, guiándoles, un humilde asno. Debían venir del desierto; seguramente habían partido desde más allá de Nínive y Babilonia, desde las tierras limosas y ricas del patriarca Abraham. Debían transportar tejidos de seda, especias y marfil y, acaso, también esclavos, muchachos y muchachas, y se dirigían hacia el mar poblado de buques multicolores.

Desfilaban interminablemente. «¡Cuántas riquezas hay en este mundo —pensó el hijo de María—, cuántas maravillas!» A la cola de la caravana, con sus turbantes verdes, sus chilabas blancas, sus barbas negras, sus aros de oro en las orejas, balanceándose al ritmo de los camellos, pasaban ahora los opulentos mercaderes. El hijo de María se estremeció:

«Se detendrán en Magdala —pensó súbitamente—, se detendrán en Magdala; la puerta de Magdalena está abierta, abierta día y noche, y entrarán. ¡Salvarla! ¡Si yo pudiera salvarla! ¡Es a ti, Magdalena, a quien debo salvar y no a la tribu de Israel! No soy profeta y, cuando abro la boca, no sé qué decir. ¡Dios no me frotó los labios con una brasa, no lanzó un rayo sobre mí para quemarme, para que anduviera en éxtasis por los caminos y me pusiera a rugir! ¡Ah, si las palabras no fueran mías, si fueran suyas y no tuviera que preocuparme por ellas! ¡Entonces me limitaría a abrir la boca y sería él quien hablara! No soy profeta; soy un hombre sencillo y miedoso; no puedo sacarte del lecho de la vergüenza, y voy al desierto, al Monasterio, a rogar por ti. La oración es también todopoderosa. Aún se cuenta que los hijos de Israel triunfaban en la guerra cuando Moisés mantenía alzados los brazos al cielo. Si se fatigaba y los bajaba, el enemigo batía a los hijos de Israel. ¡Por ti, Magdalena, mantendré día y noche alzados los brazos al cielo!»

Miró para ver si el sol se inclinaba hacia el poniente. Deseaba ponerse en camino de noche, pasar por Cafarnaum sin que nadie le viera, bordear el lago y entrar en el desierto. Su corazón desbordaba ahora del angustioso deseo de llegar al monasterio. Volvió a suspirar:

«¡Ah, si pudiera andar sobre el agua y cruzar el lago!», murmuró.

El lagarto estaba aún tendido sobre la piedra y se calentaba al sol. Las mariposas habían echado a volar hacia lo alto y se habían perdido en la luz; las hormigas continuaban transportando granos de trigo, almacenaban la cosecha en sus graneros, salían nuevamente presurosas hacia la llanura para volver cargadas; el sol comenzaba a ponerse. Las sombras se alargaron, veíanse menos caminantes, la noche caía sobre los árboles y sobre las tierras y los cubría de oro. Las aguas del lago deliraban y a cada instante cambiaban de apariencia: se volvían rojas, de color malva claro, se oscurecían. Una gran estrella se colgó del cielo en el oeste.

«Ahora vendrá la noche, la oscura hija de Dios con sus caravanas de estrellas...», pensó el hijo de María, y antes de que las estrellas tuvieran la oportunidad de poblar el firmamento, poblaron su mente.

Se disponía a levantarse para ponerse en camino cuando oyó á sus espaldas el sonido de una trompetilla y luego un caminante lo llamó por su nombre. Se volvió y, a la escasa luz del crepúsculo, percibió a un hombre cargado con un fardo de ropa que le hacía señas y avanzaba hacia él. «¿Quién será?», pensó. Esforzábase por distinguir las facciones del caminante medio ocultas por el fardo. En alguna parte había visto aquella faz lívida, aquella barbita rala y aquellas piernas zambas. De pronto lanzó un grito.

—¿Eres tú, Tomás? ¿Has vuelto a recorrer las aldeas?

El buhonero bisojo y astuto estaba ahora frente a él; respiraba entrecortadamente. Dejó el paquete en tierra y enjugó el sudor de su frente huesosa y de sus ojos que bizqueaban, y cuya ambivalencia hacía imposible afirmar si eran alegres o burlones.

El hijo de María lo amaba. A menudo lo veía pasar frente a su taller, con la trompetilla colgada del ceñidor. Volvía de la gira por las aldeas; colocaba el fardo en el banco y comenzaba a hablar de lo que había visto; bromeaba, reía y se mostraba ingenioso. No creía en el Dios de Israel ni en los otros dioses. «Todos se burlan de nosotros —decía—, nos convierten en niños para que les sacrifiquemos cabritos, les quememos incienso y nos desgañitemos celebrando sus encantos...» El hijo de María lo escuchaba con el corazón encogido: luego iba aflojándose poco a poco la tensión y admiraba entonces aquel ingenioso cerebro que, a pesar de su pobreza, de la servidumbre y la miseria de su raza, hallaba fuerzas, riendo y burlándose, para triunfar de la servidumbre y la pobreza.

Por su parte, el buhonero Tomás amaba también al hijo de María; lo miraba como a un cándido cordero que, balando asustado, buscaba a Dios para esconderse bajo su sombra.

—Eres un cordero —le decía a menudo, desternillándose de risa—, eres un cordero, hijo de María. ¡Pero llevas en ti un lobo y ese lobo te devorará!

Sacaba entonces de la camisa ya un puñado de dátiles, ya una granada o una manzana que había robado en los huertos y que le regalaba.

—Por fortuna te encontré —le dijo cuando recobró el aliento—. Dios te ama. ¿Adónde vas ahora, si es que puede saberse?

—Al Monasterio —respondió el otro, señalando con la mano a lo lejos, más allá del lago.

—Entonces me alegro por partida doble de encontrarte. ¡Desanda tu camino! —¿Por qué? Dios...

Tomás se enfureció.

— Hazme un favor. No comiences otra vez con Dios. Es algo que no tiene límites. Te puedes pasar toda la vida, ésta y la próxima, intentando alcanzarle, pero nunca tiene final. Así que olvídalo y no lo mezcles en nuestros asuntos. Escúchame. Aquí nos enfrentamos al hombre, al hombre deshonesto y siete veces astuto. ¡Guárdate del pelirrojo Judas! Antes de salir de Nazaret lo vi conspirar con la madre del crucificado y luego con Barrabás y otros dos o tres zelotes degolladores, y oí tu nombre, de modo que anda con cuidado, hijo de María, y no vayas al Monasterio.

Pero el otro bajó la cabeza.

—Todos los seres vivos —dijo— están en la mano de Dios. Dios salva a quien quiere y mata a quien quiere. ¿Qué resistencia podemos oponerle nosotros? Iré, ¡y que Dios me ampare!

—¿Irás? —gritó Tomás furioso—. Te advierto que Judas se halla, en este preciso momento en que te hablo, en el Monasterio, y lleva un puñal oculto en el pecho. ¿Tienes tú un puñal?

El hijo de María se estremeció y dijo:

—No. ¿Qué podría hacer con él?

Tomás se echó a reír:

—Cordero..., cordero..., cordero... —murmuró.

Levantó el fardo y dijo:

—Adiós, y haz lo que quieras. Pero te lo repito: ¡no vayas! Tú me dices: ¡voy! ¡Ve, pues, y te arrepentirás cuando sea demasiado tarde!

Sus ojillos bizcos danzaban y silbando echó a andar camino abajo.

La noche ya había caído; la tierra se oscureció, el lago quedó sepultado en las tinieblas y las primeras lámparas se encendieron en Cafarnaum. Las aves diurnas habían metido la cabeza bajo el ala para dormir y las nocturnas se despertaban y partían de caza.

«Esta hora es hermosa y santa —pensó el hijo de María—. Nadie me verá. En marcha.»

Recordó las palabras de Tomás.

«Sucederá lo que Dios disponga —murmuró—. Si él me empuja hacia mi asesino, sólo me queda ir a dejarme matar sin demora. Esto, al menos, soy capaz de hacerlo y voy a hacerlo.»

Se volvió y dijo a su compañero invisible:

—En marcha.

Se dirigió hacia, el lago.

La noche era suave, cálida, húmeda, y soplaba un viento leve del sur. Cafarnaum olía a pescado y a jazmín. El viejo Zebedeo estaba en el patio de su casa, bajo el gran almendro, con su mujer, Salomé. Acababan de comer y charlaban. En la casa, su hijo Santiago se revolvía en el lecho: el zelote crucificado, el hijo del carpintero convertido en espía y la nueva injusticia de Dios para con los hombres al haberles arrebatado el trigo, se mezclaban en su espíritu, agitaban y conturbaban su corazón y no lo dejaban dormir. Asimismo, le irritaba la charla de su padre en el patio. Hervía de impaciencia. Saltó de la cama, salió al patio y franqueó el umbral de la casa.

—¿Adónde vas? —le preguntó su madre, inquieta.

—Al lago —gritó.

Desapareció en la noche.

El viejo Zebedeo sacudió la cabeza y suspiró.

—El mundo está patas arriba, mujer —dijo—. Ahora los jóvenes sienten que su pellejo les viene pequeño. No son ni aves ni peces, sino peces voladores. El mar les resulta demasiado pequeño y se echan a volar por el aire, pero no soportan el aire y vuelven a hundirse en el mar. Y, ¡zas, otra vez se echan a volar! Han perdido la cabeza. Mira, fíjate en nuestro hijo Juan, tu niño querido. Te habla del Monasterio, de oraciones, de ayunos, de Dios. Su barca le parece demasiado estrecha, no se acopla en ella. Y ahora he aquí que el otro, Santiago, a quien creía sensato, pues bien, acuérdate de lo que te digo, él también ha puesto proa al desierto. ¿Has visto esta noche cómo se inflamaba, cómo se excitaba? La casa le resultaba demasiado pequeña. A mí no me importa, pero ¿quién va a gobernar mis barcas de pesca y mis hombres? ¿Todos mis esfuerzos habrán sido vanos? Estoy trastornado... ¡Mira, mujer, tráeme algo de vino y algunos trozos de pulpo para reponerme!

La vieja Salomé aparentó no oír. Su marido había bebido demasiado aquella noche. Intentó desviar la conversación.

—Son jóvenes —dijo—. No te preocupes, que ya se les pasará.

—En verdad, tienes razón, mujer —dijo—. Tienes un verdadero cerebro de mujer: ¿qué gano con atormentarme? Son jóvenes, y ya se les pasará. La juventud es una enfermedad..., ya se irá. Yo también, cuando era joven, tenía ataques de fiebre y me revolvía en la cama. Creía que buscaba a Dios, pero en realidad buscaba una mujer. Te buscaba a ti, vieja Salomé. Te tomé y me calmé. Lo mismo ocurre con nuestros hijos. ¡Entonces, basta de preocupaciones! ¡Mira, mujer, estoy contento; tráeme un poco de vino y de pulpo! ¡Beberé a tu salud, Salomé!

Algo más lejos, en el barrio vecino, el viejo Jonás, solo en su casita, remendaba la red a la luz de la lámpara. Remendaba, remendaba, pero su espíritu y sus pensamientos no se dirigían ni a su pobre mujer que había perdido el año anterior, en esta misma estación, ni a su hijo Andrés, el visionario, ni a su otro hijo, el veleta Pedro, que se arrastraba aún por las tabernas de Nazaret y que lo había abandonado, viejo como estaba, dejándolo luchar solo contra los peces. Pensaba en las palabras de Zebedeo y le desasosegaba una gran preocupación. ¿Era él de verdad el profeta Jonás? Miró sus manos, sus pies, sus muslos: no eran más que escamas. Su aliento también olía a pez, y lo mismo ocurría con su sudor. Y ahora recordaba que hacía dos días, cuando lloraba a su mujer, hasta sus lágrimas olían a pez. Y aquel viejo astuto de Zebedeo tenía razón, a veces se encontraba cangrejos en la barba... ¿Era de verdad el profeta Jonás? ¡Ah! ¡Por eso no tenía deseos de hablar, por eso había que sacarle las palabras con cuentagotas y, cuando caminaba, tropezaba continuamente y daba tantos pasos en falso! ¡Pero cuando navegaba por el lago sentía un gran alivio, una gran alegría! ¡El agua parecía llevarlo en sus brazos, lo acariciaba, lo lamía, lo mecía, le hablaba! ¡Y él, como los peces, le respondía sin palabras y de su boca salían burbujas!

«Debo ser con seguridad el profeta Jonás; resucité, la ballena me vomitó, y desde entonces me convertí en un ser sensato. Soy profeta, pero aparento ser pescador y no digo ni una palabra porque no quiero volver a meterme en jaleos...» Sonrió, satisfecho de su astucia. «Me identifiqué tanto con mi papel de pescador —pensó— que nadie sospechó nada durante tantos años, ni siquiera yo mismo. Felizmente, ese bellaco de Zebedeo me abrió los ojos...» Dejó caer las herramientas, se restregó las manos regocijado, abrió un armario, extrajo de él una bota, echó atrás su cuello rechoncho y escamoso y se puso a beber ruidosamente.

Los dos ancianos bebían, contentos, en Cafarnaum. Sumergido en sus pensamientos, el viajero nocturno marchaba bordeando la orilla. No estaba solo: oía a sus espaldas el chirrido de la arena. En el patio de Magdalena, los nuevos mercaderes se hallaban sentados al modo oriental sobre las piedras y hablaban en voz baja masticando dátiles y cangrejos asados mientras esperaban su turno. En el Monasterio, los monjes habían tendido al higúmeno en el centro de su celda y velaban junto a él. Aún respiraba, sus ojos desmesuradamente abiertos estaban clavados en la puerta entornada y el rostro consumido y pálido, tenso, parecía escuchar algo.

—Escucha para oír los pasos del rabino, que lo ha de curar...

—Escucha para oír las alas negras del arcángel...

—Escucha para oír los pasos del Mesías, que se acerca.

Los monjes hablaban entre sí en voz baja y lo miraban. El alma de cada uno de ellos estaba pronta en aquel instante para recibir el milagro. Aguzaban el oído, pero sólo oían, en el otro extremo del patio, un martillo que golpeaba sobre un yunque. Judas había encendido la fragua y trabajaba de noche.

X

Lejos de allí, en Nazaret, María, la mujer de José el carpintero, había encendido la lámpara en su casita y había dejado la puerta abierta. Devanaba la lana que acababa de hilar. Se apresuraba. Había tomado la decisión de recorrer las aldeas en busca de su hijo. Trabajaba y su espíritu estaba en otra parte, erraba por los campos, vagaba por Magdala, por Cafarnaum, gesticulaba solo y desesperado bordeando el lago de Genezaret. Buscaba a su hijo. Se había escapado una vez más; Dios había vuelto a picarle con el aguijón. «No te apiadas de él, no te apiadas de mí. ¿Qué te hemos hecho? ¿Eran éstas las alegrías y la gloria que nos habías prometido? ¿Por qué hiciste florecer el bastón de José, por qué me has dado este viejo por esposo, por qué lanzaste el rayo y has hecho florecer en mi vientre este hijo único, este iluminado? Yo era un almendro en flor cuando lo tenía en mis brazos. Todo mi cuerpo había florecido. Los vecinos que pasaban por la calle me admiraban y decían: "¡Bendita seas entre todas las mujeres, María!" Las caravanas se detenían frente a mi puerta y los mercaderes decían: "¡Qué almendro en flor!" Se apeaban de los camellos y llenaban mi delantal de presentes. Pero de pronto sopló el viento y me deshojé... Cruzo los brazos sobre mi pecho vacío: Señor, tu voluntad se ha cumplido; me has hecho florecer; soplaste sobre mí y me deshojé. Señor, ¿hay alguna esperanza de que vuelva a florecer?»

«¿Hay alguna esperanza de que mi corazón se apacigüe?», se preguntaba el hijo cuando, al despuntar el día, después de bordear el lago, se halló frente al Monasterio enclavado en los peñascos rojos y verdes. «A medida que me acerco al Monasterio crece la turbación de mi corazón. ¿Por qué? ¿No he tomado acaso el camino correcto, Señor? ¿Acaso no me empujas hacia este refugio santo? ¿Por qué te niegas, entonces, a alargar tu brazo para llevar la paz a mi corazón?»

Dos monjes vestidos de blanco aparecieron en el portal del Monasterio. Se subieron a una roca y miraron a lo lejos, hacia Cafarnaum.

—No se ve nada... No se ve nada...—dijo uno de ellos, un hombre de piernas cortas, rechoncho, giboso y medio idiota.

—No lo encontrará vivo —dijo el otro, un gigantón cuya boca, hendida como la de una ballena, le llegaba hasta las orejas—. Mira, Jeroboam, me quedaré aquí de centinela hasta que aparezca el camello.

—Yo iré a verle morir —dijo alegremente el giboso, y se bajó de la roca.

El hijo de María permanecía indeciso, en la entrada del Monasterio. ¿Debía entrar o no? Su corazón latía violentamente. El patio estaba recubierto de baldosas. No había ni un solo árbol, ni una flor, ni un pájaro. Lo rodeaban nada más que higueras. Aquel patio era un desierto circular, inhumano. En todo el contorno había agujeros excavados en las rocas, semejantes a nichos: eran las celdas.

«¿Es éste el reino de los cielos? —se preguntaba—. ¿Aquí se apacigua el corazón del hombre?»

Miraba, miraba y no se decidía a franquear el umbral. Dos perros pastor, negros, saltaron de su rincón al verle y se pusieron a ladrar.

El monje giboso advirtió la presencia del visitante y silbó a los perros. Estos dejaron de ladrar. Luego se volvió y observó al forastero de arriba abajo. Sus ojos

le parecieron tristes y los vestidos que llevaba muy pobres. Sus pies sangraban. Se apiadó de él.

—Bienvenido seas, hermano —le dijo—. ¿Qué viento te ha traído al desierto?

—¡Dios! —respondió el hijo de María con voz grave, inesperadamente grave. El monje se aterrorizó. Jamás había oído pronunciar el nombre de Dios con tal terror. Cruzó los brazos y calló.

—Vine para ver al higúmeno —dijo el visitante al cabo de un momento.

—Quizá lo veas, pero él no te verá. ¿Qué quieres decirle?

—No sé; tuve un sueño. Vengo de Nazaret.

—¿Un sueño? —dijo el monje medio loco, y se echó a reír.

—Un sueño terrible, anciano. Desde entonces mi corazón no tiene reposo. El higúmeno es santo y Dios le enseñó el significado del canto de los pájaros y de los sueños. Por eso he venido a verle.

Nunca había tenido la intención de ir al Monasterio para interrogar al higúmeno acerca del sentido del sueño que había tenido la noche en que fabricaba la cruz, de aquella persecución salvaje de que fuera objeto por parte de los enanos, con el pelirrojo a la cabeza, cargados con los instrumentos del suplicio. Pero, repentinamente, mientras estaba parado en el umbral del Monasterio, indeciso, el sueño había rasgado su espíritu como un relámpago. «¡Para eso he venido —gritó en su fuero interno—, por ese sueño vine y Dios me ha enviado aquí para mostrarme el camino! ¡El higúmeno me lo explicará!»

—El higúmeno está agonizando —dijo el monje—. Llegas demasiado tarde, hermano. Vete.

—Dios me ordenó que viniera —dijo el hijo de María—. ¿Acaso Dios puede engañar a los hombres?

El monje rió burlonamente. Había visto demasiadas cosas y ya no creía en Dios.

—Dios es Dios, ¿no es cierto? —dijo—. Hace lo que le da la gana. ¡Sería un Todopoderoso ridículo si no pudiera hacer injusticias!

Palmeó la espalda del visitante. Quiso acariciarlo, pero su mano maciza era pesada y le hizo daño.

—De acuerdo —dijo—, entra. Soy el padre hospitalario.

Entraron en el patio. Se había levantado viento y la arena se arremolinaba sobre las baldosas. Un halo turbio rodeaba el sol. El aire se oscureció.

En el centro del patio abríanse las fauces de un pozo cegado. En otros tiempos había tenido agua, pero ahora se había rellenado de arena. Dos lagartos salieron de él y fueron a tomar el sol en el desgastado brocal.

La celda del higúmeno estaba abierta. El monje cogió al visitante por el brazo.

—Espera aquí —dijo—. Pediré permiso a los hermanos. No te muevas.

Cruzó los brazos sobre el pecho y entró. Los perros se habían colocado ahora a ambos lados de la puerta. Alargaban el cuello, husmeaban y ladraban lastimeramente.

El higúmeno estaba tendido en el centro de la celda con los pies hacia la puerta. Circundándole, los monjes, agotados por una noche en vela, cabeceaban y esperaban. El moribundo, tendido sobre la estera, mantenía el rostro tenso y los ojos abiertos fijos en la puerta. El candelabro de siete brazos estaba aún encendido junto a su cabeza e iluminaba su frente cóncava y reluciente, sus ojos insaciables, su nariz de águila, sus labios azulados, su luenga barba blanca que cubría todo su pecho huesoso y desnudo. En un incensario de barro cocido habían echado incienso y esencia de rosas. El aire estaba embalsamado.

Entró el monje, olvidó la razón por la cual había entrado y se acurrucó junto a los perros en el umbral.

El sol llegaba ahora a la puerta, quería entrar y tocar los pies del higúmeno. El hijo de María estaba afuera y esperaba. Reinaba el silencio. Sólo se oían los gruñidos de los dos perros y, a lo lejos, los martillazos acompasados que caían sobre el yunque.

El visitante aguardó durante largo tiempo. Alzábase el día. Lo habían olvidado. La noche había sido glacial y ahora todo su cuerpo se calentaba voluptuosamente. De pronto, en medio de aquel solemne silencio, oyóse el grito del monje que estaba de centinela en el peñasco:

—¡Ya llegan! ¡Ya llegan!

Los monjes se sobresaltaron, se despertaron y abandonaron la celda para ir a la colina. Dejaron al higúmeno completamente solo.

Animándose a sí mismo, el hijo de María avanzó tímidamente dos pasos y se detuvo en la puerta. Dentro reinaba la calma de la muerte, la calma de la inmortalidad. Los pies delgados del higúmeno, inundados de sol, lanzaban un pálido resplandor. Una abeja zumbaba cerca del techo y un insecto negro y velludo revoloteaba perezosamente en torno de las siete llamas e iba de una a otra como para elegir en cuál de ellas quemarse.

De pronto, el higúmeno se movió. Reunió todas sus fuerzas, alzó la cabeza... y abrió desmesuradamente los ojos y la boca al tiempo que sus narices aleteaban, ansiosas, oliendo el aire. El hijo de María se llevó la mano al corazón, luego a los labios y luego a la frente, y saludó. Moviéronse los labios del higúmeno:

—Has venido..., has venido..., has venido... —murmuró imperceptiblemente. El hijo de María no le oyó. Pero en todo el rostro del higúmeno, en aquel rostro severo y doliente, se difundió una sonrisa de mudo éxtasis. Luego sus ojos se cerraron, sus narices quedaron inmóviles, su boca se selló y sus dos brazos, que mantenía cruzados sobre el pecho, se deslizaron a ambos lados de su cuerpo, con las palmas de las manos abiertas y vueltas hacia afuera.

Entretanto los dos camellos se arrodillaban en el patio. Los monjes corrieron para ayudar al rabino a apearse, mientras el joven novicio preguntaba con angustia: ¿Vive? ¿Vive aún?»

—Aún respira —respondió el viejo—. Ve todo, oye todo, pero no habla.

El rabino entró en la celda del higúmeno, seguido por el novicio, que llevaba el saco precioso que contenía los ungüentos, las plantas y los amuletos mágicos. Los dos perros negros, con la cola entre las patas, ni siquiera volvieron la cabeza. Con el hocico en tierra, gañían lúgubremente, como seres humanos.

El rabino los oyó y sacudió la cabeza: «Llego demasiado tarde...», pensó, pero no dijo nada.

Se arrodilló junto al higúmeno, se inclinó sobre él, puso la mano sobre su corazón y acercó los labios a los suyos.

—Demasiado tarde —murmuró—, llego demasiado tarde... ¡Que Dios os guarde, padres!

Los monjes lanzaron un grito, se inclinaron y besaron al muerto, según prescribía su orden, cada cual conforme a su rango: el viejo Habacuc le besó los ojos, los otros monjes la barba y las palmas de las manos, y los novicios los pies. Uno de ellos fue a buscar el cayado sacerdotal, que estaba en la silla de coro vacía, y lo colocó a la diestra de los santos despojos.

El viejo rabino, de rodillas, miraba al higúmeno. No podía separar los ojos de él. ¿Qué significaba aquella sonrisa triunfal? ¿Qué sentido tenía aquel resplandor místico que rodeaba sus ojos cerrados? Un sol había caído sobre aquel rostro, un sol sin crepúsculo, que no lo abandonaba. ¿Qué sol?

Miró alrededor. Los monjes permanecían de rodillas y se prosternaban. Juan, con los labios pegados a los pies del muerto, lloraba. El anciano rabino miró a los monjes, uno tras otro, como si les hiciera una pregunta. De pronto advirtió la presencia, en un rincón del fondo de la celda, del hijo de María, que estaba con los brazos cruzados, de pie, inmóvil, tranquilo. Pero en su rostro se difundía la misma sonrisa, la sonrisa del muerto, triunfal y serena.

—¡Señor de las Naciones, Adonay! —murmuró el anciano rabino con terror—. ¿Continuarás tentando mi corazón? ¡Ayuda a mi espíritu a comprender, a decidirse!

Al día siguiente surgió de la arena un sol de color rojo sangre, enfurecido, rodeado por un halo oscuro. Un viento abrasador subió del desierto hacia el sol, el mundo se ensombreció y los dos perros negros del Monasterio quisieron ladrar, pero sus bocazas se llenaron de arena y callaron. Los camellos, pegados a la tierra, cerraban los ojos y esperaban.

Los monjes, cogidos de la mano, formaban una cadena y avanzaban lentamente, a tientas, esforzándose por no caer. Aquel apretado racimo de hombres llevaba los despojos del higúmeno, protegiéndolos del viento. Iban a enterrarlos. El desierto se movía: se elevaba y descendía como el mar.

—Es el viento del desierto, es el soplo de Jehová —murmuró Juan, que se apoyaba en el hombro del hijo de María—. Seca todas las hojas verdes, ciega todas las fuentes, llena la boca de arena. Dejaremos los santos despojos en un foso que cubrirán las olas de arena.

Por un instante, en medio de la tormenta y en el momento en que franqueaban el umbral del monasterio, vieron aparecer ante ellos, inmenso, negro, con el martillo al hombro, al herrero pelirrojo, que los miraba. Pero al punto la arena lo envolvió y desapareció. El hijo de Zebedeo vio a aquel ogro en el centro del tornado de arena y se asustó. Aferró el brazo de su compañero.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja—. ¿Lo viste?

Pero el hijo de María no respondió. «Dios todo lo dispone del modo conveniente, según su voluntad —pensó—. He aquí que ahora, en un extremo del mundo, en el desierto, me pone frente a Judas. Pues bien, hágase tu voluntad, Señor.»

Avanzaban todos juntos, encorvados. Sus pies se asentaban firmemente en la arena ardiente. Se protegían la boca y las narices con el borde de sus túnicas.

Pero la fina arena ya había penetrado en sus gargantas y sus pulmones. El anciano Habacuc abría el cortejo. El viento le hizo girar bruscamente sobre sí mismo y lo arrojó en tierra. Los monjes, cegados por las nubes de arena, no lo vieron y pasaron sobre él. El desierto silbaba, las piedras resonaban y el anciano Habacuc lanzó un ronco gemido, pero nadie lo oyó.

«¿Por qué el viento de Jehová no es el viento fresco procedente del mar grande? —pensaba el hijo de María. Quería decir esto a su compañero, pero no podía abrir la boca—. ¿Por qué el viento de Jehová no llena de agua las fuentes cegadas del desierto? ¿Por qué no ama las hojas verdes, por qué no se apiada del hombre? ¡Ah, si hubiera un hombre que se acercara a él, que cayera a sus pies y tuviera tiempo, antes de quedar reducido a cenizas, de contarle la pena de los hombres, la pena de la tierra y de las hojas verdes!»

Judas estaba aún en pie ante la puerta de la celda apartada que le habían dado por taller. Miraba con una amplia sonrisa el cortejo fúnebre que quedaba sumergido en la arena y desaparecía y reaparecía balanceándose. Había visto al hombre a quien perseguía y sus ojos negros habían brillado. «El Dios de Israel es grande —murmuró con satisfacción—. Todo lo dispone de modo perfecto. Ha puesto al traidor al alcance de mi puñal.»

Gozoso, acarició su bigote y entró. La celda era oscura, pero en un rincón llameaban, sobre un hornillo, las brasas. El monje patizambo, mitad santo y mitad loco, empuñaba el fuelle y atizaba el fuego.

—¡Eh, padre Jeroboam! —dijo el herrero con buen humor—. ¿Eso es lo que llaman el viento de Dios? Me agrada. Si yo fuera Dios soplaría de ese modo.

El monje se echó a reír.

—Por mi parte, yo no soplaría en absoluto. Estoy cansado... —dijo.

Dejó el fuelle para enjugarse el sudor de la frente y del cuello. Judas se acercó a él.

—¿Quieres hacerme un favor, padre Jeroboam? Ayer llegó un visitante al Monasterio, un joven de barbita negra, descalzo y medio loco, como tú. Lleva envuelta la cabeza en un pañuelo con manchas rojas.

—¡Yo lo recibí! —dijo el monje orgulloso. Pero él, herrero, está completamente loco. Parece que tuvo un sueño y vino de Nazaret para que el higúmeno se lo explique... ¡Dios le perdone!

—Escucha. ¿No eres tú el padre hospitalario? Cuando alguien llega al Monasterio, ¿no eres tú quien le prepara la celda, quien le hace la cama y le lleva de comer?

—Sí, soy yo, desde luego. Al parecer, no sirvo para otra cosa y me han nombrado padre hospitalario. Lavo, barro, doy de comer a los visitantes...

—Entonces, hazle la cama esta noche en mi celda. No puedo dormir sin compañía, padre Jeroboam. Tengo malos sueños. Satán me tienta y tengo miedo de ir al Infierno. Pero cuando siento cerca de mí a un hombre que respira, me calmo. Te daré un par de tijeras para que esquiles las ovejas, te cortes la barba, o el pelo a los monjes, para que afeites a los camellos... Así ya no dirán que no sirves para nada... ¿Entiendes?

—Dame las tijeras.

El herrero registró su bolsa y sacó un par de enormes tijeras herrumbradas. El monje se apoderó de ellas y las acercó a la luz. Las abría, las cerraba y no se cansaba de admirarlas.

—Eres grande, Señor, y tus obras son admirables —murmuró, abismado en una profunda contemplación.

—¿Qué dices, entonces? —dijo Judas sacudiéndolo para que volviera a la tierra.

—Tenderé su cama en tu celda —dijo el monje. Cogió las tijeras y se fue.

Los monjes ya volvían. No habían podido ir lejos pues el viento de Jehová los hacía girar sobre sí mismos y los arrojaba en tierra. Habían encontrado un foso y en él habían dejado el cadáver. Llamaron al anciano Habacuc para que dijera la oración, pero no lo encontraron. El anciano rabino de Nazaret fue quien se inclinó sobre el foso y gritó a la carne vacía y sin alma: «Eres polvo, vuelve al polvo. El alma te ha abandonado y ya no sirves para nada; tu papel ha terminado. Tu papel ha terminado, carne; has ayudado al alma a bajar al exilio de la tierra, a marchar durante días y noches por la arena y por las piedras, a pecar, a sufrir, a desear apasionadamente su patria el Cielo y a su padre, Dios. ¡Carne, el higúmeno no necesita de ti, disuélvete!»

Mientras hablaba el rabino, una capa dé fina arena se había depositado sobre el cadáver del higúmeno, cuyo rostro, barba y manos aparecían ya cubiertos por ella. Alzáronse otras nubes de arena y los monjes emprendieron el camino de retorno al monasterio. En el momento en que el padre hospitalario, medio loco, cogía la esquiladora y se separaba de Judas, los monjes llegaban al Monasterio enceguecidos, con los labios rasgados y los sobacos inflamados, llevando al anciano Habacuc, a quien habían encontrado casi cubierto por la arena.

El anciano rabino se enjugó la boca, los ojos y el cuello con un trapo húmedo y se sentó en el suelo, frente a la silla vacía del higúmeno. A través de la puerta atrancada, escuchaba el soplo de Jehová, que secaba y devastaba el mundo. Los clamores de los profetas atravesaban su espíritu. En aquel aire abrasado llamaban a Dios a gritos, en aquel fuego de los labios y de los ojos debían sentir acercarse al Señor de las Naciones. «¡Vaya! Dios es un viento abrasador, es el rayo, lo sé —murmuró—, no es un jardín florido. Y el corazón del hombre es una hoja verde; Dios la hace replegarse sobre sí misma y la seca. ¿Qué podemos hacer? ¿Cómo hemos de comportarnos frente a él para que su rostro se suavice? Si le ofrecemos sacrificios de corderos, nos grita: no quiero carne; sólo los salmos pueden saciar mi hambre. Si abrimos la boca para entornar salmos, grita: no quiero palabras; ¡sólo la carne de cordero, la carne del hijo, del hijo único, puede saciar mi hambre!»

El anciano rabino suspiró. Se había fatigado e irritado a fuerza de pensar en Dios. Buscó un rincón para echarse en él. Exhaustos, privados de sueño, los monjes estaban en sus celdas durmiendo y soñando con el higúmeno. Durante cuarenta días su alma rondaría por el Monasterio, entraría en las celdas para ver qué hacían los monjes, para aconsejarles o regañarles. El anciano rabino paseó la mirada en torno suyo, y no vio a nadie. Solamente habían entrado los dos perros negros, que se acostaron sobre las baldosas y husmearon, gimiendo, la silla vacía. Afuera, el viento batía la puerta con rabia; también él quería entrar.

Pero cuando el rabino se disponía a acostarse junto a los perros vio de pie en un rincón, inmóvil, al hijo de María que lo miraba. El sueño abandonó inmediatamente sus párpados cansados. Se levantó, se sentó, inquieto, y, con una señal invitó al hijo de su hermano a acercarse. Este, como si esperara la llamada, esbozó una sonrisa amarga que vibró en las comisuras de sus labios y se acercó.

—Jesús —dijo el rabino—, siéntate. Debo hablar contigo.

—Escucho —dijo el joven. Se sentó en el suelo ante el anciano—. Yo también debo hablar contigo, tío Simeón.

—¿Qué buscas aquí? Tu madre recorre las aldeas, te busca y se lamenta.

—Ella me busca y yo busco a Dios. Nunca nos encontraremos —dijo el hijo de María.

—No tienes corazón. Jamás amaste a tu padre ni a tu madre como un hombre.

—Mejor para ellos. Mi corazón es una zarza ardiente. Quema cuanto toca.

—¿Qué te ocurre? ¿Cómo puedes hablar de ese modo? ¿Qué te falta? —dijo el rabino. Adelantó la cabeza para ver mejor al hijo de María—. Tus ojos están cargados de lágrimas. Una pena secreta te corroe, hijo mío. Confiésame esa pena... Te aliviarás. Una pena profunda...

—¿Una? —dijo el joven. La sonrisa amarga invadió todo su rostro—. ¿Una? ¡Una multitud!

El rabino se asustó al oír aquel grito desgarrador. Colocó la mano sobre la rodilla de Jesús, para infundirle valor.

—Te escucho, hijo mío —dijo con ternura—. Revélame tus penas, sácalas del fondo de tu ser. Se exasperan en la oscuridad, pero la luz las mata. No tengas vergüenza ni miedo. ¡Habla!...

El hijo de María no sabía qué decir, por dónde empezar, qué debía guardar en secreto en el fondo de su corazón, qué debía confesar para aliviarse. Dios, Magdalena, los siete pecados, las cruces, los crucificados desfilaban ante él y desgarraban sus entrañas.

El rabino le acariciaba las rodillas, lo miraba, le suplicaba en silencio.

—¿No puedes, hijo mío? —dijo al fin en voz baja, tiernamente—. ¿No puedes? No puedo, tío Simeón.

—¿Tienes muchas tentaciones? —preguntó en voz más baja, más tiernamente.

—Muchas, muchas —respondió el joven con terror—. Muchas.

—Yo también —dijo en un suspiro el viejo rabino—, yo también, hijo mío, cuando era joven sufría mucho... Dios me perseguía, me ponía a prueba, quería ver si resistía, hasta qué punto resistía... Yo también tenía muchas tentaciones. Algunas presentaban un aspecto brutal, pero éstas no me daban miedo. Otras tenían un rostro apacible, lleno de dulzura, y ésas eran las que me espantaban, y vine, tú lo sabes, a este Monasterio, donde tú también has venido, en busca de reposo. Pero justamente aquí, Dios, que me perseguía, me tendió una celada. Me envió una tentación vestida de mujer... Sucumbí, ¡ay!, a la tentación y desde entonces... ¿acaso era eso lo que Dios quería? ¿Para eso me perseguía? Desde

entonces me sentí tranquilo. Dios también se apaciguó y nos reconciliamos. Del mismo modo tú te reconciliarás con él, hijo mío, y te curarás.

El hijo de María sacudió la cabeza.

—Creo —murmuró— que no me curaré tan fácilmente.

Calló. El rabino guardaba también silencio. La respiración de ambos era rápida, entrecortada.

—No sé por dónde comenzar —dijo el joven, haciendo ademán de levantarse—. No comenzaré. ¡Me da vergüenza!

Pero el rabino le tomó enérgicamente las rodillas con ambas manos.

—¡No te levantes! —ordenó—. ¡No te vayas! La vergüenza es también una tentación y debes vencerla. Quédate conmigo. Yo te preguntaré, ten paciencia, yo te preguntaré y tú responderás. ¿Por qué has venido al Monasterio?

—Para liberarme.

—¿Para liberarte? ¿De qué? ¿De quién?

—De Dios.

—¡De Dios! —exclamó el rabino, turbado.

—Me perseguía, clavaba sus uñas en mi cabeza, en mi corazón, en mis ijadas, quería empujarme...

—¿Adonde?

—Al precipicio.

—¿Qué precipicio?

—Su precipicio. Quería que me levantara y hablara. ¿Para decir qué? Nada tengo que decir y le gritaba: ¡déjame! Pero él no me soltaba. ¡Ah, conque no me sueltas! Pues bien, ya verás. Ya verás, haré que te asquees y me soltarás. Entonces caí en todos los pecados imaginables.

—¡En todos los pecados imaginables! —gritó el rabino.

Pero el joven no le oyó. Se sentía poseído por la cólera y el dolor.

—¿Por qué me ha elegido a mí, a mí? ¿No abrió mi pecho para ver qué se escondía allí? Todas las serpientes se entrelazan en mí y silban. Silban y danzan. Todos los pecados. Y sobre todo...

Sintió un nudo en la garganta y el sudor comenzó a correr por su rostro. Permaneció en silencio.

—¿Y sobre todo? —dijo el rabino en voz baja.

—¡Magdalena! —dijo el joven, alzando la cabeza.

—¡Magdalena!

El rostro del anciano se había puesto lívido.

—Yo tengo la culpa, yo tengo la culpa de que haya tomado el camino que tomó. Desde nuestra infancia la arrojé al camino del placer. Lo confieso, y escucha, anciano rabino, te estremecerás. Debía tener tres años y me metía en tu casa cuando todos salíais, tomaba a Magdalena de la mano, nos desvestíamos, nos acostábamos en el suelo y juntábamos las plantas de los pies. ¡Qué gozo sentíamos! ¡Era un pecado! Después Magdalena siguió el camino de la perdición. Se perdió. Desde entonces, no pudo ya vivir sin un hombre, sin los hombres...

Miró al anciano rabino. Pero éste había hundido la cabeza en las rodillas y callaba.

—Es mía la culpa... ¡mía y sólo mía! —gritó el hijo de María golpeándose el pecho. Luego, al cabo de un momento, añadió —: ¡Y. si sólo fuera eso! ¡Desde mi infancia llevo oculto en mí, profundamente oculto, no sólo al demonio de la fornicación, sino también al demonio de la arrogancia, anciano rabino! Era pequeñito, aún no podía andar con paso firme, avanzaba pegado a las paredes, agarrándome a ellas para no caer. Una voz gritaba en mí: «¡Dios mío, hazme Dios! ¡Dios mío, hazme Dios! ¡Dios mío, hazme Dios!», y avanzaba pegado a las paredes. Un día tenía en la mano un gran racimo de uvas y una gitana, que pasaba por allí, se acercó a mí, se agachó y me tomó la mano: «Dame el racimo —me dijo— y te diré la buenaventura.» Le di el racimo, la gitana se inclinó y miró atentamente mi mano. Gritó: «¡Oh! ¡Oh! Veo cruces, cruces y estrellas...» Se echó a reír y añadió: «¡Tú serás el rey de los judíos!» Luego se fue y yo me lo creí; me envanecí y desde entonces, tío Simeón, desde entonces perdí la cabeza. Jamás confesé esto a nadie, y tú eres el primero a quien se lo revelo, tío Simeón. Desde entonces, perdí la cabeza.

Calló durante unos instantes para añadir luego:

—¡Yo soy Lucifer! ¡Yo, yo soy Lucifer!

El rabino levantó la cabeza, que tenía hundida en las rodillas, y alargó la mano hacia la boca del joven.

—¡Cállate! —le ordenó.

—No me callaré dijo el joven, excitado—. ¡Ya es demasiado tarde y no me callaré! Soy embustero, hipócrita, miedoso. Jamás tengo el valor de decir la verdad. Cuando veo pasar a una mujer, me ruborizo y bajo la cabeza, pero mis ojos se llenan de lascivia. Nunca levanto la mano para robar, golpear, o matar, no porque no desee hacerlo sino porque tengo miedo. Quiero rebelarme contra mi madre, contra el centurión, contra Dios y siento miedo. Miedo; tengo miedo. Si abres mi vientre, verás dentro de él el Miedo, como una liebre que tiembla. El Miedo. Y nada más. El Miedo es mi padre, mi madre y mi Dios.

El viejo rabino le tomó las manos y las conservó entre las suyas para apaciguarlo. Pero se agitaba, se debatía.

—No te asustes, hijo mío —le decía el rabino, consolándole—. Cuantos más demonios hay en nosotros, más posibilidades tenemos de convertirnos en ángeles, porque los ángeles no son sino demonios arrepentidos. Ten confianza. Pero querría preguntarte una sola cosa: ¿conociste alguna vez a una mujer?

—No —respondió el joven en voz baja.

—¿Y no querrías hacerlo?

El joven se ruborizó. No pronunció palabra alguna, pero su sangre latía violentamente en las sienes.

—¿Y no querrías hacerlo? —volvió a preguntar el anciano.

—Sí... —respondió el joven con voz tan débil que el rabino apenas le oyó.

Pero inmediatamente tuvo un sobresalto, como si despertara de un letargo, y lanzó un grito:

—¡No! ¡No quiero, no quiero!

—¿Por qué? —dijo el rabino, al que no se le ocurría remedio para aliviar el tormento del joven. Lo sabía por propia experiencia. Lo sabía por haber visto a una multitud de poseídos que lanzaban espuma por la boca, gritaban y blasfemaban... el mundo les resultaba demasiado pequeño hasta que tomaban una mujer; tenían hijos y se calmaban.

—Eso no me basta —dijo el joven con voz firme—. Es demasiado poco para mí.

—¿No te basta? —dijo el rabino, con los ojos redondos de asombro—. ¿Qué deseas, entonces?

Atravesó el espíritu del joven la imagen de Magdalena; la imaginó con paso elástico y porte orgulloso, con los labios, las mejillas y los ojos cargados de afeites y el pecho desnudo; sus dientes reían y centelleaban al sol. Pero mientras se paseaba cimbreante, su cuerpo se metamorfoseó y multiplicó. El hijo de María veía ahora un lago, sin duda el lago de Genezaret, y en torno de aquel lago millares de hombres y mujeres, millares de Magdalenas con la cabeza levantada y el rostro feliz; el sol caía sobre aquellos rostros que irradiaban dicha. Pero no era el sol, era él mismo, el hijo de María, quien se inclinaba sobre ellos, y entonces los rostros aparecían inundados de luz. ¿Era aquello la alegría? ¿El amor? ¿La liberación? No podría decirlo. Sólo veía luz.

—¿En qué piensas? —preguntó el rabino—. ¿Por qué no respondes?

El joven estalló:

—¿Crees en los sueños, tío Simeón? —preguntó bruscamente—. Yo creo en ellos, de hecho no creo en otra cosa. Un día tuve un sueño. Enemigos invisibles me habían atado a un ciprés seco y en mi cuerpo, de pies a cabeza, había clavadas largas flechas rojas; manaba la sangre. Me habían colocada en la cabeza una corona de espinas y en medio de las espinas se entrelazaban letras de fuego: «Santo Blasfemador». Ese Santo Blasfemador soy yo, rabino Simeón. No me hagas preguntas... ¡porque me pondré a blasfemar!

—Ponte a blasfemar, hijo mío —dijo tranquilamente el rabino, volviendo a tomarle las manos—. Ponte a blasfemar, que eso te aliviará.

—En mí hay un demonio que grita: «¡No eres el hijo del carpintero! ¡Eres el hijo del rey David! No eres un hombre sino el Hijo del Hombre profetizado por David. Es más: ¡el hijo de Dios! Es más... ¡Dios!»

El rabino le escuchaba, encorvado, y sentía estremecerse su viejo cuerpo. Asomaba espuma en los bordes de los labios resecos del joven; la lengua se le había pegado al paladar y ya no podía hablar. ¿Qué habría podido añadir? Lo había dicho todo y sentía que su corazón se había vaciado. Con un brusco movimiento liberó sus manos de las del anciano y se levantó. Se volvió hacia el rabino:

—¿Tienes que hacerme más preguntas?— dijo en un silbido.

—No —respondió el anciano. Sentía que sus fuerzas lo abandonaban. Había sacado en su vida muchos demonios de la boca de los hombres; los poseídos acudían desde los confines del mundo y él los curaba. Tenían pequeños demonios fáciles de tratar: el demonio del baño, de la cólera, de la enfermedad. Pero aquel... ¿cómo luchar con semejante demonio?

Afuera, el viento de Jehová batía aún la puerta y quería entrar. No se oía ninguna otra voz. No había ni un chacal en la tierra, ni un cuervo en los aires.

Todos los seres se habían acurrucado, aterrorizados, esperando a que pasara la cólera del Señor.

XI

El hijo de María se recostó contra la pared y cerró los ojos. Su. boca estaba agria como la hiel. El rabino había vuelto a hundir su anciana cabeza en las rodillas y pensaba en el Infierno, en los demonios y en el corazón del hombre... No, el infierno y los demonios no están en el fondo del abismo de la tierra sino en el corazón del hombre, inclusive del más virtuoso y del más justo. Dios es un abismo, el hombre también es un abismo y el anciano rabino no se atrevía a abrir su propio corazón para ver qué contenía.

Permanecieron durante un largo rato sin hablar. Reinaba un silencio profundo. Hasta los perros se habían fatigado de llorar al muerto y se habían dormido. Repentinamente oyóse en el patio un silbido suave y penetrante.

Jeroboam, el monje medio loco, fue el primero que lo escuchó y se puso en pie de un salto. Cada vez que el viento de Jehová se alzaba, oíase en el patio aquel suave silbido y el monje brincaba de alegría. El sol se inclinaba, pero el patio estaba aún inundado de luz y los ojos del monje percibieron en las baldosas, junto a la cisterna cegada, una gran serpiente negra con listas amarillas que alzaba el cuello hinchado, sacaba el dardo de su lengua y silbaba. Jeroboam no había oído jamás un sonido de flauta que tuviera la seducción de aquel silbido. A veces, en verano, cuando soñaba con una mujer, veía a la mujer que se deslizaba como una serpiente hasta la estera donde él dormía, acercaba la lengua a su almohada y silbaba...

Aquella noche Jeroboam salió presurosamente de su celda y se acercó, reteniendo el aliento, a la serpiente enardecida que silbaba. La miraba, la miraba, y también él comenzó a silbar y a sentir que el calor de la serpiente pasaba a su cuerpo. De la cisterna cegada, de las higueras que rodeaban el patio, de la arena, comenzaron a salir suavemente una serpiente de cabeza azul, otra verde, otras con manchas amarillas, otras completamente negras.... Se arrastraban muy rápidamente, como el agua, y pronto se reunieron con la primera serpiente, la que había llamado, y formaron un apretado haz. Se frotaban una contra otra y se lamían entre sí. Un racimo de serpientes quedó suspendido en medio del patio. El viejo Jeroboam las miraba, pasmado, y se le caía la saliva de la boca. «El amor es esto, así el hombre se une con la mujer —pensaba—, y por esto Dios nos arrojó del Paraíso...» Su cuerpo giboso y vacío de amor se balanceaba a derecha e izquierda, como las serpientes.

El anciano rabino oyó la flauta fascinadora, alzó la cabeza y aguzó el oído. «Las serpientes se acoplan en él viento abrasado de Dios —pensó—. Dios sopla, quiere quemar el mundo y las serpientes se alzan y se ayuntan...» Durante unos instantes, el espíritu del anciano se abandonó a aquella seducción. Pero repentinamente se estremeció. «Todo procede de Dios —reconoció—, todo tiene un doble sentido, un sentido visible y otro oculto. La mayoría de la gente sólo percibe el sentido visible y se dice: es una serpiente, y su espíritu no va más allá. Pero el espíritu habitado por Dios ve, tras la serpiente visible, su sentido oculto. Hoy, en este instante, después de la confesión del hijo de María, las serpientes que acaban de reunirse y que silban ante la puerta de la celda poseen ciertamente un sentido oculto... ¿Cuál es?»

Su abuelo, el gran exorcista Josafat, que era higúmeno cuando Simeón habían ingresado como monje en aquel Monasterio, le había enseñado el lenguaje de las aves; el viejo rabino sabía qué dicen las golondrinas, las palomas, las

águilas. Josafat le había prometido enseñarle también el lenguaje de las serpientes, pero no había tenido tiempo para ello y murió llevándose el secreto consigo... Aquella noche, aquellas serpientes traían con seguridad algún mensaje. ¿Cuál era?

Nuevamente se hizo un ovillo y apretó en las manos su cabeza, que zumbaba. Durante largo tiempo se volvió de un lado a otro y suspiró. Sentía que relámpagos negros y blancos desgarraban su espíritu. ¿Qué sentido? ¿Qué mensaje? De pronto lanzó un grito. Se levantó, empuñó el cayado del higúmeno y se apoyó en él:

—Jesús —dijo en voz baja— Jesús ¿cómo sientes tu corazón?

El joven no oyó. Estaba sumergido en una alegría muda. Por primera vez después de tantos años, aquella noche en que había tomado la decisión de confesarse, de hablar, había distinguido, una por una en la noche de su corazón, las serpientes que silbaban en él, les había dado un nombre, y al darles un nombre, le pareció que salían de su seno, que se deslizaban fuera de él; estaba aliviado.

—Jesús —volvió a preguntar el rabino—, ¿cómo sientes tu corazón? ¿Está aliviado?

Se inclinó y le tomó la mano:

—Ven —le dijo con ternura, llevándose un dedo a los labios.

Abrió la puerta y, sin soltarle la mano, franquearon el umbral. Ahora las serpientes, enardecidas, pegadas unas a otras, unidas a la tierra sólo por la cola, se había alzado formando un haz y danzaban en el torbellino de arena abrasadora, al capricho del viento de Dios; a veces se petrificaban y quedaban inmóviles.

El hijo de María retrocedió al verlas, pero el rabino le apretó el puño. Adelantó el cayado y tocó con la punta el racimo de serpientes.

—Mira —le dijo con dulzura, mirando al joven con una sonrisa—, se han ido. —¿Se han ido? —dijo el joven, desconcertado—. ¿Se han ido? Pero, ¿de dónde?

—¿No sientes aliviado tu corazón? Se han ido de tu corazón.

El hijo de María abrió desmesuradamente los ojos y se puso a mirar ora al rabino que le sonreía, ora a las serpientes que, todas juntas, se desplazaban ahora danzando y dirigiéndose hacia la cisterna cegada. Se llevó la mano al corazón y lo sintió latir rápida, alegremente.

—Entremos —dijo el anciano, volviendo a cogerle la mano.

Entraron y el rabino cerró la puerta.

—Alabado sea Dios —dijo, conmovido. Miró al hijo de María con extraña turbación.

«Es un milagro —pensaba—, todo es un milagro en la vida del joven que en este momento está frente a mí...» Sentía deseos de extender la mano sobre él para bendecirlo, de inclinarse para besarle los pies... Pero se contuvo. ¡Cuántas veces le había engañado Dios! Cuántas veces, al oír a los profetas que bajaban en los últimos tiempos de la montaña o llegaban del desierto, había exclamado: «¡He aquí el Mesías! ¡Es él!»

Pero Dios le engañaba y el corazón del rabino, que estaba a punto de abrirse como una flor, pronto volvía a ser una cepa muerta. Por eso se contuvo. «Primero

hay que ponerlo a prueba —pensó en su interior—. Se liberó de las serpientes que lo corroían. Se ha purificado. Ahora quizá se yerga y hable a los hombres; entonces veremos.»

Abrióse la puerta y entró Jeroboam, el padre hospitalario. Llevaba a los huéspedes su pobre comida: pan de centeno, aceitunas y leche. Se volvió hacia el joven:

—Esta noche puse tu estera en otra celda; tendrás compañía.

Pero el espíritu de los dos visitantes estaba muy lejos y no lo oyeron. Desde el fondo de la cisterna cegada les llegó nuevamente el canto de las serpientes, medio ahogado ahora.

—Se acoplan —rió burlonamente el monje—... El viento de Dios sopla, ¡y aquellas malditas serpientes no tienen miedo! ¡Se acoplan!

Miró al anciano guiñando un ojo. Pero éste mojaba el pan en la leche y masticaba para cobrar fuerzas, para transformar el pan, las aceitunas y la leche en inteligencia, a fin de poder hablar al hijo de María. El monje giboso miraba al uno y al otro. Al fin se cansó y se fue.

Ahora comían los dos, sentados con las piernas cruzadas uno frente a otro, silenciosos. Las penumbras inundaban la celda; los escabeles, la silla del higúmeno, el facistol en que aún se veía, abierto, el libro del profeta Daniel, devolvían un resplandor aterciopelado en la oscuridad. El aire de la celda olía aún a incienso. Fuera, el viento se calmaba.

—El viento ha cedido —dijo el rabino—. Dios se ha ido.

El hombre joven no respondió: «Las serpientes salieron —pensaba—, salieron, salieron de mí... ¿Era esto lo que Dios quería? ¿Para esto me envió aquí al desierto, para que me curara? Sopló, las serpientes lo oyeron y salieron de mi corazón, salieron... ¡Alabado sea Dios!»

El rabino acabó su comida, alzó las manos al cielo y dio gracias a Dios. Se volvió hacia su compañero:

—Jesús —dijo—, ¿está aquí tu espíritu? Soy el anciano rabino de Nazaret, ¿me oyes?

—Te oigo, tío Simeón —dijo el joven y se sacudió para salir del abismo profundo en que se había hundido.

—Ha llegado la hora, hijo mío. ¿Estás listo?

—¿Listo? —preguntó el joven estremeciéndose—. ¿Listo para qué?

—Lo sabes de sobra. ¿Por qué me lo preguntas? Para levantarte y hablar.

—¿A quién?

—A los hombres.

—¿Para decirles qué?

—No te preocupes. Abre la boca; Dios sólo te pide eso. ¿Amas a los hombres?

—No sé. Los veo y los compadezco; eso es todo.

—Eso basta, hijo mío, eso basta. Levántate y habíales. Entonces es posible que tu dolor se multiplique, pero que el de ellos se mitigue. Acaso Dios te haya enviado al mundo para esto. ¡Ya veremos!

—¿Acaso Dios me ha enviado al mundo para esto? ¿Cómo lo sabes, anciano? —preguntó el joven. Esperaba con angustia la respuesta.

—No lo sé. Nadie me lo dijo, pero es posible que así sea. He visto signos. Cuando eras niño, tomaste una vez un trozo de arcilla e hiciste con él un ave. Y mientras la acariciabas y le hablabas, me pareció que le crecían las alas y que echaba a volar.

Quizás esa ave de arcilla fuera el alma del hombre, Jesús, hijo mío. El alma del hombre entre tus manos.

El joven se levantó. Abrió la puerta con preocupación, asomó la cabeza y escuchó. Las serpientes habían callado por completo, lo cual le alegró. Se volvió hacia el anciano rabino:

—Dame tu bendición, anciano —le dijo—. No me hables más, no puedo oír nada más. Es suficiente.

Y poco después:

—Estoy cansado, tío Simeón. Iré a acostarme. A veces Dios se presenta de noche para explicar los hechos del día. ¡Buenas noches, tío Simeón!

Frente a la puerta le esperaba el padre hospitalario, quien le dijo:

—Ven, te mostraré dónde te he preparado la cama. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Hijo del carpintero.

—Yo soy Jeroboam. También me llaman el Giboso. Hago mi trabajo: mastico el trozo de pan que Dios me dio.

—¿Qué trozo de pan?

El giboso se echó a reír.

—¿No comprendes, bendito? Mi alma. Cuando termine de tragarla, ¡buenas noches! ¡Llega la Muerte y me devora a mí!

Se detuvo y abrió una portezuela.

—Entra —le dijo—. Allí, a la izquierda, en el rincón, está tu estera. —Lo empujó riendo al centro de la celda—. Que tengas bellos sueños, muchacho. Verás mujeres: flotan en el aire del Monasterio. —Reventó de risa y cerró ruidosamente la puerta.

El hijo de María se detuvo. La celda estaba a oscuras y, al principio, no distinguió nada. Poco a poco, los muros enjalbegados comenzaron tímidamente a aclararse y, en un hueco de la. pared, brilló un cántaro. En el rincón, clavados en él, resplandecían un par de ojos.

Avanzó lentamente, a tientas, con las manos extendidas. Su pie tropezó con la estera replegada y se detuvo. Los dos ojos se movían y lo seguían.

—Buenas noches, compañero —dijo el hijo de María. Nadie le respondió.

Judas, hecho un ovillo y con la barbilla hundida en las rodillas, recostado contra el muro, lo miraba. Oíase su respiración pesada, oprimida. «Ven..., ven..., ven...», murmuró en su fuero interno. Su mano asía fuertemente el puñal que llevaba contra el pecho. «Ven..., ven..., ven...», murmuró casi imperceptiblemente, mirando al hijo de María, que avanzaba hacia él. «Ven..., ven..., ven...»

Lo atraía.

Recordaba ahora que en Keriot, aldea de Idumea donde había nacido, el hermano de su madre, el exorcista, atraía de ese modo a los chacales, las liebres, y las perdices que quería matar. Se echaba a tierra, clavaba en él animal sus ojos de fuego y comenzaba a silbar. Un silbido que era, a la vez, un deseo, un ruego y una orden: «Ven..., ven..., ven...» El animal, fascinado, se arrastraba con la cabeza gacha, anhelante, hacia la boca que silbaba...

De pronto Judas comenzó a silbar. Al principio, silbó muy bajo, delicadamente; pero el silbido iba ascendiendo gradualmente, se exasperaba, amenazaba, y el hijo de María, que se había acostado para dormir, se sobresaltó, asustado. ¿Quién estaba junto a él? ¿Quién silbaba? Sintió un olor a fiera excitada y comprendió.

—Judas, hermano mío, ¿eres tú? —preguntó en voz baja.

—¡Crucificador! —rugió el otro, golpeando coléricamente el piso con el tacón.

—Judas, hermano mío —repitió el joven—; el crucificador sufre más que el crucificado.

Con un movimiento brusco, el pelirrojo rodó sobre sí mismo y se puso frente al hijo de María.

—Juré a mis hermanos los zelotes, juré a la madre del crucificado, que te mataría. Bienvenido, crucificador. Silbé y tú acudiste.

Se puso en pie de un salto, corrió el cerrojo de la puerta y fue a acurrucarse en un rincón, con la mirada clavada en Jesús.

—¿Oíste lo que dije? No comiences a gemir. Prepárate.

—Estoy preparado.

—No te molestes en gritar. Despacharé rápidamente este asunto; debo salir del Monasterio antes del alba.

—Seas bienvenido, Judas, hermano mío. Estoy preparado. No fuiste tú sino Dios quien silbó, y he acudido. Su gracia ha dispuesto que las cosas sucedan así, y tú llegaste en el momento oportuno. Esta noche mi corazón se purificó, se alivió, y ahora puedo presentarme ante Dios. Estoy cansado de vivir y de luchar con él. Alargo el cuello, Judas; estoy listo.

El herrero gruñó y frunció las cejas. Le repelía herir un cuello que le alargaban indefenso, como un cuello de cordero. Deseaba que el otro le opusiera resistencia, que ambos se trenzaran en una lucha cuerpo a cuerpo, que su sangre se inflamara y que, tal como propio de hombres, el asesinato fuera la última y justa recompensa de la lucha.

El hijo de María había alargado el cuello y esperaba. El herrero adelantó su manaza y lo rechazó violentamente.

—¿Por qué no te resistes? —gritó—. ¿Qué clase de hombre eres? ¡Levántate y lucha!

—No quiero, Judas, hermano mío. ¿Por qué habría de resistirme? Lo que tú quieres lo quiero yo también y, sin duda, lo quiere también Dios. Por eso lo dispuso todo tan perfectamente. ¿Comprendes? Tú y yo nos encaminamos hacia éste Monasterio en el mismo momento. Apenas llegué aquí, mi corazón se purificó y me preparé para recibir la muerte. Tú tomaste tu puñal, te agazapaste en ese rincón y te preparaste para darme muerte. Se abrió la puerta y entré yo... ¿Necesitas otros signos, Judas?

El pelirrojo se mordía frenéticamente los bigotes y callaba. Su sangre hervía, le afluía al rostro y lo enrojecía, lo emblanquecía para volver a enrojecerlo.

—¿Por qué fabricas cruces? —rugía por último.

El joven inclinó la cabeza. Aquel era su secreto... ¿cómo revelarlo? ¿Acaso el herrero podría dar crédito a los sueños que Dios le enviaba, a las voces que oía cuando estaba solo, a las garras que se clavaban en su coronilla y querían alzarlo hasta el cielo? ¿Cómo comprendería que él no quería, se resistía, que se aferraba al mal para no abandonar la tierra?

—No puedo explicártelo, Judas, hermano mío. Perdóname —dijo con aire contrito—. No puedo...

El pelirrojo cambió de sitio para ver en la oscuridad el rostro del joven. Lo miró con avidez y retrocedió luego lentamente hasta apoyarse de nuevo contra el muro. «¿Qué clase de hombre es éste? —pensaba—. No comprendo. ¿Lo gobierna un demonio o un Dios? Quienquiera que sea, lo gobierna con mano segura... ¡maldito sea!... No resiste, y ésa es la mayor resistencia. Yo no puedo degollar corderos. Hombres sí puedo, pero corderos no.» Estalló:

—¡Eres un cobarde, desdichado! ¡Que el diablo cargue contigo! Te dan un bofetón en una mejilla y tú ofreces enseguida la otra. Si ves un puñal, alargas el cuello. A un hombre le asquearía herirte.

—Dios no está asqueado de mí —murmuró con gran calma el hijo de María.

El herrero movía el puñal en la mano, indeciso. Durante unos instantes pareció que un resplandor temblaba en derredor de la cabeza inclinada del joven. Las coyunturas de sus manos se distendieron; había sentido miedo.

—Tengo la cabeza dura —dijo—, pero habla, que te comprenderé. ¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿De dónde vienes? ¿Qué significan esas leyendas que te rodean: el bastón florecido, el rayo, los desmayos que sufres cuando te paseas por las calles, y las voces que, al parecer, oyes de noche? ¿Cuál es tu secreto? ¡Dímelo!

—La piedad, Judas, hermano mío.

—¿Por quién? ¿De quién tienes piedad? ¿De tu miseria, de tu pobreza? ¿O te apiadas de Israel? ¡Habla! ¿De Israel? Dime eso ¿oyes?, eso y nada más. ¡Habla! ¿Te corroe el sufrimiento de Israel?

—El sufrimiento del hombre, Judas, hermano mío.

—Deja de lado a los hombres. También son hombres los griegos, ¡malditos sean!, que nos degollaron durante tantos años. También lo son los romanos, que continúan degollándonos y mancillan nuestro Templo y a nuestro Dios. ¿Por qué te preocupas por ellos? Piensa en Israel. Sí sientes piedad, siéntela por Israel... ¡y que todos los demás se vayan al infierno!

—Yo me apiado hasta de los chacales y de los gorriones, Judas. Y de la hierba verde.

—¡Ja, ja! —rió en un silbido el pelirrojo—. ¿Y también de las hormigas?

—También de las hormigas. Todo procede de Dios. Me inclino sobre la hormiga y veo en sus ojos negros y brillantes el rostro de Dios.

—¿Y si te inclinas sobre mi rostro, hijo del carpintero?

—También allí vería, en lo más hondo, el rostro de Dios.

—¿Y no temes a la muerte?

—¿Por qué habría de temerle? La muerte no es una puerta que cierra, sino una puerta que abre. Abre y entramos.

—¿Adonde entramos?

—Al seno de Dios.

Judas exhaló un furioso suspiro. «No hay modo de acorralarlo; no da pie para ello porque no teme la muerte...» Apoyó la barbilla en su mano. Lo miraba y se esforzaba por tomar una decisión.

—Si no te mato —le dijo por último—, ¿qué harás?

—No lo sé. Lo que Dios decida. Quería levantarme y hablar a los hombres.

—¿Para decirles qué?

—¿Cómo quieres que lo sepa, Judas, hermano mío? Abriré la boca y Dios hablará.

La luz que rodeaba la cabeza del joven se tornó más intensa, resplandeció su rostro, hundido, doliente, y sus ojos, sus grandes ojos negros, hechizaron a Judas con la carga de su dulzura inexpresable. El pelirrojo bajó los ojos, desconcertado. «Si supiera —pensó— que comenzará a hablar para despertar los corazones de Israel y para que los hebreos caigan sobre los romanos, no lo mataría.»

—¿Por qué tardas, Judas, hermano mío? —preguntó el joven—. ¿O bien Dios no te envió para matarme? Acaso no sea ése su designio, acaso ni siquiera tú lo conozcas y me miras esforzándote por adivinarlo. En cuanto a mí, estoy listo para morir y listo para vivir. Decídete.

—No tengas prisas —respondió el otro con rudeza—. La noche es larga y nos sobra el tiempo.

Luego, al cabo de un momento, añadió, fuera de sí:

—No es posible hablar contigo. Te hago una pregunta y tú respondes otra cosa; eres escurridizo como una serpiente. Antes de verte y de oírte, mi espíritu estaba más seguro de sí mismo, mi corazón estaba más firme... Déjame tranquilo, apártate y duerme... Quiero quedarme solo para recapacitar y ver qué debo hacer.

Se volvió hacia el muro, gruñendo.

El hijo de María se tendió en la estera y cruzó los brazos, tranquilo.

«Ocurrirá lo que Dios quiera», pensó y cerró los ojos con confianza.

En el peñasco de enfrente, una lechuza salió de su nido, vio que la tormenta de Dios había pasado, revoloteó de un lado a otro y comenzó a ulular tiernamente y a llamar a su compañero: «Dios se fue —le gritaba—. Nuevamente nos rodea la seguridad, ¡ven, amor mío!»

Allá, en lo alto, el tragaluz de la celda se pobló de estrellas. El hijo de María abrió los ojos y vio con alegría las estrellas, que se movían lentamente y desaparecían para dar paso a otras, que ascendían. Las horas transcurrían.

Judas, aún sentado en la estera con las piernas cruzadas, se agitaba, se ahogaba, gruñía; a veces se levantaba para ir hasta la puerta y volver luego a su sitio. «Ocurrirá lo que Dios quiera», pensaba el hijo de María, mirándolo con los ojos entrecortados. Esperaba. Transcurrían las horas.

En la cuadra vecina, un camello lanzó un grito de terror. Debía haber visto en sueños a un lobo o a un león. Nuevas estrellas ascendían por el lado oriental, grandes estrellas furiosas en formación de batalla, como un ejército.

De pronto, un gallo cantó en la noche aún profunda. Judas se puso en pie de un salto. De una zancada llegó a la puerta. La abrió violentamente y la cerró tras sí. Sus pisadas resonaron ruidosamente en las baldosas.

Entonces el hijo de María se volvió. Vio en el rincón opuesto, sumido en la oscuridad, de pie, despierta, a su fiel compañera.

—Perdóname, hermana —le dijo—. Aún no ha llegado la hora.

XII

Aquel día levantábanse altas olas en el lago de Genezaret. El viento era húmedo y cálido; había llegado el otoño y la tierra olía a hojas de parra y a uvas demasiado maduras. Muy temprano, multitud de hombres y mujeres habían salido de Cafarnaum. Estaban en plena vendimia y los racimos de uvas, henchidos de zumo, descansaban al sol. Las muchachas brillaban como las semillas de los frutos. Habían comido uvas de la tina hasta hartarse y mostraban los labios con manchas violáceas. Los muchachos, angustiados, en plena locura de la juventud, miraban a hurtadillas a las muchachas que vendimiaban y sentían hervir la sangre. En todos los viñedos no había más que gritos y estallidos de risa. Las muchachas se mostraban audaces, provocaban atrevidamente a los jóvenes, y éstos, más enardecidos aún, se acercaban a ellas. El demonio malicioso de la vendimia correteaba de uno a otro lado con su sonrisa zumbona y pellizcaba a las mujeres.

La amplia casa de campo del viejo Zebedeo hervía de actividad, con las puertas abiertas. En el lado izquierdo del patio estaba la tina para pisar la uva; los jóvenes descargaban allí cestos que desbordaban de racimos y la llenaban. Cuatro gigantones, Felipe, Santiago, Pedro y el zapatero de la aldea, Natanael, un hombretón ingenuo, se lavaban las velludas pantorrillas, preparándose para entrar en la tina y pisar la uva. Cada uno de los pobres de Cafarnaum poseía su pequeño viñedo, que le proporcionaba el vino que consumía, y año tras año llevaba la cosecha a aquel lugar, la pisaba y retiraba la parte de mosto que le correspondía. El viejo Zebedeo, el acaparador, cobraba un diezmo por el uso del lagar y llenaba de este modo sus jarras y toneles para todo el año.

Sentado en una plataforma elevada, con un trozo de madera en una mano y un cuchillo en la otra, marcaba con muescas el número de cestos de cada cual. Los propietarios inscribían también el número en su cerebro para que cuando, dos días después, se repartiera el mosto, no quedaran perjudicados. Zebedeo era un viejo rapaz que no inspiraba confianza y todos abrían los ojos.

La ventana que daba al patio estaba abierta y la anciana Salomé, dueña de la casa, echada en un diván, veía y oía cuanto ocurría afuera. Distraía así los dolores que le traspasaban las rodillas y las articulaciones. Había debido ser muy hermosa en su juventud; sus miembros eran finos, la tez clara y los ojos grandes: de buena casta. Tres aldeas se la disputaron: Cafarnaum, Magdala y Betsaida. Tres pretendientes se habían presentado ante su anciano padre, el acaudalado armador, cada cual seguido de un gran cortejo de amigos, camellos y cestos desbordantes de obsequios. El perspicaz anciano había pesado en su imaginación el cuerpo, el alma y la fortuna de cada uno de ellos y había elegido a Zebedeo. Este la había desposado y ella le había hecho feliz. Pero ahora, la hermosa entre las hermosas había envejecido, sus encantos se habían ajado, devorados por el tiempo, y a veces, durante las grandes fiestas, su viejo marido, siempre vigoroso, pasaba la noche fuera de casa divirtiéndose con las viudas.

Pero aquel día el rostro de la anciana Salomé resplandecía. La víspera, su querido hijo Juan había llegado del santo Monasterio. A decir verdad, estaba débil y pálido; la oración y el ayuno lo habían quebrantado. Pero ahora lo conservaría junto a ella, no le dejaría partir y le haría comer y beber bien para que cobrara energías y sus mejillas volvieran a lucir hermosos colores. «Dios es bondadoso —se dijo a sí mismo—, y nosotros veneramos su gracia; sí, es bondadoso, pero no ha de ponerse a beber la sangre de nuestros hijos. El ayuno y

la oración han de hacerse con mesura; eso satisface tanto a los hombres como a Dios. Así es como deben hacerse las cosas con sentido común.» Miraba hacia la puerta, esperando que apareciera, de regreso de las viñas donde vendimiaba con los otros, Juan, su hijo menor.

Bajo el gran almendro cargado de frutos, en el centro del patio, inclinado y sin despegar los labios, el pelirrojo Judas descargaba golpes redoblados de martillo y circuía con bandas de hierro los toneles de vino. Si se lo miraba del lado derecho, su rostro aparecía surcado de pliegues y lleno de recelo; si se lo miraba del lado izquierdo, parecía inquieto y entristecido. Hacía varios días que había partido del Monasterio como un ladrón, realizaba la gira habitual por las aldeas y preparaba los toneles para el vino nuevo. Entraba en las casas, trabajaba, escuchaba las conversaciones, registraba en su cerebro los hechos y actitudes de cada cual para informar luego de todo ello a la cofradía. Pero ¿quién habría reconocido al pelirrojo de antes, al hombre gritón y pendenciero? Desde el día en que partiera del Monasterio parecía otro.

—¡Eh! ¡Abre la boca, Judas Iscariote, pelirrojo de mal agüero! —le gritó Zebedeo—. ¿En qué piensas? Dos y dos son cuatro... ¿No lo has comprendido aún? ¡Abre la boca, pobre amigo, di algo! ¡Estamos en la vendimia y hay que celebrarlo! ¡Estos días hasta los más tristes tienen deseos de reír!

—No le induzcas a la tentación, viejo Zebedeo —dijo Felipe—. Parece que fue al Monasterio y que quiere hacerse monje. ¿No has oído decir que, cuando envejece, el diablo se hace monje?

Judas se volvió y lanzó una mirada emponzoñada a Felipe, pero calló. Felipe le repelía; no era un hombre. Hablador y fanfarrón, el miedo le había hecho retroceder en el último momento y se había negado a incorporarse a la cofradía. «Tengo carneros y no puedo abandonarlos», fue su excusa.

El viejo Zebedeo estalló en una carcajada. Se volvió hacia el pelirrojo:

—Anda con cuidado, desdichado —le gritó—. ¡La enfermedad del convento es contagiosa! Poco faltó para que mi hijo la contrajera. Felizmente, mi mujer cayó enferma. Su niño mimado lo supo, y como el viejo higúmeno le había enseñado las virtudes de las hierbas, vino a cuidarla. Pero os juro, yo, Zebedeo, que no volverá a sacar las narices de mi casa. ¿Adonde iba a ir? ¿Acaso está loco? En el desierto no le esperan más que el hambre, la sed, las prosternaciones y Dios. En cambio, aquí hay buena comida, hay vino, mujeres y también está Dios. Dios está en todas partes, ¿por qué hemos de ir a buscarlo al desierto? ¿Qué dices tú a eso, Judas Iscariote?

Pero el pelirrojo continuaba descargando frenéticamente martillazos y no respondía. ¿Qué podía decirle? A aquel sucio viejo todo le salía a pedir de boca, y por eso ¿cómo podría comprender las angustias de los demás? Y hasta el mismo Dios, que fulminó a otros que en nada lo habían ofendido, le evitaba toda contrariedad y lo cuidaba como a la niña de sus ojos, a ese viejo puerco, astuto y codicioso. Caía sobre él como un manto de lana en invierno y como un fresco vestido de hilo en verano. ¿Por qué? ¿Qué veía en él? ¿Acaso aquel sucio viejo se preocupaba por la suerte de Israel? Por el contrario, deseaba el bien de los miserables romanos porque le cuidaban su fortuna. «Dios los guarde —decía—; mantienen el orden y, si se fueran, todos los rufianes y los harapientos caerían sobre nosotros y nos quedaríamos sin nada.» «Pero no te inquietes, viejo sucio; ya llegará el momento de la venganza. Los zelotes, ¡benditos sean!, harán lo que Dios

olvida o deja de hacer... ¡Paciencia, Judas, no digas ni una palabra! ¡Paciencia, que ya llegará el día de Jehová Sabaot!»

Alzó sus ojos de color turquesa, miró a Zebedeo y lo vio flotar de espaldas en su propia sangre, en el lagar. Una ancha sonrisa surcó su rostro.

Mientras tanto, los cuatro gigantones se habían lavado los pies y habían entrado en el lagar. Pisaban, pisoteaban la uva, se sumergían en ella hasta la rodilla, se inclinaban, tomaban puñados de uvas, las comían y se llenaban las barbas de rabillos. Ya se tomaban de la mano y danzaban, ya cada cual piafaba *como* un caballo y gritaba solo. El olor del mosto los había embriagado. Aunque no era sólo el olor lo que los embriagaba. Por la puerta abierta, allá lejos en los viñedos, veían a las vendimiadoras que, al inclinarse, dejaban ver sus encantos más arriba de la rodilla, así como sus senos que se balanceaban por encima de las vides como racimos.

Cuatro hombres las veían y sus cerebros se turbaban. No estaban ya en el lagar ni en las viñas de la tierra, sino en el Paraíso. Y allá, sentado en la plataforma, el viejo Jehová Sabaot con una larga tabla de madera en una mano y un cuchillo en la otra, marcaba lo que debía cada cual, cuántos cestos de uva había traído y cuántos cántaros de vino debería darles pasado mañana, cuando partieran. ¡Cuántos cántaros de vino, cuántas marmitas de comida, cuántas mujeres!

—A fe mía —exclamó Pedro—, si Dios viniera en este momento y me dijera: «¡Eh, Pedro, Pedrito! Hoy estoy de buen humor; pídeme cualquier gracia, que te la concederé. ¿Qué quieres?» Le respondería: «¡Pisar la uva, Dios mío; pisar la uva por toda la eternidad!»

—¿Y no beber vino, tonto de capirote? —le preguntó Zebedeo con rudeza.

—No, y lo digo con absoluta sinceridad. ¡Pisar la uva!

No reía. Su rostro estaba serio, absorto. Se detuvo un instante y estiró sus miembros bajo el sol. Llevaba el torso desnudo y, sobre su corazón, el dibujo de un gran pez formaba una mancha negra. Muchos años atrás, un artista, antiguo forzado, le había hecho aquel tatuaje con una aguja, y con tanta destreza que se hubiera dicho que el pez movía la cola, nadaba alegre y se deslizaba entre los pelos rizados de su pecho. Sobre el pez había una cruz de cuatro brazos Con anzuelos.

Sin embargo Felipe pensó en sus carneros. No le gustaba cavar la tierra, cuidar las viñas y pisar la uva. Se burló de Pedro:

—¡Vaya hermoso trabajo el de pisar uva por toda la eternidad! Yo le hubiera pedido que la tierra y el cielo se convirtieran en una pradera verde, poblada de cabras y ovejas, para ordeñarlas y hacer que la leche descendiera desde lo alto de la montaña, se deslizara como un río hacia la llanura y formara lagos en los que los pobres pudieran beber. Y que todas las noches nos reuniéramos todos los pastores con Dios, el jefe de los pastores, para encender fuego, asar carneros y contar historias. ¡Eso es el Paraíso!

—¡Vete al diablo, atolondrado! —murmuró Judas, lanzando una mirada sombría a Felipe.

Los jóvenes entraban y salían, casi desnudos, velludos, con un trapo de color alrededor de las nalgas. Oían aquellas conversaciones inconexas y reían. También ellos llevaban en sí mismos su Paraíso, pero no lo confesaban.

Derramaban el contenido de sus cestos en el lagar y franqueaban el umbral de un salto para reunirse de nuevo en el viñedo con las vendimiadoras.

El viejo Zebedeo abrió la boca para soltar algún comentario agudo, pero quedó aturdido: un extraño visitante había aparecido en la puerta y los miraba. Iba descalzo y desgreñado y vestía una piel de cabra atada al cuello; su rostro era tan amarillo como un trozo de azufre. Sus grandes ojos negros despedían llamas.

Los pies que aplastaban la uva permanecieron inmóviles. Zebedeo se tragó la frase que estaba a punto de pronunciar y todo el mundo se volvió hacia la puerta. ¿Quién era aquel muerto en vida que se hallaba en el umbral? Todas las risas se apagaron y la vieja Salomé apareció en la ventana. Miró y de pronto lanzó un grito:

—¡Andrés!

—¿Eres tú, Andrés? —gritó Zebedeo—. ¿Qué significa este atavío? ¿Vienes de los Infiernos o vas a ellos?

Pedro salió de un salto del lagar y tomó la mano de su hermano. Lo miraba con ternura y terror, sin hablar. ¡Dios mío! ¿Era aquél, Andrés, el muchacho robusto, célebre por su prestancia, primero en la pesca y primero en el baile, novio de la muchacha más hermosa de la aldea, la rubia Rut? Rut se había ahogado una noche en el lago junto con su padre. Aquella noche, Dios había levantado un viento terrible y la había ahogado. Y Andrés se había ido, loco de dolor, a entregarse a Dios atado de pies y manos. Quizá Rut se haya reunido con Dios, pensaba, y quizás él podría reunirse con ella en el seno de Dios. No buscaba a Dios, sino a su novia.

Pedro no dejaba de mirarlo con terror. «¡En qué estado se lo entregamos a Dios y en qué estado nos lo devuelve!»

—¡Eh, eh! ¿Por qué lo miras y lo tocas tanto tiempo? —gritó Zebedeo a Pedro—. Hazle entrar, no sea que un soplo de viento lo derribe. Entra, Andrés, hijo mío; agáchate, toma un racimo de uvas y come. También tenemos pan. Alabado sea Dios, come para reponerte, para no presentarte en ese estado ante Jonás, tu pobre padre. ¡El susto podría devolverlo al vientre de su ballena!

Pero Andrés alzó su brazo esquelético y gritó:

—¿No tenéis vergüenza, no teméis a Dios? ¡El mundo agoniza y vosotros pisáis la uva y os reís a mandíbula batiente!

—¡Vaya, vaya! ¡Otro que nos viene a contar historias! —murmuró Zebedeo. Se volvió, furioso, hacia Andrés—: ¿Nos dejarás tranquilo? Estamos hartos de sermones. ¿Eso es lo que proclama tu profeta, el Bautista? Dile de mi parte que cambie de estribillo. Según dice, llegó el fin del mundo y las tumbas van a abrirse para que los muertos salgan de ellas. Al parecer, Dios bajará del cielo. ¡El Juicio Final! Abrirá los registros, ¡y desgraciados de nosotros! ¡Mentiras! ¡Mentiras! ¡No escuchéis, muchachos! ¡A trabajar, pisad la uva!

—¡Arrepentios! ¡Arrepentios! —rugió el hijo de Jonás. Se arrancó de los brazos de su hermano y se colocó en el centro del patio, frente al viejo Zebedeo, con el dedo índice alzado hacia el cielo.

—Te daré un buen consejo, Andrés —dijo Zebedeo—. Siéntate y come; bebe un sorbo de vino para recobrar el juicio. ¡El hambre te ha enloquecido, desdichado!

—¡La buena vida te ha enloquecido, viejo Zebedeo! —respondió el hijo de Jonás—. Pero la tierra se abre bajo tus pies... Dios es un temblor de tierra... ¡La tierra devorará tu lagar, tus barcas y a ti mismo y a tu maldita panza!

Estaba excitado, paseaba la mirada a su alrededor, clavándola en unos y otros y gritando:

—¡Antes de que este mosto se convierta en vino llegará el fin del mundo! Poneos una camisa de tela basta, derramad ceniza sobre vuestras cabezas, golpeaos el pecho y gritad: ¡He pecado!

¡He pecado! ¡La tierra es un árbol y ese árbol está podrido! ¡El Mesías llega con el hacha!

Judas soltó el martillo. Su labio superior se había recogido y sus agudos dientes brillaban al sol. Pero el viejo Zebedeo no podía ya contenerse.

—¡Si crees en Dios, Pedro —gritó—, llévatelo! Aquí tenemos que trabajar. ¡Ya llega!... ¡Ya llega! ¡A veces nos lo presentan lanzando llamaradas de fuego, otras con rollos de registros, y ahora empuña un hacha! ¡Vaya, vaya! ¿Nos dejaréis tranquilos de una vez por todas, embaucadores del pueblo? ¡Este mundo no se acaba, no se acaba, muchachos! ¡Pisad la uva y no tengáis miedo!

Pedro palmeaba tiernamente la espalda de su hermano para calmarle.

—¡Cállate! —le decía en voz baja—, cállate, hermano; no grites. La marcha te ha fatigado. Vayamos a casa, necesitas descanso. Nuestro anciano padre te verá y su pena se mitigará.

Lo tomó de la mano y lo guió con toda suavidad, con gran solicitud, como si fuera ciego. Se internaron en la callejuela estrecha y desaparecieron. El viejo Zebedeo estalló en carcajadas.

—¡Eh, pobre Jonás, pescador profeta, no querría estar en tu pellejo!

Pero Salomé abrió entonces la boca. Sentía aún sobre ella los grandes ojos de Andrés, que la quemaban.

—Zebedeo —dijo sacudiendo la cabeza blanca—, Zebedeo, viejo demonio, mide tus palabras, no te rías. Sobre nosotros hay un ángel que todo lo escribe..., ¡y te sucederá precisamente aquello de lo que te mofas!

—Mi madre tiene razón —dijo Santiago, que aún no había despegado los labios—. Poco faltó para que te ocurriera lo mismo con Juan, tu hijo querido. Y hasta creo que el peligro aún no ha pasado. Los muchachos que traían los cestos me dijeron que no vendimia, sino que permanece sentado hablando con las mujeres sobre Dios, los ayunos y las almas inmortales... ¡Yo tampoco querría estar en tu pellejo, padre!

Lanzó una risa seca; no soportaba que su hermano fuera un niño mimado y un haragán. Se puso a pisar la uva con rabia.

A Zebedeo se le subió la sangre a la cabeza. Tampoco él podía soportar a aquel hijo mayor que tanto se le parecía. Habrían comenzado a discutir si en aquel momento no hubiera aparecido en el umbral, apoyada en el brazo de Juan, María, la mujer de José de Nazaret. Sus pies y sus delgados tobillos estaban cubiertos de polvo y ensangrentados por la larga marcha. Hacía varios días que había abandonado su casa y que iba llorando de aldea en aldea en busca de su desdichado hijo. «Dios le ha hecho perder la cabeza y le ha llevado a salirse del camino de los hombres», suspiraba la madre y lo lloraba en vida. Interrogaba,

acosaba a la gente con preguntas. «¿Nadie le ha visto? Es alto, delgado, va descalzo, lleva vestiduras azules y un ceñidor de cuero negro. ¿No lo habéis visto, por casualidad?» Nadie lo había visto. Sólo ahora, y gracias al hijo de Zebedeo, estaba sobre su pista. Había ido al Monasterio, en el desierto; revestido con una sotana blanca, prosternado y hundiendo el rostro en el polvo, oraba... Juan se apiadó de ella y le dijo cuanto sabía. Y ahora, apoyada en su brazo, entraba en el patio del viejo Zebedeo para descansar antes de partir hacia el desierto.

La anciana Salomé se levantó con su habitual nobleza.

—Bienvenida, querida María —le dijo—. Entra.

María bajó su pañuelo hasta los ojos, se inclinó, cruzó el patio mirando el suelo, tomó las manos de su vieja amiga y se echó a llorar.

—Es un pecado que llores, hija mía —dijo la anciana Salomé al tiempo que la hacía sentarse junto a ella en el diván—. Tu hijo está ahora bajo el techo de Dios; está en lugar seguro.

—La pena de una madre es terrible, Salomé —respondió María lanzando un suspiro—. Dios me ha dado un solo hijo..., y mira cómo anda.

El viejo Zebedeo oyó su queja. No era malo cuando no se atentaba contra sus intereses, y bajó de la plataforma para consolarla.

—Es la juventud, María —le decía—, es la juventud. No te atormentes, que ya pasará. La bienaventurada juventud es como el vino, pero el joven se desembriaga pronto y no tarda en someterse al yugo, para no volver a alborotar. Tu hijo se desembriagará, María. Mira, mi hijo Juan comienza ahora a desembriagarse... ¡Alabado sea Dios!

Juan enrojeció, pero no dijo nada. Entró en la casa a buscar agua fresca e higos maduros con que obsequiar a la visitante. Las dos mujeres, sentadas una junto a otra, con las cabezas juntas, hablaban en voz baja del hijo poseído por Dios. Apenas si murmuraban, temerosas de que, oyéndolas, los hombres intervinieran y las privaran del profundo consuelo femenino que les comunicaba el sufrimiento.

—Tu hijo me dice que ora, Salomé, que ora. A fuerza de prosternarse, sus manos y sus rodillas se han vuelto callosas. Y parece que no come, que se consume, que ve alas en el aire. No quiere beber, ni siquiera agua, para ver, según parece, a los ángeles... ¿Hasta dónde lo llevará este mal, Salomé? Su tío el rabino, que ha curado a tantos poseídos, no pudo curarle... ¿Por qué lanzó Dios la maldición sobre mí, Salomé? ¿Qué le he hecho?

Apoyó la frente en las rodillas de su vieja amiga y se echó a llorar.

Juan apareció con una copa de agua y cinco o seis higos servidos en una hoja de parra.

—No llores, mujer —le dijo, colocando los higos en su delantal—. Un santo resplandor nimba el rostro de tu hijo; no todos lo ven, pero yo vi una noche cómo lamía su rostro y tuve miedo. Además, el anciano Habacuc veía todas las noches en sueños al difunto higúmeno. Al parecer, llevaba a tu hijo de la mano, lo conducía de celda en celda y lo señalaba con el dedo. No hablaba; se limitaba a señalarlo, sonriendo. El anciano Habacuc tenía miedo, saltaba del lecho, iba a despertar a los monjes y todos se devanaban los sesos para explicar el sueño. ¿Qué quería decirles el higúmeno? ¿Por qué les señalaba al recién llegado sonriendo? Y repentinamente anteayer, el día en que salí del Monasterio, tuvieron

una iluminación divina y desentrañaron el sentido del sueño: él debía ser el higúmeno. Tal ordenaba el muerto, él debía ser el higúmeno... Todos los monjes fueron entonces a la celda de tu hijo. Cayendo a sus pies, le dijeron que era voluntad de Dios que él se convirtiera en higúmeno del Monasterio. Pero tu hijo rehusó. «¡No, no! ¡Ese no es mi camino! ¡No soy digno! ¡Me iré!» Cuando yo abandonaba el Monasterio, a eso de mediodía, oí sus voces, cuando rehusaba. Los monjes amenazaban encerrarlo con llave en una celda y poner centinelas del otro lado de la puerta para impedirle huir.

—Regocíjate, María —dijo la anciana Salomé. Su rostro arrugado resplandecía—. ¡Madre dichosa! ¡Dios sopló en tu seno y tú no lo sientes!

Al oír esto, María sacudió la cabeza, inconsolable.

—No quiero tener un santo por hijo —murmuró—. Quiero que sea un hombre como los demás, que se case, que me dé nietos. Tal es el camino de Dios.

—Tal es el camino del hombre —dijo Juan en voz baja, como si le avergonzara contradecirla—. El otro, el que sigue tu hijo, es el camino de Dios, mujer.

Gritos y estallidos de risa salieron de las viñas. Dos muchachos que transportaban cestos entraron en el patio, excitados, *y* gritaron, lanzando carcajadas:

—¡Malas noticias, patrones! ¡Parece que los habitantes de Magdala se alzaron, se armaron de piedras y persiguen a su sirena! ¡Quieren matarla!

—¿Qué sirena? —gritaron los pisadores de uvas, interrumpiendo su danza—. ¿Magdalena?

—¡Magdalena, sí! ¡Que Dios la proteja! Dos muleros que pasaban por el camino nos dieron la noticia. Parece que ayer sábado llegó a Magdala desde Nazaret, sembrando el terror, el cabecilla Barrabás...

—¡He ahí otro pillo! ¡Maldito sea! —gritó el viejo Zebedeo, fuera de sí—. Por lo que dice, es zelote. ¡Se presenta con un mascarón de salvaje para salvar a Israel! ¡Ojalá reviente el bellaco!... ¿Y qué más?

—Pasó de noche ante la casa de Magdalena y halló el patio lleno de gente. ¡La pecadora trabajaba hasta el día santo, el sábado! Esta profanación fue demasiado para él. Barrabás entró en el patio como una tromba, sacó el puñal, los mercaderes desenvainaron la espada, acudieron los vecinos...; en suma, se armó un gran alboroto. Dos de los nuestros quedaron heridos y los mercaderes montaron sus camellos y se fueron en silencio. Barrabás derribó la puerta para apoderarse de la mujer y degollarla. ¡Pero Magdalena ya no estaba! El pájaro había volado. Había salido por la otra puerta, sin que nadie la viera. Toda la aldea se lanzó en su persecución, pero, como caía la noche, no hubo modo de encontrarla. Apenas amaneció, prosiguió la búsqueda y ahora están sobre sus huellas. ¡Parece que encontraron la marca de sus pisadas en la arena! ¡Se dirigía a Cafarnaum!

—¡Démosle la bienvenida, muchachos! —dijo Felipe, relamiéndose los gruesos labios de chivo—. Sólo ella faltaba en el Paraíso, la habíamos olvidado: Eva. ¡Bienvenida sea!

—¡Su molino trabaja hasta los sábados! —dijo el cándido Natanael, y sonrió maliciosamente. Recordó que una noche, víspera de sábado, se había lavado, afeitado y se había puesto ropas limpias; la Tentación del baño se había

presentado en su casa, lo había tomado de la mano y había ido a Magdala. Había ido a Magdala, directamente a la casa de Magdalena..., ¡bendita sea! Era invierno, los asuntos de su molino marchaban mal y Natanael, único cliente, se había quedado moliendo todo el sábado... Natanael sonrió, satisfecho. Era un gran pecado, por supuesto; sí, era un gran pecado, pero Dios, en quien depositamos nuestra confianza, Dios perdona. Sin preocupaciones, pobre, soltero, Natanael se pasaba la vida sentado ante un banco de zapatero, en una esquina de su aldea, fabricando zuecos para los campesinos y gruesas sandalias para los pastores... ¡Aquello no era vida! Había dedicado un día al placer; un solo, único y precioso día en su vida; había probado la alegría, como un hombre. Podía ser un sábado, pero Dios, ya se sabe, comprende este tipo de cosas y perdona...

El viejo Zebedeo puso mala cara:

—¡Problemas, problemas! —murmuró. ¡Siempre tenían que arreglar las disputas en su patio! Primero los profetas, luego las prostitutas o los pescadores llorones, y ahora los barrabases. Era demasiado. Se volvió hacia los pisadores y les gritó—: ¡Vosotros, muchachos, trabajad! ¡Pisad la uva!

En la casa, la anciana Salomé y María, la mujer de José, habían oído las noticias, se habían mirado y luego habían bajado la cabeza, sin hablar... Judas soltó el martillo, salió y se apoyó en el marco de la puerta de la calle. Había oído todo y lo había grabado en su espíritu; al pasar, lanzó una mirada feroz al viejo Zebedeo.

Se detuvo en el umbral y escuchó. Oyó gritos, vio una polvareda, hombres que corrían y mujeres que lanzaban chillidos: «¡Atrapadla, atrapadla!» Antes de que los tres hombres tuvieran tiempo de saltar fuera del lagar y de que el viejo Zebedeo descendiera de la plataforma, Magdalena, jadeante, con las ropas hechas jirones, entró en el patio y cayó a los pies de la anciana Salomé:

—¡Socorro, mujer! —gritó—. ¡Socorro! ¡Ya llegan!

La anciana Salomé se apiadó de la pecadora, se levantó, cerró la ventana y dijo a su hijo:

—Corre el cerrojo, hijo mío —luego, dirigiéndose a Magdalena, dijo—: Échate en el suelo, ocúltate.

Inclinada sobre ella, María miraba a aquella mujer descarriada con compasión y horror. Únicamente las mujeres honradas saben hasta qué punto el honor es cosa amarga y difícil de conservar; sentía lástima por Magdalena. Pero, al mismo tiempo, aquel cuerpo pecador le parecía un monstruo velludo, oscuro, peligroso. Poco había faltado, cuando su hijo tenía veinte años, para que aquella fiera se lo arrebatara. Pero él había escapado de la mujer, pensaba María suspirando, había escapado de la mujer, pero de Dios...

La anciana Salomé posó la mano sobre la cabeza abrasada de Magdalena:

—¿Por qué lloras, hija mía? —dijo con compasión.

—No quiero morir —respondió Magdalena—. ¡La vida es hermosa! ¡No quiero morir!

La mujer de José tendió también la mano. Magdalena ya no le inspiraba miedo, ya no le repelía, y la tocó:

—No tengas miedo, María —le dijo—. Dios te protege; no morirás.

—¿Cómo lo sabes, tía María? —dijo Magdalena. Sus ojos brillaban.

—Dios nos concede tiempo..., tiempo para arrepentimos, Magdalena —respondió la madre de Jesús con convicción.

Pero mientras las tres mujeres hablaban y el sufrimiento estaba a punto de unirlas, oyéronse gritos en los viñedos: «¡Ya llegan! ¡Ahí están!» Antes de que Zebedeo tuviera tiempo de bajar nuevamente de la plataforma, apareció en la puerta de la calle un grupo de hombres enfurecidos, y Barrabás, sobreexcitado, rugió al franquear el umbral:

—¡Eh, viejo Zebedeo! ¡Con tu permiso o sin él entraremos en tu casa, en nombre del Dios de Israel!

Y al instante, ante la mirada atónita de Zebedeo, Barrabás echó abajo la puerta empujándola con el hombro y asió a Magdalena por las trenzas.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí, puta! —gritó arrastrándola al patio.

Entraron luego campesinos procedentes de otras aldeas, los cuales alzaron en vilo a Magdalena y, en medio de gritos y carcajadas, la llevaron hasta un foso, cerca del lago, en el que la arrojaron. Luego, hombres y mujeres se dispersaron para recoger piedras.

Entretanto, la anciana Salomé había abandonado el diván y, a pesar de los dolores que la torturaban, se había arrastrado al patio y vituperaba ásperamente a su marido:

—¡Te has cubierto de vergüenza, viejo Zebedeo! —gritaba—. ¡Has permitido que un grupo de bandidos entrara en tu casa y arrebatara de tus manos a una mujer que imploraba tu piedad!

Luego se volvió hacia su hijo Santiago, que permanecía en pie en el centro del patio, indeciso, y le dijo:

—¿Y tú sigues el ejemplo de tu padre? ¿No tienes vergüenza? ¿No vales más que él? ¿No reconoces, como él, otro Dios que el interés? ¡Corre a defender a una mujer a quien toda una aldea quiere matar!

—Voy, madre; cálmate —respondió el hijo, que a nadie temía tanto en el mundo como a su madre. Apoderábase de él el terror cada vez que ella se erguía ante él, furiosa. Sentía que aquella voz salvaje y severa no era la voz de su madre, sino la voz antigua, enronquecida en el desierto, de la tribu obstinada, de la tribu de Israel.

Santiago se volvió y, haciendo una señal a sus dos compañeros, Felipe y Natanael, dijo:

—Vamos, muchachos —miró atentamente entre los toneles, en busca de Judas, pero éste se había ido.

—Yo también iré —dijo Zebedeo, fuera de sí. Temía quedarse solo con su mujer. Se inclinó, recogió el garrote y pronto alcanzó a su hijo.

Magdalena, cubierta de heridas y acurrucada en un rincón del foso, se protegía la cabeza con los brazos y gritaba. En torno del foso, los hombres y las mujeres la miraban y reían. En todos los viñedos de los alrededores, los muchachos que transportaban cestas y las vendimiadoras abandonaban el trabajo para participar de aquel espectáculo. Los jóvenes ardían en deseos de ver aquel cuerpo célebre medio desnudo y ensangrentado, y las muchachas detestaban a aquella mujer que se ofrecía a todos los hombres y no les dejaba ninguno a ellas.

Barrabás alzó la mano para acallar los gritos, pronunciar la. sentencia y dar la señal para iniciar la lapidación. En aquel instante apareció Santiago. Iba a lanzarse sobre el cabecilla zelote, pero Felipe lo retuvo tomándolo del brazo.

—¿Qué piensas hacer? ¿Adonde vamos? Somos cuatro gatos contra toda una aldea. ¡Estamos perdidos!

Pero Santiago aún oía el grito salvaje de su madre.

—¡Eh, Barrabás, el del puñal! —gritó—. ¿Viniste a nuestra aldea a matar a la gente? Deja a esa mujer. Nosotros la juzgaremos. Haremos venir a los Ancianos de las aldeas de Magdala y de Cafarnaum para que la juzguen. Su padre, el viejo rabino, vendrá también de Nazaret. ¡Así lo manda la Ley!

—¡Mi hijo tiene razón! —dijo entonces el viejo Zebedeo, adelantándose con su grueso garrote—. Tiene razón. ¡Así lo manda la Ley!

Barrabás se volvió hacia ellos con un movimiento brusco y gritó:

—¡Los Ancianos están vendidos! ¡Zebedeo está vendido! No me merecen confianza. ¡La Ley soy yo! ¡El que se atreva, compañeros, que venga a medirse conmigo!

Los hombres y las mujeres de Magdala y de Cafarnaum se agruparon en torno de Barrabás. El asesinato brillaba en sus pupilas. Una banda de jovencitos llegó de la aldea, armada con hondas.

Felipe tomó a Natanael por el brazo y retrocedió. Se volvió hacia Santiago:

—Ve tú solo, si quieres, hijo de Zebedeo. Nosotros no iremos; no estamos locos.

—¿No tenéis vergüenza, cobardes?

—No, no tenemos vergüenza; ve tú solo.

Santiago miró a su padre, pero éste tosió.

—Yo soy viejo —dijo.

—¿Entonces?... —gritó Barrabás, y lanzó una carcajada.

Apareció la anciana Salomé, apoyada en el brazo de su hijo menor. Tras ellos, con los ojos arrasados de lágrimas, avanzaba María, la mujer de José. Santiago se volvió, vio a su madre y se sobresaltó. Ante él estaban el hombre del puñal, terrible, y la turba enfurecida de campesinos; tras él, su madre, salvaje, silenciosa.

—¿Entonces?... —rugió de nuevo Barrabás, arremangándose.

—¡No me cubriré de vergüenza! —murmuró el hijo de Zebedeo, avanzando. Barrabás le salió al encuentro.

—¡Lo matará! —dijo su hermano menor. Quiso correr para ayudarle, pero su madre lo retuvo:

—Tú, cállate —le dijo— y no te mezcles en esto.

Y cuando los dos adversarios se iban a enzarzar en la lucha, un grito alegre subió desde la orilla del lago: ¡*Maran atha! Maran atha!* Un joven bronceado por el sol, jadeante, apareció agitando los brazos y gritando:

—*Maran atha! ¡Maran atha!* ¡Llega el Señor!

—¿Quién llega? —gritó la multitud, rodeándolo.

—¡El Señor! —respondió el joven, señalando hacia el desierto—. ¡Ahí está el Señor!

Todos se volvieron. Inclinábase el sol y cedía el calor. Apareció entonces un hombre, que subía desde la orilla del lago, enteramente vestido de blanco, como un monje del Monasterio. En el borde del lago, las adelfas estaban en flor y el hombre vestido de blanco alargó la mano, cogió una flor roja y se la llevó a los labios. Dos gaviotas que saltaban sobre los guijarros se apartaron para dejarle pasar.

La anciana Salomé alzó la cabeza blanca y olió el aire:

—Hijo mío —dijo a Juan—, ¿qué ocurre? Cambió el aire.

—Mi corazón late violentamente, madre —respondió el hijo—. ¡Creo que es él!

—¿Quién?

—¡Calla!

—¿Y quiénes son aquellos que le siguen? ¡Oh, un ejército corre tras él, hijo mío!

—Son los pobres, madre, que espigan lo que dejaron los vendimiadores. No es un ejército, no temas.

Verdaderamente comenzaba a aparecer tras él algo semejante a un ejército; le seguían bandas de andrajosos, hombres, mujeres y niños con bolsas y cestos que se detenían al borde del camino, en las viñas vendimiadas, para buscar los restos. Todos los años aquellas hordas del hambre se derramaban por toda Galilea en la época de la siega, de la vendimia y de la recolección de aceitunas, espigando los restos que los propietarios dejan para los pobres, según ordena la ley de Israel.

De pronto, el hombre vestido de blanco se detuvo. Vio la muchedumbre y se asustó. «¡Quiero irme!» El antiguo espanto volvió a apoderarse de él. «Quiero volver al desierto, pues allí está Dios. Aquí están los hombres. ¡Quiero partir!» Su destino hallábase una vez más suspendido de un fino hilo. ¿Debía retroceder? ¿Debía avanzar?

Todos los que rodeaban el foso habían quedado inmóviles y lo miraban. Santiago y Barrabás permanecían arremangados uno frente a otro. Magdalena alzó la cabeza para oír. ¿Qué significaba aquel silencio: la vida o la muerte? El aire había cambiado. Súbitamente se puso en pie de un salto, alzó los brazos y lanzó un grito:

—¡Socorro!

El hombre vestido de blanco oyó el grito, reconoció la voz y se estremeció.

—¡Magdalena! —murmuró—. ¡Magdalena! ¡Debo salvarla! —se dirigió rápidamente hacia la multitud.

Avanzaba con los brazos abiertos. A medida que iba acercándose a aquellos hombres y que veía sus rostros feroces, sombríos, torturados, y sus ojos desbordantes de cólera, su corazón se conmovía, sus entrañas rebosaban compasión y amor. «He aquí a los hombres —pensaba—. Todos son hermanos, todos, pero no lo saben, y por eso se persiguen unos a otros... ¡Cuántas alegrías, cuántos abrazos, cuánta felicidad habría si lo supieran!»

Llegó al fin, se subió a una piedra, extendió los brazos y una palabra surgió de lo más hondo de sí mismo, triunfal, alegre:

—¡Hermanos!

Los hombres se sorprendieron y se miraron unos a otros, pero nadie respondió.

—¡Hermanos! —estalló nuevamente el grito triunfal—. ¡Celebro veros!

—¡No eres bienvenido, crucificador! —le respondió Barrabás, quien recogió en seguida una gran piedra.

—¡Hijo mío! —María lanzó un grito desgarrador y avanzó precipitadamente para abrazar a su hijo. Reía, lloraba y lo acariciaba. Pero Jesús, sin pronunciar palabra alguna, se desprendió de los brazos de su madre y avanzó hacia Barrabás.

—Barrabás, hermano mío —dijo—, celebro verte. Soy tu amigo y traigo una buena nueva..., ¡una gran alegría!

—¡No te acerques! —rugió Barrabás al tiempo que se plantaba ante él para ocultarle a Magdalena. Pero ésta había oído la amada voz y gritó:

—Jesús, socorro!

De una zancada Jesús llegó al borde del foso. Magdalena se aferraba con pies y manos a las piedras y trepaba. Jesús se inclinó y le tendió la mano; Magdalena se aferró a ella, subió respirando entrecortadamente, cubierta de sangre, y se echó a tierra.

Barrabás avanzó enfurecido y colocó el pie sobre la espalda de Magdalena:

—¡Es mía y la mataré! —rugió al tiempo que alzaba la piedra—. Mancilló el día del sábado: ¡ha de morir!

—¡Que muera! ¡Que muera! —gritó la multitud, temerosa de pronto de que se le escapara la víctima.

—¡Que muera! —chilló Zebedeo, que veía al recién llegado rodeado de andrajosos envalentonados. ¡Sería una desgracia permitir que los andrajosos se salieran con la suya!—. ¡Que muera —gritó una vez más golpeando el suelo con el garrote—. ¡Que muera!

Jesús detuvo el brazo levantado de Barrabás y le dijo con voz serena y triste:

—Barrabás, ¿no has violado tú nunca un mandamiento de Dios? ¿Nunca robaste en tu vida, nunca mataste, nunca cometiste adulterio, nunca mentiste?

Se volvió hacia la multitud rugiente. Los miró a todos lentamente, uno por uno, y dijo:

—¡Aquel de vosotros que se encuentre libre de culpa, que arroje la primera piedra!

La multitud retrocedió unos pasos. Hombres y mujeres gruñían sordamente y se esforzaban por apartar de ellos aquella mirada que les registraba las entrañas y la memoria. Los hombres se acordaron de todas las mentiras que habían dicho en su vida, de las iniquidades que habían cometido, de las veces que se habían acercado a la mujer del prójimo. Las mujeres se bajaron el pañuelo sobre el rostro y las piedras resbalaron de sus manos.

A la vez que los andrajosos vencían, el viejo Zebedeo enloqueció de cólera. Jesús se volvió para mirar nuevamente a todos, uno por uno, en el fondo de los ojos.

—¡Aquel de vosotros que se encuentre libre de culpa, que arroje la primera piedra!

—Yo—rugió Zebedeo—. Dame tu piedra, Barrabás. Un cielo sin nubes no teme al trueno. ¡Yo la arrojaré!

Barrabás se regocijó, le dio la piedra y se apartó. Zebedeo avanzó hasta colocarse junto a Magdalena y sopesó la piedra en la mano para descargarla sobre la cabeza de la mujer. Magdalena estaba encorvada, hecha un ovillo a los pies de Jesús, y se sentía tranquila. Sentía que allí no temía la muerte.

Los andrajosos miraron a Zebedeo, exasperados. Uno de ellos, el más demacrado, le gritó:

—¡Eh, viejo Zebedeo! Existe un Dios. Tu brazo quedará paralítico. ¿No tienes miedo? Recuerda: ¿nunca comiste la comida del pobre? ¿Nunca vendiste al mejor postor la viña del huérfano? ¿Nunca entraste de noche en la casa de una viuda?

El viejo pecador lo escuchaba, sopesando la piedra, indeciso. De pronto lanzó un alarido: su brazo se volvió inerte y cayó junto al cuerpo; la enorme piedra rodó sobre su pie y le aplastó los dedos.

—¡Milagro! ¡Milagro! —gritaron de alegría los andrajosos—. ¡Magdalena es inocente!

Barrabás enloqueció de rabia. Su rostro picado de viruelas se congestionó y se tornó completamente rojo. Se abalanzó sobre el hijo de María y lo abofeteó. Jesús, sereno, le ofreció la otra mejilla:

—Abofetea también la otra mejilla, Barrabás, hermano mío —dijo.

La mano de Barrabás se entumeció y el cabecilla abrió desmesuradamente los ojos. ¿Quién era aquel hombre? ¿Qué era? ¿Un espectro, un hombre, un demonio?

Retrocedió y lo miró espantado.

El hijo de María repitió:

—Abofetea también la otra mejilla. Barrabás, hermano mío.

Entonces apareció Judas; había presenciado la escena oculto a la sombra de una higuera, observándolo todo sin despegar los labios. Poco le importaba que muriese o no Magdalena, pero le regocijaba oír a Barrabás y a los andrajosos cantar cuatro verdades a Zebedeo. Cuando vio aparecer a Jesús, con su nueva sotana blanca, en la orilla del lago, su corazón comenzó a latir aceleradamente. «Ahora se demostrará —murmuró— quién es, qué quiere, qué tiene que decir a los hombres.» Aguzó pues el oído. Pero la primera palabra pronunciada por Jesús le desagradó: «¡Hermanos!» Frunció el entrecejo. «Aún no comprendió —murmuró—. No todos somos hermanos; los israelitas no son hermanos de los romanos y ni siquiera son hermanos entre sí. Los saduceos, vendidos a los enemigos, no son nuestros hermanos, como tampoco lo son los jefes de la ciudad, todos aquellos que obedecen al tirano y colaboran con él... ¡Comienzas mal, hijo del carpintero! ¡Anda con cuidado!» Pero cuando vio que Jesús ofrecía la otra mejilla, sin cólera, con una dulzura altiva e inhumana, sintió miedo. «¿Qué es

este hombre? —gritó su fuero interno—. Sólo un ángel puede ofrecer aun la otra mejilla... Sólo un ángel o un perro...»

De un par de zancadas llegó a Barrabás y le cogió el brazo en el momento en que se aprestaba a descargarlo sobre el hijo de María.

—¡No lo toques! —le dijo con voz sorda—. ¡Vete!

Barrabás miró a Judas, aturdido. Ambos pertenecían a la misma cofradía y a menudo habían entrado juntos en las aldeas y en las ciudades para dar muerte a los traidores. Y ahora...

—¡Judas! —murmuró—. ¿Tú? ¿Tú?

—Sí, yo. ¡Vete!

Barrabás aún vacilaba. El puesto de Judas en la cofradía era superior y no podía enfrentarse a él. Pero el amor propio le impedía marchar.

—¡Vete! —ordenó de nuevo el pelirrojo.

El cabecilla agachó la cabeza y lanzó una mirada furiosa al hijo de María.

—¡No te me escaparás! —murmuró apretando los puños—. ¡Ya nos volveremos a ver!

Se volvió hacia los suyos y ordenó entre dientes:

—En marcha.

XIII

El sol estaba a punto de tocar el borde del cielo, el horno del día se apagaba. Cedió el viento y el lago comenzó a despedir reflejos azules y rosados. Algunas cigüeñas, apoyadas en una sola pata sobre las rocas, clavaban los ojos en el agua; aún tenían hambre.

Los menesterosos no despegaban la mirada del hijo de María; esperaban y no querían irse. ¿Qué esperaban? Habían olvidado el hambre y el desamparo en que vivían, habían olvidado la crueldad de los propietarios que no se resignaban a dejar algunos granos en sus viñas vendimiadas para calmar el hambre de los pobres. Habían recorrido los viñedos desde la mañana, pero sus cestas estaban vacías. Lo mismo ocurrió en la época de la siega. Recorrieron los campos, pero sus bolsas quedaron vacías. Sus hijos los esperaban todas las noches con la boca abierta, pero no llevaban nada a casa. Ahora, sin saber por qué ni cómo, era como si los cestos se hubieran llenado de repente. Miraban a aquel hombre vestido de blanco que estaba ante ellos y ya no sentían deseos de alejarse... Esperaban ¿Qué? No lo sabían.

El hijo de María los miraba y también él esperaba. Sentía que todas aquellas almas estaban pendientes de sus labios. ¿Qué querían de él? ¿Qué esperaban de él? ¿Qué podía darles, si nada tenía? Continuaba mirándolos, y de pronto sintió que le invadía el pánico. Hizo un movimiento para irse, pero se avergonzó. ¿Qué sería de Magdalena, que estaba hecha un ovillo a sus pies? ¿Y cómo dejar abandonados a la desesperación a todos aquellos hombres que lo miraban apasionadamente? ¿Huir?, ¿Adonde?

Dios está en todas partes. Su gracia lo empujaba donde quería. No su gracia, su omnipotencia. El hijo de María sentía ahora que su casa era aquella tierra, que no tenía otro hogar. Sentía también que su desierto eran los hombres, que no tenía otro desierto. Inclinó la cabeza y murmuró: «Señor, hágase tu voluntad», y se rindió a merced de Dios.

Un anciano se desprendió de la multitud de andrajosos, avanzó hacia él y dijo:

—Hijo de María, tenemos hambre pero no es pan lo que esperamos de ti. Eres pobre como nosotros. Abre la boca, dinos palabras reconfortantes y quedaremos saciados.

Un joven cobró valor y dijo:

—Hijo de María, el infortunio nos estrangula y nuestro corazón ya no resiste. Tú has dicho que traías un mensaje de esperanza. ¡Dilo, pues, y libéranos!

El hijo de María miraba a los hombres y escuchaba la llamada de la libertad y el hambre. Se sintió lleno de alegría. Como si esperara aquel grito desde hacía años, se volvió hacia el pueblo con los brazos abiertos y dijo:

—¡En marcha, hermanos!

Y repentinamente el pueblo, como si también esperara desde hacía años aquella llamada, como si escuchara por primera vez su nombre, su verdadero nombre, se sintió también lleno de alegría.

—¡En marcha, en nombre de Dios! —rugieron al unísono.

El hijo de María se puso a la cabeza de los menesterosos. Una colina redondeada, aún verdeante en pleno verano, se alzaba a la orilla del lago. El sol la

Había castigado durante todo el día y ahora, en la suavidad del crepúsculo, difundíase allí el perfume del tomillo y de la ajedrea. En otro tiempo debió haberse alzado en la cima un templo de idólatras pues aún se encontraban por tierra algunos restos de capiteles esculpidos y, por la noche, los pescadores visionarios veían, mientras pescaban en el lago, un fantasma blanco que iba a sentarse sobre los trozos de mármol. Una noche el viejo Jonás hasta lo había oído llorar. Caminaban, transportados de entusiasmo, hacia aquella colina. Abría la marcha el hijo de María y lo seguía la horda de pobres.

La anciana Salomé se volvió en ese momento hacia su hijo menor, y le dijo:

—Hijo mío, dame el brazo. Vayamos también nosotros. —Tomó la mano de María y añadió—: María, no llores. ¿No has visto un resplandor en torno del rostro de tu hijo?

—No tengo ningún hijo, ya no tengo hijo —respondió la madre y estalló en sollozos—. Todos los menesterosos tienen un hijo, pero yo no tengo ninguno…

Lloraba, se lamentaba y caminaba. Ahora estaba segura de que su hijo la había abandonado para siempre. Cuando había corrido para echarse en sus brazos y llevárselo a casa, él la había mirado sorprendido, como si no la reconociera. Y cuando ella le había dicho: «Soy tu madre», Jesús había alargado la mano y la había rechazado.

El viejo Zebedeo vio que su mujer seguía a la multitud. Hizo una mueca, empuñó el garrote y, volviéndose hacia su hijo Santiago y sus dos compañeros Felipe y Natanael, les señaló el tropel bullicioso y agitado.

—Esas gentes son lobos hambrientos… ¡malditos sean! Vayamos también nosotros a gritar con ellos para que no nos confundan con carneros y nos devoren. ¡Sigámoslos! Y estad preparados para ridiculizar cualquier cosa que diga, sea lo que fuere, ese chiflado de hijo de María. ¿Entendéis? Hay que cortarle las alas. ¡Adelante y abrid los ojos!

En aquel momento aparecieron los dos hijos de Jonás. Pedro llevaba a su hermano de la mano y le hablaba serena, tiernamente, para no enfurecerlo. Pero el otro miraba emocionado la multitud que ascendía y al hombre vestido de blanco que la conducía.

—¿Quiénes son? ¿Adónde van? —preguntó Pedro a Judas, que permanecía aún en el camino, indeciso.

—El hijo de María… —respondió el pelirrojo con el ceño fruncido.

—¿Y el tropel que lo sigue?

—Los pobres que espigan los restos de la vendimia. Lo vieron y lo siguieron. Parece que va a hablarles.

—¿Hablarles de qué? Apenas sabe contar hasta cuatro.

Judas se encogió de hombros.

—¡Ya veremos! —Gruñó y echó a andar también él camino arriba.

Dos mujeres obesas y de tez cetrina volvían de los viñedos, agotadas, acaloradas y llevando en equilibrio sobre sus cabezas dos grandes cestas repletas de uvas. La compañía las tentó y siguieron a los tres hombres. «Vayamos también nosotras; así pasaremos el tiempo», pensaron para sus adentros.

El viejo Jonás volvía a su casucha con la red al hombro. Tenía hambre y llevaba prisa. Vio a sus dos hijos y la multitud que ascendía por la colina y se

detuvo con la boca abierta; sus ojos redondos de pez miraban. No pensaba en nada, no se preguntaba quién había muerto, quién se casaba, adonde iba toda aquella gente. No pensaba en nada; se limitaba a mirar con la boca abierta.

—¡Ven con nosotros, profeta pescador! —le gritó Zebedeo—. Hoy es día de fiesta. Parece que se casa María Magdalena. ¡Ven a divertirte!

Los gruesos labios de Jonás se movieron; iba a hablar pero se abstuvo de hacerlo. Enderezó la red que llevaba a la espalda y se encaminó con pasos pesados hacia su casa. Al cabo de un rato, cuando llegaba a su choza, su mente dio a luz, después de muchos esfuerzos: «¡Vete al diablo, Zebedeo, viejo bellaco!» murmuró. Empujó la puerta y entró.

En el momento en que el viejo Zebedeo llegó con sus compañeros a la cima de la colina, Jesús estaba sentado en un capitel y aún no había despegado los labios, como si los esperara. Frente a él, los pobres sentados con las piernas cruzadas, y las mujeres en pie, lo miraban. El sol se había puesto, pero el monte Hermón, hacia el norte, aún conservaba luz en su cresta.

Jesús había cruzado los brazos sobre el pecho y miraba la luz que luchaba con las sombras. A veces posaba lentamente la mirada en los rostros de los hombres, que no despegaban de él los ojos; rostros arrugados, dolientes, secados por el hambre. Aquellos ojos, fijos en él, lo miraban como si la culpa fuera suya, como si le hicieran reproches.

Apenas vio a Zebedeo y sus acompañantes, se levantó y les dijo:

—Sed bienvenidos. Acercaos todos a mí. Mi voz es débil y quiero hablaros.

Zebedeo, anciano de la aldea, se adelantó y fue a colocarse en una piedra prominente. A su derecha se pusieron sus dos hijos y Felipe y Natanael, a su izquierda Pedro y Andrés. Atrás, de pie en el grupo de mujeres, estaban la anciana Salomé y María, la mujer de José. La otra María, Magdalena, estaba echada a los pies de Jesús, con el rostro oculto entre las manos. Apartado, bajo un pino retorcido por los vientos, esperaba Judas. Fijaba sus ojos azules y duros, a través de las hojas del pino, en el hijo de María.

Jesús temblaba y se esforzaba por infundirse valor. Aquel instante que temía desde hacía muchos años había llegado. Dios había vencido y lo había conducido por la fuerza adonde deseaba, frente a los hombres para que les hablara. ¿Qué les diría? Las pocas alegrías de su vida, la multitud de penas, la lucha con Dios cruzaban su espíritu como otros tantos relámpagos. Luego, cuanto había visto en sus paseos solitarios: las montañas, las flores, las aves, los pastores que llevan de vuelta al redil sobre los hombros a la oveja extraviada, los pescadores que arrojan la red para coger peces, los labradores que siembran, siegan, avientan y llevan a sus casas la cosecha... El cielo y la tierra se desplegaban para volver a cerrarse dentro de él, con todas las maravillas de Dios, y no sabía cuál elegir para comenzar. Todo, ansiaba revelarlo todo para consolar a los inconsolables. El mundo se mostró ante él como un cuento de Dios, como un cuento semejante a los que le contaba su abuela materna para divertirle, lleno de ogros y de hijas de reyes. Dios se inclinaba ahora desde el cielo y se lo contaba a los hombres.

Abrió los brazos y sonrió:

—Hermanos —dijo, y su voz, aún vacilante, temblaba—, hermanos, perdonadme si os hablo con parábolas. Soy un hombre sencillo, tengo poca instrucción y soy tan pobre como vosotros; mi corazón tiene mucho que deciros,

pero mi espíritu no puede explicarlo. Abro la boca y, sin querer, las palabras que afloran a mis labios toman la forma de un cuento. Hermanos, perdonadme, os hablaré valiéndome de parábolas.

—¡Te escuchamos, hijo de María! —gritó el pueblo—. ¡Te escuchamos!

Jesús volvió a hablar:

—El sembrador salió a sembrar su campo. Mientras sembraba cayó una semilla en el camino; acudieron las aves y la comieron. Otra semilla cayó entre las piedras y, al no hallar tierra para nutrirse, se secó. Otra cayó entre las espinas y, al crecer, las espinas la ahogaron. Por último, otra cayó en tierra fértil, echó raíces, germinó una espiga, dio frutos, y alimentó a los hombres. ¡Aquel de vosotros, hermanos, que tenga oídos, que oiga!

Todo el mundo calló; se miraban unos a otros, perplejos. Pero el viejo Zebedeo, que buscaba un pretexto para armar alboroto, dijo:

—No comprendo, perdóname. Tengo oídos, ¡alabado sea Dios!, tengo oídos y oigo, pero no comprendo. ¿Qué quieres decir? ¿No puedes hablar más claramente?

Lanzó una carcajada burlona, se acarició orgullosamente la barba blanca y añadió:

—¿Acaso eres tú el sembrador?

—Soy yo —respondió Jesús con humildad.

—¡Dios nos libre! —dijo el viejo golpeando el suelo con el garrote—. ¿Y nosotros somos las piedras, las espinas de los campos donde siembras, no es cierto?

—Lo sois —respondió con la misma serenidad el hijo de María.

Andrés aguzó el oído. Miraba a Jesús y su corazón latía aceleradamente. De modo semejante a cuando encontró por vez primera a Juan Bautista a orillas del Jordán, devorado por el sol y vestido con una piel de fiera. La oración, las vigilias y el hambre lo habían corroído por entero. De él no quedaban más que los inmensos ojos, dos brasas, y una garganta que proclamaba: «¡Arrepentios! ¡Arrepentios!» Gritaba y las olas se alzaban en el Jordán, y las caravanas se detenían pues los camellos no podían continuar avanzando. Pero aquel hombre que estaba frente a él sonreía y su voz era serena e insegura, como la voz de un ave joven que ensaya sus primeros trinos, y sus ojos, en lugar de quemar, acariciaban. El corazón de Andrés volaba de uno a otro, deslumbrado.

Poco a poco, Juan iba apartándose de su padre y acercándose a Jesús. Ya estaba a punto de llegar a sus pies cuando Zebedeo lo vio y se acrecentó su furor. Estaba harto de los falsos profetas; día a día los veía surgir, arrastrando al pueblo a su perdición. Y todos, como si se hubieran puesto de acuerdo, acusaban a los propietarios, a los sacerdotes, a los reyes. Ansiaban socavar cuanto este mundo tenía de bueno y sólido. ¡Y ahora, lo que había que ver, ese zarrapastroso hijo de María, se declaraba profeta! «¡Ah, deberé retorcerle el pescuezo antes de que se haga demasiado fuerte!», pensó.

Se volvió para ver qué pensaba la multitud, para infundirse valor. Vio que su hijo mayor Santiago fruncía el entrecejo, pero no sabía si lo hacía por angustia o por cólera; vio que su mujer se había acercado y que se enjugaba los ojos; vio a los menesterosos y se asustó: todos aquellos hambrientos miraban al hijo de

María con la boca abierta, como pajarillos que esperan a que la madre les ponga la comida en el pico.

—¡Idos al diablo, andrajosos! —murmuró, encogiéndose de hombros junto a su hijo—. Más valdrá que no hable... ¡no quiero meterme en líos!

Oyóse una voz tranquila y patética. Había hablado alguien que estaba sentado a los pies de Jesús. Los que se hallaban tras él se levantaron para verlo. Se trataba del hijo menor de Zebedeo, que se había arrastrado lentamente hasta los pies de Jesús, adelantaba la cabeza y le hablaba:

—Eres el sembrador —decía— y nosotros somos las piedras, las espinas y la tierra. Pero ¿cuál es tu semilla?

Aquel rostro puro, cubierto de un ligero vello, estaba inflamado; sus grandes ojos negros miraban a Jesús con angustia. Aquel cuerpo tierno, tembloroso, estaba crispado y aguardaba. Presentía que de la respuesta que recibiera dependería toda su vida. Esta vida y la otra.

Jesús se había inclinado para escuchar. Permaneció en silencio durante largos instantes. Oía los latidos de su corazón y se esforzaba por hallar palabras sencillas, cotidianas, inmortales. Bañaba su frente un sudor cálido.

—¿Cuál es tu semilla? —volvió a preguntar ansiosamente el hijo de Zebedeo.

De pronto Jesús se irguió, abrió los brazos y se inclinó sobre los hombres:

—¡Amaos los unos a los otros! —El grito partió desde el fondo de su ser—. ¡Amaos los unos a los otros!

Apenas hubo pronunciado aquellas palabras, sintió que su corazón se había vaciado y se dejó caer en el capitel, agotado.

Oyóse un murmullo. El pueblo no comprendía; muchos sacudieron la cabeza y otros rieron.

—¿Que dijo? —preguntó un anciano que no había oído bien.

—Que nos amemos los unos a los otros, según parece.

—¡Eso es imposible! —dijo el viejo, súbitamente enfurecido—. El que tiene hambre no puede amar al que está saciado. La víctima no puede amar al que la hace sufrir. ¡Eso es imposible! ¡Vayámonos!

Judas, apoyado en el pino, se mesó con rabia la barba roja.

—¿Es eso lo que has venido a decirnos, hijo del carpintero? —murmuró—. ¿Es ésa la buena hueva que nos traes? ¿Que amemos inclusive a los romanos? ¿Que alarguemos el cuello, como tú ofreciste la otra mejilla, y que digamos: «Hermano mío, degüéllame»?

Jesús oyó murmullos, vio los rostros sombríos, las miradas duras. Comprendió. La amargura invadió su rostro; reunió todas sus fuerzas y se levantó:

—¡Amaos los unos a los otros! ¡Amaos los unos a los otros! —repitió. Su voz era suplicante y obstinada—. ¡Dios es amor!

Antes yo pensaba también que era salvaje, que tocaba las montañas y éstas ardían, que tocaba a los hombres y los fulminaba. Me sepulté en el Monasterio para desembarazarme de él; caía con el rostro en tierra y esperaba. Me decía: ahora vendrá, ahora se abatirá sobre mí como un rayo. Y acudió una mañana,

sopló sobre mí como una brisa fresca y me dijo: «¡Levántate, hijo mío!» Me levanté y vine. ¡Heme aquí!

Cruzó los brazos e inclinó el busto, como si saludara a los hombres.

El viejo Zebedeo tosió, escupió y apretó su garrote:

—¿Que Dios es una brisa fresca? —gruñó en voz baja, enfurecido—. ¿No tienes vergüenza, sacrílego?

El hijo de María continuaba hablando. Avanzó hacia los hombres y se mezcló con ellos; los miraba uno por uno, les suplicaba uno por uno, iba y venía, alzaba los brazos al cielo:

—Es un padre —decía— y no deja de consolar ninguna pena, de restañar ninguna herida. Cuanto más sufrimos, cuanta más hambre sentimos en esta tierra, más nos sentiremos saciados, más nos regocijaremos en el cielo...

Se sintió cansado y volvió a sentarse en el capitel.

—¡Nos darán de comer perdices después de muertos! —gritó alguien. Estallaron carcajadas.

Jesús, absorto, no oyó.

— Felices los que tienen hambre y sed de justicia... —gritó.

—La justicia no basta —rugió uno de los hambrientos—, la justicia no basta. ¡También queremos pan!

—Y pan —dijo Jesús en un suspiro—, y pan. Dios los saciará. Felices los que sufren; Dios los consolará. Felices los pobres, los humildes, los oprimidos. Para ellos, para vosotros, los pobres, los humildes, los oprimidos, Dios preparó el reino de los cielos.

Las dos mujeres obesas que permanecían en pie con las cestas de uvas sobre la cabeza, cambiaron una rápida mirada y, sin pronunciar palabra alguna, bajaron los cestos y comenzaron, una a la derecha y otra a la izquierda, a distribuir las uvas entre los pobres. Echada a los pies de Jesús, Magdalena no se atrevía aún a levantar la cabeza y mostrar su rostro a los hombres. Pero a escondidas y cubierta por sus cabellos, besaba los pies del hijo de María.

Santiago ya no soportaba aquello; se levantó y se fue. Andrés se desprendió de las manos de su hermano y fue a colocarse ante Jesús, enfurecido.

—Yo llego del Jordán —le gritó— donde un profeta proclama: «¡Los hombres son briznas de paja y yo soy el fuego! ¡He venido para quemar, para purificar la tierra, he venido para quemar, para purificar las almas de modo que el Mesías pueda entrar en ellas!» ¿Y tú, hijo del carpintero, predicas el amor? Pero, ¿acaso no miras a tu alrededor? ¿No ves a los embusteros, los asesinos, los ladrones, los miserables, no ves a todos, ricos y pobres, opresores y oprimidos, escribas y fariseos, a todos, a todos? ¡Yo también soy un embustero y un miserable, lo mismo que mi hermano Pedro y que Zebedeo, el viejo de la barriga llena que oye la palabra amor y piensa en sus barcas, en sus esclavos y en el modo de robar lo más posible en el lagar!

Al oírlo, el viejo Zebedeo estuvo a punto de explotar. Su nuca rolliza se volvió escarlata y se le hincharon las venas del cuello. Se puso en pie de un salto y levantó el garrote para descargarlo sobre Andrés, pero la anciana Salomé tuvo tiempo de agarrarle el brazo.

—¿No tienes vergüenza? —le dijo en voz baja—. ¡Vámonos!

—¡Los menesterosos y los zarrapastrosos no dictarán la ley en mi aldea! —gritó con voz fuerte para que todos le oyeran. Jadeaba; se volvió hacia el hijo de María y dijo:

—Y tú, artesano, no vengas a representar el papel de Mesías porque, ¡ten cuidado, desgraciado! Te crucificarán a ti también para que te sosiegues. No me apiado de ti, inútil, sino de tu pobre madre que no tiene otro hijo.

Al decir esto señaló a María que, echada en tierra, se golpeaba la frente contra las piedras.

Pero la cólera del anciano no se calmaba. Continuaba golpeando el suelo con el garrote y gritando:

—Amor —dijo enfrentándose a la muchedumbre—, todos sois hermanos, así que podéis coger lo que os apetezca, todo cuanto queráis. Pero, ¿puedo yo amar a mi enemigo? ¿Puedo amar al pobre que ronda mi casa y quiere forzar la puerta para robarme? Amor... ¡Vaya un cabeza de chorlito! ¡Vivan los romanos! Eso es lo que digo, aunque sean idólatras. ¡Mantienen el orden!

Estalló un rugido y el rebaño de pobres se agitó. Judas se separó violentamente del pino. La anciana Salomé, espantada, puso la mano sobre la boca de su marido para silenciarlo. Se volvió luego hacia la multitud que se acercaba de forma amenazante:

—¡No le hagáis caso, hijos míos! Está encolerizado y no sabe lo que dice.

Se volvió hacia el anciano:

—¡Vámonos! —ordenó.

Hizo una señal a su hijo menor, que estaba sentado tranquilo, feliz, a los pies, de Jesús.

—Vámonos, hijo mío —dijo—. Ya es de noche.

—Yo me quedaré, madre —respondió el joven.

María se levantó de las piedras sobre las que se había arrojado, se enjugó los ojos y se dirigió con paso vacilante hacia su hijo, para llevárselo consigo. La pobre se había asustado del amor que le mostraban los pobres y de las amenazas proferidas por el rico y poderoso Zebedeo.

—Os suplico, en nombre del cielo —decía a unos y otros al pasar—, que no le hagáis caso. Está enfermo... enfermo... enfermo...

Temerosa, se acercó a su hijo que, en pie y con los brazos cruzados, miraba ahora a lo lejos, hacia el lago.

—Ven, hijo mío —le dijo con ternura—, ven, volvamos a casa...

Jesús oyó la voz de María, se volvió y la miró con sorpresa como si se preguntara quién era...

—Ven, hijo mío —repitió María enlazando su cintura—, ¿por qué me miras así? ¿No me reconoces? Soy tu madre. Ven, tus hermanos te esperan en Nazaret y tu anciano padre...

El hijo sacudió la cabeza y dijo tranquilamente:

—¿Qué madre? ¿Qué hermanos? He ahí a mi madre y mis hermanos...

Tendió el brazo, señaló a los menesterosos y a sus mujeres, y al pelirrojo Judas que de pie, silencioso ante un pino, lo miraba con furia.

—Y mi padre… —señaló el cielo con el dedo— es Dios.

Los ojos de la pobre desgraciada, víctima del rayo divino, comenzaron a derramar lágrimas.

—¿Habrá en el mundo una madre más desdichada que yo? —gritó—. Tenía un hijo, un solo hijo, y ahora…

La anciana Salomé oyó aquella voz desgarradora, abandonó a su marido y volvió sobre sus pasos. Tomó a María de la mano, pero ésta oponía resistencia. Se dirigió otra vez a su hijo:

—¿No vienes? —gritó—: ¿No vienes? Te lo suplico por última vez: ¡Ven conmigo!

María esperó. El hijo, mudo, había vuelto el rostro nuevamente hacia el lago.

—¿No vienes? —La madre lanzó un grito de dolor y alzó la mano—. ¿No temes la maldición de tu madre?

—Nada me inspira temor —respondió el hijo, sin volverse—. No temo a nadie, fuera de Dios.

Una expresión feroz apareció en el rostro de María. Alzó el puño y ya abría la boca para maldecirlo cuando la vieja Salomé le puso la mano sobre los labios:

—¡No! ¡No! —le dijo—. ¡No!

La tomó por la cintura y violentamente la atrajo hacia sí.

—Vámonos —le dijo—, vámonos. Tengo algo que decirte, querida María. Las dos mujeres echaron a andar camino abajo hacia Cafarnaum. El anciano Zebedeo iba adelante, furioso, y decapitaba los cardos a garrotazos. La anciana Salomé hablaba a María.

—¿Por qué lloras, María querida? —le decía—. ¿Acaso no has visto?

María la miró, asombrada. Interrumpió su queja para preguntar:

—¿Qué?

—¿No has visto alas azules cuando hablaba, millares de alas azules tras él? ¡Te juro, María, que tras él había ejércitos de ángeles!

Pero María, desesperada, sacudía la cabeza y murmuraba:

—Yo no vi nada… Yo no vi nada… —Luego, al cabo de un momento añadió—: ¿Cómo pueden importarme los ángeles, Salomé? ¡Querría que lo siguieran sus hijos y sus nietos, sus hijos y sus nietos en lugar de los ángeles!

Pero los ojos de la anciana Salomé estaban llenos de alas azules. Adelantó la mano, tocó el pecho de María y murmuró en voz baja, como si le confiara un gran secreto:

—Bendita eres, María, y bendito es el fruto de tus entrañas.

Pero la otra sacudía la cabeza y lloraba mientras avanzaba, inconsolable.

Durante aquel tiempo los menesterosos, sobreexcitados, habían rodeado a Jesús; golpeaban el suelo con los bastones, amenazantes, y agitando los cestos vacíos, gritaban:

—¡Has hablado bien, hijo de María! ¡Mueran los ricos!

—¡Sé nuestro cabecilla! ¡Vayamos a quemar la casa del viejo Zebedeo!

—No, no la quememos —decían otros—. Forcemos la puerta y repartámonos el trigo, el aceite, el vino, los cofres llenos de ricas vestiduras... ¡Mueran los ricos!

Jesús agitaba desesperadamente los brazos y gritaba:

—¡Yo no dije eso! ¡Yo no dije eso! Yo dije, hermanos: ¡Amor!

Pero los pobres, exasperados por el hambre, ya no lo escuchaban.

—¡Andrés tiene razón! —gritaban—. ¡Primero el hierro y el fuego, y después el amor!

Junto a Jesús, Andrés escuchaba, con la cabeza baja, pensativo, y callaba. Cuando su maestro hablaba allá en el desierto, sus palabras quebraban, como piedras, la cabeza de los hombres. Pero este hombre hablaba como si estuviera distribuyendo pan. ¿Quién estaba en lo cierto? ¿Cuál de los dos caminos llevaba a la salvación del mundo? ¿La violencia? ¿El amor?

Y mientras rumiaba estos pensamientos, sintió que dos manos se posaban en su coronilla. Jesús se había acercado a él y había puesto delicadamente las manos sobre su cabeza. Los dedos, muy alargados y finos, aprisionaban cuanto tocaban y habían cubierto toda la cabeza de Andrés. Este no se movió. Sentía que las coyunturas de su cráneo se abrían, sentía que una ternura indecible se derramaba sobre él, espesa como la miel, que entraba en su cerebro, llegaba a su boca, a su cuello, a su corazón para descender a los riñones y ramificarse luego hasta la planta de los pies. Experimentaba una profunda alegría en todo su cuerpo y en toda su alma, una profunda alegría en las raíces de su ser, como el árbol sediento que recibe la lluvia. No hablaba. ¡Si aquellas manos no abandonaran jamás su cabeza!... Sentía por fin que lo invadía, después de una lucha tan larga, la paz y la seguridad.

Algo más lejos, los dos amigos inseparables, Felipe y Natanael, discutían con calor.

—Me agrada —decía el hombretón cándido—. Sus palabras son dulces como la miel. No me creas si quieres, pero cuando le oía me relamía.

—No me agrada —replicaba el pastor—, no me agrada. Dice una cosa y hace otra. Proclama: ¡amor! ¡amor!, y fabrica cruces para crucificar.

—Te repito que eso se acabó, Felipe. Se acabó. Debía cumplir esa etapa, y ya la cumplió. Ahora va por el camino de Dios.

—¡Quiero ver acciones! —insistía Felipe—. Que vaya primero a bendecir mis carneros, que comienzan a tener sarna, y creeré en él si se curan. De lo contrario, ¡que se vaya al diablo junto con los otros profetas! ¿Por qué meneas la cabeza? Si quiere salvar el mundo, que comience por mis carneros.

Caía la noche y cubría el lago, los viñedos y los rostros de los hombres. Apareció en el cielo la Osa Mayor; una estrella roja —una gota de vino— quedó suspendida en oriente, sobre el desierto.

Jesús sintió súbitamente cansancio, hambre y deseos de quedarse solo. Los hombres iban acordándose poco a poco del camino que les faltaba recorrer, de sus casas y de sus hijitos que los esperaban. Volvían las preocupaciones. Aquello había sido un relámpago y se habían dejado transportar por el entusiasmo, pero ahora el relámpago había pasado y volvía a arrastrarlos la corriente de las preocupaciones cotidianas. A hurtadillas, como si desertaran, abandonaban el grupo de uno en uno, de dos en dos.

Jesús, afligido, se echó sobre los viejos bloques de mármol. Nadie le tendió la mano para desearle las buenas noches, nadie le preguntó si tenía hambre ni si tenía un rincón donde pasar la noche. Con el rostro vuelto hacia la tierra que se oscurecía, escuchaba las pisadas presurosas que se alejaban, se alejaban hasta perderse. De repente, reinó el silencio. Alzó la cabeza: no había nadie. Miró a su alrededor: le rodeaba la oscuridad. Los hombres se habían marchado; sólo le acompañaban las estrellas, el hambre y la fatiga. ¿Adónde iría? *¿A* qué puerta llamaría? Se echó nuevamente, encogió el cuerpo y comenzó a quejarse: «Hasta los zorros tienen una cueva donde dormir —murmuró—, pero yo no la tengo...» Cerró los ojos. Con la noche había caído un frío afilado; tiritaba.

De pronto oyó un suspiro tras los bloques de mármol y un sollozo muy débil. Abrió los ojos. Vio a una mujer que se arrastraba con el vientre pegado a tierra, en medio de la oscuridad, se acercaba a él. Se desató los cabellos y comenzó a enjugar los pies de Jesús, cubiertos de arañazos. La reconoció por el perfume.

—Magdalena, hermana mía —dijo, posando la mano en la cabeza cálida y perfumada—. Magdalena, hermana mía, vete a tu casa y no vuelvas a pecar.

—Jesús, hermano mío —dijo ella besándole los pies—, déjame seguirte hasta la muerte. Ahora sé qué es el amor.

—Vete a tu casa —repitió Jesús—. Cuando llegue el momento, te llamaré.

—Quiero morir por ti, hermano mío —prosiguió la mujer.

—Ya llegará el momento, Magdalena. No tengas prisa; aún no ha llegado. Entonces te llamaré. Pero ahora, vete...

Magdalena iba a oponer resistencia, pero la voz, muy severa ahora, repitió:

—Vete.

Magdalena echó a andar camino abajo. Sus pisadas leves resonaron durante algún tiempo y luego, poco a poco, se perdieron por completo. Sólo quedaba en el aire el perfume de su cuerpo. Pero sopló la brisa nocturna y se lo llevó.

El hijo de María estaba ahora completamente solo. Sobre él reinaba Dios con su rostro nocturno, su rostro tenebroso salpicado de estrellas. Aguzó el oído en la oscuridad estrellada, como si se esforzara por escuchar una voz. Esperó, pero nada oyó. Quería abrir la boca para preguntar al Invisible: «¿Estás satisfecho de mí, Señor?», pero no se atrevía. El repentino silencio que se había abatido a su alrededor le asustaba. «Seguramente no debe estar satisfecho, no debe estar satisfecho de mí —pensó, estremeciéndose—. Pero la culpa no es mía, Señor. ¿Cuántas veces te lo dije? ¡No puedo hablar! Pero tú siempre me empujabas, ya risueño, ya colérico, y esta mañana, en el Monasterio, en el momento en que los monjes me importunaban para que aceptara, yo indigno como soy, el cargo de higúmeno, cuando habían echado el cerrojo a todas las puertas para impedirme salir, ¡tú me abriste una puerta secreta, me tomaste por los cabellos y me arrojaste aquí, ante tantos hombres! Me ordenaste: "¡Habla! ¡Llegó el momento!" Yo apretaba los labios y callaba. Tú gritabas, pero yo callaba. ¡Tú no quisiste soportarlo, te lanzaste sobre mí y me abriste la boca, no fui yo quien la abrió; tú me la abriste por la fuerza, me frotaste los labios con miel y no con brasas, según acostumbras hacer con tus profetas! Y hablé. Mi corazón estaba encolerizado. Ansiaba gritar yo también, como tu profeta el Bautista: ¡Dios es el fuego! ¡Ya llega! ¡Adónde iréis a ocultaros, hombres sin ley, sin justicia y sin honor! ¡Ya

llega! Esto quería gritar mi corazón, pero Tú me frotaste los labios con miel y grité: ¡Amor! ¡Amor!»

«¡Señor, Señor, no puedo luchar contra Ti! Esta noche entrego las armas. ¡Hágase tu voluntad!»

Después de estas palabras, se sintió aliviado. Inclinó la cabeza sobre el pecho, como un ave soñolienta, cerró los ojos y se durmió. Enseguida le pareció que sacaba de su seno una manzana, que la abría y que tomaba una semilla y la plantaba ante él, en la tierra. Y apenas la hubo plantado, la semilla germinó y creció un árbol con hojas y ramas; el árbol floreció, dio frutos y se cargó de manzanas rojas...

Las pisadas de un hombre resonaron en las piedras y el sueño se asustó y huyó. Jesús abrió los ojos. Un hombre estaba en pie frente a él. Ya no estaba solo, lo qué le alegró. Con calma, sin hablar, acogía la presencia cálida del hombre.

El visitante nocturno se acercó y se sentó junto a él.

—Debes tener hambre —dijo.— Te traigo pan, pescado y miel.

—¿Quién eres, hermano mío?

—Andrés, el hijo de Jonás.

—Todos me abandonaron, todos se fueron. Es cierto, tengo hambre. ¿Cómo te has acordado de mí, hermano, para traerme los dones de Dios, el pan, el pescado y la miel? Sólo faltan las palabras de consuelo.

—También te las traigo —dijo Andrés. La oscuridad le infundía valor, Jesús no veía las dos lágrimas que rodaban por las mejillas pálidas del hombre ni sus manos temblorosas.

—Primero las palabras, las palabras de consuelo —dijo Jesús, y le tendió la mano sonriendo.

—Rabí... Maestro... —murmuró el hijo de Jonás.

Se inclinó para besarle los pies.

XIV

El tiempo no es un campo que se mida por metros; no es un mar que se mida por millas; es el latido de un corazón. ¿Cuánto tiempo duraron aquellos esponsales? ¿Días? ¿Meses? ¿Años? El hijo de María iba de aldea en aldea, de montaña en montaña y, a veces, en barca, de una orilla a otra del lago, alegre, compasivo, con palabras bondadosas a flor de labios, vestido de blanco como un novio. Y la novia era la Tierra. Asentaba el pie en el suelo, lo alzaba y la tierra se cubría de flores. Miraba los árboles y los árboles florecían. Levantábase una brisa favorable cuando entraba en una barca. Los hombres le oían y el barro de que estaban hechos se transformaba en un ala. Durante todo el tiempo que duraron aquellos esponsales, los hombres hallaban a Dios bajo cada piedra que levantaban. Llamaban a una puerta y era Dios quien la abría. Miraban a los ojos de su amigo o a los ojos de su enemigo y veían en las pupilas a Dios, que les sonreía.

Los fariseos sacudían la cabeza, exasperados, y le decían:

—Juan Bautista ayuna, llora, amenaza, no ríe. En cambio tú eres el primero en acudir allí donde haya una fiesta o una boda. Comes, bebes, ríes y anteayer en Cana, en una boda, bailaste con las muchachas. ¿No tienes vergüenza? ¿Dónde se ha visto que un profeta ría y baile? —Y le lanzaban miradas sombrías.

El les sonreía y les contestaba:

—No soy profeta, fariseos, hermanos míos. No soy profeta; soy un novio.

—¿Novio? —rugían los fariseos haciendo ademán de rasgarse las vestiduras.

—Sí, novio, fariseos, hermanos míos. ¿Cómo explicároslo de otra forma? No sé. Perdonadme.

Se volvía hacia sus compañeros Juan, Andrés, Judas, hacia los campesinos y los pescadores que, hechizados por la dulzura de su rostro, abandonaban, para oírlo, sus campos y sus barcas, y hacia las mujeres que corrían tras ellos con sus niños en brazos:

—Regocijaos y vivid alegres —les decía— mientras el novio esté con vosotros. Llegarán días en que quedaréis viudos y huérfanos, pero depositad vuestra esperanza en el Padre. Mirad las aves del cielo. No siembran, no siegan y el Padre las alimenta. Mirad las flores de la tierra. No hilan, no tejen y, sin embargo, ¿qué rey se ha vestido nunca con semejante magnificencia? No os preocupéis por vuestro cuerpo, por lo que va a comer, por lo que va a beber, por los vestidos con que ha de cubrirse. Fue polvo y en polvo se convertirá. Pensad en vuestra alma, que es inmortal, y en el reino de los cielos.

Judas lo escuchaba y fruncía el entrecejo. Le tenía sin cuidado el reino de los cielos. Su gran preocupación era el reino de la tierra. Y ni siquiera de toda la tierra sino sólo de la tierra de Israel. Aquella tierra estaba hecha de piedras y de hombres y no de oraciones y nubes. Y los romanos, bárbaros e idólatras, la pisoteaban. Primero había que arrojarlos de allí y luego podría uno pensar en el reino de los cielos.

Jesús lo veía ceñudo y leía en las arrugas que le atormentaban la frente sus secretos pensamientos. Le sonreía y le decía:

—Judas, hermano mío, el cielo y la tierra se confunden, la piedra y la nube se confunden; el reino de los cielos no está en el aire sino en nosotros, en nuestro

corazón. De él hablo. Con tan sólo cambiar tu corazón, el cielo y la tierra se unirán, los israelitas y los romanos se unirán y todo será una gran unidad.

Pero el pelirrojo conservaba y alimentaba su cólera. Tenía paciencia, esperaba. «Este soñador no sabe lo que dice —murmuraba en su fuero interno—. No se da cuenta. Sólo si se cambia el mundo cambiará mi corazón. ¡Sólo sentiré consuelo cuando los romanos desaparezcan de la tierra de Israel!»

Un día el hijo menor de Zebedeo le dijo a Jesús:

—Rabí, no me agrada Judas, perdóname. Cuando me acerco a él, siento que una fuerza oscura dimana de su cuerpo, como millares de afiladas agujas que me hieren. Y anteayer, a la hora del crepúsculo, vi a un ángel negro que se inclinaba sobre su oído y le cuchicheaba algo. ¿Qué podía decirle?

—Presiento lo que le decía —respondió Jesús, suspirando.

—¿Qué le decía? Tengo miedo, rabí. ¿Qué le decía?

—Lo sabrás cuando llegue el momento, hermano mío. Ahora ni siquiera yo lo sé muy bien.

—¿Por qué lo llevas contigo? ¿Por qué le permites que te siga día y noche? Y cuando le hablas, tu voz es más suave que cuando te diriges a nosotros... ¿por qué?

—Es preciso que así sea, Juan, hermano mío. El necesita más amor.

Andrés seguía al nuevo maestro y día a día el mundo se iba haciendo más dulce para él. Aunque lo que se dulcificaba no era el mundo sino su corazón. Comer y reír no constituían una falta, la tierra que pisaba se volvía más firme y el cielo se inclinaba sobre ella como un padre. Y el día del Señor no era ya un día de cólera y de incendio, no era el fin del mundo, sino un día de siega, de vendimias, de bodas, de danza. La inocencia del mundo se renovaba incesantemente. Cada nuevo día veía renacer a la tierra y Dios le prometía conservarla en su santa mano.

Transcurrían los días y Andrés se apaciguaba, se reconciliaba con el reír y el comer y volvían a aparecer los colores en sus pálidas mejillas. Y cuando al mediodía o al atardecer se echaba bajo un árbol, o bien cuando los agasajaban en una casa y Jesús tomaba, según su costumbre, el pan para bendecirlo y repartirlo, súbitamente el pan cambiaba de sustancia en las entrañas de Andrés: se transformaba en amor y alegría. De tarde en tarde pensaba en los suyos y suspiraba.

—¿Qué será de los ancianos Jonás y Zebedeo? —dijo un día, y su mirada se perdió a lo lejos. Era como si los dos viejos estuvieran en el extremo del mundo—. ¿Y dónde se hallarán Santiago y Pedro? ¿Por dónde andarán sufriendo?

—Nos reuniremos con todos —respondió Jesús, sonriendo—.

Todos se reunirán con nosotros. No te preocupes, Andrés. La mansión del Padre es vasta, suficientemente vasta para dar cabida a todo el mundo.

Un atardecer Jesús entró en Betsaida. Los niños corrían para darle la bienvenida agitando ramos de olivo y palmas. Abríanse las puertas y aparecían las mujeres que, abandonando los trabajos domésticos, echaban a correr tras él para oír la buena nueva. Los hijos llevaban a horcajadas en los hombros a sus padres paralíticos, los nietos tomaban de la mano a los abuelos ciegos, los

hombres vigorosos arrastraban a los poseídos y corrían detrás de Jesús para que éste posara la mano sobre ellos y los curara.

Aquel día el buhonero Tomás, cargado como un burro, pasaba por azar por aquella aldea haciendo sonar la trompetilla y pregonando sus baratijas: peines, hilos, pendientes de plata, brazaletes de bronce y afeites milagrosos para las mujeres. Jesús lo vio e inmediatamente el aire cambió. Aquel hombre no era ya Tomás, el mercader bisojo. Empuñaba un nivel de agua, estaba en un país lejano y lo rodeaba una gran multitud. Veíanse albañiles trabajando y peones que transportaban cal y piedras. Construíase una gran obra y por doquiera había columnas de mármol. Elevábase un gran templo y Tomás, maestro albañil, corría de un lado a otro con su nivel... Jesús pestañeó; Tomás cerró también los ojos, los abrió y se halló cargado con sus mercancías frente a Jesús; sus ojillos bizcos y maliciosos reían. Jesús posó la mano sobre su hombro y le dijo:

—Tomás, ven conmigo. Te cargaré con otras mercancías, con las especias y joyas del alma, para que realices un viaje por los confines del mundo, las pregones y distribuyas entre los hombres.

—Déjame vender primero éstas —dijo el astuto comerciante riendo—. ¡Luego, veremos! —Y sin esperar más, ahuecó la voz y comenzó a ofrecer a gritos los peines, los hilos y los afeites.

Uno de los ancianos notables, muy rico, cruel y deshonesto, de pie en el umbral de su casa, con los brazos apoyados en el marco de la puerta, observaba con curiosidad la muchedumbre que se acercaba. Abría la marcha un tropel de niños, que agitaban palmas y ramas de olivo, golpeaban a las puertas y voceaban:

—¡Llega, llega, llega, el hijo de David!

Los seguía un hombre vestido de blanco, sereno, sonriente; los cabellos le caían sobre los hombros. Extendía los brazos a derecha e izquierda, como para bendecir las casas. Tras él corrían hombres y mujeres que luchaban entre sí para tocarlo y recibir así fortaleza y santidad... Más atrás, avanzaban los ciegos y los paralíticos. Las puertas se abrían incesantemente y, a cada instante, aparecía una nueva muchedumbre.

—¿Quién es éste ahora? —preguntaba el anciano notable con inquietud. Asía firmemente el picaporte, temeroso de que la multitud quisiera meterse en su casa para saquearla.

—Es el nuevo profeta, anciano Ananías —le respondió un hombre que se detuvo—. Aquel hombre vestido de blanco lleva en una mano la vida y en la otra la muerte para distribuirlas como mejor plazca. Te daré un buen consejo: trátalo bien.

Al oír esto, el anciano Ananías tuvo miedo. Su corazón abrigaba muchas inquietudes y a menudo se despertaba de noche sobresaltado; el miedo le pegaba la lengua al paladar. Tenía malos sueños; se veía en el Infierno, hundido hasta el cuello en las llamas... Acaso aquel hombre podría salvarlo. «Todo es mágico en el mundo, aquel hombre es mago, invitémoslo a sentarse a nuestra mesa, agasajémoslo, quizás obre un milagro...»

Se decidió, avanzó hasta el centro de la calle y, llevándose la mano al corazón, dijo:

—Hijo de David, soy el anciano Ananías. Soy pecador y tú eres santo. Me enteré de que te habías dignado a venir a nuestra aldea y te preparé un festín. Entra, si lo tienes a bien. Los santos vienen al mundo por causa de nosotros, de los pecadores. Mi casa está sedienta de santidad.

Jesús se detuvo y dijo:

—Lo que dices me agrada, anciano Ananías. Celebro verte.

Entró en la rica casa; pronto llegaron los esclavos que dispusieron las mesas en el patio y llevaron cojines; Jesús se echó en uno de ellos y, junto a él, se echaron Juan, Andrés, Judas y también el astuto Tomás, que se había hecho discípulo para comer. Frente a ellos se instaló el anciano dueño de la casa. Pensaba en el modo de llevar hábilmente la conversación adonde él deseaba, de hablar de sus sueños para que el exorcista los arrojara de su espíritu. Pronto llegaron los manjares y se sirvieron también dos cántaros de vino. El pueblo, en pie, los miraba comer y hablar del tiempo que hacía, de Dios y de los viñedos. Los esclavos presentaron luego aguamaniles y los invitados, después de lavarse las manos, se disponían a levantarse cuando el anciano Ananías no resistió más: «Me he gastado mucho —pensó—, lo agasajé en mi mesa, y él y su gente comieron y bebieron. Es justo que ahora pague —Maestro —dijo—, tengo malos sueños y sé que tienes renombre como gran exorcista. Hice lo que pude por ti y ahora haz tú algo por mí. Apiádate de mí y arroja esos sueños de mi espíritu. Me dicen que hablas y que exorcizas mediante parábolas. Di, pues, una parábola; comprenderé su sentido oculto... y curaré. ¿Acaso no es todo mágico? Obra, pues, tus sortilegios.

Jesús sonrió. Miró al anciano a los ojos. No era la primera vez que veía las ávidas mandíbulas, las nucas rollizas y los ojos inquietos del saciado. Lo estremecían. Son gente que comen, beben y ríen como si todo el mundo les perteneciera; roban, bailan, fornican, sin la más mínima idea de que se están quemando en el fuego del Infierno. Sólo cuando duermen, a veces, abren los ojos y ven... Jesús continuaba mirando a aquel viejo glotón; miraba su carne, sus ojos, su miedo... y una vez más la verdad se transformó en sus labios en cuento.

—Abre tus oídos, anciano Ananías —dijo—, abre tu corazón. Te hablaré.

—He abierto mis oídos, he abierto mi corazón. Que el cielo te inspire; te escucho.

—Había una vez, anciano Ananías, un hombre rico, cruel y deshonesto. Comía y bebía, vestía, ropas de seda y de púrpura y ni siquiera ofrecía un vaso de agua a su vecino Lázaro, que pasaba hambre y frío. Lázaro se arrastraba bajo las mesas para recoger las migajas de pan y roer los huesos. Pero los esclavos lo arrojaban fuera de la casa y él permanecía sentado en el umbral; los perros le lamían las heridas. Llegó entonces la hora señalada y ambos murieron. Uno fue al fuego eterno, el otro al seno de Abraham. Un día el rico alzó los ojos y vio a su vecino Lázaro, que reía y vivía alegre en el seno de Abraham. Lanzó un grito: «Padre Abraham, padre Abraham, envíame a Lázaro; ordénale que se humedezca la punta de los dedos para que me refresque la boca. ¡Me quemo!» Pero Abraham le respondió: «Acuérdate de cuando tú comías, bebías y gozabas de los bienes del mundo y él pasaba hambre y frío. ¿Le ofreciste alguna vez un vaso de agua? Pues bien, ahora ha llegado para él la hora de disfrutar y para ti la de abrasarte eternamente Jesús suspiró y calló. El anciano Ananías esperaba aún con la boca

abierta la continuación de la parábola; tenía secos los labios y la garganta. Miró a Jesús con aire suplicante:

—¿Es todo? —preguntó con voz trémula—. ¿Es todo? ¿No hay nada más?

Judas se echó a reír y dijo:

—Te va como anillo al dedo. El que come y bebe demasiado en esta tierra lo vomitará en los Infiernos.

Pero el hijo menor de Zebedeo se inclinó sobre el pecho de Jesús y le dijo en voz baja:

—Rabí, tus palabras no apaciguaron mi corazón. Muchas veces nos has dicho: «Perdona a tu enemigo, ámalo. Aun cuando te haga el mal siete veces y setenta veces siete, devuélvele el bien setenta veces siete. Sólo así podrá extirparse la maldad del mundo.» ¿Y ahora Dios no puede perdonar?

—Dios es justo —dijo el pelirrojo, lanzando una mirada zumbona al anciano Ananías.

—Dios es la bondad misma —replicó Juan.

—Entonces, ¿no hay esperanza? —balbuceó el viejo hacendado—. ¿Terminó la parábola?

Tomás se levantó, avanzó unos pasos hacia la puerta de la calle y se detuvo.

—No, no terminó, señor —dijo burlonamente—. Falta el final.

—Habla, hijo mío. Que Dios te bendiga.

—El rico se llamaba Ananías —dijo. Tomó su hatillo de baratijas y salió de la casa. Se detuvo en el centro de la calle y se echó a reír a carcajadas con los vecinos.

La sangre afluyó al rostro del viejo y sus ojos enrojecieron.

Jesús adelantó la mano y acarició la barba ensortijada de su amado compañero:

—Juan —dijo—, todos tienen oídos y han oído; todos tienen inteligencia y han juzgado. Dijeron que Dios es justo, pero no han ido más allá de esa frase. Pero tú además tienes corazón y dijiste: Dios es justo pero eso no basta. También es la bondad misma. Por consiguiente esta parábola tiene que tener otro final.

—Rabí —dijo Juan—, perdóname. Esto es lo que dice mi corazón: si el hombre perdona, ¿cómo no ha de perdonar Dios? No es posible, es una gran blasfemia. Es preciso que la parábola tenga otro final.

—Y lo tiene, querido Juan —dijo Jesús, sonriendo—. Anciano Ananías, escucha y tu corazón quedará aliviado. Escuchad también todos los que estáis en el patio y vosotros, los vecinos, que os reís a carcajadas en la calle. Dios no es sólo justo sino también bueno. Y no sólo es bueno sino que también es Padre. Lázaro oyó las palabras de Abraham y suspiró: «Dios mío —se dijo para sus adentros— ¿cómo puede ser uno feliz en el paraíso cuando sabe que hay un hombre, un alma que arde por toda la eternidad? Refréscalo, Señor, para que yo me sienta refrescado. Libéralo, Señor, para que yo me sienta liberado. De lo contrario, yo también comenzaré a quemarme.» Dios oyó su pensamiento, se regocijó y le dijo: «Amado Lázaro, baja y toma de la mano al sediento. Mis fuentes son inagotables y tráelo contigo para que beba y se refresque. Así tú podrás

refrescarte con él.» «¿Por toda la eternidad?», preguntó Lázaro. «Por toda la eternidad», respondió Dios.

Jesús se levantó y calló. Había caído la noche y el pueblo se dispersó cuchicheando. Los hombres y las mujeres volvían a sus casuchas con el corazón saciado. «¿Puede alimentar la palabra?», se preguntaron a sí mismos. «Sí, puede, cuando es la palabra verdadera.»

Jesús tendió la mano para despedirse del anciano Ananías, pero éste cayó a sus pies:

—Rabí —murmuró—, ¡perdóname! —Y se deshizo en lágrimas.

Se echaron bajo unos olivos para pasar la noche y Judas fue a buscar allí al hijo de María. No lograba calmarse; debía verle y hablarle para poner las cosas en su lugar. Debían hablar claramente. En la casa del cruel Ananías, cuando él se regocijaba al ver quemarse al rico en el Infierno, cuando batió las palmas y gritó: «¡Lo tiene merecido!», Jesús había fijado durante largo rato sus ojos en él, como censurándole y aquella mirada aún le traspasaba. Era preciso, pues, que tuvieran una explicación; no le agradaban las insinuaciones ni las miradas furtivas.

—Eres bienvenido —le dijo Jesús—. Te esperaba.

—Yo no pertenezco a tu gente, hijo de María —dijo en seguida el pelirrojo—. Carezco de la inocencia y del candor de Juan, tu niño mimado. Tampoco soy un visionario ni un soñador y veleta como Andrés, que gira al capricho del viento. Soy una fiera de carácter íntegro; mi madre me dio a luz a escondidas y me arrojó al desierto, donde mamé la leche de una loba. Me hice rudo, de una sola pieza, leal. Por el que amo soy capaz de echarme en el polvo para que me pisotee, y al que no amo, lo mato.

Al hablar, su voz se volvía ronca. Sus ojos despedían chispas en la oscuridad. Jesús posó la mano en aquella cabeza amenazante para apaciguarla. Pero el pelirrojo rechazó la mano pacífica con un movimiento brusco. Lanzó un suspiro:

—Puedo —dijo pesando sus palabras una por una—, puedo matar también al que amo si veo que quiere dejar el camino recto.

—¿Cuál es el camino recto, Judas, hermano mío?

—La salvación de Israel Jesús cerró los ojos y no respondió. Las dos llamas que brillaban en la noche le quemaban. También le quemaban las palabras de Judas. ¿Qué era Israel? ¿Por qué sólo Israel? ¿Acaso no eran todos hermanos?

El pelirrojo aguardaba una respuesta, pero el hijo de María callaba. El pelirrojo lo tomó por el brazo, lo sacudió como si quisiera despertarlo, y preguntó:

—¿Entendiste? ¿Oíste lo que te dije?

—Entendí —respondió el otro, abriendo los ojos.

—Te lo digo brutalmente para que sepas quién soy yo y qué quiero y para que me des una respuesta. ¿Quieres, sí o no, que te siga? Deseo saberlo.

—Sí, lo quiero, Judas, hermano mío.

—¿Y me dejarás opinar libremente, contradecirte, decir «no» cuando tú digas «sí»? Porque, y quiero que lo sepas, todo el mundo podrá escucharte con la boca abierta, pero yo no. No soy un esclavo, entérate; soy un hombre libre.

—La libertad, Judas, es exactamente lo que yo también quiero.

El pelirrojo dio un salto. Aferró a Jesús por un hombro y gritó:

—¿Quieres liberar a Israel de los romanos? —su aliento quemaba.

—Quiero liberar el alma del pecado.

Judas soltó con rabia el hombro de Jesús y abatió el puño en el tronco del olivo.

—Aquí se separan nuestros caminos —gritó, y miró a Jesús con odio—. Libera primero a nuestro cuerpo de los romanos, y luego podrás liberar al alma del pecado. Tal es el camino. ¿Eres capaz de internarte en él? No se comienza a construir una casa por el tejado. Se comienza por los cimientos.

—El alma es los cimientos, Judas.

—El cuerpo es los cimientos, hijo de María, y has de comenzar por él. Ya te lo dije y te lo repito: presta atención, toma el camino que te indico. Por esto y sólo por esto, entérate, te sigo los pasos: para mostrarte el camino.

Bajo el olivo cercano, Andrés oyó la discusión mientras dormía y se despertó. Aguzó el oído. Era la voz del maestro y otra voz ronca y colérica. Se estremeció. ¿Había ido alguien para atacarle de noche? Sabía de sobra que allí, por donde pasaba, Jesús dejaba tras él muchos jóvenes y mujeres y toda una muchedumbre de pobres que le amaban; pero también muchos ricos, poderosos y viejos que le detestaban y deseaban su perdición. ¿Habían enviado aquellos criminales a algún mocetón robusto para que le pegara? Se arrastró a gatas hacia donde resonaban las voces, en la oscuridad. Pero el pelirrojo oyó ruidos y gritó, inclinándose:

—¿Quién está ahí?

Andrés reconoció su voz.

—Soy yo, Andrés, Judas —dijo.

—Ve a acostarte, hijo de Jonás; Jesús y yo estamos discutiendo.

—Ve a acostarte, Andrés, hijo mío —dijo también Jesús.

Judas bajó la voz. Jesús sentía su aliento espeso sobre su rostro.

—Según recordarás, en el Monasterio te revelé que la cofradía me había designado para matarte. En el último momento desistí de hacerlo. Metí el puñal en la vaina y salí del Monasterio al amanecer, como un ladrón.

—¿Por qué desististe de hacerlo, Judas? Te digo que estaba preparado.

—Esperaba.

—¿Qué esperabas?

Judas guardó silencio y luego dijo, de pronto:

—Comprobar si eras Aquél que Israel espera.

Jesús se estremeció y se apoyó en el tronco del olivo; temblaba. —¡No quiero apresurarme y matar al Salvador! ¡No, no quiero! —gritó Judas al tiempo que se enjugaba la frente, cubierta súbitamente de sudor—. ¿Comprendes? ¡No quiero! —gritó como si lo estrangularan.

Aspiró profundamente.

—Acaso ni él mismo lo sepa, me decía. Hay que tener paciencia; le dejaré seguir viviendo. Ha de vivir para que nosotros veamos lo que dice y lo que hace. Y

si no es Aquél que esperamos, siempre habrá tiempo de matarle. Eso es lo que pensé, y por eso te dejé vivir.

Permaneció durante largo rato jadeante. Hundía una y otra vez el dedo grande del pie en la tierra. De pronto tomó a Jesús por el brazo y le dijo con voz ronca, desesperada:

—No sé cómo llamarte: ¿hijo de María, hijo del carpintero, hijo de David? Aún no sé quién eres. Pero tú tampoco lo sabes. Es preciso que los dos lo sepamos de una vez, para sentirnos los dos aliviados, pues esto no puede durar más. No hagas caso de los otros, porque te siguen hablando como corderos. No pienses en las mujeres que te admiran y lloran; no son más que mujeres, tienen corazón pero no cabeza y no las necesitamos. Es menester que los dos sepamos quién eres, cuál es esa llama que te quema... ¿Es el Dios de Israel o el demonio? ¡Es preciso que lo averigüemos!

Temblaba todo el cuerpo de Jesús.

—¿Qué hemos de hacer, Judas, hermano mío? ¿Gimo hemos de averiguarlo? Ayúdame.

—Hay un medio.

—¿Cuál?

—Vayamos al Jordán. Allí nos lo dirá Juan Bautista. El grita: «¡Ya llega!» «¡Ya llega!» Apenas te vea sabrá si tú eres el que llega. De este modo te calmarás y yo sabré lo que debo hacer.

Jesús se perdió en una profunda ensoñación. ¡Cuántas veces le había invadido aquella angustia! Caía con el rostro en tierra, se debatía, echaba espuma por la boca y los hombres le creían presa del demonio y seguían su camino, espantados. Pero estaba en el séptimo cielo; su espíritu había abandonado la jaula y ascendía para golpear a la puerta de Dios y preguntar: «¿Quién soy? ¿Para qué nací? ¿Qué he de hacer para salvar el mundo? ¿Cuál es el camino más corto? ¿Mi muerte, quizá?»

Alzó la cabeza y vio a Judas inclinado sobre él.

—Judas, hermano mío —dijo—, acuéstate junto a mí y Dios, como un sueño, se apoderará de nosotros. Mañana partiremos muy temprano en busca del profeta de Judea. Que se haga la voluntad de Dios. Estoy preparado.

—También yo estoy preparado —dijo Judas.

Se acostaron uno junto al otro.

Ambos debían estar muy fatigados, pues inmediatamente se durmieron. Cuando Andrés se despertó al amanecer, vio que dormían abrazados.

El sol comenzó a caer sobre el lago y el mundo se iluminó. El pelirrojo abría la marcha y le seguían Jesús y sus dos fieles discípulos, Juan y Andrés. Tomás tenía aún mercancías que vender y se había quedado en la aldea. «Es muy bonito lo que dice el hijo de María —pensaba el astuto, que intentaba sacar las máximas ventajas de cualquier situación—. Los pobres comerán y beberán hasta saciarse en la eternidad, después de haber padecido en la tierra. Pero entretanto, ¿qué es de nosotros en este mundo? Ten cuidado, pobre Tomás; no fe dejes engañar. Para mayor seguridad, convendrá que lleves dos géneros de mercaderías en el cesto: arriba, bien visibles, los peines y los afeites, y en el fondo, en la trastienda, para los clientes selectos, el reino de los cielos.» Rió, volvió a cargar el hatillo a la

espalda, hizo sonar la trompetilla y con la voz ahuecada comenzó muy temprano a pregonar por las callejuelas de Betsaida las mercancías terrestres.

En Cafarnaum, Pedro y Santiago se habían levantado al despuntar el día y recogían juntos las redes. Pronto aparecieron los peces, que se debatían en la bolsa, resplandecientes bajo los primeros rayos del sol. En cualquier otra ocasión se hubieran sentido alegres al ver tantos peces en la red, pero aquel día el espíritu de ambos estaba muy lejos y guardaban silencio. Otilaban, pero ambos reprochaban en su fuero interno al destino, que los mantenía ligados desde muchas generaciones atrás a aquel lago, y a su propio espíritu, que calculaba y volvía a calcular sin permitir la libre expansión del corazón. «¿Es esto vida? —pensaban—. ¿Es vida acaso el arrojar las redes y sacarlas llenas de peces, comer y dormir? ¡Y todos los días de Dios hemos de recomenzar el mismo trabajo, hemos de comer el mismo guisado, todos los días, todo el año, toda la vida! ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que muramos?»

Antes, nunca se habían hecho tales reflexiones. Sus corazones estaban tranquilos y seguían sin murmurar una vía secular, la que habían seguido sus padres, sus abuelos, que habían vivido millares de años al borde de aquel mismo lago luchando con los peces. Un buen día cruzaban las manos entumecidas y morían. Sus hijos y sus nietos nacían y seguían el mismo camino sin protestar... Pedro y Santiago habían llevado hasta entonces una vida agradable y no tenían de qué quejarse. Pero en los últimos tiempos, el mundo se había encogido súbitamente para ellos y se ahogaban. Miraban a lo lejos, más allá del lago. ¿Adonde? Ni ellos mismos lo sabían; pero se ahogaban.

Y como si aquella angustia no fuera suficiente, los caminantes que pasaban por allí traían cada día nuevos testimonios: al parecer, los paralíticos echan a andar, los ciegos ven la luz, los muertos resucitan... «¿Quién es ese nuevo profeta? —les preguntaban los caminantes—. Vuestros hermanos están con él y vosotros debéis saberlo... Parece que no es hijo del carpintero de Nazaret, sino de David, ¿no es cierto?»

Pero Pedro y Santiago se encogían de hombros y volvían a inclinarse sobre las redes. Deseaban llorar para consolar su corazón. A veces, cuando los caminantes se alejaban, Pedro le decía a su compañero: «¿Crees en esos milagros, Santiago?» «Tira de la red y calla», respondía el hijo de Zebedeo, el hablador, y con un movimiento brusco acercaba una braza a tierra la red cargada.

Y aquel día, al amanecer, pasó por allí un carretero.

—Parece que el nuevo profeta comió en la mansión del anciano Ananías, el usurero, en Betsaida. Cuando terminó de comer, los esclavos le presentaron agua para lavarse las manos y entonces él se acercó al anciano Ananías y le dijo algo en voz baja. El viejo se sintió terriblemente turbado, derramó abundantes lágrimas y comenzó a distribuir las riquezas que poseía entre los pobres del lugar.

—¿Qué le dijo? —preguntó Pedro; su mirada volvió a perderse a lo lejos, más allá del lago.

—¡Ah, si yo lo supiera! —dijo el carretero riendo—. Deslizaría esas palabras al oído de todos los ricos para que los pobres respiraran un poco... Hasta la vista y buena pesca —dijo, y se puso en marcha.

Pedro se volvió para hablar a su compañero, pero inmediatamente cambió de idea. ¿Qué podía decirle? ¿Más palabras aún? ¡Como si no estuviera harto de

ellas! Sintió el deseo de dejarlo todo y ponerse a caminar sin volver la espalda. ¡Irse! La choza de Jonás le resultaba ahora demasiado pequeña, y también aquella tina de agua, el lago de Genezaret. «¡Esto no es vida, no, no es vida! —murmuró—. ¡Hay que marcharse!»

Santiago se volvió y le preguntó:

—¿Qué andas gruñendo? Cállate.

—¡El diablo me lleve! ¡Nada! —respondió Pedro y comenzó a tirar de la red con rabia.

Y precisamente en aquel instante Judas apareció en la cima de la verde colina donde Jesús había hablado por primera vez a los hombres. Empuñaba un bastón nudoso que había arrancado en el camino a un roble. Lo apoyaba en el suelo y avanzaba. Tras él aparecieron, sin aliento, sus tres compañeros. Se detuvieron unos instantes en la cima para mirar a su alrededor. El lago brillaba feliz; el sol lo acariciaba y le arrancaba destellos. En el lago, semejantes a mariposas blancas y rojas, veíanse las barcas de pesca y, por encima de los pescadores, las gaviotas. Al fondo zumbaba Cafarnaum. El sol estaba alto en el cielo y el día resplandecía.

—¡Ahí está Pedro! —dijo Andrés señalando a su hermano, que recogía las redes.

—¡Y Santiago! —dijo a su vez Juan, lanzando un suspiro—. Aún están atados a la tierra...

Jesús sonrió.

—No nos mires —le dijo—. Echaos aquí para descansar; yo iré a buscarlos.

Echó a andar sendero abajo con paso rápido y leve. «Parece un ángel —pensó Juan con orgullo—. No le faltan más que las alas.» Iba descendiendo de piedra en piedra. Pronto llegó a la orilla y aminoró la marcha. Se detuvo a las espaldas de los dos pescadores encorvados sobre las redes. Permaneció largo tiempo inmóvil, mirándolos. Los miraba y no pensaba en nada. Sólo sentía que una fuerza salía de él; se consumía. El mundo perdía peso, flotaba en el aire, navegaba como una nube sobre el lago. Y junto con él perdían materialidad y flotaban los dos pescadores y su red se metamorfoseaba. Aquello ya no era una red ni aquellos eran ya peces. Eran hombres, millares de hombres felices que bailaban.

Los dos pescadores sintieron repentinamente un hormigueo dulce y extraño en la coronilla, y se asustaron. Se irguieron y se volvieron. Allí estaba Jesús, en pie, inmóvil y silencioso: los miraba.

—¡Perdónanos, maestro! —exclamó Pedro, avergonzado.

—¿Por qué, Pedro? ¿Qué habéis hecho para que os tenga que perdonar?

—Nada —murmuró Pedro, para añadir en seguida—: ¡Estoy harto de esta vida!

—Yo también —dijo Santiago, dejando caer en tierra la red.

—Venid conmigo —dijo Jesús tendiéndoles una mano a cada uno—. Venid conmigo y seréis pescadores de hombres.

Sin soltarles la mano, añadió:

—Vamos.

—¿Sin despedirme del viejo Jonás? —dijo Pedro, pensando en su padre.

—No vuelvas la cabeza, Pedro. No tenemos tiempo.

—¿Adonde? —preguntó Santiago, indeciso.

—¿Por qué lo preguntas? No más preguntas, Santiago; vamos.

Entretanto, el anciano Jonás, inclinado sobre el hogar, cocinaba y esperaba a su hijo Pedro para comer. Sólo le quedaba un hijo, ¡que Dios le conservara la vida! Pedro era un muchacho lleno de buen sentido, ordenado. En cuanto a Andrés, hacía mucho tiempo que sabía a qué atenerse respecto de él. Ya seguía a un charlatán, ya a otro y dejaba a su anciano padre luchando solo con los vientos y la vieja barca. Ahora Jonás debía remendar las redes, cocinar y realizar las tareas domésticas. Desde que su vieja mujer había muerto, debía enfrentarse a todos aquellos demonios domésticos. Pero Pedro, ¡bendito sea!, le ayudaba y le infundía valor. Saboreó el guiso: estaba a punto. Miró el sol: faltaba poco para mediodía. «Tengo hambre —murmuró—, pero le esperaré. No comeré hasta que vuelva.» Cruzó los brazos y esperó.

Más allá, la casa del viejo Zebedeo estaba abierta, el patio lleno de cestos y de cántaros, y se veía el alambique en un rincón. Era el momento en que vaciaban los calderones de las cascas y toda la casa olía a orujo de uva. El viejo Zebedeo estaba sentado con su mujer bajo la parra desnuda, ante una mesita baja; almorzaban. Zebedeo masticaba como podía con sus encías desdentadas y hablaba de sus intereses. Desde hacía tiempo tenía puestos los ojos en la casita de su vecino; el viejo Nahum le debía dinero y no podía pagarle. Con la ayuda de Dios, Nahum la semana siguiente la pondría en venta al mejor postor. El la adquiriría, ¡hacía años que lo deseaba!; echaría abajo el muro medianero y ampliaría su patio. Poseía, sí, una tina para pisar la uva, pero también deseaba un lagar para el aceite; de ese modo toda la aldea iría a prensar allí las aceitunas y él retendría un diezmo del aceite. ¿Y dónde podía colocar el lagar para el aceite? Le era absolutamente necesario obtener, sí, a toda costa, la casa del viejo Nahum...

La anciana Salomé lo escuchaba y pensaba en su hijo menor, en Juan, su querido hijo. «¿Dónde estará? ¡Qué dulzura aflora a los labios del nuevo profeta! ¡Cuánto me agradaría verlo nuevamente, oírle hablar! ¡Sus palabras hacen bajar a Dios al corazón de los hombres! ¡Mi hijo hizo bien, tomó el buen camino y yo le bendigo! Tuve un sueño anteayer. Cerraba bruscamente la puerta, abandonaba la casa con sus despensas repletas y sus lagares y partía para seguirle, corría junto a él descalza y hambrienta, y por primera vez sentía lo que puede ser la felicidad...»

—¿Oyes lo que te digo? —le dijo el viejo Zebedeo, que había sorprendido en los ojos de su mujer un raro destello de felicidad—. ¿Dónde tienes puesta la cabeza?

—Te escucho —respondió y lo miró como si lo viera por primera vez.

En aquel momento, Zebedeo escuchó voces familiares en la calle.

—¡Ahí están! —gritó. Vio al hombre vestido de blanco y, a uno y otro lado de él, a sus dos hijos. Corrió hasta el umbral con la boca llena de comida.

—¡Eh, muchachos! —gritó—. ¿Hacia dónde vais? ¿Así se pasa frente a mi casa? ¡Deteneos!

—Tenemos que hacer, Zebedeo —le respondió Pedro; los otros seguían su camino.

—¿Qué tenéis que hacer?

—¡Cosas complicadas! —dijo Pedro, estallando en una carcajada.

—¿Tú también, Santiago; tú también? —rugió el viejo abriendo desmesuradamente los ojos. Tragó sin masticar y el bocado se le atragantó. Entró en la casa y miró a su mujer; ésta sacudió la cabeza y dijo:

—Puedes despedirte de tus hijos, Zebedeo. Nos los ha arrebatado.

—¿Tú crees que Santiago también le sigue? —dijo el anciano espantado—. ¡No es posible, tenía la cabeza bien asentada sobre los hombros!

La vieja Salomé calló. ¿Qué hubiera podido decir? ¿Cómo podría entenderlo? Se levantó; ya no tenía hambre. Permaneció de pie en el umbral mirando el alegre grupo que avanzaba por el camino.

Aquel camino, siguiendo el Jordán, llevaba a Jerusalén. La anciana alzó su vieja mano y murmuró en voz baja, para que su marido no la oyera:

—¡Que mi bendición os acompañe!

A la salida de la aldea encontraron a Felipe, que hacía pacer a sus carneros a orillas del lago. Había trepado a un peñasco rojo y, apoyado en el cayado, miraba el agua del lago. En el agua de color azul verdoso contemplaba su sombra que se movía, completamente negra. Oyó en el camino un ruido de guijarros, alzó la cabeza y reconoció a los caminantes.

—¡Buenos días! —gritó—. ¿Adónde vais?

—¡Al reino de los cielos! —gritó Andrés—. ¿Vienes con nosotros?

—Venga, Andrés, habla seriamente; si vais a Magdala para la boda, os acompaño. Natanael me invitó; casa a su sobrino.

—¿Y no nos acompañas más allá de Magdala? —le gritó Santiago.

—Tengo carneros —respondió Felipe—. ¿Dónde los iba a dejar?

—En las manos de Dios —dijo Jesús sin volverse.

—¡Los devorará el lobo! —gritó Felipe.

—¡Que los devore! —gritó Juan.

«Dios mío, se han vuelto completamente locos», pensó el pastor, mientras silbaba para reunir a su rebaño.

Los compañeros siguieron su camino. Judas abría la marcha con su bastón retorcido; era el más rápido. El grupo marchaba feliz; silbaban como mirlos y reían. Pedro se acercó a Judas, el único que conservaba el rostro sombrío. No silbaba ni reía. Abría la marcha y se apresuraba.

—Dime, Judas, ¿puedo preguntarte adonde vamos? —le dijo Pedro en voz baja.

Una mitad del rostro del pelirrojo se echó a reír. Respondió:

—Al reino de los cielos.

. —Déjate de bromas. Dime, en nombre del cielo, ¿adonde vamos? Me da miedo preguntárselo al maestro.

—A Jerusalén.

—¡Oh! —exclamó Pedro, arrancándose un puñado de cabellos grises—. ¡Tres días de camino! De haberlo sabido, hubiera recogido mis sandalias, un trozo de pan, una bota de vino y mi bastón.

Todo el rostro del pelirrojo se echó a reír:

—¡Eh, pobre Pedro! —dijo—. ¡La corriente nos arrastra y nada podemos contra ella! Despídete de tus sandalias, de tu pan, de tu vino y de tu bastón. Nos hemos ido, Pedro, ¿no te has dado cuenta? Hemos abandonado el mundo. ¡Hemos abandonado la tierra y el mar y estamos en el aire!

Se inclinó al oído de Pedro y le dijo:

—Aún estás a tiempo. Vete.

—¿Adónde iba a ir ahora, Judas? —dijo Pedro. Abrió los brazos y los volvió hacia todos lados con impaciencia—. ¡Todo eso me parece insípido ahora! —dijo señalando el lago, las barcas de pesca y las casas de Cafarnaum.

El pelirrojo sacudió su enorme cabeza y dijo:

—De acuerdo. Entonces, ¡no murmures y adelante!

XV

Los primeros que advirtieron su presencia fueron los perros de la aldea, que se pusieron a ladrar; luego, los niños, que salieron corriendo hacia Magdala para llevar la nueva: «¡Ya llega! ¡Ya llega!» «¿Quién llega, niños?» Las puertas se abrían y llovían preguntas desde todas partes. «¡El nuevo profeta!» En el umbral de las casas se apiñaban las mujeres; los hombres abandonaban su trabajo y los enfermos se estremecían e iban arrastrándose para tocarle. Su fama había corrido por los alrededores del lago de Genezaret; los ciegos y los paralíticos que había curado proclamaban de aldea en aldea sus dones y su poder.

«Tocó mis párpados, que estaban hundidos en la noche, y vi la luz.» «Me ordenó: ¡arroja, las muletas y anda!, y me puse a bailar.» «Había en mí un ejército de demonios y él alzó la mano y les ordenó: ¡id, id con los puercos! Al instante salieron tumultuosamente desde el fondo de mí mismo y se metieron dentro de los puercos que comían a la orilla del lago; los puercos se enfurecieron, se arrojaron al agua, unos a horcajadas de otros, y se ahogaron.»

Magdalena oyó la buena nueva y salió de su casa. Desde el día en que el hijo de María le ordenó que retornara y no volviera a pecar, no se había asomado a la calle. Lloraba, lavaba su alma con lágrimas. Esforzábase por borrar su vida anterior, por olvidarlo todo, la vergüenza, el placer y la angustia, a fin de renacer con un cuerpo virgen. Los primeros días se golpeaba la cabeza contra las paredes y se lamentaba. Pero, con el paso del tiempo, se fue apaciguando, su dolor se fue mitigando y los malos sueños que la perseguían desaparecieron. Ahora, noche tras noche, Jesús la visitaba en sueños. Abría la puerta como si fuera el dueño de la casa, se sentaba en el patio, bajo el granado florecido, fatigado, cubierto de polvo. Venía desde muy lejos; los hombres le habían entristecido y Magdalena calentaba agua todas las noches para lavar sus pies sagrados; luego soltaba sus cabellos para enjugárselos con ellos. El descansaba, se solazaba, sonreía y le hablaba. ¿Qué le decía? Magdalena no lo recordaba. Pero por la mañana, cuando se despertaba, saltaba del lecho leve, alegre, y en los últimos días había comenzado a cantar como un jilguero, aunque muy suavemente, para que las vecinas no la oyeran. Cuando escuchó los gritos de los niños que anunciaban la llegada de Jesús, se levantó, bajó el pañuelo para ocultar un rostro tantas veces acariciado —sólo se veían sus dos grandes ojos de azabache—, abrió la puerta y salió a su encuentro.

Aquella noche la aldea estaba alborotada. Las muchachas habían sacado sus alhajas y preparaban sus lámparas para dirigirse a la casa de la boda. Se casaba el sobrino de Natanael, un muchacho mofletudo con nariz en forma de berenjena, zapatero como su tío. La novia llevaba el rostro cubierto por un espeso velo y sólo se le veían los ojos, que traspasaban el velo, y los gruesos aros que pendían de sus orejas. Estaba sentada en un alto escabel, en el centro de la casa, esperando que acudieran los invitados y las muchachas de la aldea con las lámparas encendidas y llegara el rabino para abrir las Escrituras y leer la oración. Y luego, que desaparecieran todos para quedarse sola con el muchacho de nariz en forma de berenjena.

Natanael oyó los gritos de los niños: «¡Ya llega! ¡Ya llega!», y corrió a invitar a sus amigos a la boda. Los halló sentados cerca del pozo, a la entrada de la aldea; tenían sed y bebían agua. Magdalena, arrodillada ante Jesús, le había lavado los pies y ahora los enjugaba con sus cabellos.

—Esta noche se casa mi sobrino y los invito a la boda —dijo—. Beberemos el vino de las uvas que pisé este verano en el patio del viejo Zebedeo.

Se dirigió luego a Jesús:

—Se habla mucho de tu santidad, hijo de María. Te ruego que vayas a bendecir la nueva pareja; así tendrán hijos varones para mayor gloria de Israel.

Jesús se levantó:

—Las alegrías de los hombres nos agradan —dijo—. ¡Vayamos a la boda, compañeros!

Tomó a Magdalena de la mano y la hizo ponerse en pie.

—Ven con nosotros, María —le dijo.

Abrió la marcha, alegre. Le agradaban las fiestas, los rostros resplandecientes de los hombres, los jóvenes que se casaban y no dejaban extinguirse la llama del hogar. «Las plantas, los insectos, las aves, los animales, los hombres, todos son santos —pensaba mientras se dirigía a la boda—, son criaturas de Dios. ¿Para qué viven sino para glorificar a Dios? ¡Pues entonces, que vivan eternamente!»

Las jóvenes, convenientemente acicaladas y vestidas de blanco, estaban ya ante la puerta cerrada y ricamente decorada; empuñaban las lámparas encendidas y entonaban viejas canciones nupciales, que elogiaban a la novia, se mofaban del novio y llamaban a Dios para que se dignara presentarse, pues, como se casaba un varón de Israel, acaso de aquellos dos cuerpos que iban a unirse naciera el Mesías... Cantaban para distraer la espera. El novio tardaba en llegar; debía forzar la puerta y entonces comenzaría la ceremonia.

Y precisamente en aquel momento apareció Jesús con sus compañeros. Las muchachas se volvieron y, al ver a Magdalena, interrumpieron bruscamente la canción y se apartaron con el entrecejo fruncido. ¿Cómo se atrevía a presentarse entre las vírgenes aquella mujer corrompida? ¿Dónde estaba el anciano de la aldea para que la arrojara de allí? ¡Había profanado la ceremonia nupcial!

Las mujeres casadas se volvieron a su vez lanzando feroces miradas. Los honorables burgueses que esperaban ante la puerta cerrada se agitaron y murmuraron. Pero Magdalena resplandecía como una antorcha encendida y sentía, al hallarse junto a Jesús, una nueva inocencia en su alma, y sus labios vírgenes de todo beso. De pronto, la muchedumbre se apartó y el anciano de la aldea, un vejete seco y ponzoñoso, se acercó a Magdalena, la tocó con la contera de su bastón y le hizo señas de que se retirara.

Jesús senda en su rostro, en su pecho descubierto y en sus manos las miradas envenenadas de la multitud. Su cuerpo se había abrasado, como si innumerables e invencibles espinas le hirieran. Miró al anciano, a las mujeres honradas, a los hombres ceñudos, a las vírgenes irritadas, y suspiró. «¿Hasta cuándo los ojos de los hombres permanecerán ciegos, incapaces de ver que todos somos hermanos?», pensó.

Crecían los murmullos. Oíanse ya, en la oscuridad, las primeras amenazas. Natanael se acercó a Jesús para hablarle, pero éste le rechazó con calma y se abrió camino para acercarse a las vírgenes. Las lámparas se agitaron. Le dejaron pasar y se detuvo en medio de las muchachas. Levantó la mano y dijo:

—Vírgenes, hermanas mías, Dios ha tocado mis labios. Me confió una palabra de amor para que os la ofrezca en esta santa noche nupcial. Vírgenes, hermanas mías, abrid vuestros oídos, abrid vuestros corazones. Y vosotros, hermanos, callad. ¡Voy a hablar!

Todo el mundo se volvió, inquieto. Por el tono de su voz, los hombres adivinaron que estaba encolerizado, y las mujeres, que se sentía afligido. Todos callaron. En el patio de la casa, los dos músicos ciegos afinaban sus oboes. Jesús alzó la mano y dijo:

—¿Qué creéis, vírgenes, hermanas mías, que es el reino de los cielos? Es una boda. Dios es el novio y el alma del hombre es la novia. En el cielo se celebra una boda y toda la humanidad está invitada. Perdonadme, hermanos, pero así es como Dios me habla, con parábolas. Y así os hablaré a vosotros. Celebrábase una boda en una aldea. Diez vírgenes habían tomado las lámparas y habían salido al encuentro del novio. Cinco de ellas eran prudentes y llevaron consigo una alcuza llena de aceite; las, otras cinco eran alocadas y no llevaron consigo la alcuza de aceite. Se detuvieron ante la casa de la novia. Esperaban y esperaban, pero el novio tardaba en llegar. Sintieron sueño y se durmieron. Y he aquí que hacia medianoche se oyó un grito: «¡Llega el novio! ¡Id a su encuentro!» Las diez vírgenes corrieron a llenar las lamparas, que estaban a punto de apagarse. Pero las cinco vírgenes alocadas no tenían aceite. «Dadnos un poco de aceite, hermanas —dijeron a las vírgenes prudentes—. Nuestras lámparas se extinguen.» «No nos queda más. Id a buscarlo.» Pero cuando las vírgenes alocadas fueron en busca del aceite apareció el novio; las vírgenes prudentes entraron y tras ellas se cerró la puerta. Al cabo de un momento llegaron las vírgenes alocadas con las lámparas encendidas y comenzaron a golpear a la puerta: «¡Abridnos!» —gritaban, suplicantes—. Pero las vírgenes prudentes reían dentro de la casa y les respondieron: «¡Lo tenéis merecido! Ahora la puerta está cerrada. ¡Idos!» Las otras lloraban y suplicaban: «¡Abrid! ¡Abrid!» Entonces...

Jesús interrumpió el relato. Volvió a pasear la mirada a su alrededor, la posó en el anciano, en los invitados, en las mujeres honestas y en las vírgenes que empuñaban las lámparas encendidas, y sonrió.

—¿Entonces?... —dijo Natanael, que escuchaba con la boca abierta y cuyo espíritu lento y cándido estaba excitado. Entonces, rabí, ¿qué ocurrió?

—¿Qué habrías hecho tú, Natanael, si hubieras sido el novio? —le preguntó Jesús posando en él sus profundos ojos.

Natanael callaba. No veía con claridad qué habría hecho en tal caso. Dudaba entre arrojarlas de allí, puesto que la puerta estaba cerrada y así lo mandaba la ley, o apiadarse de ellas y abrirles la puerta...

—¿Qué habrías hecho tú, Natanael, si hubieras sido el novio? —volvió a preguntar Jesús. Sus ojos acariciaban lenta, obstinadamente, como una plegaría, el rostro puro y exento de malicia del zapatero.

—Habría abierto... —respondió en voz baja para que el anciano no le oyera; no había podido resistir aquella mirada del hijo de María.

—Enhorabuena, Natanael, amigo —dijo alegremente Jesús, extendiendo la mano hacia él como para bendecirle—. En este instante, aunque sigas vivo, acabas de entrar en el Paraíso. El novio hizo exactamente lo que tú dijiste. Ordenó a los servidores: «Abrid la puerta. Esto es una boda. Que todo el mundo

beba y se regocije. Que entren las vírgenes alocadas. Lavadles y untadles los pies, pues han corrido mucho.»

Bajo las largas pestañas, los ojos de Magdalena se arrasaron de lágrimas. ¡Ah, si hubiera podido besar aquellos labios que pronunciaban semejantes palabras! En cambio, Natanael resplandecía de pies a cabeza como si ya hubiera entrado en el Paraíso. Pero el anciano de lengua viperina levantó el bastón y gruñó:

—Vas contra la ley, hijo de María.

—La ley va contra mi corazón —respondió con calma Jesús.

Mientras aún hablaba, apareció el novio, lavado, perfumado, luciendo una corona verde sobre sus cabellos tupidos y ensortijados. Había bebido, estaba de buen humor y su nariz brillaba. De un empellón derribó la puerta y los invitados le siguieron al interior de la casa. Jesús entró con Magdalena de la mano.

—¿Quiénes son las vírgenes alocadas y las prudentes? —preguntó Pedro a Juan en voz baja—. ¿Qué crees tú?

—Que Dios es un padre —respondió el hijo de Zebedeo.

Llegó el rabino y tuvo lugar la ceremonia, nupcial. El novio y la novia estaban de pie en el centro de la casa y los invitados desfilaban, los besaban y les deseaban que engendraran un hijo que salvara a Israel de la servidumbre. Luego comenzaron a sonar los oboes, se bebió, se bailó. Jesús y sus compañeros también bebían y bailaban. Pasaba el tiempo; la luna ascendió en el cielo y volvieron a ponerse en camino. Ya era otoño, pero los días resultaban aún abrasadores y era agradable caminar en la frescura húmeda de la noche.

Caminaban en dirección a Jerusalén; habían bebido y el mundo se había transformado hasta el punto de que sus cuerpos parecían leves como un alma. Caminaban con paso alado; a su izquierda corría el Jordán y a su derecha se extendía la apacible y fecunda llanura de Zabulón, que reposaba al claro de luna, fatigada, feliz. Había cumplido también este año con el deber que desde hacia miles de años Dios le había confiado: hacer crecer las espigas hasta la altura del hombre, cargar las viñas de racimos y los olivos de frutos. Por eso ahora descansaba, fatigada, feliz, como una mujer que acabase de dar a luz.

—¡Qué gran alegría, hermanos! —repetía una y otra vez Pedro. Aquella caminata nocturna y la dulce camaradería le hacían sentirse completamente feliz—. ¿Vivimos en la realidad? ¿Soñamos? ¿Nos han hechizado? Tengo deseos de cantar una canción para aliviar mi corazón.

—¡Todos juntos! —dijo Jesús. Comenzó a cantar, ahuecando la voz.

Su voz era débil, pero dulce, llena de pasión. A uno y otro lado de Jesús se alzaban las voces de Juan y de Andrés, melodiosas, llenas de ternura. Durante unos momentos aquellas tres voces delicadas cantaron solas. Quien las oyera habría dicho: «No podrán resistir mucho y pronto caerán las tres, una tras otra.» Pero manaban de una fuente muy profunda y volvían a afirmarse. Y de pronto, ¡con qué alegría, con qué fuerza conmovieron el aire las voces graves, triunfales, viriles de Pedro, Santiago y Judas! Todos juntos, cada cual según su gracia y su fuerza, elevaban al cielo el salmo rebosante de alegría, el salmo de la marcha santa:

«¡Oh, qué bueno, qué dulce habitar los hermanos todos juntos! Como un ungüento fino en la cabeza, que baja por la barba, que baja por la barba de

Aarón, hasta la orla de sus vestiduras. Como el rocío del Hermón que baja por las alturas de Sión; allí Yahveh la bendición dispensa, la vida para siempre.»

Transcurrían las horas; las estrellas se apagaron y comenzó a alzarse el día.

Los caminantes dejaron atrás las tierras rojas de Galilea y entraron en las negras de Samaría.

—Demos un rodeo —propuso Judas al tiempo que se detenía—. Esta tierra es herética y maldita. Crucemos el puente del Jordán para avanzar por la otra orilla. Es un pecado tocar a los que violan "la ley, pues así como su Dios está mancillado, del mismo modo su agua y su pan están mancillados. Un trozo de pan samaritano, me decía mi madre, es un trozo de cerdo. ¡Demos un rodeo!

Pero Jesús tomó tranquilamente a Judas de la mano y avanzó.

—Judas, hermano mío —le dijo—. El puro toca al corrupto y el corrupto se purifica. No opongas resistencia; hemos venido por ellos, por los pecadores. ¿Qué necesidad tienen de nosotros los puritanos? Aquí, en Samaría, una buena palabra puede salvar un alma. Una buena palabra, Judas, un movimiento de bondad, una sonrisa al samaritano que pasa. ¿Comprendes?

Judas miró furtivamente a su alrededor para ver si los otros podían oírle, y bajó la voz:

—Ese no es el camino; no, ése no es el camino. Pero tendré paciencia hasta que estemos frente al asceta salvaje. El ha de juzgar. Hasta entonces ve por donde quieras y haz lo que quieras; no te abandonaré.

Colgó del hombro su nudoso bastón y se adelantó a zancadas.

Los otros caminaban charlando. Jesús les hablaba del Padre, del amor, del reino de los cielos. Les explicaba qué almas eran las vírgenes alocadas y cuáles las prudentes, el sentido de las lámparas y del aceite, así como el del novio. También les explicaba no sólo por qué razón las vírgenes alocadas habían entrado, como las prudentes, en la casa del novio, sino también por qué los servidores tan sólo les habían lavado a ellas los pies cansados. Los cuatro compañeros lo escuchaban y su espíritu se abría, su corazón se templaba. El pecador se les apareció como una virgen alocada que espera, en pie con la lámpara apagada, ante la puerta del Señor, rezando y llorando...

Caminaban, caminaban. Entretanto, por encima de sus cabezas, el cielo se cargaba de nubes y el rostro de la tierra se ensombrecía.

Flotaba en el aire un olor a lluvia.

Llegaron a la primera aldea, al pie del Garizim, el monte sagrado de sus antepasados. A la entrada de la aldea estaba el antiguo pozo de Jacob, rodeado de palmeras y cañas. Allí iba a sacar agua el patriarca Jacob para beber él y sus ovejas. El brocal de piedra estaba desgastado por la soga que lo rozaba desde hacía varias generaciones. Jesús se sentía fatigado y sus pies estaban ensangrentados.

—Me quedaré aquí —dijo—. Estoy cansado. Entrad vosotros en la aldea y golpead a las puertas. Seguro que encontraréis algún alma caritativa que os dé un trozo de pan como limosna, y alguna mujer vendrá al pozo y sacará agua para que podamos beber. Tened confianza en Dios y en los hombres.

Los cinco compañeros partieron juntos, pero, en el camino, Judas cambió de idea.

—No entraré en una aldea corrupta —dijo con obstinación—. No comeré pan mancillado. Os esperaré bajo esta higuera.

Mientras tanto, Jesús se había echado entre las cañas, a la sombra. Sentía sed, pero no podía beber agua porque el pozo era profundo. Inclinó la cabeza y se abandonó a sus pensamientos. Había elegido un camino difícil. Su cuerpo era débil; se cansaba, flaqueaba y no tenía fuerzas suficientes para cargar con su alma. Gemía, pero Dios soplaba inmediatamente sobre él como una brisa fresca y leve, y el cuerpo recobraba fuerzas, se alzaba y volvía a ponerse en marcha... ¿Hasta cuándo? ¿Hasta la muerte? ¿Hasta más allá de la muerte?

Mientras pensaba en Dios, en los hombres y en la muerte, las cañas se agitaron y una mujer joven, adornada con brazaletes y pendientes, se acercó al pozo. Dejó en el brocal el cántaro que llevaba sobre la cabeza; Jesús, entre las cañas, la veía desenrollar una soga, bajar el cubo, sacar agua y llenar el cántaro. Su sed aumentó.

—Mujer —dijo saliendo del cañaveral—, dame de beber.

Al verlo aparecer súbitamente, la mujer se asustó.

—Nada temas —le dijo Jesús—. Soy un hombre honrado. Tengo sed; dame de beber.

—¿Cómo se explica —respondió la mujer— que tú, un galileo, según veo por tus vestiduras, pidas agua a una samaritana?

—Si supieras quién es el que te dijo: «Mujer, dame de beber», caerías a sus pies y le pedirías que te diera de beber el agua de la inmortalidad.

La mujer quedó desconcertada, y después de algunos instantes contestó:

—No tienes soga ni cubo y ese pozo es profundo. ¿Cómo sacarás agua para darme de beber?

—El que beba agua de este pozo volverá a sentir sed —respondió Jesús—. Pero el que beba el agua que yo le doy, jamás volverá a sentir sed.

—Señor —le dijo entonces la mujer—, dame de beber esa agua para que no vuelva nunca a sentir sed. De ese modo no tendré que venir todos los días al pozo.

—Ve primero a llamar a tu marido —dijo Jesús.

—No tengo marido, Señor.

—Tienes razón al decir: «No tengo marido», porque tuviste cinco y el que ahora tienes no es tu marido.

—¿Eres profeta, Señor? —gritó la mujer, admirada:—. ¿Lo sabes todo?

—¿Quieres preguntarme algo? Pregunta lo que quieras.

—Lo haré, Señor, y te ruego que me respondas. Hasta ahora nuestros padres adoraban a Dios en este monte santo, el Garizim. Pero vosotros decís que sólo en Jerusalén debe adorarse a Dios. ¿Dónde está la verdad? ¿Dónde está Dios? Explícamelo, te lo ruego.

Jesús bajó la cabeza y calló. Aquella pecadora tan preocupada por la búsqueda de Dios le turbaba hasta lo más profundo de su corazón. Intentaba encontrar las palabras que satisficieran su curiosidad. De pronto alzó la cabeza; y pudo advertirse que su rostro resplandecía.

—Guarda en el fondo de tu corazón, mujer, lo que te diré. Llegará un día —y está muy cercano—, en que los hombres no adorarán ya a Dios ni en este monte ni en Jerusalén. Dios es espíritu y sólo en espíritu se puede adorar el espíritu.

La mujer se sentía confundida; se inclinó y miró a Jesús con angustia.

—¿Serás tú —dijo muy bajo y con voz temblorosa—, serás tú Aquél que esperamos?

—¿A quién esperáis?

—Tú lo sabes. ¿Por qué quieres que pronuncie su nombre? Tú lo sabes, mis labios son pecadores...

Jesús inclinó la cabeza sobre el pecho como para escuchar la voz de su corazón, como si fuera éste quien debiera dar. la respuesta. La mujer, febril, con los ojos fijos en Jesús, esperaba.

Cuando ambos estaban turbados y silenciosos, oyéronse gritos alegres y los discípulos aparecieron llevando triunfalmente un pan. Vieron al maestro con una desconocida y se detuvieron. Jesús los vio y se regocijó, pues así se zafaba de la terrible pregunta de la mujer. Con una señal indicó a sus compañeros que se acercaran y gritó:

—Venid. Dios envió a esta mujer a sacar agua y darnos de beber.

Los compañeros se acercaron, salvo Judas, que permaneció apartado para no mancillarse bebiendo el agua de Samaría.

La samaritana inclinó el cántaro y los sedientos bebieron. Lo llenó de nuevo, lo colocó hábilmente sobre su cabeza y se encaminó, silenciosa y pensativa, hacia la aldea.

—Rabí, ¿quién era esa mujer? —preguntó Pedro—. Hablabais como si os conocierais desde hace años.

—Era una de mis hermanas —respondió Jesús—. Le pedí agua porque tenía sed y fue ella quien apagó su sed.

Pedro se rascó la cabeza.

—No comprendo —dijo.

—No te preocupes —dijo Jesús acariciando la cabeza de su amigo—. Irás comprendiendo poco a poco. No te precipites. Ahora tenemos hambre... ¡comamos!

Se echaron bajo las datileras y Andrés contó que habían entrado en la aldea y habían comenzado a mendigar. Habían llamado a las puertas y les habían arrojado de muchas casas con palabras de desprecio. Al fin, en un extremo de la aldea, una anciana entreabrió la puerta, examinó toda la calle de una punta a otra —nadie pasaba entonces por allí— y les dio a escondidas un pan para cerrar luego rápidamente la puerta. Cogieron el pan y salieron corriendo de la aldea.

—Lástima —dijo Pedro— que no sepamos el nombre de la anciana para pedir a Dios que se acuerde de ella. Jesús se echó a reír y dijo:

—No te preocupes, Pedro. Dios lo sabe. Jesús tomó el pan, lo bendijo, agradeció a Dios que hubiese hecho que la vieja se los ofreciese y luego lo partió en seis grandes pedazos, uno para cada compañero. Pero Judas rechazó su parte con el bastón y desvió la mirada.

.—No como pan de Samaría —dijo—. No como carne de puerco.

Jesús no le contradijo. Sabía que aquel corazón era duro y que se necesitaba tiempo para ablandarlo. Tiempo, habilidad y mucho amor.

—Nosotros —dijo a los demás— lo comeremos. El pan samaritano se convierte en galileo cuando lo comen galileos. La carne de puerco se convierte en carne humana cuándo la comen hombres. Así es ¡en el nombre del cielo!

Los cuatro compañeros se echaron a reír y comieron con buen apetito. El pan de Samaría era bueno, en verdad que como todos los panes. Cuando terminaron de comer, cruzaron los brazos; se sentían fatigados y se durmieron. Judas, el único que quedó despierto, golpeaba la tierra con el bastón, como si la castigará.

«Más vale el hambre que la vergüenza», pensaba para consolarse.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer sobre las cañas. Los durmientes se despertaron, sobresaltados.

—Las primeras lluvias... —dijo Santiago—. La tierra va a apagar su sed.

Mientras pensaban dónde podrían hallar una gruta que los abrigara, se levantó un viento del norte que empujó las nubes. El cielo se despejó y reanudaron la marcha.

Los higos que aún colgaban de los árboles brillaban en el aire húmedo y los granados estaban cargados de frutos, que los caminantes cogían para refrescarse la boca. Los campesinos alzaban la cabeza de la tierra y los miraban estupefactos. ¿Qué buscaban aquellos galileos en sus tierras, por qué se mezclaban con los samaritanos, por qué comían su pan y cogían sus frutos? ¡Debían irse! Un anciano no se contuvo y salió de su huerto.

—¡Eh, galileos! —gritó—. Vuestra ley anatematiza esta tierra santa que pisáis. ¿Qué buscáis en nuestro país? ¡Idos!

—Vamos a la santa Jerusalén a adorar a Dios —respondió Pedro y fue a plantarse, arqueando el torso, frente al anciano.

—¡Aquí hay que adorar a Dios, apóstatas, en este monte habitado por Dios, el Garizim! —rugió el anciano—. ¿Habéis leído las Escrituras? Aquí, al pie del Garizim, bajo los robles, Dios se apareció a Abraham. Le señaló, de un extremo a otro del horizonte, las montañas y las llanuras desde el monte Hermón hasta Idumea y la tierra de Madián. «Esta es —dijo— la Tierra Prometida, bañada de miel y leche. Prometí dártela y te la daré.» Estrecharon sus manos y sellaron el pacto. ¿Oís, galileos? Tal es lo que dicen las Escrituras. Y quien desee adorar a Dios, ha de adorarlo aquí, en esta tierra santa. Jamás en Jerusalén, que asesina a los profetas!

—Todas las tierras son santas, anciano —dijo Jesús con voz serena—. Dios está en todas partes y todos somos hermanos.

El samaritano lo miró detenidamente, desconcertado, y luego preguntó:

—¿También los samaritanos y los galileos?

—También los samaritanos y los galileos, anciano, y también los habitantes de Judea. Todos.

El anciano se acarició la barba mientras meditaba. Observó a Jesús de arriba abajo.

—¿También Dios y el diablo? —preguntó al fin en voz baja, para que no le oyeran las potencias invisibles.

Jesús sintió miedo. Jamás se había preguntado si la gracia de Dios era suficientemente fuerte para perdonar algún día a Lucifer y recibirlo en el reino de los cielos.

—No sé, anciano —respondió—, no sé. Soy un hombre y me preocupo por los hombres. Más allá de ellos, es asunto de Dios.

El anciano calló. Su mano aún aferraba la barba; estaba absorto en una profunda reflexión y miraba a los extraños caminantes que avanzaban de dos en dos y se perdían bajo los árboles:..

Cayó la noche. Se levantó un viento frío y encontraron una gruta donde se guarecieron. Se apretaron uno contra otro para calentarse. A todos les quedaba un pedazo de pan y lo comieron. El pelirrojo salió, recogió ramas secas, encendió fuego y los compañeros se sentaron alrededor de éste. Miraban las llamas sin hablar. Oían los silbidos del viento, los chillidos de los chacales, los truenos sordos que, a lo lejos, descendían del monte Garizim. Por la abertura de la gruta veían una estrella en el cielo, que les servía de consuelo; pero pronto llegaron las nubes y la ocultaron. Cerraron los ojos y cada uno reclinó la cabeza en el hombro de su compañero. Juan deslizó a escondidas su manto de lana sobre la espalda de Jesús y, apretados unos contra otros, se durmieron...

Al día siguiente entraron en Judea. Poco a poco iban cambiando los árboles. Alineábanse ahora al borde del camino álamos de follaje amarillento, algarrobos cargados de frutos y cedros milenarios. La región,, pedregosa y privada de agua, era ingrata. Los campesinos que se asomaban a las puertas de sus casas bajas y oscuras parecían estar hechos, también ellos, de sílice. A veces, emergía entre aquellas piedras una flor silvestre, azul, modesta, graciosa. Y a veces, en el desierto silencioso, en el fondo de un barranco, chillaba una perdiz. «Ha debido hallar una gota de agua y bebe...», pensaba Jesús; sentía en la palma de la mano el vientre caliente del ave y se regocijaba.

A medida que se acercaban a Jerusalén, la comarca se iba volviendo más silvestre. Dios cambiaba también; las tierras no sonreían como en Galilea y el mismo Dios estaba hecho de sílice, como los hombres y los pueblos. El cielo, que en Samaría amenazaba lluvia para refrescar la tierra, era aquí de hierro al rojo. Marchaban jadeando por aquel horno abrasador. Esculpidos en las rocas, una muchedumbre de sepulcros alzaban sus formas negras, recortados contra el cielo. Millares de antepasados se habían descompuesto allí; habían vuelto a la piedra. Cayó la noche. Se refugiaron en las tumbas vacías, se acostaron y durmieron temprano para entrar descansados al día siguiente en la ciudad santa.

Jesús era el único que no dormía aquella noche. Vagaba entre las tumbas y escuchaba las voces nocturnas. Su corazón estaba inquieto. Ascendían en él palabras oscuras, un gran lamento, como si encerrara en su seno a millares de hombres que sufrían y gritaban... Hacia medianoche cedió el viento y la noche enmudeció. Entonces, en medio del silencio, desgarró el aire un punzante alarido. Creyó al principio que se trataba de un chacal hambriento, pero luego sintió, aterrado, que había gritado su propio corazón.

«Dios mío —murmuró—, ¿quién grita en mí? ¿Quién llora?»

Se sentía cansado y fue a refugiarse en la tumba; se acostó, cruzó los brazos y se abandonó a la gracia de Dios. Al amanecer tuvo un sueño: le pareció que estaba con María Magdalena y que ambos volaban serenamente, sin ruido, sobre una gran ciudad. Avanzaban rozando ligeramente los tejados. En el extremo de la

ciudad se abrió la última puerta y apareció un anciano gigantesco, con una barba larga como un río y ojos azules, brillantes como estrellas. Estaba arremangado y sus manos y brazos aparecían cubiertos de fango. Alzó la cabeza y los vio volar: «¡Deteneos —les gritó—. Tengo algo que deciros.» Se detuvieron y le preguntaron: «¿Qué debes decirnos, anciano? Te escuchamos.» «El Mesías es aquél que muere porque ama al mundo entero», respondió el anciano. «¿Eso es todo?», preguntó Magdalena. «¿No te basta?», gritó el anciano, colérica «¿Podemos entrar en tu taller?», preguntó Magdalena. «No. ¿No ves que mis manos están llenas de arcilla? Estoy creando al Mesías.»

Jesús se despertó sobresaltado y sintió su cuerpo liviano, como si volara. Nacía el día. Sus compañeros ya se habían despenado y sus miradas saltaban de peñasco en peñasco, de colina en colina, hacia Jerusalén.

Se pusieron en marcha y avanzaron con paso rápido. Caminaban y caminaban, pero parecía que las montañas se desplazaban incesantemente ante ellos y se alejaban. El camino se alargaba interminablemente.

—Hermanos, creo que no llegaremos nunca a Jerusalén. ¿Qué nos ocurre? ¿No veis? ¡La ciudad se aleja a medida que nosotros avanzamos! —dijo Pedro, desesperado.

—Se acerca cada vez más —respondió Jesús—. Animo, Pedro. Avanzamos un poco hacia ella y ella avanza un paso hacia nosotros. Como el Mesías.

—¿El Mesías? —dijo Judas, volviéndose bruscamente.

—El Mesías llega —dijo Jesús con voz grave—, el Mesías llega, y tú sabes muy bien Judas, hermano mío, cuándo vamos en la dirección correcta para encontrarlo. Si realizamos una acción buena o valerosa, si pronunciamos una palabra bondadosa, el Mesías apresura el paso y llega. Si somos desleales, malvados, cobardes, el Mesías se vuelve sobre sus pasos. Se aleja. El Mesías es una Jerusalén en marcha, hermanos; lleva prisa, lo mismo que nosotros. ¡Apresurémonos a salirle al encuentro! Tened confianza en Dios y en el alma del hombre, que es inmortal.

Se reanimaron y apuraron el paso. Judas volvió a colocarse a la cabeza del grupo y ahora todo su rostro resplandecía de felicidad. «Habló bien —pensaba mientras caminaba—, habló bien; el hijo de María tiene razón. El anciano rabino nos decía lo mismo. La liberación depende de nosotros. Si nos cruzamos de brazos, la tierra de Israel no verá nunca su liberación, pero si todos empuñamos las armas, conoceremos la libertad...»

Judas monologaba sin dejar de andar. De pronto se detuvo, turbado. «Pero, ¿quién es el Mesías? —murmuró—. ¿Quién? ¿Será todo el pueblo?»

El sudor bañaba la frente abrasada de Judas. «¿Será todo el pueblo?» Era la primera vez que se le ocurría semejante idea y estaba perplejo. «¿Será todo el pueblo el Mesías? —repetía en su fuero interno—. Pero en tal caso, ¿qué necesidad tenemos de todos esos profetas, de todos esos falsos profetas? ¿Por qué habríamos de palparlos con angustia para averiguar si son o no son el Mesías? ¡Pero si el Mesías es el pueblo, si todos nosotros somos el Mesías, basta con que empuñemos las armas!»

Reanudó la marcha a paso vivo haciendo girar el garrote.

Y mientras caminaba alegre, y jugaba con su nueva idea como con su bastón, de pronto lanzó un grito: ante él, sobre una montaña de dos cimas,

centelleaba, resplandeciente, completamente blanca, altiva, la santa Jerusalén. No llamó a sus compañeros que subían la colina tras él. Deseaba gozar completamente solo de aquel espectáculo tanto tiempo cuanto pudiera. En sus pupilas azules se reflejaron los palacios, las torres, las puertas fortificadas y, en el centro, el Templo, guardado por Dios y hecho de oro, de cedro y de mármol.

Pronto llegaron los otros compañeros y también lanzaron un grito.

—Vaya, cantemos la belleza de nuestra reina —propuso Pedro, el buen cantor—. ¡Adelante, muchachos, todos juntos!

Los cinco formaron un círculo en torno de Jesús, que permanecía inmóvil, y entonaron el himno santo:

«¡Oh, qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la Casa de Yahveh! ¡Ya estamos, ya se posan nuestros pies en tus puertas, Jerusalén! Jerusalén, construida cual ciudad de compacta armonía, a donde suben las tribus, las tribus de Yahveh, es para Israel el motivo de dar gracias al nombre de Yahveh. Porque allí están los tronos para el juicio, los tronos de la casa de David. Pedid la paz para Jerusalén: ¡En calma estén tus tiendas, haya paz en tus muros, en tus palacios calma! Por amor de mis hermanos y de mis amigos, quiero decir: ¡La paz contigo! ¡Por amor de la Casa de Yahveh nuestro Dios, ruego por tu ventura!»

XVI

Toda Jerusalén —sus galerías, sus patios, sus plazas— estaba vestida de verde. Celebrábase la gran fiesta de otoño y váyanse construido, con ramos de olivo, sarmientos de vid y palmas de datilera, con pinos y cedros, millares de chozas, según lo ordena el Dios de Israel, en conmemoración de los cuarenta años que los antepasados habían vivido bajo tiendas, en el desierto. La cosecha y la vendimia habían terminado, el año había finalizado y los habitantes de Jerusalén habían colgado todos sus pecados en el cuello de un chivo negro y bien alimentado y, después de tirarle piedras, lo habían arrojado al desierto. Ahora sentían un gran alivio; sus almas se habían purificado, comenzaba un nuevo año, Dios abría un nuevo registro y, durante ocho días, bajo las tiendas de follaje verde, beberían, comerían y glorificarían al Dios de Israel que había bendecido la cosecha y la vendimia y enviado un chivo para cargar con sus pecados. También él era un Mesías enviado por Dios; tomaba sobre sí todos los pecados del pueblo y partía para morir de hambre en el desierto; con él morían los pecados.

Los vastos patios del Templo chorreaban de sangre; cada día degollaban en holocausto rebaños enteros y la ciudad santa hedía *a.* carne asada, estiércol y grasa. En el aire cargado resonaban los oboes y las trompetas. Los hombres comían y bebían en demasía y su alma se tornaba pesada. El primer día habían entonado salmos, habían orado y se habían prosternado; Jehová, invisible, entraba alegremente en las tiendas y participaba de los festejos comiendo y bebiendo con su pueblo. Algunos iluminados lo habían visto con sus propios ojos haciendo chasquear la lengua y limpiándose la barba. Pero a partir del segundo o tercer día, el exceso de carne y de vino enardecía a los hombres y éstos comenzaban a hacer bromas de mal gusto, a reír obscenamente y a entonar canciones impúdicas.

Hombres y mujeres se abrazaban sin pudor en pleno día; primero en las tiendas y luego, abiertamente, en las calles, sobre la hierba. Desde todos los barrios llegaban, pintadas y embadurnadas de almizcle, las célebres prostitutas de Jerusalén. Los cándidos campesinos y pescadores que habían acudido desde el fondo de la tierra de Canaán para adorar al Santo de los Santos caían en aquellos brazos experimentados y perdían la cabeza. Jamás habían pensado que un beso pudiera encerrar tanta ciencia y tanto sabor.

Jesús caminaba por las calles a paso vivo, con furor, pasaba por encima de hombres ebrios dormidos en tierra y retenía la respiración. Los perfumes, el hedor, los jadeos impúdicos le daban náuseas. Apremiaba a sus compañeros:

—¡Vamos, vamos rápido! —A su derecha iba Juan y a su izquierda Andrés, y los tres avanzaban cogidos del brazo.

Pero Pedro se detenía a cada instante. Encontraba peregrinos que habían llegado de Galilea y que le ofrecían un vaso de vino y algún bocado y entablaba conversación con ellos. Pedro llamaba a Judas y Santiago también acudía pues deseaba que ningún amigo tuviera motivos de queja contra ellos. Pero los otros tres iban adelante, se apresuraban, se volvían para llamarlos y reanudaban en seguida la marcha.

—¡Oh, el Maestro podría dejarnos respirar un poco! ¡Todos se divierten! —murmuraba Pedro, que ya estaba achispado—. ¡Qué aguafiestas!

—Te equivocas, pobre Pedro —le decía Judas meneando su maciza cabeza—. ¿Crees que hemos venido para divertirnos? ¿Crees que vamos a una fiesta de bodas?

Pero mientras andaban una voz ronca llamó:

—¡Eh, Pedro, hijo de Jonás, maldito galileo! ¡Pasas a mi lado, casi me llevas por delante y ni siquiera lo adviertes! ¡Párate a beber una copa conmigo! ¡El vino te abrirá los ojos y me verás!

Pedro reconoció la voz y se detuvo:

—¡Ah! ¡Celebro verte, Simón, maldito cirenaico!

Se volvió hacia sus dos compañeros y les dijo:

—Muchachos, no hay modo de escapar. Nos detendremos a beber. Simón es un borracho famoso; posee una taberna célebre cerca de la puerta de David. Carne de patíbulo, pero un buen hombre. Debemos homenajearlo.

Era cierto, Simón era un buen hombre. En su juventud había desembarcado procedente de Cirene, había abierto una taberna, y cada vez que Pedro iba a Jerusalén dormía en su casa. Comían y bebían, discutían, bromeaban, a veces entonaban canciones, a veces se iban a las manos y se reconciliaban para volver a beber. Al fin Pedro se arrollaba en un cobertor, se acostaba sobre un banco y dormía. Ahora Simón estaba sentado en su tienda, construida con sarmientos entrelazados; llevaba un cántaro bajo el brazo, empuñaba una copa de bronce y bebía a solas.

Los dos amigos se besaron. Medio ebrios los dos, sintieron un afecto mutuo tan grande que sus ojos se arrasaron de lágrimas. Después de los gritos, los primeros abrazos y las repetidas libaciones, Simón se echó a reír.

—Apostaría la cabeza —dijo— que vais a haceros bautizar. Y hacéis bien; os doy mi bendición. Yo me hice bautizar anteayer y no me arrepiento. La cosa tiene su encanto.

—¿Y te sientes mejor? —preguntó Judas, que no bebía y se contentaba con comer; estaba enfadado.

—¿Qué quieres que te diga, amigo mío? Hacía años que no entraba en el agua. El agua y yo estamos en guerra declarada. Yo soy un hombre que bebe vino; el agua es para las ranas. Pero anteayer me dije: vaya, ¿y si fuera a hacerme bautizar? Todos van al Jordán y no es posible que entre los nuevos iniciados no haya algunos que beban vino; no todos serán idiotas y trabaré relaciones; en suma, iré en busca de clientes. Todo el mundo conoce mi taberna de la puerta de David. Pues bien, me decidí a ir. El profeta es un salvaje, un animal feroz, ¿cómo decirlo? ¡Despide llamas por las narices, Dios mío! Me cogió por el pescuezo y me hundió en el agua hasta la barba. Grité, pensando que aquel maldito me iba a ahogar. Pero salí con bien del enredo y ¡heme aquí!

—¿Y te sientes mejor? —volvió a preguntar Judas.

—Te juro por el vino que el baño me hizo bien. Mucho bien: me alivió. El Bautista dice que me alivió de mis pecados pero, entre nosotros, yo creo que me alivió de la mugre que llevaba encima. Porque cuando salí del Jordán, flotaba en el agua un dedo de aceite.

Rió a carcajadas, llenó su copa, bebió y dio de beber luego a Pedro y Santiago. Volvió a llenarla y le dijo a Judas:

—¿Y tú no bebes, artesano? Es vino, amigo, y no agua.

—Nunca bebo —respondió el pelirrojo, rechazando la copa.

Simón abrió desmesuradamente los ojos y dijo, bajando la voz:

—¿Serás de aquellos que?...

—De aquellos, sí —respondió Judas y con un ademán categórico cortó la conversación.

Pasaron dos mujeres cargadas de afeites; se detuvieron unos instantes y miraron provocativamente a los cuatro hombres.

—¿Tampoco tienes trato con mujeres? —preguntó Simón, perplejo.

—Tampoco —respondió secamente el pelirrojo.

—Y entonces, ¿para qué vives, infeliz? —gritó Simón, sin poder contenerse—. ¿Puedes decirme para qué hizo Dios el vino y la mujer? ¿Para pasar el tiempo o para hacérnoslo pasar a nosotros?

En aquel instante llegó corriendo Andrés.

—¡Apresuraos! —gritó—. El maestro tiene prisa.

—¿Qué maestro?—preguntó el tabernero—. ¿Ese vestido de blanco que va descalzo?

Pero los tres compañeros ya habían partido y Simón el cirenaico, aturdido frente a su tienda, empuñando aún la copa vacía, con el cántaro bajo el brazo, los miraba y meneaba su cabezota: «Debe ser otro Bautista —murmuró—, otro loco furioso. A fe mía, en los últimos tiempos crecen como hongos. Beberé un sorbo a su salud. ¡Que Dios le devuelva el juicio!», dijo y llenó la copa.

Entretanto, Jesús y sus compañeros habían llegado al gran patio del Templo. Detuviéronse y se lavaron los pies, las manos y la boca para entrar en el Templo y prosternarse. Lanzaron una rápida mirada a su alrededor y vieron una sucesión de galerías descubiertas, llenas de hombres y animales, pórticos sombreados, columnas de mármol blanco y azul ceñidas de sarmientos y de racimos de oro. Por doquier había puestos, tiendas, carretas de cambistas, barberos, taberneros, carniceros. En el aire resonaban gritos, juramentos, risas; la casa del Señor olía a sudor y suciedad.

Jesús se tapó con la mano las narices y la boca. Miró a su alrededor: Dios no estaba en parte alguna. «Aborrezco, desprecio vuestras fiestas; la pestilencia de los terneros que me degolláis me da náuseas; no puedo oír vuestros salmos ni vuestros oboes...» Ya no era el profeta, ya no era Dios el que hablaba sino sólo el corazón de Jesús, que sentía náuseas y gritaba. Durante algunos segundos sufrió como un desfallecimiento; todo desapareció de pronto, el cielo se abrió y un ángel de cabellera de fuego se precipitó al aire. De su cabeza salían llamas y humo; se subió a una piedra negra en medio del patio y blandió la espada hacia el Templo orgulloso y recubierto de oro...

El cuerpo de Jesús vaciló; se colgó del brazo de Andrés. Abrió los ojos y vio el Templo y el hormiguero de hombres. El ángel se había ocultado en la luz. Jesús extendió los brazos hacia sus compañeros:

—Perdonadme —dijo—, no resisto más; voy a desvanecerme. Vámonos.

—¿Sin adorar a Dios? —dijo Santiago, escandalizado.

—Lo adoraremos dentro de nosotros mismos, Santiago —dijo Jesús—. Todo cuerpo es un Templo.

Se pusieron en marcha.

«No soporta la suciedad, la sangre ni los gritos. No es el Mesías…», pensaba Judas, que iba solo delante y golpeaba el suelo con el bastón. Un fariseo en éxtasis se debatía; con el rostro en el último peldaño del Templo, besaba el mármol con rabia y rugía. De su cuello y de sus brazos pendían gruesos rosarios de amuletos, sobrecargados de palabras amenazantes de las Escrituras. Sus rodillas eran callosas como las del camello debido a las continuas prosternaciones; su rostro, su cuello y su pecho estaban cubiertos de llagas abiertas que sangraban. Cada vez que la tormenta de Dios lo arrojaba en tierra, cogía piedras afiladas y se laceraba.

Andrés y Juan se pusieron enfrente de Jesús para que éste no lo viera. Pedro se acercó a Santiago y se inclinó sobre su oído.

—Tú lo conoces —dijo—. Es Santiago, el hijo mayor de José el carpintero. Recorre las aldeas, vende amuletos y de vez en cuando sufre un ataque, se revuelca por tierra y se desgarra la piel.

—¿Es el que persigue con rencor al maestro? —preguntó Santiago, deteniéndose.

—El mismo. Dice que deshonra su hogar.

Salieron por la puerta de Oro del Templo, franquearon el valle del Cedrón y se encaminaron hacia el Mar Muerto. Dejaron a su derecha el huerto de Getsemaní. Por encima de ellos, el cielo ardiente resplandecía de blancura. Llegaron al Monte de los Olivos; el mundo se suavizaba un tanto, cada hoja chorreaba luz y los cuervos se abatían incesantemente sobre Jerusalén.

Andrés llevaba a Jesús del brazo y le hablaba de Juan Bautista, su antiguo maestro. Al acercarse a su guarida, humeaba aterrado el olor a fiera del profeta.

—Es el profeta Elías en persona. Bajó del monte Carmelo para curar una vez más el alma del hombre por medio del fuego. Una noche vi con mis propios ojos un carro de fuego que describía círculos sobre su cabeza; otra noche vi cómo un cuervo le llevó en el pico una brasa para comer… Un día me armé de valor y le pregunté: «¿Eres el Mesías?» Dio un salto atrás como si hubiera pisado una serpiente. «No —me respondió lanzando un suspiro—, no. Soy un buey de labranza y él es la simiente.»

—¿Por qué lo abandonaste, Andrés?

—Buscaba la simiente.

—¿La hallaste?

Andrés apretó sobre su corazón la mano de Jesús y enrojeció violentamente.

—Sí —respondió, pero tan bajo que Jesús no le oyó.

Descendían a paso lento y respirando entrecortadamente hacia el Mar Muerto. El sol los bañaba en llamas y abrasaba sus cerebros. Ante ellos se alzaban, cada vez más altas, semejantes a una muralla árida, las montañas de Moab; atrás, blancas como la cal, las montañas de Judea. El sendero, lleno de recodos, era escarpado como la pared de un foso profundo y respiraban con dificultad. Todos pensaban:

—Bajamos al infierno… Bajamos al infierno.

Aspiraban un olor a pez y azufre.

La luz los cegaba y avanzaban a tientas. Sus pies estaban cubiertos de heridas y sus ojos ardían. Oyeron el tintineo de cascabeles y pasaron dos camellos. No eran camellos sino espectros que desaparecieron en el fuego del sol.

—Tengo miedo... —murmuró el hijo menor de Zebedeo—. Esto es el Infierno.

—Animo —le respondió Andrés—. Es sabido que el Paraíso se halla en el centro del Infierno.

—¿El Paraíso?

—Ya lo verás.

El sol se ponía al fin; las montañas moabitas habían adquirido tonos de un subido color violeta, y las montañas de Judea un color rosado. Los párpados de los hombres dejaban de arder y de pronto, en un recodo del camino, sintieron una frescura en los ojos. En los ojos y en el cuerpo, como si acabaran de entrar en el agua fresca. Justamente ante ellos, allá en la arena, extendíase un verdor inesperado; había allí corrientes de agua que susurraban, granados cargados de frutos y casitas blancas y sombreadas. En el aire se sintió repentinamente el perfume de jazmines y rosas.

—Jericó! —gritó Andrés gozoso—. En el mundo no hay dátiles más dulces ni rosas más milagrosas; aun cuando estén marchitas, basta con meterlas en agua para que revivan.

La noche cayó bruscamente; brillaban las primeras lámparas.

—Creo que una de las más grandes y más puras alegrías de este mundo —dijo Jesús al tiempo que se detenía para saborear aquella hora santa— consiste en que caiga la noche cuando uno viaja, en llegar a una aldea, en ver encenderse las primeras lámparas, en no tener nada que comer ni techo bajo el cual dormir y en abandonarse a la gracia de Dios y a la bondad de los hombres...

Los perros de la aldea sintieron la presencia de los forasteros y se pusieron a ladrar; las puertas se abrieron y viéronse lámparas en la oscuridad que pronto desaparecieron. Los compañeros fueron a golpear a todas las puertas y los habitantes les dieron de buen corazón un trozo de pan, un puñado de dátiles, aceitunas verdes, una granada. Reunieron aquellos dones de Dios y del hombre, se echaron en el rincón de un huerto, comieron y se durmieron rápidamente. Durante toda la noche oyeron, mientras dormían, el murmullo del desierto, que los mecía y arrullaba como el mar. Sólo Jesús escuchó trompetas en sueños y vio derrumbarse las murallas de Jericó.

Era cerca de mediodía cuando los compañeros, lívidos, jadeantes, llegaron al Mar Muerto, el mar maldito. Los peces arrastrados por la corriente del Jordán morían al llegar a sus aguas, escasos arbustos se alzaban en la orilla, semejantes a osamentas. Las aguas del Mar Muerto eran de plomo, compactas y estaban inmóviles. Los hombres piadosos que se inclinaban sobre ellas podían ver en el fondo tenebroso del mar dos prostitutas en estado de descomposición que se abrazaban: Sodoma y Gomorra.

Jesús se subió a una roca y miró a lo lejos. En el desierto la tierra ardía y las montañas parecían resquebrajarse. Jesús llevaba a Andrés del brazo y le preguntaba:

—¿Dónde está Juan Bautista? No veo a nadie... a nadie...

—Allá abajo —respondió Andrés—, tras los cañaverales, el río se encalma. El agua forma como una charca, y es allí donde el profeta bautiza. Conozco el camino; vamos.

—Estás cansado, Andrés; quédate con los otros. Iré solo.

—Es un salvaje; iré contigo, maestro.

—Quiero ir. solo. Quédate, Andrés.

Se dirigió hacia el cañaveral. Su corazón latía violentamente y puso la mano sobre él para intentar calmarlo. Nuevas bandadas de cuervos aparecieron por el lado del desierto; se dirigían hacia Jerusalén.

Repentinamente oyó pisadas a sus espaldas; se volvió y vio a Judas.

—Te olvidaste de llamarme —dijo el pelirrojo con una sonrisa burlona—. Este es el momento más difícil y quiero estar contigo.

—Ven —dijo Jesús.

Jesús iba delante y Judas lo seguía. Marchaban en silencio. Apartaban las cañas y sus pies se hundían en el limo tibio del río. Una serpiente negra se irguió, se arrastró hacia una piedra, alzó la cabeza y el cuello, con la mitad del cuerpo pegada a la piedra y la otra mitad erecta, y los miró con sus ojillos de azabache al tiempo que silbaba. Jesús se detuvo, agitó amistosamente la mano hacia ella, como para darle la bienvenida; Judas levantó el garrote pero Jesús, con un ademán, lo contuvo.

—No le hagas daño, Judas, hermano mío —dijo—. Ella cumple también con su deber cuando muerde.

El calor había llegado a su paroxismo; soplaba viento del sur, que traía del Mar Muerto un violento olor a carroña. Podíase oír ya una voz ronca y salvaje. De cuando en cuando Jesús distinguía alguna palabra: «Fuego... hacha... árbol estéril...» Luego, más fuerte: «¡Arrepentios! ¡Arrepentios!» Y repentinamente estallaron los gritos y sollozos de una gran muchedumbre. Jesús avanzaba lentamente, sin hacer ruido, como si se acercara al cubil de una fiera; apartaba las cañas y el rumor iba haciéndose más fuerte. De pronto se mordió los labios para que no se le escapase un grito: en un peñasco, sobre las aguas del Jordán, encaramado en sus largas patas... ¿qué era aquello: un hombre, una langosta, el ángel del hambre o el arcángel de la Venganza? Olas humanas rompían incesantemente en los peñascos, entre rugidos; árabes de uñas y pestañas teñidas, caldeos con gruesos anillos de bronce en la nariz, israelitas con largas greñas mugrientas... El hombre aullaba, echaba espuma por la boca, y el viento impetuoso del sur lo agitaba como una leve caña.

«¡Arrepentios! ¡Arrepentios! ¡Ha llegado el día del Señor! ¡Rodad por tierra, morded el polvo, aullad! El Señor de las Naciones dijo: ese día ordenaré al sol que se ponga a mediodía, romperé los cuernos de la luna nueva, difundiré las tinieblas en el cielo y en la tierra. ¡Helaré vuestras risas y las transformaré en lágrimas; convertiré vuestras canciones en lamentos fúnebres! ¡Soplaré y todos vuestros adornos: manos, pies, narices, orejas, cabellos, caerán!»

De una zancada Judas alcanzó a Jesús y lo tomó por el brazo.

—¿Oyes? ¿Oyes? ¡Así es como habla el Mesías! ¡El es el Mesías!

—No, hermano Judas —respondió Jesús—, así habla el que empuña el hacha para abrir camino al Mesías, pero no el Mesías. —Se inclinó, cogió una hoja de trébol y se la puso entre los labios.

—El que abre el camino es el Mesías —rugió el pelirrojo. Empujó a Jesús para que éste no continuara oculto entre las cañas.

—Adelántate. Es preciso que te vea —ordenó—. El ha de juzgar.

Jesús avanzó bajo el sol, dio dos pasos vacilantes, tropezó y se detuvo. Tenía los ojos clavados en el asceta y toda su alma se había convertido en una mirada que lo exploraba desde las piernas, que eran como juncos, hasta la cabeza abrasada y, por encima de ésta, midiendo la estatura invisible del profeta.

El Bautista le volvía la espalda y sintió aquella mirada violenta escudriñando todo su cuerpo; se encolerizó, dio media vuelta y entrecerró sus ojos redondos de gavilán para ver mejor. ¿Quién era aquel joven silencioso e inmóvil, vestido de blanco, que lo miraba? Lo había visto antes en alguna parte. ¿Dónde? ¿Cuándo? Esforzábase angustiosamente por recordarlo. ¿Quizá en sueños? A menudo veía en sueños hombres vestidos de blanco. No le hablaban; lo miraban, agitaban la mano como para saludarle, como para despedirse de él y, cuando cantaban los gallos, se transformaban en luz y desaparecían.

Súbitamente, a fuerza de mirarlo, el Bautista recordó y lanzó un grito. Un día, en pleno mediodía, se había tendido en la orilla del río y había abierto el libro del profeta Isaías, escrito en cuero de chivo. Y de pronto todo había desaparecido: las piedras, el agua, los hombres, las cañas, los ríos. El aire se había poblado de llamas, de trompetas y de alas. ¡Las palabras del profeta se habían abierto como puertas y de ellas había salido el Mesías! Lo recordaba. Estaba completamente vestido de blanco, era delgado, quemado por el sol, iba descalzo y llevaba entre los labios una hoja verde.

Los ojos del asceta se llenaron de alegría y terror. Bajó del peñasco, se acercó y alargó su cuello escuálido:

—¿Quién eres? —preguntó; temblaba su voz amenazante.

—¿No me reconoces? —dijo Jesús avanzando un paso más. Su voz también temblaba. Sabía que de la respuesta del Bautista dependía su destino.

«Es él, es él», pensaba el Bautista. Su corazón batía violentamente y no podía, no se atrevía a decidirse. Alargó aún más el cuello y preguntó de nuevo:

—¿Quién eres?

—¿No leíste las Escrituras? —le respondió Jesús con ternura, como haciéndole un reproche. ¿No leíste a los profetas? ¿Qué dice Isaías? ¿No lo recuerdas, Precursor?

—¿Eres tú? —murmuró el asceta. Lo tomó por los hombros y escrutó el fondo de sus ojos.

—Vine... —dijo Jesús, indeciso, y se detuvo. Se le había cortado el aliento y no podía continuar avanzando. Diríase que adelantaba el pie para tantear, para ver si era capaz de dar un paso sin desplomarse...

Indinado sobre él, el profeta salvaje lo examinaba en silencio. Se preguntaba si había oído alguna vez las palabras bellas y terribles que habían salido de los labios de Jesús.

—Vine... —repitió el hijo de María en voz tan baja que el propio Judas, que se mantenía al acecho detrás de ellos, con el oído aguzado, no pudo oír. Esta vez el profeta se estremeció; había oído.

—¿Qué? —dijo. Los pelos se le pusieron de punta. Un cuervo voló sobre ellos, lanzó un grito ronco, semejante al grito de un hombre que se ahoga y que al mismo tiempo ríe o hace bromas... El Bautista se encolerizó. Se agachó y recogió una piedra para arrojársela. El cuervo había desaparecido pero él continuaba buscándolo con los ojos y se regocijaba al sentir que el tiempo pasaba y que su corazón iba apaciguándose poco a poco. Se levantó y dijo:

—Bienvenido. —Lo dijo con calma y lo miró sin ternura.

El corazón de Jesús dio un brinco. ¿Había oído un repique de campanas dentro de su cerebro o el profeta había dicho verdaderamente: Bienvenido? Si era cierto, ¡qué estupor, qué alegría y qué espanto!

El Bautista paseó la mirada a su alrededor por el Jordán, por las cañas, y también por los hombres que, arrodillados en el limo, confesaban públicamente sus pecados; abrazó rápidamente con la mirada su reino para decirle adiós. Luego se volvió hacia Jesús y dijo:

—Ahora puedo partir.

La voz de Jesús resonó, firme y decidida:

—Aún no. Bautízame antes, Precursor.

—¿Yo? Tú deberías bautizarme, Señor...

—Habla en voz baja, para que no nos oigan. Aún no llegó mi hora. ¡Ven!

Judas aguzó el oído, pero sólo oyó un murmullo, un murmullo cantarino y alegre como el de dos corrientes de agua que se mezclan.

La multitud que se había reunido en la orilla se hizo a un lado. ¿Quién era aquel peregrino? Se había quitado la sotana blanca y el sol caía sobre él y lo cubría. Sin confesar sus pecados, entraba en el agua con porte noble y paso tranquilo y firme. El Bautista marchaba delante y los dos entraron en el agua azulada. Una roca emergió del agua y el Bautista trepó a ella; a su lado, Jesús marchaba sobre la arena del fondo y el agua abrazaba su cuerpo hasta la barbilla.

En el momento en que el Bautista alzaba la mano para derramarle aguas sobre el rostro y rezar la oración, el pueblo lanzó un grito: la corriente del Jordán acababa de detenerse bruscamente y desde todas partes llegaban cardúmenes de peces multicolores que rodeaban a Jesús y que cerrando y desplegando las aletas y ondulando la cola se pusieron a danzar. Y un espíritu velludo, un anciano cándido, vestido con algas entrelazadas, ascendió desde el fondo del agua, se apoyó en las cañas y, con la boca abierta, miró el espectáculo que se ofrecía a su vista. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos de alegría y terror.

Al ver aquellas maravillas, el pueblo enmudeció. Muchos cayeron con la faz en tierra para no continuar mirando; otros tiritaban en aquel horno solar; alguien vio al anciano salir del fondo del agua, cubierto de barro, gritó: «¡El Bautista!», y se desvaneció.

El Bautista llenó de agua una concha profunda; su mano temblaba y comenzó a derramar el agua sobre el rostro de Jesús: «Bautizo al servidor de Dios», comenzó a decir y se detuvo; no sabía qué nombre debía pronunciar.

Se volvió hacia Jesús para interrogarle y, justamente en el momento en que todos, de puntillas, esperaban el nombre, oyóse el ruido de un ala que descendía del cielo y un ave blanca —¿un ave o uno de los serafines de Jehová?— fue a posarse directamente en la cabeza del bautizado, donde permaneció inmóvil durante algunos instantes. Luego describió de pronto tres círculos, y tres coronas de luz brillaron en el aire al tiempo que el ave lanzaba un grito; habríase dicho que gritaba un nombre secreto, jamás oído, como si el cielo respondiera a la pregunta muda del Bautista.

Los oídos de los hombres zumbaron y sus cerebros se conmovieron. Habían escuchado palabras y un batir de alas, el grito de Dios y el grito de un ave: se consumaba un extraño milagro Jesús puso en tensión todo su cuerpo para oír. Sintió que aquél era su verdadero nombre, pero no logró percibirlo claramente.

Sólo oía vagas palabras, grandes y amargas. Alzó los ojos; el ave ya se había lanzado hacia el cielo y se había convertido en luz, en la luz.

Sólo el Bautista, que vivía desde hacía años en el desierto y en una soledad inhumana, había aprendido el lenguaje de Dios. Comprendió y murmuró para sí mismo, tembloroso:

—¡Bautizo al servidor de Dios, al hijo de Dios, a la esperanza del hombre!

Con la cabeza hizo una señal al Jordán para que sus aguas reiniciasen su fluir. El misterio se había consumado.

XVII

El sol surgió del desierto como un león. Golpeó a todas las puertas de Israel y desde todas las casas la salvaje oración matinal ascendió hacia el obstinado Dios de los judíos.

«Te cantamos y te glorificamos, ¡oh, Dios nuestro, Dios de nuestros padres, Todopoderoso y terrible, que nos ayudas y nos proteges! ¡Gloria a ti, Inmortal, gloría a ti, defensor de Abraham! ¿Quién puede rivalizar en poder contigo, que eres el rey que mata y resucita y da la liberación? ¡Gloría a ti, Redentor de Israel! ¡Extermina, quebranta y dispersa a nuestros enemigos, pero pronto, mientras estemos en la tierra!"

Al salir el sol, Jesús y Juan Bautista se encontraban sentados en el hueco de un peñasco que caía a pico sobre el Jordán. Durante toda la noche habían tenido el mundo en sus manos; se lo pasaban de uno a otro y se interrogaban para saber qué debían hacer con él. El rostro del Bautista era severo y decidido, sus manos se alzaban y bajaban como si empuñara verdaderamente un hacha y descargara con ella grandes golpes; el rostro de Jesús estaba sereno, aparecía indeciso y sus ojos derramaban piedad.

—¿El amor no basta? —preguntó.

—No, no basta —respondió el Bautista con violencia—. El árbol está podrido; Dios me llamó y me dio el hacha. Yo la traje y la coloqué al pie del árbol. Yo cumplí con mi deber; ahora tú debes cumplir con el tuyo. ¡Empuña el hacha y golpea!

—Si yo fuera fuego ardería, si fuera leñador golpearía... Pero soy un corazón y amo...

—Yo también soy un corazón y por eso precisamente no puedo soportar la injusticia, el impudor, la infamia... ¿Cómo puedes a amar a los injustos, los infames, los impúdicos? ¡Golpea! Uno de los deberes del hombre, uno de sus deberes más grandes, es la cólera.

—¿La cólera? —dijo Jesús. Su corazón se negaba a admitirlo—. ¿Acaso no somos todos hermanos?

—¿Hermanos? —dijo el Bautista sarcásticamente—. ¿Hermanos? ¿Crees que el amor es el camino de Dios? ¡Mira!

Tendió la mano huesuda y vellosa y señaló a lo lejos el Mar Muerto, hediondo como una carroña.

—¿Te inclinaste sobre sus aguas para ver en el fondo las dos putas, Sodoma y Gomorra? Dios se encolerizó, lanzó el fuego, golpeó el suelo con el pie y la tierra se convirtió en mar y el mar sepultó a Sodoma y Gomorra. Tal es el camino de Dios; síguelo. ¿Qué dicen las profecías? «¡El día del Señor el bosque derramará sangre, las piedras cobrarán vida, se alzarán de las casas construidas con ellas y matarán a sus habitantes!» El día del Señor se aproxima, ya llega. Yo fui quien lo vio primero y lancé una llamada; empuñé el hacha de Dios y la coloqué al pie del mundo. Llamaba y llamaba... A ti te llamaba: viniste y yo me voy.

Le tomó las manos e hizo ademán de colocarle entre las palmas una pesada hacha. Jesús se apartó, asustado.

—Ten aún un poco de paciencia, te lo suplico —dijo—. No te apresures. Iré a hablar con Dios en el desierto. Allí se oye su voz más claramente.

—También se oye más claramente la voz de la Tentación. Ten cuidado, Satán te espía; alinea su ejército, pues sabe que para él ésta es una cuestión de vida o muerte, y caerá sobre ti con toda su ferocidad y toda su ternura. Ten cuidado, el desierto está poblado de voces suaves y de muerte.

—Ni las voces suaves ni la muerte me engañan, amigo. Ten confianza.

—Tengo confianza. Desgraciado de mí si no la tuviera. Ve al desierto. Habla con Satán y habla con Dios, y decídete. Y si eres el que esperaba, Dios ya ha tomado la decisión y no puedes escapar de ella. Si no eres el que esperaba, ¿qué me importa que te pierdas? Parte y luego veremos. Pero pronto; no quiero dejar al mundo completamente solo.

—¿Qué dijo la paloma silvestre que batió las alas sobre mi cabeza en el momento en que me bautizabas?

—No era una paloma silvestre y llegará un día en que oigas las palabras que pronunció. Hasta entonces quedarán suspendidas sobre tu cabeza como otras tantas espadas.

Jesús se levantó y le tendió la mano. Su voz temblaba:

—Adiós, amado Precursor —dijo—. Quizá nunca volvamos a vernos.

El Bautista pegó sus labios a los de Jesús durante algunos instantes. Su boca era una brasa y los labios de Jesús se. quemaron.

—A ti entrego mi alma —le dijo oprimiendo con fuerza la delicada mano—. Si eres el que esperaba, escucha mi última voluntad, pues creo que no volveré a verte en esta tierra. Nunca más.

—Escucho —murmuró Jesús estremeciéndose—. ¿Cuál es tu voluntad?

—Cambia de rostro, fortalece tus brazos, endurece tu corazón. Tu vida será terrible; veo sangre y espinas en tu frente. ¡Sopórtalo todo, hermano más grande que yo, ánimo! Dos caminos se abren ante ti: el camino del hombre, que es llano, y el camino de Dios, que es escarpado. Sigue el camino más difícil. ¡Adiós! Y no te atormentes por las separaciones, pues tu misión no consiste en llorar sino en golpear. ¡Golpea! Que tu mano no tiemble; tal es tu camino. Y no olvides esto: el fuego y el amor son los hijos de Dios, pero el primogénito es el fuego... y después viene el amor. Comencemos pues por el fuego. ¡Buena suerte!

El sol ya estaba alto. Aparecieron caravanas procedentes del desierto de Arabia y llegaron nuevos peregrinos con turbantes multicolores en las cabezas rasuradas. Algunos llevaban colgados del cuello amuletos en forma de media luna, hechos con colmillos de jabalí; otros, estatuillas en bronce de diosas, de anchas caderas, y otros, en fin, collares hechos con los dientes de sus enemigos. Eran salvajes orientales que acudían para recibir el bautismo. El Bautista los vio, lanzó un estridente alarido y descendió de la roca. Los camellos se arrodillaron en el limo del Jordán y resonó, implacable, la voz del desierto: «¡Arrepentios! ¡Arrepentios! ¡El día del Señor ha llegado!»

A todo esto Jesús encontró a sus compañeros sentados en silencio, afligidos, esperándolo a orillas del río. Hacía tres días y tres noches que había desaparecido y durante aquel tiempo Juan Bautista había abandonado sus bautismos para hablar con él. El Bautista hablaba, y Jesús bajaba la cabeza y escuchaba. ¿Qué le decía, inclinado sobre él como un ave de presa? ¿Y por qué uno de ellos era tan feroz y el otro estaba tan triste? Judas jadeaba de rabia, iba y venía y, apenas caía la noche, se acercaba furtivamente al peñasco para escuchar. Los dos

hombres hablaban mejilla contra mejilla y Judas aguzaba el oído pero sólo oía un murmullo, un murmullo rápido como el de una comente de agua... nada más. Uno de ellos daba y el otro, el hijo de María, recibía y se llenaba como un cántaro inclinado contra una fuente. El pelirrojo se deslizaba hasta el pie del peñasco y, furioso, giraba en redondo en la oscuridad: «¡Es una vergüenza —murmuraba—, es una vergüenza para mí! ¡Discuten sobre el destino de Israel y yo no estoy presente! El Bautista debió haberme confiado a mí su secreto; a mí debió darme el hacha. Yo puedo servirme de ella, pero él no. Porque yo soy el único que me apiado de Israel. El otro, el iluminado, proclama —y debería avergonzarse...— ¡que todos somos hermanos, tanto los perseguidos como los perseguidores, tanto los israelitas como los malditos romanos y griegos!»

Se echaba al pie del peñasco, lejos de los otros compañeros; no quería estar con ellos. El sueño le vencía y durante segundos creía oír la voz del Bautista, que pronunciaba palabras aisladas: «Fuego, Sodoma y Gomorra, ¡golpea!» Se despertaba sobresaltado pero, una vez despierto, nada oía. Sólo los gritos de las aves nocturnas, los rugidos de los chacales y el murmullo del Jordán entre las cañas... Bajaba al río y hundía en el agua su cabeza abrasada. «¿Por qué no baja ya de su peñasco? —murmuraba—. Terminará por bajar y entonces, quiéralo o no, sabré.»

Y al verlo aparecer, se puso en pie de un salto. Los otros compañeros se levantaron también, gozosos, y le salieron al encuentro. Le tocaban los hombros, las espaldas, lo acariciaban. Los ojos de Juan se arrasaron de lágrimas: una arruga profunda surcaba su frente.

Pedro no pudo contenerse y dijo:

—Maestro, ¿por qué el Bautista se quedó hablando contigo tantos días y noches? ¿Qué te dijo? Te veo apenado; tu rostro ha cambiado.

—Le quedan pocos días de vida —respondió Jesús—. Quedaos con él. Haceos bautizar. Yo me iré.

—¿Adónde vas, maestro? —gritó el hijo menor de Zebedeo, asiéndole las vestiduras—. Todos iremos contigo.

—Iré solo al desierto. En el desierto no es necesaria la compañía. Iré a hablar con Dios.

—¿Con Dios? —dijo Pedro, ocultando el rostro—. ¡Pero entonces no volverás nunca!

—Volveré —dijo Jesús lanzando un suspiro—. Es preciso que vuelva. El destino del mundo pende de un hilo. Dios me dictará su voluntad y volveré.

—¿Cuándo? ¿Cuántos días vas a estar ausente? ¡Mira cómo nos abandonas! —gritaban todos procurando impedir que partiera. Judas, solo, apartado, silencioso, escuchaba y los miraba con menosprecio... «Carneros... carneros... — murmuraba—. Doy gracias al Dios de Israel por ser el lobo.»

—Volveré cuando Dios lo disponga, hermanos. Adiós. Quedaos aquí y esperadme. Hasta pronto.

Todos permanecieron inmóviles, petrificados. Siguieron con la mirada a Jesús, que se dirigía a paso lento hacia el desierto. Ya no como antes, cuando apenas tocaba la tierra; su paso era ahora pesado, como si los pensamientos le abrumaran. Cortó una caña para apoyarse en ella, subió el puente en forma de caballete, se detuvo en el punto más alto y miró hacia abajo. Vio a los peregrinos

en la corriente fangosa. Sus rostros tostados por el sol resplandecían de alegría. Enfrente, en la orilla, otros se golpeaban aún el pecho y arrojaban sus pecados a todos los vientos.

Con ojos ardientes miraban al Bautista, a la espera de que les indicara con una señal que entraran a su vez en el río sagrado.

Y el salvaje asceta, sumergido hasta los lomos en el Jordán, bautizaba a los rebaños humanos y luego los empujaba hacia la orilla, sin ternura, con cólera; otros rebaños entraban entonces en el agua. Su barba negra y puntiaguda, sus cabellos ensortijados que nunca habían sido cortados, brillaban al sol. Y su boca inmensa, perpetuamente abierta, aullaba.

Jesús paseó la mirada por el río, por los hombres y, a lo lejos, el Mar Muerto, las montañas de Arabia y el desierto. Se inclinó y vio que su sombra se deslizaba con la corriente de agua hacia el Mar Muerto.

—«¡Qué felicidad —pensaba— estar sentado al borde del río, ver cómo el agua corre hacia el mar y cómo, reflejados en ella, corren asimismo los árboles, las aves, las nubes, la noche, las estrellas! ¡Qué felicidad que yo también pudiera correr con ella hacia el mar! Y no sentirme roído por la angustia del mundo...»

Pero se estremeció, arrojó de sí la tentación, se apartó de la barandilla, descendió con paso rápido y desapareció tras las rocas desiertas. El pelirrojo estaba en pie a la orilla del río y no le despegaba los ojos. Lo vio desaparecer. Temió que se le escapara, se arremangó y salió tras él. Lo alcanzó en el momento en que Jesús iba a entrar en el inmenso mar de arena.

—Hijo de David —gritó—, espera. ¿Cómo puedes abandonarme?

Jesús se volvió y le suplicó:

—Judas, hermano mío, río me sigas. Debo quedarme solo.

—¡Quiero saber! —dijo el pelirrojo y continuó avanzando.

—No tengas prisa. Sabrás cuando llegue el momento. Sólo te digo esto, Judas, hermano mío: ¡puedes estar contento porque todo marcha bien!

—Todo marcha bien... eso no me basta. El lobo no se conforma con palabras. Tú no lo sabes, pero yo sí lo sé.

—Si me amas, ten paciencia. Mira los árboles: ¿tienen prisa por que maduren sus frutos?

—No soy un árbol, soy un hombre —replicó el pelirrojo, sin dejar de avanzar—. Soy un hombre, es decir, algo que tiene prisa. Yo tengo mis propias leyes.

—La ley de Dios es la misma para los árboles y para los hombres, Judas.

El pelirrojo hizo rechinar los dientes y dijo en un silbido:

—¿Y cuál es esa ley?

—El tiempo.

Judas se detuvo y apretó los puños. No aceptaba aquella ley. Su paso era excesivamente lento. En el fondo de su ser poseía una ley propia, opuesta a la del tiempo.

—Dios vive mucho tiempo —gritó—; es inmortal. Por eso puede tener paciencia y esperar. Pero yo soy un hombre, te repito, algo que tiene prisa. No

quiero morir antes de ver, y no sólo de ver sino de tocar con estas manazas lo que tengo en la cabeza.

—Lo verás —respondió Jesús, agitando la mano para tranquilizarle—. Lo verás y lo tocarás, hermano Judas, ten confianza. Hasta la vista. Dios me espera en el desierto.

—Iré contigo.

—Dos hombres en el desierto son demasiados. Vuélvete.

Como el perro de pastor ante la orden de su amo, el pelirrojo gruñó y mostró los dientes, pero bajó la cabeza y obedeció. Cruzó el puente con el rostro ensombrecido; caminaba y hablaba solo. Recordó la época en que vivía en la montaña con Barrabás —¡ése sí que era un hombre!— y los otros rebeldes. ¡Qué viento de salvaje pasión y de libertad les azotaba, qué capitán de degolladores era el Dios de Israel! Necesitaba un jefe como ése... ¿por qué había seguido a aquel iluminado que tenía miedo de derramar sangre y que gritaba sin cesar: «¡Amor! ¡Amor!», como una virgen angustiada? Pero, ¡paciencia! ¡Ya se vería qué traía del desierto!

Jesús ya había entrado en el desierto y, a medida que avanzaba, sentía con más intensidad que penetraba en la guarida de un león. Se estremeció, aunque no de miedo sino de alegría oscura e inexplicable. No podía comprender por qué se sentía alegre... Bruscamente recordó. Hacía miles de años, cuando aún era un niño y apenas sabía hablar, una noche había tenido un sueño, el primero que recordaba. Se había deslizado en el interior de una gruta profunda, donde había encontrado una leona que acababa de parir y amamantaba a sus cachorros; al verla, sintió hambre y sed, se acostó junto a los leoncitos y se puso a mamar con ellos. Luego todos salieron a una pradera y comenzaron a jugar bajo el sol... Pero mientras jugaba, su madre María apareció en el sueño, lo vio con la leona y lanzó un grito. Se despertó entonces, se encolerizó y se volvió hacia su madre que dormía a su lado: «¿Por qué me despertaste? —gritó—. ¡Estaba con mi madre y mis hermanos!»

«Ahora comprendo por qué me siento alegre —pensó—. Entro en la gruta de mi madre la leona, la soledad...»

Oía los silbidos inquietantes de las serpientes y del viento abrasador que soplaba entre las piedras, y el silbido de los espíritus invisibles del desierto.

Jesús se inclinó y habló a su alma:

—Alma mía, aquí probarás si eres inmortal.

Oyó pisadas a sus espaldas y prestó atención. La arena crujía; alguien marchaba a paso lento, con calma y se acercaba. Se estremeció. «La había olvidado —pensó—, pero ella no me olvida, me sigue: es mi Madre.» Sabía que era la Maldición, pero desde hacía mucho tiempo le daba el nombre de Madre...

Echó a correr; procuró pensar en otra cosa y se acordó de la paloma silvestre. Le parecía que había aprisionado en su ser un ave salvaje... un ave o quizá su alma, ansiosa de huir. ¿Había logrado huir? ¿Era ella la paloma silvestre que revoloteó describiendo círculos sobre su cabeza durante el bautismo? No era ni un ave ni un serafín; era su alma.

Había comprendido y se apaciguó. Volvió a ponerse en marcha. Oía a sus espaldas el crujido de la arena, pero su corazón se había templado y ahora podía padecerlo todo con dignidad. «El alma del hombre es todopoderosa —pensaba—;

toma el rostro que desea.» En aquel instante la suya se había convertido en ave y revoloteaba sobre su cabeza. Y mientras avanzaba, calmado, de pronto lanzó un grito y se detuvo. «Aquella paloma silvestre —esta idea había cruzado por su cerebro como una centella—, aquella paloma silvestre acaso no fuera más que una ilusión de mis ojos, un zumbido de mis oídos, un torbellino del aire. Porque recuerdo que mi cuerpo resplandecía, leve, todopoderoso, como un alma. Y lo que quería oír, lo oía; lo que quería ver, lo veía. Daba forma al aire según mi voluntad... ¡Dios mío, Dios mío, ahora estamos solos los dos, dime la verdad, no me engañes, ya no resisto oír voces en el aire!»

Avanzaba, y el sol, que avanzaba con él, había llegado al centro del cielo; estaba sobre su cabeza. Sus pies le ardían al pisar la arena caliente y miró a su alrededor para buscar una sombra. Mientras miraba oyó un ruido de alas sobre él y vio que una bandada de cuervos se precipitaba hacia una fosa donde una cosa negra se descomponía y hedía.

Se tapó las narices y se acercó. Los cuervos se habían abatido sobre la carroña, habían clavado en ella las garras y comían. Al ver que se acercaba un hombre, levantaron vuelo irritados, llevándose cada uno un trozo de carne en las garras, y comenzaron a describir círculos en el cielo y a gritar al intruso que se fuera. Jesús se inclinó y vio el vientre abierto, el vellón negro medio arrancado, los pequeños cuernos nudosos del chivo y, en el cuello descompuesto, collares de amuletos:

«El chivo —murmuró estremeciéndose—, el chivo sagrado que toma sobre sí los pecados del pueblo, que los hombres arrojaron de aldea en aldea, de montaña en montaña hacia el desierto, y ha muerto...»

Se agachó, excavó un foso con sus manos, tan profundo como pudo, y cubrió la carroña con arena.

—Hermano mío —dijo—, eras puro y estabas libre de pecado, como todos los animales. Pero los hombres cobardes te purgaron con sus pecados y te mataron. Descomponte en paz. No les guardes rencor. Los hombres, esas pobres criaturas sin esperanza, no tienen el valor de pagar por sí mismos sus faltas *y* cargan con ellas a un inocente... Paga por ellos, hermano mío, adiós...

Reanudó la marcha y, a los pocos pasos, se volvió emocionado, agitó la mano y gritó:

—¡Nos volveremos a ver!

Los cuervos le perseguían con rabia; les había arrebatado la sabrosa carroña y ahora lo seguían, esperando que cayera a su vez y les abriera el vientre para darles de comer. ¿Qué derecho tenía a ser injusto con ellos? ¿Acaso Dios no los había creado para comer carroña? ¡Debía pagar por lo que había hecho!

Al fin cayó la noche y se sintió fatigado. Se echó en una gran piedra redonda como una muela. «No iré más lejos —murmuró—; aquí, sobre esta piedra, estableceré mi campamento y lucharé.» La oscuridad cayó de golpe desde lo alto del cielo, ascendió desde la tierra y cubrió el mundo. La noche trajo consigo la helada. Sus dientes castañeteaban. Se envolvió en la sotana blanca, se hizo un ovillo y cerró los ojos. Pero apenas los hubo cerrado sintió miedo; se acordó de los cuervos; los chacales hambrientos comenzaban a aullar por todas partes y sentía que el desierto se movía como una fiera a su alrededor... Se aterró y abrió los ojos; el cielo se había cubierto de estrellas y eso le consoló. «He ahí los serafines —dijo en su fuero interno—, he ahí las seis alas de luz que cantan junto al trono

de Dios. Pero están lejos, demasiado lejos y nada oímos. Aparecieron para hacerme compañía...» Su cabeza se llenó de la luz de las estrellas y olvidó que sentía frío y hambre. El era también un ser vivo, una luciérnaga efímera en la noche que cantaba las alabanzas del Señor. Su alma era una pequeña luciérnaga, una hermana, humilde y pobremente vestida, de los ángeles. Recobró valor al pensar en sus orígenes celestes y vio a su alma erguida junto a los ángeles que rodeaban el trono del Señor. Entonces, calmado, sin miedo, cerró los ojos y se durmió.

Se despertó, alzó la cabeza mirando hacia oriente y vio el sol, tórrido, que emergía de la arena. «Es el rostro de Dios —medité y se cubrió la cara con la mano para no deslumbrarse. Luego murmuró—: Señor, no soy más que un grano de arena... ¿Me distingues en el desierto? Un grano de arena que habla, respira y te ama. Te ama y te llama Padre. No tengo más arma que el amor y con ella he venido a luchar. ¡Acude ya en mi socorro!»

Se levantó y dibujó con la caña un círculo alrededor de la piedra en que había dormido.

«No saldré de este círculo —dijo en voz alta para que le oyeran las potencias invisibles que le espiaban—, no saldré de este círculo si no escucho la voz de Dios. Pero quiero escucharla claramente y no como un rumor cambiante, de sonidos ordinarios, no como, un canto de pájaros o un trueno; claramente. Quiero que me hable con palabras humanas y que me diga qué espera de mí, así como lo que puedo y lo que debo hacer. Sólo entonces me levantaré y saldré del círculo para volver entre los hombres, si tal es lo que me ordena; para morir, si ésa es su voluntad. Haré lo que él quiera, pero quiero saberlo. ¡En nombre de Dios!»

Se arrodilló en la piedra con el rostro vuelto hacia oriente, hacia el gran desierto. Cerró los ojos, concentró sus pensamientos —los que había tenido en Nazaret, en Magdala, en Cafarnaum, en el pozo de Jacob, en el Jordán— y comenzó a alinearlos en orden de batalla. Partía a la guerra.

Con el cuello tenso y los ojos cerrados, se sumergió en el fondo de sí mismo. Oyó un murmullo de aguas, de cañas que crujen débilmente, de hombres que se lamentan. Los gritos y los espantos llegaban como oleadas desde el Jordán, así como las lejanas esperanzas ensangrentadas. Las tres largas noches que había pasado en el peñasco con el asceta salvaje fueron las primeras que se alzaron en su espíritu, armadas de pies a cabeza, y se lanzaron al desierto para entrar en batalla.

La primera noche saltó sobre él como una langosta gigantesca. Tenía ojos duros, amarillos y cenicientos, alas amarillas y cenicientas y extrañas letras verdes trazadas en su vientre; su respiración era semejante a la del Mar Muerto; hizo presa en él : y sus alas se pusieron a chirriar en el viento, con rabia. Jesús ¡lanzó un grito y se volvió: Juan Bautista estaba en pie junto a él; había tendido su brazo esquelético en la noche hacia Jerusalén.

—Mira, ¿qué ves?

—Nada.

—¿Nada? Ante ti se alza la santa Jerusalén, la gran prostituta, ¿no la ves? Está sentada sobre las macizas rodillas del romano y ríe a mandíbula batiente. «¡No la quiero! —grita el Señor—. ¿Es ésa mi esposa? ¡No la quiero!» Como el perro, siguiendo los pasos del Señor, ladro a mi vez: ¡no la quiero! Doy vueltas

alrededor de sus fuertes murallas y ladro: ¡Puta! Posee cuatro grandes puertas fortificadas. En una de ellas está sentada el Hambre, en la otra el Miedo, en la tercera la Injusticia y en la cuarta, la del norte, la Infamia. Entro en la ciudad, recorro sus calles en todas las direcciones, me acerco, examino a sus habitantes. Miro sus rostros: tres revientan de grasa, están saciados, y un pueblo de tres mil hombres se muere de hambre. ¿Cuándo perece un mundo? Cuando tres amos comen demasiado y un pueblo de tres mil hombres se muere de hambre. Mira una vez más su rostro: el Miedo reina sobre todos, sus narices aletean y husmean el día del Señor. Mira a las mujeres: la más honrada clava los ojos con codicia en su servidor, se relame y le hace señas: ¡ven! He quitado el techo de sus palacios, mira; el rey tiene en sus rodillas a la mujer de su hermano y acaricia su desnudez. ¿Qué dicen las Sagradas Escrituras? «¡Muera quien mire la desnudez de la mujer de su hermano!» Sin embargo, no será él, el rey incestuoso quien será asesinado, sino yo, el asceta. ¿Por qué? ¡Porque ha llegado el día del Señor!

Toda aquella primera noche, Jesús, sentado a los pies de Juan Bautista, vio las cuatro puertas de Jerusalén abiertas; por ellas entraban y salían el Hambre, el Miedo, la Injusticia y la Infamia. Las nubes, preñadas de cólera y granizo, se reunían sobre la santa prostituta.

La segunda noche, el Bautista volvió a extender la mano, delgada como una caña y, con un seco ademán, abrió una brecha en el tiempo y el espacio.

—Aguza el oído, ¿qué oyes?

—No oigo nada.

—¿Nada? ¿No oyes la Iniquidad, esa perra que ha perdido todo pudor, que subió al cielo y ladra a la puerta del Señor? ¿No has pasado por Jerusalén, no has oído a los sacerdotes, a los sumos sacerdotes, a los escribas y fariseos que rodean el templo y ladran? Dios no soporta ya la impudicia de la tierra. Se levanta, marcha por las montañas, baja. Delante de él viene la Cólera y tras él, las tres perras del cielo: el Fuego, la Lepra y la Locura. ¿Dónde está el Templo? ¿Dónde están las columnas orgullosas, con incrustaciones de oro, que lo sostenían y hacían exclamar: «¡Eterno! ¡Eterno! ¡Eterno!»?¡El Templo está reducido a cenizas, los sacerdotes, los sumos sacerdotes, los escribas y los fariseos están reducidos a cenizas, sus amuletos santos, sus dalmáticas de seda y sus anillos de oro están reducidos a cenizas! ¡Reducidos a cenizas! ¡Reducidos a cenizas! ¡Reducidos a cenizas! ¿Dónde está Jerusalén? Empuño una linterna encendida, busco entre las montañas, a través de las tinieblas del Señor y llamo: Jerusalén! Jerusalén! Sólo veo un desierto, un desierto sin fin; ni siquiera un cuervo responde. Los cuervos comieron y se fueron. Me hundo hasta las rodillas entre los cráneos y los esqueletos, las lágrimas están a punto de saltárseme de los ojos pero las aparto, las alejo de mí y río, me agacho, elijo los huesos más largos, hago flautas con ellos y canto al Señor.

El Bautista reía durante aquella segunda noche y contemplaba, en las tinieblas de Dios, el Fuego, la Lepra y la Locura. Jesús asía las rodillas del profeta y preguntaba:

—¿No es posible que la rendición descienda sobre el mundo por obra del amor? ¿Del amor, de la alegría, de la misericordia?

Sin volverse siquiera para mirarlo, el Bautista le respondía:

—¿Nunca leíste las Escrituras? Para sembrar, el Salvador tritura nuestros riñones, destroza nuestros dientes, lanza fuego e incendia los campos. Arranca

las espinas, las cizañas, las ortigas. ¿Cómo es posible hacer desaparecer de la tierra la mentira, la infamia y la injusticia sin hacer desaparecer a los injustos, los infames y los mentirosos? Es preciso que la tierra se purifique para poder plantar la nueva simiente.

Había pasado la segunda noche y Jesús callaba; esperaba la tercera noche, en que acaso la voz del profeta se dulcificara.

Durante la tercera noche, el Bautista iba y venía, inquieto, por la roca. No reía, no hablaba; examinaba con angustia, palpaba los brazos de Jesús, sus manos, sus hombros, sus rodillas, meneaba la cabeza y guardaba silencio. Olía el aire. Al resplandor de las estrellas percibíanse sus ojos, que brillaban, ya verdes, ya amarillos; de su frente cetrina chorreaban, mezclados, el sudor y la sangre. Al fin, por la mañana, cuando la luz blanca del alba los hubo cubierto, había tomado las manos de Jesús, lo había mirado a los ojos y había fruncido el entrecejo:

—La primera vez que te vi —le había dicho— cuando salías del cañaveral y te dirigías en línea recta hacia mí, mi corazón brincó como un animal joven. ¿Cómo brincó el corazón de Samuel cuando vio por primera vez a David, el joven pastor imberbe y pelirrojo? De ese modo brincó el mío. Pero es de carne y ama la carne; no confío en él. Como si te viera por primera vez, te examino, te huelo, y no logro tranquilizarme. Miro tus manos y compruebo que no son manos de leñador, que no son manos de Redentor; son demasiado delicadas, demasiado clementes... ¿cómo podrían manejar el hacha? Miro tus ojos y compruebo que no son ojos de Redentor; derraman compasión.

El Bautista se levantó y suspiró. «Señor, tus caminos son tortuosos, oscuros —murmuraba—. Puedes enviar a una paloma blanca para incendiar, para reducir el mundo a cenizas. Nosotros miramos el cielo y esperamos un rayo, un águila, un cuervo... y tú envías a una paloma blanca. ¿De qué sirve preguntar? ¿De qué sirve oponer resistencia? Haz lo que quieras.» Abrió los brazos y enlazando la cintura de Jesús, le besó el hombro derecho, luego el izquierdo, y dijo:

—Si eres el que esperaba, no te presentaste como imaginé. ¿He traído en vano el hacha y en vano la he colocado al pie del árbol? ¿O el amor puede empuñar también un hacha?

Luego se había abismado en sus reflexiones. «No puedo decir nada —murmuró al fin—. Moriré sin ver. Poco importa, ése es mi destino; es duro y me agrada.» Oprimió la mano de Jesús y le dijo:

—Buena suerte. Habla con Dios en el desierto. Pero vuelve pronto; el mundo no ha de quedarse solo.

Jesús abrió los ojos. El Jordán, Juan Bautista, los bautizados, los camellos y la lamentación de los hombres se desvanecieron en el aire. Ante él se extendió el desierto. El sol estaba alto y quemaba. Las piedras despedían humo como panes y Jesús sentía que el hambre acuchillaba su vientre. «Tengo hambre —murmuró mirando las piedras—, ¡tengo hambre!» Se acordó del pan que les había dado la anciana samaritana; era sabroso, dulce como la miel. Recordó la miel que les daban en las aldeas por donde pasaban, las aceitunas partidas, los dátiles, la santa comida que habían tenido cuando sentados a orillas del lago de Genezaret bajaban de los morillos las parrillas donde se alineaban los olorosos pescados.

Luego, los higos, las uvas, las granadas, se impusieron a su espíritu, y le atormentaron.

Su garganta se secó, agostada por la sed. ¡Cuántos ríos se deslizaban por el mundo, cuántos saltos de agua descendían de roca en roca! Corrían de un extremo a otro de la tierra de Israel para perderse en el Mar Muerto... ¡y él no tenía ni una sola gota para beber! Pensó en todas aquellas corrientes de agua y su sed se multiplicó. Su cabeza comenzó a dar vueltas, pestañeó varias veces y dos demonios malignos, semejantes a gazapos, surgieron de la arena ardiente, se apoyaron en sus patas traseras, danzaron, giraron, vieron al ermitaño, aullaron de alegría y se pusieron a patalear. Se fueron acercando a él y acabaron por subírsele a las rodillas y saltar a sus hombros. Uno de ellos era fresco como el agua, el otro tibio y fragante como el pan; cuando Jesús adelantó febrilmente la mano para cogerlos, dieron un salto y desaparecieron en el aire.

Cerró los ojos, volvió a concentrar sus pensamientos, que el hambre y la sed habían dispersado, pensó en Dios y no sintió ya hambre ni sed. Pensó en la redención del mundo. ¡Ah, si fuera posible que el día del Señor llegara por el amor! ¿Acaso Dios no es todopoderoso? ¿Por qué no obra un milagro, por qué no toca los corazones para que florezcan? Todos los años, por Pascua, toca las cepas, las hierbas y las espinas y las hace florecer. ¡Ah, si fuera posible que una mañana los hombres se despertaran con el corazón florecido!

Sonrió. El mundo había florecido en él; el rey incestuoso se había hecho bautizar, su alma se había purificado y había arrojado lejos de sí a su cuñada Herodías y ésta había vuelto al lado de su marido. Los sumos sacerdotes y los señores habían abierto sus despensas y sus cofres y habían distribuido sus bienes entre los pobres, y los pobres respiraban; habían arrojado de sus corazones el odio, los celos y el mielo... Jesús se miró las manos: el hacha que le había confiado el Precursor había florecido y empuñaba, ahora, una rama de almendro en flor.

El día había finalizado con aquella alegría. Se echó en la piedra y durmió. Durante toda la noche oyó en sueños el murmullo de corrientes de agua, danzas de gazapos, susurros extraños, y sentía como que unas narices húmedas lo absorbían aspirando... Hacia medianoche, un chacal hambriento —o al menos tal le pareció— se había acercado a él y lo olfateó para comprobar si estaba muerto; se detuvo un instante, indeciso, y Jesús, en sueños, tuvo piedad de él. Estuvo a punto de abrirse el pecho para darle de comer, pero enseguida se abstuvo de hacerlo. Conservaba su carne para los hombres.

Se despertó antes de que despuntara el día. Grandes estrellas entrelazaban sus orbes en el cielo y el aire era aterciopelado y azul. «En este momento se despiertan los gallos —pensó—, se despiertan las aldeas, los hombres abren los ojos y miran por el tragaluz las primeras claridades; los bebés se despiertan también, se echan a llorar y sus madres les dan el pecho...» El mundo se movió por un instante sobre la arena, con sus hombres, sus casas, sus gallos, sus niños y sus madres, un mundo hecho de aire y de frescura matinal. ¡Y ahora el sol iba a ascender para devorarlo!... Oprimióse el corazón del ermitaño. «¡Si pudiera —pensó— volver eterna esta frescura! Pero el pensamiento de Dios es un abismo y su amor es un terrible precipicio. Planta un mundo, lo destruye cuando está a punto de fructificar y luego planta otro. ¿Quién sabe? El amor acaso sea capaz de empuñar un hacha...» Recordó las palabras de Juan Bautista y se estremeció. Miró el desierto; se había vuelto salvaje, escarlata y se movía bajo el

sol, que aquel día apareció colérico, ceñido de un halo de tempestad. El viento comenzó a soplar y a las narices de Jesús llegó un olor fétido a pez y azufre. Sintió que ascendían en su recuerdo, sumergidas en alquitrán, con sus palacios, sus teatros, sus tabernas y sus lupanares, Sodoma y Gomorra. «¡Ten piedad, Señor! —gritaba Abraham—. ¡No las quemes. Eres bueno, apiádate de tus criaturas!» «Soy justo —le había respondido Dios—. ¡Las quemaré!»

¿Era aquél, pues, el camino de Dios? En tal caso, resultaba impúdico que el corazón, ese puñado de barro frágil, se levantara y gritara: «¡Detente!» ¿Cuál es nuestro deber? Mirar el suelo, discernir en el suelo la huella de los pasos de Dios y seguirla. «Miro al suelo y percibo netamente en Sodoma y Gomorra la huella de los pasos de Dios. Todo el Mar Muerto es una huella de Dios. ¡Asentó la planta del pie y sepultó a Sodoma y Gomorra con sus teatros, tabernas y lupanares. La asentará una vez más y la tierra quedará sepultada de nuevo... ¡Los reyes, los sumos sacerdotes, los fariseos, los saduceos, todo se hundirá!»

Sin advertirlo, se había puesto a gritar. Su espíritu se había colmado de audacia, se había desencadenado. Había olvidado que sus rodillas no podían soportarlo e iba a levantarse para ponerse en marcha siguiendo la huella de los pasos de Dios, pero cayó de espaldas en tierra, sin aliento. «No puedo, ¿acaso no me ves? —gritó alzando los ojos al cielo abrasador—. No puedo. ¿Por qué me elegiste a mí? ¡No resisto más!» Cuando dejó de gritar, vio una masa negra ante él: era el chivo, con el vientre abierto en la arena y las patas al aire. Recordó que se había inclinado sobre sus ojos turbios y había visto su rostro. «Yo soy el chivo —murmuró—. Dios lo puso en mi camino para que comprenda quién soy y adonde voy...» Bruscamente estalló en sollozos: «No quiero.... no quiero... —murmuró—, no quiero estar solo. ¡Socorro!»

Entonces, mientras lloraba, sopló una suave brisa, desapareció el hedor a alquitrán y carroña y el mundo se convirtió en un jardín florido. Oyó tintinear a lo lejos brazaletes, risas, corrientes de agua; los sonidos iban acercándose y los párpados, los sobacos y la garganta del ermitaño se refrescaron. Alzó los ojos. Ante él, sobre una piedra, una serpiente con ojos y pecho de mujer se relamía y le miraba. El ermitaño retrocedió, aterrado. ¿Era una serpiente, una mujer o un espíritu maligno del desierto? Una serpiente semejante se había enroscado en el árbol prohibido del Paraíso y había seducido al primer hombre y a la primera mujer, para que juntos trajeran el pecado al mundo... Oyó una risa y una voz femenina dulce y zalamera:

—Me apiadé de ti, hijo de María. Gritaste. «¡No quiero estar solo!» Me apiadé de ti y acudí. ¿Qué quieres de mí?

—No quiero nada de ti; no te llamé. ¿Quién eres?

—Tu alma.

—¡Mi alma! —exclamó Jesús y se tapó los ojos con horror.

—Tu alma. Tienes miedo de quedarte solo. Tu abuelo Adán también lo tenía y gritó: «¡Socorro!» Su carne y su alma se unieron y la mujer surgió de su costado para hacerle compañía...

—¡No quiero! ¡No quiero! ¡Me acuerdo de la manzana que ofreciste a Adán y del ángel que empuña la espada!

—Precisamente por eso, porque recuerdas tales cosas, gritas y no puedes encontrar tu camino. Pero yo te lo mostraré. Dame la mano, no mires atrás, no

recuerdes nada. Mira mi pecho, que avanza, y síguelo, esposo mío. El conoce el camino y no se equivoca.

—Me conducirás al dulce pecado y al Infierno. No te seguiré. Otro es mi camino.

Crepitó una risita burlona y los dientes afilados, venenosos, aparecieron:

—¿Quieres seguir las huellas de Dios, las huellas del águila, gusano de la tierra? ¿Quieres cargar, tú que no eres más que el hijo del carpintero, con los pecados de todo un pueblo? ¿Acaso no te bastan tus propios pecados? ¡Qué desvergüenza creer que tienes la obligación de salvar al mundo!

«Tiene razón... Tiene razón... —pensó el ermitaño temblando—. ¡Qué desvergüenza querer salvar al mundo!

—Debo revelarte un secreto, amado hijo de María... —la serpiente dulcificó la voz y sus ojos centellearon.

Bajó de la piedra deslizándose como una corriente de agua y comenzó, tornasolada, a reptar y acercarse. Llegó a los pies del ermitaño, se subió a sus rodillas, se arrolló allí, tomó impulso, se arrastró sobre sus muslos, sobre sus caderas, sobre su pecho y fue a apoyarse contra su hombro. A pesar suyo, el ermitaño se inclinó para escucharla. La serpiente comenzó a lamer la oreja de Jesús, quien oyó su voz hechicera, muy remota, como si llegara desde Galilea, desde las orillas del lago de Genezaret:

—Magdalena... Magdalena... Magdalena...

—¿Qué? —dijo Jesús, estremeciéndose—. ¿Qué pasa con Magdalena?

—...¡A ella debes salvar! —silbó la serpiente en tono súbitamente imperioso— . A ella, a Magdalena, debes salvar y no a la Tierra, olvídate de la Tierra.

Jesús sacudió nerviosamente la cabeza para apartar a la serpiente, pero ésta agitaba su lengua en su oído y le hablaba:

—Su cuerpo es hermoso, tibio, hábil. Todas las naciones pasaron sobre él, pero Dios te lo ha destinado desde tu infancia. ¡Tómalo! Dios ha hecho al hombre y a la mujer para que encajen como la llave y la cerradura. ¡Ábrela! En ella están tus hijos, entumecidos, hechos un ovillo; esperan que tú soples sobre ellos para tener calor, levantarse y salir, para caminar bajo el sol... ¿Oyes lo que te digo? Eleva los ojos y hazme una señal. Hazme una señal, amado mío, y al instante te traeré a tu mujer, en un lecho fresco.

—¿Mi mujer?

—Tu mujer. Del mismo modo yo, dice Dios, desposé a la prostituta Jerusalén. Las naciones pasaron sobre ella, pero yo la desposé para salvarla. Del mismo modo el profeta Oseas desposó a la prostituta Gomer, hija de Diblaim. Y así Dios te ordena que duermas con María Magdalena, que tengas hijos con ella, que es tu mujer, para salvarla.

La serpiente había apoyado ahora su pecho duro, fresco y redondo sobre el pecho de Jesús. Se arrastraba lentamente, enroscándose, y lo enlazaba. Jesús palideció, cerró los ojos y vio el cuerpo firme y cimbreante de Magdalena, que caminaba balanceándose indolentemente por la orilla del lago de Genezaret, mirando a lo lejos, hacia el Jordán, y suspirando. Magdalena extendió los brazos... ¡lo buscaba a él! Su seno estaba lleno de niños, los suyos. El no tenía más que hacerle una seña para ser feliz. ¡Cómo cambiaría su vida, cómo se

dulcificaría y humanizaría! ¡Aquél era el camino! Volvería a Nazaret, a casa de su madre, se reconciliaría con sus hermanos... Aquello de querer salvar el mundo y morir por el hombre no eran más que locuras de juventud, pero felizmente Magdalena había aparecido. El se había curado, había vuelto a su taller, trabajaba en su querido oficio, fabricaba de nuevo cunas, alcancías, carretas, tenía hijos y se había convertido en un hombre como los demás. Había ordenado su vida. Los campesinos lo respetaban y se levantaban cuando él pasaba; trabajaba toda la semana y los sábados iba a la sinagoga con vestiduras limpias, de lino y de seda, que le había tejido su mujer, Magdalena, adornado con un fino pañuelo de cabeza y el anillo de oro de casado en el dedo... Tenía una silla en el coro de los ancianos de la aldea y estaba sentado y escuchaba, apacible e indiferente, a los escribas y los fariseos que excitados y medio locos, sudaban sangre y agua para explicar las Santas Escrituras... Sonreía disimuladamente y los miraba con conmiseración: ¡cómo se equivocaban aquellos eruditos! En cambió él, con toda calma y seguridad, explicaba las Santas Escrituras casándose, teniendo hijos, fabricando cunas, alcancías, carretas...

Abrió los ojos y vio el desierto. ¡Qué rápido había pasado el día! El sol se inclinaba hacia el poniente. Pegada contra su pecho, la serpiente esperaba. Emitía un silbido calmo, hechicero, como quejumbroso; una canción de cuna se desgranaba en el aire del crepúsculo y todo el desierto ondulaba y lo mecía como una madre.

—Espero... espero... —decía el silbido hechicero de la serpiente—. Llega la noche y tengo frío. Decídete, hazme una señal y una puerta se abrirá y tú entrarás en el Paraíso... Decídete, amado mío. Magdalena espera...

Los músculos del ermitaño se paralizaron. Estaba a punto de abrir la boca para asentir cuando sintió que sobre él había alguien que lo observaba; levantó la cabeza, espantado, y vio en el aire dos ojos, dos ojos completamente negros y dos cejas blancas que le hacían señas: «¡No! ¡No! ¡No!» Oprimióse el corazón de Jesús y miró una vez más, suplicante, como si quisiera gritar: «¡Déjame actuar según mis deseos! ¡Dame permiso y no te encolerices!» Pero los ojos se habían vuelto feroces y las cejas se agitaban, amenazantes.

—¡No! ¡No! ¡No! —aulló Jesús, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Con un brusco movimiento la serpiente se separó de él, se retorció y reventó con sordo estrépito; quedó flotando en el aire un olor pestilente.

Jesús hundió el rostro en tierra y sus labios, sus fosas nasales y sus párpados se llenaron de arena. No pensaba en nada; había olvidado que sentía hambre y sed y lloraba. Lloraba como si su mujer y todos sus hijos hubieran muerto, como si toda su vida hubiese quedado destruida.

—¡Señor, Señor! —murmuró mordiendo la arena—. ¿No te apiadas de mí, Padre? ¡Hágase tu voluntad! ¿Cuántas veces te lo dije y cuántas habré de repetírtelo? Toda mi vida lucharé, opondré resistencia y diré: ¡hágase tu voluntad!

Y se durmió, murmurando y tragando arena. Apenas se cerraron los ojos de su cuerpo, se abrieron los de su espíritu.

Vio el espectro de una serpiente, gruesa como el cuerpo de un hombre que se extendía de uno a otro extremo de la noche, estaba acostada en la arena y había abierto, muy cerca de Jesús, su enorme boca escarlata. Ante aquellas fauces una perdiz tornasolada se estremecía temblorosamente e intentaba en

vano abrir las alas para escapar. Avanzaba a trompicones, con las plumas erizadas por el miedo, y lanzaba gritos agudos... La serpiente había clavado sus ojos en ella; permanecía inmóvil y con las fauces abiertas, aparentemente sin prisas. Estaba segura de sí misma. La perdiz avanzaba vacilante, cruzando las patas, en línea recta hacia las fauces abiertas. Jesús, de pie, miraba y temblaba como la perdiz... Al despuntar el día la perdiz había llegado ante la boca abierta; se debatió unos instantes, lanzó una rápida mirada a su alrededor como para pedir socorro... hasta qué bruscamente alargó el cuello y de un salto entró en las fauces de cabeza con las patas juntas. La boca se cerró y Jesús veía bajar a la perdiz hacia el vientre del dragón, suavemente, como una pelota de plumas, de carne y de patas color rubí Jesús se despertó sobresaltado, espantado. El desierto ondulaba, rosado. Nacía el día.

—Es Dios —murmuró temblando—, es Dios... Y la perdiz... Su voz se quebró. No tenía valor para articular su pensamiento hasta el fin, pero se dijo: «... Es el alma del hombre. La perdiz es el alma del hombre.»

Quedó anonadado durante horas enteras. El sol ascendía, calentaba la arena, traspasaba la carne de Jesús, entraba en su cabeza, secaba su cerebro, su garganta, su pecho. Sus entrañas pendían como los racimos secos que quedan en las vides en el otoño. La lengua se le había pegado al paladar, le caían jirones de la piel y por debajo apuntaban los huesos; la punta de sus dedos presentaba un color azul.

El tiempo era ahora breve como el latido de un corazón y grande como la muerte. Ya no sentía hambre ni sed, ya no deseaba tener una mujer e hijos, y toda su alma se había agolpado en sus ojos. Veía, eso era todo, veía. A veces, en pleno mediodía, sus ojos se velaban, el mundo desaparecía y unas fauces gigantescas se abrían ante él: la quijada inferior era la tierra y la superior el cielo, y Jesús avanzaba arrastrándose, hacia la bocaza abierta, temblando y con el cuello alargado Pasaban los días y las noches como relámpagos blancos y negros. En cierta ocasión, se acercó un león a medianoche, se detuvo ante él y sacudió fieramente la melena. Y oyó su voz, como si fuera una voz humana:

—Acojo con alegría en mi antro al asceta victorioso que triunfó de las pequeñas virtudes, de las pequeñas alegrías y de la felicidad, ¡y lo saludo! No amamos las empresas fáciles y seguras; sólo despiertan nuestro interés las cosas difíciles. Magdalena es demasiado insignificante para ser nuestra mujer porque queremos casarnos con la Tierra. La joven esposa ha suspirado, Novio, el cielo encendió sus lámparas y ya llegaron los invitados. Partamos.

—¿Quién eres?

—Tú. El león que siente hambre en el fondo de tu corazón y de tus entrañas, que ronda de noche en torno de los rediles, en torno de los reinos del mundo y que vacila en saltar sobre ellos para devorarlos. Salto de Babilonia a Jerusalén y a Alejandría, de Alejandría a Roma y grito: «¡Tengo hambre y todo me pertenece!» Despunta el día y vuelvo a meterme en tu pecho, me acurruco allí y me convierto, yo, el terrible león, en cordero. Aparento ser un humilde asceta que nada desea, a quien bastan para vivir un grano de trigo, un sorbo de agua y un Dios cándido y benevolente a quien llama Padre para ablandarlo. Pero mi corazón se enfurece secretamente, se siente humillado y yo espero febrilmente la noche para quitarme la piel de oveja y para volver a rondar, a rugir y a posar mis cuatro patas sobre Babilonia, Jerusalén, Alejandría y Roma.

—No te conozco. Jamás deseé los reinos del mundo. Me basta el reino de los cielos.

—No te basta; te engañas, compañero; no te basta. Pero no te atreves a mirar dentro de ti, a mirar tus entrañas y tu corazón, donde me verías... ¿Por qué me miras con ojos recelosos, por qué tu corazón es desconfiado? ¿Crees que soy una tentación y que me envió el Maligno para perderte? Ermitaño insensato, ¿acaso puede tener alguna fuerza la tentación que viene de afuera? Sólo puede vencerse la fortaleza desde su interior. Soy la voz que asciende desde lo más profundo de ti mismo, soy el león que está en ti. Te envolviste en una piel de oveja para que los hombres confiaran en ti, se acercaran y tú pudieras devorarlos. Recuerda que cuando eras niño una maga caldea leyó en tu mano. Te dijo: «¡Veo muchas estrellas, muchas cruces; serás rey!" ¿Por qué simulas olvidarlo? Lo recuerdas día y noche. ¡Levántate, hijo de David; entra en tu reino!

Jesús lo escuchaba con la cabeza gacha. Poco a poco reconoció la voz; recordó haberla oído a veces en sueños; por ejemplo, un día en que Judas le había pegado cuando era niño, y también en otra ocasión cuando había abandonado su casa y había vagado durante días y noches por los campos, atormentado por el hambre, y había vuelto humillado a su casa. Sus dos hermanos, el cojo Simón y el devoto Santiago, estaban en el umbral y le habían insultado. Aquel día había oído verdaderamente en él el rugido del león... Y recientemente, cuando cargaba la cruz para la crucifixión del zelote y pasaba entre una multitud excitada que lo miraba con menosprecio y lo abucheaba, el león había vuelto a saltar en él con tanta fuerza que había terminado arrojándolo por tierra.

Y allí, en aquella noche solitaria, he ahí que aparecía y se alzaba ante él el león interior, rugiendo. Le rozaba, desaparecía para volver a aparecer como si entrara en el fono de sí mismo y saliera de él y le diera golpecitos con la cola, acariciadores, juguetones... Jesús sentía que su corazón se irritaba cada vez más. «Es cierto, el león tiene razón. Basta ya. Estoy harto de sentir hambre, de desear, de aparentar humildad, de ofrecer la otra mejilla para que me abofeteen; estoy harto de halagar a Dios, el devorador de hombres, y de llamarle Padre para ablandarle; de que me insulten mis hermanos, de ver llorar a mi madre y ver reír a los hombres cuando paso, de andar descalzo, de cruzar el mercado, de contemplar los dátiles, la miel, el vino, las mujeres sin poder comprar nada. Y de ser audaz sólo en sueños, de esperar que el sueño me lleve todo aquello, ¡de saborear y estrechar el vacío! Estoy harto. ¡Me levantaré, ceñiré la espada que he heredado —¿acaso no soy hijo de David?— y entraré en mi reino! El león tiene razón. ¡No me interesan las ideas, las nubes ni los reinos de los cielos! ¡Mi reino está en las piedras, en la tierra y en la carne!»

Se puso en pie. ¿De dónde sacó fuerzas para levantarse y para hacer ademán, durante un buen rato, de ceñirse una espada invisible, al tiempo que rugía como un león? Se ajustó el ceñidor y gritó: «¡En marcha!» Se volvió; el león había desaparecido. Oyó sobre él una risa que conmovía el aire y una voz que decía: «¡Mira!» Un relámpago rasgó la noche y quedó suspendido en el firmamento. Bajo el relámpago inmóvil había ciudades fortificadas, casas, calles, plazas, hombres; y a los costados, llanuras, montañas, el mar. A la derecha se extendía Babilonia; a la izquierda, Jerusalén y Alejandría, y del otro lado del mar, Roma. Volvió a oír la voz: «¡Mira!»

Levantó los ojos. Un ángel de alas amarillas se abatió de cabeza desde el cielo. Jesús oyó un lamento; en los cuatro reinos los hombres alzaban las manos al cielo y las manos caían roídas por la lepra. Abrían la boca para gritar: «¡Socorro!», y los labios caían roídos por la lepra. Las calles se llenaron de manos, de narices y de labios.

Cuando Jesús tendía los brazos y se disponía a gritar a Dios: «¡Apiádate de los hombres!», un segundo ángel de alas abigarradas y que llevaba cascabeles en los tobillos y en el cuello se abatió de cabeza desde lo alto del cielo. Bruscamente estallaron risas y risotadas en toda la superficie de la tierra; los leprosos corrían, enloquecidos, y lo que quedaba de sus cuerpos reventaba de risa.

Jesús se tapó los oídos para no oír; temblaba. Entonces un tercer ángel, de alas rojas, cayó del cielo como un meteoro. Eleváronse cuatro hogueras, cuatro columnas de humo que envolvieron las estrellas. Sopló una leve brisa, el humo se dispersó y Jesús miró: los cuatro reinos eran cuatro puñados de cenizas.

Volvió a oír la voz: «He ahí los reinos de la tierra que te dispones a conquistar, desgraciado. Has visto a mis tres ángeles amados: la Lepra, la Locura y el Fuego. ¡Ha llegado el día del Señor, mi día!», rugió la voz, y el relámpago desapareció.

Al alba, Jesús había descendido de la piedra y conservaba el rostro hundido en la arena. Debía haber llorado mucho durante la noche, pues sus ojos estaban hinchados y le ardían. Miró a su alrededor... ¿Era acaso aquella extensión infinita de arena su alma? La arena ondulaba, se animaba. Oía gritos penetrantes, risas zumbonas, sollozos. Animalejos de los bosques, especies de liebres, de ardillas, de garduñas, avanzaban a saltos hacia él. Todos tenían ojos rojos semejantes a rubíes. «Llega la locura —pensó—, llega la locura para devorarme...» Lanzó un grito y los animales desaparecieron. Un arcángel, que llevaba una media luna colgada del cuello y una estrella alegre entre las cejas, se irguió ante él y desplegó sus alas verdes.

—Arcángel —murmuró Jesús y se tapó los ojos con la mano para no deslumbrarse.

—El arcángel plegó las alas y sonrió:

—¿No me reconoces? —dijo—. ¿No te acuerdas de mí?

—¡No! ¡No! ¿Quién eres? Aléjate, arcángel; me deslumbras.

—Recuerda que cuando eras niño y aún no sabías andar, te colgabas de la puerta de tu casa, del vestido de tu madre, para no caer y gritabas en el fondo de ti mismo, gritabas con todas las fuerzas de tu alma: «¡Dios mío, hazme Dios! ¡Dios mío, hazme Dios! ¡Dios mío, hazme Dios!»

—No me hagas pensar en aquella blasfemia impúdica. ¡Lo recuerdo!

—Yo soy aquella voz que hablaba en ti; yo gritaba. Y soy yo quien continúa gritando, pero tú aparentas no oírme porque tienes miedo. Pero, lo quieras o no, me oirás porque llegó la hora. Antes de que nacieras te elegí entre todos los hombres. Actúo y resplandezco ante ti, no permito que te abandones a las pequeñas virtudes, a las pequeñas alegrías, a la felicidad. Hace poco, en este desierto al que te conduje, apareció la mujer y la eché; aparecieron los reinos de la tierra y los eché. Yo los eché; yo, y no tú. Te reservo un destino mucho más grande, mucho más difícil.

—¿Más grande, más difícil?

—¿Qué deseabas cuando eras niño, qué pedías a gritos? Convertirte en Dios. ¡Y en eso te convertirás!

—¿Yo? ¿Yo?

—No te dejes intimidar, no gimas; en eso te convertirás. Ya te has convertido en Dios. ¿Qué palabras crees que profirió la paloma silvestre sobre tu cabeza, en el Jordán? «¡Tú eres mi hijo, mi hijo único!», tal es la nueva que te trajo la paloma, silvestre. No era una paloma, sino el arcángel Gabriel. ¡Salve, hijo único de Dios!

Dos alas se estremecieron en el pecho de Jesús; sintió que un gran lucero matutino ardía entre sus cejas. Una voz resonó en él: «No soy un hombre, no soy un ángel, no soy tu servidor; soy tu hijo, Adonay. Me sentaré en tu trono para juzgar a los vivos y a los muertos y tendré en mi mano derecha, para jugar con ella, una bola: el mundo. ¡Hazme sitio, deja que me siente!» Una violenta risa estalló en el aire. Jesús se sobresaltó; el ángel había desaparecido. El ermitaño lanzó un grito desgarrador:

—¡Lucifer! —y cayó con el rostro en la arena.

—Hasta pronto —dijo una voz burlona—. ¡Pronto nos volveremos a ver!

—Jamás! —rugió Jesús—. Jamás, Satán! —conservaba el rostro hundido en la arena.

—¡Nos volveremos a ver! —repitió la voz—. ¡Para Pascua, desdichado!

Jesús comenzó a lamentarse. Sus lágrimas corrían por la arena. Durante largas horas el llanto lavó, purificó su alma. Hacia el crepúsculo sopló una fresca brisa, el sol se suavizó y a lo lejos las montañas adquirieron un tinte rosado. Entonces Jesús oyó una voz compasiva y una mano invisible le tocó el hombro.

—Levántate. Ha llegado el día del Señor. Corre a llevar la nueva a los hombres. ¡Ya estoy aquí!

XVIII

¿Cómo había podido cruzar el desierto, llegar al Mar Muerto, volver sobre sus pasos, penetrar en tierras labradas y aspirar de nuevo el aire adensado por el aliento de los hombres? No era él quien caminaba, pues no hubiera tenido fuerzas para hacerlo. Dos manos invisibles lo sostenían por los sobacos. La nube diáfana que había aparecido en el desierto se volvió más oscura e invadió todo el cielo. Oyéronse truenos y comenzaron a caer las primeras gotas. La tierra se oscureció a su vez y los caminos desaparecieron. Bruscamente se abrieron las esclusas del cielo y Jesús alargó el hueco de la mano, que se llenó de agua; bebió. Se detuvo. ¿Adonde debía dirigirse? Los relámpagos rasgaban el cielo y el rostro de la tierra centelleaba durante algunos instantes —azul, amarillo, lívido— para volver a sumergirse en seguida en las tinieblas. ¿Hacia dónde estaba Jerusalén, hacia dónde Juan Bautista? ¡Y sus compañeros lo esperaban en el cañaveral del río! «¡Dios mío —murmuró—, ilumíname, lanza un relámpago, señálame el camino!» Apenas hubo hablado, un relámpago hendió el cielo justamente ante él. Dios le había dado una señal y avanzó con seguridad en la dirección del relámpago.

Llovía torrencialmente; las aguas viriles del cielo caían para unirse con las aguas femeninas de la tierra, con los lagos y los ríos. Confundíanse el cielo, la tierra y la lluvia y lo empujaban hacia los hombres. Chapoteaba en el fango y su pie quedaba apresado en las zarzas y se hundía en fosos. Al resplandor de un relámpago vio frente a él un granado cargado de frutos. Cogió una granada; su mano se llenó de rubíes y su garganta se refrescó. Cogió otra y luego otra; comió y bendijo la mano que había plantado el granado; su carne se fortaleció y reanudó la marcha. Caminaba, caminaba. ¿Era de día o de noche? Reinaba la oscuridad. El barro pesaba en sus pies y le parecía que al caminar levantaba la tierra entera. Súbitamente, a la luz de los relámpagos, percibió ante él, encaramado en una colina, un villorrio. Bajo los relámpagos, sus casas blancas se iluminaban y se apagaban. Su corazón saltó de alegría. Aquellas casas estaban habitadas por hombres, por hermanos. Estaba ansioso por estrechar la mano de un hombre, por aspirar un olor humano, por comer pan, beber vino y hablar. ¡Cuánta sed de soledad había tenido durante años! Vagaba por campos y montañas, hablaba con las aves y los animales salvajes y rehuía el trato de los hombres. ¡Y ahora, qué alegría sentía pensando en poder estrechar la mano de un hombre!

Apuró el paso; se internó por la cuesta empedrada y recobró las fuerzas. Ahora sabía dónde iba, adonde le llevaba el camino que Dios le había señalado. A medida que subía, las nubes iban marchándose, hasta que de pronto se despejó un rincón del cielo y el sol se mostró en el momento en que iba a ponerse. Oyó los cantos de los gallos de la aldea y los ladridos de los perros; las mujeres charlaban en las terrazas; un humo azul se elevaba por encima de los tejados y olió a leños que ardían.

—Bendita sea la raza de los hombres... —murmuró Jesús al pasar frente a las primeras casas de la aldea y escuchar las conversaciones de los hombres.

Las piedras, las aguas, las casas resplandecían, o más bien reían, felices. La tierra había apagado su sed y el sol se mostraba nuevamente. Fue un verdadero diluvio y los hombres y los animales habían tenido miedo, pero ahora las nubes comenzaban a dispersarse y el cielo había recobrado su color azul. Todo el mundo se sentía tranquilizado. Jesús, calado hasta los huesos, feliz, marchaba

por las callejuelas estrechas, donde susurraba el agua. Apareció una niña que arrastraba una cabra blanca de ubres henchidas; la llevaba a pacer.

—¿Cómo se llama vuestra aldea? —le preguntó Jesús, sonriente.

—Betania.

—¿A qué puerta puedo llamar para pasar la noche? Soy forastero.

—¡Entra en la primera puerta abierta! —respondió la niña riendo.

«En la primera puerta abierta... Esta aldea tiene buen corazón. Ama a los extranjeros», pensó Jesús. Avanzaba para encontrar la puerta abierta. Aquellas no eran ya callejuelas, sino riachuelos y sólo emergían del agua las piedras más grandes. Jesús avanzaba saltando de piedra en piedra. Las puertas estaban cerradas, oscurecidas por las lluvias. Dobló en la primera esquina y pronto vio una puertecita abovedada, pintada de azul y abierta de par en par. Una joven mofletuda y con papada, de labios espesos, estaba parada en el umbral. En la casa débilmente iluminada veíase a otra joven que trabajaba sentada frente a un telar y tarareaba una canción.

Jesús se acercó, se detuvo en el umbral, se llevó la mano al corazón y saludó:

—Soy forastero —dijo—. Soy galileo. Tengo hambre, no sé dónde dormir y tengo frío. Soy un hombre honrado; permitidme que pase la noche en vuestra casa. Encontré la puerta abierta y entré.

La joven se volvió, con la mano aún llena de granos para las aves de corral, lo miró tranquilamente de pies a cabeza y sonrió:

—Bienvenido —dijo—. Estamos a tu servicio.

La tejedora dejó el telar y salió al patio. Tenía tez pálida y era de delicada constitución; las trenzas negras formaban una doble corona en su cabeza, poseía grandes ojos aterciopelados y tristes y de su cuello delgado pendía un collar de turquesas que le servía de amuleto contra el mal de ojo. Miró al visitante y enrojeció:

—Estamos solas —dijo—. Nuestro hermano Lázaro se encuentra ausente. Fue al Jordán para hacerse bautizar.

—¿Y qué importa que estemos solas? —dijo la otra—. No nos comerá. Entra, amigo, y no la escuches; es una timorata. Llamaremos a los campesinos para que te hagan compañía y los ancianos vendrán a preguntarte quién eres, adonde vas y qué nuevas nos traes. Entra en nuestra pobre casa... ¿Qué te ocurre? ¿Tienes frío?

—Tengo frío, tengo hambre y tengo sueño —respondió Jesús traspasando el umbral.

—Las tres cosas tienen remedio —dijo la mujer—. No te preocupes. Y para que lo sepas, me llamo Marta, y mi hermana se llama María. ¿Y tú?

—Jesús de Nazaret.

—¿Un hombre de bien? —dijo risueñamente Marta.

—Un hombre de bien —respondió seriamente Jesús—. En la medida de mis fuerzas, Marta, hermana mía.

Entró en la casucha. María encendió la lámpara, la colgó y la casa se iluminó. Las paredes estaban enjalbegadas e inmaculadamente limpias. A lo largo

del muro había un estrado de madera cargado de cobertores y almohadas, así como dos cofres esculpidos en madera de ciprés y algunos escabeles. En un rincón estaba el telar y en otro dos jarritas para las aceitunas y el aceite. Al entrar veíase, a la derecha, el cántaro de agua fresca, y junto a él, una gran toalla de lino colgada de una clavija de madera. La casa olía a madera de ciprés y a membrillo. Al fondo había una ancha chimenea apagada y, a su alrededor, los utensilios de cocina.

—Encenderé fuego para que te seques. Siéntate.

Marta colocó un escabel ante la chimenea. Corrió al patio, de donde volvió con una brazada de sarmientos y de ramas de laurel y dos cepas de olivo. Se puso en cuclillas, dispuso los leños y las ramas y encendió el fuego.

Jesús, inclinado, se había tomado la cabeza con las manos, y con los codos en las rodillas miraba. «¡Qué santa ceremonia —pensaba— es disponer los leños y encender el fuego para que la llama, como una hermana compasiva, nos caliente cuando sentimos frío! ¡También es santo entrar uno en una casa de extraños, hambriento y fatigado, y hallar dos hermanas desconocidas que lo consuelen!» Sus ojos se arrasaron de lágrimas.

Marta se levantó y entró en la despensa, de donde volvió con pan, aceitunas, miel y una jarra de vino; depositó todo a los pies del extranjero.

—Esta comida fría te abrirá el apetito —dijo—. Ahora pondré la marmita en el fuego y te prepararé algo caliente que te reconforte. Me parece que vienes de muy lejos.

—Del extremo del mundo —respondió. Se inclinó febrilmente sobre el pan, las aceitunas y la miel. ¡Qué maravillas! ¡Con qué generosidad Dios ofrecía sus dones a los hombres! Comía ávidamente y bendecía al Señor.

Entretanto, María, en pie junto a la lámpara, miraba en silencio el fuego, al visitante inesperado o a su hermana, a quien la alegría de tener un hombre en la casa y servirle había dado alas.

Jesús levantó el jarro de vino y miró a las dos mujeres:

—Marta y María, hermanas mías —dijo—, habéis debido oír que cuando tuvo lugar el diluvio, en tiempos de Noé, todos los hombres eran pecadores y todos se ahogaron con excepción de los pocos justos que entraron en el arca. María y Marta, os hago un juramento: si se produce un nuevo diluvio, os llamaré, hermanas, para que entréis en la nueva Arca. Porque esta noche, al ver llegar a un visitante desconocido, mal vestido y descalzo, le habéis encendido fuego para que se calentara, le habéis dado pan para que apaciguara el hambre, le habéis dicho palabras bondadosas y el reino de los cielos entró en su corazón. Bebo a vuestra salud, hermanas. Bendito sea nuestro encuentro.

María fue a sentarse a sus pies.

—No me canso de oírte, forastero —dijo, ruborizándose—. Sigue hablando.

Marta colocó la marmita en el fuego, dispuso la mesa y sacó agua fresca del pozo del patio. Luego envió a un niño vecino a preguntar a los tres ancianos de la aldea si se dignaban ir a su casa, pues había llegado un visitante.

—Sigue hablando —repitió María al ver que Jesús callaba.

—¿Qué quieres que te diga, María? —dijo Jesús con la punta de los dedos en sus trenzas negras—. El silencio es bueno; todo lo dice.

—El silencio no satisface a la mujer —replicó María—. La desdichada tiene necesidad de que le digan palabras reconfortantes.

—Las palabras reconfortantes tampoco satisfacen a la mujer; no la escuches —intervino Marta, que ponía aceite en la lámpara para que aquella noche durara mucho tiempo encendida, ya que acudirían los ancianos para entablar graves discusiones—. Las palabras reconfortantes tampoco satisfacen a la desdichada mujer. La mujer quiere un hombre que haga conmoverse la casa cuando marcha; quiere un bebé para amamantarlo, para aliviar su pecho... La mujer quiere muchas cosas, Jesús de Galilea... ¡Pero vosotros, los hombres, no podéis saberlo!

Quiso reír, pero no lo logró. Tenía treinta años y no estaba casada.

Callaron. Escuchaban cómo el fuego devoraba los leños de olivo y lamía la marmita de barro cocido, que Borbollaba. Los tres clavaban los ojos absortos en la llama. Al fin, María habló:

—¡Si pudieras saber las ideas que se le cruzan por la cabeza a una mujer que hila! Si pudieras saberlo, comprenderías a la mujer, Jesús de Nazaret.

—Lo sé —dijo Jesús sonriendo—. Antes fui mujer, en otra vida, y tejía.

—¿Y en qué pensabas?

—En Dios. Nada más que en Dios, María. ¿Y tú?

María no respondió, pero su pecho se henchió. Marta escuchaba el diálogo, murmuraba y suspiraba, pero se abstenía de intervenir en la conversación. Callaba, pero al fin no pudo contenerse y dijo:

—No te preocupes —su voz se había vuelto repentinamente ronca—; María y yo, así como todas las mujeres del mundo que no tienen marido, pensamos en Dios. Lo sostenemos sobre nuestras rodillas como si fuera un hombre.

Jesús agachó la cabeza y permaneció en silencio. Marta apartó la marmita del fuego; la comida estaba lista. Fue a buscar escudillas de barro para servir en ellas la sopa.

—Quiero contarte algo que pensé un día, mientras tejía —María hablaba en voz baja para que su hermana no la oyera desde la despensa—. Aquel día yo también pensaba en Dios y me decía: «Dios mío, si te dignaras un día entrar en esta pobre casa, serías el amo y nosotras las invitadas. Y ahora...» —se atragantaba y calló.

—¿Y ahora? —repitió Jesús, inclinándose sobre ella.

Marta apareció con las escudillas.

—Nada —murmuró María, y se levantó.

—Venid, vamos a comer —dijo Marta—. Los ancianos no tardarán en llegar. No deben encontrarnos comiendo.

Los tres se sentaron. Jesús tomó el pan, lo alzó y dijo la oración con tan apasionado fervor que las dos hermanas, sorprendidas, se volvieron para mirarlo. Al verlo sintieron miedo; su rostro resplandecía y, tras su cabeza, el aire se había abrasado y se estremecía. María gritó, señalándolo con la mano:

—¡Señor, tú eres el amo de esta casa y nosotras somos las invitadas! ¡Ordena!

Jesús bajó la cabeza para ocultar su turbación. Aquél era el primer grito, la primera vez que un alma le reconocía.

Se levantaban de la mesa cuando de pronto la puerta se oscureció: en el vano estaba un anciano gigantesco. Poseía una barba larga como un río, huesos macizos, brazos sólidos y pecho muy peludo: un verdadero vellón de carnero. Empuñaba un bastón corvo por la parte superior, más alto que él y que no le servía para apoyarse, sino para golpear y conducir a los hombres por el buen camino.

—Anciano Melquisedec —dijeron las dos mujeres inclinándose—, seas bienvenido a nuestra casa.

Entró, dejó libre el vano de la puerta y apareció otro anciano, de edad muy avanzada, delgado, con un largo rostro caballuno y desdentado; pero sus ojitos despedían llamas y no era posible sostener por largo rato su mirada. Así como la serpiente oculta el veneno tras los ojos, él ocultaba el fuego tras los suyos, y tras el fuego había un cerebro tortuoso y perverso.

Las mujeres se inclinaron, le dieron la bienvenida y el anciano entró a su vez. Tras él apareció el tercer anciano, ciego, rechoncho y bajo. Alargaba el bastón delante de él, pues el bastón tenía ojos y le guiaba certeramente. Le agradaba bromear y era un hombre honrado. Cuando juzgaba a los campesinos, no tenía valor para castigarlos. «No soy Dios —decía—; el que juzga será juzgado. Reconciliaos, muchachos; no quiero que esto me traiga problemas en el otro mundo.» Y pagaba de su peculio, o él mismo iba a la cárcel en lugar del culpable. Unos decían que estaba loco, y otros, que era un santo. El viejo Melquisedec no lo soportaba, pero ¿qué iba a hacer? Era el colono más rico de la aldea y, por añadidura, pertenecía a aquella raza sacerdotal de Aarón...

—Marta —dijo Melquisedec; su cayado llegaba hasta las vigas del techo—, Marta, ¿quién es el forastero que entró en nuestra aldea?

Jesús se levantó del rincón en que estaba sentado, frente al hogar.

—¿Tú? —dijo el anciano, examinándolo de pies a cabeza.

—Yo —respondió Jesús—. Soy de Nazaret.

—¿Galileo? —balbuceó el segundo anciano, el de lengua viperina—. Nada bueno puede salir de Nazaret. Las Escrituras lo dicen.

—No le trates mal, anciano Samuel —dijo el ciego—. A decir verdad, los galileos son un tanto simples, habladores y proclives a las bromas de mal gusto, pero honrados. Y nuestro huésped de esta noche es un hombre honrado. Su voz me lo dice.

Se volvió hacia Jesús y le dijo:

—Bienvenido.

—¿Eres comerciante? —interrogó el viejo Melquisedec—. ¿Qué vendes?

Mientras hablaban los ancianos, iban entrando los ricos propietarios y los vecinos de la aldea. Se habían enterado de que un forastero había llegado, se habían endomingado y habían ido a darle la bienvenida, saber de dónde venía y qué noticias traía. Se trataba de pasar el tiempo. Entraron y se sentaron en tierra, detrás de los tres ancianos.

—No vendo nada —respondió Jesús—. Era carpintero en mi aldea, pero abandoné mi trabajo y la casa de mi madre. Me consagré a Dios.

—Has hecho bien, hijo mío —dijo el ciego—. Has escapado al mundo. Pero ten cuidado, desdichado. Ahora tienes que vértelas con un ser más complicado: con Dios. ¡Y para escapar de él!...

Se echó a reír a carcajadas.

Al oírlo, el viejo Melquisedec estuvo a punto de reventar de rabia, pero no abrió la boca.

—¿Eres monje? —dijo como en un silbido el segundo anciano, zumbón—. ¿Eres también tú un levita, un zelote, un falso profeta?

—No, no —respondió Jesús, afligido—. No, no.

—¿Y qué eres entonces?

Entretanto iban entrando las mujeres, adornadas, para ver al forastero y para que el forastero las viera. ¿Era viejo? ¿Joven? ¿Apuesto? ¿Qué vendía? ¿Podría ser un novio para las hermosas solteronas Marta y María? Ya era hora de que un hombre las estrechara en sus brazos, pensaban; de lo contrario, las desdichadas se volverían locas. «¡Vamos a verle!», se dijeron.

Se habían adornado y habían ido a colocarse en fila, en pie, tras los hombres.

—¿Y qué eres entonces? —volvió a preguntar el anciano de lengua viperina.

Jesús acercó las palmas de las manos al fuego; de pronto había comenzado a temblar; sus vestiduras, aún húmedas, despedían humo. Permaneció un largo rato en silencio. «El instante es favorable —pensaba— para hablar. Para revelar la palabra que Dios me confió y para despertar, en todos los hombres y en todas las mujeres que se extravían en inquietudes vanas, a Dios, que duerme en ellos. ¿Qué vendo? Les responderé: El reino de los cielos, la salvación del alma, la vida eterna. Les diré que den todo lo que poseen para comprar esta inmensa Perla preciosa.» Lanzó una rápida mirada y, a la luz de la lámpara y al resplandor de las llamas, vio todos aquellos rostros que le rodeaban, ávidos, marcados por las pobres angustias que corroen a los hombres, afeados por el miedo. Se apiadó de ellos. Iba a levantarse para hablar, pero aquella noche estaba muy fatigado. Hacía muchas noches que no se había acostado bajo un techo humano, que su cabeza no había reposado en una almohada. Sentía sueño; se apoyó contra la pared ahumada de la chimenea y, por fin, cerró los ojos.

—Está cansado —dijo entonces María y miró a los ancianos con aire suplicante—. Está cansado, señores; no lo atormentéis...

—¡Es justo! —rugió Melquisedec. Se apoyó en el cayado e hizo ademán de levantarse para partir—. Tienes razón, María; le hablamos como si lo juzgáramos. Olvidamos —se volvió hacia el segundo anciano—, tú olvidas, viejo Samuel, que los ángeles suelen descender a la tierra disfrazados de pobres diablos, mal vestidos, descalzos, sin bastón ni alforjas, como éste. Es bueno que nos comportemos con este forastero como si fuera un ángel. Es el lenguaje de la prudencia.

—También el de la estupidez —dijo el ciego, riendo a carcajadas—, pero yo apruebo las palabras del anciano Melquisedec. Y no sólo hemos de considerar un ángel al forastero, sino a todos los hombres..., ¡hasta al anciano Samuel!

Samuel, el de la lengua viperina, enloqueció de rabia. Iba a abrir la boca, pero se contuvo. «Este ciego bellaco es rico —pensó— y un día puedo tener necesidad de él. Aparentemos no haber oído. Lo aconseja la prudencia.»

El suave resplandor del fuego caía sobre el pelo, el rostro fatigado y el pecho descubierto de Jesús y arrancaba destellos azules de su barba ensortijada, negra como el ala del cuervo.

—No importa que sea pobre —cuchicheaban las mujeres entre sí—, porque es un hermoso joven. ¿Viste sus ojos? En mi vida los he visto más dulces. Ni siquiera le igualan los de mi marido cuando me estrecha en sus brazos.

—En mi vida he visto ojos más salvajes —dijo otra—. Son aterradores. Al verlos, una siente deseos de abandonarlo todo e irse a la montaña.

—¿Y has visto cómo lo devoraba Marta con los ojos? La desdichada enloquecerá esta noche.

—Pero él miraba a hurtadillas a María —dijo otra—. Las dos se van a pelear, acordaos de lo que os digo. Somos sus vecinas y oiremos los gritos.

—¡Vámonos! —ordenó el viejo Melquisedec—. En vano nos molestamos en venir; el forastero tiene sueño. ¡Levantaos, ancianos, y vámonos! —extendió el cayado para abrirse paso entre los hombres y las mujeres.

Pero cuando llegaba al umbral oyéronse pasos precipitados en el patio y un hombre pálido y sin aliento entró en la casa y se desplomó frente al hogar. Las dos hermanas se precipitaron enloquecidas sobre él y lo cogieron en sus brazos.

—¿Qué te ha ocurrido, hermano? —gritaban—. ¿Quién te persigue?

El primer anciano se detuvo y tocó al recién llegado con el cayado:

—Lázaro —dijo—, si traes una mala nueva, que las mujeres se vayan y que los hombres se queden para oírla.

—¡El rey apresó a Juan Bautista y le cortó la cabeza! —rugió Lázaro.

Se puso en pie; temblaba. Mostraba un rostro terroso, blando, mejillas flácidas y colgantes, y sus ojos, de un color verde deslavado, brillaban ante el fuego como los de un gato montes.

—No hemos perdido el día —dijo el ciego, satisfecho—. Al menos ha ocurrido algo. El mundo se ha conmovido. Instalémonos, pues, en los escabeles para oír. Me agradan las noticias, aunque sean malas.

Se inclinó hacia Lázaro y dijo:

—Habla, hijo mío, te lo ruego. ¿Cuándo, cómo y por qué sucedió semejante desgracia? Refiérelo todo con orden, no te apresures. Tu relato nos ayudará a pasar el tiempo. Recobra aliento; te escuchamos.

Jesús se había estremecido; miraba a Lázaro y sus labios temblaban. Aquélla era una nueva señal que le enviaba Dios; el Precursor había abandonado el mundo porque su presencia ya no era necesaria; había preparado el camino, había cumplido hasta el fin con su deber y por eso se había ido... «Ha llegado mi hora... Ha llegado mi hora», pensó Jesús estremeciéndose; pero callaba y mantenía la mirada fija en los labios lívidos de Lázaro.

—¿Lo mató? —rugió el viejo Melquisedec golpeando violentamente el suelo con el cayado—. ¡A qué punto hemos llegado! ¡El incestuoso mata al santo, el licencioso al asceta! Ha llegado el fin del mundo.

El terror se apoderó de las mujeres, que comenzaron a aullar. El ciego se compadeció de ellas y dijo:

—Exageras, viejo Melquisedec. ¡El mundo está sólidamente afirmado! ¡No tengáis miedo, mujeres!

—El cuello del mundo ha sido cortado, la voz del desierto ha callado. ¿Quién gritará ahora a Dios en nombre de nosotros, los pecadores? —Lázaro lloraba; las lágrimas corrían abundantemente por sus mejillas—. ¡El mundo ha quedado huérfano!

—No debes rebelarte contra el poder —dijo en un silbido el segundo anciano—. Hagan lo que hicieren los poderosos, cierra los ojos y no intentes ver. Dios lo ve, pero tú no has de mezclarte en esos problemas. Juan Bautista se lo tenía merecido!

—¿Entonces debemos ser esclavos? —rugió Melquisedec—. ¿Por qué Dios le dio al hombre una cabeza? Sin duda para alzarla contra los tiranos. ¡Eso es lo que te respondo!

—Ancianos, callad para que escuchemos cómo se produjo la desgracia —dijo el ciego, irritado—. ¡Habla, Lázaro, hijo mío!

—Iba a hacerme bautizar para ver si así recobraba la salud —comenzó Lázaro—. En los últimos tiempos no me siento bien y voy empeorando; sufro vértigos, mis ojos comienzan a hincharse, y mis riñones...

—Bien, bien; eso ya lo sabemos —le interrumpió el ciego—. ¿Qué más?

—Llegué al Jordán, bajo el puente donde la gente se reúne para el bautismo. Oí gritos y sollozos y me dije: los hombres deben confesar sus pecados y lloran. Avancé, llegué, ¿y qué veo? Hombres y mujeres habían caído boca abajo en el fango del río y se lamentaban... Pregunto: «¿Qué ocurre, hermanos? ¿Por qué lloráis?» «¡Mataron al Profeta!» «¿Quién?» «¡Herodes, el criminal sin fe ni ley!» «¿Cómo? ¿Cuándo?» «Se había emborrachado y su hijastra Salomé bailó desnuda, la impúdica, ante él, y su belleza extravió el cerebro del lascivo. "¿Qué quieres que te dé? —le dijo sentándola sobre sus rodillas—. ¿La mitad de mi reino?" "No." "¿Qué quieres entonces?" "La cabeza de Juan Bautista" "¡Tómala!", le respondió y se la presentó en una bandeja de plata.»

Lázaro dejó de hablar y volvió a desplomarse. Todo el mundo callaba. La lámpara crepitó y vaciló, a punto de extinguirse. Marta se levantó, la llenó de aceite y la llama se reavivó.

—Llega el fin del mundo... —repitió el anciano Melquisedec, cogiéndose la barba, después de un largo silencio durante el cual había sopesado el mundo y reflexionado sobre los crímenes y las infamias. Cada día venían noticias de Jerusalén: los idólatras mancillaban el santo Templo, los sacerdotes degollaban todas las mañanas un toro y dos corderos en sacrificio al emperador maldito y ateo de Roma y no al Dios de Israel; los ricos abrían sus puertas de mañana, veían en los umbrales a los hombres que habían muerto de hambre durante la noche, recogían sus vestiduras de seda para pasar sobre los cadáveres e iban a pasearse bajo las arcadas que rodean el Templo... El viejo Melquisedec había pesado todo aquello y había pronunciado su sentencia: llega el fin del mundo. Se volvió hacia Jesús y le preguntó—: Y tú, ¿qué opinas?

—Vengo del desierto —respondió Jesús, cuya voz se había vuelto repentinamente muy grave; todo el mundo se volvió para mirarlo—; vengo del

desierto y he visto tres ángeles que partieron del cielo para abatirse sobre la tierra; los vi con mis propios ojos; aparecieron en el extremo del cielo..., ¡y ya llegan! El primero es la Lepra; el segundo, la Locura, y el tercero, el más caritativo, es el Fuego. Fue entonces que oí un grito: «Hijo del carpintero, fabrica un arca y haz entrar en ella a todos los justos que encuentres. Apresúrate. Ha llegado el día del Señor, mi día. Ya llego.»

Los tres ancianos lanzaron un grito. Los hombres se levantaron haciendo rechinar los dientes. Las mujeres, enloquecidas, se precipitaron todas juntas hacia la puerta. Marta y María fueron a colocarse a uno y otro lado de Jesús, como para pedirle su protección. ¿No había jurado que las recogería en su Arca? Había llegado la hora.

El viejo Melquisedec se enjugó el sudor que bañaba sus blancas sienes y exclamó:

—¡Este forastero dice la verdad, la verdad! Oíd, hermanos, este milagro: cuando me levanté esta mañana abrí, según es mi costumbre, las Santas Escrituras y di con las palabras del profeta Joel: «¡Tocad el cuerno en Sión, clamad en mi monte santo! ¡Tiemblen todos los habitantes del país, porque llega el Día de Yahveh, porque está cerca! ¡Día de tinieblas y de oscuridad, día de nublado y densa niebla! Como la aurora sobre los montes se despliega un pueblo numeroso y fuerte, como jamás hubo otro, ni lo habrá después de él en años de generación en generación. Delante de él devora el fuego, detrás de él la llama abrasa. Como, un jardín en Edén era delante de él la tierra, detrás de él, un desierto desolado. ¡No hay escape ante él! Aspecto de corceles es su aspecto, como jinetes, así corren. Como estrépito de carros, por las cimas de los montes saltan, como el crepitar de la llama de fuego que devora hojarasca... porque es grande el Día de Yahveh, y muy terrible: ¿quién lo soportará? Leí esta nueva terrible dos o tres veces y comencé a salmodiarla, descalzo, en mi corazón. Luego hundí el rostro en tierra y exclamé: «Si debes venir pronto, Señor, envíame una señal. Para que pueda prepararme, apiadarme de los pobres, abrir mis despensas, expiar mis pecados... ¡Envíame un relámpago, una llamada, un hombre que me lo diga para que tenga tiempo!»

Se volvió hacia Jesús y dijo:

—Tú eres la señal. Dios te envía. ¿Tendré tiempo? ¿Cuándo va a abrirse el cielo, hijo mío?

—Cada segundo que transcurre, anciano —respondió Jesús—, hay un cielo pronto a abrirse. A cada instante la Lepra, la Locura y el Fuego avanzan un paso y se acercan. Sus alas tocan ya mi cabellera.

Lázaro abrió desmesuradamente los ojos verdes y sin brillo y miró a Jesús. Avanzó hacia él vacilantemente y le preguntó: —¿Eres Jesús de Nazaret? Se dice que en el momento en que el verdugo cogía el hacha para cortar la cabeza del Bautista, el profeta extendió la mano hacia el desierto, exclamando: «Jesús de Nazaret, abandona el desierto y sal al encuentro de los hombres! ¡Ven! ¡El mundo no ha de quedarse solo!» Si tú eres Jesús de Nazaret, bendita sea la tierra que pisas. Mi casa ha sido santificada, fui bautizado y he curado. ¡Caigo a tus pies para adorarte!

Se agachó para besar los pies cubiertos de heridas de Jesús.

Pero el astuto Samuel no tardó en recobrar el aplomo. Por unos instantes su cerebro se había turbado, pero rápidamente se repuso. «Descubrimos en los

profetas —pensaba— lo que deseamos descubrir. En una columna Dios desencadena su ira contra su pueblo y alza el puño para aplastarlo. En la columna de enfrente es todo azúcar y miel. Descubrimos la profecía que más conviene al estado de ánimo en que nos despertamos. Así que no hay que preocuparse...» Meneó su cabeza caballuna y rió a escondidas, protegido por la barba. Pero no despegó los labios. «Dejemos que el pueblo tenga miedo, eso les viene bien. De no ser por el miedo, nos veríamos en aprietos, porque los pobres son más numerosos y fuertes que nosotros.»

Guardaba silencio y miraba con menosprecio a Lázaro, que besaba los pies del visitante y le decía:

—Si los galileos, los que conocí en el Jordán, son tus discípulos, rabí, me han dado un mensaje para ti, por si te encontraba. Abandonarán la orilla del Jordán y te esperarán en Jerusalén, en la puerta de David, en la taberna de Simón, el cirenaico. El asesinato del Profeta les ha asustado y van a ocultarse. Ha comenzado la persecución.

Mientras tanto, las mujeres tiraban de los vestidos de sus maridos para que se fueran con ellas. Habían comprendido bien a aquel forastero: tenía ojos de víbora y cuando miraba, el espíritu se extraviaba; cuando hablaba, el mundo se desploma!». ¡Había que partir!

El ciego se apiadó de aquellos hombres y les dijo:

—¡Valor, hijos míos! Oigo cosas graves, pero no tengáis miedo. Todo se solucionará sin violencia, ya lo veréis. El mundo es sólido y está bien asentado. Durará tanto como Dios. No escuchéis a los que tienen los ojos abiertos; escuchadme a mí. Soy ciego y por eso veo mejor que todos vosotros. La tribu de Israel es inmortal y selló un pacto con Dios. Dios puso en él su rúbrica y nos ha hecho don de la tierra entera. ¡No tengáis miedo! Ya es cerca de medianoche... ¡Vayámonos a dormir!

Extendió su bastón delante de él y se dirigió hacia la puerta.

Los tres ancianos abrieron la marcha, seguidos primero por los hombres y luego por las mujeres, y la casa se vació en seguida.

Las dos hermanas tendieron la cama del visitante en el estrado de madera. María sacó de su baúl las sábanas de lino y de seda que guardaba para su boda, y Marta llevó el edredón de seda y de plumas que guardaba desde hacía tantos años en su cofre, esperando la noche largamente deseada en que habría* de cubrirse con él junto a su marido. También llevó hierbas aromáticas, albahaca y menta, y las esparció sobre la almohada de Jesús.

—Esta noche dormirá como un novio —dijo Marta lanzando un suspiro. María suspiró también, pero guardó silencio. «Dios mío —dijo en su fuero interno—, no me escuches; el mundo está bien hecho aun cuando yo suspire. Está bien hecho y sólo me atemoriza la soledad. Y este visitante me agrada mucho.»

Las dos hermanas entraron en el cuartito del fondo y se acostaron en sus lechos estériles. Los dos hombres se echaron, uno en cada punta del estrado de madera; sus pies se tocaban. Lázaro se sentía feliz. ¡Qué atmósfera de santidad, de beatitud reinaba en toda la casa! Respiraba calma, oprimía ligeramente con sus pies los pies sagrados y sentía que ascendía por su cuerpo, derramándose por todo él, una fuerza misteriosa, una certeza divina; sus riñones ya no le

dolían, su corazón no latía irregularmente y su sangre se deslizaba apacible, feliz, de sus pies a su cabeza, regando su cuerpo quebrantado. «Es efecto del bautismo —pensaba—. Esta noche recibí el bautismo. También la casa y mis hermanas recibieron el bautismo. El Jordán vino hasta esta casa.»

Pero las dos hermanas no lograban conciliar el sueño. Hacía años que un forastero no había dormido en aquella casa. Los forasteros se alojaban siempre en casa de algún notable de la aldea. ¿Cómo iban a ir a su casucha, humilde y aislada? Su hermano era enfermizo y de extraño carácter; no le agradaba la compañía. ¡Qué felicidad inesperada habían tenido aquella noche! Las fosas nasales de las mujeres aleteaban, olfateando el aire. ¡Cómo había cambiado el olor de la casa! ¡Qué perfumada estaba ahora! ¡Aunque no olía a albahaca ni a menta; olía a hombre!

—Parece que Dios lo envió para construir un Arca... Y nos ha prometido que entraremos en ella. ¿Oyes lo que te digo, María, o duermes?

—No duermo —respondió María; se había llevado las manos a los senos, que la desasosegaban.

—Dios mío —prosiguió Marta—. Ojalá el fin del mundo llegue pronto para que entremos con él en el Arca. Yo le serviré, eso no me importa, y tú le harás compañía. El Arca bogará sobre las aguas eternas; yo le serviré eternamente y tú estarás sentada eternamente a sus pies, haciéndole compañía. Así imagino el Paraíso. ¿Y tú, María?

—Yo también —murmuró María, y cerró los ojos.

Hablaban y suspiraban. Jesús dormía profundamente y le parecía que estaba de pie, como si no se tratara de un sueño, como si hubiera entrado con todo su cuerpo y toda su alma en el Jordán, se refrescaba, su cuerpo se desprendía de la arena del desierto y su alma se desprendía de las virtudes y de los vicios de los hombres para volver a ser virgen. En su sueño le pareció, durante algunos instantes, que había salido del Jordán, que se había internado por un sendero verde que jamás había sido hollado y que entraba en un jardín profundo, lleno de flores y frutos. Y él, ya no era Jesús de Nazaret, el hijo de María, sino Adán, la primera criatura. Acababa de salir de las manos de Dios; su carne era aún una arcilla fresca y se había tendido en la hierba florida, al sol, para secarse, para que sus huesos cobraran consistencia y su rostro cogiera color, para que las setenta y dos articulaciones de su cuerpo se afirmaran y pudiera levantarse y caminar. Y mientras estaba tendido al sol madurando, algunas aves revolotearon sobre su cabeza; iban de un árbol a otro, paseaban por la hierba primaveral, hablaban entre sí, gorjeaban, miraban, observaban a la extraña criatura nueva que reposaba en las hierbas, y cada una de ellas pronunciaba una palabra y continuaba su vuelo.

A Jesús le parecía conocer el lenguaje de los pájaros y se regocijaba al oírlos.

El pavo real se exhibía desplegando la cola, orgulloso de su plumaje; se paseaba en todas las direcciones, lanzaba miradas zalameras y oblicuas a Adán, que estaba tendido, en tierra y le explicaba: «Era una gallina; amé a un ángel y me convertí en pavo real. ¿Hay en el mundo un ave más hermosa que yo? No, no la hay.» Una tórtola revoloteaba de árbol en árbol, alzaba el cuello hacia el cielo y exclamaba: «¡Amor! ¡Amor! ¡Amor!» El tordo decía: «Soy el único de los pájaros que canta cuando arrecia el frío, y así me caliento.» La golondrina murmuraba: «Si yo no existiera, los árboles no florecerían nunca.» El gallo: «Si yo no existiera, el día

no nacería nunca.» La alondra: «Cuando vuelo de mañana hacia el cielo y canto, me despido de mis pichones pues acaso muera cantando.» El ruiseñor: «No repares en la pobreza de mis vestidos; tenía grandes alas rutilantes pero las transformé en canto.» Y un mirlo de pico ganchudo fue a posarse en el hombro de la primera criatura, se inclinó sobre su oído y le habló en voz baja, como si le confiara un gran secreto. «Las puertas del Paraíso y del Infierno están una junto a otra. Las dos son idénticas, las dos son verdes y bellas. ¡Ten cuidado, Adán! ¡Ten cuidado, Adán! ¡Ten cuidado, Adán!»

Y, con el canto del mirlo, Jesús se despertó al despuntar el día.

XIX

«Dios y el hombre juntos obran grandes cosas. Sin el hombre, Dios no tendría en esta tierra una mente que se reflejara inteligentemente sobre sus criaturas y que explorara con audacia y terror su sabiduría todopoderosa; no tendría en esta tierra un corazón que sufriera por inquietudes que no son las suyas y que se obstinara en fabricar virtudes y angustias que Dios rehusó, olvidó o temió crear. Sopló, por tanto, sobre el hombre y le infundió la fuerza y la osadía necesarias para continuar la creación... E inversamente, sin Dios, el hombre, desarmado como está cuando nace, habría sucumbido al hambre, al miedo o al frío; y en el caso de que hubiera escapado a estos peligros, se arrastraría como una babosa, a mitad de camino entre el león y el piojo. Y si, tras una lucha incesante, lograra mantenerse erguido sobre sus patas traseras, jamás podría liberarse del abrazo cálido y tierno de su madre la mona...», pensaba Jesús, y aquel día sentía por primera vez intensamente que Dios y el hombre se confunden.

Muy temprano se había puesto en marcha hacia Jerusalén y caminaba codo con codo con Dios, que iba a su derecha y a su izquierda; andaban juntos y ambos tenían la misma preocupación: el mundo se había desviado de su camino y, en lugar de subir hacia el cielo, descendía a los infiernos. Era preciso que los dos juntos, Dios y el Hijo de Dios, se esforzaran por reconducirle al buen camino. Por eso llevaba Jesús tanta prisa y devoraba el camino a zancadas, impaciente por reunirse con sus compañeros y comenzar la lucha. El sol, que subía desde el Mar Muerto; las aves, a las que la caricia de la luz arrancaba trinos; las hojas de los árboles, temblorosas, y el camino blanco que se desplegaba hasta los muros de Jerusalén, todo le gritaba: «¡Apresúrate! ¡Apresúrate! ¡Naufragamos!» «Lo sé, lo sé —respondía Jesús—. ¡Lo sé, ya voy!»

Muy temprano también sus compañeros se deslizaban pegados a la pared por las callejuelas aún solitarias de Jerusalén; iban de dos en dos, Pedro con Andrés y Santiago con Juan; Judas, solo, marchaba delante. Sentían miedo y lanzaban miradas furtivas a todas partes, para ver si los seguían; corrían. Ante ellos se alzó la puerta de David; doblaron a la izquierda por la primera calleja y se metieron como ladrones en la taberna de Simón el cirenaico.

El barrigudo tabernero, de nariz roja e hinchada y ojos rojos e hinchados, acababa de levantarse, somnoliento, de su yacija de paja. Se demoraba hasta muy entrada la noche con los ebrios que frecuentaban la taberna, cantaba, discutía y, por la mañana, con mal gusto en la boca y de pésimo humor, limpiaba con un trapo mojado el mostrador, donde quedaban los restos de la francachela. Estaba en pie pero todavía no se había despertado. Le parecía que soñaba, que empuñaba un trapo mojado y que limpiaba el mostrador... Cuando así se debatía entre la vela y el sueño, oyó que un grupo de hombres jadeantes entraba en la taberna y se volvió. Los ojos le ardían, la boca le quemaba y salpicaban su barba restos de semillas de calabaza asadas.

—¿Quiénes sois, bandidos? —rugió con voz ronca—. Dejadme tranquilo. ¿Pensáis instalaros aquí tan temprano para comer y beber? Tengo malas pulgas... ¡de modo que idos por donde habéis venido!

A fuerza de gritar se iba despertando y distinguió a su viejo amigo Pedro y sus compañeros galileos. Se acercó a ellos, los miró de cerca y estalló en carcajadas:

—¡Vaya, qué cara traéis! ¡Meted la lengua dentro de la boca! ¡Agarraos el vientre con las dos manos, no sea que reviente de miedo! ¡Podéis estar orgullosos de vosotros mismos, amigos galileos!

—En nombre del cielo, Simón, no llames la atención de la gente con tus gritos —le respondió Pedro y adelantó la mano para taparle la boca—. Cierra la puerta. El rey mató al profeta Juan Bautista, ¿no lo sabías? Le cortó la cabeza y la colocó en una bandeja de plata...

—Hizo bien. Le había roto los tímpanos con el pretexto de que había tomado a la mujer de su hermano. ¿Y esto qué tiene de malo? Es rey y hace lo que se le antoja. Además, y para no ocultaros nada, también me había roto los tímpanos a mí: «¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos!» ¡Oh, qué mal bicho!

—Pero parece que va a matar a todos los bautizados. Los pasará a filo de cuchillo. Y nosotros estamos bautizados, ¿comprendes?

—¿Y quién os dijo que os bautizarais, brutos? ¡Lo tenéis merecido!

—¡Pero tú también te hiciste bautizar, pellejo de vino! —le dijo indignado Pedro—. ¿Acaso no nos lo contaste? No tienes derecho a protestar.

—Mi caso es distinto, sucio pescador. Yo no me hice bautizar. ¿Llamas tú a eso un bautismo? Me metí en el agua, tomé un baño. Y cuanto me dijo el falso profeta me entró por un oído y me salió por otro. Así proceden los que tienen juicio, pero vosotros, con vuestras cabecitas sin seso... Apenas aparece un falso profeta que promete montañas y maravillas os aprestáis a seguirlo. Os dicen: «Sumergios en el agua», y ¡pluf!, os sumergís y tragáis tanta agua que estáis a punto de reventar. «No matéis a vuestros piojos el día del sábado, pues ése es un gran pecado», y entonces no los matáis; pero ellos os matan a vosotros. «No paguéis el impuesto por cabeza», no lo pagáis y ¡crac!, os cortan la cabeza. ¡Lo tenéis merecido! Y ahora, sentaos a beber un vaso de vino para recobrar el ánimo. ¡Yo lo necesito para despertarme!

Dos gruesas barricas formaban una mancha de sombra al fondo de la taberna. En una había pintado un gallo rojo y en otra un puerco gris oscuro. Llenó una jarra con vino de la barrica del gallo, tomó seis vasos y los sumergió en un cubo de agua sucia para lavarlos. El olor del vino lo estimuló y se despertó.

Apareció un ciego en el umbral de la taberna, donde se detuvo. Colocó el bastón entre las piernas y comenzó a afinar un viejo oboe; tosió y escupió para aclararse la garganta. Eliacín había sido camellero en su juventud y un día, al cruzar el desierto, había visto bajo una datilera a una mujer desnuda, que se lavaba en un aguazal. En lugar de desviar la mirada, el desvergonzado había clavado los ojos en la hermosa beduina. La mala suerte quiso que su marido estuviera en cuclillas tras una roca encendiendo el fuego para cocinar. Vio al camellero, que se acercaba cada vez más y devoraba con los ojos la desnudez de su mujer. Cogió dos brasas y las apagó en los ojos del camellero... Desde aquel día el pobre Eliacín había comenzado a cantar salmos y canciones. Recorría las tabernas y las casas de Jerusalén con su oboe, bien celebrando la bondad de Dios, bien cantando al cuerpo de la mujer. Le daban un trozo de pan duro, un puñado de dátiles, dos aceitunas y seguía su camino.

Afinó el oboe, se aclaró la garganta, ahuecó la voz y comenzó a hacer ejercicios de vocalización sobre sus salmos preferidos:

«Tenme piedad, oh Dios, tenme piedad, / que en ti se cobija mi alma; / a la sombra de tus alas me cobijo / hasta que pase el infortunio.» En aquel instante el tabernero llegaba con la jarra de vino y los vasos. Sólo supo montar en cólera al oír la salmodia.

—¡Basta! ¡Ya está bien! —rugió—. Tú también me rompes los tímpanos. Siempre la misma cantinela: «Tenme piedad... Tenme piedad...» ¡Vete al diablo! ¿Acaso pequé yo? ¿Acaso fui yo quien alzó los ojos para mirar a la mujer del prójimo cuando se lavaba? Dios nos dio ojos para que no miremos... ¿no lo comprendiste aún? Lo que te ocurrió te lo tenías merecido. ¡Anda, lárgate!

El ciego tomó el bastón, apretó el oboe bajo el brazo y, sin pronunciar palabra, se alejó.

—Tenme piedad, oh Dios, tenme piedad —solfeó el tabernero, irritado—. David miró con ojos acariciadores a la mujer del prójimo, y éste, el ciego, miró con ojos acariciadores a la mujer del prójimo... ¡y resulta que nos fastidian a nosotros! ¡Oh, pobres amigos míos!

Llenó los vasos y bebieron. Llenó de nuevo el suyo y volvió a beber.

—Ahora os pondré en el horno una cabeza de cordero, algo especial. ¡Os relameréis!

Se dirigió con paso vivo al patio, donde él mismo había construido un hornillo: llevó ramitas secas y sarmientos, encendió fuego, metió en el horno el asador con la cabeza de cordero y luego fue a reunirse con sus amigos. Estaba excitado por el vino y tenía ganas de discutir.

Pero los compañeros no estaban para bromas. Apretados uno junto a otro cerca del fuego, mantenían los ojos clavados en la puerta; se encontraban inquietos; querían partir. Cambiaban dos palabras casi sin abrir la boca e inmediatamente volvían a guardar silencio. Judas se levantó y fue hasta la puerta. Le asqueaba ver a aquellos cobardes a quienes el miedo había hecho perder el juicio. ¡Cómo se habían apresurado, a qué velocidad habían recorrido el camino desde el Jordán a Jerusalén para ir a esconderse, más muertos que vivos, en aquella taberna escondida! Y allí, con el oído aguzado, temblaban como liebres y se alzaban sobre la punta de los pies, listos para huir... «¡El diablo cargue con vosotros, galileos fanfarrones! Dios de Israel, te agradezco que no me hayas hecho a su sucia imagen. Yo nací en el desierto y estoy amasado con granito árabe y no con blanda tierra galilea. Y todos vosotros, que lo mimabais y que le prodigabais juramentos y besos ahora habéis exclamado: "¡sálvese quien pueda!" Pero yo, el salvaje, el pelirrojo maldito, el degollador, yo no lo abandono y le esperaré aquí hasta que vuelva del desierto del Jordán. Quiero ver qué trae. Entonces decidiré. Porque yo no me preocupo por mi pellejo. Sólo me importa una cosa: el sufrimiento de Israel.»

Oyó en la taberna voces ahogadas que discutían. Se volvió.

—Opino que debemos regresar a Galilea. Allí estaremos seguros. ¡Acordaos de nuestro lago, muchachos! —decía Pedro, lanzando suspiros. Vio su barca verde balanceándose en las aguas azules y sintió nostalgia; vio los guijarros, las adelfas, las redes cargadas de peces y sus ojos se arrasaron de lágrimas—. ¡Vámonos, muchachos! —exclamó—. ¡Partamos!

—Le hemos prometido esperarlo en esta taberna. El honor nos obliga a cumplir nuestra palabra —dijo Santiago.

—Le pediremos al cirenaico —propuso Pedro, para solucionar las cosas— que le diga, si viene...

—¡No, no! —replicó Andrés—. No podemos dejarlo solo en esta ciudad feroz. Le esperaremos aquí.

—Yo soy de la opinión de regresar a Galilea —repitió con terquedad Pedro.

—Hermanos —dijo Juan, asiendo con un ademán de súplica las manos y los hombros de sus compañeros—, hermanos, pensad en las últimas palabras del Bautista. Extendió los brazos bajo la espada del verdugo y exclamó: «Jesús de Nazaret, abandona el desierto! ¡Yo me voy! ¡Ven tú al encuentro de los hombres! ¡Ven, no dejes solo el mundo!» Estas palabras poseen un sentido profundo, compañeros. Que Dios me perdone si pronuncio una blasfemia, pero...

Su voz se quebró. Andrés le cogió la mano y dijo:

—Habla, Juan. ¿Qué cosa terrible presientes, que no te atreves a revelar?

—...Si nuestro maestro fuera el... —balbuceó.

—¿Quién?

La voz de Juan resonó, débil, ahogada, llena de terror.

—...¡el Mesías!

Todos se sobresaltaron. ¡El Mesías! ¡Habían pasado mucho tiempo junto a él y aquella idea jamás se les había ocurrido! Al principio le creían un hombre animoso, un santo que traía el amor al mundo; más tarde lo habían tomado por un profeta, aunque no por un profeta salvaje como los antiguos, sino alegre mejor domesticado. Hacía descender a la tierra el reino de los cielos, es decir la vida fácil y la justicia. Llamó Padre al Dios de Israel, a aquel Dios terco, al Dios de sus antepasados, a Jehová; y apenas le hubo llamado padre, aquel Dios se había ablandado y todos los hombres se habían convertido en hijos suyos... Y ahora, ¿qué palabra se había escapado de los labios de Juan?... ¡El Mesías!

¡Aquello equivalía a decir la espada de David, la omnipotencia de Israel, la guerra! ¡Y ellos, los discípulos, los primeros que le siguieron, serían grandes señores, tetrarcas y patriarcas que rodearían su trono! ¡Del mismo modo que Dios está rodeado en el cielo de ángeles y arcángeles, ellos serían tetrarcas y patriarcas en el reino de la tierra! Sus ojos despedían chispas.

—Retiro lo que dije, compañeros —dijo Pedro, completamente ruborizado—. Jamás le abandonaré!

—¡Yo tampoco!

—¡Yo tampoco!

—¡Yo tampoco!

Judas escupió con cólera y descargó un puñetazo en el marco de la puerta.

—¡Vaya, qué valientes! —les gritaba—. Cuando lo creíais débil no pensabais más que en huir. Pero ahora que habéis olfateado esplendores, decís: «Jamás le abandonaren ¡Pues bien, todos le abandonaréis un día, lo dejaréis completamente solo! ¡Acordaos de lo que os digo! ¡Yo seré el único que no le traicionará! ¡Tú, Simón de Cirene, eres testigo de mis palabras!

El tabernero, que los escuchaba y reía tras sus largos bigotes, guiñó el ojo a Judas y dijo:

—¡Míralos, y éstos son los que quieren salvar el mundo!

Pero sus narices sintieron un olor procedente del patio y exclamó:

—¡Se quema la cabeza de cordero! —Fue corriendo al patio.

Los compañeros se miraban entre sí, confusos.

—¡Por eso el Bautista, al verlo, se quedó con la boca abierta! —dijo Pedro, golpeándose la frente.

—¿Y visteis la paloma que revoloteó sobre su cabeza cuando se hacía bautizar?

—No era una paloma; era un relámpago.

—No, no, era una paloma; zureaba.

—No zureaba, hablaba. La oí muy bien. Decía: ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!

—¡Era el Espíritu Santo! —dijo Pedro, y sus ojos se llenaron de alas de oro—. ¡El Espíritu Santo descendió del cielo y todos quedamos petrificados, recordadlo! Yo quise mover el pie para acercarme pero estaba entumecido, ¡y no pude moverme! Quería gritar, pero mis labios no llegaban a juntarse. El viento se detuvo y todo —las cañas, el río, los hombres, las aves— todo quedó paralizado de espanto. Únicamente se movía la mano del Bautista, se movía gravemente y lo bautizaba...

—¡Yo nada vi, nada oí! —dijo Judas, irritado—. Vuestros ojos y vuestros oídos estaban ebrios.

—¡Tú no has visto, pelirrojo, porque no has querido ver! —replicó rudamente Pedro.

—Y tú tienes visiones. Tú viste porque querías ver. Tenías deseos de ver al Espíritu Santo y viste al Espíritu Santo. Y lo más gracioso es que ahora haces que lo vean estos atolondrados. ¡Los confundes!

Hasta ese momento Santiago había escuchado sin pronunciar palabra. Se comía las uñas y callaba, pero ya no pudo contenerse y dijo:

—Escuchadme, compañeros, no nos abrasemos como la paja. Analicemos con calma ¡a cuestión. Primero ¿es cierto que el Bautista ha pronunciado tales palabras antes de que le cortaran la cabeza? Me resulta muy difícil creerlo. ¿Estuvimos allí alguno de nosotros para oírlo? En segundo lugar, aun cuando el Bautista pensara aquellas palabras, no las habría pronunciado porque el rey hubiera enviado espías para saber quién era aquel Jesús que estaba en el desierto; lo hubiera apresado y lo hubiera degollado, igual que al Bautista. Dos y dos son cuatro, como dice mi anciano padre. Así que, ¡no nos calentemos los sesos!

Pero Pedro se enfadó y dijo:

—¡Yo digo que dos y dos son catorce! La razón puede decir lo que quiera, ¡que el diablo se la lleve! ¡Sírvenos vino, Andrés! Ahoguemos el cerebro en vino para ver con claridad la cuestión!

Un coloso de mejillas arrugadas, descalzo y envuelto en una sábana blanca, entró en la taberna. De su cuello pendían hileras de amuletos; se llevó la mano al pecho y saludó:

—¡Salve, hermanos, me voy! Voy en busca de Dios. ¿Queréis que le transmita algún mensaje vuestro?

Y sin esperar la respuesta, salió corriendo y entró en la casa contigua.

Justamente en aquel momento apareció el tabernero con la bandeja y la taberna se llenó de un delicioso olor. Alcanzó a ver al extraño visitante y exclamó:

—¡Buen viaje! ¡Salúdale en mi nombre! ¡Otro más! —añadió y se echó a reír a carcajadas—. Caramba, estoy por creer que llega el fin de los tiempos; el mundo está lleno de locos. Parece que éste vio a Dios anteanoche, justamente cuando se disponía a orinar. ¡Desde entonces no quiere ya vivir! No quiere comer. Dice: «¡Estoy invitado en el cielo y allí comeré!» Se cubrió con una mortaja y corre de puerta en puerta, recibiendo mensajes para Dios... Mirad lo que sucede a los que frecuentan demasiado a Dios. Tened cuidado, amigos; escuchad un buen consejo: ¡no os acerquéis demasiado a Dios! Adoro su gracia, pero desde lejos. ¡Apartaos de Dios!

Colocó en el centro de la mesa la bandeja con la cabeza de cordero humeante. Sus labios, sus ojos y sus orejas reían.

—Una cabeza recién cortada —dijo—. La de Juan Bautista. ¡Buen apetito!

Juan sintió náuseas y se apartó. La mano de Andrés, alargada ya, quedó suspendida en el aire. La cabeza servida en la bandeja los miraba, uno por uno, con sus ojos turbios, abiertos, inmóviles.

—Miserable Simón —dijo Pedro—. Nos harás sentir asco y no podremos comer el cordero. ¿Cómo quieres que ahora le saque los ojos, que tanto me gustan? Creería comerme los del Bautista.

El tabernero se retorcía de risa y dijo:

—No te preocupes, Pedro; yo me los comeré por ti. Pero primero comeré su lengua, que proclamaba, ¡el cielo la proteja!: «¡Arrepentios! ¡Arrepentios! ¡Ha llegado el fin del mundo!» ¡Antes llegó tu propio fin, desdichado!

Dicho esto, sacó su cuchillo, cortó la lengua y se la comió de un bocado. Bebió luego un vaso lleno y se puso a admirar sus barricas.

—¡Bah, amigos! ¡Vaya, me apiado de vosotros! Cambiaré de tema para haceros olvidar la cabeza de Juan Bautista y permitiros comer la del cordero... Bien, ¿podéis adivinar quién pintó aquellas obras maestras que admiráis en las barricas, el gallo y el puerco? Pues mi modesta persona, con estas manos que veis, las pintó. ¿Qué os creíais? ¿Y sabéis por qué pinté un gallo y un puerco? ¡No, no podéis saberlo, malditos galileos! ¡Os lo diré para iluminar vuestro pequeño cerebro!

Pedro continuaba mirando la cabeza de cordero y se relamía, pero aún no se atrevía a tender la mano para sacarle los ojos y comérselos. Continuaba pensando en el Bautista. El cordero lo miraba con los ojos desmesuradamente abiertos, del mismo modo que solía hacer el Bautista.

—Escuchad, pues —prosiguió el tabernero—, para que se ilumine, repito, vuestro pequeño cerebro. Cuando Dios terminó de hacer el mundo —¡me pregunto por qué se le habrá ocurrido emprender tal obra!—, después de lavarse las manos llenas de barro, hizo comparecer ante él a todas las criaturas nuevas y les preguntó, orgulloso de su obra: «Decidme, aves y animales, ¿qué pensáis de este mundo que acabo de fabricar? ¿Le encontráis algún defecto?» Todos se pusieron a rebuznar, a rugir, a maullar, a balar y a gorjear: «¡Ninguno! ¡Ninguno! ¡Ninguno!» «Os doy mi bendición —dijo Dios—. Yo tampoco le encuentro defecto alguno. ¡Alabadas sean mis manos!» Pero vio al gallo y al puerco, que agachaban la cabeza y no decían nada. «¡Eh, tú, puerco —gritó Dios—, y tú, señor gallo, ¿por

qué no decís nada? ¿Acaso no os agrada el mundo que he creado? ¿Acaso le falta algo?» Pero los otros, ¡chitón! El diablo les había enseñado la lección, les había susurrado al oído: «Decidle que falta una cepa que dé uvas. Las uvas se pisan, se ponen en barricas y con ellas se hace el vino.» «¿Por que no habláis?», gritó Dios, alzando su gran mano. Entonces los dos animales —el diablo les infundía valor— levantaron la cabeza y dijeron: «¿Qué quieres que te digamos, maestro constructor? ¡Gloria a tus manos, tu mundo es perfecto! Pero le falta una cepa que dé uvas. Las uvas se pisan, se meten en barricas y con ellas se hace vino.» «¡Ah, ah! ¿Conque eso queréis? Pues bien, ¡ya os enseñaré yo, malditos granujas! —dijo Dios y montó en terrible cólera—. ¿Conque queréis vino, borracheras y vómitos? Pues bien, ¡hágase la vid! —Se arremangó, tomó barro, fabricó una cepa de vid y la plantó—: ¡La maldigo —añadió—, y el que beba demasiado tendrá un cerebro de gallo y un hocico de puerco!»

Los compañeros estallaron en carcajadas, olvidaron al Bautista y alargaron la mano hacia la cabeza asada. Judas, que había abierto el cráneo en dos, se llenó una mano de sesos de cordero. Cuando el tabernero vio el saqueo, se asustó. «No me dejarán ni un trocito», pensó.

—Eh, amigos —exclamó—. ¡Está muy bien que comáis y bebáis, pero no olvidéis tan pronto a Juan Bautista! ¡Oh, su pobre cabeza!

Todos quedaron con el bocado en la mano. Pedro, que ya había masticado un ojo y se disponía a tragarlo, sintió un nudo en la garganta. Le daba repugnancia tragarlo y pena escupirlo. ¿Qué hacer? Judas era el único que no se preocupaba. El tabernero llenó los vasos.

—Que su recuerdo sea eterno. Derramemos unas lágrimas por su cabeza. ¡Y hagamos los mismos votos por vosotros!

—¡Y por ti también, bellaco! —dijo Pedro y tragó el ojo de golpe.

—No te inquietes por mí. A nada temo —respondió el tabernero—. No me mezclo en los asuntos de Dios y me importa tres cominos la salvación del mundo. Soy tabernero; no ángel ni arcángel, como los señores. ¡Afortunadamente, escapé a esas historias! —dijo, cogiendo lo que quedaba de la cabeza.

Pedro abrió la boca pero no pudo articular palabra alguna. Un salvaje gigantón con el rostro picado de viruelas se había detenido en el umbral y los miraba. Los compañeros se retiraron a un rincón y Pedro se ocultó tras los anchos hombros de Santiago.

—¡Barrabás! —gritó Judas, frunciendo el entrecejo—. Entra.

Barrabás inclinó su cabezota y distinguió a los discípulos en la penumbra. Una risa burlona recorrió su rostro rudo antes de que dijese:

—Celebro veros, corderos. Removí cielo y tierra para encontraros.

El tabernero se levantó refunfuñando y le llevó un vaso de vino.

—Sólo tú nos faltabas, capitán Barrabás. —No le caía bien porque cada vez que iba a la taberna se emborrachaba, provocaba a los soldados romanos que pasaban por las calles y le buscaba problemas—. ¡No empieces a armar jaleos como de costumbre, gallito pendenciero!

—¡Mientras los impuros pisen la tierra de Israel, no me daré por vencido! ¡Sácate esa idea de la cabeza! ¡Y dame algo de comer, viejo crápula!

El tabernero empujó hacia él la bandeja, donde no quedaban más que los huesos, y dijo:

—Come; tienes dientes propios de mastín, que tritura los huesos.

Barrabás vació el vaso de un solo sorbo, se retorció los bigotes y se volvió hacia los compañeros para decir:

—¿Y dónde está el buen pastor, queridos corderos? —Sus ojos despedían chispas—. Tengo que arreglar con él una vieja cuenta.

—Estás ebrio antes de haber bebido —le dijo severamente Judas—. Tus fanfarronadas nos han traído ya muchos problemas. ¡Basta ya!

Juan recobró el valor y dijo:.

—¿Qué tienes en contra de él? Es un hombre santo y cuando marcha mira el suelo para no pisar las hormigas.

—Di más bien para que ninguna hormiga lo pise. Tiene miedo. ¿A eso le llamáis hombre?

—Jesús arrebató a Magdalena de tus garras y aún le tienes rencor —se atrevió a decir Santiago.

—Me ofendió —rugió Barrabás, cuyos ojos se ensombrecieron súbitamente—. ¡Me las pagará!

Pero Judas lo tomó del brazo y lo apartó. Le habló en voz baja, precipitada, colérica:

—¿Qué vienes a buscar aquí? ¿Por qué dejaste las montañas de Galilea? La cofradía te asignó aquel dominio. Aquí, en Jerusalén, mandan otros.

—¿Acaso no nos batimos por la libertad? —replicó Barrabás, furioso—. Pues bien, soy libre y obro según mi voluntad. Vine a ver quién era ese Bautista que hablaba de señales y obraba prodigios. ¿Sería Aquél que esperamos? ¡Que llegue de una vez, que tome el mando y comience la matanza! Pero llegué demasiado tarde; ya le habían cortado la cabeza. ¿Qué crees tú, Judas?

—Yo opino que debes levantarte e irte. No te mezcles en asuntos que no te conciernen.

—¿Que me vaya? ¿Sabes lo que dices? Vine por el Bautista y doy con el hijo de María. ¡Hace tanto tiempo que lo persigo! Y ahora que Dios lo pone al alcance de mi mano, ¿crees que lo dejaré escapar?

—Vete —ordenó Judas, jefe de Barrabás en la cofradía—. Ese es asunto mío... ¡no trates de mezclarte en él!

—¿Qué tramas? La cofradía quiere desembarazarse de él, lo sabes. Es un emisario de los romanos, que le pagan para proclamar el reino de los cielos y extraviar así al pueblo e impedirle pensar en la tierra y en nuestra servidumbre. Y tú ahora... ¿qué tramas?

—Nada. Es cosa mía. ¡Vete!

Barrabás se volvió y lanzó una última mirada a los compañeros, que aguzaban el oído.

—Hasta pronto, corderos —les gritó, rencoroso—. ¡No es tan fácil librarse de Barrabás! ¡Ya volveremos a conversar!

Inmediatamente desapareció por la puerta de David.

El tabernero guiñó el ojo a Pedro y le dijo en voz baja:

—Le ha dado órdenes. Los de la cofradía matan a un romano y los romanos matan a diez israelitas. Diez y hasta quince. ¡Abrid los ojos, compañeros!

Se inclinó sobre la oreja de Pedro y cuchicheó:

—Y además, escucha. No te fíes de Judas Iscariote. Esos pelirrojos, tú sabes...

Pero no continuó. El pelirrojo volvía a sentarse en el escabel.

Juan se levantó, afligido. Fue hasta el umbral de la puerta y miró la calle a derecha e izquierda, sin descubrir huellas del maestro. Ya era completamente de día y las calles estaban pobladas de gente. Más allá de la puerta de David se extendía el desierto cubierto de piedras y cenizas y sin una sola hoja verde. No había allí más que piedras blancas, tumbas de piedras. Apestaban el aire carroñas de perros y camellos. Toda aquella crueldad espantó a Juan; allí todo era de piedra, hasta los rostros de los hombres, hasta sus corazones, hasta el Dios que adoraban. ¡Qué lejos estaba el Dios compasivo, el Padre, que el rabí les había traído! ¡Ah, cuánto tardaba en regresar el amado maestro! ¡Cuando llegara, todos volverían a Galilea!

—¡Hermanos, vámonos! —dijo Pedro, que ya no soportaba más, y se levantó—. ¡No vendrá!

—Le oigo venir... —murmuró Juan tímidamente.

—¿Cómo puedes oírlo, iluminado? —dijo Santiago, a quien no le agradaban las ensoñaciones de su hermano; tenía prisa por volver a su lago y a sus barcas—. ¿Y dónde le oyes, si puede saberse?

—En mi corazón —respondió su hermano menor—. El es el que primero oye, el que primero ve...

Santiago y Pedro se encogieron de hombros; pero intervino el tabernero:

—Tiene razón —dijo—. No os encojáis de hombros. Oí decir... vaya, ¿qué creéis que era el Arca de Noé? ¡El corazón del hombre! Allí está Dios con todas sus criaturas. El resto se ahoga y desaparece en el fondo, pero el corazón navega sobre las aguas con su carga. ¡El corazón del hombre lo sabe todo perfectamente! ¡No os riáis!

Resonaron trompetas; la multitud se hizo a un lado en la calle y se alzó un rumor. Los compañeros se inquietaron y se precipitaron hacia la puerta. Bellos y vigorosos adolescentes portaban una litera recubierta de oro donde reposaba un hombre obeso, que se acariciaba la barba; lucía vestiduras de seda, un rostro resplandeciente de persona dada a la buena vida y anillos de oro.

—¡Caifas! —dijo el tabernero—. ¡El viejo chivo, el sumo sacerdote! ¡Tapaos la nariz, compañeros! ¡El pescado podrido hiede por la cabeza!

Se tapó la nariz y escupió. Luego dijo:

—Va a sus jardines para comer, beber y jugar con sus mujeres y jovencitos. ¡Ah, maldición, si yo fuera Dios! El mundo pende de un cabello; pues bien; yo cortaría ese cabello, sí, lo juro por el vino, lo cortaría y el mundo se iría al diablo.

—Vámonos —repitió Pedro—. No estamos seguros aquí. Mi corazón tiene también ojos y oídos. Me grita: «¡vete! ¡idos, desdichados!»

No acababa de decir esto cuando en efecto lo oyó. Se aterró, se levantó bruscamente y cogió un bastón que había en el suelo. Todos se levantaron nerviosamente, vieron el terror de Pedro y se aterraron a su vez.

—Si viene, Simón, tú le conoces, dile que partimos para Galilea —recomendó Pedro.

—¿Y quién pagará? —dijo el tabernero, inquieto—. La cabeza de cordero, el vino…

—¿Crees en la otra vida, Simón de Cirene? —preguntó Pedro.

—Claro que creo en ella.

—Pues bien, te prometo, y si quieres te lo prometo por escrito, pagarte allá arriba.

El tabernero se rascó la enorme cabeza.

—¿Qué? ¿No crees en la otra vida? —dijo Pedro con severidad.

—Sí, creo, Pedro, creo; pero no hasta ese extremo…

XX

Cuando así hablaban, una sombra azul cayó sobre el umbral; todos retrocedieron bruscamente. Jesús estaba de pie, en el vano de la puerta, con los pies ensangrentados, las vestiduras cubiertas de barro y el rostro irreconocible. ¿Quién era? ¿El dulce maestro o el Bautista salvaje? Los cabellos le caían sobre los hombros en trenzas retorcidas; su piel aparecía quemada y rugosa, sus mejillas se habían hundido, sus ojos se habían agrandado e invadían todo el rostro y apretaba el puño con fuerza. Podía creerse que aquellos eran el puño, los cabellos, las mejillas y los ojos del Bautista. Los discípulos le miraban en silencio con la boca abierta. ¿Se habían fundido los dos para formar uno solo?

«El fue quien mató al Bautista —pensó Judas, haciéndose a un lado para dejar paso al inquietante recién llegado—. El fue... el fue... —Miraba a Jesús, que trasponía el umbral y clavaba severamente los ojos en cada uno de los presentes mordiéndose los labios...—. Lo ha despojado de todo —pensaba—, le ha saqueado su cuerpo. Pero, ¿y su alma? Pero, ¿y su palabra salvaje? Ahora despegará los labios y tendremos ocasión de comprobar quién es...»

Permanecieron durante largo tiempo en silencio. La atmósfera de la taberna había cambiado; el tabernero se había acurrucado en un rincón y miraba a Jesús con ojos desorbitados. Este avanzaba lentamente, mordiéndose los labios; las venas de su frente se habían hinchado. Y de pronto se oyó su voz, ronca, salvaje. Los compañeros se estremecieron. Aquella voz no era la suya sino la del profeta terrible, la voz del Bautista.

—¿Os disponíais a partir?

Nadie respondió; se habían atrincherado uno tras otro.

—¿Os disponíais a partir? —repitió con cólera—. ¡Habla, Pedro!

—Maestro —respondió el otro con voz insegura—, maestro, Juan oyó tus pasos en su corazón y nos levantamos para recibirte...

Jesús frunció el entrecejo. Se sintió invadido por la amargura y la cólera, pero se contuvo.

—Partamos —dijo, volviéndose hacia la puerta.

Vio a Judas, que estaba de pie, apartado del grupo, y que lo miraba con sus ojos azules y duros.

—¿Vienes con nosotros, Judas? —preguntó.

—No te abandono; lo sabes de sobra. No te abandonaré hasta la muerte.

—Eso no basta, ¿me oyes? Eso no basta. Hay que seguirme hasta más allá de la muerte. ¡En marcha!

El tabernero salió bruscamente de entre las barricas, donde se había agazapado.

—¡Buena suerte, amigos! —exclamó— ¡Os deseo que salgáis con bien de vuestros jaleos! ¡Buen viaje, galileos! Cuando entréis en el Paraíso, según espero, no olvidéis el vino que os serví. ¡Ni la cabeza de cordero!

—Te lo prometo —le respondió Pedro. Su rostro se mostraba serio y agriado. Se sentía avergonzado de haber mentido por miedo. El maestro lo había advertido con toda seguridad y por eso había fruncido el entrecejo con tanta cólera. «¡Pedro, cobarde, mentiroso, traidor! —Se recriminaba a sí mismo—. ¿Cuándo te

comportarás como un hombre? ¿Cuándo vencerás el miedo? ¿Cuándo dejarás de girar, veleta?»

Permanecía a la entrada de la taberna, esperando que el maestro indicara el camino que debían seguir. Pero el maestro, inmóvil, había aguzado el oído y escuchaba, del otro lado de la puerta de David, un canto amargo y monótono, entonado por voces agudas y cascadas. Eran los leprosos que se habían echado en el polvo y mostraban sus úlceras a los transeúntes, canturreando los esplendores de David y de la misericordia de Dios que les había dado la lepra para permitirles pagar sus faltas en esta tierra y de tal forma que luego, en la vida futura, su rostro resplandeciera eternamente, semejante a un sol.

Jesús se sintió invadido de tristeza. Volvió el rostro hacia la ciudad. Las tiendas, los puestos, las tabernas habían abierto y las calles estaban llenas de gente. ¡Cómo corrían, cómo vociferaban, cómo chorreaban sudor! Oíase un sordo rugido aterrador, hecho del ruido de los caballos, de los hombres, de los cuernos, de las trompetas, y la ciudad santa se le apareció de pronto como una fiera terrible, como una fiera enferma con las entrañas llenas de locura, de lepra y de muerte.

Las calles rugían cada vez más sonoramente y los hombres corrían cada vez más de prisa. «¿Por qué tienen tanta prisa? ¿Por qué corren? —pensó Jesús—. ¿Adonde van? —lanzó un suspiro y se dijo—: ¡Todos, todos corren hacia la muerte!»

Se turbó. Acaso su deber consistiera en quedarse allí, en aquella ciudad carnívora, y en subir al techo del Templo para gritar: «¡Arrepentios! ¡Ha llegado el día del Señor!» «Estos desdichados, estos hombres jadeantes que recorren las calles en todas direcciones necesitan arrepentirse y ser consolados más que los pescadores y los campesinos despreocupados de Galilea. ¡Aquí debo quedarme para comenzar a proclamar la ruina de la tierra y el reino de los cielos!»

Andrés no podía contener su pena y se acercó a él:

—Maestro —le dijo—, apresaron al Bautista y lo mataron.

—Qué le vamos a hacer —respondió con calma Jesús—; tuvo tiempo de cumplir su misión. Ojalá nosotros también lo tengamos, Andrés.

Vio henchidos de lágrimas los ojos del antiguo discípulo del Precursor.

—No te aflijas, Andrés —le dijo, tocándole, el hombro—. No está muerto. Sólo mueren los que no han tenido suficiente tiempo para convertirse en inmortales. Pero él tuvo tiempo; Dios se lo concedió.

Apenas pronunció estas palabras, su espíritu tuvo una iluminación. «Es cierto, todo en el mundo está a merced del tiempo.

El tiempo hace madurar todas las cosas. Si el hombre tiene tiempo, puede trabajar el barro humano de que está hecho y transformarlo en espíritu. Entonces ya no teme la muerte. Pero si no tiene tiempo, el hombre se pierde... Dios mío —suplicó para sus adentros Jesús—, Dios mío, dame tiempo... No te pido más que eso: tiempo...» Aún sentía en él demasiado barro, aún se sentía demasiado humano. Aún se encolerizaba, aún tenía miedo, aún sentía celos. Y cuando pensaba en Magdalena, su mirada se turbaba. Incluso la noche anterior, cuando miraba a hurtadillas a María, la hermana de Lázaro...

Se ruborizó y bruscamente adoptó una decisión: «Debo abandonar esta ciudad. Aún no llegó la hora de mi muerte. Aún no estoy preparado... Dios mío —

suplicó nuevamente—, dame tiempo; tiempo, nada más que tiempo...» Hizo una señal a sus compañeros y dijo:

—Compañeros, volvemos a Galilea. ¡En el nombre del cielo!

Los compañeros corrían hacia el lago de Genezaret como caballos fatigados y hambrientos que se dirigen hacia la querida cuadra. El pelirrojo Judas abría la marcha y avanzaba silbando. Hacía años que no sentía tan alegre su corazón. Ahora le agradaban mucho el rostro, la aspereza y la voz del maestro... «Mató al Bautista —se repetía incesantemente— y lo lleva en sí; el cordero y el león se han confundido para no formar más que un solo ser. ¿Será el Mesías, como los monstruos antiguos, león y cordero a la vez?» Marchaba silbando. «No es posible que continúe guardando silencio; una de estas noches, antes de que lleguemos al lago, despegará los labios. Nos dirá su secreto; sabremos entonces qué hizo en el desierto, si vio al Dios de Israel y qué cosas se dijeron. Entonces juzgaré.»

Pasó la primera noche. Jesús, silencioso, miraba las estrellas. A su alrededor, los compañeros, fatigados, dormitaban. Sólo centelleaban en la oscuridad los ojos azules de Judas... Ambos velaban, uno frente a otro, sin hablar.

Reanudaron la marcha al despuntar el día. Dejaron atrás las piedras de Judea y entraron en las tierras blancas de Samaría. El pozo de Jacob estaba desierto; ninguna mujer sacaba agua de él para darles de beber. Cruzaron rápidamente las tierras heréticas hasta que aparecieron las amadas montañas: el Hermón cubierto de nieve, el risueño Tabor y el santo Carmelo.

Caía la noche; se acostaron bajo un tupido cedro desde donde vieron desaparecer el sol. Juan dijo la oración vespertina: «Abrenos tu puerta, Señor. El día se va, cae el sol, el sol desaparece. Nos presentamos ante tu puerta, Señor, ábrenos. Te suplicamos, Eterno, que nos perdones. Te suplicamos, Eterno, que tengas piedad de nosotros. ¡Sálvanos, Eterno!»

El aire presentaba un tinte azul oscuro, el cielo había perdido al sol y aún no había hallado las estrellas y se inclinaba hacia la tierra, despojado de sus ornatos. En aquella penumbra incierta destacaban las manos finas y alargadas de Jesús, posadas en tierra, completamente blancas. La oración vespertina aún circulaba por el aire produciendo su efecto. Oía las manos de los hombres que golpeaban, desesperadas, temblorosas, a la puerta del Señor; pero la puerta no se abría. Los hombres golpeaban y gritaban. ¿Qué gritaban?

Cerró los ojos para oír mejor. Las aves diurnas se habían recogido en los nidos y las nocturnas no habían aún abierto los ojos; las aldeas de los hombres estaban lejos y no se oía ni un solo rumor humano, ni un solo ladrido. Los compañeros murmuraban la oración vespertina, pero tenían sueño y las palabras sagradas naufragaban en el fondo de sus seres, sin hallar eco. Pero Jesús oía en su interior a los hombres que golpeaban a la puerta del Señor, que golpeaban a su propio corazón. Golpeaban a su corazón cálido de hombre y gritaban:

—¡Ábrenos! ¡Ábrenos! ¡Sálvanos!

Jesús se llevó la mano al pecho como si él mismo golpeara y suplicara a su corazón que se abriera. Y mientras luchaba creyéndose completamente solo, sintió que a sus espaldas alguien lo miraba. Se volvió. Los ojos fríos de Judas estaban clavados en él. Jesús se estremeció. El pelirrojo era una fiera orgullosa, indomable. Era el compañero a quien sentía más cerca y, a la vez, más lejos de

su persona. Al parecer, no tenía que dar cuentas de sus actos más que a sí mismo. Jesús le tendió la mano derecha y le dijo:

—Hermano Judas, mira. ¿Qué tengo aquí?

El pelirrojo alargó el cuello en la oscuridad.

—Nada —respondió—. No veo. nada.

—Pronto lo verás —dijo Jesús sonriendo.

—El reino de los cielos —dijo Andrés.

—La simiente —dijo Juan—. ¿Te acuerdas, maestro, de lo que nos dijiste la primera vez que nos hablaste, a orillas del lago: «El sembrador salió para sembrar su simiente»?

—¿Y tú, Pedro? —preguntó Jesús.

—¿Qué quieres que te diga, maestro? Si interrogo a mis ojos, nada. Si interrogo a mi corazón, todo. Mi espíritu oscila entre los dos.

—¿Y tú, Santiago?

—Nada. No tienes nada, maestro, perdóname.

—¡Mirad! —dijo Jesús, y alzó el brazo con violencia. Al ver que lo alzaba y lo bajaba violentamente, los compañeros sintieron miedo. Las mejillas de Judas enrojecieron de alegría y todo su rostro resplandeció. Cogió la mano de Jesús y la besó.

—¡Maestro —exclamó—, lo he visto! ¡Lo he visto! ¡Empuñas el hacha del Bautista!

Pero enseguida sintió vergüenza. Estaba furioso por no haber contenido su alegría. Se apartó nuevamente del grupo y fue a apoyarse contra el tronco del cedro. Oyóse entonces, calma, grave, la voz del maestro:

—Me la trajo y la colocó al pie del árbol podrido. Para eso nació, para traérmela. El no podía ir más lejos. Yo vine, me agaché y tomé el hacha. Para eso nací. Ahora comienza mi verdadera misión, que consiste en abatir el árbol podrido... Creía que era un novio y que llevaba en la mano una rama de almendro en flor, cuando en realidad era un leñador. ¿Recordáis cómo paseábamos, cómo bailábamos en Galilea, cómo proclamábamos: La tierra es hermosa, la tierra y el cielo se confunden y pronto el Paraíso va a abrirse para que entremos en él? Aquello era un sueño, compañeros; nos hemos despertado.

—¿No existe el reino de los cielos? —aulló Pedro, espantado.

—Existe, Pedro, existe; pero está en nosotros. En nosotros está el reino de los cielos y fuera de nosotros el reino del Maligno. Los dos reinos libran una lucha. ¡Una guerra! ¡Nuestro primer deber es abatir a Satán con este hacha!

—¿Qué Satán?

—Este mundo que nos rodea. Animo, compañeros; no os invité a una boda sino a la guerra. No lo sabía, perdonadme. ¡Pero aquél de vosotros que sueñe con tener una mujer, hijos, campos, que sueñe con la felicidad... que se vaya! No debe avergonzarse. Que se levante, se despida tranquilamente de nosotros y se vaya en paz. Aún está a tiempo.

Calló. Paseó la mirada por los compañeros que lo rodeaban; nadie se movió. El lucero vespertino relucía tras las ramas negras del cedro, como una gran gota de agua. Las aves nocturnas batieron las oscuras alas y se despertaron. De las

montañas descendió una fresca brisa. Reinaba una extraña dulzura. Pedro se puso en pie de pronto y exclamó:

—¡Maestro, te seguiré como tu sombra! Lucharé junto a ti hasta la muerte.

—Acabas de pronunciar palabras graves, Pedro. No me gusta que hables así. Nos internamos por un camino difícil y los hombres nos harán la guerra. ¿Acaso queremos nuestra propia salvación? ¿Acaso el pueblo no lapidó a todos los profetas que se alzaron para salvarlo? Nos internamos por un camino difícil, Pedro, y será necesario que frenes tus impulsos. Domina tu alma, Pedro. La carne es débil; no confíes en ella... ¿Oyes, Pedro? A ti te hablo.

De los ojos de Pedro brotaron lágrimas.

—¿No tienes confianza en mí, maestro? —murmuró—. El hombre al que miras de esa forma y en el que no confías, un día morirá por ti.

Jesús adelantó la mano, tomó la rodilla de Pedro y la acarició.

—Es posible... Es posible... —murmuró—. Perdóname, amado Pedro. Se volvió hacia los demás y dijo—: Juan Bautista bautizaba con agua y lo mataron. Yo bautizaré con fuego, os lo digo claramente esta noche para que no quepa duda alguna y no os quejéis cuando lleguen las horas terribles. Antes de partir os digo adonde vamos: a la muerte. Y después de la muerte, a la inmortalidad. Tal es el camino. ¿Estáis dispuestos a seguirme?

Los compañeros quedaron petrificados. Ya no jugaba ni bromeaba aquella voz que, repentinamente, se había vuelto severa. Llamaba a las armas. ¿Era menester, pues, morir para entrar en el reino de los cielos? ¿No había otro camino? Eran hombres sencillos, pobres e incultos. El mundo era de los ricos y todopoderosos, ¿cómo podrían medirse con ellos? ¡Si descendieran ángeles del cielo para ayudarlos! Pero ninguno había visto a un ángel que acudiera en socorro de los pobres y de los menesterosos. Por ello, callaban y sopesaban una y otra vez el peligro. Judas los observaba de reojo y sonreía altivamente. Era el único que no dudaba. Entraba en guerra despreciando la muerte, sin preocuparse por su cuerpo y ni siquiera por su alma. Sólo alimentaba una única y gran pasión y le exaltaba perecer por ella.

Al fin Pedro dijo:

—Maestro, ¿acudirán los ángeles del cielo para socorrernos?

—Nosotros somos los ángeles de Dios en la tierra, Pedro —respondió Jesús—. No hay más ángeles.

—Pero, ¿podremos vencer completamente solos? ¿Qué piensas tú, maestro? —preguntó Santiago.

Jesús se puso en pie; sus cejas temblaban.

—¡Idos! —exclamó—. ¡Dejadme solo!

Juan lanzó un grito:

—¡Maestro, yo no te dejo solo! ¡Te seguiré hasta la muerte!

—Yo tampoco, maestro —dijo Andrés, abrazando las rodillas de Jesús.

Dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas de Pedro, pero nada dijo. Santiago bajó la cabeza; estaba avergonzado.

—¿Y tú, hermano Judas? —preguntó Jesús, al ver que el pelirrojo, silencioso, lanzaba miradas feroces a todos sus compañeros.

—A mí no me agradan las frases hermosas —respondió brutalmente el pelirrojo—, ni lloro como Pedro. Mientras empuñes el hacha, estaré contigo. Pero si la abandonas, te abandono. Sabes que no te sigo a ti; sigo al hacha.

—¿No te avergüenzas de hablar de ese modo al maestro? —dijo Pedro.

Pero Jesús se regocijó y dijo:

—Judas tiene razón. ¡Yo también sigo al hacha, compañeros!

Se echaron todos en tierra y se apoyaron contra el cedro. Multitud de estrellas aparecían en el cielo.

—A partir de este instante —dijo Jesús— desplegamos el estandarte de Dios y partimos a la guerra. Hay una estrella y una cruz bordadas en el estandarte de Dios. ¡Que Dios nos proteja!

Todos callaban. Tras tomar la decisión se sentían fortalecidos.

—Os contaré una parábola —dijo Jesús a sus compañeros, que ahora estaban sumergidos en la oscuridad—, la última antes de partir a la guerra. Sabed que la tierra reposa sobre siete columnas, que las siete columnas reposan sobre el agua, el agua sobre la nube, la nube sobre el viento, el viento sobre la tempestad y la tempestad sobre el rayo. Y el rayo está a los pies de Dios, como un hacha.

—No comprendo, maestro —dijo Juan, ruborizándose.

—Comprenderás cuando seas viejo, cuando vayas a vivir como un asceta en una isla, los cielos se abran sobre ti y tu cabeza llamee, Juan, hijo del Rayo —respondió Jesús, acariciando los cabellos de su amado compañero.

Calló. Aquélla era la primera vez que veía claramente qué era el rayo de Dios: un hacha llameante a los pies de Dios, de la cual estaban suspendidos la tempestad, el viento, la nube, el agua, toda la tierra. Durante años había vivido con los hombres, con las Santas Escrituras, pero nadie le había revelado el terrible secreto. Que el relámpago es el hijo de Dios, el Mesías. Era el Mesías el que iba a purificar la tierra.

—Compañeros de lucha —dijo, y por un instante Pedro vio en la oscuridad dos llamas que brotaban de su frente, semejantes a cuernos—, compañeros, he ido al desierto, como sabéis, para buscar a Dios. Sentía hambre, sentía sed, sufría fiebre y estaba sentado en una piedra con el cuerpo encogido; pedía a gritos a Dios que apareciera. Los demonios se abatían sobre mí como olas, como un mar, se rompían lanzando espuma y volvían a irse por donde habían venido. Primero se presentaron los demonios del cuerpo, y luego los del espíritu y del corazón. Pero yo tenía a Dios como un escudo de bronce y en la arena que me rodeaba quedaron esparcidos restos de uñas, de dientes y de cuerpos. Entonces oí una gran voz: «¡Levántate, empuña el hacha que te dejó el Precursor y golpea!»

—¿Nadie se salvará? —preguntó Pedro, pero Jesús no le oyó.

—Repentinamente sentí un peso en la mano, como si alguien hubiera puesto un hacha en mi puño. Me levanté y oí de nuevo la voz: «Hijo del carpintero, llega un nuevo diluvio, aunque no ya de agua sino de fuego. Fabrica una nueva Arca, escoge a los hombres justos y hazlos entrar en ella.» La selección ha comenzado, compañeros. El Arca está lista y la puerta aún abierta. ¡Entrad!

Los compañeros se agitaron y se acercaron arrastrándose a Jesús, como si él fuera el Arca.

—Y oí nuevamente la voz: «Hijo de David, cuando las llamas se extingan y el Arca eche anclas ante la nueva Jerusalén, ¡subirás al trono de tus antepasados y gobernarás a los hombres! La antigua Tierra habrá desaparecido, el cielo habrá desaparecido. Un cielo nuevo se desplegará sobre las cabezas de los justos, y las estrellas resplandecerán con un brillo siete veces más intenso. Los ojos de los hombres fulgurarán también con un brillo siete veces más intenso.»

—Maestro —dijo Pedro—, ¡que no muramos antes de ver ese día y de sentarnos, nosotros que luchamos contigo, a la izquierda y la derecha de tu trono!

Pero Jesús no lo oyó. Estaba sumergido en la visión inflamada del desierto y prosiguió:

—Y oí por última vez la voz: «¡Hijo de Dios, recibe mi bendición!»

«¡Hijo de Dios! ¡Hijo de Dios!», gritaron todos en el fondo de sus seres, pero ninguno se atrevió a abrir la boca.

Todas las estrellas aparecieron en el firmamento; aquella noche descendieron y quedaron suspendidas entre el cielo y los hombres.

—Y ahora, maestro —preguntó Andrés—, ¿cuál será nuestro primer combate?

—Dios —respondió Jesús— tomó tierra de Nazaret para formar mi cuerpo. Mi deber consiste, pues, en luchar primero en Nazaret. Es allí donde mi cuerpo debe comenzar a transformarse en espíritu.

—Luego lucharemos en Cafarnaum —dijo Santiago— para salvar a nuestros padres.

—Y luego en Magdala —propuso Andrés— para llevar a la pobre Magdalena al Arca.

—¡Y luego en el mundo entero! —exclamó Juan, extendiendo los brazos hacia oriente y occidente.

Pedro se echó a reír y dijo:

—Yo pienso en nuestra barriga. ¿Qué comeremos en el Arca? Propongo que sólo llevemos animales comestibles. ¿Qué necesidad tenemos, pregunto, de leones y mosquitos?

Tenía hambre y sus pensamientos se dirigían a las vituallas. Todos se echaron a reír.

—Sólo piensas en la comida —le dijo brutalmente Santiago—. Pero te advierto que estamos hablando de la salvación del mundo.

—Todos vosotros —replicó Pedro— no hacéis más que pensar en la comida, aunque no queréis admitirlo. Pero yo digo siempre lo que pienso, sea bueno o malo. Mi espíritu da vueltas y yo doy vueltas con él, por eso las malas lenguas me llaman veleta. ¿No tengo razón, maestro?

El rostro de Jesús se suavizó y sonrió. Recordó una vieja historia y dijo:

—Había una vez un rabino empeñado en encontrar a un hombre que tocara la trompeta a la perfección para llamar a los fieles a la sinagoga. Entonces mandó hacer una proclama: que se presentaran todos los buenos trompetistas para demostrar su habilidad ante el rabino, quien elegiría al mejor. Se presentaron cinco. Cada uno de ellos tomó la trompeta y la hizo sonar. Cuando finalizaron, el

rabino les preguntó, uno por uno: «¿En qué piensas, hijo mío, cuando tocas la trompeta?» Uno de ellos respondió: «Pienso en Dios.» Otro: «Pienso en la salvación de Israel.» Otro: «En los pobres que tiene hambre...» Otro: «En las viudas y en los huérfanos...» El más miserable del grupo permanecía en un rincón, tras los otros, sin decir nada. «Y tú, hijo mío, ¿en qué piensas cuando tocas la trompeta?» —le preguntó el rabino. «Anciano —le respondió enrojeciendo—, soy pobre e ignorante, tengo cuatro hijas y no puedo darles dote para que se casen como las demás muchachas. Así que, cuando toco la trompeta pienso: Dios mío, tú ves que me afano y me aflijo por ti. ¡Te ruego que envíes cuatro novios para mis desdichadas hijas!» «¡Recibe mi bendición! —dijo el rabino—. ¡Te elijo a ti!»

Jesús se volvió a Pedro y le dijo riendo:

—Recibe mi bendición, Pedro. Te elijo a ti. Piensas en comer y hablas de comer; piensas en Dios y hablas de Dios. ¡Eres leal! Por eso te llaman veleta y molino de viento. Pero yo te elijo a ti: eres un molino de viento y molerás el trigo que se transformará en pan para dar de comer a los hombres.

Tenían un trozo de pan. Jesús lo tomó y lo repartió. La parte que correspondía a cada cual no era más que un bocado, pero como el maestro lo había bendecido, con él saciaron su apetito. Luego se echaron en tierra, hombro contra hombro, y se durmieron.

De noche todo duerme, reposarse agranda, tanto las piedras como las aguas y las almas. Por la mañana, cuando se despertaron los compañeros, sus almas se habían desplegado, habían invadido todo su cuerpo y lo habían llenado de alegría y de seguridad.

Se pusieron en marcha antes de despuntar el día; el aire era fresco, amontonábanse las nubes y el cielo se convirtió en un cielo de otoño. Una bandada de grullas pasó volando lentamente y arrastrando a las golondrinas hacia el sur. Los compañeros avanzaban deprisa, y el cielo y la tierra se habían reunido en su corazón; la piedra más humilde resplandecía, habitada por Dios.

Jesús iba adelante, solo. Su espíritu estaba preocupado y se entregaba a la misericordia de Dios. Sabía que había quemado sus naves y que ya no podía retroceder. Su destino marchaba delante de él, él lo seguía y estaba dispuesto a hacer cuanto Dios decidiera. ¿Su destino? De pronto volvió a oír las pisadas misteriosas que le habían seguido durante tanto tiempo, implacables. Aguzó el oído. Aquellos pasos era rápidos, pesados, decididos, pero ahora ya no caminaban detrás de él sino delante, señalándole el camino... «Mejor —pensó—, mejor... Ahora no podré extraviarme...»

Se regocijó y alargó el paso. Le pareció que las pisadas se apresuraban y él se apresuró a su vez. Avanzaba tropezando con las piedras, saltando los pozos. Corría. «¡Vamos! ¡Vamos!» murmuraba al guía invisible y continuaba caminando. De pronto lanzó un grito. Sintió terribles dolores en las manos y en los pies como si se los traspasaran con clavos. Se dejó caer en una piedra; perlas frías de sudor bañaban su frente... Durante algunos instantes su espíritu vaciló. La tierra se abrió bajo sus pies y ante él se desplegó un mar negro, salvaje y desierto. Sólo navegaba allí una barquita roja con las velas hinchadas... Jesús la miraba, la miraba y sonreía. «Es mi corazón —murmuró—, es mi corazón...» Había recobrado la confianza y sus dolores se calmaban; cuando llegaron los discípulos le hallaron sentado tranquilamente en la piedra, sonriente.

—¡Caminemos más rápido, compañeros! —dijo al tiempo que se levantaba.

XXI

Dícese del día del sábado que es un joven bien alimentado que descansa en las rodillas de Dios. Junto con él descansan las aguas, las aves no construyen nidos y los hombres no trabajan. Se visten, se adornan y van a la sinagoga, donde el rabino desenrolla el manuscrito sagrado en que está escrita en letras rojas y negras la Ley de Dios y donde los sabios buscan y encuentran, bajo cada palabra, bajo cada sílaba, con suma habilidad, la voluntad de Dios.

Era el día del sábado y los fieles de Israel salían de la sinagoga de Nazaret, con los ojos aún deslumbrados por las visiones que había hecho aparecer ante ellos el anciano rabino Simeón. La luz que hería sus ojos era tan violenta que todos tropezaban como ciegos; se dispersaban por la plaza de la aldea y avanzaban a paso lento bajo las grandes palmeras, para recobrar el equilibrio de su espíritu.

Aquel día el rabino había abierto las Escrituras al azar y había dado con las profecías de Nahúm. También había dejado caer al azar el dedo y había dado con estas palabras sagradas: «¡He aquí por los montes los pies del mensajero de buenas nuevas, el que anuncia la paz!» El viejo rabino las leyó, las releyó y se inflamó.

—¡Es el Mesías! —exclamó—. ¡Ya llega! Mirad a vuestro alrededor, mirad dentro de vosotros; por doquiera hallaréis signos de su venida. Dentro de nosotros se agitan la cólera, la vergüenza y la esperanza y se alza el grito: «¡Basta ya!» Mirad a vuestro alrededor: Satán está sentado en el trono del Universo; en una de sus rodillas sostiene y mima al cuerpo del hombre, que está corrompido; en la otra, al alma del hombre, que está prostituida. He aquí que llegan los tiempos anunciados por los profetas, que son la voz de Dios. Abrís las Escrituras, ¿qué leéis? «¡Llegará el fin del mundo cuando Israel sea arrojado de su trono y los bárbaros pisoteen nuestra santa tierra!» ¿Qué más leéis en las Escrituras? «El último rey será licencioso, inicuo y ateo; sus hijos serán indignos y la corona resbalará de la cabeza de Israel.» Conocemos al rey licencioso e inicuo: es Herodes. Yo lo vi con mis propios ojos cuando me llamó a Jericó para que lo curara; yo conocía plantas secretas, las llevé conmigo y me presenté ante él. Desde entonces, no pude comer carne porque había visto que su carne se descomponía; no pude beber vino porque vi su sangre llena de gusanos. Y el hedor que todo él despedía aún lo siento después de más de treinta años... Ha muerto. Su pellejo está podrido. Sus hijos no son sino insignificantes restos indignos. La corona real ha resbalado de sus cabezas. ¡Cumplidas las profecías, ha llegado el fin del mundo! Una voz resonó a orillas del Jordán: «¡Ya llega!» Un grito retumba en nuestras entrañas: «¡Ya llega!» Hoy abrí las Escrituras y las letras se juntaron y gritaron: «¡Ya llega!» Soy muy viejo. Mis ojos están borrosos, mis dientes se caen, mis rodillas se paralizan. ¡Pero me regocijo! Me regocijo porque Dios cumplirá la promesa que me hizo: «No morirás, Simeón, antes de haber visto al Mesías.» Cuanto más me acerco a la muerte más se acerca el Mesías a nosotros. ¡Animo, hijos míos! La servidumbre no existe. No existen Satán ni los romanos. Sólo existe el Mesías y ya llega. ¡Hombres, tomad las armas y partid a la guerra! ¡Mujeres, encended vuestras lámparas porque el novio se acerca! No sabemos ni la hora ni el instante en que se presentará. Quizá sea hoy, quizá sea mañana. ¡Permaneced vigilantes! Oigo en las montañas vecinas el ruido de sus pisadas y el de las piedras que se desmoronan a su paso. Ya llega. ¡Salid, que quizá lo veáis!

El pueblo salió de la sinagoga y se dispersó bajo las altas palmeras. Trataban de olvidar las palabras del anciano rabino, que habían encendido ardientes llamas en sus pechos, para que sus almas pudieran instalarse de nuevo en las preocupaciones cotidianas... Y mientras paseaban y esperaban impacientemente el mediodía para volver a sus casas y olvidar las palabras sagradas discutiendo y comiendo, he aquí que apareció el hijo de María con las vestiduras desgarradas, descalzo y despidiendo relámpagos por los ojos. Tras él, intimidados, temerosos, apretados unos contra otros, iban los cuatro discípulos y, cerrando la marcha y apartado del grupo, caminaba el pelirrojo Judas con el rostro duro y la mirada sombría.

Las buenas gentes se quedaron estupefactas. ¿De dónde venían aquellos andrajosos? ¿No era el hijo de María el que encabezaba el grupo?

—Mira cómo camina. Extiende y agita los brazos como si fueran alas. Dios le infló el cerebro e intenta volar.

—Se sube a una piedra y hace un ademán. Se dispone a hablar.

—¡Acerquémonos! Será divertido.

Jesús, en efecto, se había subido a una piedra, en el centro de la plaza. La multitud lo rodeó, riendo. Celebraban que aquel iluminado hubiera ido para hacerles olvidar las duras palabras del rabino. «¡Estamos en pie de guerra!—había dicho—. ¡Permaneced vigilantes! ¡Ya llega!» Hacía infinidad de años que aquel estribillo del rabino resonaba en sus oídos, y ya estaban hartos. Pero ahora, ¡alabado sea Dios!, el hijo de María iba a divertirles.

Jesús agitaba los brazos y con señas invitaba a todos a reunirse a su alrededor. La plaza se llenó de barbas, de mantos listados y de gorros guarnecidos con piel. Algunos mascaban dátiles para distraer el hambre, otros, semillas de girasol, y los más ancianos y piadosos desgranaban largos rosarios cuyas cuentas eran nudos de tejido azul, cada uno de los cuales contenía una frase de las Santas Escrituras.

Los ojos de Jesús relampagueaban y su corazón no sentía temor alguno ante tanta gente. Dijo:

—Hermanos, abrid los oídos, abrid los corazones, escuchad lo que os diré. Isaías exclama: «El espíritu del Señor Yahveh está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahveh. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad...» El día profetizado ha llegado, hermanos, y el Dios de Israel me ha enviado para traer la buena nueva. He sido ungido lejos de aquí, en el desierto de Idumea. ¡De allá vengo! Me confió el Gran Secreto; lo recibí, crucé llanuras y montañas... ¿no habéis oído mis pisadas en las montañas?... Y he venido aquí, a la aldea donde nací, para proclamar la feliz nueva. ¡Ha llegado el reino de los cielos!

Un anciano con doble joroba, como los camellos, levantó el rosario y soltó una risita.

—Lo que dices no son más que palabras vagas, hijo del carpintero, palabras vagas. ¡Estamos hartos del reino de los cielos, de la justicia y de la libertad! ¡Queremos milagros, milagros! Aquí y ahora. Haz milagros si quieres que creamos en ti. De lo contrario, ¡cállate!

—¡Todo es un milagro, anciano! —respondió Jesús—. ¿Por qué pides más? Baja la mirada: la más humilde brizna de hierba está asistida por un ángel de la guarda que la ayuda a crecer. Alza los ojos al cielo... ¿no es un milagro el cielo estrellado? Y si cierras los ojos, anciano ¿no te parece milagroso el mundo que está dentro de ti? ¡Nuestro corazón es un cielo tachonado de estrellas!

Lo escuchaban confusos, y se miraban unos a otros.

—¿No es acaso el hijo de María? ¿Cómo es posible que hable con tanta autoridad?

—Por su boca habla el demonio. ¿Dónde están sus hermanos?, ¿por qué no le atan y le impiden morder?

—Va a hablar... ¡Callad!

—Se avecina el día del Señor, hermanos. ¿Estáis preparados? Sólo quedan pocas horas; llamad a los pobres y repartid vuestros bienes. ¿Por qué os apegáis a los bienes de la tierra? ¡Ya llega el fuego que los quemará! Antes del reino de los cielos vendrá el reino del fuego. En el día del Señor las piedras con que están construidas las casas de los ricos se alzarán y se desplomarán para aplastar a los amos. Las monedas de oro enterradas en los cofres comenzarán a sudar y en ellas se verá correr el sudor y la sangre de los pobres. Los cielos se abrirán, habrá un diluvio de fuego y la nueva Arca navegará sobre las llamas. ¡Yo tengo las llaves que abren el Arca! ¡Yo elijo! Hermanos nazarenos, comienzo por vosotros, sois los primeros invitados. Venid, entrad. ¡Ya descienden las llamas de Dios!

—¡Fuera de la aldea! ¡Fuera de la aldea! ¡De modo que el hijo de María viene a salvarnos! —El pueblo comenzó a abuchearlo entre grandes risotadas. Algunos se agacharon y cogieron piedras.

Desde el extremo de la plaza llegó corriendo Felipe, el pastor. Había oído decir que sus amigos habían llegado y venía a buscarlos. Mostraba los ojos hinchados y completamente enrojecidos, como si hubiera llorado mucho, y las mejillas hundidas. El mismo día en que se había despedido, a Orillas del lago, de Jesús y sus compañeros y les había gritado riendo: «No voy con vosotros. Tengo ovejas, ¿cómo voy a abandonarlas?», un grupo de bandidos había bajado del Líbano y se las había robado. Sólo le quedaba el cayado. Siempre lo llevaba consigo y recorría como un rey destronado las aldeas y las montañas, buscando aún sus ovejas. Blasfemaba y amenazaba, afilaba un gran puñal y decía que partiría para el Líbano. Pero cuando se quedaba solo de noche, lloraba. Ahora corría para reunirse con sus viejos amigos, contarles sus penas e invitarles a que fueran todos juntos al Líbano. Oyó las risas y los gritos.

—¿Qué ocurre? —murmuró—. ¿Por qué se ríen?

Se acercó. Jesús se había enfurecido y decía:

—¿Por qué reís? ¿Por qué recogéis piedras para arrojarlas al Hijo del hombre? ¿Por qué estáis orgullosos de vuestras casas, de vuestro olivos y de vuestras viñas? ¡No son más que cenizas! ¡Cenizas! ¡Y vuestros hijos y vuestras hijas no son más que cenizas! ¡Las llamas se precipitarán como poderosos bandidos desde la cumbre de las montañas para robaros las ovejas!

«¿Qué bandidos, qué ovejas? ¿Y qué son esas llamas que nos anuncia?», murmuró Felipe, que escuchaba con la barbilla apoyada en el bastón.

Jesús hablaba; continuaba llegando gente sin cesar desde los barrios pobres. Habían oído decir que había aparecido un nuevo profeta, que redimía a

los pobres, y habían acudido. Al parecer, tenía en una mano el fuego del cielo, para quemar a los ricos, y en la otra una balanza para distribuir sus bienes entre los menesterosos. Era un nuevo Moisés que traía una Ley nueva y más justa. Le escuchaban hechizados. ¡Había llegado, estaba allí el reino de los pobres! Y cuando Jesús volvió a despegar los labios, cuatro brazos cayeron sobre él, lo asieron, lo bajaron de la piedra y una gruesa soga se arrolló prestamente a su cuerpo. Jesús se volvió y vio a sus hermanos, los hijos de José: el cojo Simón y el beato Santiago.

—¡A casa! ¡A casa, poseso! —le gritaban y lo arrastraban con furia.

—No tengo casa, dejadme. ¡Esta es mi casa y estos son mis hermanos! —exclamó Jesús, señalando a la multitud.

—¡A casa! ¡A casa! —exclamaban a su vez los ricos, riendo. Uno de ellos alzó la mano y lanzó la piedra que empuñaba; el proyectil dio en la frente de Jesús, de la que manaron algunas gotas de sangre. El viejo jorobado se echó a gritar:

—¡Muera! ¡Muera! Es brujo; hace sortilegios. ¡Conjura al fuego a que venga a quemarnos… y el fuego vendrá!

—¡Muera! ¡Muera! —Ahora los gritos se alzaban desde todas partes. Intervino Pedro:

—¡Es una vergüenza! —gritó—. ¿Qué os ha hecho? ¡Es inocente!

Un mocetón se arrojó sobre él:

—¡Y tú también! Me parece que viniste con él, ¿no es cierto? —gritó, al tiempo que lo cogía por el pescuezo.

—¡No! ¡No! —aulló Pedro— ¡No, no vine con él! —Esforzábase por desasirse de la mano que lo aferraba.

Los otros tres compañeros de Jesús estaban confundidos y no sabían qué hacer. Santiago y Andrés calculaban sus fuerzas y los ojos de Juan se habían arrasado de lágrimas. Pero Judas se abrió camino con los codos entre la multitud, liberó al maestro de los dos hermanos enfurecidos y desenrolló la soga.

—¡Idos! —les gritó—. ¡Ahora os la veis conmigo! ¡Fuera!

—¡Ve a tu país a dar órdenes! —rugió el cojo Simón.

—¡Doy órdenes en todas partes donde estoy, tullido! ¡Para eso tengo buenos brazos! —Se volvió hacia los cuatro discípulos y les dijo—: ¿No tenéis vergüenza? Ya habéis renegado de él. ¡Adelante, rodeémosle! ¡Que nadie lo toque!

Los cuatro discípulos se avergonzaron y los pobres y andrajosos intervinieron a su vez:

—¡Estamos con vosotros, hermanos! —exclamaron—. ¡Los venceremos!

—¡Yo también estoy con vosotros! —dijo una voz salvaje, la de Felipe, que hacía girar el bastón y apartaba a la multitud para abrirse paso—. ¡Me uno a vosotros, hermanos!

—¡Eres bienvenido, Felipe! —le respondió el pelirrojo—. ¡Ven con nosotros! Los pobres y oprimidos debemos unirnos.

Al ver a los pobres de la aldea alzar la cabeza, los ricos se enfurecieron. «El hijo de María quiere levantar a los pobres contra los ricos e invertir el orden del mundo. Al parecer, trae una nueva ley. ¡Muera! ¡Muera!»

Se enardecieron y avanzaron hacia él, unos con bastones, otros con cuchillos y otros con piedras. Los ancianos se quedaban atrás y aullaban para infundir valor a los otros. Los amigos de Jesús se atrincheraron tras los álamos y al borde de la plaza, y otros salieron al encuentro de los atacantes. Jesús avanzó hasta colocarse entre los dos campos; extendió entonces los brazos y exclamó:

—¡Hermanos! ¡Hermanos!

Pero nadie le escuchaba. Las piedras volaban y los primeros heridos gemían.

Una mujer salió precipitadamente de una callejuela. Llevaba el rostro envuelto en un pañuelo violeta. Sólo se veían la mitad de la boca y los grandes ojos negros anegados en lágrimas.

—¡En el nombre del cielo! —gritó con voz débil—, no le matéis.

—¡María! —gritaron algunas voces—. ¡Su madre!

Pero los ancianos estaban muy ocupados para compadecer a la madre. Parecían perros rabiosos.

—¡Muera! ¡Muera! —rugían—. Intenta soliviantar al pueblo;

fomenta una revolución para repartir nuestros bienes entre los andrajosos. ¡Muera!

Los dos bandos se habían trabado ahora en una lucha cuerpo a cuerpo. Los dos hijos de José rodaban por tierra y gritaban. Santiago había cogido una piedra y les había hendido el cráneo. Judas había desenvainado el puñal y, delante de Jesús, impedía que se le acercaran. Felipe había pensado en sus ovejas, su mirada se había ensombrecido y descargaba ahora el bastón sobre los cráneos como un loco furioso.

—¡En el nombre del cielo! —repitió la voz de María—. ¡Está enfermo! ¡Su cerebro se perturbó, tened piedad de él!

Pero su voz se perdía. Judas había asido al mocetón más robusto y ya iba a degollarlo con el puñal cuando Jesús frenó su brazo:

—¡Hermano Judas! —exclamó—. ¡No derrames sangre! ¡No derrames sangre!

—¿Y qué quieres que derrame? ¿Agua? —dijo el pelirrojo, furioso—. Empuñas el hacha, ¿o la olvidaste? ¡Ha llegado la hora!

El propio Pedro, irritado por el golpe que había recibido, cogió una gran piedra y se arrojó sobre los ancianos. María se acercó a su hijo en medio de la riña. Lo tomó de la mano y le dijo:

—Hijo mío, ¿qué te ocurre? ¿Cómo has llegado a esto? Ven a casa para lavarte, cambiar de vestiduras y ponerte tus sandalias. Te has ensuciado, hijo mío.

—No tengo casa —dijo—. No tengo madre. ¿Quién eres?

La madre estalló en sollozos y se clavó las uñas en las mejillas; nada dijo. Pedro lanzó la enorme piedra, la cual cayó en el pie del viejo jorobado y lo aplastó; el herido aulló de dolor y se arrastró cojeando por las calles hasta la casa del rabino. En aquel instante hacía su aparición el rabino, jadeante. Había oído el tumulto y había abandonado precipitadamente las Santas Escrituras, en las que estaba sumergido hasta el cuello intentando desentrañar la voluntad de Dios a través de las letras y las sílabas. Apenas oyera el ruido de la batalla, había empuñado el cayado sacerdotal y había corrido para enterarse de qué se trataba.

En el camino se había encontrado algunos heridos que le habían puesto al corriente de todo. Apartó a la multitud y llegó ante el hijo de María.

—¿Qué significa esto, Jesús? —le dijo severamente—. ¿Y eres tú quien trae el amor? ¿Es éste el amor que traes? ¿No tienes vergüenza?

Se volvió hacia el pueblo y dijo:

—Retornad a vuestras casas. Es mi sobrino, y el desdichado está enfermo desde hace años. No le guardéis rencor por lo que dijo; perdonadle. No es él quien habla; es otro quien habla por su boca.

—¡Dios! —dijo Jesús.

—Calla —dijo el rabino tocándole con el cayado sacerdotal a modo de reconvención.

Dirigióse nuevamente al pueblo:

—Dejadlo, hijos míos. No le guardéis rencor porque no sabe lo que dice. Todos nosotros, tanto pobres como ricos, somos de la simiente de Abraham. No luchéis. Es mediodía, retornad a vuestras casas. Yo me encargaré de este desdichado.

Volviéndose hacia María, le dijo:

—María, ve a tu casa. Nosotros nos reuniremos pronto contigo.

La madre lanzó una última mirada apasionada a su hijo, como si se despidiera de él para siempre. Suspiró, mordió el pañuelo y desapareció en las estrechas callejuelas.

Las nubes habían invadido el cielo mientras los hombres peleaban, y la lluvia estaba a punto de caer para refrescar la tierra. Levantóse viento. Las últimas hojas de los plátanos y las higueras se desprendían y se dispersaban. La multitud había abandonado la plaza. Jesús se volvió hacia Felipe y le tendió la mano.

—Hermano Felipe —dijo—, bienvenido.

—Celebro reunirme contigo, maestro —respondió el otro, estrechándole la mano. Le entregó el cayado y le dijo—: Tómalo y apóyate en él.

—Compañeros de lucha ¡vámonos! —dijo Jesús—. Sacudid el polvo de vuestros pies. Adiós, Nazaret.

—Os acompañaré hasta el extremo de la aldea —dijo el anciano rabino— para que nadie os haga daño.

Tomó a Jesús de la mano y los dos abrieron la marcha. El anciano rabino sentía en la suya la mano ardiente de Jesús.

—Hijo mío —dijo—, no cargues sobre ti las preocupaciones de los otros porque te devorarán.

—No tengo preocupaciones propias, anciano. ¡Que las otras me devoren! —respondió Jesús—.

Llegaron al extremo de Nazaret y aparecieron las huertas y, más allá, los campos. Los discípulos se detuvieron unos instantes para lavarse las heridas en una fuente. Iban con ellos muchos tullidos e indigentes y dos ciegos. Esperaban que el nuevo profeta obrara un milagro. Todos hablaban a la vez, excitados y alegres, como si volvieran de una gran batalla.

Pero los cuatro discípulos marchaban silenciosos, inquietos; tenían prisa por reunirse con el maestro para que éste les consolara. ¡Nazaret, su patria, los había recibido a pedradas y los había expulsado! ¡La gran aventura comenzaba mal! «¿Y si nos arrojan de Cana —pensaban—, de Cafarnaum y de todo el lago de Genezaret? ¿Qué será de nosotros? ¿Adonde iremos? ¿Dónde proclamaremos la palabra de Dios? Si el pueblo de Israel nos rechaza y nos menosprecia, ¿hacia quién nos dirigiremos? ¿Hacia los infieles?»

Miraban al maestro pero ninguno de ellos despegaba los labios. Jesús vio miedo en sus ojos y tomó la mano de Pedro:

—Pedro, hombre de poca fe —dijo—, veo un animalejo negro agazapado y con el pelo erizado en las pupilas de tus ojos; tiembla. Es el Miedo. ¿Sentiste miedo?

—Cuando estoy lejos de ti, maestro, tengo miedo. Por eso me acerqué ahora a ti, por eso todos nos hemos acercado a ti. Háblanos y conforta nuestro corazón.

Jesús sonrió y dijo:

—Cuando me inclino sobre el fondo de mi alma, la verdad sale de mí, no sé por qué ni cómo, bajo la apariencia de un cuento. Me expresaré, pues, una vez más, valiéndome de una parábola. Un día un gran señor casaba a su hijo y ordenó que se preparara una regia comida en su palacio. Una vez muertos los toros y preparadas las mesas, envió a sus servidores a casa de los invitados, para decirles: «Todo está dispuesto; venid, si os place, a la boda.» Pero cada uno de los invitados encontró un pretexto para no acudir: «Compré un campo y debo ir a verlo», dijo uno de ellos. «Acabo de. casarme y no puedo ir», dijo otro. «Compré cinco yuntas de bueyes y voy a probarlos», alegó un tercero... Los servidores retornaron al palacio y dijeron a su amo: «Ninguno de los invitados puede venir. Dicen que están ocupados.»

El señor montó en cólera y dijo: «Corred a las plazas y a las encrucijadas, reunid a los pobres, los cojos, los ciegos, los lisiados y traedlos aquí. Invité a mis amigos y se niegan a venir; llenaré mi casa con los que no han sido invitados para que coman, beban y se regocijen en las bodas de mi hijo.»

Jesús calló. Había comenzado hablando en un tono apacible, pero a medida que avanzaba en el relato, pensaba en los nazarenos y en los hebreos y la cólera se encendía en sus ojos. Los discípulos lo miraban, confusos.

—¿Quiénes son los invitados y quiénes los que no lo son? ¿Cuál es la boda? No comprendemos; perdónanos, maestro —dijo Pedro, rascándose desesperadamente la cabezota.

—Comprenderéis —dijo Jesús— cuando llame a los invitados para que entren en el Arca y ellos se nieguen a acudir porque tendrán que atender sus viñas, hacer compañía a sus mujeres y porque sus ojos, sus oídos, sus narices y sus manos son cinco yuntas de bueyes que ladran... ¿y qué ladran? El Infierno.

Lanzó un suspiro. Miró a sus compañeros y sintió que estaba completamente solo en el mundo.

—Hablo —murmuró—, ¿pero a quién hablo? Hablo y mis palabras se las lleva el viento; yo soy el único que las oye. ¿Cuándo tendrá oídos el desierto para oírme?

—Perdónanos, maestro —volvió a decir Pedro—. Nuestro cerebro es un puñado de barro. Ten paciencia, que ya florecerá.

Jesús se volvió y miró al anciano rabino, pero éste conservaba la mirada clavada en el suelo; había adivinado el terrible sentido de la parábola de Jesús, y sus ojos desprovistos de pestañas estaban arrasados de lágrimas.

A la salida de Nazaret, frente a una casucha de toscas tablas, estaba el aduanero que cobraba los impuestos; se llamaba Mateo. Todas las mercaderías que entraban o salían pagaban impuesto a tos romanos. Mateo era rechoncho y de tez amarillenta; tenía manos blandas y amarillas, dedos manchados de tinta, grandes orejas velludas y una vocecilla aguda como la de un eunuco. Toda la aldea lo detestaba y sentía horror por él; nadie le tendía la mano y, cuando los transeúntes pasaban ante la choza, desviaban la cabeza. ¿Acaso las Escrituras no decían: «Sólo debemos pagar el impuesto a Dios y no a los hombres»? Y aquel hombre era recaudador al servicio del tirano, pisoteaba la Ley, vivía de la ilegalidad. Contaminaba el aire a siete leguas a la redonda.

—Apuremos el paso, compañeros —dijo Pedro—. Retened el aliento y desviad la cabeza.

Pero Jesús se detuvo. Mateo, en pie a la puerta de la choza, empuñaba la caña de escribir, respiraba entrecortadamente y no sabía qué hacer: no se atrevía a quedarse allí pero tampoco quería entrar en la choza. Hacía mucho tiempo que ardía en deseos de ver de cerca al nuevo profeta que proclamaba la hermandad de todos los hombres ¿No había dicho un día: «Dios ama más al pecador que se arrepiente que al hombre que nunca pecó»? Y en otra ocasión había dicho: «No he venido al mundo para los virtuosos sino para los pecadores. Con ellos me agrada hablar y comer.» Y otro día, en que le preguntaron: «Maestro, ¿cuál es el nombre del verdadero Dios?», había respondido: «Amor.»

Durante muchos días y noches, Mateo había pensado en aquellas palabras. Decía, lanzando suspiros: «¿Cuándo lo veré para caer a sus pies?» Y ahora que estaba ante él no osaba alzar los ojos y mirarlo; permanecía allí con la cabeza gacha, inmóvil, esperando. ¿Qué esperaba? Jesús iba a partir y lo perdería para siempre.

Jesús avanzó hacia él y le dijo en voz baja, con tal dulzura que el publicano sintió derretírsele el corazón:

—Mateo... —el aduanero levantó los ojos; Jesús estaba ante él y lo miraba. Su mirada, dulce y todopoderosa, penetraba en las entrañas del publicano, cuyo corazón se apaciguaba y cuyo espíritu se iluminaba. Antes, el fondo de su ser tiritaba y ahora el sol caía sobre él y lo calentaba. ¡Qué alegría, qué certeza, qué reconciliación! ¡Era el mundo tan simple, y tan fácil la salvación!

Mateo entró, cerró los registros, tomó un cuaderno en blanco y se lo puso bajo el brazo, colgó del ceñidor el tintero de bronce y se colocó la caña de escribir en la oreja. Luego sacó la llave del ceñidor, cerró y la arrojó a la huerta. Cuando terminó se acercó a Jesús. Sus rodillas temblaban y se detuvo. ¿Debía acercársele o no? ¿Le tendería la mano el maestro? Alzó los ojos, miró a Jesús como si le implorara: «¡Ten piedad de mí!» Jesús le sonrió y le tendió la mano:

—Bienvenido, Mateo —dijo—. Ven conmigo.

Los discípulos, perplejos, se apartaron. El anciano rabino se inclinó al oído de Jesús y dijo:

—¡Pero, hijo mío!... ¡Es un publicano! Has cometido una grave falta; debes obedecer la Ley.

—Anciano —respondió Jesús—, obedezco a mi corazón.

—Salieron de Nazaret y pronto dejaron atrás los huertos y llegaron a los campos. Soplaba un viento frío. A lo lejos resplandecía el monte Hermón, salpicado por las primeras nieves.

El rabino cogió de nuevo la mano de Jesús; no quería separarse de él sin antes "haberle hablado... Pero ¿qué podía decirle? ¿Por dónde comenzar? Al parecer, Dios le había confiado en el desierto de Idumea el fuego, que llevaba en una mano, y la simiente, que llevaba en la otra. ¿Será él quien haya de quemar el mundo para sembrar otro mundo nuevo?... El rabino miraba a Jesús a hurtadillas. ¿Debía creerle? ¿Acaso las Escrituras no dicen que el Elegido de Dios se parece a un árbol raquítico crecido entre las piedras y despreciado y abandonado por los hombres? «Quizá, quizá sea éste...», pensaba el anciano. Se apoyó en Jesús y le preguntó en voz baja para que no le oyeran los otros:

—¿Quién eres?

—Vives cerca de mí desde hace tanto tiempo, desde el día en que nací, tío Simeón, ¿y aún no me reconoces?

El anciano Simeón se sobresaltó y murmuró:

—Es más de lo que mi espíritu puede concebir, más de lo que puede concebir...

—¿Y tu corazón, tío Simeón?

—No lo escucho, hijo mío. Precipita al hombre en el abismo.

—En el abismo de Dios, le lleva a la salvación —dijo Jesús mirando al rabino compasivamente. Luego, al cabo de un momento, añadió—: ¿Te acuerdas, padre, de lo que vio en sueños el profeta Daniel en Babilonia? Es el sueño de la tribu de Israel. El Anciano de los Días estaba sentado en su trono; sus vestiduras eran blancas como la nieve y sus cabellos semejaban un vellón de carnero blanco. El trono estaba hecho de llamas y un río de fuego corría a sus pies. A su derecha y a su izquierda se sentaron los Jueces. Y entonces los cielos se abrieron y ¿quién descendió sobre una nube? Lo recuerdas sin duda, padre.

—El Hijo del hombre —respondió el viejo rabino, que desde hacía muchos años se alimentaba con aquel sueño. Hasta él mismo lo había visto en sueños.

—¿Y quién es ese Hijo del hombre, padre?

Las rodillas del viejo flaquearon. Miró espantado a Jesús.

—¿Quién? —murmuró, suspendido de los labios de Jesús—. ¿Quién?

—Yo —respondió Jesús con calma y posó la mano en la cabeza del anciano, como para bendecirlo.

El viejo rabino quiso hablar, pero sus labios no se juntaban.

—Adiós, padre —dijo Jesús, tendiéndole la mano—. Se te ha concedido el privilegio de ver, antes de morir, lo que deseaste apasionadamente durante toda tu vida. ¡Dios cumplió su promesa, anciano Simeón!

El rabino permaneció inmóvil, abrió desmesuradamente los ojos y lo miró... ¿Qué era aquel mundo que le rodeaba: tronos, alas, relámpagos blancos, nubes que descendían, y el Hijo del hombre sobre las nubes? ¿Soñaba? ¿Era quizás el profeta Daniel, y las puertas del futuro se habían abierto ante él y veía? Allí no

había tierras, sino nubes. ¡Y aquel joven que le había tendido la mano y le sonreía no era el hijo de María, sino el Hijo del hombre!

Sintió vértigo. Plantó el báculo en el suelo, se apoyó en él para no caer y miró. Miraba a Jesús que se alejaba con su cayado de pastor bajo los árboles otoñales. El cielo estaba bajo y ya no podía contener la lluvia, que comenzaba a caer. Pronto las vestiduras del viejo rabino quedaron empapadas; se le pegaban al cuerpo; el agua chorreaba de sus cabellos y tiritaba. Pero aún permanecía en medio del camino, inmóvil, cuando Jesús, seguido de sus compañeros, ya había desaparecido entre los árboles. Bajo la lluvia y azotado por el viento, el anciano rabino continuaba viendo a aquellos hombres andrajosos y descalzos que marchaban, que subían... ¿Adonde iban? ¿Eran aquellos andrajosos, aquellos hombres descalzos, aquellos analfabetos los que prenderían fuego al mundo? Los designios de Dios son un abismo...

—Adonay, Adonay... —murmuró, y comenzaron a rodar lágrimas por sus mejillas.

XXII

Roma impera sobre las naciones; abre sus brazos todopoderosos e insaciables y recibe los navíos, las caravanas, los dioses y las cosechas de toda la tierra y de todos los mares. No cree en Dios y recibe en su corte, con irónica condescendencia, a todos los dioses: de la remota Persia, adoradora del fuego, a Mitra, hijo de Ahura-Mazda, cuyo rostro es un sol, montado en el toro sagrado que va a ser degollado; del país del Nilo, de mamas fecundas, a Isis, que busca en primavera, en los campos florecidos, los catorce trozos de su hermano y esposo Osiris, descuartizado por Tifón; de Siria, en medio de lamentos desgarradores, al maravilloso Adonis; de Frigia, tendido sobre un sudario y cubierto de violetas marchitas, a Atis; de la impúdica Fenicia, a Astarté, la de los mil esposos...; en suma, a todos los dioses y demonios de Asia y África; y de Grecia, al Olimpo de nevadas cumbres y al negro Hades.

Recibe a todos los dioses y abre todos los caminos; libra al mar de piratas y a la tierra de bandidos. Lleva al mundo el orden y la paz. Por encima de ella no hay nadie, ni siquiera Dios, y bajo ella están todos: dioses y hombres, ciudadanos y esclavos romanos. El Tiempo se enrolla en su mano como un manuscrito primorosamente iluminado. El Tiempo y el Espacio. «Soy eterna —dice altivamente, acariciando al águila de dos cabezas que plegó las alas ensangrentadas y descansa a los pies de su ama—. ¡Qué esplendor, qué alegría inalterable! ¡Soy todopoderosa e inmortal», piensa Roma. Y una ancha sonrisa se difunde por su rostro carnoso y cargado de afeites.

Sonríe, satisfecha, y ni siquiera se le ocurre pensar para quién abrió las rutas de la tierra y del mar, para quién se esforzó durante tantos siglos por llevar al mundo la paz y la seguridad. ¿Para quién triunfaba, concebía leyes, se enriquecía, se extendía por toda la tierra? ¿Para quién?

Para el hombre descalzo que ahora recorre el camino desierto que une Nazaret con Cana, seguido de una multitud de indigentes. No tiene techo bajo el cual cobijarse de noche, nada tiene para vestirse ni para comer. Todas sus despensas, todos sus caballos y sus ricas vestiduras de seda están aún en el cielo. Pero comienzan ya a descender a la tierra.

Avanza en medio del polvo y entre piedras, sus pies sangran, empuña su humilde cayado de pastor y por algunos instantes se detiene, se apoya en él y, silencioso, recorre con la mirada las montañas que lo rodean, y por encima de ellas ve una luz, que es Dios, que vigila desde lo alto a los hombres. Alza el cayado, lo saluda y continúa su camino.

Llegaban a Cana. En la entrada de la aldea, una mujer joven, con el vientre abultado, pálida, feliz, sacaba agua del pozo y llenaba su cántaro. La reconocieron; habían asistido a su casamiento el verano último y le habían deseado que tuviera un hijo.

—Dios ha escuchado nuestro voto —dijo Jesús sonriendo. La mujer enrojeció y les preguntó si tenían sed; no tenían sed y la mujer se puso el cántaro en la cabeza, entró en la aldea y desapareció.

Pedro se adelantó y comenzó a golpear en todas las puertas.

Corría de casa en casa, poseído por una misteriosa embriaguez; bailaba y gritaba:

—¡Abrid! ¡Abrid!

Las puertas se abrían y aparecían mujeres; caía la noche y los campesinos volvían de los campos y preguntaban, turbados:

—¿Qué ocurre, muchachos? ¿Por qué golpeáis las puertas?

—¡Ha llegado el día del Señor! —respondía Pedro—. ¡Se acerca el diluvio, y nosotros traemos la nueva Arca! ¡Entrad en ella todos los fieles! He aquí al maestro; él tiene la llave. ¡Apresuraos!

Las mujeres se conmovieron profundamente y los hombres se acercaron a Jesús. Estaba ahora sentado en una piedra y dibujaba con el cayado cruces y estrellas en la tierra.

Reuniéronse a su alrededor los enfermos de toda la aldea.

—Maestro, tócanos y cúranos. Dinos algunas palabras bondadosas para que olvidemos que somos leprosos, ciegos y lisiados.

Una anciana mujer de cuerpo esbelto y completamente vestida de negro exclamó:

—Tenía un hijo y lo crucificaron. ¡Resucítalo!

¿Quién era aquella anciana? Los campesinos se volvieron, asombrados. Ningún hombre de su aldea había sido crucificado. Miraron hacia el sitio de donde había partido el grito, pero la anciana había desaparecido en la penumbra crepuscular.

Inclinado, Jesús dibujaba cruces y estrellas y escuchaba el sonido de una trompeta de guerra que descendía desde la montaña de enfrente. Oyóse un ruido de pisadas acompasadas y bajo el sol del atardecer brillaron repentinamente escudos y cascos de bronce; los campesinos se volvieron y sus rostros se ensombrecieron.

—El maldito vuelve de la caza. Salió en busca de rebeldes.

—Trajo a nuestra aldea a su hija, que es paralítica, con la esperanza de que el aire puro la curara. Pero el Dios de Israel lleva registros, todo lo deja anotado y nada olvida. ¡La tierra de Cana la devorará!

—¡No gritéis, desdichados! ¡Ahí está!

Tres jinetes marchaban a la cabeza de la tropa; en el centro iba Rufo, el centurión de Nazaret. Clavó las espuelas al caballo y se acercó a la muchedumbre de campesinos, levantó el látigo y gritó:

—¿Por qué os habéis reunido? ¡Dispersaos! —su rostro mostraba aflicción; en pocos meses había envejecido y sus cabellos se volvían grises. Una mañana había hallado a su hija única paralítica en el lecho y esta pena lo quebrantaba. Hacía caracolear al caballo, dispersando a los campesinos, cuando de pronto vio a Jesús sentado en la piedra. Su rostro se iluminó; espoleó al caballo y se acercó a él:

—Hijo del carpintero —dijo—, eres bienvenido a tu regreso de Judea. A ti te buscaba.

Se volvió hacia los campesinos y les gritó:

—¡Debo hablar con él! ¡Fuera!

Vio a los discípulos e indigentes que le seguían desde Nazaret, reconoció a algunos de ellos y frunció el entrecejo.

—Hijo del carpintero —dijo—, tú has crucificado... Anda con cuidado, no sea que te crucifiquen a ti. No trates de sublevar al pueblo con ideas necias. Mi mano es pesada y Roma es inmortal.

Jesús sonrió; sabía que Roma no era inmortal, pero no dijo nada.

Los campesinos se dispersaron entre murmullos y se detuvieron algo más allá para mirar a los tres rebeldes que los legionarios habían apresado y a los que arrastraban, cargados de cadenas: un corpulento anciano de barba ahorquillada y sus dos hijos. Erguida la cabeza, los tres miraban por encima de los cascos romanos y no veían nada: sólo el Dios de Israel, encolerizado, flotaba en el aire.

Judas los reconoció; eran viejos compañeros de lucha y les hizo señas, pero ellos, cegados por el resplandor de Dios, no lo vieron.

—Hijo del carpintero —dijo el centurión, inclinándose sobre él desde el caballo—, hay dioses que nos detestan y nos matan, otros que no se dignan asomarse al mundo para mirarnos, y otros bondadosos y compasivos que curan a los desdichados mortales de sus enfermedades. Hijo del carpintero, ¿a qué clase pertenece tu Dios?

—No hay más que un Dios —respondió Jesús—. No blasfemes, centurión.

Rufo meneó la cabeza y dijo:

—No quiero entablar discusiones religiosas. Los judíos me repugnan y, perdóname, me cansáis repitiendo interminablemente las historias de vuestro Dios. Yo querría preguntarte una sola cosa: ¿tu Dios puede?...

Se detuvo. Le avergonzaba rebajarse a pedir un favor a un judío.

Pero enseguida apareció ante sus ojos una camita de virgen y, echado en ella, inmóvil, el cuerpo pálido de una joven con dos grandes ojos verdes que lo miraban, lo miraban y le suplicaban...

Hizo de tripas corazón, se inclinó aún más sobre Jesús y preguntó:

—¿Puede tu Dios, hijo del carpintero, curar enfermos?

Dirigió a Jesús una mirada de angustia.

—¿Puedes hacerlo? —volvió a preguntar, al ver que Jesús callaba.

Jesús se levantó lentamente de la piedra en que estaba sentado y se acercó al jinete.

—Los padres cometen faltas y los hijos las pagan. Tal es la ley de mi Dios.

—¡Es injusta! —exclamó el centurión, estremeciéndose.

—¡Es justa! —replicó Jesús—. El padre y el hijo forman una sola cepa; suben juntos al cielo y bajan juntos al infierno. Si le pegas a uno de ellos, hieres a los dos. Si uno de ellos se condena, los dos son torturados. Tú, centurión, nos persigues y nos matas, y el Dios de Israel hiere y paraliza a tu hija.

—Lo que dices es terrible, hijo del carpintero. Un día te oí hablar en Nazaret y tus palabras me parecieron más dulces y suaves de lo qué conviene a un romano, y ahora...

—Entonces hablaba del reino de los cielos, pero ahora hablo del fin del mundo. Después del día en que me oíste, centurión, el Juez se sentó en su trono, abrió los registros y llamó a la Justicia, que fue a colocarse a su lado, empuñando la espada.

—¿Entonces tu Dios no va más allá de la Justicia? —exclamó el centurión, exasperado—. ¿Se detiene en la justicia? ¿Qué significa entonces aquel nuevo mensaje que predicabas este verano en Galilea: Amor, Amor? Mi hija no necesita de la justicia de Dios: necesita de su amor. Busco un Dios que sobrepase la justicia y que pueda curar a mi hija. Por eso había enviado a mi gente en tu busca. El Amor, ¿me oyes? ¿Me oyes? Busco el Amor y no la justicia.

—Centurión romano, implacable y sin amor, ¿quién pone esas palabras en tu boca feroz?

—El amor que me inspira mi hija, el sufrimiento. Busco un Dios que cure a mi hija para creer en él.

—Felices los que creen en Dios sin necesidad de milagros.

—Felices, sí. Pero yo soy un hombre duro y escéptico. Vi muchos dioses en Roma; los tenemos por millares en nuestras jaulas.

—¿Dónde está tu hija?

—Aquí, en lo alto de la aldea.

—¡Vayamos allí!

El centurión se apeó del caballo y echó a andar junto a Jesús. Le seguían, a cierta distancia, los discípulos, y tras éstos avanzaba la muchedumbre de campesinos. En aquel instante salió Tomás de la cola de la columna de soldados, gozoso. Seguía a la tropa romana, a la que vendía a buen precio sus mercancías de pacotilla.

—¡Eh, Tomás! —le gritaron los discípulos—. ¿No quieres unirte a nosotros? Ahora verás el milagro y creerás.

—Primero quiero ver —respondió Tomás—; ver y tocar.

—¿Tocar qué, viejo majadero?

—La verdad.

—¡Gimo si la verdad tuviera cuerpo! ¡Qué tonterías dices, cabeza de chorlito!

—Si no tiene cuerpo, ¿cómo he de reconocerla? —dijo Tomás, con voz gutural—. Yo necesito tocar. No me fío de mis ojos ni de mis oídos. Sólo me fío de mis manos.

Llegaron a lo alto de la colina, donde había una casita alegre y enjalbegada.

Una niña de doce años, echada en un lecho blanco, abría sus grandes ojos verdes; vio a su padre y su rostro resplandeció. Su alma se debatió violentamente, esforzándose por levantar aquel cuerpo paralizado, pero no lo logró y la alegría se extinguió en su rostro. Jesús se inclinó sobre la niña y le tomó la mano. Toda su fuerza se concentró en su propia mano; toda su fuerza, todo su amor y toda su piedad. No hablaba. Clavaba la mirada en aquellos ojos verdes y sentía que su alma se le salía impetuosamente por la punta de sus dedos y entraba en el cuerpo de la niña.

Esta lo miraba apasionadamente, con la boca abierta, y le sonreía.

Los discípulos entraron en la habitación de puntillas, con Tomás a la cabeza, que llevaba el hatillo de mercancías a la espalda y la trompeta colgada del ceñidor. Alrededor de la casa, tanto en el huerto como en la estrecha callejuela, se agruparon los campesinos. Todo el mundo contenía el aliento y esperaba. Con

la espalda apoyada en la pared, el centurión miraba a su hija y se esforzaba por ocultar su nerviosismo.

Poco a poco, las mejillas de la niña recuperaban el color, su pecho se henchió y un dulce hormigueo le recorrió el cuerpo desde la mano hasta el corazón y desde el corazón hasta la planta de los pies. Sus entrañas se estremecían y susurraban como las hojas del álamo cuando se alza una ligera brisa. Jesús sentía latir la mano de la niña como un corazón, la sentía revivir en su propia mano. Entonces habló:

—¡Hija mía —le ordenó con ternura—, levántate y anda!

La joven se movió suavemente, como si desentumeciera sus miembros, se estiró como si se despertara; sus manos se apoyaron en la cama, levantaron su cuerpo, dio un salto y cayó en los brazos de su padre. Tomás abrió los ojos bizcos, adelantó la mano y tocó a la niña como si quisiera asegurarse de que era de carne y hueso. Los discípulos quedaron perplejos y se asustaron. El pueblo que rodeaba la casa rugió por unos instantes y en seguida calló, espantado. Oíase sólo la risa fresca de la niña, que abrazaba y besaba a su padre.

Judas se acercó al maestro. En su rostro furibundo se dibujaba una maligna expresión.

—Empleas —dijo— tu poder para curar a los infieles. Haces el bien a nuestros enemigos. ¿Es éste el fin del mundo que nos traes? ¿Son éstas las llamas purificadoras que nos anuncias?

Pero Jesús, que se encontraba muy lejos, por cielos oscuros, no le oyó. El se había espantado más que nadie al ver que la niña saltaba del lecho. Los discípulos lo rodearon y se pusieron a bailar: no podían contener la alegría. Habían hecho bien al abandonarlo todo para seguirle. No era un impostor; obraba milagros. Tomás pesaba con una balanza imaginaria. En un platillo había puesto sus baratijas y en el otro el reino de los cielos; los platillos oscilaron durante largo rato y acabaron por detenerse. El reino de los cielos era más pesado y constituía un negocio que daba excelentes beneficios. «Doy cinco y puedo ganar mil. ¡Adelante, en nombre de Dios!»

Se acercó al maestro y le dijo:

—Rabí, para complacerte repartiré mis mercancías entre los pobres. Te ruego que no lo olvides el día de mañana, cuando venga a la tierra el reino de los cielos. Todo lo sacrifico y te sigo. Hoy vi y toqué la verdad.

Pero Jesús estaba aún muy lejos; oyó todo aquello; pero no respondió.

—Sólo conservaré la trompeta —dijo el ex mercader—. La tocaré para reunir al pueblo. ¡Vendemos gratis nuevas mercaderías, mercaderías inmortales!

El centurión se acercó a Jesús estrechando aún a su hija.

—Hombre de Dios —dijo—, resucitaste a mi hija. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Liberé a tu hija de las cadenas de Satán —respondió Jesús—. Por tu parte, centurión, liberta a los tres rebeldes de las cadenas de Roma.

Rufo bajó la cabeza y suspiró:

—No puedo —murmuró, apenado—; de verdad, no puedo. He hecho un juramento al emperador romano, del mismo modo que tú lo has hecho al Dios que adoras. ¿Es lícito violar un juramento? Pídeme cualquier otra cosa. Pasado mañana partiré para Jerusalén y quiero darte lo que me pidas antes de irme.

—Centurión —respondió Jesús—, un día nos encontraremos en horas difíciles, en la santa Jerusalén. Entonces te pediré algo. Entretanto, espera.

Posó la mano durante largo rato en los cabellos rubios de la niña; cerró los ojos y sintió el calor de la cabeza, la suavidad de los cabellos, la dulzura de la mujer.

—Hija mía —dijo al fin, abriendo los ojos—, no olvides lo que te diré. Toma a tu padre de la mano y condúcele por el camino recto.

—¿Cuál es el camino recto, hombre de Dios? —preguntó la niña.

—El Amor.

El centurión impartió órdenes y se prepararon mesas para comer y beber.

—Os invito —dijo a Jesús y a sus discípulos—. Esta noche comeréis y beberéis en esta casa. Festejo la resurrección de mi hija. Hacía años que no conocía la alegría, pero hoy mi corazón desborda de gozo. ¡Seáis bienvenidos!

Se inclinó hacia Jesús y le dijo:

—Debo gratitud al Dios que adoras. Dámelo y lo enviaré a Roma para que figure entre los otros dioses.

—Irá solo —respondió Jesús, y salió al patio para aspirar aire fresco.

Caía la noche. Las estrellas comenzaron a encenderse en el cielo, y allá abajo, en la aldea, las lámparas también se encendieron e hicieron brillar los ojos de los hombres. Aquella noche las conversaciones cotidianas se elevaron de tono, pues los hombres sentían que Dios, como un león bondadoso, había entrado en la aldea.

Las mesas estaban dispuestas. Jesús se sentó en medio de sus discípulos y repartió el pan sin despegar los labios. Su alma, inquieta, batía aún las alas como si acabara de escapar a un gran peligro o como si hubiera obtenido una victoria inesperada. A su alrededor, los discípulos también callaban, pero sus corazones saltaban de alegría. Todo aquello del fin del mundo y del reino de los cielos no era un sueño, una ilusión, sino la pura verdad. ¡Y el hombre moreno y descalzo que estaba con ellos, que comía, hablaba, reía y dormía como todos los hombres, era verdaderamente el enviado de Dios!

Acabada la comida y cuando todos se acostaron, Mateo se sentó en el suelo bajo la lámpara, sacó de su camisa la libreta en blanco, empuñó la caña de escribir que llevaba en la oreja, se inclinó sobre el papel y permaneció durante largo tiempo pensativo. ¿Cómo, por dónde comenzar? Dios lo había puesto junto a aquel hombre santo para que registrara por escrito fielmente las palabras que pronunciaba y los milagros que obraba, de modo que no se perdieran en el vacío y así las generaciones futuras los conocieran y abrazaran también ellas el camino de la redención. Aquélla era, con toda seguridad, la misión que Dios le había confiado. Era instruido, y, por lo tanto, sobre él pesaba una gran responsabilidad.

Debía recoger con su caña de escribir cuanto iba a perderse y dejarlo registrado en el papel para hacerlo inmortal. No le importaba que inspirara horror a los discípulos y que éstos no quisieran dirigirle la palabra porque había sido publicano. Ahora él les demostraría que un pecador que se arrepiente vale más que un hombre que nunca pecó.

Metió la caña en el tintero de bronce; oyó un susurro de alas a su derecha, como si un ángel se acercara a su oído para dictarle, y comenzó a escribir con trazos firmes y rápidos: «Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró...»

Escribió, escribió hasta que apareció en oriente un resplandor blancuzco y resonó el canto del primer gallo.

Se pusieron en marcha. Tomás iba a la cabeza del grupo con su trompeta. La hacía sonar y despertaba a la aldea, al tiempo que gritaba: «Hasta la vista. Nos encontraremos en el reino de los cielos.» Tras él marchaban Jesús y sus discípulos con el tropel de andrajosos y lisiados que continuaban siguiéndoles desde Nazaret y Cana, y que esperaban. «No es posible —pensaban—; ha de llegar el día bendito en que se vuelva hacia nosotros para liberarnos del hambre y de la enfermedad.» Judas marchaba rezagado aquel día. Había encontrado una gran mochila y se detenía en las puertas de las casas para hablar con las mujeres. Rogaba y amenazaba a la vez:

—Nosotros —les decía— trabajamos por vosotras, para que os salvéis, desdichadas. Ayudadnos por vuestra parte a no morir de hambre. Los santos también necesitan comer para tener fuerzas y poder salvar a los hombres. Un trozo de pan, un puñado de aceitunas, un pedazo de queso, algunas uvas secas, dátiles, cualquier cosa. Dios lo anota en el registro y lo devuelve en el otro mundo. Si dais una aceituna, os devolverá un olivar.

Y si un ama de casa no estaba dispuesta a abrir su despensa, le gritaba:

—¿Por qué eres tan avara? Mañana, quizá pasado mañana, quizá esta noche, se abrirán los cielos. Todos tus bienes serán pasto de las llamas y sólo te quedará lo que hayas dado. ¡Y si te salvas, desdichada, se lo deberás al trozo de pan, a las aceitunas y a la botella de aceite que me hayas dado!

Las mujeres se asustaban, abrían las despensas y, antes de llegar Judas al extremo de la aldea, su mochila desbordaba de limosnas.

Había comenzado el invierno y la tierra tiritaba. Muchos árboles estaban desnudos y sentían frío. Otros, bendecidos por Dios, como el olivo, la datilera y el ciprés, conservaban intacta, tanto en verano como en invierno, su librea. Y cuando eran pobres, los hombres sentían frío como los árboles sin hojas. Juan había echado su manto de lana sobre los hombros de Jesús y tiritaba; tenía prisa por llegar a Cafarnaum, donde abriría los cofres de su madre. La anciana Salomé había tejido mucho en su vida, y como su corazón era magnánimo, disfrutaba regalando. Distribuiría buenos vestidos entre los compañeros. Por más que murmurara el avaro de Zebedeo, era ella quien gobernaba la casa, imponiendo su terquedad y dulzura.

Felipe también tenía prisa. Pensaba en Cafarnaum, en su amigo íntimo Natanael, que, inclinado todo el día sobre las sandalias y las babuchas para conservarlas y remendarlas, no tenía tiempo de elevar su pensamiento a Dios y apoyar la escala de Jacob en el cielo para subir a él. «¿Cuándo llegaré? —pensaba Felipe—. Ardo en deseos de revelarle el gran secreto: ¡el infeliz también ha de salvarse!»

Tomaron un sendero apartado y dejaron a su izquierda Tiberíades, la ciudad aborrecida por Dios y gobernada por el condenado tetrarca que había matado al Bautista. Mateo se acercó a Pedro para preguntarle sobre sus recuerdos del Jordán y del Bautista, a fin de transcribirlos detalladamente, pero Pedro

retrocedió unos pasos y desvió la cabeza para no aspirar el aliento del publicano. Mateo se apenó, apretó bajo el brazo la libreta y se quedó rezagado. Encontró a dos muleros que iban con frecuencia a Tiberíades y les preguntó cómo había ocurrido el impío asesinato, para dejar registrado el suceso en la libreta. ¿Era cierto que el tetrarca se había embriagado y que su hijastra Salomé había bailado desnuda ante él?... Mateo quería conocer los menores detalles para inmortalizarlos.

Entretanto, llegaron al gran pozo que está a las puertas de Magdala. El cielo estaba encapotado; el rostro de la tierra se oscureció y pronto suspendiéronse en el aire los hilos negros de la lluvia, que unieron el cielo y la tierra. Magdalena alzó los ojos hacia el tragaluz y vio oscurecerse el cielo. «Llega el invierno —murmuró—. ¡Debo apresurarme!» Hizo girar rápidamente el huso y comenzó febrilmente a hilar la lana con que tejería un vestido abrigado para el amado. De vez en cuando contemplaba en el patio el gran granado cargado de frutos. Magdalena no quería arrancarlos del árbol; todos los reservaba para Jesús. «Dios es compasivo», pensaba, y un día el amado volvería a pasar por su calleja; y entonces llenaría sus brazos de granadas e iría a colocarlas a sus pies. Jesús se inclinaría, cogería una granada y refrescaría su boca. Hilaba, contemplaba el granado y recordaba toda su vida, que comenzaba y terminaba con Jesús, el hijo de María. ¡Cuántas amarguras, cuántas alegrías! ¿Por qué la había abandonado? La última noche había abierto la puerta de su cuarto como un ladrón y había partido. ¿Adonde? ¿Continuaría luchando en las sombras? En lugar de labrar la tierra, de trabajar la madera o de pescar en el mar, y de tener una mujer (la mujer es también una criatura de Dios), una mujer con quien pasar las noches, combatía con sombras. ¡Ah, si volviera a pasar un día por Magdala, ella correría con el delantal lleno de granadas para que saciara su sed!

Cuando se hallaba sumergida en estos pensamientos sin dejar de hacer girar el huso con mano hábil y rápida, resonaron en la calle gritos y ruidos de pisadas y se oyeron toques de trompeta. Segundos después, una voz aguda, de eunuco, proclamó:

—¡Abrid, abrid las puertas! ¡Ha llegado el reino de los cielos!

Magdalena se levantó bruscamente y su pecho se henchió. ¡Allí estaba! ¡Allí estaba! Sintió escalofríos por todo su cuerpo. Echó a correr sin pañuelo, con los cabellos sueltos sobre los hombros; cruzó el patio, llegó a la puerta y vio al Señor ante el dintel. Lanzó un grito de alegría y cayó a sus pies. «Maestro, maestro —decía, extasiada—, bienvenido seas.»

Había olvidado las granadas y su promesa. Abrazaba las rodillas sagradas y su cabellera negra de reflejos azules se arrastraba por tierra. Su cuerpo estaba aún impregnado de los antiguos perfumes, los perfumes malditos.

—Maestro, maestro, bienvenido seas —repetía, extasiada, y lo iba empujando suavemente hacia su casa.

Jesús se inclinó, la asió de la mano y la levantó. Maravillado y tímido, le tomaba la mano como un novio poco experimentado toma la de su joven esposa. Su cuerpo se regocijaba desde sus raíces. No era a Magdalena a quien había levantado del suelo, sino al alma humana, que era su prometida. Magdalena temblaba, se ruborizaba y desparramaba la cabellera sobre el pecho para ocultarlo. Todo el mundo la miraba, asombrado. ¡Cómo se había desvanecido, cómo había palidecido! Dos círculos violáceos rodeaban sus ojos, y su boca firme

se había marchitado como una flor sin agua. Caminaban asidos de la mano y les parecía que soñaban, que no caminaban por la tierra, sino que planeaban por los aires. ¿Era aquello una boda y los andrajosos que abarrotaban la calle y les seguían formaban el cortejo nupcial? Y aquel granado que de pronto vieron en el patio, cargado de frutos, ¿era un espíritu favorable, una divinidad de la casa, o era una mujer feliz que parió hijos e hijas y que ahora estaba en el centro del patio y los admiraba?

—Magdalena —dijo dulcemente Jesús—, todas tus faltas están perdonadas porque amaste mucho.

Una inmensa alegría embargó a Magdalena. Quería decir: «¿Soy virgen!», pero la alegría no le dejaba abrir la boca. Corrió hasta el granado, llenó su delantal de frutos rojos y frescos y fue «colocarlos a los pies del Amado. Y ocurrió exactamente lo que tanto había deseado: Jesús se inclinó, tomó una granada, la abrió, llenó su mano de granos y se refrescó la boca con ellos. Luego los discípulos se inclinaron a su vez, cogieron cada cual una granada y se refrescaron la boca.

—Magdalena —dijo Jesús—, ¿por qué me miras con tanta inquietud? Pareces despedirte de mí.

—Te recibo y me despido de ti cada instante de mi vida, desde que nací, Amado —respondió Magdalena tan quedamente que sólo Jesús y Juan, que estaban a su lado, la oyeron.

Calló y añadió al cabo de un momento:

—A ti debo mirarte, porque la mujer nació del hombre y aún no puede separar su cuerpo de él. Pero tú debes mirar el cielo, porque eres un hombre y el hombre fue creado por Dios. Deja, pues, que te mire, hijo mío.

Dijo aquellas grandes palabras, «hijo mío», en voz tan baja que ni siquiera Jesús las oyó. Pero el seno de Magdalena se dilató y se agitó como si en verdad diera de mamar a un hijo.

De la multitud se elevó un murmullo; llegaban nuevos enfermos, que llenaron el patio.

—Maestro —dijo Pedro—, el pueblo murmura. Está impaciente.

—¿Qué quiere?

—Que les digas palabras reconfortantes, que obres un milagro. Míralo.

Jesús se volvió. Soplaba un viento muy fuerte que anunciaba tempestad y vio una multitud de ojos, que lo miraban con angustia, y de bocas entreabiertas, desbordantes de pasión. Avanzó un anciano sin cejas cuyos ojos parecían dos llagas; pendían de su cuello esquelético diez amuletos, cada uno de los cuales llevaba inscripto un mandamiento del Decálogo. Se detuvo en el umbral y se apoyó en su bastón corvo.

—Maestro —dijo, y su voz sonó quejumbrosa y llena de cólera—, maestro, tengo cien años. Siempre mantengo ante mis ojos, colgados del cuello, los diez mandamientos de Dios; no violé ninguno de ellos. Todos los años voy a Jerusalén, ofrezco un chivo en sacrificio al santo Sabaot, enciendo cirios y quemo incienso. De noche no duermo; canto salmos. Miro las estrellas o las montañas y espero —no quiero otra recompensa—, espero que Dios descienda para verle... Durante años y años he vivido de este modo, pero todo ha sido en vano. Ya tengo un pie

en la tumba y aún no le vi. ¿Por qué? ¿Por qué? Tengo motivos de queja contra Dios, maestro. ¿Cuándo veré al Señor, cuándo se apaciguará mi corazón?

A medida que hablaba se encolerizaba, golpeaba el suelo con el bastón y vociferaba. Jesús sonrió y respondió:

—Anciano, había una vez en la puerta oriental de una ciudad poderosa un trono de mármol. Habían ascendido a aquel trono mil reyes tuertos que no veían con el ojo derecho, mil reyes tuertos que no veían con el ojo izquierdo y mil reyes qué veían con los dos ojos. Todos clamaban a Dios, rogándole que se mostrara. Pero todos murieron sin haberle visto. Luego un pobre hombre, desnudo y hambriento, habló así a Dios: «Dios mío, los ojos del hombre no pueden mirar de frente al sol porque se deslumbran. ¿Cómo podrían entonces mirarte a la cara a ti, que eres el Todopoderoso? ¡Señor, apiádate de mí, rebaja tu poder, reduce tu esplendor para que pueda verte, para que yo, el pobre y el doliente, pueda verte!» ¡Ahora escucha, anciano! Dios se convirtió en un trozo de pan, en un vaso de agua fresca, en un vestido abrigado, en una cabaña y en una mujer que, frente a la cabaña, daba el pecho a un bebé. El pobre abrió entonces los brazos y sonrió de felicidad. «Te lo agradezco, Señor —murmuró—. Te rebajaste, por mí te convertiste en pan, en agua, en un vestido, en mi mujer y en mi hijo para que yo te viera. Y te vi. ¡Me prosterno y adoro tu rostro innumerable, tu rostro amado!»

Todo el mundo calló. El anciano resopló como un búfalo, adelantó el bastón y desapareció entre la multitud. Un joven recién casado alzó el puño y gritó:

—Al parecer, tú tienes el fuego para quemar el mundo, para quemar nuestras casas y nuestros hijos. ¿Ese es el amor que pretendes traernos? ¿Esa es tu justicia? ¿Es el fuego tu justicia?

Los ojos de Jesús se arrasaron de lágrimas y se apiadó del joven recién casado. ¿Era en verdad aquélla la justicia que traía al mundo? ¿No había acaso otro camino para lograr la redención?

—Explícate claramente. ¿Qué debemos hacer para salvarnos? —gritó un rico, abriéndose camino con los codos para acercarse y oír la respuesta, ya que era algo sordo.

—¡Abrid vuestros corazones, abrid vuestras despensas, repartid vuestros bienes entre los pobres! —exclamó Jesús—. ¡Ha llegado el día del Señor! El que sea avaro y conserve para sus últimos días un pan, una jarra de aceite o una parcela de tierra verá que ese pan, esa jarra y esa tierra se colgarán de su cuello y lo precipitarán al fondo del Infierno.

. —Me zumban los oídos —dijo el rico—. Me siento mareado. ¡Perdona, pero me voy!

Se encaminó, furioso, hacia su bien provista casa. «¡De modo que debemos repartir nuestros bienes entre los piojosos! ¿Y ésa es la justicia? ¡Que el diablo se lo lleve!» Mientras caminaba, hablaba solo y blasfemaba.

Jesús le seguía con la mirada y suspiró:

—Ancha es la puerta del Infierno —dijo—, y ancho y sembrado de flores el camino que a ella conduce. La puerta del reino de Dios es estrecha y el camino que conduce a ella es una cuesta empinada. Mientras vivimos, podemos elegir. Vivir quiere decir ser libre. Pero cuando llega la muerte, lo hecho, hecho está. No hay salvación...

—Si quieres que te crea —gritó un hombre con muletas—, haz un milagro ahora. Cúrame. ¿Entraré cojo en el reino de los cielos?

—¿Y yo leproso?

—¿Y yo manco?

—¿Y yo ciego?

Los lisiados avanzaron todos juntos y se detuvieron, amenazantes, ante Jesús. Se envalentonaron y se pusieron a gritar. Un viejo ciego levantó el bastón y chilló:

—¡O nos curas o no sales vivo de esta aldea!

Pedro arrancó el bastón de las manos del anciano:

—¡Con un alma semejante jamás verás la luz, maldito ciego! —dijo.

Los tullidos se agitaron y su furor se redobló. Los discípulos también se excitaban y fueron a colocarse junto a Jesús. Asustada, Magdalena hizo ademán de echar el cerrojo de la puerta, pero Jesús la detuvo y le dijo:

—Hermana Magdalena, esta raza es desgraciada; no es más que carne. Los hábitos, las faltas, la grasa ahogan su alma. Aparto su carne, sus huesos, sus entrañas para hallar el alma y no la encuentro. ¡Ah, creo que sólo el fuego puede curarlos!

Se volvió hacia la multitud. Mostraba ahora ojos duros e implacables y dijo:

—Así como quemamos los campos antes de sembrar para que germine la buena simiente, Dios quemará la tierra. No le inspiran compasión alguna las zarzas, las cizañas ni las dragonteas. Eso es la justicia. ¡Adiós!

Se volvió hacia Tomás y le dijo:

—Haz sonar la trompeta, Tomás. ¡En marcha!

Adelantó el bastón. El pueblo, intimidado, se hizo a un lado para dejarle pasar. Magdalena fue a su habitación para buscar la pañoleta; dejó la lana a medio hilar, la marmita de barro en el fuego y a las aves de corral en el patio, y sin mirar atrás siguió silenciosa, envuelta en la pañoleta, al hijo de María.

XXIII

Caía la noche cuando llegaron a Cafarnaum. La tempestad había pasado por encima de ellos; el viento del norte la había empujado hacia el sur.

—Pasaremos toda la noche en nuestra casa —dijeron los dos hijos de Zebedeo—. Es espaciosa y cabemos todos en ella. Será nuestra guarida.

—*¿Y* el viejo Zebedeo? —dijo Pedro riendo—. Creo que no daría un vaso de agua ni a su ángel de la guarda.

Juan enrojeció y dijo:

—Ten confianza en el maestro. Ya verás cómo su presencia ablandará al viejo.

Jesús marchaba delante y no oía. Sus ojos estaban poblados de imágenes de ciegos, de leprosos, de tullidos... Ah, si pudiera soplar sobre cada alma y gritarle: «¡Despierta!» Y si despertara, el cuerpo se transformaría en alma y curaría...

Cuando entraban en la aldea, Tomás se llevó la trompeta a la boca para lanzar su llamada, pero Jesús le detuvo con un ademán.

—No —dijo—; estoy fatigado... —su rostro parecía lívido y exhibía dos profundas ojeras azules. Magdalena llamó a la primera puerta y pidió una copa de agua. Jesús la bebió y recuperó fuerzas.

—Te debo una copa de agua fresca, Magdalena —le dijo sonriendo.

Recordó lo que había dicho a la otra mujer, la samaritana, frente al pozo de Jacob, y añadió:

—Te daré a cambio una copa de agua inmortal.

—Hace mucho tiempo que me la diste, maestro —respondió Magdalena, cuyas mejillas se cubrieron de carmín.

Pasaban ante la casucha de Natanael. La puerta estaba abierta y, en el patio, el dueño de la casa cortaba con la podadera las ramas muertas de la higuera. Felipe se separó precipitadamente del grupo y entró.

—Natanael —dijo—, debo hablar contigo. Deja de trabajar.

Entró en la casa y Natanael encendió la lámpara.

—Deja tus lámparas, tus higueras y tu casa —le dijo Felipe—. Vente con nosotros.

—¿Adonde vais?

—¿Adonde? Pero ¿aún no te has enterado? Llega el fin del mundo. De un momento a otro se abrirán los cielos y la tierra quedará reducida a cenizas. Apresúrate a entrar en el Arca para escapar de las llamas.

—¿Qué Arca?

—Hemos de entrar en el seno de nuestro maestro, el hijo de María, el hijo de David, el Nazareno. Acaba de volver del desierto. Allí encontró a Dios y ambos discutieron; decidieron la destrucción y la salvación del mundo. Dios posó la mano en los cabellos de nuestro maestro y le dijo: «Ve a elegir a los que han de salvarse. Tú eres el nuevo Noé. Toma también la llave del Arca, para abrirla y cerrarla», y le dio una llave de oro. La lleva colgada del cuello, pero el ojo del hombre no puede Verla.

—Explícate, Felipe... No comprendo. ¿Cuándo ocurrieron todas esas maravillas?

—En los últimos días, en el desierto del Jordán. Mataron al Bautista y su alma penetró en el cuerpo de nuestro maestro. No lo reconocerás cuando lo veas. Cambió; se ha vuelto terrible; sus manos despiden chispas. Y en Cana, no hace mucho, tocó a la hija del centurión de Nazaret, la que estaba paralítica, e inmediatamente la niña se puso en pie y comenzó a bailar. ¡Sí, por nuestra amistad! No perdamos tiempo; vente con nosotros.

Natanael exhaló un suspiro y dijo:

—Escucha, Felipe... Los negocios van bien y tengo infinidad de pedidos. Mira todas esas sandalias y esas babuchas que debo fabricar. Mis asuntos van bien ahora...

Paseó lentamente la mirada a su alrededor; estaban allí sus queridas herramientas, el banco en que se sentaba para remontar, las chairas, las leznas, las cuerdas untadas con pez, los clavos... Volvió a suspirar y murmuró:

—¿Cómo quieres que deje todo esto?

—No te preocupes. Allá arriba encontrarás herramientas de oro. Remontarás las sandalias de oro de los ángeles, y los pedidos que recibas serán eternos, innumerables. Coserás y descoserás y nunca te faltará trabajo. Pero apresúrate. Preséntate ante el maestro y dile: «¡Estoy contigo!» Nada más que eso: «¡Estoy contigo y te seguiré adonde vayas hasta la muerte!» Todos hicimos ese juramento.

—¡Hasta la muerte! —dijo el zapatero y se estremeció. Su cuerpo era inmenso, pero su corazoncito era timorato. El pastor lo tranquilizó:

—¡Vaya, es una manera de hablar! Todos hicimos el mismo juramento, pero no te inquietes, porque no nos encaminamos a la muerte, sino hacia los esplendores del cielo. Amigo mío, ese Jesús no es un hombre, no... ¡Es el Hijo del hombre!

—Y bien, ¿no es acaso lo mismo?

—¿Lo mismo? ¿No te avergüenza decir eso? ¿Nunca oíste las profecías de Daniel? Hijo del hombre quiere decir Mesías, ¡es decir, Rey! Pronto se sentará en el trono del Universo y todos nosotros, que fuimos suficientemente inteligentes para seguirlo, nos repartiremos los honores y las riquezas. Ya no andarás descalzo, sino que llevarás sandalias de oro y los ángeles se agacharán para anudártelas. Te digo, Natanael, que es un buen negocio; no dejes que se te escape entre los dedos. Con decirte que hasta Tomás se vino con nosotros; olfateó el buen negocio el muy astuto, repartió cuanto poseía entre los pobres y ahora sigue al maestro. Tú debes hacer otro tanto. Jesús está en este momento en la casa del viejo Zebedeo. ¡Ven conmigo!

Pero Natanael estaba aún indeciso.

—Tú deberás responder de mí, Felipe —dijo al fin—. Pero si veo que la cosa toma mal cariz abandonaré la partida. Todo está muy bien, pero no dejaré que me crucifiquen.

—Bien, bien —dijo Felipe—, la abandonaremos juntos. ¿Qué te crees? No estoy loco. De acuerdo. Vayamos a casa del viejo Zebedeo.

—¡Que todo sea para bien! —cerró la puerta de su casa, guardó la llave en su camisa y, tomados del brazo, ambos se encaminaron a casa de Zebedeo.

Jesús y sus discípulos estaban sentados ante la chimenea, en la casa del viejo Zebedeo. La anciana Salomé iba y venía, radiante. Todas sus enfermedades habían desaparecido; preparaba la mesa; no se cansaba de ver a sus hijos y de servir al santo varón que iba a traer a la tierra el reino de los cielos.

Juan se inclinó, habló en voz baja al oído de su madre, señalándole con la mirada a los discípulos que tiritaban, pues aún iban vestidos con las túnicas de lino de verano. La madre sonrió, entró en otra habitación, abrió las arcas de las que sacó ropas de lana y prestamente, antes de que regresara su marido, las distribuyó entre los compañeros. El manto más espeso, de lana blanca, lo echó tiernamente sobre los hombros de Jesús. Este se volvió y le sonrió.

—Bendita seas —le dijo—. Es bueno y justo cuidar de nuestro cuerpo, pues es el camello en que va montada el alma para cruzar el desierto. Hemos de cuidarlo, pues, para que pueda cubrir el trayecto.

Entró el viejo Zebedeo y miró a los inesperados visitantes; saludó moviendo apenas los labios y se sentó en un rincón. Aquellos conspiradores, como los llamaba, no le agradaban. ¿Quién los había invitado a que se instalaran en su casa? ¡Y he ahí que su mujer, ese saco roto, les había preparado un festín digno de un rey! Maldita la hora en que había aparecido aquel nuevo iluminado. No sólo le había arrebatado a sus dos hijos, sino que también era causa de disputas continuas con la tonta de su mujer, que defendía a sus hijos. «Tienen razón —decía—; éste es un verdadero profeta. Se convertirá en rey, arrojará a los romanos y se sentará en el trono de Israel. Entonces, a su derecha se instalará Juan, y a su izquierda, Santiago, convertidos en grandes señores. No serán ya pescadores y barqueros, sino grandes y poderosos señores. ¿Habían de vegetar en el lago de Genezaret toda su vida?» Estas y muchas otras cosas por el estilo repetía incesantemente aquella tonta, entre gritos y pataleos. Zebedeo blasfemaba y hacía añicos cuanto hallaba al alcance de la mano, o salía de la casa afligido y recorría las orillas del lago como un poseso. Además, en los últimos tiempos había comenzado a beber. ¡Y he aquí que aquella noche todos aquellos conspiradores se habían instalado en su casa! Eran nueve estómagos de gigante acompañados por aquella doncella de los mil amantes. Se habían sentado en torno a la mesa sin prestarle la más mínima atención, ¡a él, que era el dueño de la casa!; sin preguntarle siquiera si estaba de acuerdo. ¡De modo que en esas estábamos! ¡De modo que él y sus padres habían trabajado durante tantos años para beneficio de aquellos gorrones! Lo poseyó la cólera, pataleó y gritó:

—¡Decidme, granujas! ¿De quién es esta casa: vuestra o mía? Dos y dos son cuatro. ¡Responded!

—Es de Dios —respondió Pedro, que había vaciado no pocos vasos de vino y nadaba en un mar de euforia—. Es de Dios, viejo Zebedeo. ¿No conoces la nueva? ¡Ya nada te pertenece a ti ni a mí, porque todo pertenece a Dios!

—La Ley de Moisés... —comenzó Zebedeo, pero Pedro le interrumpió bruscamente:

—¿Qué oigo? ¿La Ley de Moisés? Eso se acabó, viejo Zebedeo; la hemos desterrado y no volverá jamás. Está muerta. Ahora seguimos la ley del Hijo del hombre, ¿comprendes? ¡Todos somos hermanos! Nuestro corazón se ha agrandado y, junto con él, se agrandó la Ley. Abraza a todos los hombres. ¡La tierra entera es la Tierra Prometida! ¡Ya no hay fronteras! Aquí donde me ves, viejo Zebedeo, iré a proclamar la palabra de Dios por las naciones. Llegaré hasta

Roma, sí, no te rías; cogeré al emperador por el pescuezo, lo arrojaré por tierra y me sentaré en su trono, ¿qué te crees? El maestro lo dijo: ya no somos pescadores que atrapan peces, como tú, sino pescadores de hombres. Y te daré un buen consejo: trátanos bien, danos mucho de beber y de comer, porque un día seremos grandes señores. Ese día no está muy lejano, y si hoy nos das un trozo de pan, pronto recibirás toda una hornada. ¡Y de qué pan! Un pan inmortal. Podrás comer y comer sin que nunca se acabe ni te sacies.

—Te veo crucificado cabeza abajo, desdichado —rugió Zebedeo, a quien habían asustado las palabras de Pedro. Volvió a acurrucarse en su rincón. «Más vale cerrar el pico —pensó; nunca sabemos qué puede ocurrir, y como el mundo es una rueda que gira, acaso un día estos atolondrados... Nunca está de más dejar una puerta abierta. ¡No metamos la pata!»

Los discípulos se les reían en las barbas. Sabían perfectamente que Pedro estaba un tanto achispado y bromeaba, pero en el fondo de sí mismos alentaban en secreto los mismos pensamientos, sólo que aún no estaban suficientemente ebrios para confesarlos. El reino de los cielos consistía en títulos de nobleza, honores, vestidos de seda, anillos de oro, comidas copiosas... Y en sentir al mundo bajo la bota judía.

El viejo Zebedeo bebió otro vaso de vino y volvió a la carga:

—Y tú, maestro —dijo—, ¿no despegas los labios, nada dices? Provocas el incendio y luego vas a refrescarte en un arroyuelo. Pero dime, en nombre del cielo, ¿es justo que contemple este despilfarro sin protestar?

—Anciano Zebedeo —respondió Jesús—, había una vez un hombre muy rico. Después de la siega, de la vendimia y de la recolección de aceitunas, y una vez colmadas sus jarras, se echó de espaldas en su patio y dijo: «¡Alma mía, posees muchos bienes! ¡Come, pues, bebe y regocíjate!» Apenas hubo pronunciado estas palabras, oyó una voz que gritaba desde lo alto del cielo: «¡Insensato, insensato! ¡Esta noche tu alma irá al Infierno, y ¿qué harás con los bienes que amontonaste?» Anciano Zebedeo, tienes oídos para oír lo que te digo, tienes cerebro para comprender qué quiero decir. Que aquella voz del cielo quede suspendida sobre ti día y noche, anciano Zebedeo.

El viejo propietario agachó la cabeza y no volvió a hablar.

En aquel momento se abrió la puerta y en el umbral aparecieron Felipe y Natanael. El zapatero ya no dudaba y había tomado una firme decisión. Se acercó a Jesús, se inclinó y le besó los pies.

—Maestro —dijo—, estaré contigo hasta la muerte.

Jesús puso la mano en aquella enorme cabeza bovina y ensortijada y dijo:

—Bienvenido, Natanael, tú que fabricas sandalias para los otros y andas descalzo. Me gusta eso. Ven aquí —hizo sentar a Natanael a su derecha y le dio un trozo de pan y un vaso de vino.

—Come este bocado de pan —dijo—, bebe este vino y serás de los míos.

Natanael comió el pan, bebió el vino y al punto se sintió fortalecido en cuerpo y alma. El vino lo enardeció suavemente y dio color a sus ideas. El vino, el pan y el alma se confundieron. Estaba en ascuas. Ansiaba hablar, pero le daba vergüenza.

—Habla, Natanael —dijo el maestro—. Abre tu corazón y te sentirás aliviado.

—Maestro —respondió el otro—, quería decirte, para que lo sepas, que siempre fui pobre, que mi trabajo apenas me da para vivir y que jamás tuve tiempo de estudiar la Ley. Soy ciego, maestro, y debes perdonarme. Esto es lo que quería decirte, para que lo sepas. Ya lo he dicho y me siento aliviado.

Con una suave caricia, Jesús rozó las anchas espaldas del nuevo discípulo. Sonrió y dijo:

—Natanael, no suspires. Dos senderos conducen al seno de Dios. Uno es el sendero de la razón y el otro el del corazón. Escucha la historia que voy a contarte. Había una vez un pobre, un rico y un calavera que murieron el mismo día y a la misma hora y se presentaron juntos ante el tribunal de Dios. Dios frunció el entrecejo y preguntó al pobre: «¿Por qué no estudiaste la Ley durante tu vida?» «Señor —respondió—, era pobre, tenía hambre y trabajaba noche y día para dar de comer a mi mujer y mis hijos. No tenía tiempo.» «¿Eras más pobre que mi fiel servidor Hilel? —dijo Dios, encolerizado—. Carecía de recursos y no podía entrar en la sinagoga para oír la explicación de la Ley. Entonces se subió al techo y, echado boca abajo, oía por el tragaluz. Pero un día comenzó a nevar y, absorbido como estaba por lo que oía, ni siquiera lo advirtió. Al día siguiente, cuando el rabino entró en la sinagoga, la encontró sumergida en la oscuridad. Alzó los ojos y vio el cuerpo de un hombre tendido sobre el tragaluz. Trepó al techo, apartó la nieve, tomó en sus brazos a Hilel, lo bajó, encendió fuego y le hizo revivir. En adelante le permitió asistir a las explicaciones sin pagar. Hilel llegó a ser un célebre rabino, conocido por todo el mundo. ¿Qué tienes que responder a esto?» «Nada, Señor», murmuró el pobre y se echó a llorar. Dios se volvió hacia el rico y le preguntó: «¿Y tú? ¿Por qué no estudiaste la Ley?» «Era demasiado rico, poseía muchos jardines, muchas servidoras y tenía muchas preocupaciones. No tenía tiempo.» Dios le interrumpió para decir: «¿Eras acaso más rico que Eleazar, el hijo de Harsón, a quien su padre dejó mil aldeas y mil navíos? Eleazar abandonó todo para ir allí donde había un sabio que explicaba la Ley. ¿Qué tienes que responder a esto?» «Nada, Señor», murmuró a su vez el rico, y se echó también a llorar. Dios se volvió hacia el calavera y le preguntó: «Y tú ¿por qué no estudiaste la Ley?» «Era demasiado hermoso y nubes de mujeres se arrojaban sobre mí. No había fiesta a la que no asistiera. ¿Cómo iba a tener tiempo para estudiar la Ley?» «¿Eras acaso más hermoso que José, amado por la mujer de Putifar, y tan hermoso que le decía al sol: "Brilla, sol, para que yo me luzca"? Pues bien, cada vez quejóse desenrollaba el texto de la Ley veía abrirse las palabras como puertas para mostrar el sentido de los símbolos, ataviado de luz y de fuego. ¿Qué tienes que responder a esto?» «Nada, Señor», murmuró a su vez el calavera, echándose a llorar. Dios dio dos palmadas y llamó a su presencia a Hilel, Eleazar y José. Cuando llegaron, les dijo: «Juzgad a estos hombres que, a causa de su pobreza, su riqueza o su belleza, no estudiaron la Ley. Habla primero tú, Hilel. Juzga al pobre!» «Señor —respondió Hilel—, ¿cómo puedo juzgarlo? Conozco la pobreza y sé de sobra lo que es el hambre. ¡Debes perdonarle!» «¿Y tú, Eleazar? —dijo Dios—.

He aquí al rico... ¡Lo pongo en tus manos!» «Señor —respondió Eleazar—, ¿cómo puedo juzgarlo? Sé lo que es ser rico. Es un infierno. ¡Debes perdonarle!» «Ahora tú, José. Juzga al calavera.» «Señor, ¿cómo puedo juzgarlo? Sé de sobra qué lucha, qué terribles suplicios hay que afrontar para vencer la belleza del propio cuerpo. ¡Debes perdonarle!»

Jesús calló; sonreía y miraba a Natanael. Este preguntó, inquieto:

—¿Y entonces? ¿Qué hizo Dios?

—Lo que tú mismo hubieras hecho —respondió Jesús y sonrió.

El cándido zapatero también sonrió.

—¡Eso quiere decir que estoy salvado!

Cogió las dos manos del maestro y las estrechó con fuerza:

—Maestro —gritó—, he comprendido. Has dicho que dos senderos conducen al seno de Dios: el sendero de la razón y el sendero del corazón. ¡Yo tomé el sendero del corazón y te he encontrado!

Jesús se puso en pie y se acercó a la puerta. Se había levantado un viento muy fuerte y el lago bramaba. Arriba brillaban las estrellas, como una playa interminable de arena fina. Se acordó del desierto y se estremeció. Cerró la puerta y murmuró: «La noche es un gran presente de Dios. Es la Madre del hombre. Se acerca a él queda, tiernamente, y lo cubre. Apoya en su frente una mano fresca y borra del alma y del cuerpo las inquietudes del día. Es hora, hermanos, de que nos abandonemos a sus brazos.»

La anciana Salomé lo oyó y se levantó. Magdalena se levantó también de su rincón, frente al fuego, hasta donde, hecha un ovillo y feliz, le llegaba la voz del Amado. Las dos mujeres extendieron las esteras y llevaron cobertores. Santiago salió al patio, de donde volvió con una brazada de leños de olivo, que colocó en la chimenea. En pie en el centro de la estancia y con el rostro vuelto hacia la ciudad de Jerusalén, Jesús alzó los brazos y, con voz grave, recitó la plegaria nocturna.

—Ábrenos tu puerta, Señor. El día llega a su fin, el sol declina, el sol desaparece. Llegamos ante tu puerta, Eterno, y te suplicamos que nos perdones. Te suplicamos que te apiades de nosotros. ¡Sálvanos!

—Y envíanos hermosos sueños, Señor —dijo Pedro—. ¡Haz que vea en sueños mi vieja barca verde transformada en una barca flamante con una vela roja!

Había bebido y estaba alegre.

Jesús se acostó en el centro, y a su alrededor lo hicieron los discípulos; de este modo ocuparon toda la casa. Como no había más sitio, el viejo Zebedeo y "su mujer se fueron a otra dependencia adjunta; Magdalena los acompañó. El viejo, a quien habían despojado de sus comodidades habituales, gruñía. Se volvió, enojado, hacia su mujer y dijo con voz fuerte, para que Magdalena le oyera:

—¡Lo que me quedaba por ver! ¡Expulsado de mi propia casa por unos forasteros! ¡A lo que hemos llegado!

Pero la vieja le volvió la espalda y no le respondió.

También aquella noche Mateo velaba. En cuclillas junto a la vela sacó de su camisa la libreta de anotaciones y comenzó a escribir cómo había entrado Jesús en Cafarnaum, cómo Magdalena se había reunido con ellos y cómo el maestro había dicho la parábola:

«Había una vez un hombre muy rico...»

Acabó de escribir, apagó la vela y se acostó a su vez para dormir, aunque lo hizo apartado del resto de los discípulos, que aún no se habían habituado a su aliento.

Apenas Pedro cerró los ojos se quedó dormido. En seguida un ángel descendió del cielo; le abrió suavemente el cráneo y deslizó en él una especie de sueño. Le pareció que había una multitud a orillas del lago. El maestro estaba allí y contemplaba una barca verde de velamen rojo, completamente nueva, que se balanceaba en el agua. Pintado en la popa, resplandecía un gran pez, semejante al que Pedro llevaba tatuado en el pecho. Jesús preguntó:

—¿A quién pertenece esta hermosa barca?

—A mí —respondió Pedro con orgullo.

—¡Ve, Pedro; llévate a los otros compañeros contigo! ¡Alejaos de la costa! ¡Quiero admirar vuestro valor!

—Encantado, maestro —dijo Pedro. Soltó las amarras y los otros discípulos saltaron a la barca. Comenzó a soplar una brisa favorable, que hinchó la vela, y pronto estuvieron lejos de la costa. Cantaban.

Pero repentinamente se levantó una borrasca. La barca giraba en redondo, la quilla chirriaba y estaba a punto de romperse. Comenzó a hacer agua por todas partes y a zozobrar. Los discípulos reunidos en el puente lanzaban gemidos. Pedro se había aferrado al mástil y gritaba:

—¡Maestro, socorro! ¡Maestro, socorro! —y entonces, en medio de las opacas tinieblas, vio al maestro completamente vestido de blanco, que caminaba sobre las olas y avanzaba hacia ellos. Los discípulos alzaron la cabeza, lo vieron y se pusieron a gritar, aterrados:

—¡Un fantasma! ¡Un fantasma?

—No tengáis miedo —les gritó Jesús—. ¡Soy yo!

—Señor —le respondió Pedro—, si es cierto que eres tú, ordéname que camine sobre las olas y vaya a tu encuentro.

—¡Ven! —ordenó Jesús.

Pedro saltó de la barca, aprestándose a caminar sobre las olas. Pero al ver el lago enfurecido, el miedo le impidió mover las piernas y comenzó a hundirse. Gritó:

—¡Señor, sálvame! ¡Me ahogo!

Jesús le tendió la mano y lo levantó.

—Hombre de poca fe, ¿por qué tienes miedo? ¿No crees en mí? ¡Mira!

Extendió la mano sobre las olas y dijo: «¡Calmaos!» Inmediatamente cedió el viento y las aguas se calmaron. Pedro estalló en sollozos. Una vez más su alma había sido puesta a prueba y se había cubierto de vergüenza.

Lanzó un grito y se despertó. Tenía la barba bañada en lágrimas. Se sentó en la estera, apoyó la espalda en la pared y suspiró. Mateo, que aún no había conciliado el sueño, le oyó y le preguntó:

—¿Por qué suspiras, Pedro?

Pedro pensó que era mejor hacer como que no había oído. No le gustaba hablar con publícanos. Pero el sueño le oprimía y sentía la necesidad de contárselo a alguien. Se arrastró, pues, hasta Mateo y comenzó a explicárselo; cuanto más avanzaba en la narración, más la adornaba. Mateo le escuchaba con avidez y registraba los detalles en su cerebro. Al día siguiente lo dejaría escrito en su libreta.

Pedro acabó el relato, pero su corazón se balanceaba aún en su pecho como la barca que había visto en sueños. De repente se sobresaltó, espantado:

—¿Y si esto no fuera un sueño? ¿Y si fuera cierto que hemos estado en el mar? ¿Y si fuera cierto que el maestro me puso a prueba? En mi vida vi un mar más vivo ni una barca más real, en mi vida sentí un miedo más palpable. ¿Y sí no fuera un sueño? ¿Qué piensas de esto, Mateo?

—Desde luego, no fue un sueño. El milagro tuvo lugar con toda seguridad —respondió Mateo, y comenzó a devanarse los sesos para hallar el modo de escribirlo al día siguiente. Era muy difícil, porque no estaba probado que fuera un sueño, pero tampoco que no lo fuera. Aquel hecho participaba a la vez del sueño y de la realidad. Aquel milagro había ocurrido, aunque no en la tierra ni en el mar que conocemos. En otra parte. Pero ¿dónde?

Cerró los ojos para reflexionar y encontrar una respuesta, pero pronto el sueño se apoderó de él y se quedó dormido.

Al día siguiente se desencadenó una violenta tempestad. Los pescadores no se embarcaron; encerrados en sus cabañas, remendaban las redes y hablaban del extraño visitante que paraba en casa del viejo Zebedeo.

—Al parecer, es Juan Bautista, que ha resucitado. Apenas el verdugo le cortó la cabeza, el profeta se agachó, la recogió, se la volvió a unir al cuello y salió huyendo a todo correr. Pero para que Herodes no vuelva a apresarlo y le corte de nuevo la cabeza, se metió en el cuerpo del hijo del carpintero de Nazaret, con quien se ha confundido, según parece. Hay que verlo; es como para enloquecer. ¿Es un hombre o dos? No hay quien lo sepa. Si uno lo mira de frente, es un hombre bondadoso y sonríe; pero si se lo mira de lado, uno de sus ojos se vuelve feroz y parece querer devorarte; el otro te invita a acercarte. Y cuando uno se acerca, la cabeza comienza a darle vueltas y ya no sabe lo que hace; abandona su casa y sus hijos y le sigue.

Un viejo pescador que escuchaba meneó la cabeza:

—Eso es lo que les ocurre a los que no se casan y quieren salvar el mundo a toda costa. El semen se les sube a la cabeza y les ataca el cerebro. ¡Casaos, muchachos! ¡Descargaos de vuestras energías en la mujer, que eso os calmará!

El día anterior, el viejo Jonás se había enterado de la llegada de los visitantes y desde entonces esperaba en su casucha. «No es posible —pensaba—; mis hijos vendrán a ver si todavía vivo.» Esperó toda la noche y luego, al ver que nadie acudía, se calzó las botas largas de capitán que había mandado hacer cuando se casó y que lucía en las grandes ocasiones, se arrebujó en un pedazo de lienzo encerado y se encaminó, bajo la lluvia, a la casa de su amigo Zebedeo. Encontró la puerta abierta y entró.

Había fuego encendido en la chimenea y frente a ella estaban sentados con las piernas cruzadas unos diez hombres, acompañados por dos mujeres. Reconoció a una de ellas: era la anciana Salomé. La otra era joven y la había visto en alguna parte, aunque no recordaba dónde. La casa estaba en penumbras. Al resplandor de las llamas reconoció a sus dos hijos, Pedro y Andrés, cuando volvieron por un instante la cabeza y la luz dio en sus rostros. Pero nadie le había oído entrar, nadie se volvió hacia él. Con la boca abierta y el cuello inclinado hacia adelante, todos escuchaban a un hombre que les hablaba. El viejo Jonás aguzó el oído. De vez en cuando cogía alguna palabra: justicia, Dios, reino de los cielos. ¡Siempre lo mismo! ¡Hacía rato que estaba harto de esa cantilena! En lugar

de discutir sobre la mejor forma de coger peces, de remendar las velas, de calafatear las barcas o de cómo evitar el frío, la lluvia o el hambre, hablaban sobre el cielo. «A fe mía que sería preferible que hablaran de la tierra y del mar», pensó, enfadado, el viejo Jonás. Tosió para hacer notar su presencia, pero nadie se volvió. Con su bota de capitán dio una patada en el suelo, aunque también en vano. Todos estaban suspendidos de los labios del hombre pálido que hablaba.

Sólo se volvió la vieja Salomé, y lo miró, pero no lo vio. Entonces Jonás avanzó, llegó ante la chimenea y se puso de cuclillas tras sus dos hijos. Tocó con su manaza el hombro de Pedro y lo sacudió. Pedro se volvió, vio a su padre, se llevó un dedo a los labios y volvió a clavar la mirada en el pálido joven. Pedro lo había tratado como si él, Jonás, no fuera su padre, como si no hiciera meses que no se veían..., y se anegó de pena y luego de cólera. Se sacó las botas, que comenzaban a molestarle, para arrojarlas a la cara del maestro. ¡Que se callara de una vez para que él pudiera hablar a sus hijos! Ya alzaba las botas y tomaba impulso cuando una mano lo cogió del hombro. Dio media vuelta y vio a Zebedeo.

—Levántate, viejo Jonás —le cuchicheó al oído—. Ven conmigo. Apartémonos de éstos; tengo algo que decirte, desgraciado.

El viejo pescador se puso las botas bajo el brazo y siguió a Zebedeo. Entraron en una dependencia de la casa y se sentaron en un cofre.

—Anciano Jonás —comenzó Zebedeo, tartajeando porque había bebido demasiado para ahogar la rabia—, anciano Jonás, amigo infortunado, tenías dos hijos, pero debes olvidarlos. Yo también tenía dos hijos y los olvidé. Al parecer, su padre es Dios y ya no tenemos nada que ver con ellos. Nos miran como diciéndonos: «¿Quién eres tú, anciano?» ¡Esto es el fin del mundo, pobre Jonás! Al principio me enfadaba. Sentía deseos de coger el arpón y arrojarlos de casa. Pero en seguida comprendí que ya no había esperanzas, me serené, me hice a esa idea y les di las llaves; mi mujer aprueba su conducta, volvió a la infancia la pobrecita... ¡Así que a callar, viejo Zebedeo! ¡A callar, viejo Jonás!... Esto quería decirte. ¿De qué vale engañarnos? Dos y dos son cuatro, ¡estamos perdidos!

El viejo Jonás se puso las botas, se arrebujó en el lienzo encerado, miró a Zebedeo para saber si éste tenía aún algo que decirle y, al ver que no era así, abrió la puerta, escrutó el cielo y examinó la tierra. Afuera imperaban la negra noche, la lluvia y el frío, y sus labios se movieron. Murmuró: «Estamos perdidos..., estamos perdidos», y partió hacia su casa, chapoteando en el barro.

El hijo de María tenía, con las manos tendidas hacia el fuego, el aire de implorar al espíritu de Dios que estaba oculto en las llamas y que calentaba a los hombres. Tendía las manos y su corazón se abría como una flor. Hablaba y les decía:

—No creáis que he venido para abolir las leyes y los profetas. No estoy aquí para abolir los antiguos mandamientos, sino para ampliarlos. Habéis visto grabadas en las tablas de Moisés las palabras: «¡No matarás!», y yo os digo: El que se irrita contra su hermano y alza la mano sobre él, o le dirige una palabra dura, será precipitado en las llamas del Infierno. Habéis visto grabadas en las tablas de Moisés las palabras: «¡No cometerás adulterio!», y yo os digo: El que mira a una mujer y la desea ya ha cometido adulterio en su corazón. La mirada impura precipita al licencioso en el Infierno... «¡Honra a tu padre y a tu madre!», ordena la vieja ley. Y yo digo: No aprisionéis vuestro corazón en la casa de vuestro padre y de vuestra madre; permitidle que salga de ella, que penetre en todas las casas,

que entre en toda la tierra de Israel, desde el monte Hermón hasta el desierto de Idumea, y más lejos aún, en oriente y en occidente, en todo el Universo. Nuestro padre es Dios, nuestra madre es la Tierra y estamos hechos mitad de tierra y mitad de cielo. Honra a tu padre y a tu madre quiere decir: honra el Cielo y la Tierra.

La anciana Salomé suspiró y dijo:

—Maestro, tus palabras son duras para una madre.

—La palabra de Dios siempre es dura, Salomé —respondió Jesús.

—Toma a mis dos hijos —murmuró la madre y cruzó los brazos—. Tómalos, puesto que son tuyos.

Jesús oyó las palabras de la madre despojada de sus hijos y sintió en sus hombros el peso de todos los hijos y de todas las hijas del mundo. Se acordó también del chivo negro que había visto en el desierto y de cuyo cuello pendían, entre los amuletos de color turquesa, todas las faltas del pueblo de Israel. Se inclinó en silencio ante la anciana Salomé, que le ofrecía sus dos hijos como para decirle: «He aquí mi cuello; cuelga de él a tus hijos.»

Arrojó al fuego una brazada de sarmientos y se volvió de nuevo hacia sus discípulos:

—El que ame a su padre y a su madre más que a mí no es digno de seguirme. El que ame a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de seguirme. Los antiguos mandamientos y los antiguos vínculos son demasiado estrechos para nosotros.

Después de unos momentos de silencio dijo:

—El hombre es una frontera; en él acaba la tierra y comienza el cielo. Pero esa frontera se desplaza continuamente, avanzando hacia el cielo, y, con ella, se desplazan y se amplían los mandamientos de Dios. Yo tomo los mandamientos de Dios, contenidos en las tablas de Moisés, y amplío su sentido.

—¿Cambia entonces la voluntad de Dios, maestro? —dijo Juan, desconcertado.

—No, amado Juan. Pero el corazón del hombre se ensancha y puede dar cabida a otras exigencias.

—¡Pues bien, adelante! ¡Proclamemos por el mundo los nuevos mandamientos! —exclamó Pedro, levantándose bruscamente—. Ya nada tenemos que hacer aquí.

—¡Espera que cese la lluvia, desgraciado! ¡No quiero mojarme! —dijo Tomás, zumbón.

Judas meneó la cabeza, exasperado, y dijo:

—Primero hemos de arrojar a los romanos, porque ante, todo hemos de liberar a los cuerpos y sólo después a las almas. Cada cosa a su debido tiempo. No construyamos la casa comenzando por el techo. Comencemos por los cimientos.

—Los cimientos son el alma, Judas.

—¡Yo digo que los cimientos son el cuerpo!

—Si nuestra alma no cambia, Judas, jamás cambiará el inundo que nos rodea. El enemigo está dentro de nosotros mismos, los romanos están dentro de nosotros mismos. ¡La salvación convenza por el alma!

Judas se irguió nervioso. Hervía de indignación. Hacía mucho tiempo que se contenía, que escuchaba e iba acumulando en él la impaciencia, pero ahora ya no podía aguantar más.

—¡Primero hemos de arrojar a los romanos! —gritó de nuevo con voz estrangulada—. ¡Primero los romanos!

—Pero ¿cómo los arrojaremos de Israel? —dijo Natanael, que comenzaba a preocuparse y a mirar la puerta—. ¿Quieres decirnos cómo, Iscariote?

—¡Mediante la rebelión! —gritó Judas—. Recordad que los macabeos arrojaron a los griegos. A nosotros nos toca arrojar ahora a los romanos; somos los nuevos macabeos. Luego, una vez que seamos dueños de la casa, ya solucionaremos con ecuanimidad las disputas entre ricos y pobres y entre perseguidores y perseguidos.

Todos guardaban silencio. No sabían por quién tomar partido. Miraban al maestro y esperaban. El maestro miraba las llamas, pensativo. «¿Cuándo comprenderán los hombres que en el mundo no existe más que una sola cosa visible e invisible: el alma?»

Pedro se levantó y dijo:

—Yo no comprendo las discusiones complicadas, perdonadme. En la acción veremos cuáles son los cimientos. La experiencia nos lo dirá. Maestro, permítenos que vayamos a comunicar la Buena Nueva a los hombres. A nuestro regreso volveremos a hablar de este asunto.

Jesús alzó la cabeza, miró a los discípulos e indicó con una señal que se acercaran Pedro, Juan y Santiago. Posó las manos en sus cabezas y les dijo:

—¡Partid, mi bendición os acompaña! ¡Id a proclamar la Buena Nueva entre los hombres! No tengáis miedo, pues Dios os protege y no os abandonará. Ni un solo gorrión cae en tierra sin que él lo permita. Y vosotros valéis mucho más que los gorriones. ¡Que Dios os acompañe! Volved pronto y con millares de almas suspendidas de vuestros cuellos. No lo olvidéis: sois mis Apóstoles.

Los tres Apóstoles recibieron la bendición, abrieron la puerta y se perdieron bajo la tormenta. Cada uno tomó una dirección diferente.

Transcurrieron los días. El patio del viejo Zebedeo se llenaba de gente por la mañana para vaciarse sólo de noche. Los enfermos y los poseídos llegaban desde todas partes. Unos lloraban y otros, encolerizados, exigían a gritos que el Hijo del hombre obrara un milagro y los curara.

—¿Acaso Dios no lo envió para curarnos? ¡Que salga al patio!

Jesús se apenaba al oírlos, salía al patio y tocaba y bendecía a todos. Les decía:

—Hermanos, hay dos clases de milagros: los milagros del cuerpo y los milagros del alma. Confiad sólo en los milagros del; alma. Arrepentios, purificad vuestra alma y vuestra carne también se purificará. El alma es el árbol. La enfermedad y la salud, el Infierno y el Paraíso, son sus frutos.

Muchos enfermos tenían fe en él y al punto sentían que su sangre, purificada, corría velozmente por su cuerpo exangüe, arrojaban las muletas y se

ponían a bailar. Otros sentían, cuando Jesús posaba la mano en sus ojos apagados, que una luz brotaba de la punta de sus dedos. Abrían los párpados y lanzaban un grito de dicha: ¡veían!

Empuñando la caña de escribir y con los ojos y los oídos abiertos, Mateo no dejaba escapar ni una sola palabra. Todo lo registraba. Y de este modo, poco a poco, día tras día, se iba Articulando en su cerebro la Buena Nueva, el Evangelio. Este echaba raíces y se convertía en un árbol con ramas, pronto a dar frutos para alimentar a los hombres que ya habían nacido y a los que habían de nacer. Mateo sabía de memoria las Escrituras y comprobaba que cuanto decía y hacía el maestro era justamente lo que habían anunciado los profetas de los siglos anteriores. Y si a veces las profecías no concordaban con los hechos, ello era debido a que el cerebro de los hombres comprendía con dificultad el sentido secreto encerrado en el texto sagrado. En la palabra de Dios hay siete grados de significación, y Mateo se afanaba buscando en qué grado podían ponerse de acuerdo los hechos y dichos incompatibles con las profecías. A veces se veía obligado a forzar un tanto las cosas, pero Dios le perdonaría, sin duda. Y no sólo lo perdonaría, sino que su deseo era, justamente, que Mateo conciliara la vida de Jesús con las profecías. ¿Acaso cada vez que empuñaba la caña no se inclinaba un ángel a su oído para susurrarle lo que debía escribir?

Aquel día, Mateo había comprendido claramente al fin por dónde debía comenzar y cómo debía encarar el relato de la vida de *Jesús.* Ante todo, debía decir dónde nació, cuáles eran sus padres, sus antepasados a lo largo de catorce generaciones. Nació en Nazaret, de padres pobres, de José el carpintero y de María, la hija de Joaquín y Ana. Mateo tomó la caña e invocó a Dios para que iluminara su espíritu y le infundiera fuerzas. Pero en el momento en que comenzaba a escribir las primeras palabras, su mano se petrificó. El ángel la había cogido y Mateo oyó un furioso batir de alas, y luego, una *voz,* aguda como un clarín, que le susurraba al oído:

—¡No es hijo de José! ¿Qué dice el profeta Isaías? «¡He aquí que la virgen concebirá y parirá un hijo!» Escribe: María era virgen. El arcángel Gabriel se presentó en su casa antes de que ningún hombre la hubiera tocado y le dijo: «¡Salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo!», y al punto floreció su vientre. ¿Me oyes? ¡Eso debes escribir! Y no nació en Nazaret. Acuérdate de la profecía: «¡Y tú, Belén, pequeñita entre las mil hijas de Judá, serás cuna de Aquél que reinará sobre Israel y cuyo linaje se remonta a la eternidad.» Por lo tanto, Jesús nació en Belén, y en un establo. ¿Qué dice el salmo infalible? «Lo sacó del establo donde mamaban los corderos para convertirlo en pastor de los rebaños de Jacob.» ¿Por qué te detienes? ¡Ya solté tu mano; escribe!

Pero Mateo se enfadó; se volvió hacia el ala invisible, que estaba a su derecha, y gruñó quedamente, para que no le oyeran los discípulos entregados al sueño:

—No es cierto. No quiero; no escribiré falsedades.

Una risa burlona resonó en el aire y una voz dijo:

—¿Cómo puedes comprender tú, partícula de polvo, qué es la verdad? La verdad tiene siete grados. En el grado más elevado impera la verdad de Dios, que no se asemeja en modo alguno a la verdad de los hombres. Y ésa es la verdad, Mateo Evangelista, que te susurro al oído. Escribe: «Y siguiendo una gran estrella, llegaron tres magos para adorar al recién nacido...»

Un torrente de sudor corría por la frente de Mateo.

—¡No escribiré! ¡No escribiré! —exclamaba, pero su mano se deslizaba velozmente sobre el papel.

Jesús *oyó* en sueños la lucha de Mateo *y* abrió los ojos. Lo vio jadear junto a la vela; la caña se deslizaba furiosamente y chirriaba como si estuviera a punto de romperse.

—Hermano Mateo —le dijo en voz muy baja—, ¿por qué refunfuñas? ¿Quién está a tu derecha?

—Maestro —respondió Mateo sin dejar de escribir febrilmente—, no me hagas preguntas; duerme.

«Dios debe estar a su derecha», pensó Jesús. Cerró los ojos para no turbar la santa posesión.

XXIV

Transcurrían los días y las noches. Pasó una luna y luego otra. Llovía, hacía frío y encendían fuego en el hogar. En casa de la anciana Salomé tenían lugar santas veladas. Todos los atardeceres, después de la jornada de trabajo, iban allí los pobres y los dolientes de Cafarnaum; escuchaban al nuevo profeta; llegaban pobres e inconsolables para volver a sus miserables cabañas ricos y consolados. Trasladaba de la tierra al cielo sus viñedos, sus barcas y sus alegrías y les explicaba que el cielo es mucho más firme que la tierra; el corazón de los desdichados se llenaba de paciencia y esperanza. Hasta el salvaje corazón del viejo Zebedeo comenzaba a domesticarse; poco a poco iban entrando en él las palabras de Jesús, que embriagaban su espíritu, y su mundo iba perdiendo consistencia: un nuevo mundo planeaba sobre su cabeza, un mundo hecho de eternidad y de riquezas imperecederas. Y en aquel mundo nuevo y extraño, Zebedeo, sus hijos y la anciana Salomé, y hasta sus cinco veleros y sus cofres repletos, vivirían eternamente. Por lo tanto, no debía murmurar al ver que sus huéspedes, a quienes él no había invitado, pasaban días y noches en su casa y se sentaban a su mesa. Sin duda, llegaría el día de la recompensa.

En pleno invierno llegaron días soleados; el sol comenzó a brillar, la tierra se templó y el almendro del patio de Zebedeo creyó que era primavera y comenzó a brotar. El martín pescador esperaba aquellos días de tregua para confiar sus huevos a las rocas. Todas las aves del cielo ponen los huevos en primavera, pero el martín pescador los pone en pleno invierno. Dios se apiadó de ellos y les prometió que el sol calentaría la tierra durante algunos días del invierno para que pudieran multiplicarse. Y ahora aquellas joyas del mar estaban ebrias de dicha y revoloteaban gorjeando sobre las aguas y los peñascos de Genezaret, agradeciéndole a Dios haber cumplido, también ese año, su promesa.

Con los días hermosos, los discípulos que quedaban se dispersaron por las aldeas vecinas para probar sus alas. Felipe y Natanael salieron en busca de sus amigos campesinos y pastores para predicarles la palabra de Dios; Andrés y Tomás buscaron a los pescadores. Judas partió, solitario, hacia la montaña para aplacar su cólera. Le agradaban muchas de las cosas que hacía el maestro, pero había otras que no podía aguantar. Tan pronto el salvaje Bautista bramaba por su boca como continuaba balando el antiguo hijo del carpintero: «¡Amor! ¡Amor!» «¿Qué amor, iluminado? ¿Amar? ¿A quién? El mundo tiene gangrena y necesita el cuchillo. ¡Eso es lo que yo digo!»

Mateo era el único que se quedaba en la casa. No quería alejarse del maestro; si éste hablaba, el viento no debía llevarse sus palabras; si hacía un milagro, Mateo debía verlo con sus propios ojos para escribirlo luego. Y además, ¿adonde iría él, a quién hablaría? Nadie se le acercaba, porque antes había sido un impuro publicano. Permanecía, pues, en la casa, en un rincón, y miraba a hurtadillas a Jesús, que, sentado, hablaba con Magdalena, echada a sus pies. Le hablaba en voz baja y, por más que Mateo aguzaba el oído, no lograba captar palabra alguna. Sólo veía la mano del maestro, que rozaba de vez en cuando los cabellos de Magdalena, así como su rostro severo y triste.

Aquel sábado habían llegado temprano peregrinos procedentes de aldeas alejadas, colonos de Tiberíades, pescadores de Genezaret, pastores de montaña, para oír al nuevo profeta hablar sobre el Infierno y el Paraíso, los desdichados hombres y la misericordia de Dios. Como aquel día brillaba un sol espléndido, le rogarían que subiera con ellos a la montaña verdeante; se tenderían en la hierba

tibia para escucharlo y quizá, después, se echaran una siestecita. Se reunieron, pues, en la calle y, como la puerta estaba cerrada, llamaron a gritos al maestro.

—Hermana Magdalena —dijo Jesús—, escucha. Los hombres vienen a buscarme.

Pero Magdalena, perdida en los ojos del maestro, no oyó. Como tampoco había oído nada de cuanto el maestro le había estado diciendo durante tanto tiempo. Se embriagaba solamente con el sonido de su voz. Magdalena no era un hombre y no tenía necesidad de palabras. Un día ella le había dicho: «¿Por qué me hablas de vidas futuras, maestro? No soy un hombre y no necesito otras vidas, otras vidas eternas; soy una mujer y el pasar un instante con el hombre que amo es para mí un Paraíso eterno, así como pasar un instante lejos del hombre que amo es para mí un Infierno eterno. ¡Las mujeres vivimos la eternidad en esta tierra!»

—Hermana Magdalena —repitió Jesús—, los hombres me buscan. Debo reunirme con ellos.

Se levantó y abrió la puerta. La calle estaba poblada de ojos devorados por la pasión, de bocas que gritaban, de enfermos que gemían y tendían los brazos... Magdalena se asomó y se tapó la boca con la mano para no gritar. «El pueblo es una fiera, una fiera sanguinaria que va a devorarle...», murmuró al ver que Jesús se ponía en marcha a la cabeza del pueblo que bramaba sordamente.

Con paso firme y tranquilo, Jesús avanzaba hacia la montaña que domina el lago y donde un día había abierto sus brazos a la multitud y había gritado: «¡Amor! ¡Amor!» Pero luego su espíritu había sido sacudido, el desierto había endurecido su corazón y aún sentía sobre sus labios los labios del Bautista, ardientes como brasas. Las profecías adquirían de pronto un sentido iluminador, los alaridos inhumanos de Dios resucitaban y veía a las tres hijas de Dios —la Lepra, la Locura y el Fuego— rasgar el cielo y bajar a la tierra.

Cuando llegó a la cima de la colina y se dispuso a hablar, el profeta antiguo surgió desde el fondo de su ser y Jesús dijo:

—Ya llega el terrible ejército, llega rugiendo desde los confines de la tierra, llega terrible y rápido. Ninguno de sus guerreros se tambalea de fatiga, ninguno tiene sueño, ninguno duerme. No se ve ni un ceñidor suelto, ni una correa de sandalia rota. Las flechas son agudas y los arcos están tensos. Los cascos de los caballos son duras piedras, las ruedas de los carros son huracanes. Ruge como una leona y amenaza. ¡Tritura con los dientes al que coge, *y* nadie lo puede salvar!

—¿Cuál es ese ejército? gritó un anciano, cuyos cabellos blancos se habían puesto de punta.

—¿Cuál es ese ejército? ¿Y vosotros lo preguntáis, hombres sordos, ciegos e insensatos? —Jesús alzó la mano hacia el cielo y dijo—: ¡Es el ejército de Dios, desdichados! De lejos, los guerreros de Dios parecen ángeles, pero de cerca son llamas. Yo mismo los tomé por ángeles el verano pasado, cuando, subido a esta misma piedra, exclamé: «¡Amor! ¡Amor!» Pero ahora el Dios del desierto me abrió los ojos y vi: ¡Son llamas! «Ya no soporto más —grita Dios—, ¡y bajo a la tierra!» Un lamento se alzó en Jerusalén y en Roma, un lamento se alzó de las montañas y de las tumbas; la tierra llora a sus hijos. Mis ángeles descienden a la tierra quemada, y buscan con linternas el sitio donde estaba Roma, el sitio donde

estaba Jerusalén. Toman un puñado de ceniza y lo huelen. Aquí, dicen, debía estar Roma, y aquí Jerusalén; y esparcen la ceniza al viento.

—¿No hay salvación? —exclamó una joven madre, apretando a su niñito contra el pecho—. No hablo por mí, sino por mi hijo.

—¡Sí, hay un camino de salvación! —le respondió Jesús—. En cada diluvio, Dios construye un Arca a la que confía lo que hay que entender como germen del mundo futuro. ¡Yo tengo la llave del Arca!

—¿Quién se salvará para ser germen del nuevo mundo? ¿A quién salvarás? ¿Tenemos tiempo todavía? —preguntó otro anciano, cuyas mandíbulas temblaban.

—El Universo desfila ante mí y yo escojo y pongo de un lado a todos aquellos que comieron demasiado, bebieron demasiado y gozaron demasiado, y del otro, a los hambrientos y a los oprimidos del mundo. Elijo a los hambrientos y los oprimidos. Ellos son las piedras con que edificaré la Nueva Jerusalén.

—¿La Nueva Jerusalén? —gritó el pueblo con los ojos refulgentes.

—Sí, la Nueva Jerusalén. No lo sabía hasta que Dios me confió el secreto en el desierto. Sólo después de las llamas viene el Amor. Este mundo se convertirá primero en cenizas y luego Dios plantará su nueva viña. No hay mejor abono que la ceniza.

—¡No hay mejor abono que la ceniza! —repitió, como un eco, una voz ronca y alegre. Jesús se volvió, sorprendido; le pareció que aquélla era su propia voz, aunque tenía un tono más grave y alegre. Vio entonces a Judas y se asustó: su rostro lanzaba relámpagos, como si las llamas futuras cayeran ya sobre él y lo hicieran centellear. Fue corriendo a coger la mano de Jesús, al tiempo que murmuraba con una ternura inesperada:

—Maestro, maestro...

Jamás en su vida Judas había hablado tan tiernamente a un hombre. Se avergonzó, se agachó y aparentó buscar algo en el suelo. Encontró una pequeña anémona precoz y la arrancó.

Cuando Jesús volvió al anochecer, ocupó su lugar frente al fuego, sentado en un escabel, y clavó la mirada en las llamas. Repentinamente sintió que el Dios que llevaba en sí se impacientaba, que ya no podía esperar. Pena, exasperación y vergüenza se apoderaron de él. Había hablado una vez más y había agitado las llamas sobre la cabeza de los hombres; los pescadores y campesinos ingenuos se habían asustado al principio, pero pronto se tranquilizaron. Todas aquellas amenazas les parecían como un cuento, y algunos se habían dormido en la hierba tibia arrullados por su voz.

Contemplaba el fuego, inquieto y en silencio. Magdalena, de pie en un rincón, lo miraba y deseaba hablarle, pero no se atrevía. A veces, las palabras de una mujer calman al hombre, y a veces le irritan. Magdalena lo sabía y callaba.

Reinaba el silencio. La casa olía a pescado y a romero. La ventana del patio estaba abierta y no muy lejos de allí debía haber nísperos en flor, porque su perfume era arrastrado por la brisa nocturna.

Jesús se levantó y cerró la ventana. Todos aquellos olores primaverales eran el aliento de la tentación; su alma no deseaba el aire de la tierra. Ya era hora de que partiera para entrar en el aire que le convenía; Dios tenía prisa.

Abrióse la puerta y entró Judas. Echó una mirada a su alrededor y vio al maestro con los ojos clavados en el fuego, a la bella Magdalena, a Zebedeo, que se había dormido y roncaba, y, bajo la lámpara, a Mateo, escribiendo... Meneó su cabezota. ¿Era aquélla su gran campaña? ¿Así se preparaban para la conquista del mundo? ¡Menudos conquistadores! Un iluminado, un escriba, una mujer perdida, algunos pescadores, un zapatero, un buhonero que pasaban el tiempo vagueando... Se acurrucó en un rincón. La vieja Salomé ya había puesto la mesa.

—No tengo hambre —gruñó—; tengo sueño —y cerró los ojos para no ver al maestro.

Los otros se sentaron a la mesa. Una mariposilla de luz entró por la puerta, revoloteó en torno de la llama de la lámpara, se posó unos instantes en los cabellos de Jesús y luego fue a husmear por la casa.

—Vamos a tener visita —dijo la anciana Salomé—. Será un placer recibirla.

Jesús bendijo el pan, lo repartió y comenzaron a comer. Nadie hablaba. El viejo Zebedeo, a quien habían despertado, no podía soportar un silencio tan pesado y su corazón se oprimía.

—Hablad, muchachos —dijo, descargando el puño en la mesa—. ¿Qué es esto? ¿Acaso estamos frente a un muerto? Cuando tres o cuatro están sentados a una mesa, comen y no hablan de Dios, bien podrían estar en el banquee de un funeral. ¿No lo habéis oído decir? A mí me lo dijo el anciano rabino de Nazaret, aquel santo varón. Habla, pues, hijo de María. ¡Trae de nuevo a Dios a mi casa! Perdóname, te llamo siempre hijo de María porque aún no sé cómo llamarte; unos te llaman hijo del carpintero; otros, hijo de David, hijo de Dios, Hijo del hombre, y ya nadie sabe quién eres. Al parecer, el mundo aún no se ha decidido sobre ti.

—Viejo Zebedeo —respondió Jesús—, innumerables ejércitos de ángeles baten las alas en torno del trono de Dios. Poseen voces de oro, de plata, de agua clara y alaban al Señor desde lejos. Sólo un ángel se atreve a acercársele.

—¿Cuál? —dijo Zebedeo abriendo desmesuradamente los ojos, enrojecidos por el vino.

—El ángel del silencio —respondió Jesús y volvió a callar.

Al anciano dueño de la casa se le atragantó el bocado, llenó la copa y la bebió de un sorbo.

«Este huésped te hiela la sangre en las venas —pensó—. Es como si uno estuviera sentado a la mesa con un león.» Continuó reflexionando sobre su extraño huésped; repentinamente sintió miedo y se levantó.

—Iré a visitar al viejo Jonás. Necesito hablar con un ser humano —dijo dirigiéndose hacia la puerta. Pero en aquel instante resonaron en el patio ligeras pisadas.

—He aquí al visitante —dijo la anciana Salomé y se levantó. Todo el mundo volvió la cabeza y miró, sorprendido, hacia la puerta. En el umbral estaba el anciano rabino de Nazaret.

Había envejecido y parecía consumido. Sólo le quedaban los huesos cubiertos por una piel cetrina; el alma se aferraba aún a aquel cuerpo esquelético. En los últimos tiempos el anciano rabino ya no podía dormir y si, a veces, lograba hacerlo cuando ya despuntaba el día, tenía un sueño extraño, siempre el mismo: veía ángeles, llamas y a Jerusalén como una fiera herida que

había atrapado a la montaña de Sión y aullaba. Hacía dos días, al alba, había tenido una vez más el mismo sueño. Ya no le quedaban fuerzas para resistir. Saltó de la cama; salió de su casa hacia los campos, cruzó la llanura de Esdrelón y de pronto se irguió ante él el monte Carmelo, habitado por Dios. El profeta Elías debía estar seguramente en la cima, pues era él quien lo había arrastrado hasta allí y le infundía fuerzas para subir. El sol se ponía cuando el anciano rabino llegaba a la cumbre de la montaña. Sabía que en la cima sagrada se alzaban tres grandes piedras; era un altar rodeado por esqueletos y cuernos de las víctimas. Pero cuando el anciano rabino se hubo acercado y alzó los ojos, lanzó un grito: en lugar de piedras vio, erguidos ante él en la cumbre de la montaña, a tres hombres gigantescos, vestidos de un blanco resplandeciente como la nieve; sus rostros eran de luz. En el centro se encontraba Jesús, el hijo de María; a su izquierda el profeta Elías, que empuñaba brasas, y a su derecha Moisés, con cuernos vueltos hacia atrás, que tenía en las manos dos tablas de piedra donde estaban grabados los Mandamientos con letras de fuego... El rabino había caído de bruces en tierra. «¡Adonay! ¡Adonay!», murmuraba, temblando. Sabía que Elías y Moisés habían muerto y que volverían a la tierra el día terrible, el día del Señor. Aquél era un signo de que se acercaba el fin del mundo. Habían aparecido, estaban allí y el rabino temblaba. Cuando volvió a alzar los ojos, brillaban en el crepúsculo, acariciadas por los oblicuos rayos del sol, las tres piedras gigantescas.

Desde hacía muchos años el rabino abría las Escrituras, aspiraba el aliento de Jehová, aprendía a descubrir, tras las cosas visibles e invisibles, el sentido oculto que les daba Dios. Y ahora comprendía. Había empuñado el cayado sacerdotal —¿de dónde había sacado tantas energías su cuerpo esquelético?— y se había dirigido a Nazaret, a Cana, a Magdala, a Cafarnaum, buscando desesperadamente al hijo de María. Sabía que había vuelto del desierto de Judea y seguía su pista por Galilea; los pescadores y los campesinos iban dando forma al mito del nuevo profeta y referían los milagros que había hecho, las palabras que había pronunciado, señalaban la piedra a que se había subido para hablar, piedra que ahora estaba cubierta de flores... Encontró a un anciano en el camino y lo interrogó. El anciano alzó los brazos al cielo y dijo:

—Era ciego y él tocó mis párpados y me devolvió la vista. Me recomendó que no lo dijera a nadie, pero yo recorro las aldeas y se lo cuento a todo el mundo.

—¿Y sabes ahora dónde está, anciano?

—Lo dejé en casa del viejo Zebedeo, en Cafarnaum. Si te apresuras, lo encontrarás allí, antes de que suba al cielo.

El anciano se había puesto en marcha y lo había sorprendido la noche, había encontrado en la oscuridad la casa del viejo Zebedeo y había entrado en ella.

La anciana Salomé salió precipitadamente a darle la bienvenida.

—Salomé —dijo el rabino franqueando el umbral—, haya paz en esta casa. ¡Que los dones de Abraham y de Isaac caigan sobre sus dueños!

Se volvió, vio a Jesús y sus ojos se deslumbraron.

—Muchos pájaros pasaron sobre mi cabeza y me dieron noticias de ti —dijo—. El camino que has tomado es rudo y muy largo, hijo mío. ¡Dios sea contigo!

—¡Amén! —respondió Jesús con voz grave.

El viejo Zebedeo se llevó la mano al corazón para saludar al rabino.

—¿Qué buenos vientos te traen a nuestra casa, anciano? —dijo.

El rabino no le oyó, al parecer, pues no respondió. Se sentó junto al fuego; estaba cansado, tenía frío y hambre pero no quería comer. Dos o tres caminos se abrían ante él y no sabía cuál escoger... ¿Por qué había ido a la casa de Zebedeo? ¿Para contarle a Jesús su visión? ¿Y si la visión no procedía de Dios? El viejo rabino sabía de sobra que la Tentación puede suplantar el rostro de Dios para seducir a los hombres. Si le revelaba a Jesús lo que había visto, el demonio de la vanidad podía apoderarse de su alma y entonces se perdería... y la culpa sería suya. ¿Era preciso que, sin revelarle el secreto, siguiera a Jesús a todas partes? Pero, ¿resultaba correcto que el viejo rabino de Nazaret siguiera al más audaz de los revolucionarios, a ese hombre que se jactaba de traer una nueva ley? ¿Acaso no había hallado, en el camino, a Cana alborotada a causa de una frase contraria a la ley que Jesús había pronunciado? El nuevo profeta había salido a los campos el santo día del sábado y había visto a un hombre que trabajaba cavando acequias y regando el huerto. «Si tú sabes lo que haces —le había dicho—, la alegría está en ti, pero si no lo sabes, eres maldito porque violas la Ley.» Al oír aquello el anciano rabino se había quedado aturdido. «Este rebelde es peligroso —pensaba—. ¡Anda con cuidado, viejo Simeón, no sea que te pierdas a tu edad!»

Jesús fue a sentarse junto a él. Judas, echado en tierra, había cerrado los ojos y Mateo había vuelto a su lugar bajo la lámpara; esperaba con la caña de escribir en la mano. Pero Jesús no hablaba. Contemplaba cómo las llamas devoraban los leños y sentía jadear junto a él al anciano rabino como si aún estuviera caminando. Mientras tanto la vieja Salomé preparaba el lecho del rabino; como era anciano, necesitaba una cama blanda y una almohada; puso también junto al lecho un pequeño cántaro de agua por si sentía sed durante la noche. Zebedeo comprendió que el visitante no había ido para verle, así que tomó un garrote y se dirigió a la casa de Jonás, para respirar una atmósfera humana. Su casa se había llenado de leones. Magdalena y Salomé se retiraron a las habitaciones del fondo para dejar solos a Jesús y el rabino; presentían que debían contarse graves secretos.

Sin embargo, los dos hombres no hablaban. Sabían de sobra que las palabras no pueden descargar jamás el corazón del hombre y aliviarlo. Sólo puede hacerlo el silencio y por eso callaban. Transcurrían las horas; Mateo se durmió con la caña de escribir en la mano y Zebedeo, después de haber hablado con Jonás hasta cansarse, volvió y se acostó junto a su mujer. A medianoche el rabino, saciado de silencio, se levantó y murmuró:

—Hemos hablado mucho esta noche, Jesús. ¡Mañana reanudaremos la conversación! —Y se dirigió hacia su lecho con las rodillas dobladas.

El sol estaba muy alto en el cielo; era ya cerca de mediodía y el rabino aún no había abierto los ojos. Jesús se había ido a la orilla del lago, habló con los pescadores y subió luego a la barca de Jonás para ayudarle en la pesca. Judas deambulaba solitario, como un perro pastor.

La vieja Salomé se inclinó sobre el rabino para comprobar si aún respiraba. Respiraba. «¡Alabado sea Dios! —murmuró—. ¡Aún vive!» Iba a alejarse cuando el anciano rabino abrió los ojos, la vio inclinada sobre él, comprendió y sonrió:

—No tengas miedo, Salomé —dijo—. No estoy muerto; todavía no puedo morir.

—Hemos envejecido —respondió Salomé severamente—, los dos somos viejos; nos alejamos de los hombres y nos acercamos a Dios. Nadie sabe la hora ni el instante en que Dios le ha de llamar. Y creo que peca quien dice: «¡Todavía no puedo morir!»

—Yo no puedo morir, todavía, Salomé —insistió el rabino—. El Dios de Israel me hizo esta promesa: «¡No morirás, Simeón, antes de haber visto al Mesías!»

Apenas hubo pronunciado estas palabras sus ojos se abrieron desmesuradamente. ¿Ya había visto por ventura al Mesías? ¿Era Jesús el Mesías? ¿Era una visión enviada por Dios la visión del Carmelo? Entonces, ¡le. había llegado la hora de morir! Lo inundó un sudor frío. No sabía si debía regocijarse o entonar una lamentación. Su alma se regocijaba. ¡El Mesías había llegado! Pero su viejo cuerpo esquelético no quería morir... Se levantó, jadeante, se arrastró hasta el umbral, se sentó al sol y se sumergió en sus reflexiones.

Hacia el anochecer volvió Jesús, muerto de cansancio. Habían pescado todo el día con Jonás, cuya barca desbordaba de peces. Jonás, encantado, había abierto entonces la boca con intención de hablar pero en seguida había cambiado de idea. Se sumergió hasta las rodillas en los peces que se agitaban, miró con atención a Jesús y rió.

Aquella misma noche los discípulos regresaron de la gira por las aldeas vecinas. Se sentaron alrededor de Jesús y repitieron cuanto habían visto y hecho. Habían proclamado a los campesinos y a los pescadores que llegaba el día del Señor, ahuecando la voz para asustarles. Pero los otros los escuchaban tranquilamente mientras remendaban las redes o trabajaban en el huerto y, de vez en cuando, meneaban la cabeza y decían: «Ya veremos... Ya veremos...», y luego cambiaban de conversación.

Y cuando así hablaban, llegaron los tres Apóstoles. Al verlos, Judas, que se había sentado apartado del grupo, no pudo contener una carcajada:

—¡Qué aspecto traéis, Apóstoles! —gritó— ¡Os han debido moler a palos, infelices!

Efectivamente, el ojo derecho de Pedro estaba hinchado, el rostro de Juan se encontraba cubierto de arañazos, y Santiago cojeaba.

Pedro dijo, lanzando un suspiro:

—¡Maestro, la palabra de Dios acarrea problemas, muchos problemas!

Todo el mundo se echó a reír; pero Jesús los miraba, pensativo.

—Nos han dado una soberana paliza —prosiguió Pedro, ansioso por revelarlo todo—. Al principio habíamos decidido que cada cual tomara un camino distinto, pero en seguida nos dio miedo ir solos. Nos reunimos y comenzamos a predicar. Yo me subía a una piedra o a un árbol de la plaza de la aldea, daba unas palmadas, o me llevaba los dedos a la boca y silbaba, y el pueblo se reunía. Cuando había muchas mujeres, hablaba Juan, y por eso sus mejillas están cubiertas de rasguños. Cuando había muchos hombres hablaba Santiago con su voz gruesa, y cuando enronquecía demasiado yo tomaba la palabra. ¿Qué decíamos? Lo que tú mismo dices. Pero a nosotros nos recibían con tomates y gritos porque llevábamos, según decían, el fin del mundo, y todos se nos venían encima; las mujeres nos arañaban y los hombres nos daban puñetazos.

Judas lanzó otra carcajada, pero Jesús se volvió y lo miró severamente; Judas dejó de reír.

—Sabía —dijo— que os enviaba como a corderos entre lobos. Os injuriarán, os lapidarán, os dirán que no tenéis moral porque declaráis la guerra a la inmoralidad, os calumniarán afirmando que queréis quebrantar la fe, la familia y la patria porque nuestra fe es más pura, nuestra casa más vasta... ¡y porque nuestra patria es el mundo! Ceñios bien las armaduras, compañeros, y despedios del pan, de la alegría y de la seguridad. ¡Estamos en pie de guerra!

Natanael se volvió y miró a Felipe con inquietud, pero éste le hizo una señal, como diciéndole: «No te atemorices; sólo habla así para ponernos a prueba...»

El rabino había vuelto a acostarse, pues estaba agotado, pero mantenía despierto su espíritu y veía y oía todo. Había adoptado una decisión y se sentía tranquilo. Una voz se había alzado en él —¿la suya? ¿la de Dios?— y le había ordenado: «¡Simeón, síguelo a todas partes!»

Pedro se disponía a continuar, pues aún debía contar otras cosas, pero Jesús adelantó la mano y dijo:

—¡Es suficiente!

Se levantó. Ante sus ojos apareció Jerusalén, salvaje, bañada en sangre, en la cima de la desesperación, precisamente allí donde comienza la esperanza. Desapareció Cafarnaum con sus pescadores y sus cándidos campesinos, y el lago de Genezaret se hundió en el fondo de su corazón. La casa del viejo Zebedeo se achicó, las cuatro paredes se acercaron, lo tocaron y se sintió ahogado. Fue hasta la puerta y la abrió. ¿Por qué se quedaba allí comiendo y bebiendo, sentado frente al fuego, perdiendo el tiempo en vanas ensoñaciones? ¿Así iba a salvar al mundo? ¿No tenía vergüenza?

Salió al patio. Soplaba una brisa caliente que agitaba suavemente el follaje de los árboles. Las estrellas tejían guirnaldas en torno de la garganta y de los brazos de la noche. Y bajo sus pies, la tierra ondulaba como si la mamaran innumerables bocas.

Volvió la mirada hacia el sur, hacia la santa Jerusalén. Parecía querer distinguir en la oscuridad su rostro duro, compuesto íntegramente de piedras ensangrentadas. Y cuando su espíritu seguía ardiente, desesperadamente, el curso del río, dejaba atrás las montañas y las llanuras y estaba ya por llegar a la ciudad santa, repentinamente le pareció ver agitarse una gran sombra en el patio, bajo el almendro cubierto de yemas... y bruscamente vio alzarse en la oscuridad, más tenebrosa aún que la noche (y por esto la distinguió) a su gigantesca compañera de camino. Oía nítidamente, en la calma de la noche, su respiración profunda. No se asustó: hacía mucho tiempo que se había acostumbrado a su presencia; esperaba. Y lenta, imperiosa, oyó bajo el almendro una voz tranquila:

—¡En marcha!

Juan apareció en el umbral, inquieto. Le parecía haber oído una voz.

—Maestro —murmuró—, ¿con quién hablas?

Pero Jesús ya entraba en la casa. Empuñó el cayado de pastor y dijo:

—¡En marcha, compañeros!

Se dirigió hacia la puerta, sin volverse para ver si alguien le seguía.

El anciano rabino saltó del lecho, se ajustó el ceñidor y tomó el cayado sacerdotal.

—Voy contigo, hijo mío —dijo, y fue el primero que salió.

La vieja Salomé, que hilaba, se levantó y dejó la rueca sobre un arca.

—Yo también sigo al maestro —dijo—. Zebedeo, te dejo las llaves. ¡Adiós!

Desprendió las llaves del ceñidor y las entregó a su marido. Se envolvió la cabeza en el pañuelo, lanzó una última mirada a su casa, meneó la cabeza y se despidió de ella. Su corazón había vuelto a tener veinte años.

Silenciosa y feliz, Magdalena se levantó.

También se levantaron los discípulos y se miraron unos a otros, agitados.

—¿Adonde vamos? —preguntó Tomás, colgando la trompera de su ceñidor.

—¿Por qué nos ponemos en marcha a esta hora? ¿A qué se debe esta prisa? ¿No podíamos esperar hasta mañana? —dijo Natanael y miró a Felipe acusadoramente. Jesús ya había cruzado el patio a zancadas y se encaminaba hacia el sur.

XXV

Fue sacudido el corazón del hombre y vacilaron los cimientos del mundo. Bajo el peso de esas piedras que se llaman Jerusalén, profecías, juicios finales, maldiciones, fariseos, saduceos, ricos que se hartaban y pobres que tenían hambre, y del dios Jehová, de cuyos bigotes y de cuya barba chorreaba, por los siglos, la sangre de los hombres, que caía al abismo, se ocultaba el corazón del hombre. Por cualquier lado que se le abordara, rugía. Si los hombres le dirigían palabras bondadosas, alzaba el puño; «¡Quiero carne!» gritaba. Y si le ofrecían en sacrificio un cordero o al propio primogénito, «¡No quiero carne! —gritaba—; no rasguéis vuestras vestiduras; ¡desgarrad vuestro corazón, transformad vuestra carne en espíritu, en oración, y esparcidla al viento!»

El corazón yacía bajo el peso de los seiscientos trece mandamientos escritos de la Ley hebraica y de sus mil mandamientos no escritos, y ya ni siquiera podía latir; yacía bajo los Génesis, los Levíticos, los Números, los Jueces y los Reyes y ya ni siquiera podía latir. Y repentinamente, en el momento menos esperado, sopló una leve brisa, procedente no ya del cielo sino de la tierra, y se estremecieron todas la fibras del corazón del hombre. Al punto se rajaron, se inclinaron y comenzaron a desmoronarse, primero en el corazón, luego en la razón y luego en la tierra, las piedras llamadas Jerusalén, las profecías, las maldiciones, los fariseos, los saduceos, los Jueces y los Reyes, y el orgulloso Jehová volvió a ceñirse el delantal de cuero de Maestro Albañil, volvió a coger el nivel de agua y el metro, bajó a la tierra y se puso a destruir el pasado y a construir con los hombres el futuro. Comenzó por el Templo de los hebreos, en Jerusalén.

Día tras día, Jesús, de pie sobre las baldosas ensangrentadas, miraba aquel Templo sobrecargado de oro y sentía que su corazón latía aceleradamente y lo destruía. Erguíase aún, brillante bajo el sol, como un toro coronado de cuernos dorados. Los muros estaban recubiertos de arriba abajo de mármol blanco veteado de azul, y el Templo parecía navegar en un mar agitado. Tres terrazas se escalonaban a sus pies; la inferior, que era la más vasta, estaba destinada a los idólatras, la del medio al pueblo de Israel y la superior a veinte mil levitas que lavaban, lustraban, iluminaban, apagaban y limpiaban el Templo... Día y noche quemábanse siete clases de incienso que despedían un humo tan espeso que los chivos estornudaban a siete leguas a la redonda.

La humilde Arca que sus antepasados nómadas transportaban en el desierto y que contenía la Ley había anclado en la cima de aquella colina de Sión, había echado allí raíces, había crecido, se había revestido de madera de ciprés, de oro y de mármol y se había transformado en un Templo. Al principio, el dios salvaje del desierto no se dignaba entrar en él y habitar en una casa; pero el olor de la madera de ciprés y del benjuí, así como el husmo de los animales degollados, le agradaban tanto que un día había adelantado la pierna y había entrado.

Dos lunas habían pasado desde el día en que Jesús llegara de Cafarnaum. Todos los días iba a contemplar el Templo y todos los días creía verlo por primera vez. Todas las mañanas esperaba verlo destruido, esperaba andar sobre sus ruinas. No lo amaba ni le temía pues ya estaba destruido en su corazón. Un día en que el anciano rabino le preguntara por qué no entraba como los demás para adorar a Dios, Jesús sacudió la cabeza y le respondió:

—Durante años yo di vueltas alrededor del Templo, ahora el Templo da vueltas alrededor de mí.

—Acabas de decir palabras graves, Jesús —replicó el rabino hundiendo la cabeza—. ¿No tienes miedo?

—Cuando digo «yo» —respondió Jesús—, no habla este cuerpo, pues no es más que polvo; no habla el hijo de María, que no es más que polvo con un poco de fuego. En mi boca, «yo» quiere decir Dios.

—¡Es una blasfemia aún más espantosa! —aulló el rabino cubriéndose el rostro.

—Soy San Blasfemador, no lo olvides —respondió Jesús riendo.

Otro día vio a sus discípulos que contemplaban con estupor, extasiados, el orgulloso edificio del Templo y montó repentinamente en cólera.

—¿Admiráis el Templo? —les dijo en tono de escarnio—. ¿Cuántos años fueron necesarios para construirlo? ¿Veinte años y diez mil obreros? Yo lo demoleré en tres días. ¡Miradlo bien por última vez y decidle adiós porque de él no quedará piedra sobre piedra!

Los discípulos retrocedieron, aterrados. ¿Se había vuelto loco el maestro? En los últimos tiempos parecía extraño y sentencioso. Vientos extraños e inconstantes soplaban sobre él y su rostro brillaba como el sol naciente bañado en una suave luz, o se mostraba tenebroso y desbordante de desesperación.

—Maestro, ¿no te inspira compasión? —se atrevió a preguntar Juan.

—¿Quién?

—El Templo. ¿Por qué quieres destruirlo?

—Para construir uno nuevo. En tres días construiré un nuevo Templo. Pero antes, éste ha de dejar el lugar vacío.

Empuñaba el cayado que le había regalado Felipe y con él golpeaba las baldosas. El viento de la cólera soplaba ahora sobre él. Miraba a los fariseos que pasaban tambaleantes y se golpeaban contra las paredes, como si la luz demasiado intensa de Dios los cegara.

—¡Hipócritas —les gritaba—, si Dios empuñara el cuchillo y desgarrara vuestro corazón, saldrían de él serpientes, escorpiones e inmundicias!

Al oírlo, los fariseos se enfurecían y se indignaban y tomaban secretamente la decisión de cerrar con tierra aquella boca temeraria.

El anciano rabino puso la mano en la boca de Jesús para impedirle gritar:

—¿Buscas tu propia muerte? —le dijo un día con los ojos arrasados de lágrimas—. ¿No sabes que los escribas y los fariseos van continuamente a casa de Pilatos para pedirle tu muerte?

—Lo sé, anciano —respondió Jesús—, lo sé. Pero también sé otras cosas, muchas otras cosas...

Ordenaba a Tomás que hiciera sonar la trompeta, subía a la escalinata desde la que solía predicar, en el pórtico de Salomón, y proclamaba:

—¡Ya llega, ya llega el día del Señor! —gritaba todos los días desde la mañana hasta la puesta del sol para obligar al cielo a abrirse y lanzar las prometidas llamas. Sabía de sobra que la voz del hombre es un sortilegio todopoderoso y basta con que uno grite al fuego o a la frescura, al Infierno o al

Paraíso: «¡Ven!», y vienen. Y él llamaba al fuego que purificaría el mundo y abriría el camino al Amor. A los pies del Amor les complace andar sobre cenizas...

—Maestro —le dijo un día Andrés—, ¿por qué no ríes ni estás alegre como antes? ¿Por qué te excitas incesantemente?

Pero Jesús no respondió. ¿Qué hubiera podido decirle? Y, además, ¿acaso comprendería el corazón ingenuo de Andrés? «Es preciso —pensaba— que este mundo quede exterminado de raíz para que venga otro mundo, que la antigua Ley sea destruida, y yo la destruiré. Una nueva Ley quedará grabada en las tablas del corazón y yo seré quien ha de grabarla. Ampliaré la Ley para que pueda abrazar a amigos y enemigos, a judíos e idólatras, y para que florezcan los Diez Mandamientos. Por eso he venido a Jerusalén. Aquí es donde los cielos se abrirán. ¿Y qué bajará del cielo? ¿El gran milagro o la muerte? Será lo que Dios quiera. Estoy pronto a ascender al cielo o a aniquilarme en la muerte. Señor, tú decidirás.»

Se aproximaba la Pascua. Una dulzura primaveral inesperada había cubierto el rostro duro de Judea. Los caminos de la tierra y del mar se habían abierto y llegaban peregrinos desde los cuatro puntos del mundo hebreo. Las terrazas del Templo rugían sordamente y en ellas apestaba el olor de animales degollados, de estiércol y de hombres.

Ante el pórtico de Salomón se había reunido una multitud de indigentes y tullidos de rostros pálidos y hambrientos y de ojos ardientes. Miraban de reojo a los saduceos bien alimentados, a los ricos de rostro satisfecho y a sus mujeres cargadas de pesados adornos de oro.

—¿Hasta cuándo vais a reíros a carcajadas? —gruñó alguien—. No tardaremos en degollarlos. El maestro lo dijo: «Los pobres matarán a los ricos y se repartirán sus bienes.»

—Entendiste mal, Manases —dijo un hombre pálido de ojos de carnero—. Reino de los cielos quiere decir que ya no habrá pobres ni ricos y que todos seremos iguales.

—Reino de los cielos quiere decir —dijo otro— que los romanos se vayan. No es posible un reino de los cielos con romanos.

—No comprendiste nada de lo que predicó el maestro Aarón —dijo un hombre anciano con cara de liebre, meneando la cabeza calva—. No hay israelitas, ni romanos, ni griegos, ni caldeos, ni beduinos. ¡Todos somos hermanos!

—¡Todos somos ceniza! —exclamó otro—. Eso es lo que yo saqué en limpio de sus palabras. El maestro dijo: «Los cielos se abrirán y así como el primer diluvio fue de agua, éste será de fuego. ¡Todos, los pobres y los ricos, los israelitas y los romanos, quedarán reducidos a cenizas!»

—«El olivo será sacudido, pero quedarán dos o tres aceitunas en la copa del árbol y tres o cuatro en las últimas ramas», dijo el profeta Isaías. ¡Animo, compañeros! ¡Nosotros seremos las aceitunas que han de quedar en el árbol! No hemos de dejar escapar al maestro, ¡lo rodearemos! —dijo un hombre negro como un tizón con ojos salidos de las órbitas, clavando la mirada en el camino blanco y polvoriento de Betania—. Hoy se está retrasando —murmuró—, se está retrasando... ¡Permaneced vigilantes, compañeros, para que no se nos escape!

—¿Adónde habrá ido? —dijo el viejo de cara de liebre—. Dios le ordenó que luchara en Jerusalén, ¡y aquí luchará!

El sol ocupaba el centro del cielo, las baldosas despedían humo y, con la canícula, el hedor llegaba a su paroxismo. Santiago, el fariseo, pasó con los brazos cargados de amuletos, pregonando las virtudes de cada uno de ellos —éstos curan la viruela, el bocio y la erisipela; aquellos arrojan los demonios, y el más poderoso, el más caro, mata a vuestros enemigos—. Vio a los andrajosos y a los enfermos y los reconoció. Su boca ponzoñosa rió malévolamente:

—¡Idos al diablo! —exclamó, y lanzó tres escupitajos. Mientras los menesterosos discutían y cada cual interpretaba las palabras del maestro dándoles el sentido que deseaba hallar en ellas, un anciano gigantesco y venerable surgió ante ellos, empuñando un enorme bastón y cubierto de sudor y polvo. Su ancho rostro, que no estaba surcado por arruga alguna, resplandecía.

—¡Melquisedec! —gritó el viejo de cara de liebre—. ¿Qué buenas nuevas nos traes de Betania? Tu rostro está radiante.

—¡Alegraos, compañeros! —gritó el anciano notable y se puso a abrazar a todos y a llorar—. Ha resucitado un muerto; lo vi con mis propios ojos: ¡se levantó de la tumba y anduvo! ¡Le dimos agua y bebió, le dimos pan y comió! ¡También habló!

—¿Quién? ¿Quién resucitó? —todos acosaban a preguntas al anciano. Sus palabras habían sido oídas en los pórticos cercanos corrieron hacia él hombres y mujeres; también se acercaron algunos levitas y fariseos. Barrabás, que acertaba a pasar por allí, oyó el rumor y se sumó a los curiosos. Melquisedec se sentía satisfecho al ver que toda aquella gente estaba suspendida de sus labios; se apoyó en el bastón y comenzó a hablar con orgullo: —Lázaro, el hijo de Eliacín... ¿quién lo conoce? Murió hace dos días y lo enterramos. Pasó un día, dos, tres y lo olvidamos. Al cuarto día oímos gritos en el camino; salgo precipitadamente y veo a Jesús, el hijo de María, de Nazaret, y a las dos hermanas de Lázaro, que habían caído a sus pies y se los besaban, llorando por su hermano. «Maestro, si hubieras estado con él no habría muerto... —gritaban arrancándose los cabellos—. ¡Devuélvele la vida, maestro! ¡Llámalo y vendrá!» Jesús tomó a ambas de la mano y las levantó. «¡Vamos allá!», dijo. Todos corrimos tras ellos. Jesús se detuvo ante la tumba; toda la sangre le había afluido al rostro, sus ojos rodaban, desaparecían, los ponía en blanco. Entonces lanzó un mugido, como si hubiera un toro dentro de él, y todos nos aterramos. Y de pronto, mientras todo su cuerpo temblaba convulsivamente, lanzó un grito salvaje, un grito jamás oído, como procedente de otro mundo. De ese modo deben gritar los arcángeles cuando se encolerizan. Jesús dijo: «¡Lázaro, levántate y anda!» Y bruscamente la tierra comenzó a moverse y abrirse y la losa empezó a alzarse. Estábamos pálidos de terror. Jamás en mi vida temí tanto la muerte como cuando asistí a esta resurrección. Juro que si me preguntaran: «¿Qué prefieres ver, un león o una resurrección?», respondería: «Un león».

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gritaba el pueblo, llorando—. ¿Y qué ocurrió luego, anciano Melquisedec?

—Las mujeres gritaban, muchos hombres fueron a esconderse tras las piedras y los que nos quedamos allí temblábamos. La losa se elevaba lentamente. De pronto vimos dos brazos amarillos, después un rostro ya verde, agrietado,

cubierto de tierra, y después el cuerpo esquelético envuelto en el sudario... Adelantó un pie, luego otro y salió de la tumba. Era Lázaro.

El viejo notable se detuvo. Enjugó con la ancha manga el sudor que lo bañaba. A su alrededor el pueblo aullaba; unos lloraban y otros bailaban. Barrabás levantó su manaza y gritó:

—¡Mentiras! ¡Mentiras!, es un emisario de los romanos. Había preparado todo eso con Lázaro. ¡Abajo los traidores!

—¡Cállate, infeliz! —dijo una voz feroz a sus espaldas—. ¿Qué dices de los romanos?

Todo el mundo se volvió y retrocedió inmediatamente. El centurión Rufo se dirigía hacia Barrabás con el látigo en alto. Una niña pálida y rubia lo retenía agarrándole del brazo.

Había oído lo que dijo el viejo Melquisedec y las lágrimas arrasaban sus grandes ojos verdes. Barrabás se escurrió entre la multitud y desapareció. Tras él corría Santiago, el fariseo, con sus amuletos, que lo alcanzó en seguida. Ocultos ambos tras una columna, se pusieron a conspirar. El bandido y el fariseo se convirtieron en hermanos. Barrabás le dijo:

—¿Crees que es cierto? —Su rostro reflejaba inquietud.

—¿Qué?

—Que en Betania... haya resucitado un muerto...

—Escucha bien lo que te diré. Soy fariseo y tú eres zelote. Hasta ahora creí que Israel sólo podía salvarse por medio de la oración, el ayuno y la santa Ley. Pero ahora...

—¿Ahora? —dijo el zelote; sus ojos lanzaban relámpagos.

—Ahora comienzo a compartir tu forma de pensar. La oración y el ayuno no bastan. Es necesario el puñal. ¿Comprendes?

Barrabás sonrió y soltó una carcajada:

—¿A mí me lo dices? El puñal es la mejor oración. ¿Entonces?...

—Comencemos por éste.

—¿Quién? Habla claramente.

—Por Lázaro. Es absolutamente necesario que vuelva bajo tierra. Mientras el pueblo lo vea, dirá: «Estaba muerto y el hijo de María lo resucitó.» De este modo aumentará la gloria del falso profeta... Tienes razón, Barrabás, es un emisario de los romanos enviado para proclamar: «¡No os preocupéis por el reino de la tierra! ¡Pensad en el reino de los cielos!» Y mientras pensemos en el reino de los cielos, los romanos continuarán sentados sobre nuestra cabeza... ¿comprendes?

—También tendremos que deshacernos del otro, aunque sea tu hermano...

—¡No es mi hermano y nada quiero saber de él! —gritó el fariseo, haciendo ademán de rasgar sus vestiduras—. ¡Lo dejo en tus manos!

Dicho esto, se alejó de Barrabás y volvió a proclamar las virtudes de sus amuletos. Había conspirado con Barrabás y esto le hacía feliz.

La multitud de pobres reunida ante el pórtico de Salomón comenzó a dispersarse, desesperando de ver llegar a Jesús. El anciano Melquisedec compró dos palomas blancas para ofrecerlas en sacrifico al Dios de Israel y agradecerle

que se hubiera apiadado al fin de su pueblo enviándole, después de tantos años, un nuevo profeta.

Las piedras ardían y los rostros de los hombres palidecieron bajo la luz demasiado intensa. Repentinamente se alzó una polvareda en el camino de Betania y se oyeron gritos gozosos; toda la aldea se había puesto en movimiento y llegaba a Jerusalén. Abrían la marcha los niños, llevando ramos de boj y de laurel; les seguía Jesús, cuyo rostro refulgía, y más atrás marchaban los discípulos, excitados como si cada uno de ellos hubiera resucitado a un muerto; y cerraban la marcha, enronquecidos a fuerza de gritar, los habitantes de Betania. Todos se precipitaron hacia el Templo. Jesús subió las gradas de dos en dos, cruzó la primera terraza y llegó a la segunda. Su rostro y sus manos despedían un salvaje resplandor y nadie podía acercarse a él. En determinado momento el anciano rabino, que corría jadeante tras él, quiso entrar en el área invisible que rodeaba al maestro, pero retrocedió como si misteriosas llamas lo hubieran lamido.

Jesús acababa de salir del horno de Dios, pero su sangre continuaba hirviendo. No podía, no quería aún, creer en ello: ¿era tan grande la fuerza del alma? ¿Podía ordenar a las montañas: «¡Venid!», y hacer que las montañas se movieran? ¿Abrir la tierra y hacer salir de ella a los muertos? ¿Destruir el mundo en tres días y volver a construirlo en tres? Pero si la fuerza del alma era todopoderosa hasta tal punto, ¿reposaba todo el peso de la perdición o la salvación en los hombros del hombre? Las fronteras entre Dios y el hombre se volvían borrosas. Aquél era un pensamiento aterrador, peligroso, y las sienes de Jesús latían aceleradamente.

Había dejado a Lázaro envuelto en el sudario, en pie sobre la tumba, y había partido con una prisa extraña hacia el Templo de Jerusalén. Por primera vez sentía intensamente que aquel mundo debía acabarse para que de las tumbas surgiera una nueva Jerusalén. Había llegado el momento. Aquél era el signo que esperaba: el mundo podrido hasta las raíces era un Lázaro y ya era hora de que él exclamara: «¡Mundo, levántate!» Tenía una misión que cumplir, y lo más terrible era que también tenía el poder necesario para llevarla a cabo. No podía encontrar escapatoria diciendo: «¡No puedo!» Podía y, si el mundo no se salvaba, la culpa recaería sobre sus hombros.

La sangre afluyó al rostro de Jesús. Vio a su alrededor a los andrajosos y oprimidos, que lo miraban y depositaban en él todas sus esperanzas. Lanzó un grito salvaje y saltó a la escalinata. El pueblo se reunió alrededor de él; los ricos y los saciados también se detuvieron, riendo por lo bajo, aprestándose a oírle. Jesús se volvió, los vio y alzó el puño:

—¡Escuchad, ricos —gritó—, escuchad, señores de este mundo, es hora de que cesen la injusticia, la infamia y el hambre! Dios frotó mis labios con una brasa y gritó: ¿hasta cuándo permaneceréis tendidos en vuestros lechos de marfil, de blandos cobertores? ¿Hasta cuándo comeréis la carne de los pobres y beberéis su sudor, su sangre y sus lágrimas? ¡No puedo soportaros más, grita mi Dios! ¡Llega el fuego y los muertos resucitan! ¡Ha llegado el fin del mundo!

Dos macizos andrajosos lo cogieron y lo levantaron en andas. El pueblo estrechó el cerco en torno de Jesús, agitando los ramos. Un hilillo de humo ascendía de la cabeza inflamada del profeta.

—No vine a traer al mundo la paz sino una espada. Llevaré la discordia a los hogares y por mi causa el hijo alzará la mano contra el padre, la hija contra la madre, la joven casada contra la suegra. El que me siga ha de abandonarlo todo. El que intenta salvar su vida en esta tierra, la pierde. El que pierde por mi causa su vida temporal, la gana por toda la eternidad.

—¿Qué dice la Ley, rebelde? —gritó una voz feroz—. ¿Qué dicen las Santas Escrituras, Lucifer?

—¿Qué dicen los grandes profetas Jeremías y Ezequiel? —respondió Jesús con los ojos refulgentes—. Aboliré la Ley grabada en las tablas de Moisés y grabaré una nueva Ley en el corazón de los hombres. Extirparé el corazón de piedra que ahora tienen los hombres y les daré un corazón de carne. ¡Y en ese corazón plantaré una nueva Esperanza! ¡Yo grabo en los nuevos corazones la nueva ley, yo soy la nueva Esperanza! Libero el amor. Abro las cuatro grandes puertas de Dios —el oriente, el occidente, el norte y el sur— para hacer entrar en su reino a todas las naciones. El seno de Dios no es un coto privado, sino que abraza al mundo entero. Dios no es israelita. Es un Espíritu inmortal.

El anciano rabino ocultó el rostro entre las manos. Quería gritar: «Jesús, cállate! ¡Es una gran blasfemia!», pero no tuvo tiempo de hacerlo. Estallaron salvajes gritos de triunfo y, al tiempo que los pobres aullaban de alegría, los levitas lo abucheaban. Santiago, el fariseo, se rasgó las vestiduras y escupió. El rabino se alejó, con la muerte en el alma. «Está perdido —murmuraba mientras avanzaba llorando—, está perdido. ¿Qué demonio, qué Dios lo habita y grita por su boca?»

Marchaba tambaleándose de fatiga. Durante aquellos días, durante aquellas semanas en que había seguido a Jesús, esforzándose por comprender quién era, su viejo cuerpo se había consumido completamente y ya no mostraba más que huesos envueltos en una piel cetrina; pero el alma se aferraba aún a ellos y esperaba. ¿Era o no era aquel hombre el Mesías que Dios le había prometido? Bien podía ser Satán quien hiciera los milagros, quien resucitara a los muertos. Por lo tanto, los milagros no bastaban al rabino para permitirle juzgar. Tampoco bastaban las profecías. Satán es un arcángel muy poderoso y muy astuto y puede hacer concordar perfectamente las palabras y las acciones de Jesús con las santas profecías con el fin de engañar a los hombres. Por eso el rabino no podía dormir de noche e imploraba a Dios que se apiadara de él y le mostrara una señal cierta... ¿Cuál? El rabino lo sabía muy bien: la muerte, su propia muerte. Pensaba en esta señal y se estremecía.

Corría tropezando en medio del polvo. En lo alto de la colina apareció, devorada por el sol, Betania. El rabino comenzó a subir la cuesta, jadeante.

La casa de Lázaro estaba abierta y los campesinos entraban y salían continuamente para ver y tocar al resucitado, para escuchar su respiración, para oírle hablar, para comprobar si estaba vivo o si se trataba de un engaño. Estaba sentado en el rincón más apartado de la casa porque no soportaba la luz; sentía una gran fatiga y hablaba poco. Sus pies, sus brazos y su vientre aparecían hinchados y verdosos como los de un cadáver de cuatro días. El rostro abotagado estaba hendido por todas partes, y por las grietas rezumaba un líquido amarillo y blancuzco que manchaba el sudario blanco, del cual no se había despojado porque se le había pegado a la piel. Al principio hedía mucho y los que se le acercaban se tapaban la nariz, pero poco a poco la hediondez había disminuido y

ahora no olía más que a tierra y a incienso. A veces movía la mano y se quitaba las hierbas que se habían enredado en su barba y sus cabellos. Sus dos hermanas, Marta y María, le quitaban las partículas de tierra y los gusanitos que habían quedado sobre él. Una vecina compasiva le había llevado una gallina y ahora la vieja Salomé, en cuclillas ante el hogar, la hacía hervir para preparar un caldo al resucitado que le hiciera recobrar las fuerzas. Los campesinos se sentaban unos momentos, lo observaban atentamente y le hablaban. Respondía con aire aburrido, con monosílabos, y apenas si decía dos o tres palabras. Luego llegaban otros visitantes de la aldea y de las aldeas vecinas... Aquel día el notable ciego se había presentado en la casa, había adelantado ávidamente la mano, lo había palpado y se había echado a reír:

—¿Te divertiste mucho entre los muertos? —le preguntó—. Te felicito, Lázaro; ahora conoces todos los secretos del mundo subterráneo, pero no los reveles, desdichado, porque harías enloquecer a los habitantes de la tierra... —se inclinó sobre su oído y añadió—: ¿Gusanitos, no? Nada más que gusanitos, ¿no? —Bromeaba y temblaba a la vez. Esperó un buen rato, pero Lázaro no respondió. El ciego se enfureció, empuñó el bastón y se fue.

Magdalena miraba desde el umbral el camino que iba a Jerusalén. Su corazón lloraba como un niño. Todas aquellas noches había tenido malos sueños: había visto casarse a Jesús, lo cual era un presagio de muerte. La víspera lo había visto bajo la forma de "un pez volador que había desplegado las alas y había saltado fuera del agua para caer en tierra. Se debatía entre las piedras de la costa, esforzándose por abrir de nuevo las alas y, al no lograrlo, se asfixiaba. Sus ojos habían comenzado a apagarse, se había vuelto y la había mirado; Magdalena había corrido a cogerlo para lanzarlo al mar aunque, cuando se inclinó y lo cogió en la mano, ya estaba muerto. Pero mientras lo tenía en la mano y lloraba, dejando caer lágrimas sobre él, lo vio agrandarse, abrazarla y morir...

—No le dejaré volver a Jerusalén... No permitiré que vuelva... —murmuraba entre suspiros y miraba el camino blanco, acechando su llegada.

Pero en lugar de Jesús apareció en el camino de Jerusalén su anciano padre el rabino, encorvado y tambaleante. «¡Pobre padre! —pensó Magdalena—. ¡En el estado en que está sigue a todas partes a nuestro maestro, como un viejo perro fiel! Oigo que se levanta de noche, sale al patio, se prosterna y clama a Dios: ¡Ayúdame, muéstrame una señal! Pero Dios permite que se atormente; lo tortura, al parecer, porque lo ama, y así se consuela el desdichado...»

Lo veía subir ahora, apoyado en el báculo y deteniéndose a cada instante para volverse y mirar hacia Jerusalén, abrir los brazos, tomar aliento... En los últimos días pasados en Betania, habían olvidado el pasado y el anciano, al comprobar que su hija había abandonado el mal camino, la había perdonado. Las lágrimas lavan todas las faltas, y Magdalena había llorado mucho.

El anciano llegó sofocado. Magdalena se hizo a un lado para dejarle pasar, pero él se detuvo y le tomó las manos en actitud suplicante:

—Magdalena, hija mía —dijo—, eres mujer y tus lágrimas y caricias tienen un gran poder. Arrójate a sus pies e implórale que no vuelva a Jerusalén. Hoy los escribas y fariseos se enfurecieron aún más que otros días y vi que hablaban secretamente entre ellos; sus labios segregaban veneno y estoy seguro de que traman su muerte.

—¡Su muerte! —exclamó Magdalena, con el pecho oprimido por la congoja—. ¡Su muerte! Pero, padre ¿puede acaso morir?—. El viejo rabino miró a su hija y en su rostro se esbozó una amarga sonrisa.

—Eso decimos de todos los hombres que amamos —murmuró.

—Pero el maestro no es un hombre como nosotros, ¡no!

—dijo Magdalena desesperada—. ¡No! ¡No! —repetía para conjurar su pavor.

—¿Cómo lo sabes? —dijo el anciano. Su corazón palpitaba: confiaba en el instinto de la mujer.

—Lo sé —respondió Magdalena—. No me preguntes cómo, pero lo sé y estoy segura de ello. No tengas miedo, padre. ¿Quién se atreverá a tocarle ahora que resucitó a Lázaro?

—Ahora que resucitó a Lázaro redobló el furor de los fariseos. Antes le oían predicar y se encogían de hombros, pero ahora, con la propagación de la nueva del milagro, el pueblo se envalentonó y exclama: «¡Es el Mesías! ¡Resucita a los muertos! ¡Dios le ha otorgado poderes especiales! ¡Sigámoslo!» Hoy, grupos de hombres y mujeres corren tras él con ramos, los enfermos levantan las muletas y amenazan, los pobres alzan la cabeza... Los escribas y los fariseos ven todo esto y revientan de rabia. Dicen: «Si permitimos que esto dure algún tiempo, estamos perdidos.» Van una y otra vez de Herodes a Caifas y de Caifas a Pilatos; le cavan la tumba... Magdalena, hija mía, abraza sus rodillas y no le dejes volver a Jerusalén. Regresemos a Galilea.

Recordó un rostro sombrío, picado de viruelas, y dijo:

—Magdalena, al venir vi a Barrabás. Andaba rondando y su rostro era más sombrío que el de la Muerte. Cuando oyó mis pisadas, se ocultó entre los zarzales. ¡Mala señal!

Su cuerpo sin fuerzas se dobló. Magdalena tomó a su padre por la cintura y lo metió en la casa. Le llevó un escabel y el viejo se sentó. Ella se arrodilló junto a él y le preguntó:

—¿Dónde está ahora? ¿Dónde lo dejaste, padre?

—En el Templo. ¡Vocifera, sus ojos despiden llamas, va a quemar el santo edificio! ¡Y qué palabras dice, Dios mío, qué blasfemias! Dice: «Aboliré la Ley de Moisés para imponer una nueva Ley. ¡No iré a buscar a Dios a la cima del Sinaí sino que lo encontraré en mi corazón!»

El anciano bajó la voz y añadió, temblando:

—A veces, hija mía, a veces me temo que su cerebro esté perturbado. O acaso Lucifer...

—¡Calla! —dijo Magdalena, posando sus manos en los labios del anciano.

Aún hablaban cuando aparecieron en el umbral, uno tras otro, los discípulos. Magdalena se incorporó con un movimiento vivo, miró, pero Jesús no estaba con ellos.

—¿Y el maestro? —dijo con voz desgarradora—. ¿Dónde está el maestro?

—Nada temas —respondió Pedro con expresión huraña—, nada temas. Ya vendrá.

María se puso en pie de un salto *y* se acercó, inquieta, a los discípulos, cuyos rostros aparecían ensombrecidos, conturbados y con la mirada apagada. Se apoyó contra la pared y murmuró, oprimida:

—¿Y el maestro?

—Ya vendrá, María, ya vendrá... —respondió Juan—. ¿Acaso lo habríamos abandonado si le hubiera ocurrido algo?

Los discípulos se dispersaron por la casa. Tenían el ceño fruncido y no hablaban.

Mateo sacó las cañas de su camisa y se dispuso a escribir.

—Habla tú, Mateo —dijo el anciano rabino—. Habla, que mi bendición te acompaña.

—Anciano —respondió Mateo—, cuando volvíamos todos juntos, el centurión Rufo nos detuvo en la puerta de Jerusalén. Dijo: «¡Tengo órdenes!» Palidecimos de miedo, pero el maestro le tendió la mano con calma y le dijo: «Te saludo amigo, ¿qué quieres de mí?» Rufo respondió: «¡Pilatos desea hablar contigo. Te ruego que me sigas!» «Te sigo», dijo tranquilamente Jesús y volvió el rostro hacia Jerusalén. Pero nosotros nos precipitamos sobre él, gritando: «¿Adonde vas, maestro? No dejaremos que le sigas.» El centurión intervino y dijo: «No temáis nada. Pilatos desea su bien, ¡os doy mi palabra!» El maestro nos ordenó: «Idos, y no tengáis miedo. Aún no llegó la hora.» Pero Judas dio un salto y gritó: «Yo iré contigo, maestro; no te abandono.» «Ven —le dijo el maestro—, yo tampoco te abandono.» Partieron hacia Jerusalén; Jesús y el centurión iban delante y Judas atrás, como un perro pastor.

Mientras hablaba Mateo, los discípulos se iban acercando y se sentaban en el suelo, en silencio.

—Vuestros rostros están turbados —dijo el rabino—. Nos ocultáis algo.

—Se trata de otras preocupaciones, anciano —respondió Pedro—, de otras preocupaciones...

Era cierto; en el camino de regreso habían entrado en ellos demonios oscuros. Los muertos comenzaban a resucitar y el día del Señor se acercaba; el maestro iba a subir al trono y llegaba el momento en que debían repartirse los honores. Y los discípulos se habían puesto a disputar sobre la distribución.

—Yo me sentaré a su diestra —decía uno—. El maestro me prefiere.

—¡No! ¡Yo me sentaré a su diestra! ¡Me prefiere a mí!

—¡A mí!

—¡A mí!

—¡Yo fui el primero que le llamó maestro! —dijo Andrés.

—¡Yo soy quien le ve con más frecuencia en sueños! —replicó Pedro.

—¡A mí me llama amado!... —dijo Juan.

—¡A mí también!

—¡A mí también!

La sangre de Pedro se inflamó y gritó:

—¡No digáis tonterías! ¿Acaso no me dijo anteayer: «Pedro, eres piedra y sobre ti construiré la nueva Jerusalén»?

—¡No dijo la nueva Jerusalén! Tengo anotadas aquí sus palabras —intervino Mateo golpeando los escritos que llevaba en el pecho.

—¿Qué me dijo entonces, chupatinta? ¡Eso oí yo! —dijo Pedro, encolerizado.

—Dijo: «Pedro, eres piedra y sobre esta piedra construiré mi Iglesia.» Mi Iglesia y no Jerusalén. ¡Hay una gran diferencia!

—¿Y que más me prometió? —gritó Pedro—. ¿Por qué te detuviste? ¿Te molesta seguir leyendo? ¡Di de una vez lo que dijo de las llaves!

Mateo, sin inmutarse, tomó los escritos y leyó:

—«Y te daré las llaves del reino de los cielos...» —¿Y que más? ¿Qué más? —gritó Pedro, triunfalmente. Mateo tragó saliva, se inclinó nuevamente y leyó: —«Lo que atares en esta tierra será atado en el cielo, y lo que desatares en esta tierra será desatado en el cielo...» ¡Eso es todo!...

—¿*Y* te parece poco? Todos habéis oído que tengo las llaves; yo abro y cierro el Paraíso. ¡Si quiero os dejo entrar, y si no, os quedáis fuera!

Entonces los discípulos habían estallado. Habrían llegado a las manos si no hubieran estado muy cerca de Betania. Se avergonzaron de haber ofrecido aquel espectáculo a los campesinos y trataron de calmarse. Pero sus rostros estaban aún sombríos.

XXVI

Mientras tanto, Jesús y el centurión marchaban delante seguidos por el perro guardián Judas. Entraron en las callejuelas tortuosas de Jerusalén y se dirigieron hacia la torre situada cerca del Templo, que servía de palacio a Poncio Pilaros. El centurión fue el primero que despegó los labios y dijo:

—Rabí, mi hija está radiante de salud y piensa constantemente en ti. Cada vez que se entera de que hablas al pueblo, sale a escondidas de casa para ir a escucharte. Hoy ambos escuchábamos en el Templo tus palabras y ella quería correr a besar tus pies, pero yo la tenía firmemente agarrada de la mano.

—¿Por qué no le permitiste satisfacer su deseo? —dijo Jesús—. Un instante basta para salvar el alma del hombre. ¿Por qué has dejado pasar ese instante, por qué frustraste esa oportunidad?

«¡Que una romana bese los pies de un judío!», pensó Rufo, avergonzado, pero nada dijo.

Empuñaba una fusta corta y apartaba al populacho bullicioso. Hacía un calor tórrido, los cuerpos desfallecían y había nubes de moscas; el centurión respiraba con repugnancia el aire judío; después de tantos años pasados en Palestina, aún no se había acostumbrado a la judiada. Cruzaban ahora el mercado, cubierto de esteras de paja; allí el aire era más fresco y acortaron el paso.

—¿Cómo puedes hablar a estos perros? —dijo el centurión.

Jesús enrojeció y dijo:

—No son perros. Son almas, chispas de Dios. Dios es un incendio, centurión, y cada alma es una chispa de ese incendio.) Hay que respetarla.

—Soy romano —respondió Rufo—, y mi Dios es romano. Abre caminos, construye cuarteles, lleva agua a las ciudades, coge sus armas y parte a la guerra. Marcha delante de nosotros y le seguimos. Y para los romanos, el alma de que hablas se confunde con nuestro cuerpo, y nuestro cuerpo lleva el sello de Roma. Cuando morimos, el alma y el cuerpo mueren juntos y lo que queda son nuestros hijos. Nuestros hijos son nuestra inmortalidad. Y perdóname, pero lo que dices del reino de los cielos nos parece un cuento de hadas.

Calló y al cabo de un momento añadió:

—Hemos nacido para gobernar a los hombres, y no se gobierna a los hombres con amor.

—El amor no está desarmado —dijo Jesús. Miró los ojos azules y fríos del centurión, sus mejillas recién afeitadas y sus manos rechonchas—. El amor también parte a la guerra y se lanza al asalto.

—Entonces no es amor —dijo el centurión.

Jesús inclinó la cabeza y pensó en su interior: «Debo hallar nuevos odres para poner en ellos el vino nuevo; necesito palabras nuevas.»

Llegaban al final de su camino. A la vez palacio y fortaleza, ante ellos se alzaba la torre que protegía entre sus muros al gobernador romano, el arrogante Poncio Pilatos. La raza judía le daba náuseas, y siempre que caminaba por las callejuelas de Jerusalén o que se veía forzado a hablar con judíos, se llevaba a las narices un pañuelo perfumado. No creía ni en los dioses ni en los hombres, y ni siquiera en Poncio Pilatos; en nada. Llevaba siempre, suspendida del cuello por

una cadenilla de oro, una navajita afilada; con ella se abriría las venas el día que se sintiera harto de comer, de beber y de gobernar, o bien el día que el emperador lo enviara al exilio. Cuando oía a los judíos desgañitarse llamando al Mesías y pidiéndole que fuera a liberarlos, reía, mostraba la navajita afilada a su mujer y le decía: «Este es mi Mesías; él me liberará.» Pero su mujer apartaba el rostro y no le respondía.

Jesús se detuvo ante la gran puerta de la torre y dijo:

—Centurión, me debes un favor, ¿te acuerdas? Ha llegado el momento de que me lo pagues.

—Te debo toda la alegría de mi vida, Jesús de Nazaret —respondió Rufo—. Habla, que haré cuanto esté en mi poder para satisfacer tus deseos.

—Si me capturan, me encarcelan o me matan, no hagas nada por salvarme. ¿Me lo prometes?

Franqueaban la puerta de la torre. Los centinelas alzaron las manos y saludaron al centurión.

—¿Es eso un favor? —preguntó Rufo, perplejo—. No comprendo a los judíos.

Dos negros gigantescos montaban guardia ante la puerta de Poncio Pilatos.

—Es un favor, centurión —dijo Jesús—. ¿Me das tu palabra?

Rufo hizo señas a los negros para que abrieran la puerta.

Enjuto, afeitado, de frente estrecha, ojos grises y duros y labios delgados, Pilatos alzó la cabeza y miró a Jesús, que se había detenido ante él. Estaba sentado en un alto trono decorado con águilas toscamente esculpidas y tenía un libro en las manos.

—¿Eres tú Jesús de Nazaret, el rey de los judíos? —dijo burlonamente. Luego se llevó el pañuelo perfumado a las narices.

—No soy rey —respondió Jesús.

—¿Cómo? ¿No eres el Mesías? ¿Acaso el Mesías no es el que tus compatriotas de la raza elegida esperan desde hace tantas generaciones para que los libere y se siente en el trono de Israel? ¿Y para que nos arroje a nosotros, los romanos? Entonces, ¿por qué dices que no eres rey?

—Mi reino no está en la tierra.

—¿Y dónde está? ¿En el agua? ¿En el aire? —dijo Pilatos y lanzó una carcajada.

—En el cielo —respondió con calma Jesús.

—¡Magnífico! —dijo Pilatos—. Te regalo el cielo. ¡Pero no toques la tierra!

Se quitó del dedo un grueso anillo, lo alzó para verlo al trasluz y miró la piedra roja, donde estaba grabada una calavera rodeada de la inscripción: «Come, bebe y regocíjate. He aquí lo que serás mañana.»

—Los judíos me repugnan —dijo—; no se lavan nunca y tienen un Dios a su imagen: sucio, con trenzas largas, rapaz, fanfarrón y rencoroso como un camello.

—Ese Dios ya ha alzado su puño sobre Roma —dijo tranquilamente Jesús.

—Roma es inmortal —respondió Pilatos y bostezó.

—Roma es la estatua gigantesca que al profeta Daniel se le apareció en una visión.

—¿La estatua? ¿Qué estatua? Lo que vosotros deseáis cuando estáis despiertos lo veis luego en sueños. Vivís y morís viendo visiones.

—Precisamente así, con visiones, el hombre parte a la guerra. Y poco a poco la sombra toma cuerpo y se vuelve consistente; el espíritu se reviste de carne y baja a la tierra. El profeta tuvo aquella visión y, por el solo hecho de que la tuvo, tomará un cuerpo de carne, bajará a la tierra y destruirá a Roma.

—No sé qué admirar más, Jesús de Nazaret, ti tu audacia o tu imbecilidad. Creo que no tienes miedo a la muerte y por eso hablas con tal libertad. Me agradas. Cuéntame la visión de Daniel.

—El profeta Daniel vio una noche una inmensa estatua. Su cabeza era de oro, su pecho y sus brazos de plata, su vientre y sus muslos de bronce y sus pantorrillas de hierro; pero sus pies eran de arcilla. Lanzada por una mano invisible, una piedra cayó de pronto sobre los pies de arcilla y los aplastó. Y al instante toda la estatua —el oro, la plata, el bronce, el hierro— se desmoronó... La mano invisible, Poncio Pilatos, es el Dios de Israel, yo soy la piedra y la estatua es Roma.

Pilatos bostezó de nuevo.

—Comprendí —dijo con aire aburrido—; comprendo tu juego, Jesús de Nazaret, rey de los judíos. Insultas a Roma y quieres que me encolerice y ordene tu crucifixión para convertirte en héroe. Todo lo has tramado muy hábilmente. Sé que comenzaste a resucitar a los muertos y que preparas todo de tal modo que tus discípulos puedan proclamar más tarde que no estás muerto, que resucitaste y subiste al cielo... Pero llegas demasiado tarde, astuto amigo. He descubierto tu truco. No voy a matarte, no te convertiré en héroe y tú no vas a convertirte en Dios, como los otros. Te ruego que te saques esa idea de la cabeza.

Jesús guardaba silencio. Por la ventana veía resplandecer bajo el sol, inmenso, el Templo de Jehová, semejante a una fiera invisible en cuyas fauces negras y abiertas desaparecían hombres procedentes de todas partes como abigarrados rebaños. Pilaros jugaba con la cadenilla de oro; le avergonzaba pedir un favor a un judío, pero se veía obligado a hacerlo porque así se lo había prometido a su mujer.

—¿Es todo? —dijo Jesús, volviéndose hacia la puerta. Pilatos se levantó.

—No te vayas —dijo—. Debo decirte algo; por eso te hice llamar. Mi mujer dice que te ve todas las noches en sueños. Apenas cierra los ojos, te le apareces. Quejándote a ella, le dices que los fariseos procuran tu muerte y le suplicas que me pida que yo impida que tus compatriotas Herodes y Caifas te condenen a muerte. Anoche mi mujer lanzó un grito, se despertó sobresaltada y se deshizo en lágrimas. Dice que se apiada de ti, no sé por qué... no me ocupo de las bobadas de las mujeres. Se arrojó a mis pies y me imploró que hablara contigo y te instara a salir de Jerusalén, ya que, según ella, sólo así te salvarás. Jesús de Nazaret, el aire de Jerusalén no es bueno para tu salud. ¡Vuelve a Galilea! No quiero emplear la fuerza y te lo pido amistosamente: ¡vuelve a Galilea!

—¡La vida es la guerra! —respondió Jesús con la misma voz sosegada y decidida—. Es una guerra y tú lo sabes, pues eres soldado de Roma. Pero lo que tú no sabes es esto: Dios es el capitán y nosotros somos sus soldados. Apenas el hombre llega al mundo, Dios le muestra la tierra y, en la tierra, una ciudad, una aldea, una montaña, el mar o también el desierto, y le dice: «¡Aquí combatirás!» Gobernador de Judea, una noche Dios me cogió por los cabellos, me levantó y me

trajo a Jerusalén. Me dejó frente al Templo y me dijo: «¡Aquí combatirás!» No desertaré, gobernador de Judea, ¡y aquí combatiré!

Pilatos se encogió de hombros. Lamentaba haber pedido aquel favor y haber revelado a un judío un secreto familiar. Hizo el ademán que le era habitual, de lavarse las manos.

—Haz lo que te parezca —dijo—. Yo me lavo las manos. ¡Vete!

Jesús alzó la mano y saludó. Cuando trasponía la puerta, Pilatos le gritó, burlón:

—¡Eh, Mesías! ¿Cuál es esa terrible nueva que, según se dice, traes al mundo?

—El fuego —respondió Jesús con la misma calma—. El fuego que purificará la tierra.

—¿De romanos?

—No, de infieles. De inicuos, de infames, de saciados.

—¿Y después?

—Después, en la tierra quemada, purificada, se construirá la nueva Jerusalén.

—¿Y quién construirá esa nueva Jerusalén?

—Yo.

Pilatos lanzó una carcajada y le dijo:

—Vete. Tenía razón cuando decía a mi mujer: «Estás como una chota». Ven a verme de vez en cuando; me ayudarás a pasar el tiempo. Ahora, vete; ya te he visto bastante.

Dio dos palmadas y los dos negros gigantescos entraron y condujeron a Jesús a la puerta.

Inquieto, Judas esperaba ante la torre. Un gusano misterioso roía en los últimos tiempos al maestro. Su rostro estaba cada día más arrugado. Parecía más salvaje y sus palabras eran más tristes y amenazadoras. A menudo subía solo al Gólgota, colina en que los romanos crucificaban a los rebeldes, a las puertas de Jerusalén, y permanecía allí durante horas. Y cuanto más se enfurecían los sacerdotes y los sumos sacerdotes, y le tendían celadas, más los atacaba y los llamaba «víboras venenosas, mentirosos, hipócritas, que tembláis de miedo por tragar un mosquito y os tragáis un camello». Todos los días, desde la mañana hasta la noche, permanecía frente al Templo pronunciando palabras violentas, como si buscara su muerte. Poco tiempo antes, cuando Judas le había preguntado qué esperaba para despojarse del vellón de cordero y dejar aparecer al león en toda su gloria, Jesús había sacudido la cabeza y Judas nunca había visto sonrisa tan amarga en los labios de un hombre. Desde entonces Judas no lo abandonaba ni a sol ni a sombra y, cuando lo veía subir al Gólgota, inmediatamente lo seguía a escondidas, temeroso de que un enemigo emboscado alzara la mano sobre él.

Judas se paseaba nerviosamente ante la torre maldita, dirigiendo miradas furtivas a los guardias romanos inmóviles, revestidos de bronce, con rostros inexpresivos de campesinos; tras ellos flotaba, en la punta de largas astas, el estandarte impío con las águilas. ¿Qué podía desear de él Pilatos, por qué le había mandado llamar? Los zelotes de Jerusalén habían dicho a Judas que

Herodes y Caifas visitaban con frecuencia aquella torre y acusaban a Jesús de fomentar una revolución para arrojar a los romanos y convertirse en rey. Pero Pilatos se negaba a escucharles. Decía: «Está loco de atar y no se mezcla en los asuntos de los romanos. Un día envié expresamente a unos agentes míos a preguntarle: "¿Quiere el Dios de Israel que se pague el impuesto a los romanos?" Y Jesús, muy justa e inteligentemente, respondió: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios." —Pilatos reía y decía—: No es un loco diabólico; está enloquecido por Dios. Si viola vuestra religión, castigadlo; yo me lavo las manos. Lo que me interesa es que no se inmiscuya en los asuntos de Roma.» Esto les decía Pilatos y los despedía. Pero, ¿habría cambiado de idea?

Judas se detuvo y se apoyó contra la pared. Se crispaba y abría los puños, irritado y nervioso.

De repente se sobresaltó. Oyóse un sonido de trompetas y la multitud se hizo a un lado. Llegaron cuatro levitas, que depositaron suavemente ante la puerta de la torre una silla de manos doradas. Descorriéronse sus cortinas de seda y descendió lentamente Caifas, grueso, blanco, con bolsas bajo los ojos y vestido con una dalmática amarilla. Las dos pesadas hojas de la puerta se abrieron en el instante preciso en que Jesús salía. Los dos hombres se encontraron en el umbral, frente a frente. Jesús, descalzo y con el vestido blanco enteramente remendado, se detuvo y miró fijamente a los ojos del sumo sacerdote. Este alzó sus pesados párpados, lo reconoció, le echó una rápida mirada de pies a cabeza y, por último, sus labios de chivo se movieron para decir:

—¿Qué buscas aquí, rebelde?

Jesús, inmóvil, mantenía clavados en él sus grandes ojos severos y afligidos y le respondió:

—No te temo, sumo sacerdote de Satán.

—Arrojadle de aquí —gritó Caifas a los cuatro silleteros y entró en el patio. Era zambo y movía pesadamente su obeso trasero.

Los cuatro levitas se precipitaron sobre Jesús, pero Judas dio un salto y rugió:

—¡Fuera! —los rechazó, tomó a Jesús del brazo y añadió—: Vámonos.

Judas apartaba los camellos, los hombres y las ovejas, abriéndole camino a Jesús. Franquearon la puerta fortificada, bajaron al valle del Cedrón, remontaron la otra ladera y se encaminaron hacia Betania.

—¿Qué quería de ti? —dijo Judas, apretando el brazo del maestro con angustia.

—Judas —respondió Jesús después de un largo silencio—, esta tarde te confiaré un secreto terrible.

Judas inclinó su cabezota y esperó, con los labios entreabiertos.

—Tú eres más fuerte que los otros compañeros. Creo que eres el único que puede soportarlo. A los demás no les dije nada, ni nada diré; son demasiado blandos.

Judas enrojeció de placer y dijo:

—Te agradezco, maestro, la prueba de confianza que me das. Habla. No tendrás que avergonzarte de mí.

—Judas, ¿sabes por qué abandoné la amada Galilea para venir a Jerusalén?

—Sí —respondió Judas—, porque cuanto haya de hacerse deberá hacerse aquí.

—Sí, de aquí saldrá la llama del Señor. Yo no podía dormir. Me despertaba sobresaltado en medio de la noche y miraba el cielo... para ver si se había abierto. «¿Aún no comenzaron a llover las llamas?», me preguntaba. Y cuando llegaba el día, corría al Templo, hablaba, señalaba el cielo con el índice, ordenaba, suplicaba, conjuraba al fuego a que bajara a la tierra. Así pasaron días y días, pero nadie oía mi voz. El cielo estaba cerrado, mudo, sereno. Y repentinamente un día...

Su voz se quebró. Judas se inclinó sobre él para oír, pero sólo percibió una respiración ahogada y el castañeteo de los dientes de Jesús.

—¿Y qué pasó? —preguntó Judas, jadeante. Jesús tomó aliento y volvió a hablar:

—Un día que estaba echado completamente solo en la cima del Gólgota, el profeta Isaías se alzó en mi espíritu. No, no en mi espíritu. Lo vi en carne y hueso ante mí, sobre las piedras del Gólgota; tenía en las manos una piel de chivo que se asemejaba a la del chivo negro que había encontrado en el desierto. La piel estaba cubierta de letras. «¡Lee!», me ordenó y extendió ante mí la piel de chivo. Apenas oí la voz, el profeta y la piel desaparecieron; sólo quedaron en el aire las letras negras con mayúsculas rojas.

Jesús clavó la mirada en la luz; había palidecido. Oprimió el brazo de Judas y se aferró a él.

—¡Ahí están! —murmuró con terror—. ¡Llenan el aire!

—¡Lee! —dijo Judas, que también temblaba.

Jesús comenzó a descifrarlas con voz ronca y entrecortada. Hubiérase dicho que las letras eran fieras vivas, que él las perseguía y ellas le oponían resistencia. Iba descifrando sílaba por sílaba, enjugándose el sudor que lo bañaba: «Cargó con nuestras faltas, nuestros pecados lo hirieron y nuestras iniquidades lo quebrantaron, y él, afligido, no despegó los labios. Abandonado y menospreciado por todos, marchó sin oponer resistencia, como el cordero que va camino del matadero.»

Jesús calló. Estaba lívido.

—No comprendo —dijo Judas. Se detuvo y se puso a remover las piedras con el pie. No comprendo. ¿Cuál es el cordero que va camino del matadero? ¿Quién va a morir?

—Judas —respondió lentamente Jesús—, hermano Judas, soy yo.

—¿Tú? ¿Tú? —dijo Judas, retrocediendo— ¿No eres, pues, el Mesías?

—Lo soy.

—¡No comprendo! —volvió a exclamar Judas. Se lastimó los pies con los guijarros.

—Ese es el camino, Judas, no protestes. Para que el mundo se salve es preciso que yo muera. Ni siquiera lo sabía yo mismo. En vano Dios me mostraba señales. Eran visiones, sueños, un chivo muerto en el desierto que llevaba suspendidas del cuello todas las faltas del pueblo. Y desde el día en que abandoné la casa de mi madre, una sombra me sigue como un perro y, a veces, corre delante de mí y me señala el camino: La Cruz.

Jesús lanzó una larga mirada a su alrededor. Tras ellos se alzaba Jerusalén, semejante a una montaña de cráneos completamente blancos, y ante ellos se erguían piedras, algunos olivos de hojas plateadas y cedros negros. El sol poniente chorreaba sangre.

Judas se arrancaba pelos de la barba y los arrojaba al viento. El Mesías que él esperaba era otro, y debía empuñar una espada. Lanzaría un grito y en el valle de Josafat saldrían de las tumbas todas las generaciones de hebreos muertos, que se mezclarían con los vivos. Con ellos resucitarían los caballos y los camellos de los hebreos, y todos, infantes y jinetes, se arrojarían sobre los romanos y los degollarían. El Mesías se sentaría luego en el trono de David, apoyando los pies, a modo de cojín, en el Universo. Así, no de otro modo, era el Mesías esperado por Judas Iscariote, y ahora...

Lanzó una mirada furtiva a Jesús y se mordió los labios, temeroso de que se le escapara una palabra dura. Recomenzó a mover las piedras con los pies. Jesús lo vio y se apiadó de él.

—¡Animo, hermano Judas! —le dijo, dulcificando la voz—. Yo tengo valor. Es inútil que opongamos resistencia, ése es el camino.

—¿Y luego? —dijo Judas con los ojos clavados en las piedras—. ¿Y luego?

—Volveré en toda mi gloria para juzgar a los vivos y a los muertos.

—¿Cuándo?

—Muchos hombres de esta generación no morirán sin haberme visto.

—En marcha —dijo Judas, y apuró el paso. Jesús avanzaba tras él, sofocado y esforzándose por alcanzarle. El sol iba a hundirse tras la montañas de Judea. Oyéronse los primeros chacales que se despertaban a los lejos, por el lado del Mar Muerto.

Judas subía la cuesta gruñendo. La tierra temblaba en el fondo de su alma y todo se desmoronaba. No confiaba en la muerte. Le parecía el peor de los caminos y el pensar en Lázaro resucitado le provocaba náuseas. Le parecía más muerto que todos los muertos y más infecto que ellos. ¿Cómo saldría el propio Mesías del combate con la Muerte? No, no, no confiaba en la muerte.

Se volvió para contradecir a Jesús, para lanzarle a la cara las palabras violentas que le quemaban la lengua, ¿no sería posible que cambiara de idea y no se enfrentara a la muerte? Pero cuando se volvía lanzó un grito de terror. Una sombra gigantesca caía del cuerpo de Jesús... aunque realmente no era una sombra sino una gigantesca cruz. Tomó el brazo de Jesús y le dijo, señalándole la sombra:

—¡Mira!

Jesús se estremeció y le dijo en voz muy queda:

—Calla, hermano Judas.

Ascendieron la suave cuesta que llevaba a Betania tomados del brazo. Doblábanse las rodillas de Jesús y Judas lo sostenía. Guardaban silencio. En determinado instante, Jesús se inclinó y recogió una piedra caliente. La oprimió en la palma durante largo rato. ¿Era una piedra o la mano de un ser amado? Miró a su alrededor. ¡Cómo había crecido la hierba en la tierra que estaba muerta en invierno!

—Hermano Judas —dijo Jesús—, no desesperes. Mira, el trigo penetra en la tierra. Dios envía la lluvia, la tierra se hincha y del leve suelo se alza la espiga de trigo que da alimento a los hombres. ¿Acaso la espiga resucitaría si el grano de trigo no muriera? Lo mismo cabe decir del Hijo del hombre.

Pero Judas no se consolaba; subía la cuesta en silencio. El sol se deshizo tras las montañas y la noche ascendió de la Tierra. Las primeras lámparas vacilaban en lo alto de la colina.

—Acuérdate de Lázaro —dijo aún Jesús. Pero Judas sintió náuseas, escupió y aceleró el paso.

Marta encendió la lámpara y Lázaro se llevó la palma de la mano a los ojos; la luz lo hería aún. Pedro había tomado a Mateo del brazo y ambos se habían sentado bajo la lámpara. La anciana Salomé había encontrado una madeja de lana negra, hilaba y pensaba en sus dos hijos. ¡Cuánto tardaba en llegar el día en que habría de verlos resplandecientes y con una cinta de oro en los cabellos! ¡El día en que todo el lago de Genezaret habría de pertenecerles!

Magdalena caminaba sendero abajo; el maestro se demoraba, su pena era muy grande, la casa le resultaba demasiado estrecha y había salido con la esperanza de encontrar al amado. En cuclillas en el patio, los discípulos clavaban la mirada en la puerta de entrada y guardaban silencio. Aún hervía en ellos la cólera. En la casa no se oía ningún ruido y el momento era favorable; desde hacía mucho tiempo Pedro ardía en deseos de ver qué escribía el publicano en su libreta. Aquella noche, después de la discusión con los otros, ya no resistía más: era necesario que supiera qué decía de él. Aquellos escribas eran malos bichos y debía asegurarse de que no lo ridiculizara ante las generaciones futuras. Si tenía la audacia de jugarle una mala pasada, arrojaría al fuego esa misma noche sus escritos y sus cañas. Lo tomó del brazo pronunciando palabras zalameras y ambos se sentaron en el suelo, bajo la lámpara.

—Mateo, léeme por favor —suplicó— lo que escribes. Tengo curiosidad por saber qué dices del maestro.

A Mateo le encantó aquella petición. Sacó suavemente de la camisa la libreta que acababa de envolver en un pañuelo bordado, obsequio de María, la hermana de Lázaro. La desenvolvió con precaución, como si se tratara de un ser vivo y herido, la abrió, comenzó a balancear el cuerpo hacia adelante y hacia atrás, tomó impulso y, a medias hablando y a medias salmodiando, comenzó a leer:

—«Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, Jacob engendró a Judas y a sus hermanos, Judas engendró, de Tamar, a Fares y a Zara...»

Pedro escuchaba con los ojos cerrados. Las generaciones de hebreos desfilaban ante él: de Abraham a David hubo catorce generaciones; de David al cautiverio de Babilonia hubo catorce generaciones; del cautiverio de Babilonia a Cristo hubo catorce generaciones... ¡Cuánta gente, qué ejército innumerable, inmortal! ¡Qué alegría, qué orgullo pertenecer a la raza de los hebreos! Pedro echó hacia atrás la cabeza y la apoyó en la pared. Escuchaba. Las generaciones habían pasado y ahora seguían los años de Jesús. ¡Cuántos milagros se habían cumplido, sin que él siquiera lo sospechara! Así, Jesús había nacido en Belén y su padre no era José el carpintero sino el Espíritu Santo. Y tres Magos habían ido a adorarlo. Y, ¿cuáles eran aquellas palabras pronunciadas por la paloma desde lo alto del cielo durante el bautismo? Pedro no las había oído. ¿Quién se las había

contado a Mateo, que no estuvo presente en el Bautismo? Poco a poco Pedro dejó de oír las palabras y se sintió arrullado por una música monótona y triste hasta que se quedó dormido. Mientras dormía, la música y las palabras le llegaban con soberana claridad. Pero cada palabra le parecía semejante a una granada, a una de esas granadas que había comido el año anterior en Jericó. El fruto estallaba en el aire y de él surgían llamas, ángeles, alas o trompetas...

En medio de la profunda dulzura del sueño oyó de pronto un tumulto de alegres gritos y se despertó sobresaltado. Vio ante él a Mateo que, con la libreta en las rodillas, continuaba leyendo. Se avergonzó de haberse dormido, se arrojó a los brazos de Mateo y le besó en la boca:

—Perdóname, hermano Mateo —le dijo—, pero mientras te escuchaba entré en el Paraíso.

Jesús apareció en el umbral, seguido por Magdalena, que resplandecía de alegría; sus ojos, sus labios, su cuello desnudo lanzaban llamas. Jesús vio a Pedro estrechar al publicano en sus brazos y besarle. Su rostro se dulcificó y, señalando a los dos discípulos enlazados, dijo:

—He aquí el reino de los cielos.

Se acercó a Lázaro. Este quiso levantarse pero sus costillas crujieron; temió que se le rompieran y volvió a sentarse. Extendió el brazo y tocó con la punta de los dedos la mano de Jesús, quien se estremeció. La mano de Lázaro era muy fría y negra y olía a tierra. Jesús salió al patio para aspirar aire fresco.

Aquel resucitado se debatía aún entre la vida y la muerte y Dios no podía vencer la putrefacción que había hecho presa en él. Jamás la muerte había mostrado tan bien hasta qué punto era poderosa. El terror se apoderó de Jesús junto con una gran tristeza.

Con la rueca bajo el brazo, la anciana Salomé se acercó a Jesús y se puso de puntillas para hablarle al oído:

—Maestro... —dijo, y Jesús se inclinó para escuchar.

—Habla, Salomé...

—Maestro, te pido un favor. Cuando subas a tu trono... ya ves lo que hemos hecho por ti...

—Habla, Salomé... —El corazón de Jesús se oprimía. Pensó: «¿Cuándo comprenderán los hombres que una buena acción excluye toda recompensa?»

—Ahora que vas a subir a tu trono, hijo mío, coloca a tu derecha a mi hijo Juan y a tu izquierda a mi hijo Santiago...

Jesús se mordió los labios para no hablar y clavó la mirada en el suelo.

—¿Has oído, hijo mío? Juan...

De una zancada Jesús entró en la casa. Se detuvo cerca de la lámpara y vio a Mateo, que aún tenía en las rodillas el cuaderno abierto. Había cerrado los ojos y estaba sumergido en el recuerdo de cuanto acababa de leer.

—Mateo —dijo Jesús—, dame tu libreta ¿Qué escribes ahí?

Mateo se levantó, gozoso, y le alargó sus escritos:

—Maestro —dijo—, aquí refiero tu vida y tus obras para que las conozcan las futuras generaciones.

Jesús se sentó bajo la lámpara y se puso a leer.

Apenas leyó las primeras palabras se sobresaltó. Volvió las páginas con violencia; leía ávidamente y su rostro se enrojecía y adquiría una expresión de furia. Al verlo, Mateo se agazapó en un rincón, aterrorizado; y esperó. Jesús continuaba volviendo las páginas pero de pronto no pudo contenerse y arrojó al suelo el evangelio de Mateo, exasperado. Se levantó y gritó:

—¿Qué significa todo esto? ¡Son mentiras, mentiras y más mentiras! El Mesías no necesita milagros. El mismo es el milagro y no necesita ningún otro milagro. Nací en Nazaret y no en Belén; jamás puse los pies en Belén y no me acuerdo de ningún Rey Mago; jamás fui a Egipto y, ¿quién te reveló las palabras que habría pronunciado la paloma en el momento de mi Bautismo: «Este es mi hijo amado»? Ni siquiera yo las oí. ¿Cómo es posible que tú, que no estabas allí, sepas lo que dijo la paloma?

—El ángel me lo reveló —respondió Mateo, temblando.

—¿El ángel? ¿Qué ángel?

—El que se presenta todas las noches cuando empuño la caña de escribir. Se inclina sobre mi oído, me dicta y yo escribo.

—¿Un ángel? —dijo Jesús, turbado—. ¿Un ángel te dicta lo que escribes?

Mateo cobró valor y respondió:

—Sí, un ángel. A veces hasta puedo verlo y siempre lo oigo. Sus labios rozan mi oreja derecha y siento que sus alas me envuelven. El ala del ángel me cubre como a un recién nacido y escribo, aunque mejor dicho no escribo sino transcribo lo que me dice. ¿Acaso habría podido escribir por mí mismo todas esas maravillas?

—¿Un ángel? —murmuró de nuevo Jesús y se sumergió en una profunda reflexión. Belén, los Reyes Magos, Egipto, «tú eres mi hijo amado»... ¿Y si todo aquello fuera la verdadera verdad? ¿Y si todo aquello fuera el grado más alto de la verdad, donde sólo habita Dios? ¿Y si Dios llamara mentira a cuanto nosotros llamamos verdad?

Calló. Recogió con cuidado los escritos que había arrojado en tierra y los devolvió a Mateo. Mateo los envolvió en el pañuelo bordado y los ocultó en la camisa.

—Escribe todo lo que te dicte el ángel —dijo Jesús—. En adelante yo... — Pero no acabó la frase.

Entretanto los discípulos habían rodeado a Judas en el patio y lo interrogaban acerca de la entrevista con Pilatos. Pero Judas no les concedió ni siquiera una mirada; salió del patio y se quedó en la puerta de la calle. Ya no los soportaba. En lo sucesivo sólo podría hablar con el maestro, pues un secreto terrible los unía, separándolos de los demás... Judas miró la noche que había devorado el mundo; allá arriba, semejantes a pequeñas velas, las primeras estrellas comenzaban a esconderse.

—«Dios de Israel —rugió para sí mismo—, no permitas que vacile mi espíritu.»

Inquieta, Magdalena se acercó a Judas. Este quiso alejarse, pero Magdalena lo agarró por el borde de la túnica.

—Judas —dijo—, a mí puedes revelarme sin temor el secreto. Me conoces.

—¿Qué secreto? Pilatos lo llamó para advertirle que se anduviera con cuidado. Caifas…

—No, no se trata de ese secreto. Hablo del otro.

—¿Qué otro secreto? Estás excitada una vez más, Magdalena. Tus ojos son dos brasas. —Rió sin alegría y añadió—: Llora, llora para apagarlas.

Pero Magdalena mordió su pañuelo y lo rasgó con los dientes. Murmuró:

—¿Por qué te habrá elegido a ti, a ti, Judas Iscariote?

El pelirrojo se encolerizó y asió violentamente el brazo de Magdalena:

—¿Y a quién querías que eligiera, María de Magdala? ¿Al veleta Pedro? ¿O a ese bobo de Juan? ¿O acaso querías que te eligiera a ti, que eres mujer? Yo soy un pedazo de sílice del desierto y resisto todos los embates. Por eso me eligió.

Los ojos de Magdalena se arrasaron de lágrimas. Murmuró:

—Tienes razón, soy una mujer, un ser mezquino y herido… —entró en la casa y se acurrucó cerca de la chimenea.

Marta había tendido la mesa para la cena. Los discípulos se reunieron en el patio y se sentaron en el suelo. Lázaro había bebido caldo de gallina, que le había dado energías, y se sentía más animado. Poco a poco, el aire, la luz y los alimentos iban ayudando a su cuerpo quebrantado a recuperarse.

Abrióse una puerta interior y apareció el anciano rabino, pálido, aéreo, semejante a un fantasma. Se apoyaba pesadamente en el báculo porque sus rodillas se negaban ahora a sostenerle. Vio a Jesús y le indicó con una señal que se acercara. Jesús se levantó, lo tomó del brazo y lo hizo sentar junto a Lázaro.

—Anciano, yo también debo hablar contigo —le dijo.

—Hoy he de hacerte un reproche, hijo mío —dijo el anciano rabino, mirándolo con severidad y ternura—. Lo digo en voz alta y delante de todos. Que nos oigan los hombres y las mujeres, y también Lázaro, que volvió de la tumba y debe conocer muchos secretos. Que todos nos oigan y sean los jueces.

—¿Qué pueden saber los hombres? —respondió Jesús—. Un ángel vuela por esta casa y todo lo oye; podéis preguntar a Mateo si es cierto o no. Que el ángel sea el juez. ¿Cuál es ese reproche, anciano?

—¿Por qué quieres destruir la Santa Ley? Hasta ahora la respetabas, así como el hijo respeta a su anciano padre. Pero hoy izaste tu propio estandarte frente al Templo. ¿Hasta dónde llegará la rebelión de tu corazón?

—Hasta el amor, anciano. Hasta los pies de Dios. Allí se apoyará y reposará.

—¿No puedes llegar hasta allí con la Santa Ley? ¿No sabes lo que dicen nuestras Escrituras? Trescientas generaciones antes de que Dios creara el mundo, la Ley estaba escrita. Aunque no en pergaminos, porque aún no existían animales para dar su piel, ni en madera, porque aún no existían los árboles, ni en piedra, porque aún no existían las piedras. Estaba escrita, en llamas negras sobre un fondo de fuego blanco, en el brazo izquierdo del Señor. Y, conforme a esa Santa Ley, Dios creó el mundo.

—¡No! ¡No! —exclamó Jesús, incapaz de contenerse—. ¡No!

El anciano rabino le tomó la mano con ternura y le preguntó:

—¿Por qué gritas así, hijo mío?

Jesús enrojeció; estaba avergonzado. Había soltado las riendas y ya no podía dominar su alma. Se sentía como cubierto de heridas de pies a cabeza. Le dolía cualquier parte del cuerpo que le tocaran, aunque lo hicieran con toda suavidad, y por eso gritaba.

Había gritado y se sentía calmado. Tomó la mano del anciano rabino y bajó los ojos.

—Las Santas Escrituras, anciano, son las hojas de mi corazón. Las otras hojas las rasgué.

Pero apenas hubo pronunciado estas palabras, lamentó haberlo dicho.

—No, no soy yo..., no soy yo —murmuró—. Dios me envió.

Sentado como estaba cerca de Jesús, cuyas rodillas se tocaban con las suyas, el anciano rabino sentía que del cuerpo de Jesús brotaba una fuerza abrasadora, intolerable, y como el viento que penetró de pronto por la ventana abierta había apagado la lámpara, el anciano rabino vio en la oscuridad al hijo de María resplandeciente de luz, de pie en el centro de la casa, semejante a una columna de fuego. Miró a todas partes para ver si distinguía a Moisés y Elías. Pero no los vio. Jesús estaba rodeado sólo por su propio fulgor; su cabeza tocaba el techo de cañas y lo abrasaba. En el momento en que el viejo rabino se disponía a lanzar un grito, Jesús extendió los brazos. Se había convertido en una cruz y las llamas lamían su cuerpo.

Marta se levantó y encendió la lámpara. Todo volvió a estar en orden; Jesús continuaba sentado, con la cabeza inclinada. El rabino lanzó un vistazo a su alrededor; nadie había visto nada en la oscuridad y todos estaban sentados en torno a la mesa, preparándose tranquilamente para comer. Pensó: «Dios me tiene en su mano y juega conmigo. La verdad tiene siete grados. Me pasea de grado en grado y padezco vértigos.»

Jesús no tenía hambre y no se sentó a la mesa. Tampoco lo hizo el anciano rabino. Los dos permanecieron junto a Lázaro, que había cerrado los ojos y parecía dormido. Pero no dormía; meditaba. ¿Qué sueño había tenido? Le parecía que estaba muerto. Lo habían enterrado y repentinamente había oído una voz terrible que le gritó: «¡Lázaro, levántate y anda!» Se había puesto en pie envuelto en el sudario, había salido de la tumba... y se había despertado. Se encontró envuelto en un sudario semejante al que había visto en sueños. ¿O no se trataba de un sueño? ¿Había descendido verdaderamente al reino de los muertos?

—¿Por qué lo sacaste de la tumba, hijo mío?

—No quería hacerlo —repuso en voz baja Jesús—, no quería hacerlo, anciano. Cuando vi que levantaba la baldosa de piedra me espanté. Quería echar a correr, pero sentí vergüenza. Me quedé temblando de miedo.

—Puedo soportarlo todo —dijo el rabino—, todo, salvo la hediondez del cuerpo que se descompone. He visto otro cuerpo atroz que aún vivía, comía, hablaba, suspiraba... y se descomponía. Era el rey Herodes, una gran alma condenada. Mató a la mujer que amaba, la hermosa Mariana; mató a sus amigos, sus generales, sus hijos. Conquistó reinos, construyó torres, palacios, ciudades y alzó en Jerusalén un Templo más suntuoso que el antiguo Templo de Salomón. Grabó profundamente su nombre en las piedras, en el bronce, en el oro. Tenía sed de inmortalidad. Y súbitamente, en el apogeo de su gloria, el dedo de Dios le tocó en el cuello y su cuerpo comenzó a pudrirse. Tenía hambre, comía

incesantemente y nunca estaba saciado. Sus intestinos no eran más que una larga llaga fétida, y hasta tal punto tenía hambre que los chacales oían de noche sus gemidos y temblaban. Su vientre, sus pies, sus sobacos habían comenzado a hincharse. Salían gusanos de su sexo, que fue lo que primero se pudrió. El hedor era tal que ningún ser humano podía acercársele. Los servidores se desvanecían. Lo llevaron a las fuentes termales de Callirroé, cerca del Jordán, pero su estado empeoró. Lo sumergieron en aceite caliente, pero continuó empeorando. Yo tenía entonces reputación de curar y de exorcizar las enfermedades; alguien se lo contó al rey y éste me mandó llamar. Lo habían llevado a los huertos de Jericó. La fetidez se difundía de Jerusalén hasta el Jordán. Cuando me acerqué a él por vez primera me desvanecí. Preparé ungüentos y con ellos le unté el cuerpo. Bajaba la cabeza a escondidas y vomitaba. Pensaba: «Este es un rey, he aquí lo que es el hombre: inmundicia y hedor. ¿Dónde está el alma que ponga orden en el cuerpo?»

El rabino hablaba en voz muy baja, pues los que comían no debían oír semejantes cosas. Jesús escuchaba, encorvado, desesperado. Justamente aquél era el favor que quería pedir aquella noche al anciano rabino; que le hablara de la muerte. Jesús sentía que debía ir haciéndose a la idea de que en lo sucesivo debía tener siempre ante él a la muerte, para acostumbrarse a ella. Pero ahora... Quería hacer un ademán, detener al anciano rabino, gritarle: «¡Basta ya!» Pero el rabino ya no podía contenerse. Le apremiaba expresar de una vez por todas toda aquella inmundicia para que saliera de su memoria y él quedara purificado.

—En vano lo untaban con mis ungüentos; los gusanos continuaban devorándolo. Pero un demonio imperaba aún en medio de aquella inmundicia e impartía órdenes. Ordenó a todos los ricos y a todos los poderosos de Israel que se reunieran en su patio. En el momento de morir, gritó a su hermana Salomé: «Cuando expire, mátalos a todos para que no se regocijen con mi muerte.» Y murió. Murió Herodes el Grande, el último rey de Judá. Me oculté tras los árboles y me puse a bailar. Había muerto el último rey de Judá y había llegado, pues, la hora bendita profetizada por Moisés en su Testamento: «Habrá un rey corrompido y licencioso y sus hijos serán indignos. De occidente vendrán ejércitos y un rey bárbaro para ocupar la Tierra Santa. Entonces llegará el fin del mundo.» Esto es lo que dice el profeta Moisés. Ahora todo se ha cumplido y ha llegado el fin del mundo.

Jesús se sobresaltó. Era la primera vez que oía aquella profecía y gritó:

—¿Dónde está ese escrito? ¿Qué profeta lo dice? Es la primera vez que oigo hablar de esto.

—Hace algunos años se encontró un viejo pergamino en un cántaro de arcilla enterrado en una gruta del desierto de Judea. Lo halló un monje; lo desenrolló y vio escrito en la parte superior, con letras rojas: «Testamento de Moisés». Antes de morir, el gran patriarca había llamado a su sucesor, Josué, hijo de Nun, y le había dictado cuanto debía cumplirse. Y he aquí que hemos llegado a los años por él profetizados. El rey corrompido era Herodes, los ejércitos bárbaros eran los romanos ¡y el fin del mundo lo verás entrar por aquella puerta si te animas a alzar la cabeza!

Jesús se levantó; la casa le resultaba demasiado estrecha. Pasó entre sus compañeros, que comían despreocupados, salió al patio y alzó la cabeza. Grande, afligida, la luna aparecía en aquel instante en el cielo, del otro lado de los montes

de Moab. Pronto estaría completamente redonda, pronto llegaría al plenilunio que trae la Pascua. Como si viera la luna por primera vez, Jesús la miraba, desconcertado. ¿Qué era aquello que se alzaba por encima de las montañas, que aterraba a los perros y los hacía ladrar, con la cola entre las patas? Y aquella cosa subía silenciosamente en la aterradora soledad y chorreaba gotas de hiel. El corazón del hombre se convierte en un pozo que se llena de hiel. En sus mejillas y en su cuello, Jesús sentía una lengua venenosa que le lamía y envolvía su cuerpo y su rostro en una luz blanca, semejante a un sudario.

Juan adivinó el sufrimiento del maestro y salió al patio. Lo vio bañado por entero por la luz de la luna.

—Maestro —dijo quedamente para no molestarle, y se acercó a él de puntillas.

Jesús se volvió y lo miró. El adolescente tierno e imberbe desapareció; en su lugar había ahora un anciano centenario que, en pie en el centro del patio, bajo la luna, empuñaba en una mano un libro cerrado y en la otra una caña tan larga como una lanza de cobre. Su barba se derramaba, completamente blanca, hasta las rodillas.

—Hijo del Rayo —le gritó Jesús, extasiado—, escribe: Soy el Alfa y el Omega, el que era, es y será el Señor de las Naciones. ¿Oyes una voz potente como una trompeta?

Juan sintió miedo. ¡La razón del maestro vacilaba! Sabía que la luna embriaga y por eso había salido al patio, para hacerle volver a la casa. Pero, ¡ay!, había llegado demasiado tarde.

—Maestro —dijo—, calla. Soy *yo,* tu amado Juan. Entremos. Estamos en la casa de Lázaro.

—¡Escribe! —ordenó de nuevo la voz de Jesús—. Escribe: Hay siete ángeles en torno del trono de Dios y cada ángel se lleva a la boca una trompeta. ¿Los ves, hijo del Rayo? Escribe: El primer ángel cayó a la tierra convertido en granizo y fuego mezclado con sangre. Un tercio de la tierra se quemó, un tercio de los árboles y un tercio de las hierbas verdes se quemaron. El segundo ángel hizo sonar la trompeta y una montaña de fuego cayó en el mar; un tercio del mar se trocó en sangre, un tercio de los peces murió y un tercio de los navíos zozobró. El tercer ángel hizo sonar la trompeta: una gran estrella cayó del cielo y un tercio de los ríos, de los lagos y las fuentes quedó emponzoñado. El cuarto hizo sonar la trompeta: un tercio de la tierra quedó privada de sol, un tercio de luna y un tercio de estrellas. El quinto hizo sonar la trompeta: otra estrella se precipuo desde lo alto del cielo, abrióse el Abismo y de él surgió una nube de humo; en aquel humo había langostas que se lanzaron no sobre las plantas, no sobre los árboles, sino sobre los hombres; tenían pelos largos como cabellos de mujer y sus dientes eran como dientes de león; llevaban armaduras de hierro y sus alas bramaban como los caballos de los carros de guerra lanzados a la batalla. El sexto ángel hizo sonar la trompeta Pero Juan ya no podía resistir aquello. Estalló en sollozos y cayó a los pies de Jesús.

—Maestro —imploró—, calla..., calla...

Jesús oyó los sollozos y se estremeció. Se inclinó y vio a sus pies a su amado discípulo.

—Amado Juan —dijo—, ¿por qué lloras?

Juan sentía vergüenza de confesar que, bajo la luna, la razón del maestro había vacilado durante unos instantes.

—Maestro —dijo—, entremos. El anciano pregunta qué ha sido de ti y los discípulos quieren verte.

—¿Y por eso lloras, amado Juan? Entremos.

Entró y volvió a sentarse junto al anciano rabino. Se sentía muy cansado y sus manos estaban bañadas en sudor. Tiritaba y ardía a la vez. El anciano lo miró, asustado.

—No mires la luna, hijo mío —le dijo, asiéndole la mano húmeda—. Se dice que es el seno de la Noche, de la gran amante de Satán, y que vierte...

Pero el espíritu de Jesús estaba aún concentrado en la muerte.

—Anciano —dijo—, creo que has hablado mal de la muerte. La muerte no tiene el rostro de Herodes. No. La muerte es un gran señor que tiene las llaves de Dios y abre la puerta. Anciano, acuérdate de otros muertos y consuélame.

Los discípulos habían acabado de comer e interrumpieron la charla. Marta recogía la mesa y las dos Marías estaban hechas un ovillo a los pies del maestro; de vez en cuando una de ellas miraba furtivamente los brazos, el pecho, los ojos, la boca, los cabellos de la otra y se preguntaba, inquieta, cuál de las dos era más hermosa.

—Tienes razón, hijo mío —dijo el anciano—. Hablé mal del arcángel negro de Dios. Siempre toma el rostro del agonizante. Si muere Herodes, se convierte en Herodes, pero si muere un santo, su rostro resplandece como siete soles. Es un gran señor que se presenta en su carro, alza al santo por encima de la tierra y lo eleva hasta el cielo. Hombre, si quieres conocer tu rostro eterno, mira cómo ha de aparecer ante ti la muerte en tu última hora.

Todos escuchaban con la boca abierta y cada cual aquilataba, inquieto, su propia alma. Durante un buen rato reinó el silencio, como si cada uno de ellos se esforzara por ver el rostro de su muerte.

Al fin habló Jesús.

—Anciano —dijo—, un día, cuando tenía doce años, te oí referir en la sinagoga al pueblo de Nazaret el martirio y el suplicio del profeta Isaías. Pero hace muchos años de esto y lo olvidé. Y esta noche deseo vivamente oír de nuevo el relato de su muerte para que mi alma se apacigüe y reconcilie con la muerte. Porque lo cierto es que la has asustado al hablar de Herodes, anciano.

—¿Por qué quieres que esta noche continuemos hablando de la muerte, hijo mío? ¿Este es el favor que tanto querías pedirme?

—Sí. Oírte me hará un bien inmenso.

Se volvió hacia sus discípulos y exclamó:

—¡No temáis a la muerte, compañeros! ¡Bendita sea la muerte! Si no existiera* ¿cómo podríamos reunimos con Dios para siempre? Lo que os digo es cierto: la muerte tiene las llaves y abre la puerta.

El viejo rabino lo miraba, estupefacto.

—Jesús, ¿cómo puedes hablar de la muerte con tanto amor y certeza? Hace mucho tiempo que no percibía semejante dulzura en tu voz.

—Háblanos de la muerte del profeta Isaías, anciano, y verás cómo tengo razón.

El viejo rabino se apartó un poco para no tocar a Lázaro.

—El rey inicuo Manases había olvidado las órdenes de su padre, el piadoso Ezequías. Satán lo poseyó y Manases no podía ya oír la voz de Dios, no podía oír ya a Isaías. Por ello envió asesinos por toda Judea en su busca para que lo degollaran y le impidieran seguir vociferando. Pero Isaías estaba oculto, en Belén, en el tronco de un cedro gigantesco. Ayunaba y oraba para que Dios se apiadara y salvara a Israel. Un día un samaritano herético acertó a pasar por allí. Del árbol salía la mano del profeta, que estaba entregado a la oración. El samaritano la vio y corrió al palacio del rey para denunciarlo. Apresaron al profeta y lo condujeron a presencia del rey. «¡Traed la sierra con que se sierran los árboles y aserradle!», ordenó el maldito. Tendieron en tierra al profeta y dos hombres, cogiendo cada uno un extremo de la sierra, se pusieron a aserrarle.

—¡Retráctate de tus profecías y te perdonaré la vida! —le gritó el rey.

Pero Isaías ya había entrado en el Paraíso y no oía las voces de la tierra.

—Reniega de Dios —volvió a gritar el rey— y ordenaré a mi pueblo que caiga a tus pies y te adore.

—No tienes otro poder —le respondió entonces el profeta— que el de matar mi cuerpo. No puedes tocar mi alma ni ahogar mi voz. Ambas son inmortales. Una asciende a Dios y la otra, mi voz, quedará gritando eternamente en la tierra.

En seguida la muerte llegó en un carro de fuego, con una corona de cedro dorada sobre los cabellos, y se lo llevó.

Jesús se levantó; sus ojos brillaban. Un carro de fuego se había detenido ante él.

—Compañeros —dijo mirando a sus discípulos uno por uno—, amados compañeros de camino, escuchad, si me amáis, lo que os diré esta noche. Estad siempre en pie de guerra, estad siempre prontos. Los que tenéis sandalias, con vuestras sandalias; los que tenéis bastón, con vuestro bastón; estad siempre prontos para el gran viaje. ¿Qué es el cuerpo? La tienda del alma. Es preciso que podáis decir a cada instante: «¡Levantamos la tienda y partimos!» Partimos de regreso a nuestra patria. ¿Qué patria? ¡El cielo! Compañeros, también quería deciros esto esta noche: cuando os halléis ante la tumba de un ser querido no derraméis lágrimas. Tened siempre presente este gran consuelo: la muerte es la puerta de la eternidad. No existe otra. El ser querido no está muerto. Se transformó en un ser inmortal.

XXVII

Desde el alba y durante todo el día, pero mucho más de noche, cuando nadie la veía, la primavera se abría paso suavemente en la tierra y las piedras, y ascendía desde el suelo de Israel. En una noche las llanuras de Sarón, en Samaría, y de Esdrelón, en Galilea, se cubrieron de margaritas amarillas y de lirios silvestres. Y entre las severas piedras de Judea brotaron, como gruesas gotas de sangre, efímeras anémonas rojas. Las vides se cubrieron de yemas, y en cada yema verde con punta de carmín se reunían, para lanzarse a la luz, los granos verdes, las uvas y el vino nuevo; y aún más profundamente, en el corazón de cada yema, las canciones de los hombres. Junto a cada hojita había un ángel de la guarda que la ayudaba a crecer. Podría pensarse que volvían los primeros días de la creación, cuando cada palabra de Dios que caía sobre las tierras recién nacidas fecundaba árboles, flores silvestres y verdor.

En el pozo de Jacob, al pie de la montaña sagrada, el Garizim, la samaritana llenó aquella mañana el cántaro y miró a lo lejos, hacia la ruta de Galilea, como si esperara ver aparecer al joven pálido que un día le había hablado de un agua inmortal. Ahora, en primavera, la viuda libertina había descubierto aún más sus senos cubiertos de sudor.

En aquella noche primaveral el alma inmortal de Israel se metamorfoseaba para convertirse en mariposa, para ir a posarse en la ventana abierta de cada joven judía y cantar hasta el alba sin dejarla dormir. «¿Por qué duermes sola? —cantaba la noche, reprendiéndola cariñosamente—. ¿Para qué crees que te di largos cabellos, hermosos senos y caderas anchas y redondas?

Levántate, ponte las joyas, asómate a la ventana, párate temprano en el umbral de tu puerta, toma el cántaro y ve al pozo. Guiña el ojo a los jóvenes hebreos casaderos que encuentres en el camino y dame hijos. Nosotros los hebreos tenemos muchos enemigos, pero mientras mis hijas tengan hijos, yo seré inmortal. En la tierra de Israel odio los campos sin labrar, los árboles sin podar y las vírgenes.»

Y en el Hebrón guardado por Dios, en el desierto de Idumea, en torno de la tumba sagrada de Abraham, los jóvenes hebreos jugaban al Mesías apenas se despertaban. Se habían hecho arcos de mimbre, lanzaban flechas de caña hacia el cielo y pedían a gritos que descendiera al fin el rey de Israel, el Mesías, empuñando una larga espada y luciendo un casco de oro. Habían extendido sobre la tumba sagrada una piel de oveja, para hacerle un trono. Hasta le habían compuesto una canción y aplaudían para que apareciera. Súbitamente resonaron tras la tumba tambores y vítores y se vio aparecer, pavoneándose y con el rostro embadurnado y terrible, con barba y bigotes de cabello de maíz, rugiendo, al Mesías. Empuñaba una larga espada, hecha con una rama de datilera, y golpeaba en el hombro a todos los niños, que formaban fila, y todos caían degollados.

Al despuntar el día, en Betania, en la casa de Lázaro, Jesús no había cerrado aún los ojos. Su angustia había durado demasiado y no veía que ningún camino se abriera ante él, ningún camino, salvo la muerte. «De mí hablaban las profecías —pensaba—, hablaban de mí; soy el cordero que debe cargar con todos los pecados del mundo y que debe ser degollado la Pascua próxima. Deseo, ser degollado un poco antes, porque la carne es débil y no tengo confianza en ella: puede ceder en el último momento. Pero ahora aún siento mi alma firme y puedo

afrontar la muerte... ¡Ah, que se alce cuanto antes el día!, ¡iré al Templo y acabaré hoy mismo con todo!»

Se había decidido y su espíritu se apaciguó. Cerró los ojos, se durmió y tuvo un sueño. El cielo era un jardín cercado con rejas y poblado por fieras. El mismo era una fiera y jugaba con las otras. Y mientras jugaba, saltó el cercado y cayó en la tierra. Al verlo, los hombres se aterrorizaron y las mujeres lanzaron gritos y salieron a buscar a sus hijos a las calles para que la fiera no los devorara. Los hombres cogieron lanzas, piedras y espadas y lo persiguieron... La sangre chorreaba por todo su cuerpo y de pronto cayó de bruces en tierra. Entonces le rodearon unos jueces; lo iban a juzgar. No eran hombres, sino zorros, perros, puercos y lobos. Lo juzgaron y le condenaron a muerte. Pero cuando lo llevaban al suplicio se acordó de que no podía morir, que era una fiera del cielo, inmortal. Nada más recordarlo, una mujer, que le pareció María Magdalena, le cogió de la mano y le sacó de la ciudad: «No vayas al cielo —le dijo—. Ha llegado la primavera: quédate con nosotros...» Caminaron durante mucho tiempo y llegaron a las fronteras de Samaría, donde apareció la samaritana con el cántaro al hombro. Le dio de beber y luego le cogió a su vez de la mano y le condujo a las fronteras de Galilea. Allí, bajo los olivos en flor, apareció su madre, con la cabeza envuelta en un pañuelo negro; lloraba. María vio la sangre que bañaba el cuerpo de Jesús, sus heridas y una corona de espinas en su cabeza. Alzó los brazos al cielo y exclamó: «¡Así como tú me atormentaste, Dios te atormentará! Has hecho correr mi nombre de boca en boca y los hombres claman contra la injusticia que cometes. Te rebelaste contra la Patria, la Ley y el Dios de Israel. No has temido a Dios ni te has avergonzado ante los hombres. ¡No pensaste en tu madre ni en tu padre, y yo te maldigo!»

Y al punto María desapareció.

Jesús se despertó sobresaltado y bañado en sudor. Junto a él, los discípulos roncaban. En el patio cantó el gallo; Pedro lo oyó, entreabrió los ojos y vio a Jesús de pie.

—Maestro —dijo—, cuando cantaba el gallo yo tuve un sueño. Me parecía que habías tomado dos trozos de madera en forma de cruz y que en tus manos se habían transformado en una lira y un arco. Cantabas y tocabas, y las fieras provenientes de los cuatro rincones del mundo se habían reunido para escucharte. ¿Qué significado tendrá el sueño? Se lo preguntaré al anciano rabino.

—El sueño no acaba ahí, Pedro —respondió Jesús—. ¿Por qué te despertaste tan pronto? El sueño continúa.

—¿Continúa? No comprendo. ¿Acaso tú lo soñaste íntegramente, maestro?

—Después de oír la canción, las fieras se arrojaron sobre el cantor y lo devoraron.

Pedro abrió desmesuradamente los ojos. Su corazón tuvo un presentimiento, pero su inteligencia permaneció inerte.

—No comprendo —dijo.

—Lo comprenderás otra mañana —le respondió Jesús—, cuando oigas cantar de nuevo al gallo.

Empujó suavemente con el pie, uno por uno, a todos sus compañeros.

—Despertad, holgazanes —dijo—. Hoy tenemos mucho que hacer.

—¿Nos vamos? —dijo Felipe restregándose los ojos—. Opino que deberíamos volver a Galilea; allí estaríamos seguros.

A Judas le castañetearon los dientes, pero no dijo nada.

Las mujeres se despertaron en las habitaciones del fondo y se oyeron sus cuchicheos. La anciana Salomé salió para encender el fuego y dos discípulos ya se habían reunido en el patio esperando a Jesús que, encorvado, hablaba en voz baja con el anciano rabino, gravemente enfermo y acostado en el fondo de la estancia.

—¿Adonde vas ahora, hijo mío? —le preguntaba el anciano—. ¿Adonde vas a guerrear? ¿Otra vez a Jerusalén? ¿Levantarás la mano una vez más para destruir el Templo? Porque has de saber que la palabra se transforma en acción cuando la pronuncia un alma grande. Tu alma es grande y tú cargas con la responsabilidad de cuanto dices. Si dices: «El Templo será destruido», ten la seguridad de que lo será un día. ¡Mide tus palabras!

—Mido mis palabras, anciano. Todo el mundo está presente en mi espíritu cuando hablo. Escojo entre lo que quedará y lo que desaparecerá, y asumo la responsabilidad de la elección.

—¡Ah, si pudiera conservar aún la vida para ver quién eres!

Pero soy viejo. El mundo se ha transformado en un fantasma que ronda en torno de mi cerebro. Quiere entrar en él, pero todas las puertas están cerradas.

—Resiste aún algunos días, anciano, hasta la Pascua. Retén tu alma con todas tus fuerzas y verás. Aún no ha llegado el momento.

El rabino sacudió la cabeza.

—¿Cuándo llegará ese momento? —murmuró como quejándose—. ¿Me habrá engañado Dios? ¿Qué hizo de la palabra empeñada? Muero, muero..., ¿y dónde está el Mesías? —el anciano rabino se había colgado de los hombros de Jesús con todas las energías que le quedaban.

—Resiste aún hasta la Pascua, anciano. ¡Entonces verás cómo Dios cumple siempre la palabra empeñada!

Se desasió de las manos del rabino y salió al patio.

—Natanael y Felipe —dijo—, id al extremo de la aldea; en la última casa hallaréis atados a la aldaba de la puerta una asna con su borriquillo. Desatadla y traedla. Si os preguntan: «¿Adonde la lleváis?», responded: «El rabí la necesita. Luego la devolveremos.»

—Me parece que nos buscaremos problemas —cuchicheó Natanael al oído de su amigo.

—Vamos —dijo Felipe—. Haz lo que te ordena... ¡y que sea lo que Dios quiera!

Muy temprano, Mateo había tomado la caña de escribir y seguía con atención los pasos y palabras del maestro. «Dios de Israel —pensaba—, todo sucede según los profetas lo anticiparon por iluminación divina. ¿Qué dice Zacarías?: "¡Exulta sin freno, hija de Sión, grita de alegría, hija de Jerusalén! He aquí que viene a ti tu rey: justo él y victorioso, humilde y montado en un asno, en un pollino, cría de asna."»

—Maestro —dijo Mateo para ponerlo a prueba—, ¿estás fatigado? ¿No puedes ir a pie a Jerusalén?

—No —respondió Jesús—*.* ¿Por qué me lo preguntas? Sentí repentinamente el deseo de ir allí en una montura.

—¡Deberías ir en un caballo blanco! —exclamó Pedro—.

¿Acaso no eres el rey de Israel? Deberías aparecer en tu capital montado en un caballo blanco.

Jesús dirigió una rápida mirada a Judas y no respondió.

Apareció Magdalena; se detuvo en el umbral de la puerta. No había dormido en toda la noche y sus grandes ojos revelaban cansancio. Se apoyó en el marco de la puerta y se puso a mirar a Jesús. Su mirada era profunda e inconsolable, como si se despidiera de él. Quería decirle: «¡No vayas!», pero su lengua estaba atada. Mateo vio moverse sus labios sin que palabra alguna saliera de ellos y comprendió: «Los profetas no la dejan hablar —pensó—; no le permiten que impida al maestro cumplir lo que ellos profetizaron. Montará el asno e irá a Jerusalén, quiéralo o no Magdalena, quiéralo o no el propio maestro. Está escrito.»

En aquel momento llegaron, gozosos, Felipe y Natanael. Arrastraban tras ellos con una soga a la madre y al borriquillo, sin sillas.

—Todo ocurrió exactamente como tú dijiste, maestro —dijo Felipe—. Monta ahora y pongámonos en marcha.

Jesús se volvió. Las mujeres estaban de pie, con los brazos cruzados, tristes y silenciosas, y miraban.

—Marta —preguntó Jesús—, ¿hay un látigo en la casa?

—No, maestro —respondió Marta—. No hay más que la aguijada para las vacas de nuestro hermano.

—Dámela.

Los discípulos habían puesto sus ropas en el lomo del dócil animal para que el maestro se sentara cómodamente. Marta echó sobre ellas un cobertor rojo que había tejido, adornado en los bordes con pequeños cipreses negros.

—¿Estáis todos listos? —dijo Jesús—. ¿Estáis preparados?

—Lo estamos —respondió Pedro, que se puso a la cabeza, tomó las bridas del animal y abrió la marcha.

—Las gentes de Betania oían pasar aquel tropel y abrían las puertas.

—¿Adonde vais, compañeros? ¿Por qué va montado hoy el profeta?

Los discípulos les confiaban en voz baja el secreto:

—Hoy se sentará en su trono.

—¿En qué trono?

—Cállate, es un secreto. Ese hombre que veis es el rey de Israel.

—¿Qué dices? —gritaban las mujeres—. ¡Sigámosle! —y el grupo se iba engrosando cada vez *mis.*

Los niños cortaban ramas de laurel, se colocaban a la cabeza del desfile y cantaban alegremente: «¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!» Los hombres se quitaban los mantos y con ellos alfombraban el camino delante de Jesús. ¡Cómo corrían! ¡Qué maravillosa primavera, cuan delicadas eran las flores

aquel año, cómo cantaban los pájaros aquella mañana, volando también ellos hacia Jerusalén como si formaran parte del cortejo!

Santiago se inclinó sobre el oído de su hermano y le dijo:

—Nuestra madre le habló ayer y le dijo que nos pusiera a su derecha y a su izquierda cuando suba al trono. Pero no respondió. Quizás estuviera enfadado. Parece que su rostro se ensombreció.

—Seguro que se enfadó —respondió Juan—. Nuestra madre no debió haberle pedido eso.

—¿Por qué no? ¿Sería acaso justo que nos dejara de lado y prefiriera a Judas Iscariote? ¿No notaste que en los últimos días se hablan en secreto y siempre están juntos? Abre los ojos, Juan; ve a hablarle para que nadie nos perjudique. Pronto llegará el momento del reparto de honores.

Pero Juan sacudió la cabeza y dijo:

—Hermano, está muy triste. Parecería que se encamina a la muerte.

«Querría saber —pensaba Mateo, que caminaba solo detrás de los otros— lo que va a ocurrir ahora. Los profetas no lo explican con claridad. Unos hablan de un trono y los otros de muerte. ¿Cuál de las dos profecías se cumplirá? Sólo se puede explicar una profecía cuando el acontecimiento ha tenido lugar. Sólo entonces comprendemos qué quiso decir el profeta. Tengamos paciencia y veamos qué ocurre... Esta noche escribiré los acontecimientos del día para no correr el peligro de equivocarme.»

Entretanto, la buena nueva había llegado velozmente a las aldeas vecinas y a las cabañas esparcidas en los olivares y los viñedos. Los campesinos acudían de todas partes y extendían en tierra sus mantos, y lo propio hacían las campesinas con sus pañuelos, para que el profeta pasara sobre ellos... Habíase reunido una multitud de tullidos, leprosos e indigentes. Cada poco, Jesús volvía la cabeza para echar una mirada a su ejército. Súbitamente le invadió la sensación de una gran soledad. Se volvió y gritó:

—Judas!

Pero el discípulo de corazón duro caminaba a la cola y no lo oyó.

—Judas! —volvió a repetir Jesús, desesperado.

—¡Aquí estoy! —respondió el pelirrojo e hizo a un lado a los discípulos para avanzar.

—¿Qué quieres de mí, maestro?

—¡No me dejes solo, hermano Judas! —repitió Jesús.

—¡No te preocupes, que no te abandonaré, maestro!

—Quédate a mi lado, Judas. Hazme compañía.

—¿Por qué iba a dejarte, maestro? ¿Acaso no nos hemos puesto de acuerdo? —dijo. Arrancó la soga de las manos de Pedro y condujo a la bestia.

Acercábanse al fin a Jerusalén. La ciudad santa se mostró en lo alto de la montaña de Sión, completamente blanca bajo el sol implacable. Pasaron por un villorrio en el que se escuchaban de uno al otro extremo tranquilas y dulces lamentaciones, como la cálida lluvia primaveral.

—¿A quién lloran? ¿Quién murió? —preguntó Jesús estremeciéndose. Pero los campesinos que le seguían se echaron a reír.

—No te preocupes, maestro. No murió nadie. Son las muchachas de la aldea que trabajan en el molino y entonan lamentaciones.

—¿Pero por qué?

—Para acostumbrarse, maestro. Para saber cómo han de lamentarse cuando llegue el momento de hacerlo.

Subieron la cuesta pedregosa e ingrata y entraron en la ciudad devoradora de hombres. Infinidad de hombres que formaban pequeños rebaños tumultuosos, abigarrados, provenientes de todos los rincones del mundo, cada uno de los cuales llevaba los perfumes y los hedores de su país, caían unos en brazos de otros y se besaban. Era la antevíspera de la fiesta inmortal y todos los judíos se sentían hermanos. Vieron a Jesús montado en el humilde borrico y seguido por una turba que agitaba ramos de laurel y se echaron a reír:

—¿Quién es ése? ¿Otro ridículo profeta?

Los leprosos, los tullidos y los indigentes alzaban el puño y amenazaban:

—Ya veréis, ya veréis. ¡Es Jesús de Nazaret, el rey de los judíos!

Jesús se apeó y subió de dos en dos las gradas del Templo. Llegó al pórtico de Salomón y se detuvo. Miró a su alrededor: habían levantado tiendas y había allí una multitud de hombres y mujeres que vendían, compraban, regateaban, discutían, elogiaban sus baratijas, había allí mercaderes, cambistas, taberneros y prostitutas. Jesús sintió una amargura infinita y un furor sagrado se apoderó de él. Alzó el bastón y pasó ante las tiendas, los baratillos y los puestos derribando las mesas y golpeando a los mercaderes.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! —gritaba agitando la aguijada. En él ascendía una súplica apenas murmurada y amarga... «Señor, Señor, que ocurra cuanto antes lo que decidiste. No te pido otro favor: que ocurra cuanto antes, mientras aún pueda soportarlo.»

La muchedumbre de andrajosos y enfermos se lanzó tras el maestro y gritó también, enfurecida:

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! —al tiempo que saqueaba los puestos.

Jesús se detuvo en el pórtico principal, que daba al valle del Cedrón. Hilillos de humo salían de todo su cuerpo, sus largos cabellos color de azabache se agitaban sobre sus hombros y sus ojos despedían llamas.

—¡He venido para incendiar el mundo! —gritó—. Juan proclamaba en el desierto: «¡Arrepentios! ¡Arrepentios! ¡Se acerca el día del Señor!» Y yo os digo: ¡ya no tenéis tiempo de arrepentíos porque ha llegado el día del Señor! ¡Yo soy el día del Señor! Juan bautizaba en el desierto con agua y yo bautizo con fuego. Bautizo a los hombres, a las montañas, las ciudades, los navíos, y ya veo cómo arde el fuego por los cuatro costados de la tierra, por los cuatro costados del alma, y me regocijo. ¡Ha llegado el día del Señor, mi día!

—¡El fuego! ¡El fuego! —vociferaba la muchedumbre—. Prendamos fuego al mundo, quemémoslo.

Los levitas cogieron lanzas y espadas, y Santiago, el hermano de Jesús, se puso a la cabeza del grupo con sus medallas colgadas del cuello. Se arrojaron sobre Jesús para capturarlo, pero el pueblo, enfurecido, les hizo frente. Los discípulos se envalentonaron y cayeron a su vez sobre los levitas, lanzando

rugidos. En lo alto de la torre del Palacio los centinelas romanos los miraban y reían.

Pedro cogió en una tienducha una antorcha encendida y gritó:

—¡Caigamos sobre ellos, hermanos! ¡La hora ha llegado, compañeros!

Mucha sangre habría corrido en los patios del palacio de Dios si las trompetas de los romanos, amenazantes, no hubieran sonado en lo alto de la torre de Pilatos.

El sumo sacerdote Caifas salió del Templo y ordenó a los levitas que abandonaran la lucha. El mismo, con la suma habilidad que le caracterizaba, había tendido una celada al rebelde, el cual iba a caer en ella con toda seguridad y sin escándalo.

Los discípulos habían rodeado a Jesús y lo miraban con angustia. ¿No iba a dar la señal? ¿Qué esperaba? ¿Hasta cuándo esperaría? ¿Por qué tardaba, por qué, en lugar de alzar la mano y hacer un signo al cielo, miraba al suelo? El podía no tener prisa, pero ellos eran pobres, lo habían sacrificado todo y había llegado la hora de recibir el pago de sus penurias.

—Maestro —dijo Pedro, excitado—, decídete. ¡Da la señal!

Inmóvil, Jesús había cerrado los ojos; el sudor bañaba su frente. «Tu día se acerca, Señor, y llega el fin del mundo. Yo lo traeré a la tierra, lo sé; yo lo traeré, sí, pero con mi muerte...», se repetía el hijo de María para infundirse valor.

Santiago se acercó a él; le tocó el hombro para hacerle abrir los ojos y lo sacudió:

—Si no das ahora la señal —dijo—, estamos perdidos. Lo que has hecho hoy significa la muerte.

—Sí, significa la muerte —intervino Tomás—; pero nosotros no queremos morir.

—¡Morir! —exclamaron Felipe y Natanael en el colmo de la angustia—. ¡Pero si nosotros hemos venido aquí para ser reyes!...

Juan apoyó la cabeza en el pecho de Jesús y dijo:

—Maestro, ¿en qué piensas?

Pero Jesús lo rechazó y dijo:

—Judas, ven, acércate —y se apoyó en el brazo robusto del pelirrojo.

—Valor, maestro —le murmuró Judas—. Ha llegado la hora; no nos cubramos de vergüenza.

Santiago miraba a Judas con odio. Antes, el maestro jamás posaba los ojos en él, y ahora ¿qué significaban aquella amistad y aquellos conciliábulos secretos?

—Traman algo entre los dos... ¿Qué dices tú, Mateo?

—Yo no digo nada. Me limito a escuchar lo que vosotros decís y a ver lo que hacéis; luego lo escribo. Ese es mi trabajo.

Jesús apretó el brazo de Judas. Por un instante padeció vértigo. Judas lo sostuvo y le preguntó:

—¿Estás fatigado, maestro?

—Sí, estoy fatigado.

—Acuérdate de Dios y descansarás —le dijo el pelirrojo.

Jesús se recuperó y, volviéndose hacia los discípulos, dijo:

—Vamos.

Pero los discípulos vacilaban. No querían irse. ¿Adonde iban a ir? ¿Otra vez a Betania? ¿Hasta cuándo? Estaban hartos de aquellas idas y venidas.

—Creo que se burla de nosotros —dijo Natanael en voz baja a su amigo—. ¡Yo no voy a ninguna parte!

Tras ellos, los levitas y fariseos reventaban de risa. Un levita joven, feo y jorobado, arrojó un tomate que dio en pleno rostro de Pedro.

—¡Buena puntería, Saúl! —gritaron algunos—. ¡Diste en el centro del blanco!

Pedro quería volverse y abalanzarse sobre el levita, pero Andrés lo detuvo:

—Ten paciencia, hermano —le dijo—; ya llegará nuestro desquite.

—¿Y cuándo será eso? —murmuró Pedro—. ¿No ves en qué estado nos encontramos?

Humillados, silenciosos, se pusieron en marcha. El pueblo que les había seguido se había dispersado lanzando blasfemias. Ya nadie le seguía, ya nadie extendía sus harapos en tierra para que el maestro pasara sobre ellos. Ahora era Felipe quien tiraba de la borrica y Natanael quien asía la cola de la bestia. Ambos querían devolvérsela cuanto antes a su dueño para no tener problemas.

El sol quemaba y soplaba un viento caliente; se alzó una polvareda y se sofocaron. Al acercarse a Betania vieron de pronto, ante ellos, a Barrabás y a dos de sus compañeros, dos hombretones salvajes de tupidos bigotes:

—¿Adonde lleváis a vuestro maestro? —les gritó Barrabás—. ¡Que Dios nos ayude; está muerto de miedo!

—¡Lo llevan a casa de Lázaro para que lo resucite! —respondieron sus compañeros, estallando en sonoras carcajadas.

Cuando llegaron a Betania y entraron en la casa, encontraron al anciano rabino agonizante. Las mujeres, sentadas a su cabecera, asistían, silenciosas e inmóviles, a su agonía. Sabían que nada podían hacer para devolverle a la vida. Jesús se acercó y posó la mano en la frente del anciano. El rabino sonrió, pero no abrió los ojos.

Los discípulos se sentaron en el patio. Destilaban amargura y callaban. Jesús hizo una señal a Judas:

—Hermano Judas, ha llegado el momento. ¿Estás preparado?

—Sí, maestro, siempre estoy preparado para servirte. ¿Por qué me eliges a mí?

—Tú eres el más fuerte, ya lo sabes. Los otros son flojos. ¿Fuiste a hablar con el sumo sacerdote Caifas?

—Le hablé. Quiere saber dónde y cuándo.

—Dile que será la noche de Pascua, después de la comida pascual, en Getsemaní. Ten valor, hermano Judas. Yo también me infundo ánimo.

Judas meneó la cabeza sin pronunciar palabra alguna. Salió a la calle y esperó la salida de la luna.

—¿Qué ocurrió en Jerusalén? —preguntó la anciana Salomé a sus hijos—. ¿Qué os pasa? ¿Por qué no habláis?

—Creo, madre, que hemos edificado sobre arena —respondió Santiago—. ¡Creo que nos hemos dejado engañar!

—¿Y el maestro? ¿Y los esplendores? ¿Y las vestiduras de seda recamadas de oro, y los tronos? ¿Me engañó, entonces? —preguntaba la anciana; miraba a sus hijos, movía las manos, pero ninguno de los dos le respondía.

La luna apareció triste y completamente redonda sobre los montes de Moab. Se detuvo un instante en la cresta de la montaña, indecisa. Miró el mundo y bruscamente se desprendió de la montaña y comenzó a ascender. El villorrio de Lázaro, sumergido hasta entonces en la oscuridad, pareció recibir súbitamente una mano de cal y comenzó a brillar, completamente blanco.

Se alzó el día y los discípulos rodearon al maestro. Jesús no les hablaba; los miraba, uno por uno, como si los viera por primera y última vez. Hacia mediodía despegó los labios:

—Deseo, compañeros, festejar con vosotros la santa Pascua. Es el día en que nuestros antepasados partieron, dejando a sus espaldas la tierra de la servidumbre, y entraron en la libertad del desierto. En este día de Pascua nosotros también salimos por primera vez de otra servidumbre para entrar en otra libertad. ¡Que los que tienen oídos oigan!

Todos callaban. Aquellas palabras eran oscuras. ¿Cuál era la nueva libertad? No comprendían. Al cabo de un momento, dijo Pedro:

—Comprendo una cosa, maestro. No se concibe la Pascua sin un cordero. ¿Dónde encontraremos el cordero?

En el rostro de Jesús se dibujó una sonrisa triste y respondió: —El cordero está listo, Pedro. En este momento él mismo va a hacerse degollar para que los pobres del mundo festejen la nueva Pascua. No te preocupes por el cordero.

Lázaro, que permanecía sentado en un rincón y no hablaba, se levantó, posó la mano esquelética en el pecho, y dijo a Jesús:

—Maestro, te debo la vida que, por mala que sea, es preferible a las tinieblas de la muerte. Yo seré, pues, quien os ofrezca el cordero pascual. Tengo un amigo pastor en la montaña e iré a pedirle un cordero.

Los discípulos lo miraron estupefactos. ¿De dónde había sacado fuerzas aquel hombre medio vivo y medio muerto para levantarse y avanzar hacia la puerta? Sus dos hermanas corrieron para impedirle que saliera, pero Lázaro las rechazó, tomó una caña para apoyarse en ella y franqueó el umbral.

Se internó en las callejuelas del villorrio; las puertas se abrían a su paso, asomábanse las mujeres, asustadas, aterradas, y se admiraban de que sus piernas delgadísimas pudieran andar y de que su cintura, que se doblaba, no se quebrara. Sufría, pero se infundía valor y a veces intentaba silbar para demostrar que había rejuvenecido, si bien sus labios no llegaban a juntarse bien. Renunció, pues, a silbar y, serio, comenzó a subir la montaña en dirección al redil de su amigo.

Aún no había avanzado un tiro de piedra cuando vio a Barrabás erguido ante él entre las retamas floridas. Hacía muchos días que rondaba por la aldea, esperando aquel momento, esperando que el maldito resucitado sacara las

narices de su casa para hacerlo desaparecer e impedir que, al verlo, los hombres recordarán el milagro. El hijo de María se había vuelto muy presuntuoso desde el día que lo resucitara. ¡Debía hundirlo de nuevo en la tumba para que volviera a reinar la paz en su espíritu!

—¡Eh, desertor del Infierno! —le gritó—. Al fin te encuentro. Dime, en nombre del cielo ¿cómo te fue allá abajo? ¿Qué vale más, la vida o la muerte?

—Son poco más o menos la misma cosa —respondió Lázaro. Iba a seguir su camino, pero Barrabás extendió el brazo y le impidió avanzar.

—Perdóname, viejo espectro —dijo—, pero llega la Pascua y, como no tengo ningún cordero, juré a Dios esta mañana que degollaría, a modo de cordero, al primer ser vivo que me saliera al paso, para festejar la Pascua como todo el mundo. Alarga entonces el pescuezo... Tienes suerte, eres una víctima ofrecida a Dios.

Lázaro se puso a chillar. Barrabás lo tomó del cuello, pero se asustó. Había asido algo muy blando, como algodón; más blando aún, casi como aire. Las uñas de Barrabás se hundían en el cuello de Lázaro sin que brotara ni una gota de sangre. «¿Será, acaso, un fantasma?», pensó; su rostro picado de viruelas palideció.

—¿Te duele? —le preguntó.

—No —respondió Lázaro al tiempo que libertaba el cuello de los dedos de Barrabás.

—¡Espera! —rugió Barrabás y lo cogió de los cabellos, pero éstos y el cuero cabelludo se desprendieron del cráneo, el cual resplandeció amarillento bajo el sol.

—¡Maldito seas! —murmuró Barrabás, temblando—. ¿No serás de verdad un fantasma? —Lo cogió del brazo derecho y comenzó a zarandearlo—. Di que eres un fantasma y te soltaré.

Mientras lo zarandeaba, se quedó con el brazo de Lázaro en la mano. El terror se apoderó de Barrabás, quien arrojó el brazo descompuesto en las retamas floridas y escupió, repugnado. El miedo le puso los pelos de punta. Empuñó el cuchillo; quería matarlo de una vez por todas y acabar con él. Lo cogió con precaución por la nuca, le apoyó el cuello en una piedra e intentó degollarlo. Clavaba y clavaba pero el cuchillo no penetraba, como si se las viera con una madeja de lana. A Barrabás se le heló la sangre en las venas. «¿Habré degollado a un muerto?», pensó. Echó a andar cuesta arriba, pero vio que Lázaro aún se movía y temió que su maldito amigo lo encontrara y volviera a resucitarlo. Dominó su pavor, lo cogió por pies y manos y lo retorció como a una sábana mojada; luego lo sacudió. Las vértebras se quebraron y el cuerpo de Lázaro quedó escindido por la cintura en dos pedazos. Barrabás los escondió bajo las retamas y huyó a todo correr. Era la primera vez en su vida que sentía miedo y no se atrevía a volverse.

«¡Ah —murmuraba—, con tal de que tenga tiempo de entrar en Jerusalén y encuentre a Santiago! ¡Me dará un amuleto y conjuraré así al demonio!»

Entretanto, en la casa de Lázaro, Jesús hablaba a sus discípulos procurando iluminar sus espíritus; temía que se espantaran por lo que iban a ver y se dispersaran.

—Yo soy el camino —les decía— y la casa adonde os encaminái s. Soy también el viajero y vosotros me salís al encuentro. Tened confianza en mí, no tengáis miedo, viereis lo que viereis, porque no puedo morir. ¿Me oís? No puedo morir.

Judas estaba solo en el patio y desenterraba guijarros con los dedos del pie. Jesús volvía a cada instante los ojos hacia él, lo miraba y en su rostro se difundía una tristeza inexpresable.

—Maestro —dijo Juan en tono de reproche—, ¿por qué lo llamas continuamente junto a ti? Si miras las pupilas de sus ojos, verás un puñal.

—No, amado Juan —respondió Jesús—, no un puñal, una cruz.

Los discípulos se miraron, perplejos.

—¡Una cruz! —dijo Juan, apoyándose en el pecho de Jesús—. Maestro, ¿quién es el crucificado?

—El que se incline sobre aquellas pupilas verá su propio rostro sobre la cruz. Yo me incliné sobre ellas y vi el mío.

Los discípulos no comprendieron y algunos de ellos se echaron a reír.

—Has hecho bien en advertírnoslo, rabí —dijo Tomás—. Jamás me inclinaré sobre las pupilas del pelirrojo.

—Se inclinarán sobre ellas tus hijos y tus nietos, Tomás —respondió Jesús, observando por la ventana a Judas que, en pie ahora en el umbral de la puerta, miraba hacia Jerusalén.

Mateo se quejó:

—Tus palabras son oscuras, maestro. —Empuñaba desde hacía mucho tiempo la caña de escribir y no lograba comprender el sentido de las frases de Jesús, para dejarlas anotadas—. Tus palabras son oscuras, ¿cómo, Jesús, quieres que las registre en mis papeles?

—No hablo para que tú escribas, Mateo —respondió Jesús con amargura—. Tienen razón al llamaros gallos a vosotros los chupatintas. Creéis que el sol no se levanta si no lo llamáis. ¡Siento deseos de tomar tus escritos y tu caña y arrojarlos al fuego!

Mateo recogió prestamente sus escritos y quedó cabizbajo. Aún duraba la furia de Jesús:

—Yo digo una cosa y vosotros escribís otra... ¡y los que os leen comprenden otra distinta! Yo digo: cruz, muerte, reino de los cielos, Dios, ¿y qué comprendéis? Cada uno de vosotros pone en cada una de esas palabras sagradas sus pasiones, sus intereses, en suma, lo que le conviene, y mi palabra desaparece, mi alma se pierde... ¡ya no puedo soportarlo más!

Se levantó, sofocado. Súbitamente sintió que su corazón y su espíritu se llenaban de arena.

Los discípulos quedaron apabullados. Parecía que el maestro empuñaba aún la aguijada y los golpeaba con ella; ellos eran bueyes indolentes que se negaban a moverse. El mundo era una carreta a la que ellos estaban uncidos, Jesús los aguijoneaba y ellos resoplaban pero no se movían. Jesús los miraba, se impacientaba y enervaba. Largo es el camino que va de la tierra al cielo...; ¡y ellos permanecían inmóviles!

—¿Hasta cuándo me tendréis entre vosotros? —exclamó—. Que aquellos de vosotros que deban hacerme una pregunta importante, se apresuren a interrogarme. Que aquellos que deban decirme unas palabras tiernas, me las digan cuanto antes porque me harán bien. No debéis apenaros cuando yo me vaya ni debéis decir: «¡Ah, no hemos tenido tiempo de decirle una frase cariñosa, nunca le dijimos cuánto lo amábamos!» Entonces será demasiado tarde.

Agrupadas en un rincón, las mujeres escuchaban con la barbilla hundida en las rodilllas. Cada poco suspiraban... al menos ellas lo comprendían todo, pero no podían decir nada. Súbitamente Magdalena lanzó un grito; era la primera que había adivinado y la lamentación fúnebre estallaba en ella. Se levantó bruscamente, entró en la habitación del fondo y buscó bajo su almohada el frasco de cristal lleno de perfume de Arabia que había llevado consigo. Uno de sus antiguos amantes se lo había dado en pago de una noche. Desde que seguía a Jesús, lo llevaba siempre consigo y la desdichada se decía: «¿Quién sabe? Dios es grande y acaso llegue el día en que pueda impregnar de este perfume precioso la cabellera de mi amado. Quizá llegue el día en que él acepte vivir conmigo y ser mi esposo.» Con estos deseos secretos, escondidos en el fondo de sí misma, percibía ahora la muerte tras el cuerpo del amado; no ya el amor sino la muerte. Y, lo mismo que para la boda, eran necesarios perfumes para recibir a la muerte. Tomó el frasco de cristal, lo oprimió contra su pecho y se echó a llorar. Lloraba silenciosamente para que no la oyeran, apretaba el frasco contra su seno y lo arrullaba como si fuera un niño. Luego se enjugó los ojos, salió y cayó a los pies de Jesús. Antes de que Jesús tuviera tiempo de inclinarse para levantarla, Magdalena había roto el cristal y vertido el perfume sobre los pies sagrados. Luego se desató los cabellos, enjugó llorando los pies perfumados y, con lo que restaba de perfume, humedeció la amada cabeza. Inmediatamente volvió a desplomarse a los pies del maestro y se puso a besarlos.

Los discípulos estaban escandalizados.

—¡Qué lástima derrochar así un perfume tan caro! —dijo Tomás—. Si lo hubiéramos vendido habríamos podido dar comida a muchos pobres.

—O ayudar a huérfanas —dijo Natanael.

—O comprar carneros —dijo Felipe.

—Mala señal —murmuró Juan, lanzando un suspiro—. Con esas esencias se perfuma a los muertos ricos. No debías hacer eso, María. ¿Y si la Muerte oliera su perfume preferido y viniera?

Jesús sonrió y dijo:

—Siempre tendréis junto a vosotros a los pobres, pero no siempre me tendréis a mí. Poco importa entonces que se haya derrochado un frasco de perfume en mi honor. Hay momentos en que la Prodigalidad sube al cielo y se sienta junto a su principesca hermana, la Nobleza. Y tú, amado Juan, no te aflijas. La Muerte jamás deja de presentarse, y es mejor que llegue cuando el aire está perfumado.

La casa entera olía a perfume como la tumba de un rico. Apareció Judas y lanzó una rápida mirada al maestro... ¿Había acaso revelado él secreto a los discípulos y éstos habían perfumado al moribundo con esencias funerarias? Pero Jesús sonrió y dijo:

—Hermano Judas, la golondrina se desplaza en el cielo más rápido que la gacela en la tierra. Pero más rápido que la golondrina vuela el espíritu del hombre. Y más rápido aún que el espíritu del hombre vuela el corazón de la mujer. —Y señaló con una mirada a Magdalena.

Pedro dijo entonces:

—Hemos dicho muchas cosas pero hemos olvidado lo más importante: ¿dónde celebraremos la Pascua en Jerusalén, maestro? Propongo que vayamos a la taberna de Simón el cirenaico.

—Dios lo decidió de otro modo —dijo Jesús—. Levántate Pedro, y ve a Jerusalén con Juan. Veréis a un hombre con un cántaro al hombro y lo seguiréis. Entrará en una casa y vosotros entraréis también en ella y diréis al propietario: «Nuestro maestro te saluda y te pregunta: ¿Dónde has dispuesto las mesas para que festeje la Pascua con mis discípulos?» Responderá: «¡Saludos a vuestro maestro! ¡Todo está dispuesto y es bienvenido a esta casa!»

Los discípulos se miraron, llenos de admiración, como niños. Pedro agrandó los ojos y preguntó:

—¿Hablas seriamente, maestro? ¿Todo está dispuesto? ¿El cordero, el asador, el vino, todo?...

—Todo —respondió Jesús—; id con confianza. Nosotros nos quedaremos aquí hablando, pero Dios no se queda sentado, no habla sino que trabaja por los hombres.

En aquel instante se oyó un estertor muy débil en el fondo de la estancia. Todos se volvieron, avergonzados. Habían olvidado al anciano rabino, que agonizaba. Acudió Magdalena, seguida de las tres mujeres y luego de los discípulos. Jesús posó nuevamente la mano en la boca helada del anciano, quien abrió los ojos, lo vio y le sonrió. Agitó la mano, ordenando con una señal a los hombres y a las mujeres que se alejaran. Cuando quedaron solos, Jesús se inclinó y le besó la boca, los ojos y la frente. El anciano lo miraba al fondo de los ojos y su rostro resplandecía.

—Os volví a ver a los tres —murmuró—: Elías, Moisés y tú. Ahora tengo la certeza. Muero.

—Adiós, anciano. ¿Estás satisfecho?

—Sí. Dame tu mano; quiero besarla.

Cogió la mano de Jesús y pegó a ella durante largo tiempo sus labios helados.

Lo miraba arrobado de éxtasis, le decía adiós y callaba, luego, al cabo de un momento, preguntó:

—¿Cuándo irás tú allá arriba?

—Mañana, día de Pascua. Hasta pronto, anciano.

El anciano rabino cruzó las manos y murmuró:

—Recibe ahora a tu servidor, Señor. ¡Mis ojos han visto a mi, Salvador!

XXVIII

El sol se había inclinado y se deslizaba, escarlata, hacia el poniente. En la otra vertiente del cielo, el oriente comenzaba ya a blanquear. Pronto aparecería, enorme y silenciosa, la luna de Pascua. Los rayos del sol, muy pálidos, penetraban aún en la casa, iluminaban oblicuamente el rostro delgado de Jesús, rozaban la frente, la nariz, las manos de los discípulos e iban a acariciar, en un rincón, el rostro apaciguado, gozoso, ahora inmortal, del anciano rabino. María estaba sentada ante el telar, sumergida en la sombra, y nadie veía las lágrimas que resbalaban lentamente por sus mejillas y su barbilla y caían en la tela a medio tejer. Aún flotaba el perfume arábigo en la casa y la punta de los dedos de Jesús chorreaba mirra.

De pronto, y cuando todos estaban en silencio y el corazón de cada cual se oprimía cada vez más a medida que caía la noche, una golondrina entró por la ventana cortando el aire; dio tres «vueltas sobre sus cabezas gorjeando alegremente y se volvió hacia la luz para salir de la estancia como una flecha. Apenas habían tenido tiempo de percibir sus alas puntiagudas y su vientre blanco.

Gamo si hubiera esperado aquel signo secreto, Jesús se levantó.

—Ha llegado la hora —dijo.

Paseó lentamente la mirada por la chimenea, las herramientas de trabajo, los utensilios de la casa, la lámpara, el cántaro, el telar y luego miró a las cuatro mujeres: la anciana Salomé, Marta, Magdalena y María, la artesana. Miró por último al anciano completamente blanco que había entrado en la inmortalidad.

—Adiós —dijo agitando las manos.

Ninguna de las tres mujeres jóvenes pudo responderle. Sólo la vieja Salomé le dijo:

—No nos mires así, hijo mío. Parece que te despidieras de nosotros para siempre.

—Adiós —repitió Jesús y avanzó hacia las mujeres. Posó la mano en los cabellos de Magdalena y luego en los de Marta. La artesana se levantó a su vez, se acercó y bajó la cabeza. Era como si las bendijera, como si las estrechara en sus brazos, como si las llevara consigo. Y bruscamente las tres comenzaron a lamentarse.

Salieron al patio. Los discípulos seguían a Jesús. En la tapia del patio había florecido una madreselva, sobre el pozo. Difundíase ahora el perfume de la noche. Jesús alargó la mano, cogió una flor y se la puso entre los labios. «Que Dios me dé fuerzas —deseaba desde el fondo de su corazón—, que Dios me dé fuerzas para tener entre mis labios esta flor delicada, sin morderla, en las convulsiones de la crucifixión.»

Al llegar a la puerta de la calle, se detuvo una vez más. Alzó la mano y gritó con voz profunda:

—¡Mujeres, adiós!

Ninguna de ellas respondió. Su lamentación estalló en el patio.

Jesús abría la marcha. Se dirigían hacia Jerusalén. La luna llena se elevaba sobre los montes de Moab y el sol descendía tras las montañas de Judea.

Durante unos instantes aquellas dos joyas del cielo se detuvieron y se miraron. Después, una de ellas ascendió y la otra desapareció.

Jesús indicó con una señal a Judas que se pusiera a su lado. Debían tener secretos entre ellos pues hablaban en voz muy baja y bien era Jesús quien hundía la barbilla en el pecho, bien lo hacía Judas. Pesaban sus palabras y cada cual esperaba la respuesta del otro.

—Perdóname, hermano Judas —decía Jesús—, pero es necesario.

—Maestro, repito mi pregunta: ¿no hay otro camino?

—No, hermano Judas. Yo también lo habría deseado y hasta ahora así lo esperaba; pero fue en vano. No, no existe otro camino. Llega el fin del mundo. Este mundo, que es el reino del Maligno, va a desmoronarse. Vendrá el reino de los cielos y yo lo traeré a la tierra. ¿Cómo? Con mi muerte. No existe otro camino. No te rebeles, hermano Judas, pues dentro de tres días resucitaré.

—Me lo dices para consolarme, para obligarme a traicionarte sin que mi corazón se desgarre. No, a medida que se acerca el instante terrible... no, me faltan las fuerzas, maestro...

—Tendrás la fuerza necesaria, hermano Judas, Dios te la dará porque es necesario que yo muera y que tú me traiciones. Nosotros dos debemos salvar el mundo. Ayúdame.

Judas bajó la cabeza y, al cabo de un momento, preguntó:

—Si tú debieras traicionar a tu maestro, ¿lo harías?

Jesús permaneció largo tiempo pensativo. AI fin dijo:

—No, me temo que no. No podría hacerlo. Por eso, Dios me confió la misión más fácil: la de dejarme crucificar.

Jesús lo había cogido del brazo y le hablaba dulcemente, como para seducirlo.

—No me dejes solo, ayúdame. ¿Hablaste con el sumo sacerdote Caifas? ¿Están ya listos y armados los servidores del Templo que deben capturarme? ¿Está todo dispuesto según lo convinimos, hermano Judas? Festejemos, pues, la Pascua todos juntos esta noche y, cuando llegue el momento indicado, te haré una señal para que te levantes y vayas a buscarlos. Seguirán tres días funestos, pero pasarán como un relámpago. ¡Y todos nos regocijaremos y bailaremos el tercer día, el día de la Resurrección!

—¿Y lo sabrán los otros? —preguntó preocupado Judas, señalando con el pulgar a los discípulos, que estaban de espaldas.

—Les hablaré esta noche, para que no opongan resistencia a los soldados y a los levitas que vayan a apresarme.

Judas contrajo la boca con desprecio.

—¿Que ellos van a oponer resistencia? —dijo—. ¿Dónde los elegiste, maestro? Uno es más miedoso que el otro.

Jesús inclinó la cabeza y no respondió.

La luna ascendía en el cielo y se derramaba sobre la tierra, lamía las piedras, los árboles y los hombres. Las sombras se proyectaban negras y azules sobre la tierra. Los discípulos hablaban y discutían. Unos se relamían al pensar

en las copiosas comidas y otros, inquietos, citaban las palabras ambiguas del maestro. Por su parte, Tomás pensaba en el anciano rabino:

—Otro que nos abandona —dijo—. ¡Pronto llegará nuestro turno!

—¿Qué? ¿Moriremos también nosotros? —dijo Natanael, despavorido—. ¿Acaso no dijimos que nos encaminábamos a la inmortalidad?

—Sí, pero antes debemos pasar por la muerte, según parece —le explicó Tomás.

Natanael meneó la cabezota y murmuró:

—Tomamos un mal camino para ir a la inmortalidad. Tendremos problemas allá abajo, entre los muertos... ¡Acordaos de lo que os digo!

Jerusalén se erguía ahora ante ellos recortada contra el cielo, inundada de luna, completamente blanca y transparente como un fantasma.

Parecía que las casas se hubieran desprendido de la tierra y flotaran a la luz de la luna. Oíase, cada vez con mayor claridad, el doble rumor de los hombres que salmodiaban y el de las bestias que eran degolladas.

Pedro y Juan los esperaban ante la puerta oriental. Sus rostros resplandecían a la luz de la luna. Les salieron gozosos al encuentro.

—Todo ocurrió como tú habías previsto, maestro. Las mesas están preparadas. ¡Entra, vamos a comer!

—En cuanto al dueño de casa —dijo Juan, riendo—, desapareció después de haberlo preparado todo.

Jesús sonrió y dijo:

—El que el huésped desaparezca es una muestra de suprema hospitalidad.

Todos apuraron el paso. Las calles estaban llenas de gente, de linternas encendidas y de ramos de mirto. Tras las puertas cerradas resonaba, triunfal, el salmo de la Pascua:

«¡Aleluya!

Cuando Israel salió de Egipto,

la casa de Jacob de un pueblo bárbaro,

se hizo Judá su santuario,

Israel su dominio.

Lo vio la mar y huyó,

retrocedió el Jordán,

los montes brincaron lo mismo que carneros,

las colinas como corderillos.

Mar, ¿qué es lo que tienes para huir, y tú, Jordán, para retroceder, montes, para saltar como carneros, colinas, como corderillos?

¡Tiembla, tierra, ante la faz del Dueño, ante la faz del Dios de Jacob, aquel que cambia la peña en un estanque, y el pedernal en una fuente!»

Los discípulos pasaban ante las casas y entonaban a su vez el salmo pascual; Pedro y Juan les señalaban el camino. A excepción de Jesús y de Judas, todos habían olvidado sus inquietudes y sus temores y corrían hacia las mesas servidas.

Pedro y Juan se detuvieron, empujaron una puerta marcada con la sangre del cordero degollado y entraron, seguidos de Jesús y de la hambrienta escolta. Cruzaron el patio, subieron una escalera de piedra y llegaron al primer piso. Las mesas estaban preparadas y tres candelabros de siete brazos iluminaban el cordero, el vino, el pan ázimo y los aperitivos. Iluminaban también los bastones que debían empuñar mientras comían, como si se dispusieran a emprender un largo viaje.

—Estamos encantados de verte —dijo Jesús. Alzó la mano y bendijo al huésped invisible.

Los discípulos rieron:

—¿A quién saludas, maestro?

—Al Invisible —respondió Jesús, y los miró, uno por uno, severamente. Luego tomó una ancha servilleta y un cuenco de agua, se arrodilló y comenzó a lavar los pies a sus discípulos.

—¡Maestro, no permitiré que me laves los pies! —exclamó Pedro.

—Si no te lavo los pies, Pedro, no entrarás conmigo en el reino de los cielos.

—Entonces puedes lavarme no sólo los pies sino las manos y la cabeza —replicó Pedro.

Se sentaron en torno de las mesas. Tenían hambre pero ninguno de ellos se atrevía a alargar la mano para coger los manjares. Aquella noche el rostro del maestro era severo y sus labios reflejaban amargura. Jesús miró a los discípulos uno por uno, a Pedro que estaba a su derecha, a Juan que estaba a su izquierda, a todos. Y, frente a él, a su cómplice de rostro duro y roja barba.

—Ante todo —dijo—, bebamos agua salada para recordar las lágrimas que derramaron nuestros padres en la tierra de servidumbre.

Asió el cántaro lleno de agua salada, colmó hasta el borde la copa de Judas, luego vertió algunas gotas en las copas de los otros y por último llenó la suya.

—Acordémonos de las lágrimas, del sufrimiento y de la lucha que libra el hombre por su libertad —dijo, y vació de un sorbo su copa llena.

Los otros bebieron también e hicieron muecas. Judas vació su copa de un sorbo y luego se la mostró a Jesús y la invirtió. No quedaba ni una gota.

—Eres un valiente, Judas. Puedes soportar la mayor amargura.

Tomó el pan ázimo y lo repartió. Luego repartió el cordero. Cada cual alargó la mano y condimentó su ración con las hierbas amargas que prescribe la Ley: orégano y laurel. Luego rociaron la carne con una salsa roja en recuerdo de los ladrillos rojos que sus antepasados fabricaban durante su cautiverio. Comían rápidamente, como ordena la Ley, y cada cual empuñaba el bastón y mantenía un pie levantado, como si estuviera pronto para partir.

Jesús los miraba comer pero no comía. Empuñaba también el bastón y había alzado el pie derecho, pronto para el gran viaje. Todos callaban. Oíase sólo el crujido de las mandíbulas, el sonido producido por las lenguas que lamían los huesos y el chocar de las copas de vino. Por el tragaluz entraba la luna. La mitad de las mesas estaba bañada por su luz y la otra mitad permanecía sumergida en una penumbra violácea.

Después de un profundo silencio, Jesús despegó los labios y dijo:

—Fieles compañeros de camino, Pascua significa paso. Paso de las tinieblas a la luz, de la esclavitud a la libertad. Pero la Pascua que festejamos esta noche tiene mayor trascendencia. La Pascua de esta noche quiere decir paso de la muerte a la inmortalidad. Yo parto antes que vosotros, compañeros, para abriros el camino.

Pedro se sobresaltó.

—Maestro —dijo—, vuelves a hablar de muerte. Una vez más tus palabras son como un puñal de doble filo. Si te amenaza alguna desgracia, habla francamente. Somos hombres.

—Es cierto; tus palabras son más amargas que esas hierbas amargas —dijo Juan—. Apiádate de nosotros y háblanos claramente.

Jesús tomó su ración de pan, que estaba intacta, y la repartió entre los discípulos.

—Tomad y comed —dijo—; éste es mi cuerpo.

Tomó también su copa llena de vino e hizo beber de ella a los discípulos.

—Tomad y bebed —dijo—; ésta es mi sangre.

Cada uno de los discípulos comió un bocado de pan y bebió un *sorbo* de vino y sintió que su espíritu vacilaba. El vino les pareció espeso, salado, como sangre, y el bocado de pan descendió a sus entrañas como una brasa. Súbitamente todos sintieron con terror que Jesús echaba raíces en ellos y devoraba sus cuerpos. Pedro apoyó los codos en la mesa y se echó a llorar. Juan se reclinó en el pecho de Jesús y balbuceó:

—Quieres partir, maestro, quieres partir... Partir... —No podía articular otras palabras.

— ¡No irás a ninguna parte! —gritó Andrés—. Anteayer dijiste: «¡Que el que no tenga puñal venda su manto para comprar uno!» Venderemos nuestras ropas y nos armaremos. ¡Y que entonces venga a tocarte la Muerte, si se atreve!

—Todos me abandonaréis —dijo Jesús. En su tono no había queja alguna—. Todos.

—¡Yo nunca te abandonaré! —gritó Pedro, enjugándose las lágrimas—. ¡Nunca!

—Pedro, Pedro, antes de que cante el gallo renegarás de mí tres veces.

—¿Yo? ¿Yo? —gimió Pedro golpeándose el pecho con los puños—. ¿Que yo renegaré de ti? Te seguiré hasta la muerte.

—Sentaos —dijo Jesús con voz tranquila—. Aún no ha llegado la hora. Este día de Pascua debo confiaros un gran secreto. ¡Abrid vuestros espíritus, abrid vuestros corazones y no os espantéis!

—Habla, maestro —murmuró Juan. Su corazón temblaba como una hoja de caña.

—¿Habéis terminado de comer? ¿Ya no tenéis hambre? ¿Habéis dado satisfacción al cuerpo? ¿Puede al fin dejar a vuestra alma escuchar tranquilamente?

Todos estaban suspendidos de los labios de Jesús y temblaban.

—Amados compañeros —dijo—, adiós. ¡Parto!

Los discípulos lanzaron un grito y se precipitaron sobre Jesús para impedirle partir. Muchos de ellos lloraban, pero Jesús se volvió con tranquilidad hacia Mateo y le dijo:

—Mateo, tú sabes de memoria las escrituras. Ponte en pie y recítales en voz alta las palabras proféticas de Isaías a fin de que Sus corazones se templen. ¿Las recuerdas? «Se alzó ante los ojos del Señor como un arbolito raquítico...»

Contento, Mateo se puso en pie de un salto. Era jorobado, zambo, estaba marchito y sus dedos largos y delgados siempre mostraban manchas de tinta. Pero, de pronto, su joroba desapareció inexplicablemente, sus mejillas se colorearon, su cuello se volvió vigoroso y oyéronse resonar las palabras del profeta, llenas de fuerza y tristeza, en las altas paredes de la estancia:

«Creció como un retoño delante de él, como raíz de tierra árida. No tenía apariencia ni presencia; (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta. ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados. Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino, y Yahveh descargó sobre él la culpa de todos nosotros. Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca.»

—Es suficiente —dijo Jesús. Lanzó un suspiro y se volvió hacia sus compañeros, diciéndoles—: De mí, de mí habla el profeta Isaías. Yo soy el cordero; me conducen al matadero y no despegaré los labios. —Calló, para añadir poco después—: Desde el día de mi nacimiento me conducen al matadero.

Confundidos y despavoridos, los discípulos se miraban. Se esforzaban por comprender el sentido de las palabras del maestro y súbitamente, todos a la vez, reclinaron el rostro en las mesas y comenzaron a lamentarse.

Durante algunos instantes también tembló el corazón de Jesús. ¿Cómo podía abandonar a sus compañeros deshechos en llanto? Alzó los ojos y vio a Judas. Este mantenía clavados desde hacía un buen rato sus ojos azules y duros en Jesús. Había adivinado el conflicto que se desencadenaba en el alma del maestro y sabía hasta qué punto el amor podía paralizar sus fuerzas. Por algunos segundos las dos miradas se encontraron y lucharon. Una era severa e implacable y la otra implorante y desolada. Jesús sacudió la cabeza, sonrió amargamente a Judas y se volvió de nuevo hacia los discípulos.

—¿Por qué lloráis? —les dijo—. ¿Por qué teméis la muerte, que es el más compasivo de los arcángeles de Dios, el que más ama a los hombres? Es preciso que yo padezca martirio, que sea crucificado y muera. Pero a los tres días me levantaré de la tumba, subiré al cielo y me sentaré a la diestra de mi Padre.

—¿Nos volverás a abandonar? —exclamó Juan, sin poder contener las lágrimas—. Llévame contigo a la muerte y luego al cielo, maestro.

—La faena también es dura en la tierra, amado Juan. Es menester que vosotros permanezcáis aquí porque aquí deberéis cumplir vuestra misión. ¡Combatid en el mundo, amad y esperad! ¡Yo volveré!

Pero Santiago ya se había hecho a la idea de la muerte del maestro; meditaba en lo que harían cuando se quedaran sin él.

—No podemos oponernos a la voluntad de Dios, ni tampoco a la tuya. Tu deber, maestro, es morir, tal como dicen los profetas, y el nuestro vivir. Para que las palabras que tú pronunciaste no se pierdan, es preciso que las fijemos en nuevas Escrituras Sagradas, que hagamos leyes, que construyamos nuestras propias sinagogas y que elijamos a nuestros sumos sacerdotes, nuestros escribas y nuestros fariseos.

—¡Crucificas el espíritu, Santiago! ¡No, no quiero!

—Sólo así podrá sobrevivir el espíritu —replicó Santiago.

—¡Pero ya no será libre, ya no será espíritu!

—Poco importa. Se asemejará al espíritu y esto es suficiente para nuestro trabajo, maestro.

Jesús se sintió inundado de sudor frío. Arrojó una rápida mirada a los discípulos; ni uno de ellos alzó la cabeza para contradecir a Santiago. Pedro miraba al hijo de Zebedeo con admiración y pensaba «tiene carácter fuerte. Lo veo capitaneando las barcas de su padre... Ahora le hace frente al propio maestro...»

Desesperado, Jesús extendió las manos para implorar ayuda.

—Os enviaré al Espíritu Santo —dijo—, que es el espíritu de verdad. El os guiará.

—Envíanos pronto al Espíritu Santo —exclamó Juan—. De lo contrario, nos extraviaremos y ya no podremos reunimos contigo, maestro.

Santiago sacudió la cabeza con obstinación:

—El espíritu de verdad de que hablas también será crucificado. Mientras haya hombres, maestro, el espíritu será crucificado. Pero poco importa. De todos modos, siempre queda algo, y lo poco que queda nos basta.

—¡Pero no me basta a mí! —exclamó Jesús desesperado.

Santiago se turbó al oír aquel grito,, doloroso. Se acercó al maestro y le cogió la mano.

—No te basta y por eso te crucifican. Perdóname por haberte contradicho.

Jesús posó la mano en la cabeza de Santiago y dijo:

—Si es voluntad de Dios que el espíritu sea crucificado eternamente en la tierra, ¡bendita sea la cruz! Carguémosla sobre nuestros hombros con amor, con paciencia y confianza. Un día se convertirá en alas.

Callaron. Ahora la luna había subido muy alto en el cielo. Un resplandor fúnebre se había difundido sobre las mesas. Jesús juntó las manos y dijo:

—La jornada ha terminado. Hice lo que debía hacer y dije lo que debía decir. Cumplí con mi deber, según creo, y ahora junto las manos.

Luego hizo una señal a Judas, que estaba frente a él. El pelirrojo se levantó, se ajustó el ceñidor de cuero y empuñó el nudoso bastón. Jesús agitó la mano como para despedirse de él.

—Esta noche iremos a orar bajo los olivos de Getsemaní, más allá del valle del Cedrón. Vete, hermano Judas, y que Dios te acompañe.

Judas abrió la boca como para decir algo, pero de sus labios no salió palabra alguna. La puerta estaba abierta y salió impetuosamente por ella. Oyéronse sus pisadas en la escalera de piedra.

—¿Adonde va? —preguntó Pedro, inquieto. Quiso levantarse para seguirlo, pero Jesús lo detuvo.

—La rueda de Dios está en marcha —dijo—. No te interpongas en su camino.

Se había levantado viento y vacilaron las llamas de los candelabros de siete brazos. Súbitamente arreció el viento y se apagaron. Toda la luna entró en la estancia. Natanael sintió miedo, se inclinó sobre su amigo y le dijo:

—Eso no era viento, Felipe. Entró alguien, Dios mío ¿y si fuera la muerte?

—Aun cuando fuera ella, ¿qué puede importarte? —le respondió el pastor—. ¡No viene por nosotros!

Palmeó la espalda de su amigo, que no lograba tranquilizarse.

—Las grandes tempestades son para los grandes navíos —dijo—. Pero nosotros, ¡alabado sea Dios!, no somos más que cáscaras de nuez.

La luna daba en el rostro de Jesús y lo devoraba. Sólo quedaban de él un par de ojos completamente negros. Juan se aterró. Tendió a escondidas la mano hacia el rostro del maestro y murmuró:

—Maestro, ¿dónde estás?

—Aún no he partido, amado Juan —respondió Jesús—. Desaparecí por unos instantes porque pensaba en una frase que un asceta me dijo un día en el santo monte Carmelo. «Estaba —me dijo— sumergido en los cinco abrevaderos de mi cuerpo, como un puerco.» «¿Y *cómo* te liberaste, padre? —le pregunté—. ¿Luchaste mucho?» Me respondió: «En absoluto. Una mañana vi un almendro en flor y me sentí liberado.» Como un almendro en flor, amado Juan, se me apareció la muerte esta noche por unos instantes.

Se levantó al cabo de un momento de silencio y dijo:

—En marcha. Ha llegado la hora.

Jesús iba en cabeza, *y* los discípulos le seguían pensativos.

—Huyamos —dijo quedamente Natanael a su amigo—. Huelo complicaciones.

—Te iba a proponer lo mismo —le respondió Felipe—. Pero llevémonos con nosotros a Tomás.

Buscaron a Tomás a la luz de la luna, pero éste ya se había internado por las callejuelas. Ambos se quedaron detrás del grupo y, en el momento de entrar en el valle del Cedrón, dejaron que se alargara la distancia que los separaba de los otros y luego echaron a correr.

Jesús bajó, con los que aún le acompañaban, al valle del Cedrón, subió la otra ladera y tomó el sendero que llevaba a los olivares de Getsemaní. ¡Cuántas veces habían pasado la noche bajo aquellos viejos olivos, hablando de la misericordia de Dios y de las iniquidades de los hombres!

Se detuvieron. Aquella noche los discípulos habían comido y bebido excesivamente y tenían sueño. Aplanaron la tierra con los pies y apartaron las piedras para tenderse en el suelo.

—Faltan tres —dijo el maestro, mirando a su alrededor—. Dónde están.

—Se fueron... —respondió Andrés con cólera. Pero Jesús sonrió y le dijo:

—No los juzgues, Andrés. ¡Ya verás que un día volverán los tres y cada uno llevará una corona, la más real de las coronas, hecha de espinas y de siemprevivas!

Jesús se apoyó luego contra un olivo porque se sintió invadido de pronto por un gran cansancio.

Los discípulos ya se había acostado. Habían encontrado grandes piedras que les servían de almohadas.

—Ven a acostarte entre nosotros, maestro —dijo Pedro, bostezando—. Andrés montará guardia.

Jesús se separó del árbol y dijo:

—Pedro, Santiago y Juan, venid conmigo.

Su voz rebosaba tristeza y autoridad.

Pedro simuló no haber oído, se estiró en el suelo y volvió a bostezar. Pero los dos hijos de Zebedeo lo cogieron por los brazos y lo levantaron.

—¿No tienes vergüenza? —dijeron.

Pedro se acercó a su hermano y le dijo:

—Andrés, no sabemos lo que puede ocurrir. Dame tu puñal.

Jesús iba delante. Salieron del huerto de los olivos y llegaron a un lugar descubierto.

Jerusalén centelleaba frente a ellos, vestida de luna, completamente blanca. Sobre sus cabezas desplegábase un cielo de leche donde no se veía ni una estrella, y la luna llena, que antes habían visto alzarse, presurosa, estaba ahora inmóvil en el centro del cielo.

—Padre —murmuró Jesús—, Padre que estás en el cielo, Padre que estás en la tierra; el mundo que creaste y que vemos es hermoso, y el mundo que no vemos es hermoso... no sé, perdóname, no sé, Padre, cuál de los dos es más hermoso.

Se inclinó, tomó un puñado de tierra y aspiró su olor, el cual penetró en sus entrañas. Cerca de allí debía haber lentiscos, pues la tierra olía a resina y miel. La apretó contra la mejilla, contra el cuello, contra sus labios.

—¡Qué aroma! —murmuró—. ¡Qué calor, qué fraternidad!

Comenzaron a rodar lágrimas por sus mejillas. Oprimía la tierra en la mano y no quería separarse de ella. Murmuró:

—Entraremos juntos, hermana, en la muerte. No tengo otra compañera.

—No resisto más —dijo Pedro, fastidiado—. ¿Adónde nos lleva? No iré más lejos. Me acostaré aquí.

Pero mientras buscaba un lugar cómodo donde acostarse, vio a Jesús que avanzaba lentamente hacia ellos. Pedro le salió al encuentro.

—Maestro, pronto será medianoche —dijo—. Este es un buen lugar para dormir.

—Hijos míos —dijo Jesús—, mi alma se siente mortalmente triste. Id a tenderos bajo los árboles, que yo permaneceré aquí, bajo el cielo, orando. Os

suplico que no durmáis. Velad, orad conmigo esta noche. Hijos míos, ayudadme a pasar esta hora difícil.

Volvió el rostro hacia Jerusalén y dijo:

—Idos. Dejadme solo.

Los discípulos se alejaron un tanto y se echaron bajo los olivos. Jesús se arrojó en tierra y pegó los labios al suelo. Su espíritu, su corazón y sus labios no se separaban de la tierra. Se habían convertido en tierra.

—Padre —murmuró—. Padre, estoy bien aquí, apretando contra la tierra mi cuerpo de tierra. Déjame, la copa que me das a beber es amarga, demasiado amarga y no la resisto... Si es posible, Padre, apártala de mis labios.

Calló. Prestó atención, procurando oír en la noche la voz del Padre. Había cerrado los ojos... ¿quién sabe?, Dios es bueno, acaso viera al Padre sonriéndole con compasión y haciéndole una señal. Esperaba y esperaba, temblando. Pero nada oyó, nada vio. Miró a su alrededor; estaba solo. Sintió miedo, se levantó y fue en busca de sus compañeros para confortar su corazón. Halló a los tres dormidos. Tocó con la punta del pie a Pedro, luego a Juan y por último a Santiago.

—¿No os da vergüenza? —les dijo con tristeza—. ¿No tenéis fuerzas para orar conmigo?

—Maestro —dijo Pedro, que no podía mantener abiertos los ojos—, maestro, el alma está pronta pero la carne es débil. Perdónanos.

Jesús volvió al claro del huerto y cayó de rodillas en las piedras.

—Padre —exclamó—, la copa que me tiendes es amarga, demasiado amarga. Apártala de mis labios.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, vio sobre él, a la luz de la luna, a un ángel de rostro muy pálido y muy severo, que descendía. Sus alas eran de luna y llevaba un cáliz de plata. Jesús escondió el rostro en las manos y se desplomó en tierra.

—¿Esa es tu respuesta? ¿No te apiadas de mí?

Esperó unos momentos. Lentamente fue apartando los dedos para ver si el ángel estaba aún sobre él. El ángel había bajado aún más y el cáliz rozaba ahora los labios de Jesús. Jesús lanzó un grito, extendió los brazos y cayó de espaldas en tierra.

Cuando recobró el sentido, la luna se había desplazado un poco en el cielo y el ángel se había disuelto en su luz. A lo lejos, en el camino de Jerusalén, habían aparecido luces que se movían, semejantes a las producidas por antorchas encendidas. ¿Se acercaban? ¿Se alejaban? ¿Adónde iban? El miedo volvió a dominarle, así como el deseo de oír una voz humana, de tocar manos amadas. Corrió en busca de sus tres compañeros.

Aún dormían los tres y sus rostros serenos estaban bañados por la luna. Juan había tomado por almohada el hombro de Pedro, y Pedro el pecho de Santiago, que había apoyado su cabeza negra y rizada en una piedra. Dormía con los brazos extendidos bajo el cielo, y se veía el brillo de sus dientes entre los bigotes, así como su barba de azabache. Debía tener un buen sueño, pues reía. Jesús se compadeció de ellos y esta vez no los sacudió para despertarlos; se

volvió sobre sus pasos, caminando de puntillas. Volvió a echarse de bruces en tierra y lloró.

—Padre —dijo en voz muy baja, como si quisiera que Dios no lo oyera—, Padre, hágase tu voluntad y no la mía, Padre.

Se levantó y volvió a mirar hacia el camino de Jerusalén. Las luces se habían acercado y ahora veíanse claramente unas sombras que se agitaban en torno de ellas, así como armaduras de bronce que centelleaban.

—Ya llegan... Ya llegan —murmuró Jesús. Las rodillas se le doblaban y, precisamente en aquel momento, un ruiseñor fue a posarse en un ciprés joven, frente a Jesús. La luna llena, los aromas primaverales y la noche cálida y húmeda habían embriagado al ave, que se sentía habitada por un Dios todopoderoso, el mismo Dios que había creado el cielo, la tierra y las almas de los hombres... y el ruiseñor se puso a cantar, Jesús había alzado la cabeza y escuchaba. ¿Sería aquel Dios el verdadero Dios de los hombres, el que ama la tierra, la frágil garganta de las aves y los abrazos? Sintió ascender desde el fondo de sus entrañas otro ruiseñor, que respondía a la llamada del primero y que se puso a su vez a cantar las penas eternas, las alegrías eternas... a Dios, el amor, la esperanza...

El ruiseñor cantaba y Jesús temblaba. Ignoraba que en su ser hubiera tantas riquezas, tantas deliciosas y ocultas alegrías, tantos pecados. Florecieron sus entrañas mientras el ruiseñor gorjeaba gozosamente en las ramas en flor y no podía ni quería remontar el vuelo. ¿Adónde iba a ir? ¿Por qué había de partir? Está tierra es el Paraíso... Y mientras Jesús escuchaba el canto de las dos aves y, sin despojarse de su cuerpo, entraba en el Paraíso, oyó voces roncas. Acercábanse las antorchas encendidas y las armaduras de bronce y, en medió de las columnas de humo y de las llamas, creyó percibir a Judas, al tiempo que dos brazos robustos lo estrecharon y una barba roja rozó su rostro. Le pareció que había lanzado un grito y había perdido la conciencia por algunos instantes. Pero había tenido tiempo de sentir el aliento fuerte de Judas, que había pegado la boca a la suya, y de oír su voz ronca, desesperada:

—Te saludo, maestro.

La luna iba a alcanzar las montañas lechosas de Judea. Se levantó un cierzo helado y las uñas y los labios de Jesús mostraron un tinte azulado. Jerusalén se erguía bajo la luna ciega y pálida.

Jesús se volvió, vio a los soldados y a los levitas y dijo:

—Bienvenidos, enviados de Dios. ¡Os sigo!

En medio de la confusión que sobrevino vio a Pedro, que había desenvainado el puñal para cortar la oreja de un levita, y dijo:

—Envaina el puñal. Si respondemos al puñal con el puñal, ¿cuándo cesarán las matanzas en el mundo?

XXIX

Apresaron a Jesús entre gritos. Lo arrastraron sobre las piedras, entre los cipreses y los olivos, le hicieron bajar al valle del Cedrón; entraron en Jerusalén y llegaron al palacio de Caifas. Allí estaba reunido el Sanedrín, aguardando al rebelde para juzgarlo.

Hacía frío y los servidores habían encendido fuegos en el patio y se calentaban. A intervalos regulares salían levitas del palacio y comunicaban las noticias. Los testigos le acusaban de cosas que ponían los pelos de punta... El maldito había proferido blasfemias contra el Dios de Israel, contra la Ley de Israel y contra el Santo Templo, había dicho que lo destruiría y que echaría sal sobre sus ruinas...

Bien arrebujado y con la cabeza gacha, Pedro entró en el patio. Tendió las manos ante el fuego y, mientras se calentaba, escuchaba temblando las noticias. Una sirvienta que acertó a pasar por allí lo vio y se detuvo.

—¡Eh, viejo! —le gritó—. ¿Por qué te ocultas? Alza la cabeza, queremos verte. Creo que tú también estabas con él.

Algunos levitas oyeron sus palabras y se acercaron. Pedro tuvo miedo, levantó la mano y dijo:

—¡Juro que no conozco a ese hombre! —Luego se dirigió hacia la puerta.

Pasó otra criada, que lo vio en el momento en que se disponía a salir, y le dijo:

—¡Eh, viejo! Tú también estabas con él; te vi.

—¡No conozco a ese hombre! —volvió a exclamar Pedro, que apartó a la joven y siguió su camino. Pero en el umbral lo detuvieron dos levitas, que lo cogieron por los hombros y lo zarandearon.

—Tu forma de hablar te traiciona —le gritaron—. Eres galileo y discípulo suyo.

Entonces Pedro se puso a blasfemar, a maldecir y a gritar:

—¡No conozco a ese hombre!

En aquel instante cantó el gallo del corral. Pedro calló bruscamente. Acababa de recordar las palabras del maestro: «¡Pedro, Pedro, antes de que cante el gallo renegarás de mí tres veces!» Salió del palacio, se desplomó en tierra y se deshizo en lágrimas.

Nacía el día. El cielo se tornó escarlata; parecía cubierto de sangre. Un levita pálido salió corriendo de la sala del Sanedrín, y dijo:

—El sumo sacerdote se rasgó las vestiduras cuando el criminal dijo: «¡Soy Jesús, el hijo de Dios!» Todos los ancianos se pusieron en pie de un salto y se rasgaron las vestiduras, gritando: «¡Muera! ¡Muera!»

Salió otro levita, que dijo:

—Ahora lo conducirán ante Pilatos. El es el único que puede decretar su muerte. Apartaos para dejarle pasar. Ya abren las puertas.

Abriéronse las puertas y salieron los señores de Israel encabezados por el sumo sacerdote Caifás, cuyos ojos estaban inyectados en sangre y avanzaba a paso lento. Tras él marchaban los Ancianos: una multitud de barbas, de ojos astutos y malévolos, de bocas desdentadas y lenguas pérfidas. Todos aquellos

cuerpos hervían de rabia y avanzaban tambaleándose. Los seguía Jesús, tranquilo y afligido; chorreaba sangre de su cabeza: le habían golpeado. En el patio estallaron los gritos, las risas, las blasfemias. Pedro se sobresaltó, se apoyó en el marco de la puerta de entrada y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Murmuraba: «¡Pedro, Pedro, cobarde, mentiroso y traidor! Corre y grita: ¡Soy de los suyos! Aun cuando te maten por ello.» Se excitaba su alma pero su cuerpo, inerte, continuaba apoyado en el marco de la puerta y temblaba. En el umbral Jesús tropezó, vaciló, extendió el brazo para apoyarse en alguna parte y se aferró del hombro de Pedro. Este quedó petrificado de espanto y de sus labios no salió sonido alguno. No hizo ni un solo ademán; sentía la mano del maestro, que asía su hombro. Aún no era de día y reinaba una penumbra azulada, pero Jesús no se volvió para ver a dónde se había agarrado para no caer. Tomó aliento y reanudó la marcha, tras los Ancianos y en medio de los soldados, en dirección a la torre de Pilatos.

Pilatos acababa de bañarse y frotarse con aceites aromáticos. Irritado, recorría de uno a otro extremo la alta terraza de la torre. Nunca le había gustado aquel día de Pascua. Los judíos, enfurecidos y poseídos por su Dios, iban sin duda a batirse una vez más con los soldados romanos. Aquel año podía tener lugar otra carnicería, cosa que a Roma le interesaba evitar. Además, esta vez se presentaban problemas suplementarios. Los judíos querían crucificar a toda costa al desdichado nazareno. ¡Sucia raza!

Pilatos apretó los puños. Se le había puesto entre ceja y ceja salvar a aquel imbécil, no porque fuera inocente —puesto que ser inocente nada significaba— ni porque le inspirara compasión —no le faltaba más que compadecerse de los judíos—, sino para hacer rabiar a aquella sucia raza judía.

Un gran clamor se alzó bajo las ventanas de la torre. Pilatos se inclinó y vio que la judiada invadía su patio y que los pórticos y las terrazas del Templo estaban poblados por una multitud enfurecida que empuñaba bastones y hondas, daba a Jesús puñetazos y puntapiés y lo escarnecía. Los soldados romanos le escoltaban y lo empujaban hacia la gran puerta de la torre.

Pilatos fue a sentarse en su trono toscamente esculpido. Abrióse la puerta y los dos negros gigantescos hicieron entrar a Jesús. Sus vestiduras estaban hechas jirones y su rostro cubierto de sangre, pero mantenía erguida la cabeza y en sus ojos no cesaba de brillar una luz serena y remota. Pilatos sonrió y dijo:

—Otra vez estás ante mí, Jesús de Nazaret, rey de los judíos. Parece que quieren matarte.

Jesús miraba el cielo por la ventana. Su espíritu y su cuerpo ya se habían marchado. No dijo nada. Pilatos se encolerizó y exclamó:

—Olvida el cielo; debes mirarme a mí. ¿No sabes que en mi mano está liberarte o crucificarte?

—No tienes sobre mí ningún poder —respondió con calma Jesús—. Sólo Dios tiene poder sobre mí.

Del patio de la torre llegaron gritos furiosos: «¡Muera! ¡Muera!»

—¿Por qué están tan enfurecidos? —preguntó Pilaros—. ¿Qué les has hecho?

—Proclamé la verdad —respondió Jesús.

Pilatos sonrió:

—¿Qué verdad? ¿Qué quiere decir «verdad»?

El corazón de Jesús se oprimió. ¿Así era entonces el mundo, así eran los señores del mundo? Pilaros preguntaba qué era la verdad y reía.

Pilatos se asomó a la ventana. Acababa de recordar que la víspera habían capturado a Barrabás, culpable del asesinato de Lázaro.

Una antigua costumbre ordenaba que el día de Pascua los romanos liberaran a un condenado a muerte.

—¿A quién queréis que libere —gritó—, a Jesús, el rey de los judíos, o a Barrabás, el bandido?

—¡A Barrabás! ¡A Barrabás! —aulló el populacho.

Pilatos llamó a los guardias y les ordenó, señalándoles a Jesús:

—Flageladlo, colocadle una corona de espinas, envolvedlo en un trapo rojo y ponedle en la mano una larga caña para que la empuñe a modo de cetro. Es rey, ¡vestidlo como un rey!

Pensó que presentándole ante la multitud en aquel estado lastimoso, se compadecerían de él.

Los guardias lo cogieron, lo ataron a una columna y se pusieron a azotarle y a lanzarle escupitajos al rostro. Le tejieron una corona de espinas y se la colocaron en la cabeza; manó sangre de la frente y las sienes de Jesús. Le echaron sobre los hombros un pedazo de trapo rojo, le pusieron en la mano una larga caña y así lo llevaron a presencia de Pilatos. Al verlo, éste no pudo contener la risa.

—Te doy la bienvenida, majestad —dijo—. Ven que he de mostrarte a tu pueblo.

Lo cogió de la mano y salió a la terraza:

—¡He aquí a vuestro hombre! —exclamó.

—¡Que lo crucifiquen! ¡Que lo crucifiquen! —aulló la multitud.

Pilatos ordenó que le llevaran una jofaina y una jarra de agua. Se levantó y, según su costumbre, se lavó las manos ante la muchedumbre.

—Me lavo las manos —dijo—. No soy yo quien derrama su sangre. Soy inocente. ¡Que la culpa caiga sobre vosotros!

—¡Que su sangre caiga sobre nuestras cabezas y sobre las cabezas de nuestros hijos! —rugió la turba.

—¡Lleváoslo! —dijo Pilatos—. ¡Y no me molestéis más!...

Lo cogieron y cargaron la cruz sobre sus hombros. La multitud le escupía a la cara, lo golpeaba, lo empujaba a puntapiés hacia el Gólgota. Jesús se tambaleaba; la cruz era pesada y Jesús miraba a su alrededor con la esperanza de descubrir, en la muchedumbre, un discípulo que se compadeciera de él. Miraba y miraba, pero no vio a nadie. Dijo en un suspiro:

¡Bendita sea la muerte! ¡Gloria a ti, Dios mío!

Entretanto los discípulos, refugiados en la taberna de Simón el cirenaico, esperaban que finalizara la crucifixión y cayera la noche para huir sin ser vistos por nadie. Agazapados tras los toneles, aguzaban el oído y escuchaban los gritos de la multitud, que desfilaba, gozosa. Todos, hombres y mujeres, corrían hacia el

Gólgota. Habían festejado debidamente la Pascua, se habían atracado de carne y vino y ahora se distraerían presenciando la crucifixión.

Los discípulos escuchaban el rumor de la calle y temblaban de miedo. Oíanse de cuando en cuando los sollozos ahogados de Juan y a veces Andrés se levantaba, iba y venía por la taberna y profería amenazas. Pedro maldecía y blasfemaba porque era cobarde y no tenía valor para salir y dejarse matar con el maestro... ¡Cuántas veces le había prometido solemnemente!: «¡Te seguiré hasta la muerte, maestro!» Y ahora que llegaba el momento de morir estaba acurrucado tras los toneles.

Santiago estalló:

—Deja de llorar, Juan. Eres un hombre. Y en cuanto a ti, aguerrido Andrés, no te retuerzas los bigotes y siéntate. ¡Venid todos aquí! Hemos de tomar una decisión. ¿Y si fuera verdaderamente el Mesías? Si resucita al cabo de tres días, ¿con qué cara nos presentaremos ante él? ¿Habéis pensado en eso? ¿Qué dices tú, Pedro?

—Si es el Mesías estamos perdidos —respondió Pedro, desesperado—. Ya os he dicho que renegué de él tres veces.

—Y si no es el Mesías estamos igualmente perdidos —dijo Santiago—. ¿Qué piensas tú, Natanael?

—Yo digo que nos escapemos lo antes posible. Sea o no el Mesías, estamos perdidos.

—¿Y lo abandonaremos sin defenderlo? ¿Cómo podrá soportar eso nuestro corazón? —dijo Andrés, que quiso precipitarse hacia la puerta. Pero Pedro lo cogió de las ropas y dijo:

—Tranquilízate. Te despedazarán, desdichado. Busquemos otra solución.

—¿Qué solución, hipócritas y fariseos? —dijo Tomás con voz entrecortada—. Hablemos francamente, sin hipocresías. Hemos participado en un negocio en el cual invertimos la totalidad de nuestro capital. Sí, fue un pacto comercial y no tenéis por qué lanzarme esas miradas furiosas. Hemos hecho una transacción comercial y cada cual ha contribuido con lo que tenía. Yo di mis mercancías, los peines, los carretes de hilo y los espejitos a cambio del reino de los cielos. Y vosotros habéis hecho otro tanto. Uno dio su barca, otro sus carneros, otro abandonó su vida cómoda para seguir al maestro. Y el negocio fracasó; hemos quebrado y nuestro capital se esfumó. ¡Vayamos con cuidado, no sea que perdamos también la vida! Por lo tanto, éste es mi consejo: ¡sálvese quien pueda!

—¡De acuerdo! —exclamaron Felipe y Natanael—. ¡Sálvese quien pueda!

Inquieto, Pedro se volvió hacia Mateo, que, sentado aparte del grupo, había aguzado el oído y escuchaba en silencio.

—¡En nombre del cielo, Mateo —dijo—, no escribas todo esto! ¡No nos dejes en ridículo hasta el fin de los tiempos!

—No te preocupes —respondió Mateo—. Conozco mi oficio; veo y oigo muchas cosas pero selecciono entre ellas. Sólo os doy un buen consejo: ¡mostraos valientes y tomad una decisión viril de modo que pueda dejarla registrada para gloria vuestra, pobres amigos míos! ¡Sois apóstoles y esto no es cosa de broma!

En aquel instante Simón el cirenaico empujó la puerta de la taberna y entró. Sus ropas estaban hechas jirones, su rostro y su pecho cubiertos de sangre y el

ojo derecho hinchado. Juraba y gruñía. Se arrancó algunas hilachas, sumergió la cabeza en el cubo donde lavaba los vasos de vino y cogió una toalla. Mientras se secaba el torso, no dejaba de gruñir ni escupir. Luego puso los labios en la espita del tonel y bebió. Oyó ruido tras los toneles, se agachó y vio a los discípulos acurrucados allí. La cólera se apoderó de él:

—¡El diablo cargue con vosotros, bellacos! —les gritó—. ¡De modo que así abandonáis a vuestro jefe!... ¡De modo que así desertáis de la batalla, sucios galileos, sucios samaritanos, canallas!

—Nuestra alma quería luchar, ¿sabes Simón? —Pedro se aventuró a decir—, nuestra alma quería luchar, Dios es testigo de ello, pero el cuerpo...

—¡Basta, fanfarrón! ¿No sabes, bellaco, que cuando el alma quiere algo el cuerpo no puede oponerse a sus deseos? Todo se convierte entonces en alma: el garrote que empuñas, las vestiduras que llevas y la piedra que pisas... ¡todo, todo! Miradme, malditos cobardes, mi carne está toda azul, mis ropas están hechas jirones y poco faltó para que me vaciaran los ojos. ¿Por qué? ¡La peste os lleve, sucios discípulos! ¡Porque, maldito, defendí a vuestro maestro y me enfrenté a toda una multitud, yo, yo, el tabernero, el sucio cirenaico! ¿Y por qué lo hice? ¿Porque creía acaso que era el Mesías y que mañana él me convertiría en un personaje grande y poderoso? En absoluto. ¡Lo hice porque me picaron en mi amor propio, maldita sea, y no lo lamento!

Iba y venía, tropezaba con los escabeles y escupía y blasfemaba. Pero Mateo estaba en ascuas; quería saber qué había ocurrido en el palacio de Caifas, en la torre de Pilatos, quería conocer las palabras pronunciadas por el maestro así como lo que gritaba la multitud, para transcribirlo todo en sus escritos.

—Si crees en Dios, hermano Simón —le dijo—, cálmate y cuéntanos todo lo ocurrido. Dinos cómo, dónde y cuándo tuvieron lugar los sucesos y repite las palabras que ha dicho el maestro.

—¿Las palabras que ha dicho el maestro? —dijo Simón—. «¡Idos a hacer puñetas, discípulos!» Eso es lo que dijo. ¿Por qué me miras con la boca abierta? Empuña la caña y escribe: «¡Idos a hacer puñetas!»

Un lamento se oyó en el rincón ocupado por los discípulos. Juan rodaba por el suelo y aullaba y Pedro se golpeaba la cabeza contra la pared.

—Si crees en Dios, Simón —imploró otra vez Mateo—, di la verdad para que pueda escribirla. ¿No comprendes que en este instante el mundo entero está suspendido de tus labios?

Pedro continuaba golpeándose la cabeza contra la pared.

—No te desesperes, Pedro —le dijo el tabernero—. Te diré lo que debes hacer para ser glorificado por los siglos de los siglos. Escucha: pronto Jesús pasará ante la taberna; ya oigo los clamores de la turba; tú te levantarás, abrirás valientemente la puerta, le saldrás al encuentro y le tomarás la cruz, que cargarás en tus hombros. Es muy pesada, maldita sea, y vuestro Dios es muy delicado y ya debe estar exhausto.

Se echó a reír y con un movimiento brusco empujó a Pedro con el pie.

—¿Lo harás? ¡Ahí te quiero ver!

—Te juro que lo haría si no fuera por la muchedumbre —lloriqueó Pedro—. ¡Me harán picadillo!

El tabernero escupió, furioso.

—¡Idos a hacer puñetas! —exclamó—. ¿Ninguno de vosotros quiere hacerlo? ¿Tampoco tú, Natanael, que eres fornido como un toro? ¿Tampoco tú, Andrés, que eres tan rápido para desenvainar el puñal? ¿Cómo? ¿Nadie, nadie quiere hacerlo? ¡Puf, reventad todos! ¡Eh, pobre Mesías, qué soldados elegiste para conquistar el mundo! Deberías haberme elegido a mí, que acaso sea carne de patíbulo pero tengo amor propio. Y cuando uno tiene amor propio es siempre un hombre aunque sea un borracho, un bandido o un embustero. Pero cuando uno no tiene amor propio, ¡puede ser una paloma, puf, pero no vale ni un céntimo!

Volvió a escupir y luego fue a abrir la puerta; permaneció en el umbral, respirando entrecortadamente.

Las calles se habían llenado de gente y corrían los hombres y las mujeres, gritando:

—¡Ya llega, ya llega, ya llega el rey de los judíos! ¡Uh!, ¡Uh!, ¡Uh!

Los discípulos volvieron a acurrucarse tras los barriles. Simón se volvió y les gritó:

—¿No vais a salir, canallas, para verlo? ¿Para que el desdichado os vea y se consuele? Pues bien, entonces saldré yo y le haré una señal, como diciéndole: «Aquí estoy yo, Simón el cirenaico, ¡presente!» —Y se lanzó a la calle.

Avanzaban oleadas de hombres y mujeres. Adelante iban los jinetes romanos y atrás Jesús, cargado con la cruz; chorreaba sangre y sus vestiduras colgaban hechas jirones. Ya no tenía fuerzas para andar y tropezaba incesantemente; cuando estaba a punto de caer le hacían recobrar el equilibrio a fuerza de puntapiés. Le seguían los cojos, los ciegos, los tullidos, furiosos porque no los había curado; le injuriaban y lo golpeaban con las muletas y los bastones. Jesús miraba ansiosamente a su alrededor: ¿cómo era posible que no viera a ninguno de sus compañeros? ¿Qué había sido de sus amados discípulos?

Al pasar ante la taberna, se volvió y vio a Simón que le hacía una señal con la mano. Su corazón se llenó de alegría y quiso mover la cabeza para agradecérselo, pero tropezó con una piedra y se desplomó en tierra con la cruz a la espalda. Rugió de dolor.

El cirenaico corrió, levantó a Jesús, tomó la cruz, la cargó en sus hombros y se volvió y sonrió a Jesús.

—¡Animo! —le dijo—. No te abandonaré.

Salieron por la puerta de David y comenzaron a subir la loma. Pronto llegarían a la cima del Gólgota, donde no había más que piedras, espinas y esqueletos. Crucificábase allí a los rebeldes y las aves de presa devoraban sus cuerpos; el aire hedía a carroña.

El cirenaico dejó la cruz en tierra. Dos soldados se pusieron a cavar y a plantarla entre las piedras. Jesús esperaba, sentado en una piedra. El sol refulgía en lo alto de un cielo de hierro candente. No había ni una llama, ni un ángel, no se veía el menor signo que permitiera suponer que allá arriba alguien miraba lo que ocurría en la tierra... y mientras esperaba sentado, desmenuzando entre los dedos un terroncito de tierra, Jesús sintió que alguien estaba delante de él y lo miraba. Con calma, sin prisa, alzó la cabeza, la vio y la reconoció:

—Bienvenida —murmuró—, fiel compañera de camino. Aquí acaba el viaje. Se cumplió lo que tú deseabas y lo que yo deseaba. Toda mi vida luché para transformar el Anatema en Bendición. Después de esto, estamos en paz. Adiós, Madre —y agitó ligeramente la mano a la sombra cruel.

—Dos soldados asieron a Jesús por los hombros.

—¡En pie, Majestad! —le gritaron—. ¡Sube a tu trono!

Lo desnudaron y quedó al descubierto el cuerpo delgado bañado en sangre.

El calor era tórrido. La muchedumbre, cansada de desgañitarse, miraba en silencio.

—Dale de beber vino para que cobre valor —dijo un soldado. Pero Jesús rechazó la copa y extendió los brazos hacia la cruz.

—Padre —murmuró—, hágase tu voluntad.

—¡Embustero! ¡Canalla! ¡Embaucador del pueblo! —aullaban los ciegos, los leprosos y los tullidos.

—¿Dónde está el reino de los cielos? ¿Dónde están los hornos llenos de pan? —aullaban los menesterosos. Llovían las piedras y los tomates.

Jesús abrió los brazos y quiso exclamar: «¡Hermanos!», pero los soldados lo cogieron y lo subieron a la cruz. Llamaron a los gitanos. Cuando éstos levantaron los martillos y se oyó el primer golpe, el sol ocultó su rostro. Al segundo golpe de martillo el cielo se ensombreció y aparecieron las estrellas. No eran estrellas sino gruesas lágrimas que caían, gota a gota, en la tierra.

El terror se apoderó del pueblo. Los caballos que montaban los romanos se asustaron, se levantaron sobre las patas traseras y se echaron a galopar, desbocados, pisoteando a la judiada. Súbitamente la tierra y el cielo enmudecieron, como cuando se va a producir un temblor de tierra. Simón el cirenaico se echó de bruces sobre las piedras; la tierra había temblado súbitamente bajo sus pies y sintió miedo.

—¡Oh! —murmuró—. La tierra va a abrirse y a tragarnos…

Alzó la cabeza y miró a su alrededor. Habiérase dicho que el mundo se había desvanecido y que brillaba, pálido y brumoso, envuelto en tinieblas azuladas. Las cabezas de la multitud habían desaparecido y sólo se veían los ojos, semejantes a agujeros negros. Una bandada de cuervos que, atraída por el olor de la sangre, revoloteaba sobre el Gólgota, huía ahora, espantada. De la cruz salía un estertor débil y quejumbroso; el cirenaico endureció su corazón, levantó los ojos y miró. Lanzó un grito. No eran gitanos los que clavaban al crucificado: una muchedumbre de ángeles había descendido del cielo y empuñaba martillos y clavos, volaba en torno de Jesús, descargaba golpes redoblados clavando alegremente sus manos y sus pies; otros ataban fuertemente el cuerpo del crucificado con gruesas sogas para que no cayera y un angelito de mejillas rosadas y rizos rubios traspasaba el costado de Jesús de un lanzazo.

—¿Qué es esto? —murmuró el cirenaico, temblando—. ¡El propio Dios lo crucifica!

Entonces Simón el cirenaico sintió el miedo más intenso y el dolor más grande de su vida: una voz fuerte hendió el aire de arriba abajo, desgarradora, preñada de reproches:

—ELI… ELI…

No podía acabar el grito; quería acabarlo pero no lo lograba y, de pronto, sintió que se le cortaba la respiración. El Crucificado inclinó la cabeza.

Se desvaneció.

XXX

Pestañeó alegremente, sorprendido. Aquello no era una cruz sino un árbol gigantesco que se alzaba desde la tierra al cielo. Era primavera y todo el árbol florecía. En la punta de cada rama, sobre el vacío, un pájaro se había posado y cantaba... Y él, en pie y apoyado con todo su cuerpo en el árbol en flor, había levantado la cabeza y contaba: uno, dos, tres...

—Treinta y tres —murmuró—; tantos como mis años. Treinta y tres aves que cantan.

Sus ojos se agrandaron hasta invadir todo su rostro. Sin volverse, miraba a la vez hacia todas partes y veía el mundo en flor. Sus oídos, como dos conchas arrolladas en espiral, acogían los clamores, las blasfemias y los sollozos del mundo y los transformaban en una canción. Manaba sangre de su costado, traspasado por un lanzazo.

Una por una y sin que soplara la menor brisa, las flores se deshojaban y caían afectuosamente sobre sus cabellos entremezclados con espinas y sobre sus manos ensangrentadas. Y mientras se esforzaba, en medio de un océano de gorjeos, por recordar quién era y dónde se hallaba, de repente el aire giró como un torbellino para quedar inmediatamente inmóvil: un ángel estaba frente a él... En aquellos instantes nacía el día.

Había visto muchos ángeles en sueños y despierto, pero jamás había visto un Ángel semejante, jamás había visto una belleza tan cálida y humana, un vello tan aterciopelado, rizado y delicado como el que cubría sus mejillas y sus labios. Sus ojos ardientes centelleaban, desbordantes de pasión como los de una mujer o un adolescente enamorado. Su cuerpo era grácil y firme y sus pantorrillas y muslos redondeados aparecían cubiertos también de un vello inquietante, tan negro que despedía reflejos azules. De sus sobacos se difundía el olor a sudor humano que a Jesús tanto le agradaba.

Jesús se turbó y preguntó:

—¿Quién eres?

Su corazón latía violentamente. El Ángel sonrió y todo su rostro se dulcificó, como un rostro humano. Plegó sus dos anchas alas verdes, como si temiera asustar demasiado a Jesús, y respondió:

—Soy como tú. Soy tu Ángel de la guarda. Ten confianza en mí.

Su voz era grave y acariciadora, afectuosa y familiar, como una voz humana. Hasta entonces las voces de ángeles que había oído eran severas y autoritarias. Se regocijó, miró al Ángel con aire implorante y esperó que continuara hablando.

El Ángel lo adivinó y respondió, sonriendo, al deseo del hombre:

—Dios me envió para endulzar tus labios. Los hombres y el cielo te han hecho beber infinidad de amarguras; has sufrido, has luchado y en toda tu vida no conociste ni un día de dulzura. Tu madre, tus hermanos, tus discípulos, los pobres, los enfermos, los oprimidos, todos, todos te abandonaron en el último momento, en el momento más terrible. Quedaste solo e indefenso en lo alto de un peñasco oscuro. Entonces Dios, el Padre, se apiadó de ti. Me dijo: «¿Cómo no haces nada? ¿No eres su Ángel de la guarda? Ve a salvarle. ¡No quiero que lo crucifiquen!» «Señor de las Naciones —le respondí temblando—, ¿acaso no lo enviaste a la tierra para que lo crucificaran y para que así salvase a los hombres?

Por eso yo no intervenía. Creía que tal era tu voluntad.» «Que lo crucifiquen en sueños —respondió Dios—. Sentirá el mismo espanto y el mismo dolor.»

—Ángel de la guarda —exclamó Jesús, asiendo la cabeza del Ángel con las dos manos para que no se le escapara—, Ángel de la guarda, hijo mío, mi espíritu vacila... ¿Entonces no me crucificaron?

El Ángel posó su mano blanca en el corazón turbado de Jesús, para apaciguarlo, y le dijo:

—Cálmate, amado —y sus ojos fascinadores reían—, no te agites. No, no te crucificaron. Fue un sueño. Viviste toda tu Pasión en un sueño. Subiste a la cruz, te clavaron las manos y los pies en sueños, y en tus manos, en sus pies y en tu costado se abrieron cinco llagas con tal fuerza que aun ahora, mira, chorrean sangre...

Jesús miró a su alrededor, como extasiado. ¿Dónde estaba? ¿Qué llanura era aquélla, qué árboles eran aquellos árboles en flor y qué aguas eran aquéllas? ¿Y Jerusalén? ¿Y su alma? Se volvió hacia el Ángel y le tocó el brazo. ¡Qué fresca y firme era su carne!

—Ángel de la guarda, hijo mío —le dijo—, a medida que hablas mi cuerpo pierde pesantez, la cruz se convierte en la sombra de una cruz, los clavos en sombras de clavos y la crucifixión navega por el cielo, como una nube...

—Pongámonos en marcha —dijo el Ángel, y se echó a volar sobre la hierba florecida—. Inmensas alegrías te esperan, Jesús de Nazaret. Dios me ha autorizado a hacerte saborear todas las alegrías que codiciaste secretamente durante su vida... Ya verás que la tierra es buena, que es bueno reír, que es delicioso beber vino, besar los labios de una mujer y ver jugar en tus rodillas a tu primer hijo... ¿Podrás creerte que nosotros, los ángeles, nos asomamos a menudo a la tierra y la miramos con envidia desde el cielo lanzando suspiros?

Sus grandes alas verdes comenzaron a batir y lo enlazaron:

—Vuelve la cabeza —le dijo—; mira a tus espaldas.

Jesús obedeció... ¿Y qué vio? Allá, muy lejos y muy alto, brillaba la colina de Nazaret bajo el sol naciente. Las puertas fortificadas de la ciudad estaban abiertas y por ellas salía una enorme multitud. Eran señores y damas cubiertos de vestiduras de oro que montaban caballos blancos y hacían ondear estandartes de seda blancos como la nieve y bordados con azucenas de oro. Descendían entre montañas en flor, pasaban ante castillos reales, seguían senderos zigzagueantes, bordeaban el flanco de las colinas y atravesaban ríos. Oíase tras los árboles tupidos un rumor confuso hecho de risas, de conversaciones en voz baja y de leves suspiros...

—Ángel de la guarda, hijo mío —dijo Jesús, desconcertado—, ¿qué es esa multitud de señores? ¿Quiénes son esos reyes y esas reinas? ¿Adónde van?

—Es un cortejo real —respondió el Ángel, sonriendo—. Van a una boda.

—¿Quién se casa?

—Tú. Esta es la primera alegría que te daré.

La sangre afloró en el rostro de Jesús. Adivinó bruscamente quién era la novia. Toda su carne cálida se estremeció de alegría. Ahora tenía prisa y dijo:

—En marcha.

Inmediatamente sintió que montaba un caballo blanco con silla y riendas de oro. Se miró el cuerpo y comprobó que su pobre vestido lleno de remiendos se había convertido en un vestido de terciopelo y oro. En lo alto de su cabeza ondeaba una pluma azul.

—¿Es ése el reino de los cielos que yo anunciaba a los hombres de la tierra? —preguntó.

—No, no —respondió el Ángel, riendo—. Es la tierra.

—¿Y cómo cambió tanto?

—No es ella la que ha cambiado, sino tú. Antes tu corazón iba contra la voluntad de la tierra, pero ahora la acepta. En esto reside todo el secreto. El reino de los cielos, Jesús de Nazaret, es la armonía entre el corazón y la tierra... Pero, ¿por qué hemos de perder el tiempo hablando? Vamos, que la novia espera.

El Ángel montaba ahora un caballo blanco y partieron al galope. A sus espaldas las montañas relinchaban, invadidas por la escolta real que descendía por ellas. Redoblaban las risas de las mujeres. Las aves surcaban el cielo con raudo vuelo en dirección al sur, cantando: «¡Ya llega! ¡Ya llega! ¡Ya llega!» El corazón de Jesús era también un ave que cantaba: «¡Ya llega! ¡Ya llega! ¡Ya llega!»

Mientras galopaba, se acordó de pronto, en medio de su alegría desbordante, de los discípulos. Se volvió y escrutó la multitud de señores, pero no los encontró entre ellos. Sorprendido, miró a su compañero y le preguntó:

—¿Y mis discípulos? No los veo. ¿Dónde están?

Una risa burlona le respondió:

—Se han dispersado.

—¿Por qué?

—Porque tenían miedo.

—¿Hasta Judas?

—¡Todos! ¡Todos! Volvieron a sus barcas y se escondieron en sus casuchas; juran y perjuran que jamás te vieron y que no te conocen... No mires hacia atrás, no pienses más en ellos. Mira hacia adelante.

Un embriagador aroma de azahar flotaba en el aire.

—Hemos llegado —dijo el Ángel, apeándose. Su caballo se transformó en luz y desapareció.

Un mugido grave y quejumbroso resonó entre los olivos, lleno de tristeza y de dulzura. Jesús se sintió turbado como si hubieran gritado sus propias entrañas. Miró y vio, atado al tronco de un olivo, a un toro negro de blanca testuz, cuernos coronados y cola levantada. Jamás había visto semejante fuerza ni semejante fulgor, jamás había visto una carne tan dura ni unos ojos tan oscuros y tan desbordantes de fortaleza. Tuvo miedo. «No es un toro —pensó—, sino uno de los rostros tenebrosos e inmortales de Dios Todopoderoso.»

El Ángel sonreía maliciosamente.

—No tengas miedo, Jesús de Nazaret. Es un toro joven, virgen aún. Mira: saca la lengua y se lame las húmedas fosas nasales, se inclina y asesta cornadas al olivo. Lucha para romper la soga y conquistar la libertad... Mira allá, ¿qué ves en aquella pradera?

—Terneras, terneras jóvenes que pacen.

—No, no pacen. Esperan que el toro rompa la soga. Escucha, continúa mugiendo. ¡Qué ternura hay en su voz, qué súplica, qué fuerza! En verdad, diríase que es un dios tenebroso y herido... ¿Por qué asoma esa expresión de ferocidad en tu rostro, Jesús de Nazaret? ¿Por qué me diriges esa mirada, tan sombría y severa?

—En marcha —mugió sordamente Jesús, y su voz desbordaba ternura, súplica y fuerza.

—Pero antes desataré al toro —respondió el Ángel, riendo—. ¿No te compadeces de él?

Se acercó, desató la soga y la bestia virgen permaneció un instante inmóvil. Luego comprendió repentinamente que estaba libre, dio un salto y se lanzó hacia la pradera.

Precisamente en aquel instante resonó bajo los limoneros un dulce tintineo de brazaletes. Jesús se volvió: frente a él estaba María Magdalena, tímida, trémula y coronada de azahares.

Jesús se arrojó en sus brazos y exclamó:

—Amada Magdalena, ¡cuántos años hace que deseo este instante! ¿Quién se interponía entre nosotros? ¿Era Dios? ¿Por qué lloras?

—Mi alegría es demasiado grande, amado, y mi deseo demasiado intenso. ¡Ven!

—¡Te sigo!

Se volvió para despedirse de su compañero, pero el Ángel había desaparecido en el aire. El gran cortejo real que lo seguía —los señores, las damas, los reyes, los caballos blancos y las azucenas blancas— también había desaparecido. En la pradera el toro cubría a las terneras.

—¿A quién buscas, amado mío? ¿Por qué miras atrás? Sólo existimos tú y yo en el mundo. Beso las cinco llagas de tus manos, de tus pies y de tu costado. ¡Qué alegría, qué Pascua! El mundo ha resucitado. ¡Ven!

—¿Adonde? Dame la mano y condúceme.

—Iremos a un jardín profundo. Te persiguen y quieren apresarte. Todo estaba dispuesto: la cruz, los clavos, el pueblo, Pilatos... y de pronto apareció un Ángel y te trajo conmigo. Ven, sígueme, ocultémonos antes de que el sol se alce y puedan verte. Están enfurecidos y quieren matarte a toda costa.

—¿Qué les hice yo?

—Tú querías su bien, su salvación. ¿Cómo podían perdonarte esto? Dame la mano, amado, y sigue a tu mujer. La mujer encuentra siempre el camino recto, nunca se equivoca.

Lo cogió de la mano. Su velo rojo como el fuego ondulaba mientras Magdalena marchaba a paso vivo bajo los limoneros cubiertos de flores. Sus dedos, entrelazados con los del hombre, ardían. Su boca olía a azahares.

Se detuvo unos instantes, jadeante, y miró a Jesús, que se estremeció: había visto centellear los ojos de la mujer, fascinantes y maliciosos como los del Ángel. Pero Magdalena le sonrió y dijo:

—No tengas miedo, amado. Durante años y años tuve una frase a flor de labios, pero me faltaba valor para decírtela. Ahora te la diré.

—¿Qué frase? Habla sin miedo, amada.

—Si estás en el séptimo cielo y un transeúnte te pide un vaso de agua, desciende del séptimo cielo para dárselo. Si eres un santo asceta y una mujer te pide un beso, desciende de tu santidad para dárselo. De lo contrario, no puedes salvarte.

Jesús la cogió, le echó hacia atrás la cabeza y la besó en la boca.

Los dos habían palidecido y las piernas les flaqueaban. No podían continuar avanzando y rodaron por tierra bajo un limonero en flor.

El sol se detuvo sobre ellos. Levantóse viento y algunos azahares cayeron sobre los dos cuerpos desnudos. Un lagarto verde se había aplastado contra una piedra, frente a ellos, y los miraba con sus ojos redondos e inmóviles. Cada poco oíase a lo lejos el mugido del toro, apaciguado ahora, saciado. Lloviznaba suavemente, las gotas caían sobre ellos, refrescando los dos cuerpos ardientes. Ascendía un olor a tierra mojada.

María Magdalena estrechaba al hombre contra su cuerpo y jadeaba débilmente.

—Nunca había besado a un hombre, nunca había sentido en mis labios ni en mis mejillas el roce de la barba de un hombre, ni entre mis rodillas las rodillas de un hombre. ¡Hoy he nacido! ¿Lloras, amado mío?

—No sabía, mujer amada, que el mundo era tan hermoso y la carne tan santa; no sabía que la carne era también hija de Dios y hermana llena de gracia del alma. Ni que la alegría de nuestro cuerpo no era un pecado…

—¿Por qué partiste a la conquista del cielo, por qué buscabas entre suspiros la fuente de la eterna juventud? Yo soy la fuente de la eterna juventud; te has inclinado sobre mí, has bebido, has saciado tu sed y te has tranquilizado. ¿Suspiras aún, amado? ¿En qué piensas?

—Mi corazón es una rosa marchita de Jericó que resucita y se abre bañada por el agua. El agua de la fuente de la eterna juventud es la mujer. Ahora he comprendido.

—¿Qué, amado?

—Que este es el camino.

—¿El camino? ¿Qué camino, amado Jesús?

—El camino para que el ser mortal se convierta en inmortal, para que Dios descienda a la tierra bajo la forma de un hombre. Me había extraviado y buscaba ese camino fuera de la carne. Lo buscaba en las nubes, en los grandes pensamientos, en la muerte. Mujer, preciosa colaboradora de Dios, perdóname. Me inclino ante ti y te adoro, Madre de Dios. ¿Cómo llamaremos a nuestro hijo?

—Llévalo al Jordán y bautízalo con el nombre que más te agrade. Es tuyo.

—Llamémoslo Paracleto.

—Calla. Oigo un ruido entre los árboles; alguien se acerca. Debe ser mi fiel negrito. Le ordené que vigilara por los alrededores para que nadie nos importunara. ¡Ahí está!

Al negrito le bailaban los ojos, muy blancos, y todo su cuerpo rollizo sudaba como el de un caballo que ha galopado mucho. Magdalena se levantó precipitadamente y le tapó la boca con la mano:

—¡Calla!

Se volvió a Jesús y le dijo:

—Amado esposo, estás fatigado. Duerme. Pronto regresaré.

Jesús había cerrado los ojos y un dulce sueño pesaba sobre sus párpados. No vio a Magdalena alejarse bajo los limoneros y desaparecer por el camino desierto.

Pero su espíritu se debatió y abandonó en tierra a la carne que dormía para salir en persecución de Magdalena. ¿Adónde iba? ¿Por qué sus ojos se habían arrasado de lágrimas repentinamente? ¿Por qué el mundo se había ensombrecido? Parecía que un gavilán volaba sobre ellos, como vigilándolos. El negrito corría delante de Magdalena, asustado. Cruzaron el olivar. El sol aún no se había puesto cuando entraron en la pradera, donde las terneras rumiaban, echadas en la hierba. Bajaron a un barranco sombreado y pedregoso. Oyeron gritos, ladridos y jadeos de hombres. El negrito se aterró:

—¡Me voy! —dijo, y salió corriendo.

Magdalena quedó sola y miró a su alrededor. Había allí piedras, rocas de sílice, algunas zarzas, una higuera silvestre y estéril que crecía al borde del precipicio y dos cuervos montaban guardia en el peñasco más sobresaliente. Apenas vieron a Magdalena, se echaron a chillar, como para llamar a sus compañeros.

Oyóse un ruido de pisadas sobre las piedras; un grupo de hombres subía por la cuesta abrupta, y de pronto apareció con la lengua afuera un perro negro con manchas rojas. El barranco se pobló de cipreses y de laureles, como un cementerio. Oyó una voz feliz y serena:

—¡Bienvenida!

Magdalena miró a su alrededor y dijo:

—¿Quién habla? ¿Quién me da la bienvenida?

—Yo.

—¿Y quién eres tú?

—Dios.

—¡Dios! Cubro mis cabellos, oculto mi pecho y aparto mi rostro... No mires mi desnudez, Señor; me da vergüenza. ¿Por qué me has traído a este desierto salvaje? ¿Dónde estoy? No veo más que cipreses y laureles.

—No necesitas más que cipreses y laureles, símbolo de la muerte y de la inmortalidad. Te he conducido, Gran Mártir, adonde yo quería. Prepárate para morir, Magdalena, para así ser inmortal.

—No quiero morir, no quiero transformarme en un ser inmortal. Quiero vivir aún en la tierra; luego podrás reducirme a cenizas.

—La muerte es una caravana cargada de especias y perfumes; nada temas. Trepa a la montura del camello nocturno y entra en el desierto del cielo, Magdalena.

—¡Oh! ¿Qué son esos ejércitos enfurecidos que aparecieron tras los cipreses?

—No tengas miedo, Magdalena; son mis camelleros. Ponte la mano en la frente a modo de visera. ¿No ves la montura negra que te traen, con la silla de terciopelo rojo? No opongas resistencia y súbete a ella.

—Señor, no temo la muerte, pero me apena dejar la vida. Por primera vez hoy mi carne y mi alma han tenido los mismos labios, por primera vez recibieron las dos el mismo beso... ¡y debo morir!

—Este instante es bueno para morir, Magdalena. Nunca encontrarás otro mejor; no opongas resistencia.

—¡Oh! ¿Qué son esos gritos, esas amenazas, esas risotadas que oigo? Señor, no me abandones. ¡Me matarán!

Entonces oyó, muy remota ahora, pero siempre feliz y serena, la voz que decía:

—Has llegado, Magdalena, al pináculo de la alegría terrestre. Ya no puedes subir más alto. Conviene que ahora mueras. ¡Hasta pronto, Primera Mártir!

La voz se perdió. En un recodo del barranco apareció la turba de levitas enfurecidos y de esclavos de Caifas acostumbrados a lamer sangre. Iban armados con puñales y hachas. Vieron a Magdalena y las hachas, los perros y los hombres se arrojaron sobre ella.

—¡María Magdalena... puta! —aullaban riendo a carcajadas.

Una nube negra cubrió el cielo y el mundo se ensombreció.

—¡No soy yo, no soy yo! —exclamaba la desdichada—. ¡Lo fui antes, pero ya no lo soy! ¡Hoy he nacido!

—¡María Magdalena... puta!

—Lo fui pero ya no lo soy. Lo juro... No me matéis, ¡apiadaos de mí! ¿Quién eres tú, el de la cabeza calva, la enorme panza y las piernas torcidas, tú el giboso?

—Puta, María Magdalena, soy Saúl. El Dios de Israel me hizo venir desde la lejana Damasco y me ha dado poder para matarlo.

—¿A quién?

—¡A tu amante! —Se volvió hacia la turba que comandaba y ordenó—: ¡Caed sobre ella, muchachos! Es su amante y debe saber. Habla, impúdica, ¿dónde lo escondiste?

—No lo diré.

—Te mataré.

—En Betania.

—¡Embustera! De allí venimos. Lo tienes oculto aquí. Queremos que nos digas la verdad.

—¡No me tires de los pelos! ¿Por qué quieres matarlo? ¿Qué te hizo?

—¡El que se rebela contra la santa Ley ha de morir!

El giboso hablaba y la miraba con codicia, sin dejar de acercársele. Su aliento quemaba. Magdalena pestañeó.

—Saúl —dijo—, mira mi pecho, mis brazos, mi garganta... ¿no es una lástima que desaparezcan? ¡No los mates!

Saúl se acercó aún más. Dijo con voz ronca y ahogada:

—Dinos dónde se esconde y no te mataré. Me gustan tus senos, tus brazos, tu garganta... Apiádate de tu belleza, ¡y confiesa! ¿Por qué me miras de ese modo? ¿En qué piensas?

—¡Pienso entre suspiros en los milagros que habrías hecho, Saúl, si Dios arrojara de pronto el rayo sobre ti y te hiciera ver la verdad! Mi amante necesitaba discípulos como tú para conquistar el mundo, y no pescadores, buhoneros y pastores. ¡Hombres de fuego como tú, Saúl!

—¡Para conquistar el mundo! ¿Quería conquistar el mundo? ¿Cómo? Habla, Magdalena. Yo también quiero conquistarlo.

—Con el amor.

—¿Con el amor?

—Saúl, escucha lo que te diré: aleja a los otros para que no oigan. ¡El que persigues y quieres matar es el hijo de Dios, el Salvador del mundo, el Mesías! ¡Sí, te lo juro por el alma que estoy a punto de entregar a Dios!

Un levita escuálido, tísico, con una barbita gris de pelo ralo, dijo con voz silbante:

—¡Saúl, Saúl, sus brazos son trampas donde quedan atrapados los lobos! ¡Ten cuidado!

—Vete.

Volvióse de nuevo hacia Magdalena y continuó:

—¿Con el amor? Yo también quiero conquistar el mundo. Voy a los puertos y cuando veo los navíos que se hacen a la mar mi corazón se parte. Yo también quiero ir a los confines del mundo, pero no como un esclavo, como un mendigo judío, sino como un rey, blandiendo mi espada. Pero, ¿cómo hacerlo? No puedo hacerlo y, a veces, me posee tal rabia que tengo deseos de matarme. Entretanto, degüello para tranquilizarme.

Calló y, al cabo de un momento y acercándose aún más a la mujer, añadió:

—¿Dónde está tu maestro, Magdalena? —Lo preguntó con voz dulce—. Confiésalo y yo iré en su busca para preguntarle qué es el amor. El me dirá qué es el amor y dominaremos el mundo... ¿Por qué lloras?

—Porque deseo revelarte dónde se encuentra para que os conozcáis. El es pura dulzura y tú eres puro fuego: los dos dominaríais el mundo. Pero no tengo confianza en ti. No Confío en ti, Saúl, y por eso lloro.

Aún hablaba cuando silbó y rasgó el aire una piedra; dio en la mandíbula de Magdalena.

—¡Hermanos, en nombre del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, golpead! —aulló el levita tísico. Era el primero que había cogido del suelo una piedra y la había arrojado con furia a Magdalena.

En el cielo oyóse un ruido de truenos y, a lo lejos, el poniente se ahogó en sangre.

—¡Pegadle en la boca mil veces besada! —aulló un esclavo de Caifas. Los dientes de Magdalena quedaron diseminados por tierra.

—¡Yo le pegaré en el vientre!

—¡Yo en el corazón!

—¡Yo entre los dos ojos!

Magdalena hundió la cabeza entre los hombros para protegerla. De su boca, su pecho y su vientre manaba sangre. Comenzó a respirar anhelosamente, entre estertores.

El gavilán batió las alas, sus. ojos redondos contemplaron aquella escena, lanzó un grito penetrante y regresó. Encontró el cuerpo de Jesús echado bajo los limoneros y entró en él. Jesús pestañeó; una gruesa gota de lluvia cayó sobre sus labios y se despertó. Se incorporó y se sentó en la tierra feraz, pensativo. ¿Qué había soñado? No recordaba. En su memoria sólo habían quedado unas piedras, una mujer y sangre derramada. ¿Era Magdalena aquella mujer? Su rostro era mutable, se desplazaba como el agua, sin fijarse, y Jesús no lograba verlo. Mientras se esforzaba por distinguirlo, las piedras y la sangre se transformaron en un telar y la mujer estaba sentada ahora ante el telar, tejiendo y cantando. Su voz era muy dulce y estaba llena de reproches quejumbrosos.

Entre las hojas oscuras del limonero brillaban los limones, completamente dorados. Apoyó las palmas de las manos en el suelo húmedo, sintió su frescura y su calor primaverales, lanzó una mirada rápida a su alrededor y, al comprobar que nadie lo veía, se inclinó y besó la tierra.

—Madre —le dijo en voz baja—, abrázame; yo también te abrazo. Madre, ¿por qué no has de ser tú mi Dios?

Las hojas de los limoneros se agitaron, resonaron ligeras pisadas en la tierra húmeda y silbó un mirlo invisible. Jesús alzó los ojos y vio, en pie ante él, satisfecho y sonriente, al Ángel de la guarda de alas verdes. El vello rizado de su cuerpo brillaba bajo los rayos oblicuos del sol poniente.

—Bienvenido —dijo Jesús—. Tu rostro resplandece. ¿Qué buenas noticias me traes? Confío en ti; tus alas son verdes como la hierba de la tierra.

El Ángel rió, plegó las alas y se sentó junto a él. Estrujó una hoja del limonero y la olió ávidamente. Miró hacia el poniente, que se había vuelto carmesí. De la tierra se alzó una brisa leve y todas las hojas de los limoneros se pusieron a susurrar gozosamente.

—¡Qué felices debéis ser vosotros los hombres! —dijo el Ángel—. Estáis hechos de tierra y de agua y cuanto existe en este mundo está hecho de tierra y de agua. Por eso reina una gran armonía en la tierra entre hombres y mujeres, entre la carne, las hierbas y los frutos... ¿No sois todos vosotros la misma tierra? ¿La misma agua? Todos queréis reuniros. Mira, cuando venía aquí oí que una mujer te llamaba.

—¿Por qué me llamaba? ¿Qué quiere de mí?

El Ángel sonrió y repuso:

—El agua y la tierra que están en ella llaman al agua y la tierra que están en ti. Está sentada ante un telar y teje y canta. Su canción atraviesa las montañas y se derrama por la llanura, buscándote. Escucha, que ahora llegará hasta ti, entre los limoneros. Calla... ¿La oyes? Creía que era una canción, pero no es una canción sino un llanto fúnebre. Aguza el oído. Ahora... ¿Qué oyes?

—Oigo a las aves, que vuelven presurosas a sus nidos. Cae la noche.

—¿Nada más? Reúne todas tus fuerzas y deja que tu alma se evada del cuerpo para que pueda escuchar.

—¡Oigo! ¡Oigo! Es una voz de mujer que llora muy lejos, muy lejos. Pero no distingo las palabras.

—Yo las oigo con toda claridad. Escúchalas tú también. ¿Por qué se lamenta?

Jesús se irguió y reunió todas sus fuerzas; su alma se evadió del cuerpo, llegó a la aldea, entró en la casa y se detuvo en el patio.

—Oigo... —dijo Jesús y se llevó un dedo a los labios.

—Di.

«Sepulcro de plata, sepulcro de oro, sepulcro de plata sobredorada, No devores estos labios rojos, no devores estos ojos negros, ni esta pequeña lengua que cantaba como un ruiseñor.»

—¿Reconociste su voz, Jesús de Nazaret?

—Sí.

—Es María, la hermana de Lázaro. Aún continúa tejiendo su ajuar de novia. Cree que estás muerto y te llora. Su garganta de nieve está desnuda, su collar de turquesas pesa sobre su pecho y de todo su cuerpo asciende un olor húmedo de sudor. Un olor de pan recién sacado del horno, de membrillo maduro y de tierra mojada. Levántate y vayamos a consolarla.

—¿Y Magdalena? —exclamó Jesús, aterrado—. ¿Y Magdalena?

El Ángel lo tomó del brazo y le hizo sentarse en tierra:

—¿Magdalena? —dijo con calma—. Es cierto, se me había olvidado decírtelo. Ha muerto.

—¿Ha muerto?

—La mataron. ¡Eh! ¿Adónde vas, Jesús de Nazaret, con los puños cerrados? ¿A quién vas a matar? ¿A Dios? El fue quien la mató. ¡Siéntate! Dios, la Suma Bondad, disparó una flecha que traspasó a Magdalena en la más alta cima de la felicidad... Y Magdalena se convirtió en un ser inmortal. ¿Existe alegría mayor para una mujer? No verá cómo se aja el amor, cómo el corazón pierde bríos ni cómo se descompone la carne. Yo estaba allí cuando la mató y lo vi todo. Magdalena alzó los brazos al cielo, exclamando: «¡Dios mío, gracias! ¡Esto es lo que deseaba!»

Pero Jesús se encontraba excitado y dijo:

—Semejante deseo de sumisión sólo puede existir entre los perros o entre los ángeles. Yo no soy ni un perro ni un ángel; soy un hombre y alzo la voz para decir: «¡Todopoderoso, has cometido una injusticia al matarla! El más palurdo de los leñadores no se atreve a abatir un árbol en flor. ¡Y Magdalena había florecido!»

El Ángel lo tomó en sus brazos. Le acarició los cabellos, los hombros y las rodillas. Le habló en voz baja, tiernamente. Ya reinaban las sombras y se alzó una brisa. Las nubes se dispersaron y apareció una gran estrella, que debía ser el Lucero Vespertino.

—Ten paciencia —le dijo—, sométete y no desesperes. En el mundo no existe más que una sola mujer, que tiene innumerables rostros. Cuando desaparece uno, emerge otro. Ha muerto María Magdalena pero vive María, la hermana de Lázaro, y nos espera, te espera. Es la misma Magdalena con otro rostro. Escucha:

ha suspirado mucho y es hora de que vayamos a consolarla. Ella guarda en su seno, esperándote, Jesús de Nazaret, la mayor alegría: un hijo. Tu hijo. ¡Vamos!

El Ángel lo acariciaba con ternura y lo alzaba suavemente. Ahora estaban ambos de pie bajo los limoneros. El Lucero Vespertino reía sobre sus cabezas.

El corazón de Jesús se dulcificaba poco a poco y en la penumbra húmeda el rostro de María Magdalena se confundía con el de María, la hermana de Lázaro... Llegó la noche, cargada de perfumes, y los cubrió con su manto.

—Vamos —balbuceó el Ángel, enlazando la cintura de Jesús con su brazo bien torneado y cubierto de suave vello. Su aliento olía a tierra mojada y a nuez moscada. Jesús inclinó la cabeza sobre él y cerró los ojos para aspirar profundamente el aliento del Ángel de la guarda; quería que le llegara hasta el fondo de las entrañas.

El Ángel desplegó sonriendo una de. sus alas. Con la noche comenzaba a caer una fuerte helada y envolvía a Jesús en sus alas espesas, para que no tuviera frío. Oyóse de nuevo en el aire húmedo, como una plácida llovizna de primavera, la lamentación de la mujer:

«Sepulcro de plata, sepulcro de oro...»

—Vamos —dijo Jesús. Sonreía.

XXXI

Envuelto en el ala verde y enlazando estrechamente la cintura del Ángel, Jesús voló durante toda la noche. Una luna enorme había subido al cielo, extraña y gozosa; ya no se veía en ella a Caín preparándose para matar a Abel sino una ancha boca feliz y dos mejillas bien alimentadas, inundadas de luz; veíase el rostro redondo de una mujer enamorada que vagabundeaba de noche. Los árboles huían, las aves nocturnas hablaban un lenguaje humano y las montañas se abrían para recibir a los dos viajeros y cerrarse tras ellos.

«¡Qué felicidad!: volar a ras de tierra como en los sueños. La vida se ha convertido en un sueño. ¿Será esto el Paraíso?» Deseaba preguntárselo al Ángel, pero guardó silencio, porque temía que si hablaba se despertara a sí mismo.

Miró a su alrededor. ¡Qué leves se habían vuelto los espíritus de la piedra, del aire y de la montaña! Aquello era como cuando uno está reunido alegremente con los amigos, llega el vino fresco, bebe... y el espíritu va perdiendo consistencia y comienza a planear y navegar por los aires para acabar por convertirse en una nube rosada en que se refleja invertido el mundo de oro y viento.

Iba a volverse de nuevo para hablarle al Ángel, pero éste se llevó un dedo a los labios, le sonrió y le dijo con ternura:

—¡Calla!

Se acercaban a una aldea. Cantaron los gallos: nacía el día. La luna se había ocultado ahora tras la montaña y la aurora iluminaba plácidamente el mundo. La tierra salió de su embriaguez y la montaña, la aldea y el olivar volvieron a colocarse en el lugar que Dios les había asignado para esperar el fin del mundo. Allí estaba el camino amado, la aldea hospitalaria escondida entre olivos, higueras y viñedos, allí estaba Betania. Allí estaba la casa fresca de la amistad, el telar sagrado, el hogar encendido, y allí estaban las dos hermanas, aquellas dos llamas que jamás descansaban...

—Ya hemos llegado —dijo el Ángel.

De la chimenea ascendía una columna de humo; las dos hermanas ya debían estar levantadas; habían encendido el fuego.

—Jesús de Nazaret —dijo el Ángel soltando a Jesús—, las dos hermanas han encendido el fuego, han ido a ordeñar temprano y te preparan la leche. ¿Qué es el Paraíso? Eso es lo que querías preguntarme cuando veníamos hacía aquí, ¿no es cierto? Es una multitud de pequeñas alegrías, Jesús de Nazaret: golpeas a una puerta y una mujer acude a abrirte; te sientas ante el hogar y te da de comer; y, cuando es noche cerrada, apaga la lámpara y te estrecha en sus brazos. Así, poco a poco, de abrazo en abrazo y de hijo en hijo, llega el Redentor. Tal es el camino.

—Comprendo —dijo Jesús. Se detuvo ante la puerta azul y asió el aldabón. Pero el Ángel lo detuvo:

—No te apresures —dijo—, y escúchame. No quiero que volvamos a separarnos; temo dejarte solo y sin defensa. Entraré contigo. Me transformaré en un negrito, el mismo que viste bajo los limoneros, y tú dirás a todos que soy tu criado. No quiero que vuelvas a coger por mal camino y te pierdas.

Cuando acabó de pronunciar estas palabras un negrito estaba de pie frente a Jesús; le llegaba a la rodilla, lucía grandes dientes blancos, dos aros de oro en las orejas y llevaba un cesto.

—Maestro —dijo sonriendo—, he aquí los regalos para las dos hermanas: vestidos de seda, brazaletes, pendientes y abanicos de plumas preciosas. Esta cesta contiene todos los adornos de la mujer. Ahora, llama a la puerta.

Jesús golpeó; resonó un ruido de sandalias en el patio y una voz dulce preguntó:

—¿Quién es?

Jesús enrojeció. Había reconocido la voz: era la de María. La puerta se abrió y las dos hermanas se arrojaron a los pies de Jesús:

—¡Maestro, veneramos tu Pasión! ¡Saludamos tu santa Resurrección! ¡Bienvenido!

—Déjame tocarte el pecho, maestro. Quiero comprobar si eres verdaderamente tú —dijo María.

—Es de carne verdadera, María —dijo Marta—. De carne como nosotras, ¿no lo ves? Mira su sombra en el umbral.

Jesús las escuchaba, sonriendo.

Sentía que las dos hermanas lo miraban, le olían y se regocijaban.

—Marta y María, llamas gemelas, celebro veros. Celebro hallarme nuevamente en esta casa tranquila, modesta y hospitalaria. Aún vivimos, aún tenemos hambre, aún actuamos y aún lloramos... ¡Alabado sea Dios!

Mientras hablaba y saludaba, entraron en la casa.

—¡Celebro veros: hogar, telar, amasadera, mesa, cántaro y amada lámpara! Sois servidores fieles de la mujer, os saludo y me inclino ante vuestros talentos. Cuando la mujer llegue a la puerta del Paraíso se detendrá para preguntar: «¿Entrarán también mis compañeros, Señor?» «¿Qué compañeros?», le preguntará Dios. «Pues bien, la amasadora, la cuna, la lámpara, el cántaro, el telar... Si no los admitís, no quiero entrar en el Paraíso.» Y Dios, que tiene buen corazón, reirá y dirá: «Sois mujeres y nada puedo negaros. Entrad todos. El Paraíso está repleto de amasaderas, de cunas y de telares. Ya no sé dónde meter a los santos.»

Las dos mujeres rieron. Se volvieron y vieron al negrito con el cesto cargado.

—¿Quién es este negrito, maestro? —dijo María—. Me gustan sus dientes.

Jesús se sentó ante el hogar. Le llevaron leche, miel y pan de trigo candeal. Sus ojos se llenaron de lágrimas y dijo:

—Los siete cielos me resultaban demasiado estrechos, así como las siete grandes virtudes y las siete grandes ideas. Y ahora, ¿qué milagro se ha obrado, hermanas mías? Una casita, un bocado de pan y algunas palabras sencillas de mujer me bastan.

Iba y venía como si fuera el dueño de la casa. Fue a coger una brazada de sarmientos al patio y la echó en el hogar. Se inclinó sobre el pozo, sacó agua y bebió. Posó los brazos en los hombros de Marta y María y tomó posesión de ellas.

—Cambiaré de nombre, amadas Marta y María —dijo—; mataron a vuestro hermano, que yo había resucitado, y me sentaré en el lugar que él ocupaba, en aquel rincón; cogeré su bastón, labraré la tierra, sembraré y cosecharé sus campos. Volveré al anochecer y mis hermanas me lavarán los pies fatigados, tendrán la mesa y yo me sentaré frente al fuego. Me llamo Lázaro.

Mientras hablaba, el negrito lo hechizaba con sus ojos grandes. Lo miraba fijamente y el rostro de Jesús se iba transformando; luego fue transformándose su cuerpo: la cabeza, el pecho, las piernas, las manos y los pies. Segundo a segundo se iba asemejando a Lázaro, a un Lázaro de edad madura, desbordante de salud y fuerza. Exhibía un torso curtido por el sol, macizas manos nudosas y un cuello de toro. Las dos hermanas temblaban al verlo metamorfosearse de tal suerte en la penumbra.

—¡Cambio de cuerpo y cambio de alma! ¡Soy feliz al sentirme entre vosotras! Declaro la guerra al ayuno, a la virginidad y a la pobreza. El alma es una fiera llena de vida y quiere comer. Y esta boca que veis entre mi barba y mis bigotes es su propia boca; mi alma no tiene otra boca. En el seno de cada mujer reside un niño mudo y encogido: ¡que vea el día! La mujer que no da a luz, mata. ¿Lloras, María?

—¿Qué otra respuesta podría darte, maestro? Las mujeres sólo sabemos llorar.

Marta abrió los brazos y dijo:

—Las mujeres somos dos brazos incurablemente abiertos. Entra, rabí, siéntate y ordena. Eres el amo.

El rostro de Jesús resplandecía:

—Ya no lucho con Dios —dijo—; nos hemos reconciliado. Ya no fabricaré cruces; fabricaré amasaderas, cunas y tablados para que los saltimbanquis entretengan a los chicos. Haré traer mis herramientas de Nazaret, y mi madre, a quien martiricé, vendrá a criar a sus nietos para sentir al menos algo de miel en sus labios.

Una de las mujeres apoyaba el pecho en las rodillas de Jesús y la otra le cogía la mano sin soltársela. Sentado ante el fuego, el negrito había apoyado una mejilla en la rodilla y aparentaba dormir, pero sus ojos miraban a través de las pestañas a Jesús y a las dos mujeres, y sonreía, malicioso y satisfecho.

María dijo:

—Trabajaba en el telar, bordando tu Pasión en un cobertor blanco: una cruz rodeada de millares de golondrinas. Pasaba hilos rojos y negros y entonaba una lamentación. Y tú me oíste, te compadeciste de mí y viniste.

Marta esperó pacientemente a que su hermana hubiera terminado de hablar, y entonces dijo:

—No sé más que amasar pan, lavar ropa y decir «sí». No poseo otros talentos, maestro. Adivino que elegirás por mujer a mi hermana, y sólo os pido que me dejéis respirar cerca de vosotros el aire nupcial, tender y deshacer vuestro lecho y ocuparme de las tareas domésticas. —Calló, lanzó un suspiro y añadió al cabo de un momento—: Las mujeres solteras de nuestra aldea entonan una canción muy amarga en primavera, durante los días en que las aves incuban los huevos. Te la cantaré para que comprendas mi tristeza:

«¡Oh, jóvenes imberbes,

Estoy cansada de vender, de venderme a mí misma ¡Sin encontrar comprador!

¡Vendo todo de rebajas incluida yo misma

Al primero que se presente!

A quien me dé un huevo de golondrina,

Daré mis labios;

A quien me dé un huevo de águila,

Daré mi pecho;

Y a quien me dé una puñalada, ¡Daré mi corazón!»

Sus ojos se arrasaron de lágrimas. María enlazó la cintura del hombre, como si temiera que se lo arrebataran. Marta sintió que un puñal se clavaba en su corazón, pero se infundió valor y añadió:

—Maestro, quiero decirte algo más antes de levantarme y dejarte solo con María. En otro tiempo vivía cerca de aquí, en Belén, un rico colono llamado Booz. Era verano y sus servidores habían cosechado, molido los granos, aventado y apilado en la era a la derecha el trigo y a la izquierda la paja. Booz se había quedado dormido entre la paja y el trigo y a medianoche se presentó una pobre mujer llamada Rut. Sin hacer ruido para no despertarlo, se echó a sus pies. Era viuda, no tenía hijos y sufría. El hombre sintió en sus pies el calor del cuerpo femenino, alargó el brazo, la encontró y la levantó hasta su pecho... ¿Comprendes, maestro?

—Comprendo, pero calla —respondió Jesús.

—Me voy —dijo Marta al tiempo que se levantaba.

Jesús y María quedaron solos. Tomaron una estera y el cobertor en que estaban bordadas la cruz y las golondrinas y subieron a la terraza. Una nube cómplice veló el sol. Se ocultaron bajo el cobertor para escapar a la mirada de Dios y comenzaron a acariciarse... Una vez se destaparon y Jesús vio al negrito sentado en el borde de la terraza, mirando hacia Jerusalén y tocando el caramillo.

Al día siguiente toda la aldea desfiló por la casa para admirar al nuevo Lázaro. El negrito corría de un lado a otro, sacaba agua del pozo, ordeñaba las ovejas, ayudaba a Marta a encender el fuego para ir luego a descansar en el umbral, tocando el caramillo. Los campesinos se presentaron con los obsequios: leche, mazorcas, dátiles, miel, para dar la bienvenida al extraño visitante que tanto se parecía a Lázaro. Al ver al negrito en el umbral, le hacían bromas y reían; el negrito también reía.

Llegó el notable ciego, quien adelantó su manaza, palpó las rodillas, los muslos y los hombros de Jesús, sacudió la cabeza y estalló en carcajadas:

—¿Es posible que no veáis claro? —gritó a los campesinos que habían llenado el patio—. No es Lázaro. Su aliento es distinto, así como su carne, que es firme y está fuertemente adherida a los huesos, de los cuales ni un hacha podría separarla.

Sentado en el patio, Jesús mezclaba la verdad con la mentira, riendo:

—No soy Lázaro, muchachos. No tengáis miedo. ¡Lázaro está muerto y enterrado! Sólo que da la coincidencia de que también me llamo Lázaro, el maestro Lázaro; soy carpintero. ¡Un ángel de alas verdes me trajo hasta esta casa!

Al decir esto miraba al negrito que se partía de risa.

El tiempo se deslizaba como el agua de la fuente de la eterna juventud y regaba el mundo. Las espigas maduraron, las uvas comenzaron a brillar, las

aceitunas se colmaron de aceite y los granados en flor se cargaron de granadas. Llegó el otoño y luego el invierno y nació el hijo. María, la parida, contemplaba al recién nacido y no se cansaba de admirarle. ¿Cómo era posible que semejante maravilla hubiera salido de su seno? «Bebí agua de la fuente de la eterna juventud —decía María, sonriendo—, bebí agua de la fuente de la eterna juventud y no moriré.»

La noche es oscura; llueve y la tierra se abre para recibir al cielo en su seno y transformarlo en limo. El maestro Lázaro está tendido sobre las virutas, en su taller a oscuras, entre las cunas y las amasaderas a medio terminar. Piensa en su hijo recién nacido, piensa en Dios, escucha la lluvia y se regocija. Por primera vez Dios ha tomado en su espíritu la forma de un niño; en la habitación contigua oye al niño que llora y ríe sobre las rodillas de su madre. «¿Está Dios tan cercano —piensa acariciándose la barba negra—, son sus pies rosados tan tiernos y resulta tan fácil hacer reír al Todopoderoso cuando le acarician los dedos al hombre?»

Bostezó entonces el negrito, que simulaba dormir en el otro rincón, junto a la puerta. Oía los movimientos del recién nacido y sonreía, satisfecho. De noche, cuando nadie lo veía, se convertía de nuevo en ángel y desplegaba las alas verdes sobre las virutas, para descansar.

—Jesús —cuchicheó en la oscuridad—, ¿duermes, Jesús?

Jesús aparentó no oír porque le agradaba mucho escuchar en el silencio de la noche a su hijo recién nacido. Se limitó a sonreír. Le había cogido cariño a aquel negrito, que durante todo el día oficiaba de mandadero y le ayudaba a trabajar la madera, y al anochecer, terminada la jornada, se sentaba en el umbral y tocaba el caramillo. Jesús le escuchaba y olvidaba la fatiga. Cuando aparecía la primera estrella, comían todos juntos sentados a la misma mesa y el negrito reía a carcajadas, contaba chistes y le tomaba el pelo a la pobre Marta, avergonzándola por su condición de virgen.

—En nuestro país, en Etiopía —decía mirando a Marta con ojos traviesos—, si ardemos en deseos de hacer algo, no lo ocultamos ni dejamos que el deseo insatisfecho nos roa las entrañas como a vosotros, hebreos, sino que lo declaramos honrada y abiertamente y lo hacemos. Si quiero comer un plátano, ¿qué importa que sea mío o de otro? Lo como. Si quiero nadar, nado. Si quiero besar a una mujer, la beso. Nuestro Dios no nos regaña; él también es negro y ama a los negros, luce pendientes de oro en las orejas y hace también lo que le apetece. Es nuestro gran hermano y él y nosotros tenemos la misma madre: la Noche.

—¿Y vuestro Dios muere, negrito? —le preguntó una noche Marta burlonamente.

—¡Vivirá mientras haya un negro vivo! —repuso y se inclinó para hacerle cosquillas en la planta de los pies a Marta.

Cuando se apagaban las lámparas, el Ángel de la guarda desplegaba las alas en la oscuridad e iba a echarse junto a su compañero. Hablaban en voz baja para que nadie los oyera y el Ángel daba consejos a Jesús para el día siguiente. Volvía luego a convertirse en el negrito y se quedaba profundamente dormido sobre las virutas.

Pero aquella noche no tenía sueño.

—Jesús —repitió en voz más fuerte—, ¿duermes, Jesús?

Al ver que no recibía respuesta, se levantó con un vivo movimiento, se acercó a Jesús y lo sacudió:

—¡Eh, maestro Lázaro! sé que no duermes. ¿Por qué no respondes?

—No tengo deseos de hablar. Me siento feliz —respondió Jesús, y cerró los ojos.

—¿Estás satisfecho de mí? —preguntó el Ángel sacando el pecho y echando hacia atrás la cabeza—. ¿Tienes algún motivo de queja?

—Ninguno, hijo mío... —Se incorporó y añadió—: ¡Cómo me había extraviado! ¡En qué desierto me había internado, por qué cuesta abrupta bordeada de precipicios marchaba para encontrar a Dios! ¡Clamaba y mi voz resonaba en la montaña desierta, volvía a mí y yo creía que era una respuesta!

El Ángel se echó a reír.

—Una criatura sola no puede encontrar a Dios. Únicamente dos criaturas juntas lo encuentran: un hombre y una mujer. Tú no sabías esto y yo te lo enseñé. De esta forma encontraste con María al Dios que buscabas desde hacía tantos años. Ahora está sentado en la oscuridad, le oyes reír y llorar y eres feliz...

—Así es Dios, así es el hombre y este es el camino —murmuró Jesús, cerrando los ojos.

Su vida anterior cruzó su espíritu como una centella y suspiró. Tendió la mano para tomar la del Ángel.

—Ángel de la guarda —dijo con ternura—, hijo mío, si no hubieras venido, me habría perdido. No me abandones nunca.

—No me iré, no temas. No te abandono; me agradas.

—¿Hasta cuándo durará esta felicidad?

—Durará todo el tiempo que yo esté junto a ti y tú estés junto a mí, Jesús de Nazaret.

—¿Eternamente?

El Ángel sonrió.

—¿Qué quiere decir eternamente? ¿Aún no has podido desembarazarte de las grandes palabras, Jesús de Nazaret? ¿De las grandes palabras, de las grandes ideas, de los reinos de los cielos? ¿Ni siquiera tu hijo ha podido curarte?

Descargó un puñetazo en el suelo y añadió:

—¡Este es el reino de los cielos: la tierra! Dios es tu hijo. Y la eternidad es cada instante, Jesús de Nazaret, cada instante que transcurre. ¿No se colma tu sed cada instante? En tal caso, debes saber que ni siquiera la eternidad saciará tus anhelos.

Calló. En el patio resonaron leves pisadas de pies descalzos.

—¿Quién es? —dijo Jesús, incorporándose.

—Una mujer —respondió sonriendo el Ángel, que fue a descorrer el cerrojo de la puerta.

—¿Qué mujer?

El Ángel agitó el índice como para regañarle:

—Te lo dije una vez ¿lo olvidaste? En el mundo no hay más que una mujer, una sola mujer con numerosos rostros. Y uno de estos rostros de la mujer es el que viene a visitarte. Levántate para recibirla. Yo me voy.

Se arrastró como una serpiente sobre las virutas y desapareció.

Los pies descalzos se detuvieron frente a la puerta, Jesús se volvió hacia la pared, cerró los ojos y simuló dormir. Una mano empujó la puerta y la abrió y una mujer se desplazó en el taller, conteniendo la respiración. Marchaba lentamente. Llegó al rincón donde estaba acostado Jesús y, sin despegar los labios ni hacer ruido, se echó a sus pies.

Jesús sintió que el calor de la mujer ascendía desde sus pies hasta sus rodillas, sus muslos, su corazón, su garganta... Alargó la mano, tocó las trenzas de la mujer y buscó en la oscuridad su rostro, su cuello, su pecho... La mujer se rendía, llena de esperanza y de sumisión, y callaba. Temblaba y el sudor bañaba todo su cuerpo.

Con voz débil y tierna, desbordante de compasión, el hombre dijo:

—¿Quién eres?

La mujer temblaba y callaba. Jesús lamentó haberla interrogado: había olvidado una vez más las palabras del Ángel. ¿Le importaba acaso conocer su nombre, saber de dónde venía, cuál era la forma, el color y la belleza o fealdad de su rostro? Era el rostro femenino de la tierra; su pecho estaba oprimido, en ella se ahogaban una multitud de hijos e hijas que no lograban ver la luz del día y había ido en busca del hombre para que éste los hiciera nacer. El corazón de Jesús se desbordó de compasión.

—Soy Rut —murmuró la mujer, trémula.

—¿Rut? ¿Qué Rut?

—Marta.

XXXII

Transcurrían los días, los meses y los años, y los hijos y las hijas se multiplicaban en la casa del maestro Lázaro, pues Marta y María rivalizaban en fecundidad. El hombre luchaba bien con el pino, el roble verde y el ciprés, abatiéndolos y labrando su madera para convertirla en instrumentos al servicio del hombre, o bien en los campos con los vientos, los topos y las ortigas. Volvía agotado al crepúsculo y se sentaba en el patio; sus mujeres iban a lavarle los pies y las pantorrillas, encendían el fuego, ponían la mesa y le abrían los brazos. Y el maestro Lázaro, que labraba la madera para liberar las cunas que ella encerraba, que trabajaba la tierra para hacer brotar las uvas y las espigas, araba igualmente a sus mujeres y liberaba a Dios, que estaba en ellas.

«¡Qué felicidad —pensaba Jesús—, qué correspondencia profunda del alma y del cuerpo, del hombre y la tierra!» Marta y María querían tocar aquella felicidad con la mano para asegurarse de que toda aquella alegría y dulzura eran reales, de que eran reales el hombre que amaban y los niños que salían de su seno, y que se le parecían. Aquella felicidad se les antojaba demasiado inmensa y temblaban. Una noche María tuvo un sueño atroz. Cuando se levantó y salió al patio, vio a Jesús, que acababa de lavarse y estaba sentado en tierra, con las manos apoyadas en el suelo, feliz. Fue a sentarse junto a él y le dijo en voz baja:

—Maestro, ¿qué son los ensueños, de qué están hechos? ¿Quién los envía?

—No son ni ángeles ni demonios —le respondió Jesús—. Cuando Lucifer se rebeló contra Dios, los ensueños permanecieron, indecisos, entre los demonios y los ángeles, y Dios los precipitó en los abismos del sueño. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Qué ensueño has tenido, María?

Pero María estalló en sollozos y guardó silencio. Jesús le acarició la mano y dijo:

—Mientras lo retengas en ti, María, el ensueño te roerá las entrañas. ¡Sácalo a la luz, arrójalo de ti!

María se disponía a referirlo pero sintió un nudo en la garganta. Jesús la acarició y entonces tuvo valor.

—La luna brillaba intensamente y no puede cerrar los ojos durante toda la noche. Pero al alba debí dormirme porque vi un ave... Aunque no, no era un ave pues tenía seis alas de fuego; debía ser uno de los serafines que rodean el trono de Dios. Revoloteó a mi alrededor y de pronto se precipitó sobre mí envolviéndome la cabeza en sus alas... Puso entonces el pico en mi oreja y me habló... Maestro, me arrojo a tus pies y los beso. Ordéname callar.

—¡Animo, María! ¿Acaso no estoy junto a ti? ¿De qué tienes miedo? Dijiste que te habló. ¿Qué te dijo?

—Que todo esto, maestro, es...

Su garganta volvió a anudarse.

Asió las rodillas de Jesús y las oprimió con fuerza entre sus brazos.

—Que todo esto es... ¿Qué es, amada María?

—Un ensueño... —murmuró la mujer, y estalló en lamentaciones.

Jesús se sobresaltó y dijo:

—¿Un ensueño?

—Sí, maestro, que todo esto no es más que un ensueño.

—¿Cómo... todo esto?

—Tú, yo, Marta, nuestros abrazos nocturnos, nuestros hijos... Todo, todo, todo no es más que una ilusión. La forjó la Tentación para extraviarnos; la forjó con un poco de sueño, de muerte y de viento... ¡Maestro, socórreme!

Cayó en tierra, se debatió unos instantes y de pronto quedó inmóvil. Acudió Marta llevando vinagre aromático, con el cual le frotó las sienes, María recobró el sentido, abrió los ojos, vio a Jesús y le aferró la mano.

—Movió los labios, maestro —dijo Marta—. Inclínate, que quiere hablarte.

Jesús se inclinó y le alzó la cabeza. María movía los labios:

—¿Qué dices, amada María? No te oigo.

María reunió todas sus fuerzas y murmuró:

—Y que tú, maestro...

—¿Que yo?... ¡Habla!

—... ¡has sido crucificado! —y cayó de nuevo en tierra, desvanecida.

La acostaron en su lecho y Marta quedó a su cabecera. Jesús abrió la puerta y salió a los campos. Se asfixiaba.

Oyó pisadas a sus espaldas y se volvió. Era el negrito.

—¿Qué quieres? —le gritó con cólera—. Quiero estar solo.

—No quiero dejarte solo, Jesús de Nazaret —repuso el otro, con los ojos brillantes—. Este instante es difícil y tu espíritu puede vacilar.

—Es lo que quiero: que vacile. Hay momentos en que mi espíritu, ¡maldito sea!, me impide ver.

El negrito se echó a reír y dijo:

—¿Eres una mujer? ¿Crees en los sueños? Deja que lloren las mujeres, pues para eso son mujeres: no pueden soportar una alegría demasiado grande y lloran. Pero nosotros, los hombres, resistimos, ¿no es cierto?

—¡Sí, cállate!

Marchaban a paso rápido. Ascendieron una colina verdeante; en la hierba había anémonas y margaritas amarillas y la tierra olía a tomillo. Jesús vio su casa rodeada de olivos; una columna de humo ascendía del tejado y el alma de Jesús se apaciguó. «Las mujeres se han repuesto —pensó—. Se han acurrucado ante el hogar y han encendido el fuego.»

—Volvamos —dijo al negrito—, y no despegues los labios. Ten piedad de las mujeres.

Transcurrieron los días. Una tarde vio aparecer a un extraño caminante medio ebrio. Era el día del sábado y Jesús no trabajaba. Sentado ante la puerta de su casa, tenía en las rodillas a su hijo menor y a su hija menor y jugaba con ellos. Por la mañana había llovido y por la tarde el cielo se había despejado. Ahora algunas nubes tenues y de color carmesí navegaban hacia el poniente y el cielo, entre las nubes, era verde como una pradera. Dos palomas zureaban en la terraza. Con el pecho oprimido, María estaba sentada junto a él.

El caminante se detuvo, lanzó una mirada oblicua a Jesús y se echó a reír.

—¡Eh, maestro Lázaro! —le dijo, tartajeando—. ¡Tienes suerte! Los años pasan ante la puerta de tu casa y tú permaneces sentado como el patriarca Jacob con sus dos mujeres Lía y Raquel. Una de las tuyas, según me contaron, se encarga de los quehaceres domésticos, y la otra de cuidarte a ti. Por tu parte, tú te encargas de todos los trabajos; labras la madera y aras la tierra y a tus mujeres. Pero no sales nunca de este rincón y no sabes lo que pasa en el mundo... ¿Has oído hablar de Poncio Pilatos? ¡Ojalá se ase a fuego lento en el Infierno!

Jesús, que había reconocido al caminante medio ebrio, sonrió y dijo:

—Simón de Cirene, varón de Dios y del vino, bienvenido. Toma un escabel y siéntate. Marta, trae vino para nuestro viejo amigo.

El caminante se sentó en el escabel y cogió el cuenco con las dos manos.

—Todo el mundo me conoce —dijo con orgullo—. Todo el mundo va a mi taberna a practicar sus devociones. Con seguridad, tú también pasaste por ella. Pero no desvíes la conversación. Te pregunto si has oído hablar de Pilatos, de Poncio Pilatos. ¿Lo viste alguna vez?

En ese instante llegó el negrito, que se apoyó en el marco de la puerta para escuchar.

—Una nube ligera —respondió Jesús esforzándose por recordar—, una nube ligera pasa sobre mi memoria. Dos ojos de hielo de color gris ceniza como los del gavilán, una risa llena de mofa y un anillo de oro... Eso es todo lo que recuerdo. No; también recuerdo una jofaina de plata que le llevaron para que se lavara las manos. Debió de ser un ensueño, una bruma del espíritu que desapareció cuando se levantó el sol. Pero ahora que me haces pensar en ello, Cirenaico, me acuerdo. Me atormentó mucho en sueños.

—¡Maldito sea! He oído decir que a los ojos de Dios los ensueños tienen más peso que la realidad de la vela. Pues bien, Dios torturó a Pilatos. Lo crucificaron.

Jesús lanzó un grito:

—¡Lo crucificaron!

—¿Por qué tienes miedo? ¡Se lo tenía merecido! Ayer, al despuntar el día, lo encontraron crucificado. Su cerebro se había perturbado. Ya no podía cerrar los ojos de noche, se levantaba, tomaba una jofaina y se pasaba toda la noche lavándose las manos y exclamando: «¡Me lavo y me froto las manos! ¡Soy inocente!» Pero las manchas de sangre no desaparecían de sus manos, y volvía a lavarse una y otra vez... Salía del palacio e iba a rondar por el Gólgota; no encontraba reposo. Ordenaba todas las noches a dos fieles servidores negros: «¡Tomad mi látigo y flageladme!» Recogía espinos y con ellos formaba una corona que se ponía en la cabeza; chorreaba sangre por su frente y sus mejillas.

—Me acuerdo..., me acuerdo..., me acuerdo —murmuraba Jesús y lanzaba de cuando en cuando una mirada furtiva al negrito, que escuchaba apoyado en el marco de la puerta.

—Luego comenzó a beber. Recorría las tabernas e iba también a la mía; bebía y se convertía en gallo y en puerco... Su mujer sintió asco de él y lo abandonó. Llegaron órdenes de Roma, destituyéndolo... ¿Me oyes, maestro Lázaro? ¿Por qué suspiras?

Jesús clavaba los ojos en el suelo y no respondía. El negrito fue a llenar el cuenco de Simón el cirenaico y, al entregárselo, le susurró al oído:

—¡Cállate y vete!

Pero Simón se enfadó y repuso:

—¿Por qué he de callarme? ¡En suma, ayer, al despuntar el día, encontraron a Pilatos crucificado en la cima del Gólgota!

Jesús sintió de pronto un dolor agudo en el costado izquierdo, como si recibiera allí un lanzazo. Las cuatro marcas azules de sus manos y sus pies se hincharon y enrojecieron.

María lo vio palidecer, se acercó a él y le acarició las rodillas.

—Amado —dijo—, estás fatigado. Ve a echarte en el lecho.

El sol se había puesto y se levantó una fresca brisa. Simón ya estaba completamente ebrio y se durmió. El negrito lo despertó cogiéndolo bruscamente del brazo y lo empujó fuera de la aldea.

—¡Deliras! —le dijo, colérico—. ¡Vete! —y le señaló el camino que llevaba a Jerusalén.

El negrito volvió a la casa, inquieto.

Jesús, acostado en el taller, clavaba los ojos en la claraboya. Marta preparaba la comida y María daba el pecho al más chiquitín de sus hijos y miraba en silencio a Jesús. Cuando el negrito entró, sus ojos aún refulgían de cólera.

—Se fue —dijo—. Estaba completamente ebrio y ya no sabía lo que decía.

Jesús se volvió y lo miró con angustia. Se mordió los labios: tenía miedo de hablar. Dirigió luego una mirada suplicante al negrito, como para pedirle ayuda. Pero éste se llevó un dedo a * los labios y le sonrió:

—Duerme —dijo—, duerme Jesús cerró los ojos, relajó la boca contraída, se borraron las arrugas de su frente y se durmió. Cuando se despertó al alba se sintió feliz y aliviado, como si acabara de escapar a un gran peligro. El negrito se había despertado antes que él y limpiaba ya el taller, riendo por lo bajo.

—¿Por qué ríes? —le preguntó Jesús, guiñándole un ojo.

—Me río de los seres humanos, Jesús de Nazaret —respondió en voz baja para que no lo oyeran las mujeres—. ¡Qué terrores ha de padecer vuestro pobre espíritu a cada instante! ¡A vuestra izquierda se abre un abismo, a vuestra derecha otro, al igual que a vuestras espaldas, y adelante sólo hay una cuerda tendida sobre el abismo!

—Por un instante —dijo Jesús, riendo a su vez—, mi espíritu se tambaleó sobre la cuerda y creo que poco faltó para que cayera al abismo. ¡Pero salí del paso!

Entraron las mujeres y la conversación abordó otros temas. Encendióse el fuego en el hogar y pronto un tropel de niños se precipitó en el patio entre estallidos de risa y se puso a jugar a la gallinita ciega.

—María —dijo Jesús riendo—, ¿cuántos hijos tenemos? Mira, Marta, ya llenan todo el patio. Tendremos que ampliar la casa o dejar de tener hijos.

—Habrá que ampliar la casa —respondió Marta.

—Pronto escalarán los muros y los árboles del patio como ardillas. Hemos declarado la guerra a la muerte, María. Benditas sean las entrañas de la mujer. Están repletas de huevos, como las de los peces, y cada huevo es un hombre. La muerte no se saldrá con la suya.

—A ti debemos, amado, el que la muerte no se salga con la suya —respondo María.

Jesús estaba de buen humor y quería hacerle rabiar un poco. Además, aquel día, María, que acababa de despertarse y se peinaba ante él, le agradaba mucho.

—María —le dijo—, ¿no piensas nunca en la muerte, no invocas la misericordia de Dios, no te preocupas por lo que serás en el otro mundo?

María sacudió los largos cabellos risueñamente y dijo:

—Esas son preocupaciones de hombre. No, no invoco la misericordia de Dios. Invoco la del hombre. No golpeo a la puerta de Dios para mendigar las alegrías eternas del Paraíso. Abrazo al hombre que amo y no quiero otro Paraíso. Las alegrías eternas son para los hombres.

—¿Las alegrías eternas son para los hombres? —dijo Jesús, acariciando el hombro desnudo de María—. Amada mía, la tierra es estrecha. ¿Cómo puedes encerrarte en ella y no desear evadirte?

—La mujer sólo es feliz dentro de ciertas fronteras, y tú lo sabes muy bien, maestro. La mujer es una cisterna; no una fuente.

Marta entró corriendo y dijo:

—Alguien busca nuestra casa... Ya llega. Es un hombre rechoncho con un cráneo tan liso como un huevo. Viene hacia aquí a paso rápido.

El negrito entró a su vez, sin aliento:

—No me agrada su apariencia y le cerraré la puerta en las narices. Me parece que éste también* viene a turbar nuestra tranquilidad.

Jesús lanzó una mirada furtiva al negrito y le preguntó:

—¿De qué tienes miedo? ¿Quién es él para que te inspire temor? Abre la puerta.

El negrito le guiñó el ojo y le dijo en voz baja:

—¡Échale!

—¿Por qué? ¿Quién es?

—¡Échale —repitió el negrito—, y no hagas preguntas!

Jesús se enfadó:

—¿No soy libre? ¿Acaso no hago lo que quiero? ¡Abre la puerta!

En la calle resonaron pisadas que se detuvieron frente a la puerta. Golpearon.

—¿Quién es? —preguntó Jesús, saliendo al patio.

—¡Un enviado de Dios! ¡Abrid! —dijo una vocecilla cascada.

Abrióse la puerta; en el umbral estaba un hombrecito rechoncho y calvo, pero aún joven. Sus ojos despedían llamas. Las dos mujeres, que habían corrido a ver al visitante, retrocedieron.

—¡Regocijaos, hermanos! —dijo el visitante abriendo los brazos—. ¡Os traigo la Buena Nueva!

Jesús lo miraba, procurando recordar dónde le había visto antes; un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

—¿Quién eres? Me parece que te he visto en alguna parte. ¿En el palacio de Caifas? ¿En una crucifixión?

El negrito, hecho un ovillo en un rincón del patio, soltó una risita y dijo:

—¡Pero si es Saúl!... ¡Saúl, el bebedor de sangre humana!

—¿Eres Saúl? —dijo Jesús, horrorizado.

—Fui el sanguinario Saúl, pero ya no lo soy. Vi la verdadera luz; soy Pablo. ¡Alabado sea Dios! Me salvé y me puse en camino para salvar el mundo, para salvar no sólo a Judea, no sólo a Palestina, sino a toda la tierra. La Buena Nueva que llevo conmigo ansia mares, ciudades lejanas, un gran espacio. No muevas la cabeza, maestro Lázaro; no sonrías, no te burles. ¡Salvaré el mundo!

—Yo he vuelto del viaje que tú emprendes ahora, hijo mío —respondió Jesús—. Me acuerdo que cuando era joven como tú me puse en camino para salvar el mundo. Eso quiere decir ser joven: ¡salvar el mundo! Marchaba descalzo, cubierto de harapos, llevaba a modo de ceñidor una correa provista de clavos, como los antiguos profetas, y exclamaba: «¡Amor! ¡Amor!», y muchas cosas por el estilo de las que no quiero ya acordarme. Me recibieron con tomates, me molieron a palos y poco faltó para que me crucificaran. ¡Lo mismo te ocurrirá a ti, hijo mío!

Llevado por el calor de la conversación, había olvidado que desempeñaba el papel de maestro Lázaro y había descubierto su secreto a un extranjero.

El negrito se asustó e intervino para desviar la conversación.

—No le hables, patrón; deja que yo le hable, pues debo decirle algo.

Se volvió hacia el extranjero y le dijo:

—¿No eres tú, maldito, quien mató injustamente a María de Magdala? Tus manos están aún cubiertas de sangre. Sal de esta casa respetable.

—¿Eres tú? ¿Tú?... —dijo Jesús, estremeciéndose.

—Sí, soy yo —respondió Pablo, con un suspiro profundo—. Me golpeo el pecho, me rasgo las vestiduras y grito: «¡Soy culpable! ¡Soy culpable!» Había recibido la orden escrita de matar a aquellos que violaran la Ley de Moisés y maté a cuantos pude. Luego me puse en marcha hacia Damasco. Entonces un relámpago cayó súbitamente sobre mí y me arrojó en tierra. El resplandor demasiado violento me había cegado y ya no veía. Oía sobre mi cabeza una voz llena de reproches: «¡Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues? ¿Qué te he hecho yo?!» «¿Quién eres, Señor?», grité. «Soy Jesús, el que tú persigues. Levántate, entra en Damasco y allí mis fieles te dirán qué debes hacer.» Me puse en pie de un salto; temblaba y mis ojos estaban abiertos, pero no veían. Mis compañeros me tomaron de la mano y me hicieron entrar en Damasco. En la casa en que paré se presentó un discípulo de Jesús, Ananías, ¡bendito sea! Posó la mano sobre mi cabeza y rezó una oración: «¡Cristo, dale tu luz para que recorra toda la tierra anunciando la Buena Nueva!» Apenas hubo pronunciado estas palabras, las escamas cayeron de mis ojos, vi la luz y me hice bautizar. Por el bautismo me convertí en Pablo, apóstol de las Naciones. Predico en la tierra y en el mar la

Buena Nueva. ¿Por qué abres desmesuradamente los ojos, maestro Lázaro? ¿Por qué me miras de ese modo?. ¿Por qué te has turbado?

Jesús recorría el patio de uno a otro extremo con los puños apretados y el rostro congestionado. Vio a sus mujeres en un rincón, pálidas, y a sus hijos que lloraban, colgados de las faldas de sus madres.

—¡Idos! ¡Dejadnos solos! —ordenó. Nervioso, el negrito se acercó para hablarle, pero Jesús lo rechazó colérico—: ¿No soy libre? ¡Ya no puedo contenerme y hablaré! —se volvió hacia Pablo y rugió con voz temblorosa—: ¿Qué Buena Nueva?

—Jesús de Nazaret... Habrás oído hablar de él; no era hijo de José y María, sino hijo de Dios. Bajó a la tierra y tomó un cuerpo de hombre para salvar a los hombres. Los inicuos sacerdotes y fariseos le apresaron, lo condujeron ante Pilatos y lo crucificaron. Pero al tercer día resucitó y subió al cielo. ¡La muerte ha sido vencida, hermanos; los pecados han sido perdonados y se abrieron las Puertas del Paraíso!

—¿Viste resucitado a Jesús de Nazaret? —rugió Jesús—. ¿Lo viste con tus propios ojos? ¿Cómo era?

—Era un relámpago, un relámpago que hablaba.

—¡Embustero!

—Sus discípulos lo vieron. Después de la crucifixión estaban reunidos en un desván, con las puertas cerradas, cuando súbitamente se presentó entre ellos, en pie, y les dijo: «¡Que la paz sea con vosotros!» Todos lo vieron y quedaron deslumbrados. Tomás no quería creer; tocó sus llagas con el dedo y le dio de comer pescado...

—¡Embustero!

Pablo se había inflamado; su cuerpo encorvado se había puesto tenso y sus ojos despedían chispas.

—No nació de un hombre; su madre era virgen. El arcángel Gabriel descendió del cielo y le dijo: «¡Te saludo, María!», y sus palabras cayeron como una simiente en su seno. De ese modo nació Jesús.

—¡Embustero! ¡Embustero!

Pablo se detuvo, perplejo. El negrito se levantó y echó el cerrojo de la puerta. Los vecinos habían oído los gritos, entreabrían las puertas y aguzaban el oído. Las dos mujeres habían vuelto al patio, llenas de miedo, pero el negrito volvió a encerrarlas en la casa. Jesús estaba fuera de sí y ya no podía dominar su corazón. Se acercó a Pablo, lo cogió del brazo y se puso a zarandearlo.

—¡Embustero! ¡Embustero! —le gritó—. Yo soy Jesús de Nazaret; nunca me crucificaron, nunca resucité. Soy el hijo de María y de José el carpintero, de la aldea de Nazaret; no soy el hijo de Dios, sino un hombre como los demás, soy hijo de un hombre. ¿Qué significan estas blasfemias, estas infamias, estas mentiras? ¿Y piensas salvar el mundo con semejantes embustes, bellaco?

—¿Tú? ¿Tú? —murmuró Pablo, atónito. Mientras el maestro Lázaro hablaba temblando de cólera, Pablo había percibido en sus manos y sus pies marcas azules, como marcas de clavos, y una herida en el costado izquierdo.

—¿Qué te espanta, por qué miras mis manos y mis pies? Dios grabó en ellos las marcas que ves —Dios o la Tentación, aún no lo sé— mientras yo dormía.

Soñé que estaba crucificado y que sufría, pero lancé un grito y me desperté. En seguida me tranquilicé. Lo que debía padecer despierto lo padecí en sueños..., ¡y así escapé a la crucifixión!

—¡Cállate! ¡Cállate! —rugió Pablo, oprimiéndose las sienes para que no le estallaran;—. ¡Cállate!

Pero Jesús ya no podía callar. Parecía que sus palabras hubieran estado encerradas en su pecho desde hacía muchos años y que ahora, al abrirse su corazón, se derramaban. El negrito se colgó de su brazo:

—¡Cállate! ¡Cállate! —le dijo, pero Jesús lo arrojó por tierra de un empujón y se volvió hacia Pablo:

—¡Sí, sí, todo lo diré! ¡Necesito decirlo! Lo que debía padecer despierto lo padecí en sueños. Escapé así a la crucifixión y vine a vivir en esta aldea bajo otro nombre y con otro rostro. Vivo la vida corriente de los hombres: como, bebo y tengo hijos. Los grandes incendios se calmaron y soy ahora, como los demás, un fuego tranquilo; me agrada sentarme ante el hogar mirando cómo mi mujer cocina la comida de nuestros hijos. Salí a la conquista del mundo y eché anclas en este puerto hogareño. No tengo motivos de queja. Soy hijo de un hombre, te lo repito, y no hijo de Dios. Y no recorras el mundo predicando embustes. ¡Yo me levantaré y gritaré la verdad!

Pablo estalló a su vez:

—¡Cierra esa boca desvergonzada! —le gritó, avanzando hacia él—. Cállate; si los hombres te escucharan se sentirían mutilados de brazos y piernas. En la podredumbre, la injusticia y la pobreza de este mundo, Jesús el Crucificado, Jesús el Resucitado era el único y precioso consuelo del hombre honrado y oprimido. ¿Qué importa que sea mentira o verdad? ¡Basta con que el mundo se salve!

—Más vale que el mundo se pierda por la verdad que se salve por la mentira. En el corazón de semejante redención está el gran Gusano, Satán.

—¿Qué es la verdad? ¿Qué es la mentira? La verdad es lo que da alas al hombre, lo que crea las grandes acciones y las grandes almas y lo que hace que nos elevemos sobre la tierra. Y la mentira es lo que corroe las alas del hombre.

—¿No vas a callarte, hijo de Satán? Las alas de que hablas son alas de Lucifer.

—No me callaré. Me burlo de las verdades y de las mentiras, de haberte o de no haberte visto, de que hayas sido crucificado o no lo hayas sido. A fuerza de obstinación, pasión y fe forjo la verdad. No me esfuerzo por encontrarla; la fabrico. Y la fabrico más alta que la estatura del hombre, con lo cual elevo al hombre. Es necesario, ¿entiendes?, es absolutamente necesario que tú seas crucificado para que el mundo se salve, y yo te crucificaré, lo quieras o no; es necesario que resucites, y yo te resucitaré, lo quieras o no. Puedes quedarte en esta aldea fabricando cunas, amasaderas y niños. Por mi parte, sábelo, forzaré al aire a tomar tu forma, a transformarse en tu cuerpo coronado de espinas, clavado en la cruz y bañado de sangre. Tu cuerpo forma parte ahora de los instrumentos de la salvación y no podemos prescindir de él. Innumerables ojos se alzarán desde los confines del mundo y te verán crucificado en el aire. Llorarán y las lágrimas purificarán a las almas de todos sus pecados. Pero al tercer día te resucitaré, porque sin resurrección no hay salvación. El último y más terrible

enemigo es la muerte. La aboliré. ¿Cómo? Resucitándote, Jesús, hijo de Dios, Mesías!

—¡No es cierto! Me levantaré y gritaré a todos los vientos: «¡No estoy crucificado, no resucité, no soy hijo de Dios!» ¿Por qué te ríes?

—Grita cuanto quieras, si ello te divierte. No me inspiras temor y, además, ni siquiera te necesito ya. La rueda que has puesto en movimiento corre rápidamente y nadie puede detenerla. Te confieso que por un instante tuve deseos, al oírte, de caer sobre ti y estrangularte, temiendo que fueras a proclamar por el mundo quién eres y que los pobres hombres comprobaran así que no fuiste crucificado. Pero inmediatamente me tranquilicé. Podrás gritar cuanto quieras... ¡Lo único que lograrás, en el mejor de los casos, es que tus fieles te quemen en la hoguera por blasfemo!

—Yo no dije más que una sola cosa, no traje más que un mensaje: «Amor.» Amor..., y nada más.

—Dijiste «Amor» y liberaste a todos los ángeles y todos los demonios que duermen en el seno del hombre. No es, como pareces creer, una palabra sencilla y apacible. Encierra mucha sangre, encierra ejércitos que se matan unos a otros y ciudades que arden. Encierra ríos de sangre y ríos de lágrimas. El rostro de la tierra ha cambiado. Puedes desgañitarte y gritar cuanto quieras: «¡Yo no quise decir esto! ¡Esto no es amor! ¡No os matéis! ¡Todos somos hermanos, deteneos!» Pero no por ello creas que van a detenerse, desdichado. ¡La rueda está en movimiento!

—Ríes como un demonio.

—Río como un apóstol. Seré tu apóstol, lo quieras o no. Te fabricaré una vida y fabricaré tu enseñanza, tu crucifixión y tu resurrección según yo las entienda. No te engendró José, el carpintero de Nazaret, sino yo, Pablo de Tarso, en Cilicia.

—¡No quiero! ¡No quiero!

—¿Quién te pide tu opinión? No necesito tu permiso. No tienes derecho a mezclarte en mi trabajo.

Jesús se desplomó en la escalinata del patio. Hundió la cabeza en las rodillas, desesperado. ¿Cómo luchar con semejante demonio?

—¿Cómo podrías salvar tú al mundo, maestro Lázaro? —Pablo había avanzado hasta colocarse sobre Jesús, que estaba encogido en el suelo, y le hablaba con desprecio—. ¿Qué gran ejemplo le das para que sobrepase su propia naturaleza y para que a su alma le crezcan alas? Si el mundo quiere salvarse, ¡habrá de seguirme a mí, a mí!

Miró a su alrededor. El patio estaba desierto y el negrito, acurrucado en un rincón, ponía los ojos en blanco y aullaba como un perro atado. Las mujeres se habían escondido y los vecinos se habían ido. Pero Pablo, como si viera extenderse el patio hasta el infinito y convertirse en una gran explanada llena de gente, saltó a la escalinata y comenzó a predicar a la multitud invisible:

—Hermanos, alzad los ojos y mirad. De un lado está el maestro Lázaro y del otro yo, el servidor de Cristo. Elegid. Si seguís al maestro Lázaro, arrastraréis una vida pobre y monótona bajo el yugo, viviréis y moriréis como viven y mueren los carneros, que dejan tras ellos algo de lana, algunos balidos y mucho estiércol. Si

me seguís a mí, tendréis el amor, la lucha, la guerra, pues ¡nosotros salimos a la conquista del mundo! Elegid:

de un lado está Cristo, hijo de Dios, la salvación del mundo, y del otro, el maestro Lázaro.

Estaba inflamado. Paseó sus redondos ojos de águila por la multitud invisible que lo rodeaba. Su sangre hervía. Luego, el patio se hundió y desaparecieron el negrito y el maestro Lázaro.

Se oyó resonar una voz en el aire:

—Apóstol de las naciones, alma grande que amasas la mentira con tu sangre y tus lágrimas y la conviertes en verdad, marcha a la cabeza, condúcenos. ¿Hasta dónde llegaremos?

Pablo abrió los brazos como para abrazar al mundo entero y gritó:

—Hasta donde pueda llegar la mirada del hombre; ¡más lejos aún, hasta donde pueda llegar el corazón del hombre! El mundo es grande, ¡alabado sea Dios! Más allá de la tierra de Israel se extienden Egipto, Siria, Fenicia, Oriente, Grecia y las grandes islas reales Chipre, Rodas y Creta. Más allá está Roma, y más lejos aún viven los bárbaros de largas trenzas rubias que empuñan hachas de doble filo... ¡Qué alegría sentimos al ponernos en marcha al alba para ser castigados por los vientos de la montaña o del mar, al llevar en nuestras manos la cruz, al plantarla entre las piedras y en los corazones y al salir a la conquista del mundo! ¡Qué alegría sentiremos cuando nos silben, nos golpeen, nos arrojen en un foso y nos maten por Cristo!

Se calmó y la multitud invisible se borró en el aire; se volvió y vio que Jesús, apoyado ahora contra la pared, lo escuchaba espantado.

—¡Por Cristo y no por ti, maestro Lázaro! ¡Por el verdadero, por el mío!

Jesús no pudo contenerse ya y estalló en sollozos. El negrito se acercó a él y le dijo en voz muy baja:

—Jesús de Nazaret, lloras... ¿Por qué lloras?

—¿Acaso es posible, compañero secreto —murmuró Jesús—, comprender cuál es el único medio de salvar el mundo sin echarse a llorar?

Pablo bajó de la escalinata; los pocos pelos de su cráneo humeaban. Se quitó las sandalias, las sacudió para quitarles el polvo y se dirigió hacia la puerta.

—Sacudí de mis sandalias el polvo de tu casa. ¡Adiós! —dijo a Jesús, que permanecía en pie, entristecido, en el centro del patio—. ¡Come bien, bebe bien, copula bien, maestro Lázaro! ¡Te deseo una vejez feliz! Y te aconsejo que no te mezcles en mis asuntos, porque de lo contrario estarás perdido. ¿Oyes, maestro Lázaro? ¡Perdido! De todos modos, celebro haberte conocido: me liberé. Eso es lo que quería, liberarme de ti, y lo logré. Ahora soy libre y nadie me molesta. ¡Adiós!

Descorrió el cerrojo y de un salto salió al camino que lleva a Jerusalén.

—Se apresura; se arremangó y corre como un lobo hambriento. Devorará el mundo... —dijo el negrito, arrojándole una mirada feroz desde la puerta.

Se volvió para distraer a Jesús a fuerza de zalamerías y conjurar así al espíritu peligroso que había caído del cielo para tentarle. Pero Jesús ya había franqueado el umbral; de píe, en medio de la calle, miraba con angustia y pasión al salvaje apóstol que se alejaba corriendo. Ascendían desde el fondo de su ser recuerdos y pasiones terribles, que creía sepultadas para siempre.

El negrito se asustó y lo cogió del brazo:

—Jesús —le dijo en voz baja, como si le impartiera una orden—, Jesús de Nazaret, estás perturbado. ¿Por qué lo miras? ¡Entra!

Pero Jesús, pálido y silencioso, sacudió nerviosamente el cuerpo y se deshizo de la mano del Ángel.

—¡Entra! —repitió el otro, colérico—. Escucha lo que te digo. Sabes de sobra quién soy.

—¡Déjame! —rugió Jesús, con la mirada clavada aún en Pablo, que desaparecía por el extremo de la calle.

—¿Quieres ir con él?

—¡Déjame! —volvió a rugir Jesús. Sus dientes rechinaban furiosamente.

—¡María! ¡María! —gritó el negrito. Aferraba a Jesús por la cintura, para impedirle escapar.

Las dos mujeres lo oyeron y acudieron, seguidas por el tropel de niños. Las puertas de las casas cercanas se abrieron y aparecieron los vecinos, que rodearon a Jesús. Estaba en el centro de la calle, pálido como una sábana. De pronto sus ojos se cerraron y suave, delicadamente, rodó por tierra.

Sintió que lo levantaban, lo tendían en un lecho, le frotaban las sienes con agua de azahar y le hacían oler vinagre aromático. Abrió los ojos, vio a sus dos mujeres y sonrió. Vio al negrito y lo cogió de la mano.

—Agárrame fuerte —le dijo—; no me dejes partir. Estoy bien aquí.

XXXIII

Jesús estaba sentado en el patio bajo la vieja parra. La larga barba blanca caía sobre su pecho descubierto. Era el día de Pascua. Se había lavado, se había puesto ropas limpias y había perfumado sus cabellos, su barba y sus sobacos. La puerta estaba cerrada y no había nadie cerca de él. Sus mujeres, sus hijos y sus nietos jugaban y reían en la casa, y el negrito, encaramado en el tejado desde el alba, miraba hacia Jerusalén, silencioso y sombrío.

Jesús se miró las manos; eran ahora manos gruesas y deformadas con prominentes venas azules y secas; en el *dorso de cada* mano, las viejas heridas misteriosas habían comenzado a borrarse y desaparecer. Meneó la cabeza blanca y reluciente y suspiró:

—¡Qué rápido han pasado los años! ¡Cómo he envejecido! También envejecieron mis mujeres, así como los árboles de este patio, las puertas y las ventanas de esta casa, las piedras que piso...

Sintió miedo y cerró los ojos. Oía que el tiempo caía como agua desde su coronilla, descendía a través de su garganta, su pecho, sus lomos, sus piernas e iba a perderse bajo sus pies.

Oyó pisadas en el patio y abrió los ojos; era María. Lo había visto sumergido en sus pensamientos y había ido a sentarse a sus pies. Jesús posó la mano en sus cabellos, en aquellos cabellos que fueran negros como el azabache y que eran ahora completamente blancos. Sintió de pronto una ternura indecible: «Envejeció entre mis manos —pensó—, envejeció entre mis manos...» Se inclinó hacia ella y le dijo:

—¿Cuántas veces, amada María, las golondrinas volvieron desde el día bendito en que franqueé el umbral de esta casa y tomé posesión de ella como su dueño y señor? ¿Lo recuerdas? ¿Cuántos años pasaron desde que abrí tu seno, María, y me adueñé de ti? ¿Cuántas veces hemos sembrado, hemos segado y hemos recolectado juntos las aceitunas? Tus cabellos blanquearon, María, delicada esposa, y también blanquearon los de la animosa Marta.

—Sí, amado; nuestros cabellos blanquearon —respondió María—. Los años pasan... Plantamos esta parra que ahora nos abriga el año en que vino el maldito giboso que te había hechizado y te hizo desvanecer. ¿Lo recuerdas? ¿Cuántos años hace que comemos sus uvas?

El negrito se deslizó sin ruido desde la terraza, pegado a la pared, y se detuvo ante ellos. María se levantó y abandonó el patio. No le agradaba aquel extraño criado, que no crecía ni envejecía. No era un hombre, sino un espíritu, un espíritu maligno que había entrado en aquella casa y ya no quería irse. Tampoco le agradaban sus ojos burlones y truhanescos, ni las muchas conversaciones en voz baja que sostenía de noche con Jesús.

El negrito se acercó y miró a Jesús con ojos llenos de zumba; brillaban sus dientes blancos y puntiagudos.

—Jesús de Nazaret —dijo en voz queda—, se acerca el fin.

—¿Qué fin?

El negrito se llevó un dedo a los labios y repitió:

—Se acerca el fin —se sentó en cuclillas frente a Jesús y lo miró, riendo.

—¿Nos vas a abandonar?

Jesús sintió súbitamente una alegría y un alivio extraños.

—Sí, es el fin. ¿Por qué sonríes, Jesús de Nazaret?

—Buen viaje, negrito. Conseguí lo que quería y ya no te necesito.

—¿Así te separas de mí, ingrato? ¿Así pagas todos mis afanes para proporcionarte durante tantos años las alegrías que ambicionabas?

—Si tenías la intención de ahogarme, como a una abeja, en la miel, has perdido el tiempo, negrito. Comí miel hasta hartarme, pero no hundí en ella mis alas.

—¿Qué alas, iluminado?

—Mi alma.

El negrito soltó una risa malévola y preguntó:

—¿Crees que tienes un alma, desdichado?

—Sí. Y no necesita de ningún ángel de la guarda ni de ningún negrito. Es libre.

El Ángel de la guarda crispó el rostro y aulló:

—¡Rebelde! —arrancó una piedra del suelo y la trituró entre sus manos, reduciéndola a partículas de polvo, que esparció al viento.

—Muy bien —dijo—, ya veremos —y se encaminó hacia la puerta lanzando juramentos.

Resonaron gritos salvajes, gemidos y lamentaciones, oyóse un relincho de caballos y el camino real quedó cubierto de rebaños humanos que corrían y gritaban:

—Jerusalén está en llamas! ¡Entraron en Jerusalén! ¡Estamos perdidos!

Los romanos la sitiaban desde hacía meses, pero Israel colocaba sus esperanzas en Jehová. Israel confiaba en su Dios: la ciudad santa no podía arder, la ciudad santa nada tenía que temer. En cada una de sus puertas había un ángel empuñando una espada.

Las mujeres salieron a la calle aullando y arrancándose los cabellos. Los hombres se rasgaban las vestiduras y clamaban a Dios, conjurándole a que apareciera. Jesús se levantó, tomó a Marta y María de la mano, las hizo entrar en la casa y echó el cerrojo de la puerta.

—¿Por qué lloráis? —les preguntó compasivamente—. ¿Por qué oponéis resistencia a la voluntad de Dios? Escuchad lo que os diré y no os asustéis: el Tiempo es una llama, amadas mujeres; el Tiempo es una llama. Dios tiene unas parrillas en las que cada año pone a asar un cordero pascual. Este año el cordero pascual es Jerusalén. El año próximo será Roma, el año siguiente...

—Calla, maestro —aulló María—. Olvidas que somos mujeres y que no tenemos fuerzas para soportar...

—Perdóname, María —dijo Jesús—; lo había olvidado. El corazón olvida, el corazón es implacable cuando va cuesta arriba...

Cuando así hablaban, oyóse un ruido de pasos en la calle, de respiraciones jadeantes y de bastones que golpeaban violentamente a la puerta.

El negrito se precipitó hacia ella, cogió el cerrojo y miró a Jesús con una sonrisa burlona:

—¿Abro? —preguntó, conteniendo apenas la risa—. Son tus antiguos compañeros, Jesús de Nazaret.

—¿Mis antiguos compañeros?

—¡Mira! —dijo el negrito y abrió la puerta de par en par.

Jesús vio aparecer en el umbral un montón de viejitos que parecían soldados entre sí de tan juntos que estaban; se arrastraron hasta el patio, informes, irreconocibles y apoyándose unos en otros.

Jesús avanzó un paso y se detuvo. Iba a tenderles la mano para darles la bienvenida, pero de pronto una amargura intolerable ahogó su alma; una amargura, una exasperación y una piedad intolerable. Apretó los puños y esperó. Hasta él llegaba una espesa hediondez, un olor de carbón, de cabellos quemados y de heridas abiertas. El negrito se subió al banco de piedra y se puso a mirarlos riendo.

Jesús avanzó otro paso y se volvió hacia el anciano que se arrastraba a la cabeza del grupo.

—Ven aquí tú, que conduces a los otros —le dijo—. El tiempo te ha transformado en ruinas y no te reconozco. Mi corazón late aceleradamente, pero no reconozco esas carnes flácidas ni esos ojos legañosos.

—¿No me reconoces, maestro?

—¡Pedro! ¿Eres tú la piedra sobre la que antaño, en la locura de mi juventud, quería construir mi Iglesia? ¡En qué estado te hallas, hijo de Jonás! ¡Ya no eres una piedra, sino una esponja agujereada!

—Los años, maestro...

—¿Cómo los años? La culpa no la tienen los años. Mientras el alma está en pie, mantiene derecho al cuerpo y no permite que los años lo quebranten. ¡Lo que cayó es tu alma, Pedro; es tu alma!

—He sufrido mucho en la vida, maestro... Me casé, tuve hijos, padecí, vi arder Jerusalén, soy un hombre..., y eso me quebrantó...

—Eres un hombre, y eso te quebrantó... —murmuró Jesús, desbordante de piedad—. Querido Pedro, según está el mundo hay que ser a la vez Dios y demonio para resistir.

Se volvió hacia el siguiente, cuyo rostro asomaba tras el hombro de Pedro:

—¿Y tú? —dijo—. Te han cortado la nariz, no tienes ni un pelo en ese rostro lleno de agujeros. ¿Cómo quieres que te reconozca? Habla, pues, viejo compañero; exclama: «¡Rabí!» Acaso recuerde quién eres.

Aquel guiñapo humano gritó con todas sus fuerzas:

—¡Rabí! —luego bajó la cabeza y calló.

—¡Santiago! ¡El hijo mayor de Zebedeo, el varón aguerrido y robusto!

—Esto es lo que queda de él, maestro —dijo Santiago, resoplando—. Una tempestad terrible me dejó tal como me ves; el fondo de la barca se hendió, la quilla se abrió y el mástil se rompió. Soy un náufrago que vuelve al puerto.

—¿A qué puerto?

—Tú eres el puerto, maestro.

—¿Qué quieres que te haga? No soy un astillero y no puedo calafatearte. Lo que te diré es duro, pero justo: ahora no te queda otro puerto, Santiago, que el fondo del mar. Dos y dos son cuatro, como decía tu padre, Zebedeo.

Sintió pena y exasperación. Se volvió hacia otro viejo achaparrado.

—¿Y tú? ¿No fuiste Natanael en otra época? Estás ahora gordo como una vaca, tienes muslos, vientre y carrillos fofos... ¿Qué se ha hecho de tus carnes firmes, Natanael? Eras un edificio de tres pisos, pero ahora de él sólo quedan los andamios. Sin embargo, no te quejes; eso es suficiente para entrar en el cielo.

Natanael se enfadó:

—¿Qué cielo? No te guardo rencor porque haya perdido las orejas, los dedos y un ojo; te guardo rencor porque las cantilenas que nos deslizabas a los oídos, porque el boato y las coronas, los esplendores y los reinos de los cielos no eran más que vapores de una borrachera; nos hemos desembriagado. ¿Qué piensas tú, Felipe? ¿Acaso no tengo razón?

—¿Qué quieres que te diga, Natanael? —respondió suspirando un viejito perdido entre los otros—. ¿Qué quieres que te diga, hermano? ¡Yo te arrastré a seguir al maestro!

Jesús meneó la cabeza compasivamente y tomó de la mano al viejito Felipe.

—Me inspirabas una gran ternura, Felipe, príncipe de los pastores, porque no poseías ovejas. Sólo poseías el cayado y empujabas el vacío delante de ti. De noche sacabas los rediles a los cuatro vientos y los llevabas a pacer. Encendías grandes hogueras en tu espíritu, ponías en ellas grandes calderos, hacías hervir la leche y la hacías deslizar desde lo alto de la montaña hasta la llanura para dar alimento a los menesterosos. Todas las riquezas las tenías en tu corazón; pero afuera te rodeaban la pobreza, la soledad, los gritos y el hambre. ¡Eso es ser discípulo mío! Y ahora..., Felipe, Felipe, príncipe de los pastores, ¡qué bajo has caído! Deseaste, ¡ay!, verdaderas ovejas con lana tangible, con carne tangible..., ¡y te perdiste!

—¡Tengo hambre! —respondió Felipe—. Tengo hambre. ¿Qué quieres que le haga?

—¡Piensa en Dios y te sentirás saciado! —respondió Jesús, y súbitamente se endureció su corazón.

Se volvió hacia un viejito jorobado que se había dejado caer en una artesa y tiritaba. Jesús levantó los harapos que lo cubrían y apartó sus tupidas cejas. No lograba adivinar quién era. Le echó hacia atrás los cabellos, dejando al descubierto una gran oreja en la que aún había una vieja caña hendida. Sólo pudo echarse a reír:

—¡Doy la bienvenida a esta gran oreja! —dijo, saludándole—. ¡Larga, bien plantada, velluda, se movía como las de las liebres, llena de pavor, de curiosidad y de hambre! ¡Doy la bienvenida a estos dedos manchados de tinta y al tintero que tienes a modo de corazón! ¿Aún sigues con tus escritos, chupatintas Mateo? Aún veo la caña en tu oreja. ¿Te batiste con esa lanza?

—¿Por qué te burlas de mí? —respondió el otro ásperamente—. ¿Es que siempre nos pondrás en ridículo? Había comenzado solemnemente a escribir la historia de tu vida y me inmortalizaría contigo. ¿Qué ocurrió luego? El pavo real perdió las plumas. No era un pavo real, sino una gallina. ¡Todos mis afanes se perdieron!

Jesús sintió repentinamente que se le doblaban las rodillas e inclinó la cabeza; pero inmediatamente la alzó con cólera y, señalando con el índice a Mateo, le dijo, amenazante:

—¡Cállate, cállate! ¿Cómo te atreves?

Un viejecillo bizco y seco como una pasa de uva pasó la cabeza entre las piernas de Natanael y soltó una risita. Jesús se volvió y en seguida lo reconoció.

—¡Bienvenido, Tomás, aborto del Infierno! ¿Qué has hecho con tus dientes? ¿Qué ha sido de los dos pelos que tenías en el cráneo? ¿Y a qué chivo arrancaste la barbita grasienta que cuelga de tu mentón? ¿Eres tú, Tomás, el hombre de pensamientos tortuosos, de ojos atravesados, el viejo astuto?

—En carne y hueso. Sólo me faltan los dientes, que perdí en el camino. Y los dos pelos. Lo demás está en su sitio.

—¿Y el espíritu?

—Es un verdadero gallo. Se sube a un montón de estiércol y, aunque sabe de sobra que no es él quien hace salir al sol, ello no le impide cantar todas las mañanas y hacerlo salir. Porque sabe cuándo debe cantar.

—¿Y tú también luchaste, valiente entre los valientes, para salvar a Jerusalén?

—¿Luchar? No soy tan tonto. Oficié de profeta.

—¿De profeta? ¿Le crecieron alas entonces a la hormiguita, a tu espíritu? ¿Sopló Dios sobre ti?

—¿Qué tiene que ver Dios con esto? Mi espíritu descubrió solo el secreto.

—¿Qué secreto?

—De lo que es ser un profeta. Tú lo sabías antes, pero creo que lo olvidaste.

—Recuérdamelo entonces, maligno Tomás. Quizá tenga necesidad aún de saberlo. ¿Qué es ser un profeta?

—El profeta, cuando todo el mundo desespera, es el único que espera; y cuando los otros esperan, es el único que desespera. ¿Por qué?, me dirás. Porque conoce el Gran Secreto: que la Rueda gira.

—Es peligroso hablar contigo, Tomás —dijo Jesús guiñándole el ojo—. Veo en tus ojitos bizcos y vivaces una cola y dos cuernos. Y una chispa de luz, que quema.

—La verdadera luz quema, maestro. Tú lo sabes, pero te apiadas de los hombres. El corazón siente piedad y por eso el mundo está sumergido en la oscuridad. Pero el cerebro no se apiada de nada y por eso el mundo arde... Me indicas con una seña que me calle; tienes razón, me callo, pues no conviene descubrir los secretos ante estos inocentes que carecen de fuerza. Sólo uno resiste: éste.

—¿Quién?

Tomás se arrastró hasta la puerta de la calle y señaló, sin tocarlo, a un coloso que permanecía en pie en el umbral, semejante a un árbol seco. Sus cabellos y su barba eran aún rojos hasta la raíz.

—¡Este! —dijo retrocediendo—. Judas. ¡Es el único que aún resiste! ¡Se mantiene sólido, vigoroso, sin flaquear! Ten cuidado, maestro, y hablale

suavemente. Compórtate con él con toda clase de miramientos; míralo, está colérico.

—Procuremos entonces domesticar al león del desierto para que no nos muerda. ¡Hasta dónde hemos llegado! —alzó la voz y dijo—: Hermano Judas, el Tiempo es un tigre real que devora a los hombres, devora las ciudades y los reinos, y, ¡que Dios me perdone!, ¡devora hasta a los propios dioses! Pero a ti ni siquiera te ha rasguñado; tu valor no se apagó, no te adaptaste. Aún veo en tu pecho el puñal implacable y en tus ojos las llamaradas de la juventud: odio, cólera y esperanza. ¡Bienvenido!

—Judas —murmuró Juan, que había caído a los pies de Jesús, irreconocible, con una barba completamente blanca y dos llagas profundas en la garganta y en las mejillas—, ¿no oíste, Judas? ¡El maestro te saluda, respóndele!

—Es testarudo y de una sola pieza —dijo Pedro—; se muerde los labios para no hablar.

Jesús mantenía clavada la mirada en su antiguo compañero y le hablaba con dulzura:

—Judas, las aves habladoras, portadoras de noticias, pasaron sobre mi casa y dejaron caer las nuevas en el patio. Parece que ganaste las montañas para librar guerra al tirano judío y al tirano extranjero. Luego descendiste a Jerusalén; apresabas a los traidores saduceos, les pasabas una cinta roja alrededor del cuello y los degollabas como corderos en el altar del Dios de Israel. Posees un alma grande, sombría y desesperada. Desde que nos separamos, hermano Judas, no conociste ni un solo día de dicha. Te he echado mucho de menos. ¡Bienvenido!

Juan miraba con terror a Judas, que continuaba mordiéndose los labios para no hablar.

—Las espirales de humo se adensan y forman volutas sobre su cabeza —murmuró, retrocediendo unos pasos.

—¡Ten cuidado, maestro! —dijo Pedro—. ¡Te mira desde todos los ángulos, buscando el modo más ventajoso de caer sobre ti!

—Te estoy hablando, hermano Judas —prosiguió Jesús—. ¿No oyes? Te saludo. ¿No te llevas la mano al corazón y me dices: «Celebro verte»? ¿El dolor que te causó Jerusalén te hizo arder la cabeza? ¡No te muerdas los labios! ¡Eres un hombre; resiste, retén esos gemidos! Has cumplido valientemente con tu deber. Las graves heridas de tus brazos, de tu pecho, de tu rostro, todas en la parte anterior del cuerpo, anuncian que te has batido como un león. Pero ¿qué puede hacer el hombre contra Dios? Te batiste contra Dios cuando luchaste para salvar a Jerusalén; hacía años que se había convertido en ceniza en el espíritu de Dios.

—Se ha adelantado un paso —murmuró Felipe, asustado—; hunde la cabeza en los hombros como un toro que se apresta a embestir.

—Apartémonos, amigos —dijo Natanael—. Ahora levanta el puño.

—¡Maestro, maestro! —exclamaron Marta y María corriendo hacia él—. ¡Ten cuidado!

Pero Jesús prosiguió hablando con tranquilidad; sin embargo, sus labios temblaban ligeramente:

—Yo también luché en la medida de mis fuerzas, hermano Judas. Cuando era joven, como un joven: acometí la empresa de salvar el mundo; más tarde,

cuando mi espíritu maduró, entré en el camino de los hombres: trabajé, labré la tierra, cavé pozos, planté viñedos y olivos, tomé en mis manos el cuerpo de la mujer y creé hombres, venciendo así a la muerte. Esto es lo que siempre dije, ¿no es cierto? Cumplí la palabra empeñada: ¡vencí a la muerte!

De pronto, Judas rechazó con un ademán brusco a Pedro y a las mujeres, que se habían colocado frente a él, y lanzó un salvaje alarido:

—¡Traidor!

Todo el mundo hundió la cabeza en los hombros. Jesús palideció y se llevó las manos al pecho:

—¿Yo, yo, Judas? —murmuró—. Acabas de decir algo grave. ¡Retíralo!

—¡Traidor! ¡Desertor!

Los viejitos se pusieron blancos como sábanas y se volvieron precipitadamente hacia la puerta de la calle. Tomás ya había franqueado el umbral. Intervinieron entonces las dos mujeres y Marta gritó:

—¡Hermano, no os vayáis! Satán alzó la mano sobre el maestro. ¡Va a golpearle!

—¿Adónde vas, Pedro? —dijo Marta asiendo a Pedro, que se deslizaba hacia la puerta—. ¿Otra vez? ¿Renegarás de él otra vez?

—Yo no me mezclo en esto —dijo Felipe—. Iscariote tiene mano dura y soy viejo. ¡Vámonos, Natanael!

Judas estaba ahora frente a Jesús, casi rozándole el rostro con el suyo; su cuerpo humeaba y olía a sudor y a llagas infectadas.

—¡Cobarde! —rugió—. ¡Desertor! Tu lugar estaba en la cruz. Tal era el puesto que el Dios de Israel te había asignado para combatir. Pero te dominó el miedo y, cuando la muerte se alzó ante ti, escapaste a toda velocidad. ¡Has corrido a refugiarte en las faldas de Marta y María, cobarde! ¡Hasta cambiaste de rostro y de nombre, falso Lázaro, para escapar a tus responsabilidades!

—Judas Iscariote —dijo Pedro, a quien las mujeres habían infundido coraje—, Judas Iscariote, ¿es ése el modo de hablar al maestro? ¿No le tienes respeto?

—¿Qué maestro? —aulló Judas, amenazando con el puño—. ¿Este? Pero, ¿es que no tenéis ojos para verlo y sesos para juzgarlo? ¿Es éste un maestro? ¿Qué nos decía? ¿Qué nos prometía? ¿Dónde está el ejército de ángeles que debía descender del cielo para salvar a Israel? ¿Dónde está la cruz que debía ser nuestro trampolín para subir al cielo? Apenas este falso Mesías vio alzarse la cruz ante él, perdió la cabeza, se desvaneció y las mujercitas se adueñaron de él y lo emplearon para que les hiciera hijos. Se batió como los otros, al parecer, se batió valientemente y lo proclama desde los tejados. Pero sabes de sobra, desertor, que tu lugar estaba en la cruz. Que otros se ocupen de arar la tierra y las mujeres. ¡Tu deber era subir a la cruz! Te jactas de haber vencido a la muerte... ¡puf! ¿Así triunfas de la muerte? ¡Has engendrado hijos, y eso equivale a decir carne para la muerte! ¡Carne para la muerte! ¿Qué es un niño? ¡Carne para la muerte! Te has convertido en su carnicero y le llevas carne para que la devore. ¡Traidor, desertor, cobarde!

—Hermano Judas —murmuró Jesús, cuyos miembros comenzaban a temblar—, hermano Judas, muéstrate más clemente conmigo...

—Me has roto el corazón, hijo del carpintero —rugió Judas—, me has roto el corazón, ¿cómo quieres que me muestre clemente contigo? ¡Tengo deseos de estallar en lamentaciones, como las viudas, de golpearme la cabeza contra las piedras! ¡Maldito sea el día en que naciste, el día en que nací y el día en que te conocí y llenaste mi corazón de esperanza! Cuando caminabas delante de nosotros y nos arrastrabas detrás de ti, cuando nos hablabas de la tierra y del cielo, ¡qué alegría, qué libertad, qué riquezas saboreaba! Los granos de las uvas nos parecían tan grandes como niños de doce años y quedábamos saciados con sólo comer un grano de trigo. Un día no teníamos más que cinco panes, dimos de comer a una gran multitud... ¡y todavía nos quedaron doce cestos repletos de panes! ¡Cómo brillaban entonces las estrellas, cómo inundaban de luz el cielo! No eran estrellas sino ángeles; y ni siquiera eran ángeles, éramos nosotros mismos, nosotros, tus discípulos, que nos levantábamos y nos acostábamos. Tú estabas en el medio, inmóvil como la estrella polar, ¡y nosotros que te rodeábamos, bailábamos alrededor! Me estrechabas en tus brazos, ¿recuerdas?, y me suplicabas: «¡Traicióname, traicióname! Así me crucificarán, resucitaré y ¡salvaremos el mundo!»

Judas calló un instante, suspiró y sus heridas se reabrieron y sangraron. Los viejecitos volvieron a formar un apretado racimo y agacharon la cabeza intentando recordar aquella época pasada para revivir.

Una lágrima brotó de los ojos de Judas, pero éste la aplastó con cólera. Su corazón no se había vaciado y continuó vociferando:

—«Soy el cordero de Dios —balabas— y me haré degollar para salvar al mundo... Hermano Judas, no tengas miedo, la muerte es la puerta de la inmortalidad. ¡Debo pasar por esa puerta y te pido que me ayudes!" Y yo te amaba tanto, yo tenía tal confianza en ti que asentí y acudí a traicionarte... Y tú... tú...

Salió espuma de sus labios, cogió a Jesús por el hombro, lo sacudió violentamente y lo arrinconó contra la pared. Volvió a rugir:

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no has sido crucificado? ¡Cobarde, desertor, traidor! ¿Esto es todo lo que has hecho? ¿No tienes vergüenza? Alzo el puño y te pregunto: ¿Por qué, por qué no fuiste crucificado?

—¡Cállate! ¡Cállate! —suplicó Jesús. Comenzó a manar sangre de sus cinco llagas.

Pedro intervino de nuevo:

—Judas Iscariote —dijo—, ¿no tienes piedad? ¿No ves sus pies? ¿No ves sus manos? Pon tu mano en su costado si no lo crees; mana sangre.

Pero Judas hizo una mueca irónica, escupió y gritó:

—¡Eh, hijo del carpintero! ¡A mí no me engañas con trucos! De noche fue tu Ángel de la guarda...

Jesús se sobresaltó:

—¿Mi Ángel de la guarda? —murmuró, estremeciéndose.

—Tu Ángel de la guarda, Satán, y te grabó esas marcas rojas en las manos, los pies y el costado para engañar a los otros y engañarte a ti mismo. ¿Por qué me miras de ese modo? ¿Por qué callas y no respondes? ¡Cobarde, desertor, traidor!

Jesús cerró los ojos; estuvo a punto de desvanecerse pero, haciendo un esfuerzo, logró mantenerse en pie:

—Judas —dijo con voz temblorosa—, siempre fuiste salvaje e íntegro, jamás aceptaste los límites del hombre. Olvidas que el alma del hombre es una flecha; asciende hacia el cielo, tan alto como puede, pero vuelve a caer en tierra. La vida terrestre significa eso: perder las alas.

Al oírlo, Judas enloqueció de furor:

—¡Qué vergüenza! —rugió—. ¡A qué punto has llegado tú, el hijo de David, el hijo de Dios, el Mesías! La vida terrestre quiere decir esto: comer pan y transformar ese pan en alas, beber agua y convertirla en alas. La vida terrestre quiere decir esto: ¡que a uno le crezcan alas! Es lo que tú mismo nos decías, traidor; las palabras no son mías sino tuyas y, si las olvidaste, ¡yo te las hago recordar! ¿Dónde estás, Mateo, chupatintas? ¡Ven aquí! Abre tus escritos; los llevas siempre contra tu pecho así como yo llevo el puñal. Abre tus escritos. Están corroídos por el tiempo, las polillas y el sudor, pero aún se distinguen las letras. Abre tus escritos y lee, Mateo, para que este señor oiga y recuerde. Una noche un gran notable de Jerusalén llamado Nicodemo fue a buscarlo a escondidas y le preguntó: «¿Quién eres? ¿Qué haces?» Y tú, hijo del carpintero, le respondiste, acuérdate: «¡Forjo alas!» Apenas pronunciaste estas palabras todos sentimos que nos crecían alas en los hombros. ¡Qué bajo has caído, viejo gallo desplumado! Lloriqueas y me dices: «La vida terrestre significa esto: perder las alas.» ¡Sal de mi vista, comodón! Si la vida no es un relámpago y un trueno, ¡no la quiero! No te acerques a mí, Pedro, veleta, ni tampoco tú, Andrés, el aguerrido; no chilléis vosotras, mujeres. Nada temáis. No le haré daño. ¿De qué vale alzar la mano sobre él? Está muerto. Aún se mantiene en pie, habla y llora, pero está muerto y que Dios le perdone. Que le perdone Dios, porque yo no puedo perdonarlo. ¡Que la sangre, las lágrimas y la ceniza de Israel caigan sobre su cabeza!

Los viejecitos no pudieron ya soportar aquello y todos juntos se desplomaron en tierra. Despertóse en ellos la memoria, comenzaron a revivir, se acordaron del reino de los cielos, de los tronos y los esplendores y súbitamente se echaron a gemir. Se lamentaban y se golpeaban la frente contra las piedras.

De repente Jesús estalló en sollozos y quiso arrojarse en los brazos de Judas:

—¡Perdóname, hermano Judas! —gritó.

Pero el otro dio un salto hacia atrás y adelantó los brazos para impedirle acercarse:

—¡No me toques! —gritó—. ¡No creo ya en nada ni en nadie! ¡Me has roto el corazón!

Jesús titubeó y buscó con la mirada algo a que aferrarse. Las mujeres, con la cara en tierra, se arrancaban los cabellos y aullaban y los discípulos alzaban los ojos y lo miraban con odio y cólera. El negrito había desaparecido.

—Soy un traidor —murmuró—, un desertor, un cobarde. Ahora lo sé. ¡Estoy perdido! Sí, sí, era necesario que fuera crucificado, pero me faltó valor y me escapé de mi responsabilidad… ¡Hermanos, perdonadme! ¡Ah, si pudiera volver a vivir mi vida desde el principio!

Cuando hablaba cayó al suelo; golpeábase ahora la cabeza contra las piedras del patio.

—Compañeros, viejos amigos, decidme unas palabras bondadosas, consoladme... Me extravío... ¡Estoy perdido! Tiendo los brazos ¿y ninguno de vosotros se levanta para estrechar mi mano y decirme palabras de consuelo? ¿Ninguno? ¿Ninguno? ¿Ni siquiera tú, amado Juan? ¿Ni siquiera tú, Pedro?

—¿Cómo quieres que hable? ¿Qué podría decirte? —gimió el amado discípulo—. ¡Nos habías hechizado, hijo de María!

—Nos engañaste —dijo a su vez Pedro, enjugándose las lágrimas—, nos engañaste. Judas tiene razón: violaste tu juramento. Has arruinado nuestras vidas.

Y súbitamente se alzó un rumor confuso y plañidero de aquel racimo de viejos:

—¡Cobarde! ¡Desertor! ¡Traidor!

—¡Cobarde! ¡Desertor! ¡Traidor!

Mateo se puso a gemir a su vez:

—¡Todos mis afanes se han perdido, se han perdido, se han perdido!... ¡Con qué habilidad había hecho concordar tus palabras y tus acciones con las profecías! La tarea era difícil pero lo había logrado. Me decía: los fieles abrirán en las sinagogas futuras gruesos libros encuadernados en oro y dirán: «Lectura del Santo Evangelio según Mateo.» Este pensamiento me daba alas y escribía. ¡Pero ahora todas esas obras maestras quedaron convertidas en humo, y la culpa es tuya, ingrato, ignorante, traidor! ¡Era necesario, aunque fuese para complacerme, para que esos escritos se salvasen, que fueras crucificado!

Volvió a alzarse el rumor confuso y plañidero de aquel montón de viejos:

—¡Cobarde! ¡Desertor! ¡Traidor!

—¡Cobarde! ¡Desertor! ¡Traidor!

—¡Yo no te abandono, maestro, ahora que todos te abandonan y te llaman traidor! Yo, Tomás el profeta, no te abandono. Ya lo dije: la Rueda gira. Me quedo a tu lado y sigo esperando que gire.

Pedro se levantó y dijo:

—Vámonos nosotros. Ponte tú a la cabeza, Judas. ¡Condúcenos!

Los viejecitos se levantaron respirando entrecortadamente y tendieron el puño hacia Jesús que, con el rostro en tierra y los brazos abiertos, cubría todo el patio.

—¡Cobarde! ¡Desertor! ¡Traidor!

—¡Cobarde! ¡Desertor! ¡Traidor!

Le gritaban uno tras otro:

—¡Cobarde! ¡Desertor! ¡Traidor! —Y luego desaparecían.

Jesús volvió con angustia los ojos hacia todas partes. Se había quedado solo. El patio había desaparecido, así como la casa, los árboles, las puertas de la aldea y la misma aldea. Sólo quedaban, bajo sus pies, piedras ensangrentadas. Piedras y, a lo lejos, muy abajo, una multitud de cabezas sumergidas en la oscuridad.

Reunió todas sus fuerzas para ver dónde estaba, para comprender quién era y por qué sufría. Quería completar su grito LAMA SABACTANÍ... Intentó mover los labios pero no lo logró. Sintió vértigo: iba a desvanecerse. Naufragaba en el fondo de su espíritu y desaparecía...

Pero repentinamente, y mientras naufragaba y desaparecía, alguien debió, allá abajo, en la tierra, apiadarse de él pues le alargaba una caña, y una esponja humedecida en vinagre fue a apoyarse en sus labios y en sus fosas nasales. Aspiró profundamente aquel olor acre, recobró el sentido, henchió el pecho, miró al cielo y lanzó un grito desgarrador: LAMA SABACTANÍ.

Al punto inclinó la cabeza, exhausto.

Sintió dolores atroces en las manos, los pies y el costado izquierdo. Sus ojos recobraron la vista y vio la corona de espinas, la sangre y la cruz. En el sol oscurecido centellearon dos anillos de oro y dos hileras de dientes agudos y blanquísimos. Resonó entonces una risa fresca y burlona y los anillos y los dientes desaparecieron. Jesús quedó suspendido en el aire, solo.

Sacudió la cabeza y de pronto recordó dónde se encontraba, quién era y por qué sufría. Apoderóse de él una alegría salvaje e indomable. No, no, no era cobarde, desertor ni traidor. No; estaba clavado en la cruz, había sido leal hasta el fin y había cumplido la palabra empeñada. Durante segundos, cuando había gritado ELI ELI y se había desvanecido, la Tentación se había apoderado de él y le había extraviado. No eran reales las alegrías, las nupcias ni los niños; no eran reales los viejecitos decrépitos y envilecidos que le habían llamado cobarde, desertor y traidor. ¡No habían sido más que visiones suscitadas por el Maligno!... Sus discípulos estaban vivos y sanos; habían emprendido los caminos de la tierra y del mar y anunciaban la Buena Nueva. ¡Alabado sea Dios, todo ha ocurrido como debía ocurrir!

Lanzó un grito triunfal: ¡TODO ESTÁ CONSUMADO!

Y era como si dijera: Todo comienza.